Sacerdotes para siempre

CARLOS MIGUEL BUELA

SACERDOTES PARA SIEMPRE

Versión corregida y aumentada

IVE Press

New York - 2011

Cover Design
© IVE Press

Cover Art
© IVE Press

Text
© IVE Press, New York
Institute of the Incarnate Word, Inc.
All rights reserved

Manufactured in the United States of America

IVE Press
113 East 117th Street
New York, NY 10035

Ph. (646) 470-9590
Fax (855) 483-2665

Email orders@ivepress.org
http:// www.ivepress.com

ISBN 978-1-933871-60-8

Library of Congress Control Number: 2011924711

Printed in the United States of America ∞

C 1

ÍNDICE

PRÓLOGO 13
PRESENTACIÓN 17

PRIMERA PARTE LO QUE ES..... 19

CAPÍTULO 1 JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE 21
1 Jesucristo, sumo sacerdote 23
2 El sacrificio de Jesucristo 31
3 La prolongación del sacerdocio y del sacrificio: la Santa Misa 41
4 Nada más grande que Jesucristo 47
5 La «hora» de Cristo 53
6 «Cuando sea elevado a lo alto» 57
7 Eco de todos los dolores y todos los amores de Jesús 61
8 Espiritual «yerra»: el carácter sacerdotal. 73
9 El sacerdocio como misterio 85
10 Ataques a la vida sacerdotal religiosa 89
11 Negación del origen bíblico de los consejos evangélicos 93

CAPÍTULO 2 EL SACERDOCIO MINISTERIAL 101
1 Un único sacerdocio verdadero 103
2 «Formar una nueva generación de prelados» 133
3 El sacerdocio ministerial 145
4 Los diáconos 153
5 Según el orden de Melquisedec 159
6 Por la imposición de manos 163
7 Ministros de Cristo 167
8 In persona Christi 171
9 In persona totius Ecclesiae 179
10 In persona Christi et in persona Ecclesiae 191
11 Ministros de la Sangre 199
12 Ministros de la Nueva Alianza I 203
13 Ministros de la Nueva Alianza II 215
14 Del Buen Pastor 223

15 El más puro e íntimo sentido de la oración 235
16 Cambiado el sacerdocio, cambia la Ley (Heb 7, 12) 241
17 Las bienaventuranzas sacerdotales 251
18 San Pablo, sacerdote 261

CAPÍTULO 3 UN HOMBRE ASEDIADO POR LA DEBILIDAD 269
1 ¡Pecador! 271
2 Un ser frágil 277
3 De los malos pastores 287
4 Lo que pasa por el corazón del sacerdote 317
5 Profetas inermes 323
6 La paternidad espiritual 335
7 María, madre de todas las vocaciones de especial consagración 341
8 La herencia sacerdotal 351
9 En el ojo de la tormenta 355
10 La época actual 363
11 En la cuerda floja 373
12 Las tribulaciones apostólicas 387

CAPÍTULO 4 HA SIDO LLAMADO 391
1 ¿Por qué tantas vocaciones? 393
2 La perseverancia 407
3 Ladrones de vocaciones 417
4 ¿Qué hay que hacer para no tener vocaciones? 427
5 Juan Pablo II y las vocaciones 441

CAPÍTULO 5 LO QUE EL SACERDOTE DEBE SER (I) 449
1 Tres protagonistas 451
2 Íconos del Padre 457
3 El sacerdote, otro Cristo 463
4 Jesucristo sigue actuando mediante los sacerdotes 467
5 El sacerdote y el espíritu 471
6 Copia de Cristo, el sí de Dios 475
7 Iusiurandum quod iuravit 483
8 Hombre Crucificado 489
9 Nos enseñó a morir en Pascua 499
10 Hombre célibe 509
11 Hombre de celo 519

CAPÍTULO 6 LO QUE EL SACERDOTE DEBE SER (II) 533
1 La locura de la cruz 535
2 Los «novios» de la cruz 541
3 Nudo de relaciones 549
4 El sacerdote y el Cantar de los Cantares 573
5 El hombre del ser, del «es» 583
6 Poetas, metafísicos y guerreros 589
7 Hombre no tributario 597

SEGUNDA PARTE LO QUE HACE..... 603

CAPÍTULO 1 EL MINISTERIO PRINCIPAL (I)..... 605
1 ¡Haced esto! 607
2 Eucaristía: «...la más dificilísima» 615
3 Multiplicador de navidades..... 619
4 ¡Un Pan y un Cáliz! 627
5 ¡Vivo!: Nuestro contemporáneo 633
6 Cautivo de amor..... 637
7 El sacerdote cuelga de la Hostia que eleva..... 639

CAPÍTULO 2 EL MINISTERIO PRINCIPAL (II) 647
1 El fuego del altar..... 649
2 El Espíritu Santo y la Misa 657
3 Un único sacrificio de Cristo..... 663
4 Sacrificio vivo 667
5 Sacrificio de salvación para todo el mundo 675
6 Concorpóreos, consanguíneos, convictimados, cooferentes y conaceptados con Cristo 681
7 «Amor sacerdos inmolat»..... 689
8 El sacerdote vuelve a los hombres propicios ante Dios 697
9 Mysterium tremendum et fascinans 705

CAPÍTULO 3 LOS DEMÁS MINISTERIOS 717
1 Inculturar el Evangelio..... 719
2 Maestro, Ministro y Guía..... 725
3 Predicar la sana doctrina 731
4 Ministros de los sacramentos 737
5 Pastores celosos de su grey..... 745
6 Ecumenismo..... 755
7 Sacerdocio vs cultura de la muerte..... 759
8 Revolución vs sacerdocio católico 783
9 «Con toda la seriedad que hay en la cara de un Dios crucificado» 795
10 ¡Todos...!: Paschali mysterio consociati 807
11 «Me gastaré y me desgastaré» (2Cor 12, 15)..... 813
12 Misionero sin fronteras..... 821
13 Agonía y éxtasis..... 827
14 A un sacerdote Arequipeño 835

CONCLUSIÓN 841
1 ¡Gracias a Dios!..... 843
2 «Haerent Animo» de S.S. San Pio X 847

ÍNDICE DE MATERIAS 873

A mis hermanos obispos y sacerdotes
que ejercieron, ejercen y ejercerán el ministerio.
En especial, a los de mi Patria.

Prólogo

Reflexiones sobre el sacerdocio bajo sus aspectos teológicos, filosóficos, pastorales, morales y litúrgicos, podría ser un subtítulo de la erudita obra: SACERDOTES PARA SIEMPRE del Padre CARLOS MIGUEL BUELA, Fundador del Instituto del Verbo Encarnado para Misioneros *ad Gentes* y de las Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará. Y con decir esto, ya tenemos sobrada presentación para acreditar al autor, como experto en Vocaciones sacerdotales y Religiosas. Al respetable volumen de la obra, con más de 800 páginas, se agrega la fluidez y calidad de su escritura, constituyendo un arsenal de citas de textos escogidos de la Biblia, los Santos Padres, Mensajes Pontificios y Documentos Conciliares, especialmente de Trento y Vaticano II, síntesis este último Concilio Pastoral, de toda la doctrina católica, compendiada a su vez en el Catecismo de la Iglesia Católica.

SACERDOTES PARA SIEMPRE es un libro de lectura espiritual, principalmente para los sacerdotes, como ya lo indica su título, pero también para los que se forman en los Seminarios y para todos los que están vinculados con el sacerdote. Y ¿hay alguien que no lo esté? A todos, pues, interesa su lectura, pues todos participan del eterno sacerdocio de Cristo, o a nivel ministerial por EL ORDEN SAGRADO o a nivel común por EL BAUTISMO.

A la exposición de la doctrina católica sobre el Sacerdocio se añade la de la Eucaristía, pues lo uno se ordena a lo otro: el Sacerdote hace la Eucaristía y la Eucaristía hace al buen sacerdote. Esta

exposición hubiera sido suficiente en otros tiempos de fe inculturada, pero ahora de difusión masiva del error es indispensable esgrimir las armas defensivas de la refutación de las herejías. Mons. Alfonso Buteler, segundo obispo de Mendoza, cuando por la edad pasó a ser Emérito, me decía: Ahora me dedico a refutar los errores que circulan en el ambiente, por medio de sermones de su capellanía de Religiosas, ya que no disponía de otras armas. Pío XI decía: «La difusión del Catolicismo en el mundo entero y su penetración en la sociedad está en razón directa, no del número de las instituciones benéficas, ni de los templos católicos, ni siquiera del número de los sacerdotes, sino de la prensa católica ofensiva y defensiva». Por eso no escasean en SACERDOTES PARA SIEMPRE las réplicas claras y contundentes al modernismo, que quiere vaciar a la Iglesia de su capital de las verdades de fe y de los valores espirituales. Pues hay algunos que, contra toda lógica, sostienen que hay que respetar el principio de la «libertad de expresión» de enseñar a matar, robar o difundir ideas perniciosas y luego condenan al que practica esas cosas. Condenan al autor material y dejan en libertad al principal autor, el intelectual. Levantan tronos a los principios y cadalsos a sus consecuencias, cuando el verdadero principio es «libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores».

En el trabajo presente predominan las citas y los comentarios propios en esta materia fundamental de la religión, cumpliendo aquel adagio: «Más vale encender un fósforo que maldecir las tinieblas».

No dudo que esta obra no sólo podrá servir de lectura espiritual, sino también de meditación, especialmente para aquellos religiosos experimentados a quienes les basta una idea para asociar otras y desarrollar la meditación.

Pongo, por ejemplo, esas dos páginas de San Bernardo y de la Imitación de Cristo. A mí, al menos, a mis 83 años de vida y 58 de ministerio sacerdotal me sirvió su lectura reposada de gran prove-

cho y consuelo espiritual, y sin duda igual ha de sucederle al que lo lea con las mismas disposiciones, ya que las mismas causas producen los mismos efectos.

VICTORINO ORTEGO PBRO.
Párroco Emérito de la Parroquia de San José.
SAN RAFAEL - ARGENTINA

Presentación

Tengo el agrado de presentar a mis hermanos sacerdotes este libro, fruto de muchas reflexiones, durante largo tiempo, sobre el misterio del sacerdocio católico, que espero haga bien a los lectores.

Los años pasados y las distintas finalidades que tuvieron estos escritos, dan razón de la diversidad de estilos, hablados o escritos, para ocasiones más solemnes o para distintas publicaciones, etc., que he querido respetar. Esa es, también, la razón de reiteraciones, que juzgo necesarias, y el no haber podido encontrar todas las citas a pie de página, como hubiese querido. Por otra parte, la materia es tan vasta que quedan, tal vez, para otro tomo muchos temas más.

Asimismo, se incluyen escritos de otros autores que me parecen iluminan magistralmente algunos aspectos del sacerdocio, por ejemplo, la que considero carta magna del sacerdocio católico, la *Haerent Animo* de San Pío X y un sermón de nuestro querido Obispo Mons. León Kruk, ambos van como broche de oro de este libro; además, un sermón de San Alfonso María Ligorio - quien decía que nunca había que omitirlo en la predicación de Ejercicios Espirituales al clero.

Agradezco al Padre Victorino Ortego, quien con sus 70 años de sacerdote fue el corrector literario, y a todos los que me han ayudado a poder realizar esta obra.

Que la Virgen, Madre de los sacerdotes, proteja y bendiga siempre a todos y cada uno de los sacerdotes del mundo, que en todos los confines de la tierra levantan sus manos orantes, ofreciendo a Dios el sacrificio de latría y de acción de gracias, de propiciación e impetración por todos los hombres y mujeres, nuestros hermanos y hermanas.

CARLOS MIGUEL BUELA, IVE

Primera Parte

LO QUE ES

Capítulo 1

Jesucristo, sumo y eterno sacerdote

"Tenemos un Sumo Sacerdote...
Jesús el Hijo de Dios"
(Heb 4, 14)

1

Jesucristo, sumo sacerdote[1]

El sacerdocio de Jesucristo

Desde que el hombre es hombre, hay sacerdotes sobre la tierra, al menos en su función fundamental que es la de ser mediador entre Dios y los hombres, especialmente por realizar el sacrificio.

Sacerdote es aquel que *tomado de entre los hombres*, *en favor de los hombres es instituido para las cosas que miran a Dios* (Heb 5, 1). El sacerdote es un puente de doble dirección: une a Dios con los hombres y une a los hombres con Dios. Es a partir de esta función esencial que al sacerdote se le dice «Pontífice», palabra que quiere decir «constructor de puentes», porque une las dos orillas del Creador y la criatura.

El sacerdote es consagrado *para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados* (Heb 5, 1). De ahí que la actividad principal del sacerdote sea ofrecer el sacrificio. Sin sacerdote no hay sacrificio, y sin sacrificio no hay sacerdote. Por eso, propiamente hablando, ni los judíos (en este tiempo), ni los mahometanos, ni la mayoría de los protestantes tienen sacerdotes, porque no tienen sacrificio. Sólo

[1] Nos basamos libremente en I. Gomá, *Jesucristo Redentor* (Barcelona 1933) 163-201.

tienen personas que les enseñan: rabinos, ulemas o muslimes, predicadores o pastores, pero no sacerdotes.

Es elegido de entre los hombres para que tenga compasión de los hombres y no le den asco las miserias humanas: para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados, por cuanto él también está rodeado de flaqueza, y a causa de su flaqueza debe por sí mismo ofrecer sacrificios por sus propios pecados, igual que por los del pueblo.[2] Si los ángeles fuesen sacerdotes no podrían compadecerse de los hombres.

No cualquiera puede ser sacerdote. El sacerdote debe ser llamado por Dios: *ninguno se toma por sí este honor sino el que es llamado por Dios, como Aarón* (Heb 5, 4). Por eso siempre debemos rezar pidiendo por el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas, como nos enseñó el mismo Jesús: *La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies* (Mt 9, 37-38).

Jesucristo, nuestro Señor, es el Sumo, Eterno y Único Sacerdote. Porque une en su divina Persona, segunda de la Santísima Trinidad, la naturaleza divina y la naturaleza humana, uniendo en sí mismo a Dios y al hombre, al hombre y a Dios.

Las principales características de Jesucristo, Sumo Sacerdote, son:

- es hombre como nosotros;
- es llamado por Dios, con juramento, a las funciones sacerdotales;
- es consagrado con la plenitud de la unción de la divinidad misma;
- es sacerdote santo;
- es sacerdote inmortal;

[2] Cfr. Heb 5, 2-3.

- es único en la historia del sacerdocio.

1. Hombre

Porque debe ser mediador. No debe ser más que hombre, ni menos que hombre. Debe ser miembro del pueblo que representa, para poder ser intermediario -mediador- entre Dios y el pueblo. Dios no es sacerdote: *No hay mediador de uno solo*, *y Dios es único* (Ga 3, 20). El Hijo de Dios, el Verbo, se hace hombre para ser sacerdote. El fin de la Encarnación es la redención, que Cristo realiza por el sacrificio de la cruz.

Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Se asemejó a los hombres en todo menos en el pecado para que, habiendo sido probado en el sufrimiento, pueda ayudar luego a los que se ven probados: *Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas*, *sino probado en todo igual que nosotros*, *excepto en el pecado* (Heb 4, 15). Por eso debemos tenerle a Jesucristo una confianza absoluta y total: *Acerquémonos*, *por tanto*, *confiadamente al trono de gracia*, *a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para una ayuda oportuna* (Heb 4, 16). ¡Es nuestro sacerdote!

Dice San Buenaventura: «En las mismas entrañas de la Virgen revistió los ornamentos sacerdotales para ser nuestro Pontífice».[3]

2. Llamado

Tampoco Cristo se apropió la gloria del sumo sacerdocio, sino que la tuvo de quien le dijo: *Hijo mío eres tú*; *yo te he engendrado hoy* (Sl 2, 7). Como también dice en otro lugar: *Tú eres sacerdote para siempre*

[3] *Tom.* 9, 672.

según el orden de Melquisedec (Heb 5, 5-6). Fue *declarado por Dios Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec* (Heb 5, 10).

Porque se trata de desempeñar funciones sagradas, especialísimas, únicas entre todas las funciones sociales. Si hubiese alguien que ejerciera a su antojo las funciones sacerdotales, no perseveraría en el sacerdocio mucho tiempo. Si alguien sin ser llamado se arrogase la investidura sacerdotal, sería un intruso y un usurpador. El sacerdote, por ser mediador entre el cielo y la tierra, debe ser grato en especial al cielo. Por eso Dios se reserva el derecho de elegirlo.

3. Consagrado

Debe ser consagrado sacerdote. Como hemos dicho, Jesucristo fue consagrado sacerdote en el seno de la Virgen, porque allí se unió hipostáticamente, es decir, personalmente, la naturaleza humana con la persona del Verbo. Allí la humanidad de Cristo fue ungida por Dios con la divinidad del Verbo. El Verbo es el crisma sustancial, porque es sustancialmente Dios. Al tocar el Verbo la humanidad de Cristo, lo consagra y unge como Sacerdote Único, Sustancial y Total, porque es el único hombre que se ha puesto en contacto personal con Dios, que, íntima y totalmente, invadió su alma y su cuerpo, haciéndolo sacerdote esencial, desde el mismo instante de la Encarnación.

La ordenación sacerdotal de los ministros de Cristo es participación específica en el Sacerdocio de Cristo, por la que se da la destinación oficial y pública que capacita al sacerdote para ejercer su oficio sacerdotal.

4. Santo

La santidad adorna de manera esencial a Cristo Sacerdote: *Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía*: *santo*, *inocente*, *incontaminado*, *apartado de los pecadores*, *encumbrado por encima de los cielos* (Heb 7, 26).

Santo: como ya lo había anunciado el ángel Gabriel a la Virgen María: *el Hijo engendrado será santo* (Lc 1, 35).

Inocente: podrá decir a sus enemigos: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado*? (Jn 8, 46).

Inmaculado: libre de pecado original y personal, incontaminado, *que no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día*, *primero por sus pecados propios como aquellos sumos sacerdotes*, *luego por los del pueblo* (Heb 7, 27).

5. Inmortal

Nunca jamás morirá el sacerdote Jesús porque es inmortal: porque su sacerdocio es eterno. Todos los sacerdotes, de todas las jerarquías y de todas las religiones, han tenido que renovarse sin cesar. Jesucristo no, porque no muere. Murió una vez para consumar el sacrificio en la cruz, y, luego de la resurrección, por medio de sus sacerdotes, sigue ofreciendo el mismo sacrificio. El sacerdocio instituido por ley humana es mortal; el instituido por ley divina es inmortal; Cristo es Sacerdote de esta segunda manera: *no por ley de prescripción carnal*, *sino según la fuerza de una vida indestructible* (Heb 7, 16). Jesucristo, *resucitado de entre los muertos*, *ya no muere más*, *la muerte ya no tiene dominio sobre Él* (Ro 6, 9), y *tiene un sacerdocio perpetuo*, *porque permanece para siempre* (Heb 7, 24).

6. Único

Porque es sacerdote *a semejanza de Melquisedec* (Heb 7, 15). En otra parte el Padre le dice: *Tú eres sacerdote para siempre*, *según el orden*

de Melquisedec (Heb 5, 6). Es decir que, como aquel Rey de Salem, Jesucristo es Rey y Sacerdote al mismo tiempo. Como aquél, no tiene genealogía, porque no tiene padre según la genealogía humana, ni madre según la genealogía divina: *Sin padre*, *sin madre*, *sin genealogía de sus días ni fin de su vida*, *se asemeja en eso al Hijo de Dios*, *que es Sacerdote para siempre* (Heb 7, 3). Como aquél, es Rey de justicia, porque es Dios, y como Sacerdote, vino a establecer la justicia entre Dios y los hombres, pagando en justicia lo que debíamos al Padre Eterno. Como aquél, ofreció pan y vino en la Última Cena, y lo sigue ofreciendo en cada Misa.

Jesucristo es un Sacerdote nuevo, porque sustituye (suprime) el sacerdocio del Antiguo Testamento, pero no lo sucede, es decir, no ocupa su lugar; más aún, no sólo no lo sucede, sino que lo interrumpe; y aún más, abroga -da por abolido- el sacerdocio levítico.

Así como es nuevo el Sacerdote, nuevo es el Sacrificio, nueva la Alianza que se sella con la nueva Sangre, nueva la reconciliación y la redención, que ya no son una simple figura, sino una realidad esplendorosa que nadie, nunca jamás, podrá destruir. Como dice San Ireneo, Jesucristo «al darse a sí mismo, ha dado novedad a todas las cosas».[4]

Los sacerdotes del Nuevo Testamento no sustituyen a Jesucristo, ni lo suceden, ni multiplican su sacerdocio, sino que son sus representantes, es decir, hacen presente a Cristo porque obran *in persona Christi*. Nadie hay en la Iglesia que sea sucesor de Cristo, porque es imposible sucederlo y, además, innecesario, ya que su Sacerdocio es eterno, *vivo* (Heb 7, 25), *sin interrupción* (Heb 7, 3), es decir, sin hendiduras ni cortes, sin fracturas ni grietas. Los sacerdotes del Nuevo Testamento son sucesores de los Apóstoles, y no

[4] *Adversus haereses*, IV, 34, 1.

de Cristo. Ni siquiera el Papa; él es sucesor de San Pedro, pero de Cristo es sólo Vicario.

Las ovejas son sólo de Cristo. Por eso, Nuestro Señor, al encomendarle el rebaño a San Pedro, le dice por tres veces: *Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas... Apacienta mis ovejas*. (Jn 21, 15-17). En la Iglesia Católica, tanto los fieles como los pastores, son sólo de Cristo, quien por ellos derramó su Sangre.

Ellos también son:

- Sacados de entre los hombres;
- llamados por Dios para representar a los hombres en sus relaciones con Dios;
- son consagrados y ungidos con el santo crisma;
- deben ser santos según la ley de su vocación;
- su carácter sacerdotal es de alguna manera inmortal porque es imborrable;
- son a la manera de Melquisedec al ser una prolongación de la persona y del sacerdocio de Jesucristo, al ser sus representantes sobre la tierra,[5] al obrar en persona de Cristo. Son como la pupila de los ojos de Dios, o sea, a quienes les tiene máximo cariño: *el que os toca a vosotros*, *toca a la niña de mis ojos* (Za 2, 8).

[5] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 22, 4; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1548.

2

El sacrificio de Jesucristo

«El único mediador»

Pues hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres: *el hombre Cristo Jesús* (1Tim 2, 5).

Lo es en su ser: porque junta en su persona los dos extremos de la mediación: Dios y el hombre.

Lo es en sus funciones: porque nadie como él dio a los hombres cosas tan divinas, ni nadie ha dado a Dios cosas tan profundas y universalmente humanas. Por él, Dios se entrega al hombre y el hombre se entrega a Dios.

Él desempeñó todos los oficios sacerdotales, en efecto, «el sacerdote -dice el Pontifical Romano- debe ofrecer, bendecir, presidir, predicar y bautizar».[1] Pero la principal función del sacerdote es la oblación, el *offerre*, el sacrificio. Por eso todas las funciones sacerdotales convergen en el altar o derivan de él: *Porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados* (Heb 5, 1). Su oficio principal fue hacer la oblación de su Cuerpo y Sangre, ofrecer sacramentalmente el sacrificio de la cruz.

[1] *Pont. Rom. in Ordin. Praesb*; cit. por I. GOMÁ, *Jesucristo Redentor* (Barcelona 1933) 185.

De ahí que decía Bossuet: «Nada hay en el mundo más grande que Jesucristo, y nada hay en Jesucristo más grande que Su Sacrificio».[2]

Cuatro son las características del Sacrificio de Cristo:

1. Ofrece el sacrificio de sí mismo;
2. es un sacrificio único;
3. es un sacrificio definitivo; y
4. es un sacrificio eterno.

1. CRISTO OFRECIÓ EL SACRIFICIO DE SÍ MISMO

Seipsum offerendo; no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados propios como aquellos sumos sacerdotes, luego por los del pueblo: *y esto lo realizó de una vez para siempre*, *ofreciéndose a sí mismo* (Heb 7, 27). Un día Cristo dijo: *Ecce venio* (Heb 10, 7) sé que es imposible borrar los pecados con la sangre de toros y machos cabríos... me has dado un cuerpo; aquí lo tienes, haz en él tu voluntad... que por la muerte de este cuerpo se borren los pecados del mundo, que no se borrarán sin la muerte de este cuerpo.[3] *Por eso*, *al entrar en este mundo*, *dice*: *sacrificio y oblación no quisiste*; *pero me has formado un cuerpo* (Heb 10, 5).

Toda su vida tiende a la cruz; cuando llegó la hora, su sacrificio tuvo las tres condiciones que se requieren para que un sacrificio sea real y eficaz:

- La dedicación o santificación de la víctima a Dios;
- la oblación u ofrecimiento voluntario;
- la aceptación por parte de Dios.

[2] J. BOSSUET, *Reflexiones sobre la agonía de Jesucristo*; cit. por I. GOMÁ, *Jesucristo Redentor* (Barcelona 1933) 188.
[3] Cfr. Heb 10, 5.

A. LA DEDICACIÓN O SANTIFICACIÓN DE LA VÍCTIMA A DIOS

Es el hecho de consagrarla, de apartarla de usos profanos. Los antiguos pronunciaban sobre la víctima: *sacer esto* («*sé cosa sagrada*»), apartándola por un acto de la voluntad sacerdotal del destino común de las demás cosas y dedicándola a Dios, como diciendo: «Por un acto de mi voluntad te aparto de las demás cosas y te dedico a Dios». De ahí, según algunos, se deriva el nombre de sacerdote: «El que hace las cosas sagradas». (Antes de la consagración del pan y del vino, el sacerdote extiende sobre ellos sus manos en señal de dedicación sacrificial).

En primer lugar, Jesucristo fue la víctima divina consagrada a la inmolación por el Padre celestial que lo santificó: *el Padre lo ha santificado al enviarlo al mundo como víctima propiciatoria por nuestros pecados* (Jn 10, 36).

En segundo lugar, se santificó a sí mismo: *por ellos me santifico* (Jn 17, 19). Me hago «*sacer esto*», para que nosotros fuésemos santificados por su muerte en cruz.

B. LA OBLACIÓN VOLUNTARIA O LIBERTAD SACERDOTAL

Jesús fue dueño absoluto de su vida, que con libertad sacerdotal ofrecía para volverla a tomar, y por eso el Padre lo ama: *el Padre me ama*, *porque doy mi vida para tomarla de nuevo*. *Nadie me la quita*, *soy yo quien la doy de mí mismo*. *Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla* (Jn 10, 17-18). Muchos teólogos, entre ellos San Agustín, aplican a la inmolación de la cruz, en especial a la *gran voz* (Mt 27, 50; Mc 15, 37; Lc 23, 46) las siguientes palabras: *ofreció con gran clamor y lágrimas el sacrificio de sí mismo*, *y fue oído por su reverencia* (Heb 5, 7). Otros las refieren a las congojas de Getsemaní, que para el caso, es lo mismo.

c. La aceptación por parte de Dios

La Víctima era santísima: nada menos que el Hijo Único de Dios. El sacerdote que la ofrecía era *santo*, *inocente*, *inmaculado... más alto que los cielos* (Heb 7, 26). ¿Cómo no lo iba a aceptar el Padre, si lo había preparado?

De manera especial, sabemos que el Sacrificio de Cristo fue agradable al Padre, porque entró en el santuario de los Cielos: *Cristo*, *constituido Pontífice de los bienes futuros y penetrando en un Santuario mejor y más perfecto... por su propia Sangre*, *entró una vez para siempre en el santuario realizando la redención eterna* (Heb 9, 11-12).

2. Es una oblación, un sacrificio único

No se da otra oblación en la historia, ni se dará otra que tenga los caracteres específicos de la cruz. Fue único en su objeto, único en su forma interna, único en su eficacia, único en su forma externa, único numéricamente.

a. Único en su objeto

Porque en todo otro culto los sacerdotes suben al altar para ofrecer víctimas ajenas a sí mismos. En cambio, Jesucristo es el único que se ofrece a sí mismo, tanto en el ara de la cruz, como en el ara del altar: *Yo soy el buen pastor... doy mi vida por las ovejas* (Jn 10, 14-15). Jesús es: *el Cordero de Dios*, *que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29).

Su Cuerpo roto manifiesta un cuerpo «puesto sobre la cruz, ara del mundo» (como lo llama San León Magno: «*Crux non templi ara, sed mundi*»).[4] Cristo es, a su vez, oferente y ofrenda, sacerdote y oblación, altar y víctima. Como dice San Agustín: «Cristo es, al

[4] San León Magno, *Tract. septem et nonaginta*; *PL* 1657, *SL* 138-138ª, *recensio alpha*, *tract.*: 59, linea: 131.

mismo tiempo, sacerdote, oferente y oblación».[5] ¡Es una novedad inaudita!

En todos los otros sacrificios, el sacerdote es distinto de la víctima, que es la que sustituye a los pecadores. Aquí, es el Sacerdote quien sustituye a los pecadores, porque es, al mismo tiempo, Víctima que se ofrece en sacrificio por ellos.

B. ÚNICO EN LA FORMA

No maneja él el instrumento que provoca la muerte, sino sus verdugos. Su arma sacerdotal es el amor, verdadero sacerdote que le inmola. Como dice un himno de Pascua: A*mor sacerdos inmolat*. Por amor fue el Señor a la Pasión. Por amor padeció por mí. Por amor pagó por mí. Por amor murió por mí: *me amó y se entregó por mí* (Ga 2, 20).

C. ÚNICO EN SU EFICACIA

Los sacrificios del Antiguo Testamento eran ineficaces: *se ofrecían sacrificios y oblaciones que no eran eficaces* (Heb 9, 9), por ser imposible que la sangre de toros y de los machos cabríos borre los pecados.[6] *El sumo sacerdote seguía teniendo manchada la conciencia por el pecado*, *porque las hecatombes inmensas de víctimas sacrificadas no eran eficaces para hacer perfecto en la conciencia*, *al que ministraba* (Heb 9, 9). Por eso Cristo abrogó el sacerdocio levítico, los antiguos sacrificios, la ley mosaica, la antigua Alianza, *a causa de su ineficacia e inutilidad*, *pues la Ley no llevó nada a la perfección*, *sino que fue sólo una introducción a una esperanza mejor* (Heb 7, 18-19).

Por el contrario, Jesucristo ofrece un sacrificio eficacísimo y sobreabundante: *donde abundó el pecado*, *sobreabundó la gracia* (Ro 5, 20). Tenemos, pues, por la fuerza de la Sangre de Cristo, *firme*

[5] *La Ciudad de Dios*, 10, 20.

confianza de entrar en el Santuario que Él nos abrió como camino nuevo y vivo a través de su carne (Heb 10, 19-20).

D. ÚNICO EN LA FORMA EXTERNA

Los sacrificios suelen ofrecerse en los templos. Cristo fuera del templo y fuera de la ciudad: *fuera del campamento* (Heb 13, 13). Ningún sacrificio aparece como castigo de un crimen de la víctima sacrificada: Cristo aparece como un ajusticiado que paga con la muerte sus propias culpas. Y sin embargo, era la Víctima sin mancha de pecado, que cargaba sobre sí los pecados del mundo entero, y que era, al mismo tiempo, Sumo y Eterno Sacerdote.

E. ÚNICO CON UNICIDAD NUMÉRICA

Porque Jesucristo *no necesita*, *como los pontífices*, *ofrecer cada día víctimas... esto lo hizo una sola vez* (Heb 7, 27). En otras religiones se renuevan las víctimas sobre el altar; en el Antiguo Testamento los sacrificios se reproducían sin cesar; Jesucristo, Sacerdote y Víctima, dijo: *He aquí que vengo para hacer tu voluntad... En virtud de esa voluntad somos nosotros santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo*, *hecha una sola vez... con una sola oblación perfeccionó para siempre a los santificados* (Heb 10, 9-10.14).

La Misa no multiplica el único Sacrificio de Cristo. Las que se multiplican son las distintas presencias del único Sacrificio.

3. ES UN SACRIFICIO DEFINITIVO

Las razones principales son cuatro:

- Destruyó el pecado;
- alcanzó su fin;

[6] Cfr. Heb 10, 4.

- realiza una Alianza eterna, y
- podemos unirnos de hecho a Dios.

A. ES DEFINITIVO PORQUE DESTRUYÓ EL PECADO

Sólo el Sacrificio definitivo de Cristo hizo que el pecado dejase de ser definitivo: *después de haberse ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos, se aparecerá por segunda vez, sin relación ya con el pecado, a los que le esperan para su salvación* (Heb 9, 28). Ello es así porque Cristo borró el pecado definitivamente para los que se aprovechan de su redención.

B. ES DEFINITIVO PORQUE ALCANZÓ SU FIN

Antes de Jesús, los pecadores quedaban en el mismo estado. Todos los años debía repetir la imponente ceremonia el sumo sacerdote, en el día de la expiación.[7] No pasó así con Jesús: Pues no penetró Cristo en un santuario hecho por mano de hombre, en una reproducción del verdadero, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios en favor nuestro, y no para ofrecerse a sí mismo repetidas veces, al modo como el Sumo Sacerdote entra cada año en el santuario con sangre ajena (Heb 9, 24-25). Si con un solo sacrificio no hubiera acabado Cristo con el reino del pecado, tendría que haber sufrido muchas veces: Para ello habría tenido que sufrir muchas veces desde la creación del mundo. Sino que se ha manifestado ahora una sola vez, en la plenitud de los tiempos, para la destrucción del pecado mediante su sacrificio. Y del mismo modo que está establecido que los hombres mueran una sola vez y luego el juicio, así también Cristo, después de haberse ofrecido una sola vez para quitar los pecados de la multitud, se aparecerá por segunda vez, sin relación ya con el pecado a los que le esperan para su salvación. (Heb 9, 26-28). Logró su objeto e hizo superfluo todo esfuerzo ulterior.

c. Es definitivo porque realiza una Alianza eterna

Es la Nueva Alianza o Nuevo Testamento. No habrá otra Alianza, como no habrá otro Sacerdocio, como no habrá otro Sacrificio, como no habrá otra Ley, como no habrá otra Revelación. Es lo que había anunciado el profeta Jeremías: *concertaré... una nueva Alianza*, *no como la Alianza que hice con sus padres...* (Heb 8, 8-9; Jr 31, 32). La Nueva Alianza abroga la Antigua Alianza: *Al decir «una nueva Alianza» declara envejecida la primera. Ahora bien*, *lo que envejece y se hace anticuado está a punto de desaparecer* (Heb 8, 13).

Horas antes, en la anticipación incruenta del Sacrificio definitivo, el autor de la Nueva Alianza ponía su Sangre sacramental en el cáliz, diciendo: *Este cáliz es la Nueva Alianza en mi Sangre*, *que es derramada por vosotros* (Lc 22, 20).

d. Es definitivo porque los hombres son definitivamente incorporados a Dios

Esa es la realidad. Por el Sacrificio de nuestro Sumo y Eterno Sacerdote Jesucristo, definitivamente hemos sido incorporados al Pueblo de Dios Padre, constituidos miembros del cuerpo místico de Cristo, hechos templos del Espíritu Santo. Esta intimidad con Dios, este intercambio entre el Creador y la criatura,[8] es posible por el Mediador entre Dios y los hombres, al sellar con su sangre la Nueva Alianza: *Esta será la Alianza que yo haré... Imprimiré mis leyes en su mente*, *y las escribiré en sus corazones. Y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo... todos me conocerán... y de sus pecados jamás me acordaré* (Heb 8, 10-12; Jr 31, 31-34). Fuimos hechos miembros de su Cuerpo.

[7] Cfr. Lv 16.
[8] Cfr. Heb 8, 10-12.

4. Es un sacrificio eterno

El Sacrificio de Cristo es eterno porque: ...*este posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre* (Heb 7, 24).

¡Prodigio del amor de Dios! Conservando la unidad de su sacrificio sin desmentir el «apax» (latín: *semel* = una vez); encuentra la manera de reiterar su oblación sin perder la unidad del sacrificio; de perpetuar el sacrificio en la tierra mientras duren los siglos, sin que deje de ser definitivo. ¡Milagro del amor de Dios, maravillosa síntesis de milagros! ¡Tal la Misa! El mismo Sacerdote que sacrifica, por poderes comunicados a sus sacerdotes ministeriales incorporados a su sacerdocio eterno; el mismo Sacrificio; la misma Víctima con su mismo Cuerpo y su misma Sangre; la misma acción esencial, que es la misma Oblación.

Todo es igual, salvo la forma de la ofrenda en especie ajena, o sea, incruenta.

Como el Cuerpo de Cristo ofrecido en muchos lugares es un solo cuerpo, no muchos cuerpos, así el sacrificio ofrecido en muchos lugares, es un solo sacrificio, no muchos sacrificios.[9]

Sacrificio eterno, porque, consagrado sacerdote por la encarnación, Cristo ofrecerá eternamente al Padre -aún luego del fin del mundo- su sacrificio de adoración y de acción de gracias.

Es la «Víctima viva e inmortal».[10]

En el Cielo celebra sus pontificales eternos este sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec, sacerdote universal y perdurable, que ofreció un sacrificio único, definitivo y eterno. ¡A prolongar esto nos llama!

[9] Cfr. Ro 12, 5.

[10] SAN JUAN DAMASCENO, *In Dominic. Pascha*; cit. por I. GOMÁ, *Jesucristo Redentor* (Barcelona 1933) 200.

Allí se celebra la Fiesta Eterna de este Sacerdote y Mediador único. Y cantan un cántico nuevo diciendo: *Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado y compraste para Dios con tu Sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de Sacerdotes, y reinan sobre la tierra. Y en la visión oí la voz de una multitud de Ángeles alrededor del trono, de los vivientes y de los ancianos. Su número era miríadas de miríadas y millares de millares; y decían con fuerte voz: Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza. Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, oí que respondían: Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos* (Ap 5, 9-13).

3

La prolongación del sacerdocio y del sacrificio: la Santa Misa

Ese milagro es la Santa Misa. El Sacerdocio de Cristo y el Sacrificio de Cristo se prolongan en ella de manera sacramental.

1. La perpetuación del Sacerdocio de Cristo

El Sacerdocio de Cristo no sólo se prolonga en la Misa, sino en toda la liturgia, que es «el ejercicio del Sacerdocio de Jesucristo».[1] De tal modo que, cuando alguien bautiza, confirma, celebra la Eucaristía, confiesa, unge los enfermos, ordena, se casa,[2] es Cristo quien bautiza, confirma, celebra la Eucaristía, confiesa, unge los enfermos, ordena, casa.[3] Cristo continúa realizando los actos de su sacerdocio eterno, a través de sus sacerdotes ministeriales o bautismales.

Jesucristo es el Sacerdote principal de la Santa Misa, porque ofrece todas y cada una de las Misas que se celebran. El mismo acto de oblación interna de la víctima del sacrificio de la cruz, se

[1] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, «*Sacrosanctum Concilium*», 7.

[2] Los cónyuges son los ministros de este sacramento y este el ejercicio más elevado del sacerdocio bautismal.

[3] Cfr. SAN AGUSTÍN, *In Ioannem Evangelium*, 6, 1, 7.

perpetúa en el acto de oblación interna de la víctima de cada Sacrificio de la Misa, por los poderes que Cristo trasmite a través del sacramento del orden sagrado. De allí que el sacerdote sacramental, como signo sensible y eficaz de Cristo-Cabeza invisible, ofrece, de modo sensible y también eficaz, el Sacrificio del Cuerpo y Sangre del Señor.

En el «ministro ordenado, es Cristo mismo quien está presente en su Iglesia, como Cabeza de su cuerpo, Pastor de su rebaño, Sumo Sacerdote de su sacrificio redentor, Maestro de la Verdad».[4] La Iglesia enseña esta verdad al decir que, el sacerdote visible, por haber recibido el sacramento del Orden, «actúa en la persona de Cristo Cabeza»,[5] o sea, en su nombre y con su autoridad. El sacerdote ministerial es imagen de Cristo-Sacerdote: «Es como "ícono" de Cristo-Sacerdote».[6] Cristo es el primer y único Sacerdote de la Iglesia, «todos los demás son sus figuras sacramentales».[7]

Porque ha sido tomado de entre los hombres *para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados*; *por cuanto él está también rodeado de flaqueza* (Heb 5, 1-2), el sacerdote ministerial no está exento de debilidades, limitaciones, imperfecciones, flaquezas humanas, es decir, del pecado. Debe arrepentirse de los mismos, debe confesarse como todo hombre, debe ofrecer el sacrificio y hacer penitencia por sus mismos pecados. Pero la misma fuerza del Espíritu Santo garantiza que, en los sacramentos, «ni siquiera el pecado del ministro puede impedir el fruto de la gracia».[8]

[4] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1548.

[5] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1548; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 10.28; *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* «*Sacrosanctum Concilium*», 33; CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los Obispos* «*Christus Dominus*», 11; CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 6.

[6] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1142.

[7] A. VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía* (Buenos Aires 1946) 228.

[8] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1550.

El sacerdote ministerial predica la Palabra de Dios, presenta a Dios los dones de pan y vino, los inmola y los ofrece al transustanciarlos en el Cuerpo y la Sangre del Señor, obrando en nombre y con el poder del mismo Cristo, de modo tal que, por sobre él sólo está el poder de Dios, como enseña Santo Tomás de Aquino: «El acto del sacerdote no depende de potestad alguna superior, sino de la divina»,[9] de tal modo, que ni siquiera el Papa, tiene mayor poder que un simple sacerdote, para la consagración del Cuerpo de Cristo: «No tiene el Papa mayor poder que un simple sacerdote».[10]

Los fieles cristianos laicos por razón del Bautismo, en la Santa Misa por manos del sacerdote y junto con el sacerdote, ofrecen la Víctima inmolada a Dios, y se ofrecen a sí mismos con ella, junto con sus trabajos, penas, alegrías, con sus actos de adoración, acción de gracias, de pedir perdón, de peticiones, etc.

2. La perpetuación del Sacrificio de Cristo

Al mandar a los Apóstoles en la Última Cena: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22, 19; 1Cor 11, 24.25), les ordena reiterar el rito del Sacrificio eucarístico de *mi Cuerpo que será entregado* y de *mi Sangre que será derramada* (Lc 22, 19; 1Cor 11, 24.25). Enseña el Concilio de Trento que Jesucristo, en la Última Cena, al ofrecer su Cuerpo y Sangre sacramentados: «a sus apóstoles, a quienes entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento, a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio, les mandó... que los ofrecieran».[11]

[9] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, Supl, 40, 4.

[10] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, Supl, 38, 1, ad3. El sacerdote ministerial depende del Obispo en «el ***ejercicio*** de su potestad», no en la ***potestad misma***, que recibe de Cristo el día de su ordenación sacerdotal. El sacerdote ministerial ***participa del sacerdocio de Cristo***, no del sacerdocio del Obispo, que también es participado del de Cristo, aunque en grado mayor. El Obispo como instrumento, por la imposición de manos, hace ***participar*** al presbítero del sacerdocio de Cristo, no del suyo personal.

[11] *DS* 1739; *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1337.

Es dogma de fe definida que «en el sacrificio de la Misa se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio».[12]

La Misa es verdadero sacrificio por tres razones:

- Porque *representa* el sacrificio de la cruz;
- porque es el *memorial* del sacrificio de la cruz;
- y porque *aplica* el fruto del sacrificio de la cruz.[13]

Cristo dejó a la Iglesia el Sacrificio Eucarístico: «por el que se representara aquel suyo sangriento que había, una sola vez, de consumarse en la cruz, y su memoria permaneciera hasta el fin de los siglos[14] y su eficacia saludable se aplicara para la remisión de los pecados que diariamente cometemos».[15]

Nuestro Señor quiso que se perpetuase su Sacrificio porque «como no había de extinguirse su sacerdocio por la muerte[16]... para dejar a su esposa amada, la Iglesia, un sacrificio visible, como exige la naturaleza de los hombres, ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre, bajo las especies de pan y vino».[17] Para que sus discípulos que, por ser hombres, no sólo tienen alma, sino también cuerpo, pudiesen, como lo pide su naturaleza, tener un Sacrificio visible para ofrecer a Dios.

Como el Sacrificio de Jesucristo, que se realizó de una vez para siempre, es de valor infinito y bastaba para perdonar todos los pecados del mundo, queriendo Él participarlo a los hombres de todos los tiempos, siendo imposible que Cristo muriera de nuevo, porque vive una vida gloriosa e inmortal, nos dejó su único sacrificio, pero de otra manera.

[12] *DS* 1751; *Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 1365.1366.
[13] Cfr. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1366.
[14] Cfr. 1Cor 11, 23ss.
[15] *DS* 1739; *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1366.
[16] Cfr. Heb 7, 24.27.
[17] *DS* 1739.

De manera incruenta, es decir, sacramental. No en especie propia, sino en especie ajena, es decir que nos deja su Cuerpo entregado y su Sangre derramada bajo las especies de pan y de vino.

El sacrificio de la cruz se perpetúa en el momento de la doble consagración del pan y del vino; en ese momento aparece, sacramentalmente, la Sangre de Cristo separada del Cuerpo, tal como ocurrió en la cruz. En la Consagración se dan unidas la inmolación y la oblación. Pero entre ellas hay distinción, porque «hay sacrificio cuando se hace algo en las cosas que se ofrecen a Dios; oblación cuando se ofrece algo a Dios, aunque no se haga nada en el don... por eso, todo sacrificio es oblación, pero no viceversa».[18]

«En este divino Sacrificio, que en la Misa se realiza, se contiene y se inmola incruentamente aquel mismo Cristo que *una sola vez se ofreció Él mismo* (Heb 9, 27), cruentamente, en el altar de la cruz».[19]

Lo hace Jesucristo, sacerdote principal, sólo por medio del sacerdote sacramental: «Una sola y la misma es la víctima, y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció a sí mismo en la cruz, siendo solo distinta la manera de ofrecerse».[20]

La hacen Jesucristo, por medio de su sacerdote visible, y los fieles cristianos laicos por medio y junto al sacerdote visible, para unir su oblación a la del mismo Cristo.

En la comunión recibimos «verdadera, real y sustancialmente»[21] el Cuerpo y la Sangre, juntamente con el Alma y la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

[18] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, 85, 3,ad3.
[19] *DS* 1743.
[20] *DS* 1743.
[21] *DS* 1636.1651.

Al comulgar la víctima del sacrificio se participa del mismo sacrificio; por eso se pregunta San Pablo: *¿No participan del altar los que comen de las víctimas*? (1Cor 10, 18), queriendo decir que es evidente que, los que comen la víctima, participan del Sacrificio. En la Misa, comulgar la Víctima es participar del sacrificio de la cruz.

Al comulgar recibimos a Cristo, Cabeza del Cuerpo místico, Cabeza de la Iglesia; y al unirnos más a Él, nos unimos más a los miembros de su Cuerpo místico. Por eso la Eucaristía hace la Iglesia; es el sacramento de la unidad eclesial: *somos muchos un solo cuerpo*, *pues todos participamos de un único pan* (1Cor 10, 17).[22]

¡Tengamos siempre más hambre de Eucaristía!
¡Nunca dejemos la Santa Misa! ¡Es el tesoro del cristiano!
¡Allí se perpetúa un profundo misterio, en el que:
«la Vida muere en cruz, en una cruz crucifijo»![23]
¡Allí el pan de los ángeles nos espera para saciarnos!
¡Allí el maná del cielo nos alimenta en nuestro peregrinar!
¡Allí «todo el bien espiritual de la Iglesia se contiene sustancialmente»![24] ¡«Esto es CRISTO»![25]

[22] Cfr. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1396.

[23] GERARDO DIEGO, *Vía Crucis*.

[24] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 65, 3, ad1; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la vida y el ministerio de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 5; *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1324.

[25] *STh*, III, 79, 1; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la vida y el ministerio de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 5; *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1324.

4

Nada más grande que Jesucristo[1]

1. Nada hay más grande en todo el universo que Jesucristo

La Encarnación tuvo como escenario un planeta pequeño, perdido entre millones de estrellas y miles de galaxias, pero, este planeta, por la encarnación, es el centro real del universo. La historia humana es como un drama, que no obstante la multiplicidad de hechos y de personajes, desenvuelve una sola idea: la salvación en Cristo, el Salvador.

Jesucristo, centro del universo cósmico, es también el centro del universo moral, el principio, el fin y la razón íntima de todas las vicisitudes humanas, porque él es la Cabeza de la humanidad redimida.

2. Nada hay más grande en Jesucristo que su sacrificio[2]

Dice Condren: «La obra maestra de Dios es Jesucristo y la obra maestra de Jesucristo es su Iglesia... Pero aquello que hay de

[1] Cfr. ANTONIO PIOLANTE, *I Sacramenti* (Roma 1959) 516.
[2] Cfr. P. PARENTE, *De Verbo Incarnato* (Roma 1955) 73-77.

más grande, de más santo y de más augusto en Jesucristo y en la Iglesia... es el Sacerdocio y el Sacrificio de Jesucristo»[3]. El Verbo Eterno, imagen perfecta del Padre y, al mismo tiempo, causa ejemplar de la creación, desde el momento en que se hace hombre, no puede no ser el ligamen (la atadura) entre Dios y lo creado, no puede no obrar como mediador.

Él es Sacerdote único, Sacerdote siempre, Sacerdote por todas partes (total), porque su consagración no fue un hecho pasajero y accidental, una unción recibida en uno de los días de su existencia, sino la misma Divinidad comunicada a la naturaleza humana asumida al comienzo de todos sus días.[4]

Por esto Jesucristo es esencialmente Sacerdote, y todas sus acciones fueron necesariamente sacerdotales:

-Él no puede pronunciar más que una palabra: una palabra de adoración reparadora;

-no puede realizar más que un acto: la oblación sacerdotal;
-una figura tuvo solamente en su alma: la cruz;
-un solo movimiento animó su existencia: la subida al Calvario.

En la vida de Jesús todos los hechos tienen una relación, no por convergencia casual, sino por interna finalidad al sacrificio de la cruz. En una frase misteriosa lo reveló san Lucas: *Tomó Jesús la firme resolución de ir a Jerusalén* (9, 51) (*et ipse faciam suam firmavit ut iret Ierusalem*): la actitud constante de toda su vida era de ir a Jerusalén: el Sacerdote tendía hacia su altar.

Para el interés histórico-profano no era más que una colina insignificante, que apenas sobresalía del nivel del suelo de Jerusalén; un montículo, en el fondo de un país perdido, fuera de los grandes caminos de la civilización; un drama de odio y de celos, de

[3] CH. DE CONDREN, *L´idée du sacerdoce et du sacrifice de Jésus-Crist* (París 1901) 39.
[4] Cfr. P. PARENTE, *o. c.*

mezquindad y de crueldad, de gente que gritaba en una pequeña plaza empedrada; una condena como tantas otras, un minúsculo incidente que se pierde en el rumor de la fiesta pascual, que apenas si merecía una sola línea para los escritores de la época.

En realidad, a los ojos de Dios, el verdadero constructor de la historia, se trata del centro hacia el cual todo converge y del cual todo se irradia, es el hecho único que da, a todo el resto, su significado y su unidad.

En efecto, el sacrificio hacia el que se dirige la Vida de Cristo, es un poema de rigurosa unidad. Mientras que en los sacrificios paganos y judíos todos los elementos estaban separados, Cristo en su sacrificio los reduce a la unidad:

-en vez de innumerables oblaciones, una sola oblación;

-en vez de muchos animales sacrificados, una sola víctima;

-en vez de miles de sacrificadores, un solo sacerdote;

-en vez del dualismo irreductible de un sacerdote que no es víctima y de una víctima que no puede ofrecerse a sí misma, un sacerdote que es la víctima de su sacrificio: Sacerdote y Víctima, Sacerdote de su Víctima y Víctima de su Sacerdocio.

-en vez de la institución vicaria convencional e insuficiente, un solo sacerdote que, en su calidad de Cabeza, reúne en sí todos los hombres para ofrecerlos en un solo holocausto.[5]

El murmullo confuso de los antiguos sacrificios -figuras de la Pasión- en la cercanía del Gólgota se hacen clamor distinto: clamor que se quebrantó y calló en el silencio de la hora nona. En aquel instante se rasgó el velo del Templo y se cumplió la obra de nuestra redención: *Mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados* (Heb 10, 14).

[5] Cfr. SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, 4, 14; PL. 42, 901.

Toda la religión del pasado y del futuro estaba contenida en el sacrificio de Jesús. La cruz, altar del mundo, se convierte -por el supremo acto de culto allí realizado- en la unidad religiosa del mundo: *ara mundi*, y por tanto, *unitas mundi*.

El protestantismo no ha comprendido bien este aspecto de la verdad y ha rechazado el sacrificio diario, y desde hace cuatro siglos grita que la Misa es una abominación, un atentado sacrílego al valor infinito de la muerte de Cristo. Pero el protestantismo no entendió que las obras de Dios son perfectas. Por la íntima solidaridad que rige entre la cabeza y los miembros era necesario que el sacrificio de la cruz, permaneciendo uno y absoluto, pasase a la trama cotidiana de la vida de la Iglesia, haciéndose extensivo a todos los tiempos y a todos los lugares sin multiplicarse.

Permaneciendo uno y absoluto, abarcando todos los tiempos y lugares, y siendo participado por todos los hombres de todas las eras de la humanidad, en el Santo Sacrificio de la Misa se perpetúa el doble gesto de la Encarnación redentora: un movimiento del Cielo a la tierra para la santificación de los hombres (movimiento descendente), y un movimiento de la tierra al Cielo para la glorificación de Dios (mediación ascendente).

Nada hay más grande en todo el universo que Jesucristo.
Nada hay más grande en Jesucristo que su sacrificio.
No sólo es una y única la Víctima.
No sólo es uno y único el Sacerdote.
También es una y única la oblación.

En aquel momento culminante, en que el Salvador estaba en el vértice del Gólgota, en una mirada panorámica, iluminada por la visión beatífica, conoce -una a una- todas las oblaciones, todas y cada una de las transustanciaciones, que la Iglesia habría de hacer de su muerte expiatoria con el rito eucarístico, y todas ellas -también esta-, en bloque, las hizo suyas presentándolas al Padre.

En ese momento terminó para Cristo el *status viae* y se inició el *status gloriae* y, por tanto, aquella disposición suya alimentada continuamente con actos de ofrecimiento, se cambió en aquel instante, en un estado de permanente oblación (*status oblationis perpetuus*), casi cristalizado en la inmutabilidad participada de la Gloria: con esta disposición oblativa de su divino corazón, Jesús permanece presente sobre el Altar.[6]

De esta única oblación (de la cruz y del altar) participamos con renovada alegría cada vez que asistimos a la Santa Misa.

[6] Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *An Christus non solum virtualiter sed actualiter offerat Missas, quae quotidie celebrantur*, in *Angelicum*, 19 (1942) 105-118.

5

La «hora» de Cristo[1]

I

El acto supremo por el cual Jesucristo funda un universo de redención muriendo en la cruz, lo llama su «Hora». Toda su vida está dominada por la idea de su Hora: la Hora de su Pasión y la Hora de su vuelta al Padre.

En Caná dijo: *mi hora no ha llegado todavía* (Jn 2, 4). Si la adelanta por pedido de la Virgen, sabe que adelanta la Hora de su muerte. Su «Hora» no depende de los hombres sino de la voluntad del Padre: *querían pues detenerle*, *pero nadie le echó mano pues no había llegado aún su hora* (Jn 7, 30); *y nadie le prendió porque aún no le había llegado su hora* (Jn 8, 20). Su «Hora» señala el paso de Jesús por la muerte, a la gloria a donde llevará a todos los suyos: *Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado. En verdad*, *en verdad*, *os digo*: *si el grano de trigo arrojado en tierra no muere*, *se queda solo*; *mas si muere*, *produce fruto abundante*; *Ahora mi alma está turbada*: *¿y qué diré*? *¿Padre*, *presérvame de esta hora*? ¡*Mas precisamente para eso he llegado a esta hora*! (Jn 12, 23-24.27). Es la «Hora» de la glorificación: *levantando sus ojos al cielo*, *dijo*: *Padre*, *la hora es llegada*; *glorifica a tu Hijo*, *para que tu Hijo te glorifique a Ti*; *-conforme al Señorío que le diste sobre todo el género humano- dando vida eterna a todos los que Tú le has dado* (Jn 17, 1-2). Es la «Hora» del tránsito al Padre: *Antes de la fiesta de la Pascua*, *sabiendo Jesús*

[1] Cfr. CHARLES JOURNET, *La Misa*, *presencia del sacrificio de la cruz* (Bilbao 1962) 26-31.

que su hora había llegado para pasar de este mundo al Padre, *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo*, *los amó hasta el fin* (Jn 13, 1).

II

Jesús conocía de antemano esa hora: cuando Jesús terminó todas estas palabras, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado (Mt 26, 1-2). Conoce todas sus circunstancias. Esta «Hora» le preocupa. Colorea con su misterio el silencio de la vida oculta y los distintos pasos de su vida pública. Está presente en la Encarnación del Verbo: Porque es imposible que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados. Por lo cual, al entrar Él en el mundo, dice: sacrificio y ofrenda no has querido, pero un cuerpo has preparado para mí, en holocaustos y sacrificios por el pecado no te has complacido. Entonces dije: «He aquí, yo he venido -pues de mí está escrito en el rollo del libro- para hacer, oh Dios, tu voluntad». Habiendo dicho arriba: sacrificios y ofrendas y holocaustos, y sacrificios por el pecado no has querido, ni en ellos te has complacido -cosas todas ofrecidas conforme a la ley-, entonces dijo: «He aquí... he venido para hacer tu voluntad». ...Él quita lo primero para establecer lo segundo (Heb 10, 4-9).

III

Esta «Hora» resume toda su vida temporal. Todos los actos de su vida -que tenían valor infinito- eran ofrecidos como una parte del todo que la Pasión debía completar. Resume, además, toda la historia del mundo y todo su futuro: su «Hora» era recapitular los cielos y la tierra. Dice San Ireneo: «...estas cosas no serían rescatadas si no se hubiesen salvado; y el Señor no hubiese podido recapitular todas las cosas en Sí, si no se hubiese encarnado para salvar en Sí mismo aquello que había perecido».[2] San Jerónimo: «Es en la

[2] SAN IRENEO, *Adversus haereses*, 1, V, 14, 1; PG VII.

cruz del Señor y en su Pasión donde han sido recapituladas todas las cosas; todas las cosas han sido abrazadas por esta recapitulación».[3]

IV

Su «Hora» se proyecta sobre la Resurrección y la Ascensión; su muerte contenía la Resurrección. Su sufrimiento la felicidad. Su derrota una victoria inmarcesible.

La «Hora» de Cristo es la Hora solemne del mundo. Está enmarcada en el tiempo -el 14 de Nissan del 33, según nuestro cómputo, de 12 a 15 hs-, pero domina todos los tiempos. La cruz abraza todo el pasado y todo el futuro, salva los tiempos anteriores por anticipación... Salva los tiempos posteriores por aplicación o derivación: todas las gracias de la Nueva Ley brotan de la cruz: *Sin efusión de sangre no hay redención* (Heb 9, 22).

El sacerdote es el que actualiza la «hora» de Jesús; es el que hace dar las «Horas» al reloj de Jesús. Es él cuando predica, bautiza, confiesa, celebra la Santa Misa, porque el sacrificio de la cruz es ofrecido de una vez para siempre, pero para ser actualizado sin cesar. Digamos que su trabajo es hacer que lleguen a los hombres de cada generación los frutos del sacrificio de la cruz. Cristo quiere que la Iglesia -la de ayer, la de hoy, la de mañana-, se enraice en Él, en su sacrificio.

Al pie de la cruz estaban la Virgen María y San Juan, representando a la Iglesia; a su ofrenda teándrica infinita, Cristo añade la ofrenda creada finita. La participación de la oblación a la vez litúrgica, sacrificial y amorosa de Cristo se realiza entonces por un contacto inmediato (sin que se recurra a signos sacramentales, ni

[3] *Comm. Ad Ephes.*, I, 10; PL XXVI.

al rito incruento). Esto fue pasajero. Es una presencia de contemporaneidad (está excluida para nosotros).

Pero hay otra manera de participar plenamente del drama Redentor de forma permanente. Es cuando se nos ofrece el Sacrificio cruento en la envoltura del Sacrificio incruento de la Misa. Es nuestro privilegio. Es una presencia de contacto espiritual. Nada se opone a que esta presencia llegue hasta nosotros. El rayo de la cruz sangrienta -por obra de los sacerdotes- se desplaza con el sucederse de las generaciones para venir en cada Misa a penetrarnos en nuestro propio tiempo. Nos hace adherirnos y penetrar en el misterio redentor; nos hace descubrir nuestro lugar en él; nos hace unirnos actualmente a la ofrenda de Cristo y suplicar con él; nos abre las gracias con que él desea colmarnos.

Cristo quiso que la cruz -que el sacrificio de la cruz- no fuese para nosotros un acontecimiento distante, sino presente, y que fuese como transportada sobre el río de los tiempos.

La Pasión de Cristo, por poder espiritual de la divinidad que le está unida, ejerce su influencia por contacto espiritual -dice Santo Tomás- es decir, por la fe y los sacramentos *mediante la fe en su Sangre* (Ro 3, 25). En otra parte: «La virtud -el poder- de la Pasión nos viene por la fe y los sacramentos... La continuidad por la fe supone un simple acto del alma; la continuidad de los sacramentos supone el uso de las cosas exteriores».[4]

[4] SANTO TOMAS DE AQUINO, *STh*, III, 62, 6.

6

«Cuando sea elevado a lo alto»

Así, como en el sistema planetario, todo gira alrededor del sol, en el orden de la gracia, todo gira alrededor de la gracia de la cruz de Cristo, el Sol de justicia.

Nada hay en el mundo más grande que Jesucristo, y nada hay en Jesucristo más grande que su cruz:

- En Ella Dios nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos (Ef 1, 3);
- en Ella Dios nos eligió antes de la constitución del mundo (Ef 1, 4);
- en Ella Dios nos predestinó a la adopción de hijos suyos (Ef 1, 5);
- en Ella Dios nos otorgó gratuitamente la riqueza de su gracia que sobreabundantemente derramó sobre nosotros (Ef 1, 6);
- en Ella tenemos la redención por su Sangre, la remisión de los pecados (Ef 1, 7);
- en Ella recapituló todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra (Ef 1, 10);
- en Ella hemos sido declarados herederos (Ef 1, 11);
- en Ella somos alabanza de su gloria (Ef 1, 12).

Así como desde la cruz atrae a todos los hombres hacia sí, así, desde la cruz, atrae Cristo a los que tienen vocación. La fuente de toda vocación a la vida consagrada en la Iglesia es la cruz de Cristo.

Así, un día, todo sacerdote se sintió atraído por la cruz de Cristo.

Y ¿cuál es la causa de esta atracción? La causa es que todo lo que el mundo tiene por despreciable, Cristo lo llama agradable (pobreza, persecución, obediencia, pureza), y todo lo que el mundo tiene por agradable, Cristo lo considera despreciable. Todo sacerdote, un día:

Percibió -aún en confuso- que sólo en la cruz de Cristo se enseña la lección maravillosa y única del dolor sufriente.

Se dio cuenta que la cruz es locura a los ojos del mundo, pero alzando los ojos a Cristo crucificado, comprendió que la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres.

Y pensó: si el Verbo hecho carne me enseñó el camino de la cruz: *si alguno quiere seguirme* (Lc 9, 23) debo seguirlo; más aún, alzando los ojos lo vio con los brazos extendidos -como abrazándolo- y con los pies clavados -esperándolo-, dándose cuenta que no sólo enseñó, sino que dio ejemplo; y de allí en más, no quiso saber *nada fuera de Jesucristo, y Jesucristo crucificado* (1Cor 2, 2).

Y así fue como la cruz de Cristo le robó el corazón, y lo conquistó, y lo entusiasmó, y lo arrojó a la aventura más grande que es dada vivir al hombre sobre la tierra: la entrega total a Dios. Por eso no hay cosa más hermosa sobre la tierra que un corazón sacerdotal. Un corazón que se entrega al Señor con amor irrestricto e indiviso.

Y porque se enamoró de la cruz, se amadrinó con Ella, más aún, se desposó con Ella. Todo auténtico sacerdote se desposa con la cruz.

Es la que le da audacia infatigable y coraje a toda prueba. Es la que hace posible que, aun cocido de cicatrices, una sonrisa brote siempre de sus labios y una risa cristalina sea la rúbrica de sus obras. Es Ella la que da al sacerdote sed de cosas grandes. Ella es

la que enardece a la misión, de tal manera que el mundo, Oriente y Occidente, Norte y Sur, resulte pequeño para las ansias de su corazón.

Ella lo lanza a grandes gestas, y a gestas que pueden ser épicas.

Ella lo lanza a ser misionero por los caminos del mundo, lejos de su pueblo, lejos de su Patria, lejos de su familia. Eso es don de Dios; pero es también tarea que todo sacerdote debe hacer. No es al azar que brota un corazón sacerdotal en una familia, en un pueblo...

Recemos siempre por los sacerdotes, para que digan continuamente: *En cuanto a mí*, ¡*Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo*, *por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo*! (Ga 6, 14).

7

Eco de todos los dolores y todos los amores de Jesús

1. Somos eco del Corazón de Cristo

Todo bautizado debe ser el eco de todos los dolores y todos los amores de Jesús. Con mayor razón lo es el sacerdote. En el eco de su corazón deben resonar, solemnemente, los dolores y los amores, todos, del Corazón del Esposo.

Esa es una de las razones por las que Jesucristo les dice: «*estoy aquí, quiero encarnarme místicamente en tu corazón. Yo cumplo lo que ofrezco; he estado preparándote de mil modos, y ha llegado el momento de cumplir mi promesa:* ***recíbeme****. Tomo posesión de tu corazón, no dándome tú la vida, sino dándola yo a tu alma*».[1] Así se manifestaba Jesús al alma de quién quería viviese el sacerdocio espiritual y fuera espiritual víctima. Me refiero a la Venerable María de la Concepción Loreto Antonia Cabrera Arias Lacaveux Rivera de Armida[2], quien nació en San Luis Potosí, México, en 1862 y murió en México (DF) en 1937 siendo sepultada en San José del Altillo (DF) y fue hija, novia, esposa, madre, viuda, abuela, fundadora, mística, escritora,

[1] M. L. SÁNCHEZ, *Sposa, Madre e Apostola. Serva di Dio Concepción C. de Armida* (Roma 1999) 26.

[2] El p. Raniero Cantalemessa, opfcap, la citó dos veces predicando a la Casa Pontificia el 12 de marzo de 2010. En www.cantalamessa.org [visitado 16-07-2011].

apóstol infatigable de Jesucristo. Fue declarada Venerable por Juan Pablo II el 20 de diciembre de 1999, en Roma.

Jesús le enseña a santificar todos los momentos del día y todos los días del año: «*tienes contigo a la Sacrosanta Víctima del Calvario y de la Eucaristía: en unión conmigo, ofrécete y ofréceme cada instante al Eterno Padre con el fin tan noble de salvar las almas y de darle gloria*» (21 de junio de 1906).[3] Tenemos que recordar que la Eucaristía es, a la vez, sacrificio y sacramento: «***Tiene razón de sacrificio en cuanto se ofrece; y de sacramento en cuanto se recibe***».[4]

Enseña el Concilio Vaticano II: «*pues todas sus obras, preces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y de cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en "hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo"* (1Pe 2, 5)».[5]

Jesús para lograr que el alma consagrada ofrezca incesantemente todo a Él, le enseña a rezar lo siguiente: «*le pide que repita sin interrupción con una intención de inmolación voluntaria:* ***"Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre"***».[6] Subrayemos que debe ser con intención voluntaria de ofrecer sus sacrificios espirituales inmolándose a sí mismo en esa intención. Todavía le aclara más: «*ofrece con tu cuerpo y tu sangre, tu alma y tu corazón, tus potencias y tus sentidos, tu vida y tu muerte... las almas de tus hijos, ofrece a la Iglesia, a los sacerdotes, a todos los justos y a los pecadores, y a Mí mismo junto con todo esto, en cada minuto, en cada respiro, siempre, siempre, porque ésta es tu misión espiritual sobre la tierra*» (23 de febrero de 1909).[7] ¡Bellísimo programa!

[3] *Sposa, Madre e Apostola*, 28.
[4] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 79, 5.
[5] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen gentium*» (21 de noviembre de 1964), 34.
[6] *Sposa, Madre e Apostola*, 29.
[7] *Sposa, Madre e Apostola*, 29.

En cada momento y siempre ***ofrecer***:

1º. A Jesucristo mismo, divina Víctima;

2º. A la Iglesia, a los sacerdotes, a todos los justos y a todos los pecadores;

3º. A uno mismo con nuestro cuerpo y nuestra sangre, nuestra alma y nuestro corazón, nuestras potencias y nuestros sentidos, nuestra vida y nuestra muerte, nuestros parientes, familiares y amigos.

«*Quiero hacerte eco de todos mis dolores, eco de todos mis amores*» (10 de septiembre de 1927).[8] Repite lo mismo a cada alma consagrada el dulce Esposo, Jesucristo. ¡También a ti te lo repite de mil formas! ¡Aunque hayas perdido mucho tiempo! ¡Aunque todavía te sientas enredado con cosas del mundo! ¡Aunque te parezca imposible adelantar en el camino de la santidad! ¡Aunque lo hayas intentado un millón de veces sin éxito!

¡Los sacerdotes deben ser el eco privilegiado de todos los dolores y amores del Divino Esposo! Son ***'alter Christus'***. Hay que aprender de la Virgen, que es el eco supremo de los amores y dolores de Jesús.

2. La Virgen María nos da ejemplo

«*María, la creatura que más se ha transformado en mí, repetía en su interior:* ***esto es mi Cuerpo, esto es mi Sangre,*** *pero ¡con cuán grado de perfección!, ¡con cuanto derecho de repetir esas (palabras grandiosas)! ¡Con cuán grande y abundante unión y compenetración...!*» (21 de marzo de 1917).[9] Ella fue la que dio carne de su carne y sangre de su sangre para que el Hijo de Dios se hiciese hombre. ¡Y sólo Ella!

[8] *Sposa, Madre e Apostola*, 33.
[9] *Sposa, Madre e Apostola*, 30.

«*Cada vez que María, mi Santísima Madre, sentía el dolor de mi ausencia bajo cualquier forma, inmediatamente lo ofrecía al Padre para la salvación del mundo y de la Iglesia naciente. Este apostolado del dolor en Ella, en el tiempo de su soledad, fue el más fecundo e hizo descender del cielo una lluvia de gracias. Del mismo modo tú: has comenzado una nueva etapa de tu vida, que será un reflejo de la de María. Tienes que imitarla sin dejar que se pierda sufrimiento alguno, que unido al suyo y al mío adquirirá valor. De este modo haces sobrenatural todos tus dolores de la soledad para obtenerles fecundidad en favor de tus otros hijos tuyos*» (21 de marzo de 1917).[10] No hay que dejar que se nos pierda sufrimiento alguno, debemos saberlos cuidar con suma paciencia, sin queja voluntaria, incrementarlos con la inmolación voluntaria y permanente y con universal intercesión hacerlos fecundos para provecho de todos, en especial, los pobres, los pecadores y los enemigos.

Cuenta San Ignacio de Loyola en su *Diario espiritual:* «Al preparar el altar, y después de vestido, y en la misa, con muy grandes mociones interiores, *y muchas y muy intensas* lágrimas y sollozos; perdiendo muchas veces la habla, y así después de acabada la misa, *en muchas parte de este tiempo* de la misa, del preparar, y después, con mucho sentir y ver a Nuestra Señora mucho propicia *delante del Padre,* a tanto que en las oraciones al Padre, al Hijo, y al consagrar suyo, no podía que a ella no sintiese o viese, como quien es parte o puerta[11] de *tanta gracia, que en espíritu sentía.* Al consagrar mostrando ser su carne en la de su Hijo con tantas inteligencias, que escribir no se podría».[12]

También debemos hacerlo por quienes cumplen una misión importante en la Iglesia de Jesucristo: «*ofrécete en oblación por mis*

[10] *Sposa*, *Madre e Apostola*, 32.

[11] En la nota 54 se dice: «Es parte, en sentido causal, en las gracias que nos da el Hijo, porque está *junto* a Él, influyendo en cuanto mediadora que está junto a su Hijo. Es además 'puerta', porque está *delante*, como toda puerta, es decir, es principio, camino, medio, para el Padre».

[12] *Obras de San Ignacio de Loyola* (Madrid 1997) 367-368. Cita facilitada por la M. María del Cielo Leyes, SSVM.

sacerdotes; únete a mi sacrificio para obtenerles gracias. Por la unión especial que tienes con mi Iglesia, tienes el derecho de participar de sus amarguras, y tienes el sacro deber de consolarla (a la Iglesia)*, sacrificándote por sus sacerdotes*» (24 de septiembre de 1927).[13]

3. VOTO DE VÍCTIMA[14]

Al decir que el sacerdote, la religiosa, el bautizado, según su propia condición, a fin de alcanzar la perfección, deben ofrecerse cada día con Cristo como víctimas, aceptando generosamente las contrariedades que, según la divina Providencia, les están reservadas, ***no queremos significar el voto de víctima***. Sólo bajo la inspiración del Espíritu Santo las almas muy generosas se ofrecen con este elevadísimo voto, a la justicia divina o al Amor misericordioso de Dios a aceptar todos los dolores que Dios juzgue convenientes, para satisfacer por los pecadores y por su conversión. Imitan en esto a San Juan de la Cruz.

No es raro que sobrevengan grandísimos dolores, enfermedades, persecuciones. En consecuencia, no se ha de hacer semejante voto a no ser por una inspiración especial del Espíritu Santo. De otra suerte podría alguien adelantarse por una vía dolorosísima a la que no es llamado y en la que tal vez no podría soportar las penalidades concomitantes si emitió tal voto por presunción.

Por el contrario, previendo Dios que tal persona tendrá más tarde enormes dolores, por ejemplo, una dolorosa enfermedad que ha de soportar con gran paciencia, le inspira en particular se ofrezca como víctima de amor, para que así su paciencia sea in-

[13] *Sposa, Madre e Apostola*, 33.

[14] R. GARRIGOU-LAGRANGE, O.P., *La unión del sacerdote con Cristo Sacerdote y Víctima* (Barcelona 2001) 104-108.

comparablemente más meritoria (como ofrecida por voto) para la conversión de los pecadores.[15]

¿Cuál es la materia del voto de víctima? El que hace este voto promete a Dios aceptar (o no rechazar deliberada o voluntariamente) *todo sacrificio leve o grave, relativo al alma* (v. gr., privación de consuelo sensible en la oración) *o al cuerpo, a la fortuna o a la reputación o fama siempre que entendiere suficientemente ser ésta la voluntad de Dios.* Voluntad adorable y divina que se manifiesta en los sucesos o circunstancias que declaran las disposiciones de la Providencia, tales como la muerte del padre, de la madre, de los hermanos o hermanas, de los amigos; calumnias; deshonor; persecuciones; etc.; se manifiesta también por la voluntad de los superiores que representan a Dios.

Este voto, sin embargo, ***no impide el ejercicio de la virtud de la prudencia.*** De ahí que no es obrar contra él si racionalmente se toman prudentes precauciones para evitar el mal.

De manera positiva se podría expresar con la «*tercera manera de humildad*» de San Ignacio en los Ejercicios: «*por imitar y parecer más actualmente a Christo nuestro Señor,* ***quiero y elijo*** *más pobreza con Christo pobre que riqueza, oprobios con Christo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo*» [EE 167].

Aquel, pues, que hace voto de víctima promete a Dios no entristecerse deliberada y voluntariamente de haber hecho el voto, fueran cualesquiera las consecuencias. En esto estriba precisamente la heroicidad. El consentimiento plenamente deliberado y voluntario en la tristeza por haber hecho el voto sería culpa mortal;

[15] Véase M. GIRAUD, *Sacerdote y hostia*, donde trata del voto de víctima. Asimismo en la obra del mismo autor sobre la vida religiosa: *Del espíritu y vida de sacrificio en el estado religioso* (Lyon, 1879, 20-81), principalmente el libro I, cap. 8, «Diversos grados de unión con Cristo víctima»; capítulo 9, «De la unión de Jesús en su oblación»; capítulo 10, «En su inmolación»; capítulo 12, «Asistencia maternal de María».

si, por el contrario, no es plenamente voluntario, sería pecado venial. En esto se evidencia la perfección de este voto, que no se ha de permitir sin una inspiración especial del Espíritu Santo.

Además este voto puede hacerse por algunos meses solamente; y, siendo un acto libre, puede limitarse su materia con consentimiento del director. Aún más: si la persona que hace el voto pertenece a una Orden religiosa, se requiere el consentimiento del superior, o, al menos, que no se oponga; es enseñanza común respecto a los votos hechos por religiosos.[16]

Despréndese de lo dicho que una vez emitido el voto de víctima, tomadas las cautelas que aconseja la prudencia, sería pecado mortal rechazar voluntariamente el sacrificio, si tal sacrificio habría de producir un bien notable o evitar un mal grave. Aunque sería pecado venial rehuir el sacrificio si se hiciese sin plena deliberación o si la materia del voto fuera de poca importancia.

¿Cuál es la perfección a que debe aspirar la persona que ha hecho este voto? Debe procurar que sus acciones, incluso las más comunes, sean una imitación de las de Cristo Víctima. Debe estar dispuesto incluso a aceptar cualquier sacrificio. Por consiguiente, debe considerarse *como consagrada* a la gloria de Dios, para satisfacer, en la medida posible, por las ofensas cometidas contra Dios (lo cual supone la perfección plena de la caridad, de las virtudes y de los siete dones, que no se da sino en la vida mística). Y así las personas que han hecho este voto deben aspirar constantemente a la santidad interior y exterior, cual conviene a una verdadera víctima. Con ese fin reciben la Eucaristía para poder llevar su cruz, en unión cada vez más íntima con Cristo Salvador. Estas almas deben vivir las palabras de San Pablo: «ayudaos mutuamente a llevar las cargas y así cumpliréis la ley de Cristo» (Gal 6, 2).

[16] Véase BILLUART, *De virtute religionis. De Voto* (Quiénes pueden hacer votos).

4. La ofrenda incesante

Pero aun sin el voto propiamente tal puede hacerse la oblación de sí mismo al Amor misericordioso de Dios, según la fórmula compuesta por Santa Teresa del Niño Jesús y aprobada por la Sagrada Penitenciaría el 31 de julio de 1923, con indulgencia plenaria al mes, para aquellos que la reciten todos los días:

«Señor, para vivir en un acto constante de perfecto amor me ofrezco en holocausto, como víctima, a tu amor misericordioso, suplicándote, Señor, que me consuma constantemente y te dignes derramar en mi alma tu misericordia, para ser de verdad víctima de tu amor. Ojala que este martirio me prepare para la vida eterna hasta el punto de que muera de amor y llegue al instante al abrazo de tu amor misericordioso.

Quiero, amado mío, renovar constantemente esta oblación en cada palpitación de mi corazón hasta que, traspasados los umbrales terrestres, pueda expresarte mi amor para siempre cara a cara».

O repitiendo, como enseñó Jesús a Concepción Cabrera de Armida: «*con una intención de inmolación voluntaria:* ***"Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre"***».[17]

Podemos, igualmente, pedir a la Santísima Virgen que Ella nos ofrezca cada día a su Hijo, según su prudencia maternal, que hará no nos sean enviados dolores superiores a nuestras fuerzas; que nos ofrezca en conformidad con su ardiente celo para que podamos dar a su Hijo todo lo que Él espera de cada uno de nosotros, hasta el día de nuestra entrada en la gloria. No es presuntuosa esta oblación hecha por intercesión de la Santísima Virgen; tendrá, además, toda la generosidad posible. Aún más: no es un voto que obligue bajo pecado ni siquiera venial, sino una simple ofrenda

[17] *Sposa, Madre e Apostola*, 29.

que equivale de algún modo en la vida práctica al voto de hacer lo más perfecto para nosotros.

Hemos visto[18] como todo sacerdote viene llamado, según su propia condición al estado de víctima para ser configurado con Cristo haciendo la oblación: 1º de la Divina Víctima; 2º de sí mismo como víctima; y 3º de los sacrificios espirituales que junto con él y por medio de él hacen todos los bautizados; cosas que hace ***in persona Christi.*** De esto depende la esterilidad o gran fecundidad de su ministerio sacerdotal, como se ha demostrado recientemente en los sacerdotes que recluidos en los campos de concentración realizaron, a veces, un fructuosísimo apostolado siempre que aceptaron generosamente por Cristo y por las almas todas las contrariedades que les acaecían. La religiosa hace la oblación por razón de su bautismo y de su consagración como ***Esposa de Jesucristo.*** Los bautizados por razón de su bautismo.

¡Maravilla de las maravillas! Todo bautizado, lo sepa o no lo sepa, participa de toda y cada una de las Misas que se celebran en el mundo, algunos participan *habitualmente* (incluida en la caridad e imperfectamente en la fe informe), otros participan *actualmente* cuando por un acto elícito (= libre) se unen espiritualmente a la Misa que se celebra ahora, en un determinado lugar. ¡Tal vez se celebren alrededor de 400.000 Misas por día en el mundo! De ese tesoro participa todo bautizado en su grado y según sus disposiciones.

Pero, además, por otro título participan los religiosos y religiosas. Y también, además, los sacerdotes ministeriales que obran ***in persona Christi***.

¡Maravilla de las maravillas! Un eco repetido y multiplicado, alegre y grave, profundo y cantarín como las aguas de nuestras

[18] Ver más adelante el capítulo «Los "novios" de la cruz» (pp. 541-547)

acequias, infinito como la eternidad y puntual como el segundo, que ya llena veinte siglos de historia y anticipa plurales para el futuro. Eco grandioso que retumba en lo más alto de los cielos como una alabada, como una trompeta que llama a la batalla de la fe, en un martilleo ininterrumpido con mucho clangor, que sube allende las nubes con el fragor de una brama, como un trueno a la distancia rodando su peñón, produciendo ante el Trono de Dios y de la corte celestial un santo alboroto, atronador, estridente, pero más dulce que la miel de millones de panales.

El eco repite siempre, como las olas del mar: ***«...éste es mi Cuerpo...esta es mi Sangre...»***.

¡Maravilla de las maravillas! Me gusta imaginar que una gran orquesta de música suena grandiosamente, acompañando el holocausto de tantas víctimas espirituales a través de los siglos, saturando el mundo de los espíritus con sus vibraciones: clavicordios y címbalos, arpas y atabales, charangos, gaitas, balalaicas, zampoñas, violines, xilófonos, órganos, oboes, castañuelas, flautas, pífanos, chirimías, timbales, panderetas, tambores, campanas... de los cuales sube una música nunca escuchada en la mejor y mayor ópera del mundo, bajo el más Grande Director de todos los tiempos.

Y el eco de los siglos, dando gloria a Dios y salvando a la humanidad, repite: ***«...éste es mi Cuerpo...esta es mi Sangre...»***. Y miríadas de miríadas de ángeles y arcángeles hacen rondas de cristalina alegría, mientras que la multitud abigarrada e incontable de santos y santas, con 'la antigua alegría de una tarde de oratorio',[19] se une fervorosamente al culto de latría de la Santísima Trinidad. La Reina del cielo y la tierra mira complacida y los Doce

[19] Cfr. ALESANDRO PASINI, *Corriere della Sera*, 23 marzo 2010, 50.

Apóstoles, por medio de quienes se nos «ha dado la mesa de tu Cuerpo y de tu Sangre»,[20] miran jubilosos los frutos de su trabajo.

¡Maravilla de las maravillas! Que deberíamos ver, aún, en este mundo nuestro como dice el poeta:

Aún guarda de tu voz un eco el viento,
aún saben los caminos de tus huellas;
aún guardan en sus ojos las estrellas
fulgor de tu oración y arrobamiento.

Aún me dicen las aves del sustento
que tu Padre les da sin sembrar ellas;
aún se visten los lirios galas bellas
y exhalan el aroma de tu aliento.

Aún florecen mejillas como rosas
de niños que tu mano bendijera,
aún recuerda tu imperio el mar airado.

Te miraron con éxtasis las cosas,
¡Oh Maestro! al pasar la vez primera,
y aún dudan si te fuiste o te has quedado.

[20] *Liturgia de las Horas*, t. 1, CEA 1990, 1129.

8

Espiritual «yerra»[1]: el carácter sacerdotal

I

Como bien sabemos son tres los sacramentos que imprimen carácter (en esos tres sacramentos el carácter es la *res et sacramentum*). Se nos enseña en el Catecismo de la Iglesia Católica, cuando habla de los símbolos del Espíritu Santo: «El sello es un símbolo cercano al de la unción. En efecto, es Cristo a quien *Dios ha marcado con su sello* (Jn 6, 27), y el Padre quien nos marca también en Él con su sello. Como la imagen del sello (ἐσφράγισεν) indica el carácter indeleble de la unción del Espíritu Santo en los sacramentos del bautismo, de la confirmación y del orden, esta imagen se ha utilizado en ciertas tradiciones teológicas para expresar el "carácter" imborrable impreso por estos tres sacramentos, los cuales no pueden ser reiterados».[2] E insiste: «Los tres sacramentos del bautismo, de la confirmación y del orden sacerdotal confieren, además de la gracia, un carácter sacramental o "sello", por el cual el cristiano participa del sacerdocio de Cristo y forma parte de la Iglesia según estados y funciones diversos. Esta configuración con Cristo y con la Iglesia, realizada por el Espíritu, es indeleble; permanece para siempre en el cristiano como disposición positiva

[1] Real Academia Española, *Diccionario de la Real Academia Española* (Madrid 1992) 1502, vocablo «Yerra»: «R. de la Plata. **hierra**, acción de marcar con hierro los ganados».

para la gracia, como promesa y garantía de la protección divina y como vocación al culto divino y al servicio de la Iglesia. Por tanto, estos sacramentos no pueden ser reiterados».[3] O sea, el carácter es un sello imborrable -indeleble- de nuestra pertenencia y configuración con Cristo y con su Iglesia y, por tanto, no reiterable, no repetible.

Me referiré ahora pues al carácter que imprime en el alma el sacramento del Orden sagrado.

II

Supuesto el carácter del bautismo, que nos consagra para el culto en la santa Liturgia y para ejercer el sacerdocio bautismal por el testimonio de una vida santa y de una caridad eficaz,[4] y el carácter propio de la confirmación, por el que se recibe el poder de confesar la fe de Cristo públicamente y como en virtud de un cargo (*quasi ex officio*),[5] los llamados por Dios y la Iglesia al Orden Sagrado, reciben otra marca espiritual indeleble.

Enseña el Concilio de Trento que «en el Sacramento del Orden... se imprime carácter, que no puede borrarse ni quitarse... (y no pueden volver) a convertirse en laicos...».[6] Los padres tridentinos formularon esta proposición contra la opinión de Lutero, que negaba el carácter al sacramento del orden, que afirmaba que el sacerdote no se distingue del seglar y que el ordenado podía volver a ser seglar; con lo cual se puede apreciar que tenían, los Padres de Trento, clara voluntad de formular una doctrina de fe, como la formularon..., y de fe solemnemente definida.[7]

[2] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 698.
[3] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1121.
[4] Cfr. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1273.
[5] Cfr. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1304.
[6] *DS* 1767.
[7] Cfr. M. NICOLAU, *Ministros de Cristo* (Madrid 1971) 202.

Respecto de los Obispos enseña el Concilio Vaticano II: «Este Santo Sínodo enseña que con la consagración episcopal se confiere la plenitud del sacramento del Orden; que por esto se llama en la liturgia de la Iglesia y en el testimonio de los Santos Padres "Supremo Sacerdocio" o "cumbre del Ministerio Sagrado". Ahora bien, la consagración episcopal, junto con el oficio de santificar, confiere también el oficio de enseñar y regir... Según la Tradición, que aparece sobre todo en los ritos litúrgicos y en la práctica de la Iglesia, tanto de Oriente como de Occidente, es cosa clara que, con la imposición de las manos, se confiere la gracia del Espíritu Santo y se imprime el sagrado carácter, de tal manera que los Obispos, en forma eminente y visible, hagan las veces de Cristo: Maestro, Pastor y Pontífice, y obren en su nombre».[8]

Y acerca de los sacerdotes: «El ministerio de los presbíteros, por estar unido al Orden episcopal, participa de la autoridad con la que Cristo mismo forma, santifica y rige su Cuerpo; por lo cual, el sacerdocio de los presbíteros supone, ciertamente, los sacramentos de la iniciación cristiana, pero se confiere por el sacramento peculiar por el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan marcados con un carácter especial que los configura con Cristo Sacerdote, de tal forma que pueden obrar en nombre de Cristo Cabeza».[9]

[8] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 21: «*...in Eius persona agant*». Cfr. 22: SAN CIPRIANO: «El sacerdote hace las veces de Cristo», *Epis.*, 63, 14; SAN JUAN CRISÓSTOMO: «el sacerdote es símbolo de Cristo», *In 2Tim*, *hom.* 2, 4; SAN AMBROSIO, *In Ps.* 38, 25-26:PL 14, 1051-52; AMBROSIASTER, *In Tim* 5, 19:PL 17, 479C e *In Eph* 4, 11-12:col 387C; TEODORO DE MOPSUESTIA, *Hom. Catech.* XV 21 y 24: ed. TONNEAU, 497 y 503; HESIQUIO HIEROS, *In Lev* 2, 9, 23:PG 93, 894B.

[9] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2: «in persona Christi Capitis agere valeant»; cfr. *Constitución dogmática sobre la iglesia* «*Lumen Gentium*», 10.

III

Por si fuese poco, la doctrina acerca del carácter sacerdotal que confiere el sacramento del Orden, se ha ido desarrollando por acción del Magisterio de la Iglesia.

El Sínodo de los Obispos de 1971[10] expone el carácter sacerdotal como una participación en el sacerdocio de Jesucristo, de tal forma que se define al sacerdote desde el carácter que lo marca de manera permanente, que le hace capaz para actuar en nombre de Cristo y que lo hace partícipe de la potestad de Cristo, para poder obrar en Su Nombre. «Desde Cristo y para la Iglesia» entiende el Sínodo la naturaleza indeleble del carácter sacerdotal.[11]

La Declaración acerca de la doctrina católica sobre la Iglesia para defenderla contra algunos errores actuales, de la Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe, del 24 de junio de 1973, dice: «La Iglesia no ha dejado jamás de investigar sobre la naturaleza del sacerdocio ministerial... Con la asistencia del Espíritu Santo ha ido alcanzando gradualmente la clara persuasión de que Dios ha querido manifestarle que aquel rito confiere a los sacerdotes no sólo un aumento de gracia para cumplir santamente las funciones eclesiales, sino que imprime también un sello permanente de Cristo, es decir, el carácter en virtud del cual, dotados de una idónea potestad derivada de la potestad suprema de Cristo, están habilitados para cumplir aquellas funciones...».[12]

El Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros, de la Congregación para el Clero, del 31 de enero de 1994, enseña: «En la ordenación presbiteral, el sacerdote ha recibido el sello del Espíritu Santo, que ha hecho de él un hombre signado por el carácter sacramental para ser, para siempre, ministro de Cristo y de la

[10] *De sacerdotio ministeriale*, Permanes indoles sacerdotti, 5.
[11] Cfr. RAMÓN ARNAU, *Orden y ministerios* (Madrid 1995) 234.
[12] MUNDO MEJOR, *Semanario católico de la Diócesis de San Martín*, 498 y 499.

Iglesia. Asegurado por la promesa de que el Consolador permanecerá con él para siempre,[13] el sacerdote sabe que nunca perderá la presencia ni el poder eficaz del Espíritu Santo, para poder ejercitar su ministerio y vivir la caridad pastoral como don total de sí mismo para la salvación de los propios hermanos... Mediante el carácter sacramental, e identificando su intención con la de la Iglesia, el sacerdote está siempre en comunión con el Espíritu Santo en la celebración de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía y de los demás sacramentos. En cada sacramento, es Cristo, en efecto, quien actúa a favor de la Iglesia, por medio del Espíritu Santo, que ha sido invocado con el poder eficaz del sacerdote, que celebra *in persona Christi*».[14]

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña: «Este sacramento (del orden) configura con Cristo mediante una gracia especial del Espíritu Santo a fin de servir de instrumento de Cristo en favor de su Iglesia. Por la ordenación recibe la capacidad de actuar como representante de Cristo, Cabeza de la Iglesia, en su triple función de Sacerdote, Profeta y Rey.

Como en el caso del Bautismo y de la Confirmación, esta participación en la misión de Cristo es concedida de una vez para siempre. El sacramento del Orden confiere también un carácter espiritual indeleble y no puede ser reiterado ni ser conferido para un tiempo determinado.

Un sujeto válidamente ordenado puede ciertamente, por justos motivos, ser liberado de las obligaciones y las funciones vinculadas a la ordenación, o se le puede impedir ejercerlas; pero no puede convertírselo de nuevo en laico en sentido estricto, porque el carácter impreso por la ordenación es para siempre. La vocación y

[13] Cfr. Jn 14, 16-17.

[14] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, 8.10.

la misión recibidas el día de su ordenación, lo marcan de manera permanente.

Puesto que, en último término, es Cristo quien actúa y realiza la salvación a través del ministro ordenado, la indignidad de este no impide a Cristo actuar. San Agustín lo dice con firmeza: "En cuanto al ministro orgulloso, hay que colocarlo con el diablo. Sin embargo, el don de Cristo no por ello es profanado: lo que llega a través de él conserva su pureza, lo que pasa por él permanece limpio y llega a la tierra fértil... En efecto, la virtud espiritual del sacramento es semejante a la luz: los que deben ser iluminados la reciben en su pureza y, si atraviesa seres manchados, no se mancha"[15]».[16] Son muy claras las dos consecuencias que saca el Catecismo: primera, el sacerdocio dura para siempre, no es temporal; segunda, las disposiciones del ministro no afectan sustancialmente en el efecto de los sacramentos que realiza.

¡Maravilla del orden sacramental! ¡Nadie puede quitar ni el carácter bautismal, ni el de la confirmación, ni el sacerdotal! Ni siquiera lo pueden quitar los pecados mortales, ni aun los más graves: apostasía, herejía, cisma, idolatría, falta de fe, sacrilegio, simonía, etc. ¡Maravilla de consistencia y estabilidad!

¡Maravilla del orden sacramental! El carácter es el principio del obrar sacerdotal,[17] por eso no dependen los efectos de la dignidad del ministro: «Ni el bueno hace más, ni el malo hace menos».[18] ¡Maravilla de eficacia y eficiencia!

¡Maravilla del orden sacramental! El ministerio apostólico instituido por Jesucristo y recibido por la imposición de manos tiene, en sí mismo, la permanencia de lo instituido y la gratuidad del

[15] *In Evangelium Johannis*, 5, 15.

[16] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1584.

[17] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 63, 3, 4: «...character ...habet rationem principii...» («...el carácter ...tiene razón de principio de acción...»).

[18] INOCENCIO III, *Carta apostólica* «*Eius Eexemplo*» (18 de diciembre de 1208), *DS* 424.

carisma gratuito, otorgado por Dios.[19] ¡Maravilla de permanencia y vitalidad!

IV

El carácter es un signo distintivo, por eso lo llama el Concilio de Florencia: «un cierto signo espiritual que distingue de los demás».[20] Se compara a una marca o impronta con que se yerra el ganado para saber quién es su dueño, o con el tatuaje de los soldados para saber en qué ejército militan. Según Alejandro de Hales, el carácter: «es una señal distintiva impresa en el alma por el carácter eterno (es el mismo Cristo),[21] según que él es imagen que configura la trinidad creada (el alma humana) con la Trinidad creadora y regeneradora, y que distingue de los que no están configurados con él, según el estado de la fe».[22] Y agrega San Buenaventura que, en el Bautismo es el estado de fe engendrada que nos distingue de los no bautizados; en la Confirmación es el estado de fe robustecida; en el Orden es estado de fe multiplicada o aumentada.[23] Podríamos llamar espiritual y divina «yerra» a lo que ocurre en el alma de los que reciben alguno de estos tres sacramentos.

El carácter se ordena al culto de la Iglesia, en que Cristo Sacerdote actúa con su Cuerpo místico, por eso es participación del sacerdocio de Cristo.

También, el carácter expresa peculiaridad, figura o semejanza. Por ello es signo que configura y asemeja. Nos configura con la Santísima Trinidad, es una llamada a la venida e inhabitación de la

[19] Cfr. R. ARNAU, *Orden y ministerios* (Madrid 1995) 238. Me resulta absolutamente incomprensible que el A. no se de cuenta que Trento concibe el carácter como carisma: «Si alguno dijere que por la sagrada ordenación no se da el Espíritu Santo, y que por lo tanto en vano dicen los obispos: **Recibe el Espíritu Santo**; o que por ella no se imprime carácter sea anatema», *DS* 1774.

[20] *DS* 1313.

[21] Cfr. Heb 1, 3.

[22] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Sent*, 4, 6, 4.

[23] Cfr. *III Sent*, 6, 1, 4; cit. M. NICOLAU, *Teología del signo sacramental* (Madrid 1969) 128.

Trinidad en el alma, es una disposición para la gracia. Nos configura con Cristo, porque es participación del sacerdocio de Cristo. Dice Santo Tomás: «Cada uno de los fieles queda destinado para recibir o trasmitir a los demás lo que pertenece al culto de Dios. Y a esto destina principalmente el carácter sacramental. Ahora bien, todo el rito de la religión cristiana deriva del sacerdocio de Cristo. Y por esto es manifiesto que el carácter sacramental es, de modo especial, carácter de Cristo, a cuyo sacerdocio son configurados los fieles según los caracteres sacramentales, que no son otra cosa que ciertas participaciones del sacerdocio de Cristo, derivadas del mismo Cristo».[24]

El carácter es una llamada continua a la vida de la gracia y de la santidad; es una santificación ontológica del alma, por la imagen de Cristo que imprime en ella y la caracteriza con Cristo, y que exige una santificación moral,[25] para evitar una contradicción en el ser; o sea, que las costumbres y el ejercicio de las virtudes (en especial, la caridad) deben responder a la marca del alma. El carácter sacerdotal es una continua disposición y llamada para las funciones sacerdotales y pastorales.[26] El sacerdote, caracterizado por la imagen de Cristo que lleva impresa en sí mismo, representa la persona de Cristo y actúa en persona de Cristo, especialmente, en la Santa Misa.

Además, el carácter sacramental es una disposición para recibir la gracia. Para Guillermo de París es como el papel sellado con el sello real en orden a recibir los dones del rey.[27] Santo Tomás dice que dispone a la gracia, «por medio de la cual realicen dignamente aquellas cosas a las que son destinados».[28] No hay que tener mie-

[24] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 63, 3, ad1.

[25] Según el *Catecismo de la Iglesia Católica*, el modelo de esa santificación es «Cristo, que por amor se hizo el último y servidor de todos» (n. 1551).

[26] Para San Gregorio Nacianceno, el ejercicio de estas funciones exige la conversión, debido a la grandeza de la gracia y oficio sacerdotales. Cfr. *Orationes*, 2, 71: PG 35, 480B.

[27] *De Sacramento Baptismi 3*: *Opera* (París 1624) I, 422.

[28] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, 63, 4, ad1.

do de que, haciendo lo que hay que hacer, no vayamos a recibir la gracia. Por así decirlo, el carácter sacramental clama a Dios para que nos dé su gracia. Por último, el carácter sacramental es una cualidad espiritual, sobrenatural, física y real, que está en el alma (según Santo Tomás en «la potencia cognoscitiva del alma en la que reside la fe»),[29] es indeleble -imborrable-, no puede recibirse otra vez y permanece en la otra vida. Es un poder espiritual instrumental.

V

A pesar de que la doctrina del carácter sacerdotal tiene firme fundamento en el Magisterio preconciliar, conciliar y postconciliar, como no podía ser de otra manera, es contestada por teólogos progresistas.

Para I. Moingt lo único que añade el orden al carácter bautismal es la determinación funcional para efectuar acciones determinadas, pero sin que produzca un cambio ontológico en quien recibe el sacramento del orden; de ahí que afirme que la Iglesia le puede quitar la funcionalidad o que el propio ministro puede renunciar a ella, y en cualquiera de los dos casos deja de ser ministro. Para M.C. Vogel, la Iglesia de Occidente desconoce la liturgia de la Iglesia de Oriente, donde pareciera hubo autodeposición, no reconocimiento de quienes fueron ordenados por herejes o cismáticos, o de quienes recibieron la ordenación desligados absolutamente de un lugar concreto de culto; porque no percibe «que no es el hombre el que se consagra a Dios, sino que es Dios quien hace suyo al hombre en el sacramento, y por ello no está en las manos del hombre, ni tampoco en las de la Iglesia, desvincularse de la unión que Dios ha establecido con él mediante su don en el sacramento».[30] Para H. M. Legrand, el carácter sacerdotal no es

[29] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, 63, 5, ad3.
[30] R. ARNAU, *Orden y ministerios* (Madrid 1995) 243.

una verdad de fe y considera que esa doctrina es la responsable de la ruptura entre los ministros y la comunidad. E. Schillebeeckx también afirma que es causa de la diferencia entre clérigos y laicos, y niega su naturaleza de permanencia institucional; esa negación le es necesaria para unificar clérigos y laicos, para admitir el ejercicio temporal del ministerio, la ordenación de las mujeres, que sea válido el ministerio en las otras Iglesias (aunque no tengan Episcopado válido),[31] para que en caso de carencia de ministro, cualquier laico lo pueda reemplazar.

Como se puede advertir, destruido el carácter sacerdotal, se destruye el sacerdocio católico.

VI

Todos, en todas las Misas, obramos por el carácter del bautismo, por el que estamos marcados como ovejas del rebaño de Cristo y miembros de su Cuerpo, por el que nos consagramos al culto cristiano, y podemos y debemos ofrecer, por manos y junto al sacerdote ministerial, la Víctima divina y nosotros con ella, como víctimas espirituales, porque hemos sido configurados con Cristo, Cabeza y Pastor de las ovejas.

Asimismo, por el carácter de la confirmación fuimos marcados como soldados de Cristo y, como tales, consagrados para la defensa de la fe y del culto, y para el apostolado (por el que, en cada Misa, pedimos por todos los hombres y mujeres del mundo), porque hemos sido configurados con Cristo Jefe.

Y estos nuevos sacerdotes, y todos los sacerdotes, por el carácter del Orden, quedamos marcados como ministros de Cristo para hacer las veces de Cristo y obrar en persona de Cristo; quedamos consagrados para las funciones sagradas para transustanciar y

[31] Para todo este párrafo, cfr. R. ARNAU, *Orden y ministerios* (Madrid 1995) 239-247.

ofrecer el sacrificio y las otras funciones sacerdotales, porque hemos quedado configurados con Jesucristo, Sumo Sacerdote.[32]

¡Qué grande es Nuestro Señor, que dispuso de manera tan admirable el orden sacramental para nuestro bien! ¡Estamos marcados con el sello de la Trinidad, y en cada uno de nosotros, la Trinidad ve un reflejo de sí misma! ¡El Padre ve en nosotros la imagen de su Hijo! ¡El Hijo ve la obra del Padre! ¡El Espíritu Santo, en su sello, ve la obra del Padre, la imagen del Hijo! ¡Dios cuando nos ve -y nos ve siempre- no da vuelta el Rostro mirando hacia otro lado y haciéndose el distraído! ¡Somos sus hijos! ¡Eso mismo ve la Madre! No debemos tener ningún temor.

[32] Cfr. M. NICOLAU, *Teología del signo sacramental* (Madrid 1969) 131.

9

El sacerdocio como misterio

Hay dos acepciones de la palabra «misterio»: una, común, se refiere meramente a lo desconocido, a lo oculto. Así decimos, por ejemplo, «película de misterio». Otra, en la revelación de Dios, para referirse a la plenitud de ser inabarcable por el hombre, aún después de revelado, como ser los misterios de la Santísima Trinidad, del Verbo Encarnado, de la Iglesia, de la Eucaristía, del Sacerdocio...

1. El sacerdocio es misterio sobrenatural

- En primer lugar, porque como todo hombre el sacerdote es creado por Dios a su imagen y semejanza, nacido, bautizado y criado en una determinada familia, elegido, llamado... de ahí que: ***«en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»***.[1]

- En segundo lugar, porque en el sacerdocio hay otra elección y otro llamado que se ha manifestado en otro sacramento: **el Orden Sagrado**. Aquí entramos en el sentido más profundo del misterio sobrenatural.

[1] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 22.

Por el sacramento del Orden es hecho otro Cristo, identificándose, sacramentalmente, con Cristo Cabeza y Pastor. Podemos entonces parafrasear aquí al Concilio y decir: «***en realidad, el misterio del sacerdote sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado***». ¿Y quién puede comprender el misterio del Sacerdocio que dice relación al ser Infinito que es Dios? Supera la capacidad de todo entendimiento creado, aunque pudiésemos sumarlos todos juntos.

A pesar de que en nuestras días todo se mezcla y está patas para arriba (baste pensar en que hay hombres que quieren ser mujeres, mujeres que quieren ser hombres, jóvenes que quieren ser viejos, viejos que quieren ser jóvenes, ovejas que quieren ser pastor, pastores que quieren ser ovejas -aunque nunca se haya visto entre los animales que la oveja le silbe al pastor-) sigue siendo verdad que en el Cuerpo Místico de Cristo, todos los pastores somos ovejas respecto al Jefe de los pastores, que es Cristo, único Pastor de la Iglesia.[2]

2. EL SACERDOTE ES MISTERIO SOBRENATURAL PORQUE: «*ES EL MINISTRO DE LAS ACCIONES SALVÍFICAS ESENCIALES*»[3]

Y un aspecto importante de las acciones salvíficas esenciales es ser «***el hombre de la comunión***».[4]

El concepto de comunión fue puesto de relieve por el Concilio Vaticano II y es muy adecuado para expresar el núcleo profundo del misterio de la Iglesia. Así como se ha dado una insuficiente

[2] Cfr. SAN AGUSTÍN, *Obras Completas*, Madrid 1981, t. VII, 664.

[3] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, 7.

[4] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 18; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, 30.

comprensión de la Iglesia como misterio de comunión, así también se da una mala interpretación del sacerdote como ***«hombre de la comunión»***. ¿Por qué? Por no integrar el concepto de '**comunión'** con los de '**Pueblo de Dios'** (si es pueblo debe tener jefes) y de **'Cuerpo de Cristo'** (si es cuerpo alguien debe ser cabeza y alguien cuerpo); y por olvidarse que si bien es **«hombre de la comunión»** es también **hombre del sacramento de salvación**.

3. El sacerdote es el «hombre de la comunión», o sea, de la unión personal con la Santísima Trinidad y con los demás hombres

La comunión implica siempre una doble dimensión:[5]

- **Vertical:** con Dios; y
- **Horizontal:** con los hombres.

Además, es al mismo tiempo invisible y visible:[6]

- **Invisible:** es comunión con el Padre por Cristo en el Espíritu Santo y con los demás hombres partícipes de la naturaleza divina, de la pasión de Cristo, de la misma fe, del mismo Espíritu.
- **Visible:** comunión en la doctrina de los Apóstoles, en los sacramentos, en el orden jerárquico.

Entre esta doble dimensión hay una íntima relación constitutiva de la Iglesia como sacramento y del sacerdote como ministro de las acciones salvíficas esenciales. La Encarnación es fuente y fuerza creadora de comunión entre los miembros de la Iglesia porque une a cada uno con el mismo Cristo.

[5] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como Comunión*, 3.

Queridos hermanos y hermanas:

Estos neo-sacerdotes han recibido poderes tremendos sobre el Cuerpo de Cristo: sobre su Cuerpo físico, el poder de convertir el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre del Señor; sobre su Cuerpo místico, el poder de perdonar los pecados.

También el sacerdocio es un misterio para ellos pues además desconocen aquí y ahora cual será el perfil sacerdotal que el Señor eligió para ellos y que les manifestará en el futuro. Todavía deben seguir preparándose adecuadamente para saber si Dios quiere que lleguen a ser sacerdotes ocupados en la atención de los pobres, o grandes predicadores populares, o incansables confesores, o dedicados a la pastoral de la inteligencia, o buenos gobernantes...

Todo esto y a cada uno de ellos ponemos en manos de la Santísima Virgen María, Madre y Reina de los sacerdotes.

[6] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como Comunión*, 4.

10

Ataques a la vida sacerdotal religiosa

El ataque a la vida religiosa es en nuestros días algo terrible. En el documento sobre 'Teología y Secularización' de la Conferencia Episcopal Española se le dedica un párrafo a este tema, y se hace ver cómo se busca destruir la vida consagrada: «la vida consagrada es una forma de *sequela et imitatio Christi*, seguimiento e imitación de la Persona del Señor. Por eso, la vida religiosa se ve gravemente dañada cuando se asienta en una cristología que no responde a la Tradición eclesial».[1]

De allí las consecuencias: «supone un reduccionismo eclesiológico concebir la vida consagrada como una "instancia crítica" dentro de la Iglesia». Es lo que sostienen algunos al enseñar que la misión de los religiosos dentro de la Iglesia es la de criticar. «Del *sentire cum Ecclesia* se pasa en la práctica al *agere contra Ecclesiam*, cuando se vive la comunión jerárquica dialécticamente, enfrentando la "Iglesia oficial o jerárquica" con la "Iglesia del pueblo de Dios". Se invoca entonces el "tiempo de los profetas", y las actitudes de disenso, que tanto dañan la comunión eclesial, se confunden con denuncias proféticas. Las consecuencias de estos plan-

[1] Conferencia Episcopal Española, Instrucción Pastoral de la LXXXVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, «*Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del concilio Vaticano II*», Madrid, 30 de marzo de 2006, nº 46. En http://www.conferenciaepiscopal.nom.es [visitado el 27 de febrero de 2011].

teamientos son desastrosas para todo el pueblo cristiano y, de modo particular para los consagrados; en algunos este reduccionismo lleva a vaciar de contenido cristiano lo más nuclear de la consagración, los consejos evangélicos».[2]

Así es que encontramos por ejemplo a Diarmuid O'Murchu, que escribió un libro que se llama «*Rehacer la vida religiosa, una mirada al futuro*», en el que nos ofrece con gran tranquilidad la fórmula mejor para destruir la vida religiosa.[3] No expondré aquí el planteamiento completo que él hace porque sería demasiado largo, pero sí menciono lo referido a los votos religiosos.

Según nuestro Autor, el voto de castidad debería empezar a llamarse **«voto para la relación»**, lo cual es exactamente lo contrario de lo enseñado por Jesucristo, ¿se dan cuenta? Hay que notar que en la 'relación' entra todo... es de no creer. Dice por ejemplo: «¿cuál es el marco para la relación? El de la cultura patriarcal antes de Abraham, para el cual el placer sexual no va ligado ni al matrimonio monógamo (uno con una), que es un producto medieval y tridentino, ni a la reproducción», y continúa «el placer sexual no está ligado tampoco al dualismo de los sexos, hombre y mujer». Pero digo yo, ¿por qué no remontarnos al tiempo anterior a los patriarcas? Finalmente antes de los patriarcas existieron Adán y Eva, a quienes Dios dijo: «creced y multiplicaos» (Gn 1, 28). Pero es un ideólogo y no le importa la Revelación, ni le importa el Cristianismo... no le importa nada, porque quiere llegar a decir que la unión de los homosexuales es una cosa lícita, a eso apunta. ¿Por qué? Porque tal vez él mismo camina como los cangrejos. Lo que se sigue de todo esto es que los religiosos deberían estar abiertos en virtud de su voto «para la relación» a una vida sexual no reprimida por el patriarcalismo y el

[2] Instrucción Pastoral, nº 47.

cristianismo, que pudiera expresarse no solo en una sino incluso en una serie de relaciones. Esto es para nuestro Autor el voto de castidad: «voto para la relación». ¿Relación con quién? Con el que sea. Es una cosa de no creer, y está escrito por un 'religioso'.

¿Y el voto de pobreza? Pasa a ser denominado **«de administración ecológica».** Es un absurdo total pues no queda absolutamente nada de los consejos evangélicos establecidos por Nuestro Señor Jesucristo. Es el problema de quienes piensan que son más grandes que Jesucristo.

Finalmente el voto de obediencia se transforma en **«voto para el compañerismo»** o también voto de «**mayordomía de coordinación**». Entonces la 'superiora', la que hace de cabeza, a lo sumo coordina y ayuda a que todas se pongan acuerdo. Eso es la «**mayordomía de coordinación**». Se destruye así la vida religiosa.

A raíz de esto encontramos, por ejemplo, religiosas que empiezan a querer mostrar sus cabellos, y terminan yendo a la peluquería, queriendo hacer el papel de 'muchachitas', esclavas en definitiva de la '*young culture*'. Religiosas y religiosos que llamados a ser «sal de la tierra y luz del mundo» (Cfr. Mt 5, 13-16) terminan absorbidos por el mundo. ¡Religiosos mundanos!, que no atraen y no son instrumentos con los cuales Dios puede suscitar vocaciones.

Debemos conocer con claridad qué es lo que se está viviendo para saber enfrentarlo.

Le pedimos a la Santísima Virgen, de manera especial por intercesión de San Pío de Pietrelcina y la Beata Madre Teresa de Calcuta, la gracia de comprender que nuestro testimonio, para que

[3] Instrucción Pastoral, nº 47. Cfr. COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre el libro «Rehacer la vida religiosa. Una mirada al futuro» del Rvdo. P. Diarmuid O' Murchu, M.S.C.* (8.7.2002).

sea verdadero, siempre tiene que ser diametralmente opuesto a lo que el mundo predica.

11

NEGACIÓN DEL ORIGEN BÍBLICO DE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS[1]

El interés por la fundamentación bíblica de los consejos evangélicos no es algo exclusivo de la época moderna. No obstante, es cierto que con la renovación de la vida religiosa promovida por el Concilio Vaticano II este interés ha crecido en la especulación teológica.

Muchos teólogos progresistas insisten en negar que la doctrina y la práctica de los consejos evangélicos esté presente en el ejemplo de Nuestro Señor y en la predicación del Nuevo Testamento. Para éstos, la aceptación de los consejos evangélicos equivale a introducir dos formas de moral: una maximalista, "aristocrática", para quienes guardan los consejos; otra, minimalista, "plebeya", para todos los demás. Como es obvio, con este planteo, se destruye la vida religiosa al quitársele el fundamento revelado.

Algunos de estos autores, como son Tillard y Matura, utilizan el término «radical» para explicar el comienzo de la vida religiosa. La significación natural que este término encierra es correcta y está presente en enseñanzas del Magisterio reciente. Así, por

[1] Tomado de A. BANDERA, *La vida religiosa en el misterio de la Iglesia. Concilio Vaticano II y Santo Tomás de Aquino* (Madrid 1984) 292-320.

ejemplo, Pablo VI decía que los religiosos «encarnan la Iglesia, en cuanto deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas».[2] Análogas expresiones tenemos en Juan Pablo II: «el tesoro de los consejos evangélicos y el compromiso maduro y sin retorno, para hacer de él el título de una existencia cristiana, no deberán ser hoy relativizados. Este radicalismo es necesario para anunciar de forma profética, pero siempre humilde, esta humanidad nueva según Cristo, totalmente disponible para Dios y totalmente disponible para los demás hombres».[3] En el mismo sentido hablan los Obispos latinoamericanos en Puebla (III Conferencia General del CELAM). Lo que está mal es imaginarse que la vida religiosa tuvo sus comienzos por una visión «radical».

Un principio que manejan los teólogos progresistas es que, mientras los consejos evangélicos constituyen la vía para los perfectos, para un grupo «selecto» llamado al *máximo*, los preceptos, por su parte, son el camino del esfuerzo **mínimo**, lo indispensable para salvarse. Pero esto es algo que ciertamente no está presente en la doctrina de la Iglesia ni de Santo Tomás, el cual condensa la perfección cristiana en los *preceptos*, más concretamente en la caridad, abierta a un desarrollo incesante.

1. Equivocada interpretación de los textos bíblicos

J. M. Tillard comenzó, ya en 1969, a usar la noción del radicalismo para explicar el origen de la vida religiosa. Su principio es el recurso al texto bíblico «a la luz de las adquisiciones de la exégesis contemporánea».[4]

[2] *Evangelii nuntiandi*, 58.

[3] JUAN PABLO II, «Discurso a la Unión Internacional de Superioras Generales» (16 de noviembre de 1978).

[4] J. M. TILLARD, *El proyecto de Vida de los Religiosos* (Madrid 1974) 153.

En este sentido, interpreta erróneamente algunos textos. Así, por ejemplo, Mt 19, 10-12 (la perícopa acerca de los «eunucos» voluntarios) como indicando al marido separado de su esposa y que comprende que, frente a los imperativos del Evangelio, ya no puede casarse.[5] Otro texto manipulado es 1Cor 7. Según Tillard, se trataría de una reflexión personal de San Pablo, no de una enseñanza dada con autoridad apostólica. Una interpretación bíblica ciertamente sin argumentos, esta que propone este autor.

Lo mismo debe decirse acerca de sus reflexiones sobre la pobreza. En esto sigue a S. Légasse,[6] quien argumenta del siguiente modo: el Nuevo Testamento no conoce dos formas de moral, una para «selectos» y otra para la gran masa; pero si se admite que el Evangelio contiene consejos (practicados por unos y no por otros) tendríamos una moral doble; en consecuencia, en el Evangelio no hay algo que tenga carácter de solo consejo, sino que todo es preceptivo para todos. Sobre la base de estas premisas, Tillard afirma que hay muchas expresiones «radicales» del Nuevo Testamento que exigen desprenderse y dejarlo todo para seguir a Jesús, que se refieren a actitudes que deben darse en todo cristiano. Pero algunos no se conformarían con tener esta actitud y la disposición de posturas heroicas si la situación límite lo requiriese, sino que eligen libremente vivir continuamente en un estado cuya norma es esta actitud general.

Pero a esto hay que decir, en primer lugar, que este estado permanente de radicalismo evangélico no proviene primariamente de una decisión personal sino de una intención de Jesús mismo. Además, en segundo lugar, haciendo del «heroísmo» lo distintivo

[5] Sin embargo, no hay en el texto citado ninguna alusión a los maridos separados que permita fundamentar esta hipótesis. Además, en el texto la condición de «eunucos» es entendida como un *don* de Dios, no como un deber: y sería un deber si se estuviese hablando de maridos separados, que no pueden volver a contraer otro matrimonio.

[6] *L'appel du riche. Contribution à l'étude des fondaments scripturaires de l'état religieux* (Paris 1966).

de los religiosos, no se suprimen sino que se intensifican las «categorías» entre cristianos. Y en tercer lugar, reduce para los cristianos comunes la posibilidad de practicar este radicalismo evangélico a las situaciones raras y a la fuerza de casos límite. Por ende, quienes no optan por la vida religiosa no pueden santificarse a base de los recursos de su vocación específica sino que necesitan buscar una espiritualidad *monástica*.

2. La revelación no diría nada sobre los consejos evangélicos

L. Gutiérrez Vega afirma que la pregunta sobre si la revelación dice algo acerca de *consejos* es un interrogante que carece de sentido. Afirmar los consejos evangélicos es pretender la existencia de dos reinos, dos evangelios, dos Cristos. La explicación que propone para los textos bíblicos es sustancialmente la misma que afirma Tillard.

Según Gutiérrez, la diversidad de vocaciones cristianas no hay que buscarlas en «consejos» imposibles sino en las distintas posibilidades que tiene el hombre de servir al Reino que trajo Jesús. Y el Reino puede ser servido desde las realidades de este mundo y la posesión de bienes temporales, o desde el modo de vida de Cristo, que fue una «profecía en acción»: estas dos modalidades distinguen al laico del religioso. Ambos, de todos modos, están llamados a seguir con perfección a Cristo y tienen como ley la caridad. Por tanto, no hay diversidad de categorías de cristianos. Así, el modo de vida de Cristo da origen a un modo virginal de amor, a un desprendimiento completo de los bienes, y a formas de comunidad donde se practica la obediencia. Por eso, en la postura de Gutiérrez hay que afirmar categóricamente que la vida religiosa tiene justificación como servicio al Reino (es el «proyecto existencial» de Cristo), pero hay que negar que haya «consejos» y que éstos estén justificados en textos bíblicos concretos.

Pero eso lleva como consecuencia a tener que afirmar, con ocasión del análisis de las palabras de Jesús al joven rico, que ese caso no es simplemente particular, sino que «su perspectiva es universal», y por tanto la respuesta dada por Jesús en aquella ocasión es aplicable «no sólo a los casos concretos que se puedan presentar hoy, sino a todos los que de una manera o de otra se presenten en el decurso de la vida de los cristianos de todos los siglos». Esto lleva a que Gutiérrez sostenga la contradicción de afirmar que el cristiano está obligado y no está obligado a renunciar a sus bienes.

3. En la misma línea equivocada otros afirman que la «Biblia no conoce la vida religiosa»

Para T. Matura - L. Cabielles de Cos la base de su rechazo de la vida religiosa es la misma: el Evangelio es uno solo, y la norma moral que impone es idéntica para todos. No es evangélica una doble categoría de cristianos, como la que se impondría por la distinción entre precepto y consejo. Según Matura, la visión tradicional de los consejos «reduce indebidamente su radicalismo a tres polos: castidad, pobreza y obediencia... En cambio, viene a olvidar sectores enteros del Evangelio radical: preferencia absoluta por Jesús, amor al prójimo, comunidad y comunicación participativa, etc. Pero además de reducir así el radicalismo, lo monopoliza en provecho de una clase: la de religiosos».[7] En definitiva, «la Biblia no conoce la vida religiosa».[8]

Sin embargo, se contradice al afirmar que, si bien el Nuevo Testamento no conoce la distinción entre consejos y preceptos, es necesario exceptuar de este principio general al *celibato*. «Por primera vez -y será el único caso en los Evangelios-, nos encontra-

[7] *El radicalismo evangélico. Retorno a las fuentes de la vida cristiana* (Madrid 1980) 267.
[8] *El radicalismo evangélico*, 259.

mos con una palabra de Jesús que presenta una actitud o situación como posible opción que -dicho también explícitamente- no se impone a todos».[9] Cae en aquello que rechaza: la distinción entre preceptos (para todos) y consejos (opcionales, para algunos).

Lo mismo en referencia a la práctica de la pobreza, que es presentada como claramente obligatoria para todos los cristianos. Pero ante la constatación de que la mayoría de los cristianos no lo ha vivido así, Matura dice que la forma concreta de vivir estas exigencias «se ha dejado, como una interpelación inquietante, a la creatividad y a la inventiva».[10] Pero va contra los textos evangélicos afirmar que lo único concreto que Jesús dejó a sus discípulos en este punto haya sido «una interpelación inquietante».

Como consecuencia de esto, se identifica vida religiosa y vida cristiana. «La vida religiosa se identifica con la vida cristiana integral. Esta perspectiva despojada de sus elementos secundarios afirma que la vida monástica es, sencillamente, el deseo de realizar en toda su plenitud lo que se ha pedido a todos los cristianos. Ser monje significa tomar en serio y esforzarse en vivir, individual y comunitariamente, todo el Evangelio».[11] Pero no se da cuenta que esto equivaldría a suponer que la generalidad de los cristianos no cumple los deberes inherentes a su vocación, y el monje vive para compensar una infidelidad universal. Asimismo, ¿por qué no puede llamarse también «integral» a una vida cristiana conyugal y familiar?

Niega que haya una vocación específica a la vida religiosa porque equivaldría a introducir en el cristianismo una vocación particular más perfecta y que no esté al alcance de la mayoría. Pero esto lleva a que la «creatividad» y la «inventiva» de cada uno sea lo que determine el modo de cumplir con ese radicalismo evangélico,

[9] *El radicalismo evangélico*, 91.
[10] *El radicalismo evangélico*, 256.

especialmente en materia de pobreza. Ahora bien, esta apelación a un radicalismo doctrinal solamente puede conducir a un laxismo práctico, ya que se deja de lado todo aspecto de renuncia específica y todo límite impuesto a quien quiere consagrarse a Dios: no podría exigirse al religioso ninguna renuncia a la que no están obligados por igual todos los demás fieles.

La exposición de Cabielles de Cos, expuesta sobre todo en un artículo,[12] sigue las mismas líneas de argumentación de Matura, si bien se distingue en que propone reemplazar la noción de consejos por la de carismas (especialmente en referencia al celibato y la virginidad).

Todo esto se opone al sentido más elemental de los textos evangélicos, al Magisterio de la Iglesia (sobre todo al Concilio Vaticano II), y a la entera tradición monástica y religiosa.

* * *

Queridos hermanos y hermanas:

Pretender quitar el soporte bíblico a los consejos evangélicos como hace el progresismo es querer que se infravalore los mismos, lo cual tiene influencias nefastas, como podemos apreciar hoy día, incluso, estadísticamente. Siguen disminuyendo en picada las vocaciones religiosas, y de manera particular, la femenina.

Una vez más el progresismo cristiano bajo capa de querer reformar la Iglesia, lo único que logra es destruir la obra ciclópea construida durante siglos por los santos y santas, por los Doctores de la Iglesia y por el Magisterio supremo.

[11] *El radicalismo evangélico*, 265.

[12] *Vocación universal a la santidad y superioridad de la vida religiosa en los capítulos V y VI de la constitución «Lumen gentium»*, *Claretianum* 19 (1979) 46-90.

Sepamos que existe este intento para saber defender la naturaleza bíblica de la vida religiosa confirmada por el concilio Vaticano II y por todo el magisterio postconciliar. En la Palabra de Dios revelada se nos enseña su excelencia. ¡Y Dios sabe más que todos los teólogos del mundo juntos!

¡Hagamos oídos sordos al ulular de las falsas sirenas de palabras bonitas que ocultan los horribles rasgos de la destrucción!

Capítulo 2

El sacerdocio ministerial

Id por todo el mundo...
(Mc 16, 15)

1

Un único sacerdocio verdadero

Enseña la «Imitación de Cristo» que «El hombre bueno y amante de la paz convierte todas las cosas en bien»;[1] de manera semejante ha obrado siempre la Iglesia, que con ocasión de los errores, fue profundizando la Revelación, y así debemos obrar cada uno de nosotros aprovechando todas las circunstancias, para conocer más a Nuestro Señor y así poderlo amar y servir mejor.

Quiero reflexionar sobre las razones teológicas y las actitudes prácticas que nos deben llevar siempre a trabajar por la unidad de los presbiterios, en cualquier diócesis del mundo en que desempeñen el ministerio y en cualquier coyuntura de la vida eclesial.

1. El único Sacerdote cristiano

Según nuestra fe hay un solo Sacerdote en nuestra religión católica, Principal, Sumo y Eterno: Jesucristo Nuestro Señor. Es el Sacerdote por excelencia y es Sacerdote único. Sacerdote según el

[1] L. II, cap. 3, 2.

orden de Melquisedec;[2] perfecto;[3] vivo;[4] *sin interrupción* (Heb 7, 3), o sea, continuado, sin hiatos ni fracturas, constante y perseverante; *perpetuo... para siempre* (Heb 7, 24); *santo*, *inocente*, *inmaculado* (Heb 7, 26); universal, para beneficio de todos los hombres;[5] sacrificado y ofrecido por sí mismo;[6] ejercitando su sacerdocio con un sacrificio eficacísimo, *hecho una sola vez* (Heb 10, 10); para purificarnos de nuestros pecados.[7] Él sustituye al sacerdocio levítico, no lo sucede. Los demás sacerdotes del Nuevo Testamento participan del único Sacerdocio de Jesucristo, sin sustituirlo a Él, sin multiplicar su Sacerdocio; sólo se multiplican los sujetos a los que, como a «instrumentos vivos»,[8] Cristo hace partícipes de su sacerdocio.

Por eso, en estricta verdad, en Jesucristo y sólo en Jesucristo, y siempre en Jesucristo, como enseña Santo Tomás, se encuentra «la fuente de todo sacerdocio»,[9] «la plenitud absoluta del sacerdocio».[10]

Jesucristo fue «ungido y enviado»,[11] ungido por el Espíritu y enviado por el Padre para una misión: la misión de salvar a los hombres participándoles su Unción.[12]

Ahora bien, Jesucristo no pudo aplicar a todos los hombres su Redención por la unción del Espíritu. Por eso, Cristo unge y envía, como dice Pablo: *por quien hemos recibido gracia y misión* (Ro 1, 5). «Por medio de los mismos Apóstoles hizo partícipes de su propia

[2] Cfr. Heb 5, 6.
[3] Cfr. Heb 7, 19.
[4] Cfr. Heb 7, 25.
[5] Cfr. Heb 5, 9.
[6] Cfr. Heb 7, 27; 9, 26.
[7] Cfr. Heb 9, 14.
[8] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 12, 1.
[9] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 22, 4: «fons totius sacerdotii».
[10] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 63, 6: «tota sacerdotii plenitudo».
[11] Cfr. Lc 4, 18.
[12] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2, 1.

consagración y misión a los sucesores de aquellos, que son los Obispos».[13] La imposición de manos hace ungidos y misioneros, o sea, hace misioneros ungidos, o ungidos misioneros, y en esto el Padre y el Espíritu Santo «están asociados»,[14] el Padre por la misión, el Espíritu Santo por la unción. Esta tarea de aplicar a los hombres su Redención se la encomendó directamente al Colegio Apostólico, que «perdura»[15] en el Colegio Episcopal y que «es único e idéntico en todas partes y en toda situación».[16] Así como los hombres se incorporan al Cuerpo Místico por el sacramento del Bautismo, de entre ellos, por el sacramento del Orden, se incorporan al Colegio Episcopal.

2. El colegio episcopal

El Colegio Episcopal (= Episcopado = Orden Episcopal = Colegio de los Obispos = Cuerpo de los Obispos) tiene tres órdenes o categorías de miembros, según las tres funciones y tres poderes que confiere y transmite el sacramento del Orden, incardinando en su grado al Colegio: los Obispos, miembros plenos, «sucesores de los Apóstoles»,[17] reciben la «plenitud del sacramento del Orden», tienen «el Sumo Sacerdocio», «la totalidad del sagrado ministerio», la «cumbre del ministerio sagrado».[18] Tienen la plenitud de la consagración, la plenitud de la sucesión apostólica, la plenitud del sacerdocio. Esa «plenitud» es la potestad sagrada de

[13] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2, 2.

[14] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia* «*Ad Gentes*», 4, 1: «ut ambo consociarentur».

[15] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 22, 2. «perseverat».

[16] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia* «*Ad Gentes*», 6, 1.

[17] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 18, 2.

[18] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 21, 2.

gobierno que el Obispo recibe en su consagración, en virtud de la cual ordena y de la que carece el presbítero.

Los presbíteros, de segundo grado o categoría, «sacerdotes de segundo orden»,[19] no tienen la plenitud del sacramento como los Obispos, sólo tienen «su grado» de ministerio, «su parte»,[20] son «sucesores de los Apóstoles en el sacerdocio»,[21] ya que «el ministerio de los presbíteros... (está) unido con el Orden Episcopal... , (y) participan, por su parte, el ministerio de los Apóstoles»,[22] «cualquier ministerio sacerdotal participa de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles»,[23] aunque, evidentemente, «en la parte que le es propia», o sea, «como cooperadores del Orden Episcopal».[24] La sucesión apostólica en ellos se refiere al poder de «consagrar, ofrecer y administrar el Cuerpo y la Sangre del Señor».[25] Son «verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento», participan en su grado «de la autoridad con que Cristo mismo edifica, santifica y gobierna».[26] Forman, por tanto, en terminología del Concilio Vaticano II, «el Orden de los presbíteros».[27]

[19] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 64; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 4, 4.

[20] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 6, 1; cfr. *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 2.

[21] *DS* 1764.

[22] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2, 3-4.

[23] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 10, 1.

[24] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2.12. Cfr. *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 4.

[25] *DS* 1764.

[26] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2, 3.

[27] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2, 2. Cfr. *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 4.6.

Los diáconos, sin llegar a recibir el sacerdocio ministerial, reciben por la imposición de manos el sacramento del Orden «no en orden al sacerdocio, sino en orden al ministerio».[28]

3. El orden presbiteral

Los presbíteros, por razón del Orden Sagrado, son introducidos al Colegio Episcopal y en la comunión colegial, en su grado, formando así un Orden, a semejanza de los Obispos. Así, por ejemplo:

- Son promovidos «para servir a Cristo, Maestro, Sacerdote y Rey, de cuyo ministerio participan»[29] y para «servir a los hombres»,[30] por eso «desempeñan públicamente el oficio sacerdotal por los hombres»;[31]

- Actúan «en nombre de Cristo»,[32] más aún, «en persona de Cristo-Cabeza»,[33] «en nombre de toda la Iglesia»,[34] incluso «en nombre de todo el género humano»;[35]

- Son «ministros de Cristo»,[36] y, a la vez, «ministros de la Iglesia».[37]

[28] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 29, 1.

[29] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 1.

[30] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 3.

[31] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2, 2.

[32] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2, 2.

[33] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2, 3: «in persona Christi-Capitis».

[34] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2, 4.

[35] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 13, 3.

[36] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 3.

[37] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 22, 1.

Pero este «Orden presbiteral» se constituye, con poderes propios, para ayudar al Orden pleno; por eso los presbíteros:

- «Están unidos (a los Obispos) en el honor del sacerdocio»;[38]
- Son «próvidos cooperadores del Orden Episcopal»;[39]
- Son «ayuda e instrumento suyo (del Orden Episcopal)»;[40]
- Son «colaboradores y consejeros necesarios».[41]

Ahora bien, a este Orden presbiteral, no se le debe llamar «Colegio», porque:

- No son ellos los que dan la configuración al Colegio Episcopal, ya que son miembros de segundo orden;[42]
- Ni a sí mismos se configuran en «Colegio», ya que son parte del mismo y porque son ayuda de los miembros plenos;
- No tienen funciones autónomas, como los Obispos, sino funciones subordinadas «por su misma naturaleza»;[43]
- Para no insinuar equiparación con el Colegio de los Obispos, razón por la cual fue rechazado el «modo» 101 del *Presbyterorum Ordinis*, que pedía fuese agregado «*ad modum corporis seu collegii*».[44]

Aunque ya está dicho, queremos poner de relieve, aún más, el hecho de la real y primigenia incardinación de los presbíteros al Colegio Episcopal, afirmada, claramente, por el Concilio Vaticano II, siguiendo a Trento (*DS* 1764) y a toda la Tradición, por ejem-

[38] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 1: «coniuncti sunt».

[39] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 2.

[40] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 2.

[41] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 7, 1.

[42] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 1 nota 64: INOCENCIO I, *Epistula ad Decentium*: «Los presbíteros, aunque son sacerdotes segundos, no tienen sin embargo la cima del pontificado»; SAN CIPRIANO, *Epist.* 61, 3.

[43] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 21, 2.

[44] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *De Presbyterorum ministerio et vita. Textus recognitus et modi* (Ciudad del Vaticano 1965) 62.

plo: «ser incardinados... para bien común de toda la Iglesia»;[45] si «todos los Obispos, como miembros del Colegio Episcopal sucesor del Colegio de los Apóstoles, han sido consagrados no sólo para una diócesis determinada, sino para salvación de todo el mundo»,[46] también los presbíteros y diáconos son ordenados para la Iglesia universal, para la misión universal, dispuestos, por tanto, a cualquier ministerio concreto en cualquier lugar del mundo, según requerimiento concreto del Colegio Episcopal, a través del Obispo propio. Los presbíteros no son de modo mediato sacerdotes de la Iglesia universal, a través de la pertenencia a una Iglesia particular, sino que de modo inmediato por el sacramento del Orden son constituidos sacerdotes de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica, aunque el ingreso y la vida en el Orden presbiteral de la Iglesia universal se realiza necesariamente en una Iglesia particular.[47]

Por razón del sacramento del Orden y de la misión o ministerio: «Todos los sacerdotes, tanto diocesanos como religiosos, están, pues, adscritos[48] al Cuerpo Episcopal y sirven al bien de toda la Iglesia».[49] Por eso, El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación *hasta el confín de la tierra* (He 1, 8). «Porque el sacerdocio de Cristo... se dirige necesariamente a todos los pueblos y a todos los tiempos y no está reducido por límite alguno de sangre, nación o edad...

[45] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 10, 2.

[46] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia* «*Ad Gentes*», 38, 1

[47] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como Comunión*, II, 10.

[48] «Coaptantur» = bien ajustados = adecuadamente colocados = adscritos = inseridos adecuadamente = incorporados = parte integral = adaptados.

[49] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 2.

los presbíteros deben llevar atravesada en su corazón la solicitud por todas las Iglesias».[50]

4. La comunión colegial

De modo tal que todos los miembros del Colegio Episcopal, en sus distintos grados, están unidos -ontológicamente unidos- por doble título: por el Bautismo y por el Orden Sagrado. De ahí que por la consagración y la misión tienen un mandato «común», o sea, colegial.[51] A «todos los Obispos como miembros del Cuerpo episcopal, sucesor del Colegio de los Apóstoles..., con Pedro y bajo Pedro, afecta primaria e inmediatamente el mandato de Cristo de predicar el Evangelio a toda criatura (Mc 16, 15)»,[52] «es función de todo el Colegio de los Obispos; está encargado (de ella) el Orden de los Obispos»;[53] el «cuidado de anunciar el Evangelio a todo el mundo pertenece al Cuerpo de los Pastores»,[54] «ante todo al Cuerpo de los Obispos».[55]

Por eso los Obispos -y también los demás miembros del Cuerpo Episcopal- son incorporados -primeramente- al Colegio, debiendo tener solicitud *por todas las Iglesias* (2Cor 11, 28). «La dilatación del Cuerpo de Cristo es deber de todo "el Colegio

[50] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 10, 1.

[51] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 23, 3: «commune officium», en el sentido de colegial.

[52] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia* «*Ad Gentes*», 38, 1.

[53] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia* «*Ad Gentes*», 6, 1.

[54] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 23, 3.

[55] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia* «*Ad Gentes*», 29, 1.

Episcopal"»,[56] los presbíteros «entiendan pues, plenamente, que su vida está consagrada también al servicio de las misiones».[57]

Al igual, los presbíteros son ordenados sacerdotes de la Iglesia universal, o sea, de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica; de ahí que «hacen visible en cada lugar a la Iglesia universal»,[58] de manera especial en el Sacrificio Eucarístico, porque «es el lugar donde permanentemente la Iglesia se expresa en su forma más esencial: presente en todas partes y, sin embargo, sólo Una, así como Uno es Cristo». En la Eucaristía «todo fiel se encuentra en su Iglesia... La pertenencia a la Iglesia, nunca es sólo particular, sino que por su misma naturaleza es siempre universal».[59] El Sacrificio Eucarístico, «aun celebrándose siempre en una particular comunidad, no es nunca celebración de esa sola comunidad; esta, en efecto, recibiendo la presencia eucarística del Señor, recibe el don completo de la salvación, y se manifiesta así, a pesar de su permanente particularidad visible, como imagen y verdadera presencia de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica», ya que «en toda válida celebración de la Eucaristía se hace verdaderamente presente la Iglesia Una, Santa Católica y Apostólica».[60]

Y también por participar de la misión universal; y así, todo presbítero participa a «la misión universal y amplísima de salvación; de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles»;[61] «puedan ser incardinados... para bien

[56] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia «Ad Gentes»*, 38, 1; cfr. *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 23.24.

[57] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia «Ad Gentes»*, 39, 1.

[58] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28, 3. Cfr. SC 42, 1; *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia «Ad Gentes»*, 37.

[59] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 13, 2.

[60] CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como Comunión*, 5b; 10b; 11b; 17b.

[61] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 10, 1.

común de toda la Iglesia».[62] Y es en esta dimensión teológica donde radica en profundidad la κοινωνια que debe haber entre todos los miembros del Colegio. Ciertamente que no cualquier comunión, sino «comunión jerárquica».[63] Y no hay que confundir radicación en el sacramento y en la misión divina con la posterior, necesaria y muy prudente, «misión canónica».

Por eso no cabe la idea de un sacerdocio ministerial individualista, ni en los ministerios, ni en el mismo ejercicio ministerial. Todo lo que es y todo lo que tiene el que es miembro del Colegio Episcopal en sus distintos grados, lo debería obrar por ser miembro en «comunión jerárquica», aunque recibió el carácter sacramental personalmente.[64]

Los Obispos y presbíteros están unidos por el sacramento del Orden como punto de partida, y en la misma misión como punto de llegada, lo cual es como si dijéramos: una exigencia de fraternidad ontológica -por el sacramento- y teleológica -por la misión-; por eso, «tengan los Obispos a los presbíteros como hermanos...».[65] Vale la pena poner el párrafo completo: «Todos los presbíteros, a una con los Obispos, de tal forma participan del mismo y único Sacerdocio y Ministerio de Cristo, que la misma unidad de consagración y misión requiere su comunión jerárquica con el Orden de los Obispos... Así, pues, por razón de esta comunión en el mismo sacerdocio y ministerio, tengan los Obispos a los presbíteros como hermanos y amigos suyos».[66]

[62] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 10, 2.

[63] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 21, 2.

[64] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 27, 1: «personaliter».

[65] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 7, 1.

[66] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 7, 1.

El término hermanos se introdujo en el *Presbyterorum Ordinis* después de los «modos»; concretamente, por pedido de 27 Padres en el «modo» 79: «porque la comunión en el sacerdocio de Cristo entre los Obispos y presbíteros es fundamento de fraternidad cristiana que debe manifestarse; y al menos una vez debe hablarse de esta fraternidad en el esquema». La comisión redactora aceptó el «modo» por la razón aducida.[67]

Que los Obispos y presbíteros sean hermanos no debería asombrar, ya que el mismo Santo Tomás enseñaba que, en cuanto el ministerio principal del sacerdote es consagrar el Cuerpo de Cristo, «el acto del sacerdote no depende de potestad alguna superior, sino de la divina»,[68] ni siquiera el Papa tiene mayor poder para la consagración del Cuerpo de Cristo: «no tiene el Papa mayor poder que el simple sacerdote»[69] (el presbítero depende del Obispo en «el ejercicio de su potestad»[70] y no en la potestad misma, que recibe de Cristo -como causa principal- en la ordenación).

Es, por tanto, por razón del sacramento del Orden y de la misión divina común, que todos los presbíteros de todo el mundo tienen una fraternidad ontológica y teleológica anterior, superior y trascendente a la comunión en una misma misión canónica; por eso enseña la *Lumen Gentium*: «En virtud de la común ordenación sagrada y de la común misión, todos los presbíteros se unen entre sí en íntima fraternidad»;[71] y precisa más aún la *Presbyterorum Ordinis*: los presbíteros están vinculados entre sí «por íntima fraterni-

[67] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *De Presbyterorum ministerio et vita. Textus recognitus et modi* (Ciudad del Vaticano 1965) 57 (es la única vez que en los documentos del Concilio se califica a los Obispos y presbíteros como «hermanos»).

[68] *STh*, Supl, 40, 4: «Actus sacerdotis non dependet ab aliqua superiori potestate nisi divina».

[69] *STh*, Supl, 38, 1, ad3: «Quod consecrandum Papa non habet maiorem potestatem quam simplex sacerdos».

[70] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 7, 1. *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 1.

[71] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 4.

dad sacramental».[72] Y esta vinculación es de derecho divino, por fundarse en un sacramento.

Esta fraternidad sacramental de todos los presbíteros no se limita al clero diocesano, ni sólo al clero que trabaja en una Diócesis (sea diocesano o religioso). Los une además con todos los sacerdotes -obispos y presbíteros- que los precedieron, los Doce, los sacerdotes mártires, los confesores, los doctores, los fundadores, y los une con todos los que los sucederán, tal como está en la Mente de Dios y como está «*in spe*» en nuestro corazón.

Más aún, esta unidad efectiva no puede ser destruída:

- Ni por los pecados personales de los miembros del Colegio;
- ni por las antipatías personales;
- ni por la enfermedad, incluso psíquica;
- ni por el escándalo;
- ni por enemistad personal, formal y manifiesta;
- ni por odio teológico;
- ni por cisma;
- ni por herejía;
- ni por infidelidad;
- ni por apostasía;
- ni por la muerte física;
- ni por la canónica reducción al estado laical.

Al rechazar la comunión, y en el grado en que se la rechace, no se será miembro del Colegio en plenitud; pero siempre se es miembro del Colegio por el sacramento que se recibió, que imprime carácter indeleble. Sólo se deja de pertenecer al Colegio Episcopal por la misma razón por la que se deja de pertenecer definitivamente al Cuerpo Místico de Cristo.

[72] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 8, 1: «omnes inter se intima fraternitate sacramentali nectuntur».

El «modo» 98 al nº 8 de la *Presbyterorum Ordinis* pidió el agregado de la palabra «sacramentali», y la comisión redactora respondió: «La unión de los presbíteros con los Obispos y entre sí en el ámbito eclesial, por cuanto se funda en el sacramento del Orden, es de derecho divino; pero la adscripción a una diócesis particular y, por tanto, al *Presbyterium* diocesano es de derecho eclesiástico. Por tanto se admite el modo».[73]

La fraternidad sacramental es anterior al «*Presbyterium*», análogamente a como la Iglesia universal es anterior a las Iglesias particulares.[74]

5. Los obispos: hermanos y padres

El hecho de que los Obispos y los presbíteros son «hermanos»[75] por razón de la «fraternidad sacramental»,[76] se conjuga admirablemente con el hecho de que, por razón del mismo sacramento que el Obispo recibe en plenitud es, al mismo tiempo, «padre»[77] y, como tal, es cabeza del Presbiterio y principio de unidad del mismo; por eso dice el Concilio Vaticano II que los presbíteros forman una unidad «con su Obispo»;[78] «aunado bajo la autoridad del Obispo»,[79] «forman una sola familia cuyo padre es el

[73] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *De Presbyterorum ministerio et vita. Textus recognitus et modi* (Ciudad del Vaticano 1965) 62.

[74] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta de la sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como Comunión*, II, 9.

[75] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 7, 1.

[76] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 8, 1.

[77] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 3; *Decreto sobre el deber pastoral de los Obispos* «*Christus Dominus*», 16, 1; 28, 1.

[78] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 2.

[79] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia* «*Ad Gentes*», 20, 3: «adunatum».

Obispo».[80] La doctrina del Presbiterio es de raigambre apostólica. San Pablo habla de *Presbiterio* y San Ignacio de Antioquía lo menciona innumerables veces,[81] por ejemplo: «No hay más que un solo Obispo, juntamente con el Presbiterio y los diáconos».[82] Esta unidad es tal, que nada debe hacerse «sin el Obispo y los presbíteros».[83] Entre otros, se refieren al «Presbiterio»: San Clemente Romano, San Policarpo, el Pastor de Hermas, San Jerónimo, etc.

6. La «misión canónica»

Ahora bien, como es preciso que a cada miembro del Colegio se le asigne, por el mismo Colegio, una tarea concreta, es preciso que cada uno reciba una «misión canónica». En las diócesis, el Obispo ordena el funcionamiento del Orden presbiteral por medio de las diversas misiones canónicas. Así, hay presbíteros párrocos, administradores parroquiales, vicarios parroquiales, monjes, curiales, profesores, capellanes... Dicho de otra manera, la misión canónica es el ordenamiento jurídico que regula el funcionamiento de la «comunión jerárquica»,[84] haciendo del presbítero cooperador de un Obispo concreto e incardinado al Presbiterio -grupo de presbíteros asignados a ese Obispo concreto- con el fin de ayudar-

[80] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los Obispos* «*Christus Dominus*», 28, 1.

[81] *Ef.* 2, 2; 4, 1; 20, 2; *Magnes.* 2; *Tral.* 2, 2; 13, 2; *Esmir.* 8, 1; *Flp.* 4; cfr. *Flp.* 8, 1 y *Tral.* 3, 1.

[82] *Philad.* 4, cit. por el CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II: *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, nota 73, donde también se cita a SAN CORNELIO I, en SAN CIPRIANO, *Epist.* 48, 2.

[83] *Magnes.* 7, 1; *Tral.* 7, 2 [N.L. MARTÍNEZ llama la atención: «Adviértase con cuánta frecuencia suele truncarse esta frase», en CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia* (Madrid 1966) 554].

[84] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 15, 2.

le a cumplir la misión universal, en la misión concreta de atender una Iglesia particular.[85]

De ahí que la comunión del Obispo con los presbíteros que tiene asignados, y de estos entre sí, se refuerza por una relación más: tienen no sólo la comunión sacramental y la comunión en la misión universal, sino que además, tienen comunión en la misma misión canónica. Así forman «un solo Presbiterio».[86]

Los presbíteros que le son dados al Obispo como colaboradores, por el Colegio Episcopal,[87] le son dados, generalmente, por distintas misiones canónicas:

- Los sacerdotes diocesanos, a plena disponibilidad, «incardinados en una Iglesia particular».[88]
- Los sacerdotes diocesanos prestados de otra diócesis, no a plena disponibilidad, sino durante determinado tiempo.
- Los sacerdotes religiosos que «toman parte en la cura de almas y en el ejercicio de las obras de apostolado, bajo la autoridad del Obispo»,[89] no están a plena disponibilidad, sino dentro de determinada actuación, debiendo obrar de acuerdo a las Constituciones de su Instituto, al que están incardinados.
- Sean «nativos» de la diócesis, o venidos «de fuera»,[90] sean diocesanos o religiosos, todos forman el clero de la diócesis o

[85] Sobre la distinción entre misión divina (o universal) y misión canónica presentaron votos escritos los obispos Morcillo, Manrique y Hervás. Cfr. JIMENEZ URRESTI, *Teología Conciliar del Presbiterado* (Madrid 1968) 148.

[86] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 2; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 8, 1; *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 28, 1; *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia* «*Ad Gentes*», 20, 3: «*Unum Presbyterium*».

[87] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 11, 1.

[88] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 28, 1.

[89] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 34, 1; cfr. 35, 3.

[90] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia* «*Ad Gentes*», 20, 3.

Presbiterio. La realidad teológica es igual para todos ellos. Por eso es inexacto hablar de «sacerdocio diocesano» en contraposición a «sacerdocio religioso»; no existen tales «sacerdocios». Lo correcto es hablar de «sacerdotes diocesanos» y «sacerdotes religiosos». En efecto, «todos los sacerdotes, tanto diocesanos como religiosos, están pues, adscritos al Cuerpo Episcopal»;[91] «todos los presbíteros, diocesanos o religiosos, participan y ejercen, juntamente con el Obispo, el sacerdocio único de Cristo»;[92] «los religiosos sacerdotes se consagran para el oficio del presbiterado a fin de ser también ellos próvidos cooperadores del Orden Episcopal».[93] Todos deben ejercer su ministerio sacerdotal bajo la potestad de algún Obispo, que es «el principio y fundamento visible de unidad en sus Iglesias particulares, formadas a imagen de la Iglesia universal».[94]

7. Obediencia sacerdotal al obispo propio

Creo que ahora estamos en condiciones de hablar con más fundamento de cuáles son las razones por las que los presbíteros, en razón de «su naturaleza»,[95] deben obediencia a su legítimo Obispo:

- Por razón de participar del mismo sacramento del Orden: «obediencia sacerdotal, que, penetrada de espíritu de cooperación,

[91] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28, 3.

[92] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos «Christus Dominus»*, 28, 1.

[93] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos «Christus Dominus»*, 34, 1.

[94] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 23, 1.

[95] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 21, 2.

se funda... (y) se confiere a los presbíteros por el sacramento del Orden»;[96]

- por ser el portador de la misión divina, universal o evangélica, debe tener una disposición que es la conformidad de sus actividades con las mismas de la misión evangélica de la Iglesia;[97]

- por razón de participar en el mismo ministerio: «Se funda en la participación misma del ministerio episcopal»;[98]

- y por la misión canónica: «que se confiere a los presbíteros por la misión canónica»;

- por razón de la comunión jerárquica propia de la naturaleza del Cuerpo Episcopal: «El ministerio sacerdotal, por el hecho de ser ministerio de la Iglesia misma, sólo puede cumplirse en comunión jerárquica con todo el Cuerpo»;[99]

- por razón de la caridad pastoral: «La caridad pastoral apremia a los presbíteros a que, obrando en esta comunión, consagren -por la obediencia- su propia voluntad al servicio de Dios y de sus hermanos»;

- para mantener y reafirmar la necesidad de unidad, ya que obedeciendo «mantienen y fortalecen la necesaria unidad con sus hermanos en el ministerio y, señaladamente, con los que el Señor ha constituido rectores visibles de su Iglesia»;

- con el fin de evitar la dispersión de fuerzas y el trabajar en vano: «La caridad pastoral pide que, para *no correr en vano* (Ga 2, 2) trabajen siempre los presbíteros, en vínculo de comunión con los Obispos y con los otros hermanos en el sacerdocio»;[100]

[96] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 7, 2.

[97] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 14, 3.

[98] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 7, 2.

[99] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 15, 2.

[100] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 14, 3.

- esta obediencia es reclamada por la misma dignidad de los presbíteros: «Esta obediencia... exige por su naturaleza que los presbíteros, mientras buscan... nuevos caminos para el bien de la Iglesia, propongan con confianza sus iniciativas, y expongan insistentemente las necesidades de la grey que se les ha confiado, dispuestos siempre a someterse al juicio de quienes ejercen en el régimen de la Iglesia la función principal»;[101]

- finalmente, la obediencia coadyuva a la santidad propia: «Recuerden todos los presbíteros... cuánto contribuyen a su santificación la fiel conjunción y la generosa cooperación con el Obispo».[102] «Por esta humildad y obediencia, responsable y voluntaria, se conforman los presbíteros a Cristo... (que) por esta obediencia, venció y redimió la desobediencia de Adán».[103]

El fiel cumplimiento de este «decálogo» de los sacerdotes es el timbre de honor de la inmensa mayoría de los mismos, que día a día, realizan su trabajo «de basurero a médico, movidos por esa simple e invisible cosa que es el amor de Dios», y que como el incienso se queman por la gloria de Dios, *gastándose y desgastándose* (2Cor 12, 15) por el bien de las almas, por ser sacerdotes católicos.

8. Uno solo: unidad en la diversidad

El *unum Presbyterium*[104] no sólo se compone del Obispo diocesano sino también de los presbíteros que el Colegio le adscribió, al darle la «misión canónica» a tal diócesis.

Nos parece del caso notar algunas cosas:

[101] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 15, 2.

[102] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 41, 3: «fidelis coniunctio atque generosa cooperatio».

[103] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 15, 3.

[104] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 2.

- De hecho, por la naturaleza misma del Presbiterio, este no puede ser más que uno: «un solo Presbiterio».[105] Y no puede ser de otra manera ya que un solo Obispo es la cabeza del mismo y el mismo carácter sacramental indeleble cohesiona a los miembros. Por tanto, algún miembro podrá apartarse de la comunión afectiva y hace muy mal, pero, de hecho y de derecho, es imposible que haya otro Presbiterio paralelo;

- de hecho, la unidad que debe buscarse es en la diversidad, porque hay «diversas ocupaciones».[106] Los que pretenden una unidad uniforme están en contra de la comunión, en forma parecida a los que buscan la dispersión. «Al mismo tiempo, la universalidad de la Iglesia, por una parte, implica la más sólida unidad y, por otra, una pluralidad y una multiformidad, es decir, una diversificación, que no resultan un obstáculo para la unidad, sino que, por el contrario, le confieren el carácter de "comunión"».[107] Esa pluralidad se refiere a la diversidad de ministerios (párroco, vicario parroquial, capellán, rector, profesor, etc.), de carismas (enseñanza, obras de caridad, oración, etc.), de formas de vida (vida fraterna en común, enclaustrada, secularidad consagrada, etc.), de apostolado (de niños, jóvenes, adultos, estudiantes, trabajadores, enfermos, etc.), de tradiciones litúrgicas (los distintos ritos orientales, el latino, etc.), de distinta tradición teológica (tomista, suareciana, escotista, etc.) y cultural (europea, indígena, afroamericana, etc.). Hay que tener en cuenta que existen, necesariamente, miembros con distintas edades, distintas experiencias, distintos talentos, distintos temperamentos y caracteres, distintas historias personales, familiares y eclesiales, distintas mentalidades. Hay que promo-

[105] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 8, 1; *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 28, 1.

[106] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 2.

[107] JUAN PABLO II, *Catequesis* (27 de septiembre de 1989), *L´Osservatore Romano* 39 (1989) 631.

ver una unidad que no obstaculice la diversidad, y promover una diversidad que no obstaculice la unidad, sino que la enriquezca;

- trabajar por esta unidad, a la que la diversidad confiere el carácter de «comunión», es tarea primordial del Romano Pontífice para toda la Iglesia,[108] «de cada Obispo en la Iglesia particular confiada a su ministerio pastoral»,[109] y, además, «es también tarea de todos en la Iglesia, porque todos están llamados a construirla y respetarla cada día»;

- y en esta tarea por la unidad lo más importante, el empeño fundamental para construirla y respetarla es «sobre todo, mediante aquella caridad que es "el vínculo de perfección"». Porque, como enseñaba Santo Tomás de Aquino: «La Iglesia es una... por la unidad de la caridad, porque todos están unidos por el amor de Dios, y entre sí por el amor mutuo».[110]

9. Unidad con los demás miembros del Presbiterio

Reiteradas veces indica el Concilio Vaticano II que, por razón de la comunión sacramental, la unión de todos los presbíteros entre sí «debe manifestarse en espontánea y gustosa ayuda mutua, tanto espiritual como material, tanto pastoral como personal, en las reuniones, en la comunión de vida, de trabajo y de caridad».[111] En el Decreto sobre el ministerio de los presbíteros se pormenoriza, aún más, la unión y cooperación fraterna entre los presbíteros en la diócesis, ya que, «aunque se entreguen a diversos menesteres, ejercen, sin embargo, un solo ministerio sacerdotal en favor

[108] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 13, 3.

[109] CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta de la sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como Comunión*, 15, 2.

[110] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Expos. in Symbol. Apost.*, 9.

de los hombres. Todos los presbíteros son enviados para cooperar a la misma obra... Todos conspiran, ciertamente, a un mismo fin: la edificación del Cuerpo de Cristo... De ahí que sea de gran importancia que todos los sacerdotes, diocesanos o religiosos, se ayuden mutuamente, a fin de ser siempre cooperadores de la verdad. Así, pues, cada uno está unido con los restantes miembros de esta agrupación sacerdotal («*Presbyterii*») por especiales lazos de caridad apostólica, ministerio y fraternidad... De donde se sigue que todos y cada uno de los presbíteros están unidos con sus hermanos por el vínculo de la caridad, de la oración y de la omnímoda cooperación ».[112]

La caridad fraterna debe motivar en los presbíteros diversas actitudes:

- «No olviden... la hospitalidad;[113]
- cultiven la beneficiencia y comunión de bienes;[114]
- solícitos señaladamente de los:
    - enfermos,
    - afligidos,
    - cargados en exceso de trabajos,
    - solitarios,
    - desterrados de su patria,
    - víctimas de la persecución (Mt 5, 10)»;[115]
- «especialmente obligados:
    - hacia quienes sufren dificultades...

[111] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28, 3.

[112] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 8, 1.

[113] Cfr. Heb 13, 1-2.

[114] Cfr. Heb 13, 16.

[115] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 8, 3.

- a aquellos... que desfallecieron en algo, muéstrenles fraterna caridad y magnanimidad, orando por ellos incesantemente a Dios y muéstrenseles de continuo como verdaderos hermanos y amigos».[116]

La caridad fraterna deberá crecer con el mutuo conocimiento y trato. Para ello pueden ayudar las reuniones -que muchas veces, lamentablemente, por no estar preparadas son insustanciales-; pero si ayudan a alimentar la caridad fraterna no son pérdida de tiempo: «Reúnanse también de buena gana y alegremente para recreación del ánimo»,[117] «foméntese entre ellos alguna manera de vida común o alguna convivencia, que puede revestir muchas formas... la mesa común... las reuniones frecuentes y periódicas».

Esta caridad debe ser sobrenatural: «Las relaciones... deben fundarse principalmente en los vínculos de la caridad sobrenatural».[118] Y esta caridad debe crecer, usando para ello todos los medios que nos dejó Nuestro Señor Jesucristo.

10. Coordinación y cooperación entre ambos cleros

Es de señalar el intento estéril y vano -fruto de una unilateralidad teológica- de quienes quieren oponer clero diocesano a clero religioso o viceversa, como si no hubiese entre ellos igualdad teológica fundamental: tienen el mismo sacramento de Orden y en el mismo grado. «Todos los presbíteros, diocesanos o religiosos, participan y ejercen, juntamente con el Obispo, el Sacerdocio único de Cristo, y, por ende, quedan constituidos próvidos coope-

[116] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 8, 4.

[117] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 8, 3

[118] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obsipos* «*Christus Dominus*», 28, 2.

radores del Orden Episcopal».[119] Sólo es distinta la misión canónica de uno y otro. Las rivalidades y tensiones -al igual que la que puede haber entre los que son de edad más avanzada y los jóvenes-[120] son injustificadas y deben ser superadas por la caridad. Ambos cleros se deben integrar de cara a la aplicación de la misión universal, y ambos deben colaborar entre sí. Por eso: «Foméntese una ordenada cooperación entre los varios Institutos religiosos y entre estos y el clero diocesano... (y) una estrecha coordinación de todas las obras y acciones apostólicas, la cual depende sobre todo de la disposición sobrenatural, arraigada y fundada en la caridad, de las almas y de las mentes».[121]

De ahí que, «entre el clero secular y las comunidades religiosas, ha de fomentarse una renovada fraternidad y un vínculo de cooperación; tengan en gran estima ciertas ayudas mutuas y cierto contacto... que tanto ayudan a la confianza mutua, a la apostólica unanimidad y a la fraterna concordia».[122]

Asimismo no hay que olvidar que la profesión religiosa es algo distinto y separable de la misión canónica. El estado religioso pertenece a otro ámbito distinto. La diferencia entre ambos cleros radica sola y únicamente en la distinta «misión canónica».

11. ALIMENTAR LA CARIDAD FRATERNA

El Doctor Melifluo, en el sermón 29 sobre el Cantar de los Cantares,[123] describe las persecuciones más dolorosas que padece

[119] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obsipos «Christus Dominus»*, 28, 1.

[120] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 8, 2.

[121] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obsipos «Christus Dominus»*, 35, 5.

[122] CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS - CONGEGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES, *Instrucción sobre las relaciones entre los obispos y los religiosos en la Iglesia «Mutuae Relationes»*, 37.

[123] SAN BERNARDO, *Obras Completas*, II (Madrid 1955) 204-211.

la Iglesia: «Las que más siente son las que atentan contra la caridad fraterna».

Hace una hermosa paráfrasis al texto: *Los hijos de mi madre han luchado contra mí* (Ct 1, 5), diciendo que es la persecución que se sufre de los de casa y que hay que evitar con más cuidado: «Y, ¿qué es eso? Son los enemigos intestinos y domésticos. Esto mismo es lo que os insinúa manifiestamente el Evangelio por la boca del Salvador mismo cuando dice: *Los enemigos del hombre son los de su casa* (Mt 10, 36). Véase también lo mismo en el profeta: *Un hombre con quien vivía yo en dulce paz, de quien me fiaba y que comía de mi pan*, *ha urdido contra mí traición* (Sl 40, 10). Y en otra parte añade: *Si me hubiese maldecido mi enemigo*, *lo habría sufrido con paciencia*; *y si me hablasen con altanería los que me odian*, *podría quizás aguantarlo*; *más tú*, *¡oh hombre*!, *que aparentabas ser otro yo*, *mi guía y mi amigo*; *tú*, *que juntamente conmigo tomabas el dulce alimento y andábamos de acuerdo en la casa de Dios* (Sl 54, 13-15). ¡Ah! Eso sí que es amargo e ingrato».[124]

«¡Ay de aquel que sea causa de que el lazo dulcísimo de la caridad se altere! Quienquiera que sea, sin duda será severamente castigado por ello. Muera yo antes de oír jamás a alguno de vosotros clamar con justicia: *Los hijos de mi madre han luchado contra mí*. ¿No sois todos vosotros hijos de una misma madre? ¿No sois todos hermanos uno de otro? ¿Qué podrá venir de fuera, capaz de turbaros y entristeceros, si estáis unidos interiormente y gozáis de paz fraterna? ¿Quién podrá dañaros -dice el apóstol San Pedro- si estáis animados de una santa emulación para obrar el bien? (1Pe 3, 13). Por eso: *Aspirad siempre a los mejores dones* (1Cor 12, 31), a fin de que vuestra emulación sea loable. Ahora bien, el más excelente de todos los dones es la caridad».[125]

[124] SAN BERNARDO, *Obras Completas*, II (Madrid 1955) 205.
[125] SAN BERNARDO, *Obras Completas*, II (Madrid 1955) 206.

Hay que evitar toda forma de ofensa: «Por eso, carísimos, conservad entre vosotros la paz y no os ofendáis mutuamente ni en obras, ni en palabras, ni con el menor ademán siquiera; no sea que, agriado alguno por la flaqueza de su espíritu y por la persecución, tenga que llamar a Dios en su ayuda y prorrumpir en esta amarga queja contra aquellos que le hayan herido o contristado: *Los hijos de mi madre han luchado contra mí*. El que así peque contra su hermano sepa que ha pecado contra el mismo Jesucristo, pues Él dice: *Lo que hicisteis con alguno de mis más pequeños hermanos*, *conmigo lo hicisteis* (Mt 25, 40-45). Y no sólo hay que evitar las ofensas mayores, cuales son las injurias y ultrajes públicos, sino también las murmuraciones secretas y envenenadas. No basta, repito, evitar estas cosas y otras semejantes; han de evitarse las faltas más leves de esta naturaleza, si es que «leve» puede llamarse lo que se hace contra un hermano para dañarle, pues, según la palabra del Salvador, el que se irrite contra su hermano y le diga palabras injuriosas, merecerá le condene el sanedrín (Mt 5, 22). Y con razón, porque lo que juzgáis leve, y por esto lo decís con menos reparo, muchas veces el otro lo toma de diverso modo que vosotros, no juzgando sino de lo que le parece, y puede pensar que una paja es una viga y una chispa un horno; pues no todos tienen tanta caridad que estén dispuestos siempre a soportarlo todo, echándolo a buena parte (1Cor 13, 7). El genio del hombre es naturalmente más propenso a sospechar el mal que a creer el bien, y más cuando (la falta de diálogo) no os permite a vosotros, que sois la causa del desorden, el excusaros, ni a él descubrir una llaga, que una palabra o acción mal interpretada, ha hecho en su alma, a fin de curarla. De ahí que él está abrasado interiormente y muerto, porque no ventilándose la herida, hácese mortal; y agriada el alma y ulcerada, gime y suspira en sí misma, sin pensar en otra cosa -en su silencio- sino en la injuria recibida. En tal situación no acierta a orar ni a leer, ni puede meditar nada acerca de las cosas espirituales y santas. Por lo cual, hallándose como ofuscado, el espíritu que da la vida encuentra cerrados todos los caminos para llegarse a su alma, y esa alma, por quien Jesucristo ha muerto, muere misera-

blemente, destituida de su aliento. ¿Cuáles son entre tanto los movimientos de vuestro corazón? Y, ¿cómo podréis entrar en oración o en cualquiera otro ejercicio piadoso mientras Jesucristo, con el dolor del corazón de vuestro hermano -a quien habéis contristado- está clamando contra vosotros: "El hijo de mi madre está luchando contra mí, y aquel que comía a mi mesa dulces manjares me ha llenado de amargura"?».[126]

Hay que evitar aun las más pequeñas faltas: «Y si decís que no debiera turbarse tanto por cosa tan baladí, replico que cuanto la cosa era más pequeña, más fácil os era el reprimiros de decirla; aunque, en verdad, yo no sé cómo podéis llamar pequeño, como ya dije, a lo que es más que airarse, pues, según habéis aprendido de la boca misma de vuestro Juez, sólo el airarse es causa legítima para sufrir el rigor de su juicio. Y, en efecto, ¿llamaréis leve cosa aquella en que Jesucristo es ofendido, y por la cual habéis de ser traídos a su tribunal, sabiendo, por otra parte, que es horrible caer en las manos del Dios vivo? (Heb 10, 31). Mas si os aconteciere recibir alguna injuria, lo cual no siempre es fácil de evitar, no hagáis como suelen hacer los mundanos, repeliendo al punto injuria con injuria; evitar también -aun so pretexto de corrección y aviso- el herir y traspasar -de parte a parte, con palabra aguda y cortante- el alma de vuestro hermano, por la cual Jesucristo se dignó ser clavado en cruz; tampoco pongáis ceño duro y amenazador, ni susurréis entre dientes con aire agriado y desdeñoso, ni déis como resoplidos, ni soltéis despectiva carcajada, ni arruguéis la frente y las cejas mirando a vuestro hermano con actitud amenazadora. Antes esforzáos porque vuestra moción muera al nacer, y no permitáis salga afuera esa víbora que lleva la muerte consigo, por temor de que no mate a alguna alma y a fin de poder decir con el

[126] SAN BERNARDO, *Obras Completas*, II (Madrid 1955) 207-208.

profeta: *Aunque me sentí airado, quedé como atónito y sin decir palabra* (Sl 76, 5)».[127]

12. Deseos y compromisos

En el documento de Santo Domingo, los Obispos reunidos en la *IVª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, dedican dos densos párrafos al «desafío de la unidad», donde afirman, entre otras cosas:

«Reconocemos, sin embargo, que existen causas de preocupación en nuestras Iglesias particulares: divisiones y conflictos que no siempre reflejan la unidad que ha querido el Señor. Por tanto, se hace necesario vivir la reconciliación en la Iglesia, recorrer todavía el camino de unidad y de comunión de nosotros, los pastores, entre nosotros mismos y con las personas y comunidades que se nos han encomendado... En la formación inicial de los futuros pastores y en la formación permanente de obispos, presbíteros y diáconos, queremos impulsar, muy especialmente, el espíritu de unidad y comunión».[128]

En fin, todos los que -por misericordia de Dios- hemos sido elegidos para la maravillosa aventura de prolongar a Cristo, Pastor y Cabeza, y en el ministerio sacerdotal, debemos fomentar el espíritu de unidad y comunión, ya que «así se pone de manifiesto aquella unidad con que Cristo quiso fueran los suyos consumados en uno, para que conociera el mundo que Él había sido enviado por el Padre».[129]

[127] SAN BERNARDO, *Obras Completas*, II (Madrid 1955) 208.

[128] CONFERENCIA EPISCOPAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Documento de Santo Domingo*, 68-69.

[129] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 8, 1.

Todos deberíamos poner en práctica lo que enseña la Imitación de Cristo:

- «No debe importarte demasiado el saber quién está a favor tuyo o contra ti. Preocúpate más bien y haz por manera de que Dios esté contigo en todo lo que haces».

- «Guarda una conciencia buena, y Dios será tu apoyo y tu defensa. Porque a aquel a quien Dios quiere ayudar ningún mal podrá causarle la perversidad de los hombres».

- «Si sabes callar y padecer, no dudes que verás de un modo tangible el favor del Señor».

- «Él conoce perfectamente el momento oportuno y cómo ha de librarte; así que debes abandonarte en sus manos. A Dios corresponde ayudarnos y librarnos de toda confusión».

- «Muchas veces nos es de gran provecho que otros sepan y censuren nuestros defectos, porque así nos mantenemos en una posición de mayor humildad».

- «Cuando el hombre se humilla por sus defectos, calma fácilmente a los demás, y eso satisface por sí solo a los que estaban airados contra él».

- «Dios protege al humilde y lo salva, lo ama y lo consuela; se inclina, por decirlo así, ante el hombre humilde, le prodiga abundantes gracias y, una vez que se ha humillado, lo levanta a la gloria».

- «Al humilde lo hace confidente de sus secretos, y lo atrae dulcemente a sí y le invita a ir a Él. El humilde, cuando ha recibido una afrenta, sigue imperturbable en la paz, porque descansa en Dios y no en el mundo».

- «No pienses haber adelantado un paso, mientras no te sientas inferior a todos los demás».

- «Ponte primero a ti mismo en paz, y luego podrás pacificar a los demás. Vale más el hombre pacífico que el sabio».

- «El apasionado aun el bien lo convierte en mal y cree a la ligera todo lo malo. El hombre bueno y pacífico ve siempre el aspecto favorable de las cosas».

- «Quien vive en paz no sospecha de nadie. En cambio, el descontento y malicioso se agita constantemente en mil suspicacias y, ni él tiene sosiego, ni deja en paz a los que le rodean».

- «Muchas veces dice lo que no debiera decir y omite lo que más le convendría hacer. Es que tiene ojos de lince para ver las obligaciones de los demás, y echa en olvido los propios deberes».

- «Sé, pues, primero celoso contigo mismo y podrás, después, desplegar tu celo justamente con tu prójimo».

- «Sabes de sobra excusar y atenuar tus faltas, pero no quieres escuchar a otro cuando trata de sincerarse contigo. Más justo sería que te acusaras a ti mismo y disculparas a tu hermano».

- «Si quieres que los demás te sufran, sufre tú a los demás».

- «Repara en lo lejos que estás aún de la verdadera caridad y humildad; estas, con nadie se enojan ni se indignan, sino contra sí mismas».

- «No exige gran virtud tratar con gente buena y tranquila. Esto, naturalmente, nos gusta a todos, pues todos amamos la paz y preferimos a los que congenian con nosotros».

- «En cambio, vivir pacíficamente con gente intratable y pendenciera, o bien con hombres maliciosos, o con quien nos contradice a la continua, es una gran gracia, y, por otra parte, algo digno de elogio y propio de personas de carácter».

- «Hay quienes están en paz consigo mismos y con los demás. Y los hay que ni tienen paz ellos mismos, ni dejan que otros la tengan. Son insoportables para aquellos con quienes conviven, aunque mucho más para consigo mismos».

- «Y hay en fin quienes se mantienen en paz y procuran que los demás la tengan a su vez».

- «Sin embargo, nuestra paz en esta vida miserable consiste más en soportar humildemente la adversidad que en no tenerla».

- «El que mejor sepa padecer mayor paz tendrá. Este es el que se vence a sí mismo y se hace dueño del mundo, y, por ende, amigo de Cristo y heredero del cielo».[130]

Hagamos caso a las enseñanzas de San Luis María Grignion de Monfort, quien profetiza de los apóstoles de los últimos tiempos que: «Dormirán sin oro ni plata y, lo que más cuenta, sin preocupaciones en medio de los demás sacerdotes y clérigos[131]».[132]

Que todo es poco cuando se trata de prolongar el único Sacerdocio de Cristo, perpetuar su único sacrificio, pertenecer -en su grado- al único Episcopado, predicar su único Evangelio y edificar su única Iglesia que, en cada diócesis, «tiene un sólo Presbiterio».

Que Jesucristo encuentre siempre a los sacerdotes en este don, pero también «tarea», de trabajar denodadamente por la unidad que Él quiso: *Que todos sean uno* (Jn 17, 21).

Nos lo conceda la Reina y Madre de los sacerdotes.

[130] L. II, 2-3.
[131] «Inter medio cleros» (Sl 67, 14 [Vg]).
[132] *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 58.

2

«Formar una nueva generación de prelados»[1]

Juan Pablo II ha convocado la X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, que ha de celebrarse luego del tiempo del Jubileo del año 2000. El tema será: «El obispo, ministro del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo». Este Sínodo, escribe el Cardenal Jan P. Shötte, c.i.c.m., «implica un doble significado: el de la conclusión de un itinerario y el de la celebración de una comunión».[2]

Conclusión de un itinerario porque en 1987 comenzó un camino que podría llamarse: «la vida de los cuerpos eclesiales después del Concilio Vaticano II». El Sínodo «se transformó en una fiel "*Traditio Concili*", tomando del mismo Concilio, en cierto modo, la estructura, el método, el espíritu, y sobre todo, trasmitiendo, meditando y elaborando temas y proposiciones conciliares».[3] Del «*corpus laicorum*» se trató en 1987 y su fruto fue la «*Christifideles Laicis*»; del «c*orpus Presbyterorum*» en 1990 con «*Pastores dabo vobis*»; del «*corpus Vitae Consecratae*» en 1994 con «*Vita Consecrata*»; finalmente del «*corpus Episcoporum*» se tratará en el 2001. Celebra-

[1] CARDENAL JOSEPH RATZINGER, ZENIT, «1 de noviembre de 1998» ZS98110104 (www.zenit.org).

[2] JUAN PABLO II, «Décima Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los obispos: Lineamenta», *L'Osservatore Romano* 30 (1998) 425.

[3] JUAN PABLO II, «Décima Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los obispos: Lineamenta», *L'Osservatore Romano* 30 (1998) 425.

ción de una comunión porque todos los cuerpos eclesiales deben tender a hacer crecer el único Cuerpo de Cristo en la comunión. «El camino sinodal, que es "comunión en el caminar",[4] comienza en la comunión, se desarrolla en la comunión y encuentra su conclusión en la comunión».[5]

Desde ya debemos comprometer nuestra oración y nuestros sacrificios por los frutos del Sínodo del año 2000, por razón de la función insustituible de los obispos; por razón de lo que representan en relación con nosotros, ahora; y por razón de lo que nosotros debemos hacer.

1. Por razón de la función insustituible de los obispos

El día del Santo obispo de Tours, Martín, rezamos, en la antífona del Magnificat: «¡Oh bienaventurado pontífice, que amaste con todo tu corazón a Cristo rey y no temiste los poderes de este mundo!...». Y, efectivamente, no puede haber en la Iglesia de Jesucristo nadie más comprometido para el reinado de Cristo Rey, que el obispo.

Espiguemos brevemente, en la doctrina del Concilio Vaticano II, el lugar de los obispos en la Iglesia:

«Este Santo Sínodo enseña que, en la consagración episcopal, se confiere la plenitud del sacramento del Orden, que por esto se llama en la liturgia de la Iglesia y en el testimonio de los Santos Padres[6]: "Sumo Sacerdocio, cumbre del Ministerio Sagrado"».[7]

[4] JUAN PABLO II, «A los presidentes de las Conferencias episcopales de Europa», *L'Osservatore Romano* 50 (1992) 720.

[5] ZENIT, «1 de noviembre de 1998» ZS98110104 (www.zenit.org).

[6] *En la Trad. Apost.*, 3.

[7] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 21.

«...Los Obispos mismos son los principales administradores de los misterios de Dios, así como también moderadores, promotores y custodios de toda la vida litúrgica en la Iglesia que les ha sido confiada».[8]

«El Obispo, por estar revestido de la plenitud del Sacramento del Orden, es "el administrador de la gracia del supremo sacerdocio", sobre todo en la Eucaristía que él mismo celebra, o procura sea celebrada, y mediante la cual la Iglesia vive y crece continuamente».[9]

«El Obispo debe ser considerado como el gran sacerdote de su grey, de quien deriva y depende -en cierto modo- la vida "en Cristo" de sus fieles».[10]

«...Este Sagrado Sínodo enseña que los Obispos han sucedido, por institución divina, a los Apóstoles como pastores de la Iglesia, de modo que quien a ellos escucha, escucha a Cristo, y quien los desprecia, desprecia a Cristo y a quien le envió[11]».[12]

«...Los Obispos, puestos por el Espíritu Santo, son sucesores de los Apóstoles como pastores de las almas».[13]

«...Enviados los Apóstoles, como Él fuera enviado por su Padre, Cristo, por medio de los mismos Apóstoles, hizo partícipes

[8] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 15.

[9] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 26.

[10] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* «*Sacrosanctum Concilium*», 41.

[11] Cfr. Lc 10, 16.

[12] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 20.

[13] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 2.

de su propia Consagración y Misión a los sucesores de aquellos, que son los Obispos...».[14]

«...Los Obispos son, individualmente, el principio y fundamento visible de la unidad en sus iglesias particulares, formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales, y a base de las cuales, se constituye la Iglesia católica, una y única».[15]

«Es propio del Obispo, como rector y centro de unidad en el apostolado diocesano, promover, dirigir y coordinar la actividad misionera, pero de modo que se respete y fomente la actividad espontánea de quienes toman parte en la obra».[16]

«Deben... todos los Obispos promover y defender la unidad en la fe y la disciplina común de toda la Iglesia...».[17]

«Los Obispos rigen, como vicarios y legados de Cristo, las Iglesias particulares que les han sido encomendadas, con sus consejos, con sus exhortaciones, con sus ejemplos, pero también con su autoridad y sacra potestad, de la que usan únicamente para edificar a su grey en la verdad y en la santidad, teniendo en cuenta que, el que es mayor, ha de hacerse como el menor, y el que ocupa el primer puesto, como servidor[18]».[19]

[14] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 2.

[15] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 23.

[16] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia «Ad Gentes»*, 30.

[17] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 23.

[18] Cfr. Lc 22, 26-27.

[19] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 27.

«Cada uno de los Obispos, que es puesto al frente de una Iglesia particular, ejerce su poder pastoral sobre la porción del Pueblo de Dios a él encomendada...».[20]

«En la persona...de los Obispos, a quienes asisten los presbíteros, el Señor Jesucristo, Pontífice Supremo, está presente en medio de los fieles».[21]

«Esfuércense... los Obispos... constantemente, para que los fieles de Cristo conozcan y vivan, de manera más íntima, por la Eucaristía, el Misterio Pascual, de suerte que fomenten un cuerpo compactísimo en la unidad de la caridad de Cristo».[22]

«Los Obispos, como legítimos sucesores de los Apóstoles y miembros del Colegio episcopal, siéntanse siempre unidos entre sí y muéstrense solícitos por todas las Iglesias, ya que, por institución divina y por imperativo del oficio apostólico, cada uno, juntamente con los otros Obispos, es responsable de la Iglesia».[23]

«Lleven (...los Obispos), en su corazón, a los no bautizados, a fin de que también para ellos amanezca esplendorosamente la caridad de Jesucristo, cuyos testigos son los Obispos delante de todos».[24]

«Al Obispo corresponde suscitar en su pueblo, sobre todo en los enfermos y oprimidos por la desgracia, almas que ofrezcan a

[20] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 23.

[21] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 21.

[22] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos «Christus Dominus»*, 15.

[23] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos «Christus Dominus»*, 6.

[24] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos «Christus Dominus»*, 16.

Dios oraciones y obras de penitencia con generoso corazón por la evangelización del mundo».[25]

«El Obispo, por su parte, aliente con especial y atenta predilección, a cuantos trabajan en el seminario, y muéstrese como verdadero padre, en Cristo, para los alumnos».[26]

«Como es propio de la Iglesia entablar diálogo con la sociedad en que vive, deber es, en primer término de los Obispos, dirigirse a los hombres y entablar y promover el diálogo con ellos».[27]

«Capacítense (los Pastores sagrados) con insistente afán para participar en el diálogo que hay que entablar con el mundo y con los hombres de cualquier opinión».[28]

«...a fin de promover más y más el servicio de las almas, tenga a bien el Obispo, llamar a coloquio, común incluso, a sus sacerdotes, señaladamente sobre temas pastorales, y ello no sólo en ocasiones, sino, a ser posible, en tiempos fijos».[29]

«No se niegue (el Obispo) a oír a sus súbditos, a los que, como a verdaderos hijos suyos, alimenta, y a quienes exhorta a cooperar animosamente con él».[30]

«Como el cargo apostólico de los Obispos ha sido instituido por Cristo Señor y persigue un fin espiritual y sobrenatural...».[31]

[25] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia* «*Ad Gentes*», 38.

[26] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la formación sacerdotal* «*OptatamTotius*», 5.

[27] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 13.

[28] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et Spes*», 43.

[29] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 28.

[30] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 27.

[31] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 20.

«A los Obispos, como sucesores de los Apóstoles, les compete -de suyo- en las diócesis que les han sido confiadas, toda la potestad ordinaria, propia e inmediata, que se requiere para el ejercicio de su cargo pastoral...».[32]

2. POR RAZÓN DE LO QUE REPRESENTAN EN RELACIÓN CON NOSOTROS

Quiero traer a colación una intervención del Cardenal Joseph Ratzinger cuando se celebraron en el Vaticano los diez años de la creación, por parte de Juan Pablo II, de la Comisión Pontificia «Ecclesia Dei», para recibir a aquellos católicos que no estaban dispuestos a secundar la ruptura cismática provocada por las ordenaciones episcopales llevadas a cabo por Mons. Marcel Lefébvre y que deseaban recibir los sacramentos según el ritual prescrito por Juan XXIII en 1962. Se reunieron unos 3.000 tradicionalistas de todo el mundo pertenecientes a unas 15 instituciones que se han acogido a la «Ecclesia Dei».

Luego de la conferencia del Cardenal Ratzinger, tomaron la palabra otros ponentes, y volvió a intervenir el primero para dar algunas valoraciones prácticas frente a las dificultades concretas en que se encuentran estos fieles católicos para vivir, dentro de la Iglesia, en obediencia al Papa. Dijo el Cardenal Ratzinger: «Debemos buscar soluciones jurídicas, pero debemos también buscar cómo hacerse comprender mejor por los obispos, porque incluso los obispos son muy duros o, como se ha dicho, a veces abusan de la discreción, y no respetan los derechos de los fieles. No son personas de mala voluntad, es la situación cultural y espiritual, una cierta educación, una cierta -digamos- formación del espíritu que no les permite comprender bien el por qué y la necesidad de abrir

[32] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos «Christus Dominus»*, 8.

las puertas a la celebración de la antigua liturgia. Tienen una formación según la cual se trata de una amenaza contra la unidad, sobre todo contra el Concilio ecuménico, que tiene derecho a ser aceptado con obediencia por parte de los fieles. Con esa mentalidad y educación (no sólo en los obispos, sino en gran parte del laicado) es algo imposible el aceptar medidas jurídicas sin que estén bien preparados. Es el motivo profundo por el que el Santo Padre tarda en dar nuevas medidas jurídicas, porque ve las dificultades para comprender que no se va contra el Concilio, o contra la unidad. Dificultades que no nacen de una mala voluntad, sino por su formación. Él está convencido -y con las experiencias que he tenido, yo también lo estoy- de que debemos hacer todo lo posible por formar una nueva generación de prelados. No es un ataque al Concilio, sino una realización más fiel».[33]

¿Se nos dirá soberbios, faltos de humildad, si afirmamos que no queremos atacar el Concilio, sino que pretendemos encarnar una realización más fiel?

3. Por razón de lo que nosotros debemos hacer

En la valoración del Cardenal Ratzinger, tanto el Papa como él, están convencidos que hay que formar una nueva generación de prelados: «Él está convencido -y con las experiencias que he tenido, yo también lo estoy- de que debemos hacer todo lo posible por formar una nueva generación de prelados».[34] ¿Qué debemos hacer para poner nuestro granito de arena en la solución de este problema, de la formación de esta nueva generación de prelados?

[33] ZENIT, «1 de noviembre de 1998» ZS98110104 (www.zenit.org).
[34] ZENIT, «1 de noviembre de 1998» ZS98110104 (www.zenit.org).

Quien elige a los obispos es el Espíritu Santo: *Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios* (He 20, 28), por tanto, la elección de los prelados no depende de nosotros, sino del Espíritu Santo.

Tampoco corresponde formar a jóvenes que aspiren a ser obispos. Esto sería muy funesto. Sino más bien a lo contrario, porque aunque San Pablo dice: *Si alguno desea el episcopado, buena obra desea* (1Tim 3, 1), explica San Gregorio Magno que eso decía el Apóstol: «...en un tiempo en que el jefe de las iglesias era el primero en sufrir los tormentos del martirio».[35] En su exposición sobre el tema de si es lícito desear el episcopado,[36] Santo Tomás afirma que es manifiestamente ilícito, porque: si se lo desea por los bienes temporales que lleva consigo, es codicia o ambición; si se lo desea por la excelencia del grado, es presunción; si se lo desea por la utilidad del prójimo, de suyo es laudable y meritorio, pero como lleva consigo la excelencia del grado, parece que es presuntuoso, salvo en caso de necesidad.

Pero sí podemos y debemos formar jóvenes humanamente plenos, con gran profundidad espiritual, sólida formación doctrinal y cultural, sin anteojeras, con un inmenso corazón pastoral, de los cuales, si el Señor lo desea, pueda elegirse pastores según su corazón.

¿Cómo profundizar en la doctrina de la fe respecto de los obispos, esencial a nuestra fe católica, de cara al Sínodo del 2001?

1. Estudiando y meditando acerca del capítulo 3 de la Constitución dogmática sobre la Iglesia: «*Lumen gentium*»; sobre el Decreto referente al oficio pastoral de los obispos: «*Christus Dominus*»; el excelente Directorio sobre el ministerio de los obispos: «*Ecclesiae*

[35] Cfr. *Regla pastoral*, 1, 8; cit. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, 185, 1, ad1.
[36] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, 185, 1.

imago», del 22 de febrero de 1973; el Catecismo de la Iglesia Católica, en especial, nn. 874-895, 1536ss; etc.

2. La participación consciente de cada Misa es el medio más eficaz para comprender la esencial importancia que, en nuestra fe, tiene el obispo. Dicho brevemente: *Sin obispo no hay Eucaristía.* Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica:[37] «Toda la Iglesia se une a la ofrenda y a la intercesión de Cristo. Encargado del ministerio de Pedro en la Iglesia, el Papa es asociado a toda celebración de la Eucaristía, en la que es nombrado como signo y servidor de la unidad de la Iglesia universal. El obispo del lugar es siempre responsable de la Eucaristía, incluso cuando es presidida por un presbítero; el nombre del obispo se pronuncia en ella para significar su presidencia de la Iglesia particular en medio del presbiterio y con la asistencia de los diáconos. La comunidad intercede también por todos los ministros que, por ella y con ella, ofrecen el Sacrificio Eucarístico: "Que sólo sea considerada como legítima la Eucaristía que se hace bajo la presidencia del obispo o de quien él ha señalado para ello".[38] "Por medio del ministerio de los presbíteros, se realiza -a la perfección- el sacrificio espiritual de los fieles en unión con el sacrificio de Cristo, único Mediador. Este, en nombre de toda la Iglesia, por manos de los presbíteros, se ofrece, incruenta y sacramentalmente, en la Eucaristía, hasta que el Señor venga"[39]».

Y, además, se enseña «...toda legítima celebración de la Eucaristía es dirigida por el Obispo, a quien ha sido confiado el oficio de ofrecer a la Divina Majestad, el culto de la religión cristiana y de reglamentarlo, conforme a los preceptos del Señor y las leyes

[37] Cfr. n. 1369.

[38] SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Esmirniotas*, 8, 1.

[39] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2.

de la Iglesia, precisadas más concretamente para su diócesis según su criterio».[40]

Incluso el nombrar a quienes están asociados a toda Eucaristía, nos recuerda que, aún los constituidos en dignidad, son peregrinos. ¿Cómo no recordar a los Papas que nombrábamos en el canon?: Pío, Juan, Pablo, Juan Pablo... ¿Y a los obispos? Santiago, Fermín, Antonio, Manuel, León, Jesús, Guillermo... ¡Con cada nueva generación cambia el rostro humano de la Iglesia!

3. Conocer las vidas de los santos obispos que nos llenan de admiración, de santa emulación y de asombro inconmensurable: Pedro y Pablo, el resto de los Doce, Ignacio de Antioquía, Policarpo, Clemente Romano, Ireneo, Fabián, Esteban I, Sixto II, Cipriano, Hilario, Ambrosio, Atanasio, Basilio, Juan Crisóstomo, Agustín, Martín, Cirilo, Patricio, Gregorio, Isidoro, Bonifacio, Anselmo, Buenaventura, Alberto, Carlos Borromeo, Francisco de Sales, Tomás Becket, Alfonso, Toribio, Claret, Pío X, Stepinac. Y también conocer la vida de tantos otros, verdaderamente grandes: el «negro» Cisneros, Montecorvino, Pallu, Zumárraga, Berán, Mindszenty, Slypij, Gong Pin-Mei, Wyszynski, Tomasek, Koliqi, Todea, Korec, Esquiú, Aneiros, Bolaños, Francisco Alberti, José Américo Orzali, Emilio A. Di Pasquo, Audino Rodríguez y Olmos, Adolfo S. Tortolo, Roberto Tavella, Antonio Rocca, León Kruk, ¡y tantos otros que son la flor y nata de la humanidad!

Si la Iglesia es comunión, el problema de formar una nueva generación de prelados, también es nuestro problema.

Por eso, hoy y siempre, debemos suplicar a Cristo Rey, por pastores que lo amen a Él, de tal manera, que no teman a los poderosos de este mundo. ¡Para que Cristo reine!

[40] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos «Christus Dominus»*, 15.

3

El sacerdocio ministerial

Hay una institución que aparece en todos los siglos, donde quiera haya hombres: es el sacerdocio.

Y aparece en lo que tiene de fundamental: ser mediador entre Dios y los hombres, especialmente por esta clásica función que llamamos sacrificio: *Todo Sumo Sacerdote tomado de entre los hombres es constituido en bien de los hombres*, *en lo concerniente a Dios*, *para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados...* (Heb 5, 1) *Dona et sacrificia pro peccatis*, dice la Vulgata.

Los sacerdotes hacen subir al cielo las aspiraciones y dones de los hombres, y del cielo hacen bajar las bendiciones de Dios.

Hay un sacerdocio Patriarcal, según consta por la Sagrada Escritura:

- El sacerdocio de Noé: *...erigió Noé un altar a Yahvé*, *y tomando de todos los animales puros*, *y de todas las aves puras*, *ofreció holocaustos en el altar* (Gn 8, 20);

- el sacerdocio de Abraham, Isaac y Jacob: *Abraham tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo...* (Gn 22, 13); (*Isaac*) *erigió allí un altar*, *donde invocó el nombre de Yahvé* (Gn 26, 25); *ofreció Jacob un sacrificio en el monte e invitó a sus hermanos a comer...* (Gn 31, 54);

- el sacerdocio de Melquisedec: *entonces Melquisedec*, *rey de Salem*, *presentó pan y vino*, *pues era sacerdote del Dios altísimo* (Gn 14, 18);

- el sacerdocio de Jetró, sacerdote de Madián: *...tomó Jetró, suegro de Moisés, un holocausto y sacrificios para (ofrecerlos) a Dios...* (Ex 18, 12);

- el sacerdocio de Job: *Job... madrugando por la mañana, ofrecía holocaustos...*[1].

Entre los pueblos idólatras, en Egipto, Babilonia, Grecia, Roma, se confunde el poder sacerdotal con el civil. Pero Dios salva la institución y el poder sacerdotal, desvinculándolos de todo otro poder secular en lo atinente al servicio de Dios, y haciendo del sacerdocio una verdadera casta de hombres escogidos: Es el sacerdocio de Aarón. Institución magnífica que tiene en su origen a Dios y a Dios en su legislación.

Pero toda la grandeza del sacerdocio mosaico era sólo figura del Sacerdocio futuro. Fue la figura del Sumo Sacerdote. Cuando Él llegue y consume su Sacrificio cesarán el sacerdocio y los sacrificios antiguos para dar lugar a un Sacerdocio eterno y a un Sacrificio eterno. Él mismo es el Sacerdote Tipo. Y lo es en Sí mismo y lo es en Sus funciones.

¿Cuál es la fisonomía sacerdotal de Jesús?

1. MEDIADOR

Es preciso que sea *hombre*; ni más ni menos; ni superior ni inferior a la naturaleza humana: *ex hominibus assumptus... tomado de entre los hombres* (Heb 5, 1). Debe ser miembro de la sociedad que representa, para ser intermediario entre Dios y la sociedad misma.

Dios no es sacerdote, no puede serlo porque es uno de los extremos de la mediación: *...no hay mediador de uno solo, y Dios es uno solo* (Ga 3, 20). Ni debe ser una naturaleza superior o inferior, porque el deber de la ofrenda y de la expiación es de la criatura

[1] Cfr. Job 1, 5.

racional, que recibió la vida de Dios y que pecó contra Él. El hombre debe pagar sus propias deudas y debe ofrecer los bienes recibidos: debe expiar y adorar.

El Verbo se hace hombre, se encarna, precisamente para ser Sacerdote. El fin de la Encarnación es la Redención, y esta la realiza Cristo por la gran función sacerdotal de Su Sacrificio.

Hombre y Sacerdote simultáneamente. No le viene como algo advenedizo y accidental, sino por el mismo hecho de ser hombre. Es sustancialmente hombre y sustancialmente Sacerdote. Como hombre es sacerdote de los hombres, porque no tomó la naturaleza de los ángeles; por eso no es sacerdote de los ángeles, aunque sea Su Iluminador y Rey.

Hombre verdaderamente universal, ya que nos llevaba a todos en Sí. Porque era mediador de todos, «debía llevar las miserias y los pecados de todos»: «*Cristo los portaba todos*, *también nuestros pecados portaba*».[2]

Esto nos debe inspirar confianza ilimitada.

Cierto que por la unión hipostática *es más excelso que los cielos* (Heb 7, 26), pero no sólo se rebajó hasta convivir con nosotros, sino hasta hacerse miserable, cargando con las miserias de todos, y estas las ha intensificado con un amor sacerdotal y de mediación tales, que le hacen representante universal del dolor y de la miseria humana.

2. Ser llamado

No se es sacerdote por voluntad personal de cada hombre, ni por la autoridad civil: es Dios quien llama. Quien toma la investidura sacerdotal sin ser llamado o ejerce según su antojo las fun-

[2] SAN CIPRIANO, *Epis.* 63, 33: «*Omnes portabat Christus*, *qui et peccata nostra portabat*».

ciones de mediador, es un intruso. Por eso se dice en Heb 5, 4: *Y nadie se toma este honor*, *sino el que es llamado por Dios*, *como lo fue Aarón*.

Por ser mediador entre el cielo y la tierra, debe ser grato al cielo y a la tierra, en especial al cielo. Dos funciones realizan la adoración y la expiación: como adorador es el depositario del amor que los hombres deben ofrecer a Dios; como expiador reconcilia a los hombres con Dios, quitando de en medio, el pecado.

Jesucristo, Sacerdote de la Nueva Alianza, Sacerdote Único en el que se encarnará todo el Sacerdocio definitivo y eterno, anticipado en figura por el sacerdocio de la ley mosaica, debía ser llamado por Dios, con mayor razón que Aarón.

El Verbo se hizo carne para redimir, redime por su sacrificio y sacrifica por su Ser y sus funciones de Sacerdote. Encarnación y Sacerdocio, Sacrificio y Redención, están tan íntimamente unidos en Jesucristo que son absolutamente inseparables.

Este llamado se identifica con su filiación divina y es exigencia de su legación divina.

Por eso nos dice el autor de la Carta a los Hebreos: *Cristo no se exaltó a Sí mismo en hacerse Sumo Sacerdote*, *sino Aquel que le dijo*: «*Mi Hijo eres Tú*, *hoy te he engendrado*» (5, 5).

Es llamado a ser Sacerdote eterno -sin suceder a nadie y sin sucesor-, instituido extraordinariamente: *Lo juró el Señor y no se arrepentirá*: «*Tú eres sacerdote para siempre*» (Heb 7, 21).

La significación etimológica de «sacerdote» es, en hebreo: «*Hombre que está de pie*». Así, está Cristo orando al Padre, ofreciendo su sacrificio, como Mediador de los hombres ante Dios. Así, también, debe estar el sacerdote secundario.

3. EL HOMBRE NO SÓLO DEBE SER LLAMADO, TAMBIÉN DEBE SER CONSAGRADO SACERDOTE

Es la investidura pública que le capacita para ofrecer sus oficios sagrados.

¿Cómo fue ordenado y consagrado sacerdote Jesucristo?

Por el puro hecho de la unión hipostática de su naturaleza humana con la Persona del Verbo. El Verbo es el Crisma substancial, porque es substancialmente Dios.

Al tocar la Humanidad de Cristo lo consagra Sacerdote Único, Sacerdote Substancial y Total, o sea, Sacerdote por su misma naturaleza y por su mismo ser. Al ponerse en contacto con la divinidad fue íntima y totalmente invadido por ella y por ella ungido en alma y cuerpo.

Por eso, en Lc 4, 18 el mismo Señor dice: *El Espíritu del Señor está sobre Mí*, *porque Él me ungió*; *Él me envió a dar la Buena Nueva a los pobres*, *a anunciar a los cautivos la liberación*, *y a los ciegos la vista*, *a poner en libertad a los oprimidos*... El Espíritu Santo -«*spiritualis unctio*»- se compenetró -más que el aceite a los cuerpos más compactos- hasta hacer de Él una unción viva y substancial, no un hombre ungido, sino «El Ungido», ¡Cristo!

Más aún, por la consagración sacerdotal, Jesús -como dice Santo Tomás- es el Carácter por esencia («...*character aeternus est ipse Christus*...»[3]); por ello es Sacerdote esencial, constituido y consagrado -como tal- en la Encarnación.

[3] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 63, 3.

4. Santidad suma

Todos nosotros nacemos manchados. Cometemos muchos pecados, aun siendo sacerdotes, por eso decimos en la presentación de dones: «Acepta, Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que este sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en tu presencia, Señor Dios nuestro»; además del acto penitencial, del lavabo y del «no soy digno...». Jesucristo, no.

Él es la santidad esencial. La suma santidad creada, como hombre. *Y tal Sumo Sacerdote nos convenía*: *santo*, *inocente*, *inmaculado*, *apartado de los pecadores y encumbrado sobre los cielos* (Heb 7, 26):

- «Santo»: ya lo había anunciado el ángel Gabriel a la Virgen.
- «Inocente»: más que Abel.
- «Inmaculado»: sin pecado original ni personal.

Por eso, *no necesita diariamente*, *como los Sumos Sacerdotes*, *ofrecer víctimas*, *primero por sus propios pecados*, *y después por los del pueblo*, *porque esto lo hizo de una vez, ofreciéndose a sí mismo* (Heb 7, 27).

5. Inmortal

No morirá jamás. Todos los otros sacerdotes tenían que renovarse sin cesar. Cristo no. Murió una vez para consumar su Sacrificio; pero tomó otra vez la vida para ofrecer su Sacrificio por toda la eternidad. «El sacrificio vespertino de su Pasión -dice San Agustín- se convirtió, por su Resurrección, en Sacrificio matutino y perdurable».

Hay dos tipos de sacerdocios: uno sujeto a la ley fatal de la muerte, otro, *según la fuerza de una vida indestructible* (Heb 7, 16); por eso «ya no morirá más», es Sacerdote Eterno.

6. Según el orden de Melquisedec

Es de una categoría única en la historia del sacerdocio. Es sacerdote nuevo, interrumpe y abroga el levítico. Como aquel rey de Salem, es Rey y Sacerdote al mismo tiempo. Como aquel rey de Salem, no tiene genealogía, porque no tiene padre según la generación humana, ni madre según la generación eterna. Como aquel rey de Salem, es rey de justicia, porque es Dios, y como sacerdote vino a establecer entre Dios y los hombres, pagando en justicia al Padre. Como aquel rey de Salem, ofreció pan y vino, en la Última Cena, en la que todo es nuevo, puesto que nuevo son:

- El sacerdocio;
- el sacrificio;
- la Alianza que se sella con su sangre;
- la Reconciliación;
- la Redención.

Ya no son simples figuras.

4

Los diáconos

1. Institución del diaconado en la Iglesia

El diaconado es una **institución** divino-apostólica, no meramente eclesiástica, o sea, existe el orden del diaconado en la Iglesia por voluntad de Jesucristo y diáconos por institución apostólica, como enseña el Concilio Vaticano II: «El ministerio eclesiástico, instituido por Dios, está ejercido en diversos órdenes que ya desde antiguo reciben los nombres de obispos, presbíteros y diáconos».[1]

En muchos lugares del Nuevo Testamento se nos habla de los diáconos, por ejemplo:

- De su institución por los apóstoles: *Por aquellos días, al multiplicarse los discípulos, hubo quejas de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana. Los Doce convocaron la asamblea de los discípulos y dijeron*: «*No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra*». *Pareció bien la propuesta a toda la asamblea y escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y de*

[1] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 10.

Espíritu Santo, *a Felipe*, *a Prócoro*, *a Nicanor*, *a Timón*, *a Pármena y a Nicolás*, *prosélito de Antioquía*; *los presentaron a los apóstoles y*, *habiendo hecho oración*, *les impusieron las manos* (He 6, 1-6);

- testimonia San Pablo a los filipenses: *Pablo y Timoteo*, *siervos de Cristo Jesús*, *a todos los santos en Cristo Jesús*, *que están en Filipos*, *con los epíscopos y diáconos* (Flp 1, 1);

- cualidades que deben tener: *los diáconos deben ser dignos*, *sin doblez*, *no dados a beber mucho vino ni a negocios sucios*; *que guarden el Misterio de la fe con una conciencia pura. Primero se les someterá a prueba y después*, *si fuesen irreprensibles*, *serán diáconos* (1Tim 3, 8-10);

- además se puede ver la función diaconal ya diferenciada en Ro 12, 6-9: *Pero teniendo dones diferentes*, *según la gracia que nos ha sido dada*, *si es el don de profecía*, *ejerzámoslo en la medida de nuestra fe*; *si es el servicio*, *en el servicio*; *la enseñanza*, *enseñando*; *la exhortación*, *exhortando. El que da*, *con sencillez*, *el que preside*, *con solicitud*; *el que ejerce la misericordia*, *con jovialidad. Vuestra caridad sea sin fingimiento*; *detestando el mal*, *adhiriéndoos al bien...*

La *Didaché*, alrededor del 90, ordena que se elijan «obispos y diáconos, dignos del Señor».[2] San Clemente Romano testifica, alrededor del año 96, que los apóstoles constituyeron obispos y diáconos.[3] San Ignacio de Antioquía, muerto en el 107, exhorta varias veces a honrar a los diáconos «como a Jesucristo».[4] San Ireneo habla de San Esteban «elegido por los Apóstoles como el primer diácono».[5]

Es sobre la base de estos y otros textos, tanto de la Sagrada Escritura cuanto de la Tradición, que el Concilio de Trento definió como dogma de fe la existencia del diaconado, anatematizan-

[2] *Did.*, 15.
[3] *I Clem.*, 42, 2.
[4] *Tral.*, 7, 2; *Magn*, 2; Flp 11.
[5] *Adversus haereses*, 3, 12, 10.

do la proposición contraria: «Si alguien dijere que en la Iglesia no existe jerarquía instituida por ordenación divina, que consta de obispos, presbíteros y ministros, sea anatema»,[6] y obviamente, al decir ministros incluye a los diáconos que son los ministros de grado inmediatamente inferior antes de los presbíteros.

2. El sacramento del orden sagrado

Enseña la fe católica que el sacramento del orden es uno solo,[7] pero, al mismo tiempo, que hay tres órdenes sacramentales instituidos por Jesucristo. ¿Cómo se armoniza esta pluralidad de órdenes con la unidad del sacramento del orden? El episcopado, el presbiterado y el diaconado son partes potenciales del sacramento del orden, o sea, que participan, según grados diferentes, de la perfección del sacramento del orden, de tal manera que la perfección se encuentra plenamente en una de sus partes -el episcopado-, y limitadamente en las otras, y en cuanto se acercan a la primera.

Así se divide la autoridad, poseída por uno plenamente como, por dar un ejemplo, el Superior General, y por los otros más o menos, en la medida que se le acercan como los Provinciales, Viceprovinciales, Delegados, Superiores Locales, etc.

Por eso el sacramento del orden, no obstante su pluralidad -episcopado, presbiterado, diaconado- conserva su unidad. Sus partes potenciales no son homogéneas, difieren entre sí como los grados de una jerarquía, cada uno de los cuales contiene en sí acrecentada la perfección de los precedentes, hasta llegar al sumo grado en que se contiene eminentemente la suma perfección. Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: «Los diáconos participan de una manera especial en la misión y en la gracia de Cristo. El sacramento del Orden los marcó con un sello («carácter») que

[6] *DS* 1766.
[7] Cfr. PÍO XII, *Constitución* «*Sacramentum Ordinis*», 1.

nadie puede hacer desaparecer y que los configura con Cristo que se hizo «diácono», es decir, el servidor de todos».[8]

3. El diaconado no es sacerdocio ministerial

Ahora bien, hay que hacer notar que en la triple pluralidad del orden, sólo hay «dos grados de participación ministerial en el sacerdocio de Cristo: el episcopado y el presbiterado. El diaconado está destinado a ayudarles y servirles».[9]

A los diáconos sólo el obispo les impone las manos, pero «no en orden al sacerdocio, sino en orden al ministerio»[10] o servicio. También dice el Concilio: «ordenados para el ministerio, están al servicio del Pueblo de Dios en comunión con el Obispo y sus sacerdotes».[11] Como dice la *Traditio apostolica* de San Hipólito: «La razón de que solo el obispo imponga las manos es porque el diácono no se ordena para el sacerdocio, sino para el servicio del obispo; para hacer lo que este le indique».[12] Y agrega que no recibe el espíritu común al presbiterio, sino que está confiado a la autoridad del obispo. Dicho con más precisión, el diácono no es ordenado a la función sacerdotal del obispo, sino que participa de la función diaconal del obispo. De tal modo que el carácter sacramental del diaconado dice relación al carácter diaconal del sacerdocio de Cristo, el Ebed-Yahveh del cántico de Isaías, servidor del Padre y de los hombres. Decía San Ignacio de Antioquía: «Los diáconos son los imitadores de Cristo porque ellos son los servidores del obispo, como Cristo es el servidor de Dios Padre», por eso agrega: «A los diáconos ha sido confiada la "diaconía" de

[8] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1570.
[9] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1554.
[10] *Constitutión «Ecclessiae Aegyptiace»*, III, 2.
[11] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral impaciente «Christus Dominus»*, 15.
[12] *Tradit. apost.*, 8.

Cristo».[13] Como dice un autor: «El diaconado es propiamente, en las diversas esferas de su ministerio, la forma sirviente del sacerdocio». No obstante por el carácter sagrado del diaconado, o denominación extrínseca, se habla, algunas veces, de que «están constituidos en un tercer sacerdocio».[14]

De modo tal, que en el Cuerpo Místico de Cristo existe el sacerdocio común de todos los fieles bautizados y, con diferencia esencial, no de grado, el sacerdocio ministerial; este sí en dos grupos: el sumo -el episcopado- y el de segundo orden -el presbiterado-.

4. Oficios diaconales

Diaconía en el Nuevo Testamento es hacer un servicio en orden a la salvación.[15] Los apóstoles se reservan una «*diakonia*» de la Palabra (He 6, 4); Pedro dijo que Judas participó en la «*diakonia*» apostólica (He 1, 17); Matías es llamado a suplirle en esa «*diakonia*» (He 1, 2); San Pablo cumple la «*diakonia*» recibida de Jesús (He 20, 24), *diakonia de la reconciliación* (2Cor 5, 18), *diakonia para la edificación del Cuerpo de Cristo* (Ef 4, 12), *diakonia de Cristo* (1Tim 1, 12). Por eso los apóstoles son *diáconos de una Nueva Alianza* (2Cor 3, 6); *diáconos de Dios* (2Cor 6, 14); *diáconos de la justicia* (2Cor 11, 12-15); *diáconos del Evangelio* (Ef 3, 7; Col 1, 23); *diáconos del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia* (Ef 3, 7; Col 1, 23). Al mismo Cristo lo llama San Pablo *diácono* (Ro 15, 8).

En el «*motu proprio*» *Sacrum diaconatus ordinem* (18 de junio de 1967) señala Pablo VI los oficios cultuales y litúrgicos de los diá-

[13] Cfr. M.U. CARRETERO, *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia* (Madrid 1966) 596.
[14] OPTATO DE MILEVI, cit. por M.U. CARRETERO, *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia* (Madrid 1966) 593.
[15] Cfr. Heb 20, 24; *passim*.

conos y los servicios propios en las obras de predicación, de caridad y de apostolado: «Es propio del diácono...

- asistir al obispo y al presbítero dentro de las acciones litúrgicas, en las cosas que le atribuyen las rúbricas;
- administrar solemnemente el bautismo;
- custodiar la Eucaristía, distribuirla a sí mismo y a los demás, llevarla como viático a los moribundos y dar la bendición eucarística;
- cuando no hay sacerdote, asistir y bendecir, por delegación del obispo o párroco, a los matrimonios que se celebran;
- administrar los sacramentales y presidir los ritos de funeral y sepelio;
- leer a los fieles la Biblia e instruir al pueblo y exhortarlo;
- presidir los oficios y oraciones del culto cuando no está presente el sacerdote;
- dirigir las celebraciones de la Palabra;
- desempeñar los oficios de caridad y administración y las obras de servicio asistencial;
- gobernar legítimamente, en nombre del párroco y del obispo, las comunidades alejadas;
- fomentar y ayudar las obras apostólicas de los laicos».[16]

Hoy y siempre debemos rezar por todos los ministros de la Iglesia, para que siempre seamos servidores de Dios y servidores de los hermanos, porque finalmente, el carácter diaconal configura el alma del diácono con Cristo también diácono, esto es, servidor del Padre y de los hombres.

[16] Cfr. nn. 22-23.

5

Según el orden de Melquisedec

La Santísima Virgen es la Madre del Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo, de Aquel de quien ya los profetas habían anunciado: *Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec* (Sl 109, 4).

¿Por qué en la Sagrada Escritura aparecen referidas a Jesucristo -y por prolongación a nosotros, los sacerdotes ministeriales, que participamos de ese único Sacerdocio de Jesucristo-, las palabras: *Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec*? (Sl 109, 4).

En primer lugar, porque el Sacerdocio de Jesucristo no es del orden de Aarón, cuyo sacerdocio y sacrificios cruentos fueron abolidos al entrar en vigor la Ley nueva, la Ley del Evangelio que trajo Jesucristo Nuestro Señor. Por el contrario, el Sacerdocio de Jesucristo es como el sacerdocio de Melquisedec, que fue rey de Salem (es decir, de Jerusalén), y que ofreció un sacrificio incruento, que fue del pan y del vino, como se narra en el libro del Génesis (14, 18), sacrificio que es figura del sacrificio incruento eucarístico, donde se inmola Nuestro Señor bajo las especies de pan y vino.

En segundo lugar, para dar a entender que Melquisedec es sacerdote por vocación de Dios y no por herencia de familia levítica. Como dice el autor de la carta a los Hebreos: *Melquisedec*, *sin padre*, *sin madre*, *sin genealogía* (7, 3); por ese motivo, Melquisedec es mo-

delo de todo sacerdote del Nuevo Testamento. Él, propiamente, ya no pertenece a ninguna familia, sino sólo a Dios.

En tercer lugar, porque es un sacerdocio eterno, como tipo y figura del sacerdocio de Jesucristo. Sigue diciendo el autor de la carta a los Hebreos: *Melquisedec es sin principio de días ni fin de vida* (7, 3). ¿Y qué significa eso de: «*sin principio de días y sin fin*»? Es un sacerdocio para siempre, un sacerdocio eterno; por tanto, estirpe y figura del único Sacerdocio de Jesucristo. Es de notar que en la carta a los Hebreos se nos habla de *eterna salvación* (5, 9), *eterna redención* (9, 12), *eterno espíritu* (9, 14), *eterna herencia* (9, 15), *eterna alianza* (9, 15).

A Melquisedec, *el patriarca Abraham le dió una décima parte* (*el diezmo*) *de los mejores despojos* (Heb 7, 2). Se muestra así la superioridad del sacerdote Melquisedec sobre el mismísimo patriarca Abraham, padre de los creyentes. Y por eso Melquisedec bendijo a Abraham, *bendijo al que tenía las promesas. Ahora bien, está fuera de duda que el inferior es bendecido por el superior. Además, los que aquí reciben los diezmos son hombres mortales; mientras que allí uno de quien se afirma que vive. Y, por decirlo así, fue el mismo Leví quien, en la persona de Abraham, que recibe los diezmos, los pagó, porque aún no había nacido cuando le salió al encuentro Melquisedec* (Heb 7, 6-10).

En cuarto lugar, quiere decir que se trata de un sacerdocio perfecto al cual no se le puede añadir, ni agregar, ni mejorar nada: *Si la perfección se hubiese dado por medio del sacerdocio levítico, ¿qué necesidad de que se levantase otro sacerdote según el orden de Melquisedec?* (Heb 7, 11).

Aarón era incapaz de ofrecer un don perfecto... Hoy sí, por manos de los sacerdotes que somos según el orden de Melquisedec, es ofrecido un don perfecto: el Sacrificio Eucarístico, memorial de la Nueva Alianza sellada con la sangre de Cristo. Y esto no por poder de un precepto de una ley carnal, *sino por un poder de vida indestructible* (Heb 7, 16), es decir, con el poder que da la inmortali-

dad de Nuestro Señor Jesucristo, porque *Jesucristo resucitado ya no puede morir*, *la muerte no tiene ningún poder sobre Él* (Ro 6, 9). Por eso se nos enseña en Heb 7, 24: El sacerdocio de Jesucristo, en cambio, *posee un sacerdocio inmutable porque permanece para siempre*, y por eso mismo: *Tú eres sacerdote para siempre*.

Por todo esto, la dignidad del único sacerdocio de Jesucristo no lleva el sello de la imperfección o de la caducidad, sino que es eterna y por tanto, es un sacerdocio «mejor», como tantas veces se habla también, en la carta a los Hebreos, de *mejor pacto* (8, 6); *mejor posesión* (10, 34); *mejor patria* (11, 16); *mejor resurrección* (11, 35); *algo mejor* (11, 40); *sangre que habla mejor que la de Abel* (12, 24).

El sacerdocio ministerial participa, a su manera, de este sacerdocio «para siempre», de este sacerdocio «*in aeternum*».

Por el sacramento del Orden, los sacerdotes ministeriales recibimos fundamentalmente dos cosas: la gracia santificante y la gracia propia del Orden: el carácter sacerdotal. ¿Qué es el carácter? Lo dice el apóstol San Pablo en la segunda carta a los Corintios: *Él es quien nos fortalece juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ha ungido*, *el cual nos ha sellado y nos ha infundido las arras del Espíritu en nuestros corazones* (1, 21-22). Así como en el bautismo, que también imprime carácter, o la confirmación, también el sacramento del Orden *ha marcado con su sello* (1, 22). Ese es el carácter sacramental, porque propio de este es marcar y sellar alguna cosa, dejando en el alma una señal indeleble que jamás puede borrarse y que le estará siempre adherida.

¿Cuál es la función del carácter sacramental, tanto en el bautismo como en la confirmación, como en el Orden Sagrado? Es carácter para dos cosas: en primer lugar, para ponernos en actitud de recibir, y en este caso, de hacer alguna cosa sagrada; en segundo lugar, para que nos distingamos unos de otros por alguna señal. En el sacramento del Orden que recibe todo sacerdote católico, el carácter sacramental nos da la facultad, la potestad, de hacer

y administrar los sacramentos y de predicar la Palabra de Dios. Nos da de manera especial esos poderes tremendos sobre el Cuerpo físico de Cristo: transustanciar el pan y el vino en su Cuerpo y su Sangre; y el poder, también tremendo, de perdonar los pecados en su Nombre y con su Poder. *A esta potestad se refiere el apóstol San Pablo en la carta a Timoteo*: *No seas negligente respecto a la gracia que hay en ti*, *que te fue conferida en virtud de la profecía con la imposición de las manos de los presbíteros* (1, 14). En la segunda carta dirigida también a Timoteo, recuerda a todos los sacerdotes que sepamos reavivar la gracia que nos ha sido dada por la imposición de las manos el día de nuestra ordenación: *Por esta causa te amonesto que reavives la gracia de Dios*, *que te fue conferida con la imposición de las manos* (1, 6).

Ellos, un día y otro día, en la celebración de la Santa Misa le dirán al Padre celestial que «mire con amor» la ofrenda sacrificial: «Mira con amor...», se dice en la Plegaria Eucarística primera; con eminente solemnidad se señalan los sacrificios de Abel, Abraham, y Melquisedec, no sólo porque eran figuras de la inmolación de Cristo, sino también por las disposiciones interiores que acompañaban su sacrificio: las disposiciones interiores que tenían Abel, Abraham y Melquisedec.

6

Por la imposición de manos

Los recién ordenados sacerdotes -al igual que los demás sacerdotes- lo son porque el Obispo les impuso -y todo el presbiterio- las manos quedando así «adscriptos al Colegio Episcopal»;[1] hechos «sucesores de los Apóstoles en el sacerdocio» por el poder de «consagrar, ofrecer y administrar el Cuerpo y Sangre del Señor».[2]

No se les impusieron las manos como mero gesto de bendición, como cuando Jesús bendecía a los niños: *Después*, *los abrazó y los bendijo*, *imponiéndoles las manos* (Mc 10, 16).

No se trata tampoco de curar enfermedades: *Y Él*, *tendiéndole su mano lo tocó y le dijo*: «*Quiero*, *queda limpio*», *y al punto fue sanado de su lepra* (Mt 8, 3).

O de implorar el auxilio divino: *Entonces*, *después de ayunar y orar*, *les impusieron las manos y los despidieron* (He 13, 3).

No es tampoco la transmisión del Espíritu en el sacramento de la Confirmación: *Entonces les impusieron las manos y ellos recibieron el Espíritu Santo* (He 8, 17).

[1] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28.
[2] *DS* 1764.

Tampoco la imposición de las manos sobre las ofrendas, como se hace en la Misa, determinando así lo que constituye la materia del sacrificio, en señal de apropiación.

Somos sacerdotes porque la imposición de manos fue en orden a comunicar un oficio o poder:

- Para el servicio de las mesas: *A estos los presentaron a los apóstoles*, *los cuales*, *habiendo hecho oración*, *les impusieron las manos* (Heb 6, 1-6).

- Para la predicación: *Esteban*, *lleno de gracia y de poder*, *obraba grandes prodigios y milagros en el pueblo. Por lo cual se levantaron algunos de la sinagoga llamada de los libertinos*, *de los Cireneos*, *de los Alejandrinos*, *y de los de Cilicia y Asia*, *y disputaron con Esteban*, *mas no podían resistir a la sabiduría y al espíritu con que hablaba* (He 6, 8-10).

- Para el gobierno de la comunidad: *Pablo a Timoteo... Por eso te exhorto a que reavives el carisma de Dios que*, *por medio de la imposición de mis manos*, *está en ti* (2Tim 1, 6).

- En orden a constituirle jefe de la Iglesia, con capacidad de imponer él las manos a los demás: *A nadie impongas las manos precipitadamente...* (1Tim 5, 22); o sea, es el rito religioso que se realiza para constituir a algunos en el orden jerárquico: *Y habiéndoles constituido presbíteros en cada una de las Iglesias*, *orando con ayunos*, *los encomendaron al Señor*, *en quien habían creído* (He 14, 23), o sea, para introducirlos en el Colegio Episcopal, en su grado.

Las manos se imponen sobre el candidato, «pero Dios lo obra todo -decía San Juan Crisóstomo-, y su mano es la que toca la cabeza del ordenando».[3]

San Hipólito de Roma, alrededor del año 215, ya enseñaba por qué al presbítero, no sólo el Obispo le impone las manos, sino

[3] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Act. Hom.* 14.n3: PG 60, 116; R1214.

también los presbíteros: «por razón del espíritu común y semejante de su oficio»; contrariamente que al diácono, al que «sólo impone las manos el Obispo, porque no se ordena al sacerdocio, sino para el servicio del Obispo y para hacer lo que este le ordene».[4]

Somos sacerdotes por haber recibido la imposición de manos, y la recibimos en una Iglesia particular, local, en una diócesis determinada. ¿Cómo saber si esta Iglesia es verdadera? Para saber si es verdadera, se deben buscar criterios, que deben estar presentes: unicidad en la doctrina, el haber recibido esta doctrina y el *munus* por medio de la sucesión apostólica, y mantener la comunión con Roma.

Así lo sostienen los Santos Padres: para San Ireneo, Cristo ha recapitulado en sí todas las cosas, y en virtud de esta recapitulación, Dios le ha hecho Cabeza de toda la Iglesia, asumiendo para sí toda la primacía.[5] Esta Iglesia, universal, está diseminada por todo el mundo, y sin embargo, es «toda una sola casa». El criterio que aplica para determinar si una Iglesia particular está unida a «la Iglesia más grande, más antigua y mejor conocida de todos, fundada y establecida en Roma por... los apóstoles Pedro y Pablo»,[6] es la unicidad en la fe recibida de los Apóstoles,[7] que es el credo bautismal, recibido en el bautismo,[8] y la sucesión apostólica ininterrumpida: «juntamente con la sucesión del episcopado, han recibido el don seguro de la verdad».[9] Estas dos notas son las que permiten asegurar la autenticidad de la Iglesia local, y diferenciarlas de los herejes. Además, son los criterios que conducen «a obe-

[4] *Tradit. apost.*, 8.
[5] Cfr. *Adv. Haereses*, 3, 16, 6.
[6] *ibid.*, 3, 3, 2.
[7] *ibid.*, 1, 10, 1-2.
[8] *ibid.*, 1, 9, 4.
[9] *ibid.*, 4, 26, 2.

decer a los presbíteros que hay en la Iglesia», pues «suceden a los Apóstoles»,[10] y con la sucesión, han recibido el don de la verdad.

[10] *ibid.*, 4, 26, 2.

7

Ministros de Cristo

Jesucristo es el enviado del Padre, *como mi Padre me envió*, *así os envió Yo* (Jn 20, 21). Él también tiene enviados.

Es el *Sumo Sacerdote* (Heb 2, 17), lo cual supone que otros participan del su sacerdocio. Es *el Maestro* (Jn 13, 13) por excelencia, lo que implica la necesidad de colaboradores para enseñar a todos los pueblos. Es el *Buen Pastor* (Jn 10, 11). Es *Príncipe de los Pastores* (1Pe 5, 4), por tanto hay otros que apacientan, sometidos a su principado. De ahí que el Nuevo Testamento habla de diferentes colaboradores de Jesucristo, en su obra encomendada por el Padre. Por eso dice San Pablo: *Somos cooperadores de Dios* (1Cor 3, 9).

A estos diferentes colaboradores se los llama:

- Discípulos;
- Apóstoles: los Doce;
- *embajador de Cristo* (2Cor 5, 20; Ef 6, 20).
- *pregonero*, *predicadores o heraldos del Evangelio* (2Tim 1, 11);
- *esclavo o siervo de Cristo Jesús* (Ro 1, 1; Flp 1, 1);
- *servidor de Cristo* (1Cor 4, 11);
- por último, *ministro de Jesucristo* (Ro 15, 16; 1Tim 4, 6).

Quiero ahora hacer hincapié en este hermoso título referido al sacerdote: ministro.

Muchas veces habla San Pablo del «ministro», para referirse al servicio o ministerio de la causa de Jesucristo. La palabra ministro (y ministerio) es característica y clásica para designar el oficio de

colaborador o de instrumento de Cristo o, más sencillamente, sacerdote de Cristo.[1]

San Pablo es:

- Ministro del Evangelio (Col 1, 23);
- no ministro de muerte;[2]
- lo son los Apóstoles, más lo es él;[3]
- Timoteo lo es si enseña la buena doctrina;[4]
- Timoteo tiene que cumplir su ministerio;[5]
- «ministro expresa la acción colaboradora en el Evangelio de Cristo»;[6]
- es ministerio del espíritu (2Cor 3, 8);
- es ministerio de la justicia (o santidad) (2Cor 3, 9);
- es ministerio de la reconciliación;[7]
- es ministerio en servicio de los Santos;[8]
- es ministerio de un servicio litúrgico;[9]
- somos ministros de la Nueva Alianza (2Cor 3, 6);
- Cristo nos da fuerzas y nos da este ministerio sacerdotal;[10]
- investidos de este ministerio por misericordia (2Cor 4, 1);
- lo propio de él es predicar al Mesías;[11]
- y hace al ministro esclavo de los fieles por Jesús (2Cor 4, 5);
- se desempeña una legación en persona de Cristo, de tal modo, que el mismo Dios exhorta por el ministro.[12]

[1] Cfr. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, segunda acepción en el *Diccionario de la Real Academia Española* (Madrid 1992).
[2] Cfr. 2Cor 3, 6.
[3] Cfr. 2Cor 11, 23.
[4] Cfr. 1Tim 4, 6.
[5] Cfr. 2Tim 4, 5.
[6] Cfr. M. NICOLAU, *Ministros de Cristo* (Madrid 1971) 68.
[7] Cfr. 2Cor 6, 3.
[8] Cfr. 2Cor 8, 4.
[9] Cfr. 2Cor 9, 12.
[10] Cfr. 1Tim 1, 12.
[11] Cfr. 2Cor 4, 5.
[12] Cfr. 2Cor 5, 20.

La colaboración con Cristo, en su obra del Nuevo Testamento, indica, como acabamos de ver, una actitud de servicio y de ministración. No se trata de ambicionar -en esta obra- grandezas y honores externos. *El mayor debe hacerse menor y servidor* (Mt 20, 27).

Somos por tanto:

- Colaboradores;
- servidores;
- ministros;
- instrumentos de Cristo.

Somos causa instrumental en la obra de Cristo. Sólo Él es la Causa principal. De aquí se derivan cuatro cosas importantes y que nunca debemos dejar de considerar los sacerdotes -y los fieles en general-:

- El sacerdote no obra por poder propio, sino por el poder de la causa principal lo cual se ve, en especial, en: la transustanciación y el perdón de los pecados (sólo Dios puede perdonar los pecados). La obra de Dios por medio del sacerdote ministerial, lo trasciende totalmente y de manera que jamás se llega a superar la distancia y la fracción «cualitativa» que hay entre la santidad de dicha obra y la indignidad del instrumento.

- La acción sacerdotal -en lo específicamente sacerdotal- es toda de la causa principal, aunque por medio del instrumento. De ahí la enseñanza: «Ni el sacerdote bueno hace más, ni el malo hace menos».[13] La gracia de Dios pasa, tanto a través de un caño de plata, como a través de un caño de plomo.

- La causa instrumental no tiene un fin propio, sino que debe obrar según el fin de la causa principal. Somos sacerdotes para Dios, no para nosotros. Somos sacerdotes para los planes de Dios, no para nuestros planes.

[13] *DS* 794.

- Siendo la Causa principal perfectísima, las deficiencias que vemos en los ministros son nuestras, y no de la Causa principal.

8

In persona Christi

A la venerada memoria de dos glorias
del clero sanrafaelino, que plantaron la Iglesia aquí,
los Padres Ernesto de Miguel -61 años sacerdote-
y Basilio Winnyczuk -57 años sacerdote-.
A una gloria viviente del clero diocesano de San Rafael,
el Padre Victorino Ortego -70 años de ejercicio del ministerio sacerdotal-.

Es esencial la diferencia entre el sacerdocio del Antiguo Testamento y el del Nuevo. En el Antiguo Testamento el sacerdocio era hereditario, eran los miembros de la tribu de Leví. Es decir, se recibía el sacerdocio -levítico o aarónico- por sucesión hereditaria.

No ocurre así en el Nuevo Testamento. Nuestro Señor Jesucristo no es Sacerdote por sucesión hereditaria, no sucede al sacerdocio levítico (no ocupó su lugar), sino que, por el contrario, lo sustituyó, lo suprimió, lo abolió, lo abrogó. Porque su Sacerdocio es un Sacerdocio nuevo, es *según el orden de Melquisedec* (Heb 7, 11) y no *según el orden de Aarón*.

Así como Jesucristo no sucedió a nadie, nadie lo sucede a Él. Su sacerdocio no pasa a los otros por sucesión, ya que el sacerdocio de Jesucristo permanece para siempre: *Tú eres sacerdote para siempre* (Sl 109, 4). Es un sacerdocio eterno, *vivo* (Heb 7, 25), *sin interrupción* (Heb 7, 3). Nadie lo puede sustituir, nadie lo puede reemplazar, nadie lo puede mejorar, nadie lo puede interrumpir, nadie lo puede multiplicar. Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote,

es insustituible, irremplazable, inmejorable, ininterrumpible; uno, único e indivisible.

Pero, ¿acaso no participamos de las Misas celebradas por los sacerdotes, en la que concelebran, también, otros sacerdotes? Así es. Todos somos sacerdotes ministeriales. ¿Cómo no se multiplica el sacerdocio de Jesucristo siendo tantos? Así como la multitud de hostias no multiplican el único Cuerpo físico de Cristo, así como la multiplicidad de presencias del sacrificio de Cristo en las distintas Misas no multiplican el único sacrificio de la cruz, así la multitud de sujetos que participan del sacerdocio de Cristo no multiplican su único sacerdocio. Esto se da a entender -con toda la claridad que permite el claroscuro de la fe- cuando decimos que, el sacerdote ministerial, obra «*in persona Christi*».

1. El sacerdote del Nuevo Testamento obra «*in persona Christi*»

¿Cómo sabemos si el sacerdote ministerial obra *in persona Christi*? Porque así está revelado en la Sagrada Escritura, por ejemplo en 2Cor 2, 10; además es una expresión que fue muy usada por los Santos Padres: San Justino, San Cipriano, San Atanasio, San Hilario, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Cromacio de Aquilea, San Isidoro de Sevilla, etc.; y luego Pedro Lombardo, Inocencio III, Pedro de Poitiers, San Alberto Magno, San Buenaventura, Santo Tomás, etc., y Duns Scoto, Guillermo de Occam, Cayetano, Báñez, San Roberto Belarmino, Suárez, etc...[1] También es una expresión usada por los Concilios: de Florencia,[2] Vaticano II,[3] etc.; por el magisterio ordinario de Pío XI,[4] Pío XII,[5] Pablo

[1] Cfr. B.D. MARLIANGEAS, *Clés pour une Théologie du Ministere* (París 1978).

[2] *DS* 698.

[3] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 10, 28: «in persona Christi»; *Constitución sobre la sagrada Liturgia* «*Sacrosanctum Concilium*», 33; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2: «in persona Christi Capitis»; etc.

VI,[6] Juan Pablo II,[7] etc.; por el Código de Derecho Canónico[8] y el Código de Cánones de las Iglesias Orientales.[9]

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que el sacerdote obra in persona Christi? Fundamentalmente queremos decir cuatro cosas, a saber, que el sacerdote obra:

- En nombre de Cristo;
- con el poder de Cristo;
- en lugar de Cristo; y
- por identificación (sacramental) con Cristo.

2. En nombre de Cristo

Así como todos los bautizados somos una sola cosa con Cristo: *Todos somos uno en Cristo* (Ga 3, 28), todos los sacerdotes, por doble título, somos uno solo en Cristo Cabeza: «*Todos somos uno en Cristo*». En la Nueva economía salvífica hay un solo Sacerdote, los demás tan solo participamos de ese Sumo y Eterno sacerdocio. Hablando de la concelebración, dice Santo Tomás: «Si cualquier sacerdote obrase por propio poder, serían superfluos los otros celebrantes, siendo suficiente con uno. Pero como el sacerdote no consagra sino en persona de Cristo -y los muchos son uno en Cristo-, no importa si este sacramento es consagrado por uno o por muchos».[10] En otra parte dice: «en la consagración de este sacramento, habla en persona de Cristo, cuyo poder tiene por la potestad del orden. Y por eso, si un sacerdote separado de la unidad de la Iglesia celebra misa, como no pierde la potestad del

[4] *DS* 2275.
[5] *DS* 2300.
[6] Por ejemplo: *Solemne Profesión de Fe* (30 de junio de 1968) 24.
[7] Por ejemplo: *Carta a todos los Obispos de la Iglesia sobre el misterio y el culto de la Eucaristía*, 8; *Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 875, 878, 1548.
[8] CIC, 900.
[9] CIC, 698.
[10] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 82, 2, ad2.

orden, consagra el verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo».[11] Por obrar el sacerdote en persona de Cristo, afirmamos que: «Creemos que ni el buen sacerdote hace más, ni el malo hace menos, pues no se realiza por el mérito del consagrante, sino por la palabra del Creador y el poder del Espíritu Santo»,[12] como enseña Inocencio III siguiendo a San Agustín.[13]

3. Con el poder de Cristo

El que obra *in persona Christi*, obra con el mismo poder y con la misma eficacia del mismísimo Jesucristo: «Este sacramento tiene tanta dignidad que no se confecciona sino en persona de Cristo. Ahora bien, es necesario que todo el que hace algo en persona de otro lo haga por una potestad concedida por el otro. Por eso, así como al bautizado concede Cristo la potestad de tomar este sacramento, al sacerdote, cuando se ordena, se le confiere la potestad de consagrar este sacramento en persona de Cristo, en cuanto que se lo coloca en el grado de aquellos a los cuales dijo el Señor: *Haced esto en memoria mía* (1Cor 11, 24). Y por eso debe decirse que es propio de los sacerdotes el confeccionar este sacramento».[14]

4. En lugar de Cristo

En la Misa, la Víctima es la misma, sólo es distinto el modo de inmolarse: incruento. En la Misa, el Sacerdote es el mismo, sólo es distinto el modo de ofrecerse: por medio de los sacerdotes ministeriales; por eso estos obran *in persona Christi*, o sea, en lugar de Cristo, en vez de Cristo, en representación de Cristo: «Este sacramento es directamente representativo de la Pasión del Señor, por la cual Cristo se ofreció a Dios como sacerdote y hostia en el

[11] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 82, 7, ad3.
[12] *DS* 424.
[13] *DS* 794.

altar de la cruz. La hostia que el sacerdote ofrece es una con aquella que Cristo ofreció en la cruz -según la realidad-, porque realmente contiene a Cristo; pero el ministro oferente no es el mismo realmente, por lo cual es necesario que sea el mismo por representación. Por eso se dice más correctamente "*esto es mi cuerpo*", que "*esto es el cuerpo de Cristo*". También puede responderse que, como el sacerdote no tiene un acto exterior que sea sacramentalmente causa de la consagración, sino que la fuerza de la consagración consiste sólo en las palabras pronunciadas, por eso se profieren desde (por) la persona de Cristo, en cuya virtud se realiza la consagración».[15]

5. Por identificación (sacramental) con Cristo

In persona Christi quiere decir más que «en nombre», «con el poder», «en lugar de Cristo»; quiere decir «en la identificación específica, sacramental, con el "Sumo y Eterno Sacerdote",[16] que es el Autor y Sujeto principal de este, su propio sacrificio, en el que -en verdad- no puede ser sustituido por nadie. Solamente Él, solamente Cristo podía y puede ser siempre, verdadera y efectiva *propiciación por nuestros pecados... y por los de todo el mundo*[17]».[18]

Por eso: «(las palabras de la consagración) se dicen recitativamente y, a la vez, recitativa y significativamente. ¿Por qué? Porque el mismo sacerdote habla en persona de Cristo y obra como si Cristo estuviera presente, pues de otro modo las palabras no llegarían a la propia materia. ¿Por lo tanto qué? Hay que afirmar que una cosa ocurre en las palabras divinas y otra en las humanas, porque la palabra humana sólo es significativa, mientras que la

[14] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 82, 1.
[15] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent*, 8, 2, 1, 4.
[16] Cfr. MISAL ROMANO, *Colecta B de la Misa Votiva de la Sagrada Eucaristía.*
[17] Cfr. 1Jn 4, 10.
[18] JUAN PABLO II, *Carta* «*Dominicae Cenae*» (24 de febrero de 1980) 8.

divina es significativa y eficaz».[19] ¿Por qué son palabras eficaces, o sea, que realizan lo que significan? Porque al ser dichas *in persona Christi* son palabras divinas y «reciben su poder del poder divino, por eso, a la vez que dice, por el poder divino hace. De ahí que no sea una palabra sólo significativa, sino también eficaz (factiva)».[20]

En ningún otro sacramento se da tal identificación sacramental con Cristo, por dos razones: la primera es que en este sacramento se consagra la materia, mientras que en los demás se utiliza materia ya consagrada; y la segunda razón es que la consagración de la materia de los demás sacramentos es una bendición: «mientras que la consagración de la materia de este es una milagrosa conversión de la sustancia, que sólo Dios puede realizar. De ahí que el ministro no tenga otra acción, al hacerlo, más que proferir las palabras. Las formas de los demás sacramentos se profieren desde la persona del ministro, ya por modo de quien ejerce el acto -como cuando se dice: "yo te bautizo" o "yo te confirmo"-; ya por modo de quien impera -como se dice en el sacramento del orden: «recibe la potestad...»-; ya por modo de quien depreca -como cuando se dice en el sacramento de la unción: «por esta santa unción y por su bondadosa misericordia...»-. Pero la forma de este sacramento se profiere a partir de la persona misma de Cristo que habla, para que se dé a entender que, en la realización de este sacramento, el ministro no hace más que decir las palabras de Cristo».[21]

De modo tal que debemos ver al sacerdote, a quien le ha sido dado el poder de obrar *in persona Christi*, de forma parecida a como vemos la Eucaristía. Luego de la consagración vemos las apariencias de pan y de vino, pero sabemos que debajo de ellas están el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Así, de manera parecida, cuando

[19] *Comentarios al Evangelio de San Mateo*, 26, 3.
[20] *Comentarios al Evangelio de San Mateo*, 26, 3.
[21] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 78, 1: «ex persona ipsius Christi loquentis».

vemos a los sacerdotes, altos o bajos, jóvenes o no tanto, simpáticos o distantes, santos o muy imperfectos, debemos trascender esas «apariencias» y saber que los sacerdotes son «una representación sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor; (que) existen y actúan personificando a Cristo, Cabeza y Pastor, y en su nombre».[22] En ellos está presente Cristo con su poder sacerdotal.

Por eso debemos rezar por todos los sacerdotes del mundo, para que mantengan siempre viva la conciencia de que obran en nombre de Cristo, con su poder, en su lugar, en su representación, identificándose con Él sacramentalmente.

Cada sacerdote debiera poder decir lo que dijo Juan Pablo II, al acercarse a sus 50 años de sacerdote: «En el arco de casi cincuenta años de sacerdocio, la celebración de la Eucaristía sigue siendo para mí el momento más importante y más sagrado. Tengo plena conciencia de celebrar en el altar *in persona Christi*».[23]

[22] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 15.

[23] JUAN PABLO II, «Discurso al final del congreso con ocasión del 30º aniversario del decreto "*Presbyterorum Ordinis*"», *L'Osservatore Romano* 44 (1995) 610.

9

In persona totius Ecclesiae

Es muy importante, en la consideración del sacerdocio católico, la noción de que este obra *in persona Christi*; pero debe complementarse con la noción de que, también obra *in persona Ecclesiae*.

Nos preguntamos tres cosas:

- ¿Existe la doctrina de que el sacerdote obra *in persona Ecclesiae*?;
- ¿en qué consiste ese obrar?; y
- ¿cómo se manifiesta?

1. Existencia del tema

Usan la expresión «*in persona o ex persona*»: San Justino, Tertuliano, San Cipriano, San Atanasio, San Hilario, San Agustín (v.g.: «*sed in Ecclesiae persona*»),[1] San Cromacio de Aquilea, San Isidoro de Sevilla, Teodoro de Mopsuestia, etc.,[2] que conocen la expresión de San Pablo en 2Cor 2, 10: *in persona*... Los Santos Doctores y demás autores eclesiásticos utilizan abundantemente esta expresión, y el Magisterio de la Iglesia la hace suya.[3]

[1] *Ennar in Ps*. 24.

[2] MARLIANGEAS, *Clés pour une Théologie du Ministere* (París 1978) 246.

[3] Por ejemplo: PÍO XI, *DS* 2275.2300; CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2: «...in persona Christi Capitis... nomine totius Ecclesiae», 13: «personam specialiter gerunt Christi»; etc. CIC, 899, 900. JUAN PABLO II, *Exhortación*

►

2. ¿QUÉ SE INDICA CON LA EXPRESIÓN OBRAR IN PERSONA ECCLESIAE?

Obrar *in persona Ecclesiae* implica una actuación que abarca la Cabeza de la Iglesia, Jesucristo, y los miembros, ya sean los asociados al misterio pascual por el bautismo, en el agua y en el Espíritu, cuanto aquellos «que, en forma sólo por Dios conocida, se asocian al misterio pascual (*Paschali mysterio consociati*)»;[4] es decir, no sólo por los que son miembros del Cuerpo de la Iglesia por el bautismo visible -católicos, ortodoxos, la mayoría de los protestantes-, sino también por aquellos que todavía son sólo miembros del alma de la Iglesia (los hebreos, los musulmanes, los seguidores de las grandes religiones afroasiáticas, los de las sectas, los paganos...), por estar de buena fe en sus creencias y cumplir los dictados de la ley natural, en fin, de todo hombre de buena voluntad que tiene el bautismo *in votum*. De modo tal que, en el corazón de cada uno de nosotros, al obrar *in persona Ecclesiae*, deberían palpitar los corazones de todos aquellos que son miembros, visibles o invisibles, de Cristo, Cabeza de la Iglesia.

Obrar *in persona Ecclesiae* implica, de alguna manera:

- Actuar en su nombre, en la medida de nuestras responsabilidades;
- en su representación, según nuestro rol;
- con su poder, en la medida que nos es dado;
- por cierta identificación sacramental con el Cuerpo místico de Cristo.

apostólica post-sinoldal «Christifidelis Laici» (30 de diciembre 1988) 22; *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 15; y *passim*.

[4] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 22.

3. Sus manifestaciones

En los bautizados

Los bautizados, por razón del carácter bautismal, obran *in persona Ecclesiae* cuando rezan según el rito de la Iglesia, aunque no como personas públicas sino como personas privadas. La Iglesia los destina a orar en su persona, lo cual no es una simple delegación, sino más bien una «autentificación» de esa misión.[5] Pareciera que esta es la doctrina tradicional, ya que está avalada por Santos Padres y Doctores.

Santo Tomás indica varios casos en que los laicos obran *in persona Ecclesiae*, por ejemplo, en los siguientes dos primeros casos:

- En el rezo del *Pater*;
- en el rezo del Credo;
- en la Liturgia de las Horas.

Acerca del rezo del Padre nuestro: «Pero, ¿qué se ha de decir acerca de aquellos que no quieren perdonar y sin embargo, dicen el Padre nuestro? Parecería que nunca deberían recitarlo, porque mentirían; por esta razón se dice que algunos sacaban esta cláusula: *así como también nosotros perdonamos a los que nos han ofendido*. Pero esto es rechazado por San Juan Crisóstomo por dos razones: primero, porque no se guarda para orar la forma de la Iglesia; segundo, porque la oración no es acepta a Dios si no se guarda lo que Cristo estableció. Por lo cual hay que decir que no pecan al recitar el Padre nuestro, aun cuando tengan rencor y pecado grave, porque tales personas deberían hacer cuanto de bien puedan, ya sean limosnas, oraciones, o cosas de este género, que son dispositivas para la recuperación de la gracia; ni miente, porque esta oración no se reza en nombre propio sino en nombre de toda la Iglesia

[5] Cfr. MARLIANGEAS, *Clés pour une Théologie du Ministere* (París 1978), 230.

(*ista oratio non funditur in propria persona sed totius Ecclesiae*[6]), y consta que la Iglesia perdona las deudas a todos los que están en la Iglesia; pero tal pierde el fruto porque sólo consiguen fruto aquellos que perdonan. Pero parece que no sólo consiguen fruto aquellos que perdonan las ofensas, sino que debe saberse que San Agustín resuelve así cuanto se refiere a la presente cuestión, porque del amor a los enemigos se ha dicho anteriormente que Dios quiere que nosotros perdonemos las ofensas, por la misma razón por la que Él perdona nuestras culpas: ahora bien, no perdona sino a los que le ruegan; y por eso, cualquiera que está así dispuesto, porque está preparado a dar el perdón a quien lo pide, este no pierde el fruto mientras en general no tenga odio a alguien».[7] Y en otro lugar enseña lo mismo.[8]

En el rezo del Credo: «La confesión de la fe se hace en el símbolo, en persona de toda la Iglesia (*quod confessio fidei traditur in symbolo quasi ex persona totius Ecclesiae*), que se halla unida por la fe. Y la fe de la Iglesia es una fe formada, la que se halla en todos los que -en número y mérito- pertenecen a la Iglesia. Por eso, la confesión de la fe viene expresada en el símbolo conforme conviene a la fe formada, y a la vez para que, si algunos fieles carecen de fe formada, se esfuercen en conseguirla».[9]

En el rezo de la Liturgia de las Horas: según el rito romano, como enseñan los «Documentos preliminares»: «Las comunidades de canónigos, monjes, monjas y demás religiosos que, por sus reglas o constituciones, celebran la Liturgia de las Horas en su totalidad o en parte, bien sea con el rito común o con un rito particular, representan de modo especial a la Iglesia orante (*Ecclesiam orantem specialiter repraesentant*): reproducen más de lleno el modelo de la Iglesia, que alaba incesantemente al Señor con ar-

[6] *Reportationes ineditae leoninae*, II, 6.
[7] *Reportationes ineditae leoninae*, 3, 1: XXIX 2.
[8] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In III Sent*, 30, 5.

moniosa voz, y cumplen con el deber de trabajar, principalmente con la oración, «en la edificación e incremento de todo el cuerpo místico de Cristo y por el bien de las Iglesias particulares».[10] «Lo cual ha de decirse principalmente de los que viven consagrados a la vida contemplativa».[11] En otro lado: «Por tanto, cuando los fieles son convocados y se reúnen para la Liturgia de las Horas, uniendo sus corazones y sus voces, visibilizan a la Iglesia, que celebra el misterio de Cristo».[12] Más aún: «La Liturgia de las Horas, como las demás acciones litúrgicas, no es una acción privada, sino que pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiesta e influye en él».[13]

LOS QUE HAN RECIBIDO EL ORDEN SAGRADO

Los Obispos, sacerdotes y diáconos, al obrar como personas públicas, actúan *in persona Ecclesiae*. Lo cual puede verse en varios aspectos.

Respecto a la Liturgia de las Horas: «El obispo, puesto que de modo eminente y visible representa a la persona de Cristo y es el gran sacerdote de su grey, de quien en cierto modo se deriva y depende la vida en Cristo de los fieles, deberá sobresalir por su oración entre todos los miembros de su Iglesia; su oración, en la celebración de las Horas, es siempre en nombre de la Iglesia y a favor de la Iglesia a él encomendada».[14] En otro lugar: «Los pres-

[9] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, 1, 9; cfr. III, 83, 5, ad12.

[10] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 33; cfr. *Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa* «*Perfectae Caritatis*», 6, 7; 15; cfr. *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia* «*Ad Gentes*», 15.

[11] *Principios y normas generales de la Liturgia de las Horas*, 24.

[12] *Principios y normas generales de la Liturgia de las Horas*, 22.

[13] *Principios y normas generales de la Liturgia de las Horas*, 20 y 84; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la sagrada Liturgia* «*Sacrosanctum Concilium*», 26; cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent,* 24, 3, 1, ad2, donde habla de los que sin ser ministros se ordenan a serlo.

[14] *Principios y normas generales de la Liturgia de las Horas*, 28: «Episcopus, utpote qui eminenti et aspectabili modo Christi personam gerat et sui gregis sacerdos magnus sit, a quo vita suorum fidelium in Christo quodammodo derivatur et pendet, primus in oratione inter

►

bíteros, unidos al obispo y a todo el presbiterio, que también actúan de un modo especial en lugar de la persona de Cristo sacerdote, participan en la misma función, al rogar a Dios por todo el pueblo a ellos encomendado y por el mundo entero».[15]

Respecto a la oración: «La oración es doble: común e individual. Común es la que se ofrece por los ministros de la Iglesia en persona de todo el pueblo fiel (*quae per ministros Ecclesiae in persona totius fidelis populi Deo offertur*). Esta oración, por la misma razón, debe ser conocida por el pueblo en nombre del cual se ora, siendo así necesaria la oración vocal. Por eso razonablemente está instituido que los ministros pronuncien estas oraciones en alta voz, para que de ellas tenga conocimiento el pueblo».[16]

«La oración cae bajo precepto determinada e indeterminadamente. Determinadamente, sin duda, algunas oraciones se han de tener de precepto para aquellos que, por oficio, son intermediarios entre Dios y el pueblo, como los ministros de la Iglesia; de lo cual se sigue que, por oficio, les corresponde a ellos decir oraciones a Dios en representación de toda la Iglesia (*in persona totius Eclesiae*); y por esto, por reglamentación de la Iglesia, están obligados a rezar las horas canónicas».[17]

Aun en el caso de un sacerdote pecador: «...se ha de decir que aquella oración no es hecha por el sacerdote en su persona, porque siendo generalmente pecador no sería escuchado, sino que se hace en nombre de toda la Iglesia (*fit in persona totius Ecclesiae*), en

Ecclesiae suae membra esse debet, eiusque oratio in Liturgia Horarum recitatione semper Ecclesiae nomine ac pro Ecclesiae sibi commisa peragitur».

[15] *Principios y normas generales de la Liturgia de las Horas*, 28: «Presbyteri, cum episcopo cunctoque presbyterio coiuncti **et ipsi personam specialiter gerentes Christi sacerdotis**, idem munus participant, Deum deprecantes pro toto populo sibi commiso, immo pro universo mundo».

[16] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, 83, 12.

[17] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent*, 15, 4, 1.

cuya representación (*in cuius persona*) puede orar a modo de persona pública; pero no el laico, que es persona privada».[18]

«Además, de dos modos la acción de algún hombre puede ser saludable a otra. En un primer modo, según lo que obre como persona singular: y así la gracia se requiere para que su acción pueda ser meritoria para sí o para otro. De otra manera, como persona común: y tales son los ministros de la Iglesia, que al administrar los sacramentos y por las oraciones que rezan en representación de la Iglesia (*ex persona Ecclesiae*), obran para la salvación de los otros; y para esto no se requiere alguna gracia, sino solamente la potestad o el estado; pues se realizan -del mismo modo- no sólo por los buenos, sino también por los malos. Pero Cristo, en cuanto que es cabeza de la Iglesia, se considera como persona común, de la cual obtienen su poder todos los ministros de la Iglesia».[19]

Con respecto a la Palabra de Dios (y referido al epílogo del Evangelio de San Juan, escribe Santo Tomás): «Pues le fue dado al mismo Juan que viviese hasta el tiempo en el cual la Iglesia estaba en paz, y entonces escribió todo esto. Pero por esa razón añade esto, para que no parezca que este Evangelio, debido a que ha sido escrito después de la muerte de todos los apóstoles, y después de los otros Evangelios que fueran aprobados por ellos, y especialmente aquel de Mateo, fuera (el de Juan) de menor autoridad que los otros tres. Aquí expresa la verdad del Evangelio; y habla en nombre de toda la Iglesia (*loquitur in persona totius Ecclesiae*), por quien fue recibido este Evangelio».[20]

«Hay que decir que hay oración de dos maneras. Una privada, a saber, la que alguno ofrece a Dios en su propio nombre; otra pública, la que alguno ofrece a Dios en nombre de toda la Iglesia

[18] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent*, 23, 2, 1a.
[19] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Questiones disputatae* «*De Veritate*», 29, 5.

(*quam quis offert Deo in persona totius Ecclesiae*); como aparece en las oraciones que son dichas en la Iglesia por los sacerdotes; y de tales oraciones trata aquí el Apóstol. Sobre esto se objeta, además, lo que dice la Glosa: el que profetiza se dice que explica las Escrituras, y según esto, aquel que predica, profetiza. Pero los obispos predican con la cabeza cubierta por la mitra. Mas, hay que decir que aquel que predica o enseña en las escuelas, habla en su propio nombre, razón por la cual el Apóstol, en Ro 2, 16, habla de "su Evangelio", a saber, debido a la industria que usaba en la predicación del Evangelio; pero aquel que lee la Sagrada Escritura en la Iglesia -como ser leyendo la lección, o la epístola, o el Evangelio- habla en la persona de toda la Iglesia (*ex persona totius Ecclesiae loquitur*). Y de tal profeta se entiende lo que el Apóstol aquí dice».[21]

Acerca del sacerdote como ministro de los sacramentos: «Mejor parece la opinión de los que dicen que el ministro del sacramento obra como representante de la Iglesia entera (*minister sacramenti agit in persona totius Ecclesiae*), de quien él es ministro; y las palabras que pronuncia expresan la intención de la Iglesia, que basta para la perfección total del sacramento, mientras que el ministro o el sujeto no manifieste exteriormente una intención contraria».[22]

«Puede suceder que la fe de algún ministro sea defectuosa sobre algún punto particular, pero no sobre la verdad del sacramento que administra; por ejemplo, si un hombre cree que el juramento es ilícito en toda circunstancia, y, sin embargo, cree que el bautismo es medio eficaz de salvación, la infidelidad, en este caso, no impide la intención de administrar el sacramento».

«Y si sucede que la falta de fe versa precisamente acerca de la verdad del sacramento que administra, aunque se figure que el rito

[20] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super Evangelium Ioannis*, 21, 6.
[21] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super 1Cor*, XI, 2.

exterior no surte ningún efecto interior, sin embargo, no ignora que la Iglesia católica intenta producir el sacramento realizando esta acción exterior. Pues bien, en tal hipótesis, a pesar de su falta de fe, puede tener intención de hacer lo que hace la Iglesia, aun cuando se figure que aquello para nada sirve. Tal intención basta para el sacramento, ya que, según hemos dicho, el ministro del sacramento actúa como representante de toda la Iglesia, cuya fe suple lo que le falta a él (*minister sacramenti agit in persona totius Ecclesiae*, *ex cuius fide suppletur id quod est fidei ministro*)».[23]

Sobre la Misa: «La oración que se hace en la Misa se puede considerar de dos maneras: en cuanto tienen eficacia por la devoción del sacerdote que ora, y así no hay duda que la misa del «mejor» es más fructuosa; y en cuanto la hace el sacerdote en persona de toda la Iglesia, de la cual es ministro (*oratio in Missa profertur a sacerdote in persona totius Ecclesiae*, *cuius sacerdos est minister*). Este ministerio lo conservan también los pecadores, de quienes hemos dicho que retienen, asimismo, el ministerio de Cristo».[24]

Pone una objeción Santo Tomás: «Quien está fuera de la Iglesia parece que no pueda realizar nada en nombre de toda la Iglesia (*non videtur aliquid posse agere in persona totius Ecclesiae*). El sacerdote que consagra la Eucaristía, lo hace en nombre de toda la Iglesia (*sacerdos consecrans eucharistiam hoc agit in persona totius Ecclesiae*), pues todas las oraciones las dice con esta representación (*quod omnes orationes proponit in persona Ecclesiae*). Por consiguiente, los que están fuera de ella, como son los herejes, los cismáticos y los excomulgados, no pueden consagrar».[25] A lo que responde: «El sacerdote habla, en las oraciones de la Misa, en nombre de toda la Iglesia (*sacerdos in Missa in orationibus quidem loquitur in persona Ecclesiae*), en cuya unidad está. Mas, en la consagración, habla en nombre de

[22] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 64, 8, ad2.
[23] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 64, 9, ad1.
[24] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 82, 6.

Cristo, cuyas veces hace, por la potestad de orden. Por lo tanto, si el separado de la unidad de la Iglesia celebra Misa, consagra el Cuerpo verdadero y la Sangre de Cristo, porque no ha perdido el poder del orden; pero, por estar separado de la unidad de la Iglesia, sus oraciones no tienen eficacia».[26]

Respecto al sacramento de la confesión: «Si se ponen estas razones, se sostiene que se da una solución equivocada, cual es si alguien dice que pertenece al ministerio del sacerdote la oración que impetra la divina absolución, pero que después se debe decir en indicativo: "te absuelvo de tus pecados", es decir: "te declaro absuelto de tus pecados". Esta solución ni yo la apruebo, si simplemente se entiende como suenan las palabras. Pues no se consigna la remisión de los pecados por la oración del sacerdote, sino por la pasión de Cristo. De otra manera, si el sacerdote estuviese en pecado mortal, no podría absolver. Pero precede la oración para que consiga, el que se confiesa, la disposición para recibir el efecto del sacramento, la cual oración, ciertamente, aunque valga más si es ofrecida por un justo que por un pecador, a causa de que se añade el mérito de la persona, sin embargo, ofrecida por un sacerdote pecador, tampoco existe impedimento, porque es pronunciada por él en nombre de toda la Iglesia (*quia proponitur ab eo in persona totius Ecclesiae*). En las formas de los sacramentos no hace más la palabra pronunciada por el justo que por el pecador, porque no obra allí el mérito del hombre, sino la pasión de Cristo y la virtud de Dios».[27]

Acerca del culto falsario: «Por eso mismo, si por el culto exterior se significa alguna cosa falsa, será un culto pernicioso ... : la falsedad del culto externo procede de las personas que lo ofrecen. Esto ocurre principalmente en el culto público, es decir, en el que

[25] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 82, 7.
[26] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 82, 7, ad3.
[27] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De forma absolutionis*, 3.

celebran los ministros en nombre de toda la Iglesia (*per ministros exhibitur in persona totius Ecclesiae*). Decimos que es falsario el que se presenta de parte de otro, proponiendo ciertas cosas que jamás se le han confiado. De igual suerte lo será el que ofrece a Dios un culto, de parte de la Iglesia, totalmente contrario a las formas instituidas por ellas, en virtud de su autoridad divina, o a las costumbres seguidas por la misma Iglesia».[28]

¡Qué dignidad tan grande tenemos!

¡Qué responsabilidad enorme lleva aneja!

Debemos ensanchar nuestros corazones para abrazar, espiritualmente, a todos los hombres y asumir su representación en nuestras oraciones. Más aún, debemos rezar por quienes, fuera de este mundo, se están purificando de sus pecados.

[28] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, 93, 1.

10

In persona Christi et in persona Ecclesiae

Me referiré a la relación existente entre el obrar sacerdotal *in persona Christi* e *in persona Ecclesiae*; aspectos ambos que, lejos de oponerse, se complementan mutuamente, pero no deben confundirse.

1. In persona Christi

Muchos sinónimos se usan para expresar esta realidad que configura al sacerdote por el carácter recibido en la ordenación; así: *vicem Dei*, *vicem Christi*, *in persona Dei*, *gerit personam Christi*, *in nomine Christi*, representando a Cristo, personificando a Cristo, representación sacramental de Cristo Cabeza, etc.

La actuación del sacerdote *in persona Christi* es muy singular. Específicamente la podemos ver en la consagración de la Misa. Ya hemos dicho que la Eucaristía difiere de los demás sacramentos en dos aspectos:

- En que se hace consagrando la materia de pan y vino, mientras que los otros sacramentos se hacen usando de materia ya consagrada: agua, óleo, imposición de manos, etc.;

- La consagración de la materia de los demás sacramentos es una bendición; mientras que la consagración del pan y del vino es una milagrosa conversión de la sustancia, que sólo Dios puede

realizar. Por eso el sacerdote al hacer la Eucaristía no tiene otra acción que decir las palabras.

Como también hemos notado, así como las formas de los sacramentos deben ajustarse a la realidad, la forma de la Eucaristía difiere de los demás sacramentos en dos cosas:

- Porque las formas de los demás sacramentos significan el uso de la materia, como en el bautismo, la confirmación, etc.; por el contrario, la forma de la Eucaristía significa la consagración de la materia que consiste en la transustanciación, por eso se dice: «Esto es mi cuerpo», «Este es el cáliz de mi sangre».[1]

- Las formas de los otros sacramentos se dicen en la persona del ministro («*ex persona ministri*»), como quien realiza una acción: «Yo te bautizo...», «Yo te absuelvo...»; o, en la confirmación y en la unción de los enfermos, en forma deprecativa: «N.N., recibe por esta señal el don del Espíritu Santo», «Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia...», etc. Por el contrario la forma del sacramento de la Eucaristía se profiere en la persona de Cristo que habla, ex *persona ipsius Christi loquentis*, dando a entender que el sacerdote ministerial no hace otra cosa más que decir las palabras de Cristo en la confección de la Eucaristía.[2] Por eso decía San Ambrosio: «La consagración se hace con palabras y frases del Señor Jesús. Las restantes palabras que se profieren alaban a Dios, ruegan por el pueblo, por los reyes, por todos. Cuando el sacerdote se pone a consagrar el venerable sacramento, ya no usa sus palabras, sino las de Cristo. La palabra de Cristo, en consecuencia, hace el sacramento».[3]

Hay que aclarar que como todos los sacramentos son acciones de Cristo, algunos dicen que el sacerdote en todos ellos obra *in*

[1] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística* (todas).
[2] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 78, 1.
[3] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De Sacramentis*, 4, 4.

persona Christi, pero eso sólo se puede decir en sentido lato. De hecho, el ministro del bautismo válido y lícito, puede ser un laico, una mujer, un no bautizado; y los ministros del sacramento del matrimonio, válido y lícito, son los mismos cónyuges; y ninguno de los ministros mencionados de estos sacramentos tiene el carácter que les da el poder de obrar *in persona Christi*. Por otra parte, la concelebración eucarística se justifica desde el actuar de los concelebrantes *in persona Christi*. Al respecto dice Santo Tomás respondiendo a la objeción de que sería superfluo que lo que puede hacer uno lo hicieran muchos: «Si cada sacerdote actuara con virtud propia, sobrarían los demás celebrantes; cada uno tendría virtud suficiente. Pero, como el sacerdote consagra en persona de Cristo y muchos son *uno en Cristo* (Ga 3, 28), de ahí que no importe si el sacramento es consagrado por uno o por muchos».[4] Y no hay, propiamente, concelebración en los otros sacramentos.

Además, más adelante, agrega Santo Tomás refiriéndose al sacramento sacrificio: «...este sacramento es de tanta dignidad, que se hace en la persona de Cristo. Todo el que obra en persona de otro debe hacerlo por la potestad que le han conferido. Cristo, cuando se ordena el sacerdote, le da poder para consagrar este sacramento en persona de Cristo. Así pone a este sacerdote en el grado de aquellos a quienes dijo: "Haced esto en conmemoración mía"».[5] Es propio del sacerdote confeccionar este sacramento.[6] Y esto es absolutamente necesario para que el sacrificio de la Misa sea el mismo sacrificio de la cruz: no sólo es necesaria la misma Víctima, también es necesario el mismo Sacerdote y numéricamente el mismo único Acto interior oblativo. Sólo así se tiene sustancialmente el mismo sacrificio.

[4] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 82, 2, ad2.

[5] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, 82, 2 agrega: «El sacerdote entra a formar parte del grupo de aquellos que en la Cena recibieron del Señor el poder de consagrar».

[6] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 82, 1.

De tal modo, entonces, que sólo el sacerdote ministerial puede obrar *in persona Christi*, ya que Cristo es el verdadero Sacerdote principal en la Misa. Decía Pío XII: «El oficio propio y principal del sacerdote siempre fue y es el "sacrificar". Por esto el sacerdote celebrante, actuando en persona de Cristo, sacrifica, y él solo; no el pueblo, no los clérigos, ni siquiera los sacerdotes que pía y religiosamente sirven al liturgo».[7]

Un teólogo contemporáneo se opone a una consecuencia que saca Santo Tomás de esta doctrina. Dice así: «Tomás de Aquino sostiene que un sacerdote que pronunciara solamente las palabras "esto es mi cuerpo" consagraría el pan a condición de tener la intención de realizar el sacramento... tesis... que negamos sin la menor ambigüedad... No se niega que el sacerdote haya recibido, mediante su ordenación, un "poder", el poder celebrar la eucaristía y, por consiguiente, el de consagrar. Sólo puede hacerlo él, señalan la tradición oriental y latina. Pero esto no significa que pueda hacerlo (permaneciendo) solo. Consagra no tanto en virtud de un poder inherente a él y del que sería dueño, sino en virtud de la gracia que implora y que es hecha, incluso asegurada, a la Iglesia a través de él».[8]

Asombra descubrir que el célebre dominico no se diera cuenta que su co-hermano de religión lo haya refutado siete siglos antes: «Afirmaron algunos que el sacramento no se puede consagrar con las palabras dichas (de la forma), calladas las demás, principalmente las del canon de la Misa. Pero esto es evidentemente falso (*sed hoc patet esse falsum*), ya por las palabras de San Ambrosio aducidas, ya porque el canon de la misa no es el mismo en todas partes ni lo fue en todo tiempo, sino que fueron añadidas las distintas cosas por distintos individuos. Por lo cual hay que decir que, si el sacer-

[7] «Alocución del 2 de noviembre de 1954»; cit. M. NICOLAU, *Ministros de Cristo* (Madrid 1971) 323.

[8] Y. CONGAR, *El Espíritu Santo* (Barcelona 1991) 667-668.

dote dijera sólo las palabras referidas con intención de hacer sacramento, consagraría, porque la intención haría que se entendieran como dichas en la persona de Cristo, aunque no recitase las que preceden. Sin embargo, pecaría gravemente por no observar el rito de la Iglesia».[9]

El no valorar correctamente la realidad del carácter sacerdotal que habilita para actuar *in persona Christi* debilita el sentido de identidad sacerdotal, y no se ve cómo los ordenados que se vuelven herejes, cismáticos o excomulgados consagran válidamente -aunque ilícitamente-,[10] al igual que el por qué el sacerdote pecador consagra válidamente, ya que, de esa manera, se le quita el fundamento al poder obrar *in persona Ecclesiae*.

2. In persona Ecclesiae

El Concilio Vaticano II nos enseña: «Por el ministerio de los presbíteros se consuma el sacrificio espiritual de los fieles en unión del sacrificio de Cristo, Mediador único, que se ofrece por sus manos, en nombre de toda la Iglesia, incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, hasta que venga el mismo Señor. A este sacrificio se ordena y en él culmina el ministerio de los presbíteros. Porque su servicio, que comienza con el mensaje del Evangelio, saca su fuerza y poder del sacrificio de Cristo y busca que "todo el pueblo redimido, es decir, la congregación y sociedad de los santos, ofrezca a Dios un sacrificio universal por medio del Gran Sacerdote, que se ofreció a sí mismo por nosotros en la pasión para que fuéramos el cuerpo de tal sublime cabeza"[11]».[12] Y más adelante, refiriéndose al rezo de la Liturgia de las Horas dice

[9] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 78, 1, ad4.

[10] Cfr. I CONCILIO DE NICEA, *DS* 55; SAN ATANASIO II, *DS* 169; SAN GREGORIO MAGNO, *DS* 249; cfr. *DS* 358.1087.

[11] SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, 10, 6.

[12] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2.

que el sacerdote lo hace en nombre de toda la humanidad: «En el rezo del Oficio divino prestan su voz a la Iglesia, que persevera en la oración, en nombre de todo el género humano (*nomine totius generis humani*), juntamente con Cristo que *vive siempre para interceder por nosotros* (Heb 7, 25)».[13] Y ello es así, porque todos los hombres son miembros de Cristo y de la Iglesia, en acto o en potencia.[14]

Algunos, por la misma razón de infravalorar esta doctrina, pareciera que univocan y confunden el personificar a Cristo y el personificar a la Iglesia. Ambas realidades no son unívocas. El sacerdote obra *in persona Ecclesiae* en toda la Misa. Pero en la consagración, allí, y sólo allí, en sentido estricto, obra *in persona Christi*. El sacerdote obra *in persona Ecclesiae* en el rezo de la Liturgia de las Horas y, también, los religiosos laicos. Y los laicos no religiosos en ocasiones determinadas, como personas privadas.

Claro que tampoco, de ninguna manera, se oponen; por el contrario, se ordenan admirablemente. Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: «El sacerdocio ministerial no tiene solamente por tarea representar a Cristo -Cabeza de la Iglesia- ante la asamblea de los fieles, actúa también en nombre de toda la Iglesia cuando presenta a Dios la oración de la Iglesia y sobre todo cuando ofrece el sacrificio eucarístico.

«"En nombre de toda la Iglesia", expresión que no quiere decir que los sacerdotes sean los delegados de la comunidad. La oración y la ofrenda de la Iglesia son inseparables de la oración y la ofrenda de Cristo, su Cabeza. Se trata siempre del culto de Cristo en y por su Iglesia. Es toda la Iglesia, Cuerpo de Cristo, la que ora y se ofrece, "*per Ipsum et cum Ipso et in Ipso*", (por Él, con Él y en Él), en la unidad del Espíritu Santo, a Dios Padre. Todo el cuerpo, "*caput et membra*", (cabeza y miembros), ora y se ofrece, y por eso quie-

[13] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 13.

nes, en este cuerpo, son específicamente sus ministros, son llamados ministros no sólo de Cristo, sino también de la Iglesia. El sacerdocio ministerial puede representar a la Iglesia porque representa a Cristo».[15]

De ahí que, en algún aspecto, me parece un poco simplista hablar de la siguiente manera: «El sacerdote es representativo según esta realidad orgánica con sus dos aspectos. Es representativo de Cristo, sacerdote soberano, y actúa *in persona Christi*; es representativo de la *Ecclesia*, de la comunidad de los cristianos y actúa *in persona Ecclesiae*. No se puede aislar un aspecto de otro; están el uno en el otro. Si se insiste en el elemento cristológico como se ha hecho en occidente, se situará el "*in persona Ecclesiae*" en el "*in persona Christi*", que será el fundamento o razón de ella. Es lo que hace la Mediator Dei.[16] Si se valora el aspecto pneumatológico, como hace la tradición oriental, se percibirá mejor la inserción del "*in persona Christi*" en el "*in persona Ecclesiae*"».[17]

Todos los sacramentos, que son primariamente acciones de Cristo, son también acciones de la Iglesia, porque Ella es quien los realiza por medio de sus ministros, que son designados y admitidos por Ella. De allí que los sacerdotes tengan cierta «vicariedad» y obran *in persona Ecclesiae*, ya que se deben someter a la intención de la Iglesia y deben tener la intención de hacer lo que hace la Iglesia.[18] Por eso, el sacerdote «obra en persona de la Iglesia entera, de quien él es ministro».[19]

Tampoco compartimos la opinión del teólogo B. D. Marliangeas que critica a Santo Tomás diciendo que está fuertemente acentuado en él el papel del sacerdote, y queda en la sombra la

[14] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 8, 3.
[15] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1552.1553.
[16] Cfr. Pío XII, *Carta encíclica «Mediator Dei»* (20 de noviembre de 1947) 12.
[17] Cfr. MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística* (todas).
[18] *DS* 854.
[19] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 64, 8, ad2; 9, ad1.

condición del laico a partir de su bautismo y del carácter bautismal.[20] Pareciera que ignora las seis cuestiones del Tratado del Bautismo, en la tercera parte de la Suma Teológica, y que, particularmente, se olvidó de los seis artículos de la cuestión sesenta y tres, de la cuestión sesenta y nueve con sus diez artículos y las ciento ochenta y nueve cuestiones de la *secunda secundae*. Tratar de debilitar las intuiciones centrales de Santo Tomás, sólo lleva al debilitamiento de la fe y es una de las causales de las crisis de las vocaciones y de las crisis vocacionales.

Ante la maravilla del orden sacramental, ¿cómo no darse cuenta que sólo la inteligencia infinita de Dios pudo concebir tal perfección? ¿Cómo no darse cuenta que sólo su voluntad todopoderosa puede hacer eficaz que «*accedit verbum ad elementum*, *et fit sacramentum*»?[21]

¿Puede ser que alguien pudiese llegar a pensar que el sólo obrar *in persona Christi* y obrar *in persona Ecclesiae* es incapaz de llenar plenamente toda una vida?

[20] B.D. MARLIANGEAS, *Clés pour une Théologie du Ministere* (París 1978) 228-229.

[21] SAN AGUSTÍN, *Super Io.*, 13: «Se une la palabra al elemento, y se produce el sacramento».

11

Ministros de la Sangre

La efusión de la Sangre de Cristo expresa el Misterio mismo de la Pasión de Cristo, obrada justamente por el derramamiento de su sangre.

1. Santa es esa sangre

Es *sangre inocente* (Mt 27, 4), como confesó Judas.

Es *una sangre preciosa* (1Pe 1, 19) dice Pedro, con la que hemos sido rescatados.

2. Es sangre que nos salva

Por su sangre tenemos la redención (Ef 1, 7).

Hemos sido adquiridos *por su propia sangre* (Ro 5, 9).

Es (Cristo) sacrificio de propiciación *mediante la fe en su sangre* (Ro 3, 25); *Con su sangre compró para Dios hombres de toda raza* (Ap 5, 9).

3. Es sangre que nos reconcilia

Dios *reconcilió... todas las cosas... haciendo la paz mediante la sangre de la cruz* (Col 1, 20).

La *sangre de Cristo* purifica nuestra conciencia (Heb 9, 14).

La sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado (1Jn 1, 7).

Nos ha lavado con su sangre de todos los pecados (Ap 1, 5).

4. Es sangre que nos da esperanza

Tenemos plena seguridad de entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús (Heb 10, 19).

5. Es sangre que nos da el triunfo

Ellos vencieron al Dragón gracias a la Sangre del Cordero (Ap 12, 11). Por eso se nos enseña en Ap 19, 13 que el Verbo Encarnado: *viste un manto empapado en sangre*.

Todo ese misterio, este grandísimo misterio de la Pasión, de la sangre preciosa, de la preciosísima sangre, se actualiza y perpetúa en cada altar: *Porque este es el cáliz de MI SANGRE, SANGRE de la Alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros...* (Lc 22, 20).

Esa «sangre inocente» derramada cruentamente en Getsemaní, por los azotes, en la coronación de espinas, en la crucifixión, del costado atravesado, del cual *salió sangre y agua* (Jn 19, 34).

Esa misma sangre, y no otra, es la que se transustancia en el cáliz perpetuando así el único sacrificio Redentor.

Llamaba Santa Catalina de Siena a los sacerdotes «ministros de la sangre».

No somos ministros de palabras vacías que se las lleva el viento.

No somos ministros de gestos huecos que no tienen eficacia alguna.

No somos ministros de ningún pasajero temporalismo mesiánico que promete todo y no da nada.

No somos cañas quebradas agitadas por cualquier viento, ni pabilos humeantes incapaces de dar luz.

No somos acequias sin agua, ni soles sin color ni brillo, ni cuidadores de piezas de museo valiosas pero vetustas.

No somos como los falsos profetas de que habla Jeremías, que son «puro flato».[1]

¡Somos los que le tomamos el pulso al mundo!, porque somos ¡ministros de la Sangre!

[1] Cfr. Jr 23, 16: «lo que dicen son producto de su imaginación».

12

Ministros de la Nueva Alianza I

Enseña el Apóstol San Pablo: *Nos capacitó para ser ministros de una Nueva Alianza* (2Cor 3, 6). Ya vimos que el sacerdote católico es ministro, veamos entonces qué cosa es ser «ministro de la Nueva Alianza».

La alianza expresa las relaciones de Dios con su pueblo elegido.

Ella implica la elección, que es la acción inicial y permanente que asegura la relación singular de Dios con su pueblo, y de la que la alianza «es a la vez la forma y el contenido».[1]

Ella lo constituye en su pueblo particular.

1. Su nombre

Esa realidad singular de las relaciones de Dios con su pueblo, se denomina con distintas palabras:

- En hebreo: בְּרִית (*berith*);
- en griego: διαθήκη (*diathéke*, empleado por la LXX);
- en latín: foedus, testamentum, pactum;

[1] E. Jacob, *Teología del Antiguo Testamento* (Madrid 1969) 200.

- en español: *alianza*, *testamento*, *pacto*. También se la denomina, *ley*, en cuanto «expresión de la alianza»[2] y «condiciones de la alianza».[3]

La etimología de la palabra *berith* es incierta. La más probable es la que la hace derivar de una raíz *brh* que significa *atar* (algunos la relacionan con el asirio *birtu*= lazo, y, *biritu*= traba).

No hay que asombrarse de la complejidad de este tema, en el que varían tanto los autores, porque en todas las lenguas la palabra alianza o pacto o testamento significa muchas cosas:

- La materia del pacto;
- el símbolo con que se hace alianza;
- la acción de pactar.[4]

2. ¿QUÉ CLASES DE ALIANZA HUBO HISTÓRICAMENTE?

Encontramos que el Libro de la Alianza o Biblia se divide en dos grandes partes: el Antiguo Testamento o Alianza, y el Nuevo Testamento o Alianza, que entre sí tienen una correlación o continuidad como de lo imperfecto a lo perfecto.

3. ¿QUÉ ES LA ANTIGUA ALIANZA?[5]

En rigor, la Antigua Alianza son muchas alianzas de Dios con su pueblo. Por su característica de imperfección había de ser renovada en el transcurso de los tiempos. De ahí que podamos decir que ha tenido varias etapas.

[2] E. JACOB, *Teología del Antiguo Testamento* (Madrid 1969) 204.
[3] P. VAN IMSCHOOT, *Teología del Antiguo Testamento* (Madrid 1969) 434.
[4] Cfr. J. DE MALDONADO, *Comentarios a los Cuatro Evangelios*, I (Madrid 1950) 947ss.
[5] SANTO TOMÁS trata maravillosamente el tema de la Ley Antigua en *STh*, I-II, 98-105.

La alianza con Adán, que se basaba en el mandato de no comer del árbol del bien y del mal. La alianza con Noé, que tuvo por sello el arco iris.[6] Con los Patriarcas, en especial con Abraham, se estableció la circuncisión que sellará a su descendencia carnal,[7] como señal de esa alianza. Con Moisés fue el cordero pascual, la sangre y el sábado. Luego tenemos alianzas individuales: con la tribu sacerdotal;[8] con Josué;[9] con la casa de David;[10] con el sacerdote Joyadá;[11] con el rey Josías;[12] con Esdras;[13] etc.

Siempre nos encontramos con dos partes: Dios y el pueblo. Dios, que libérrimamente, promete proteger al pueblo, dándole una bendición, una gran descendencia -y a veces otras cosas como instalarse en Canaán-,[14] etc. Promesa de Dios que es condicional, ya que el pueblo tiene condiciones que cumplir. El pueblo se compromete a observar la ley de Dios cuyas condiciones se señalan en el Decálogo, la fórmula preferida será: «Señor tú eres nuestro, nosotros somos tuyos». Generalmente el pueblo era representado por un mediador.[15]

Todos los relatos de alianza ponen de relieve tres cosas:

- La alianza es un don de Yahveh;
- por la alianza Dios entra en relación con su pueblo y crea un lazo de comunión con él;
- la alianza crea obligaciones que toman forma concreta bajo figura de ley.[16]

[6] Cfr. Gn 9, 5-6.
[7] Cfr. Gn 17, 10.
[8] Cfr. Dt 33, 9.
[9] Cfr. Jos 24, 1ss.
[10] Cfr. 2Sam 23, 5; Sl 89, 4.29.
[11] Cfr. 2Re 11, 17.
[12] Cfr. 2Re 23, 2.
[13] Cfr. Ne 10, 1.30.
[14] Cfr. P. GRELOT, *Introducción a los Libros Sagrados* (Buenos Aires 1965) 70.
[15] Cfr. Ex 24, 1.
[16] Cfr. E. JACOB, *Teología del Antiguo Testamento* (Madrid 1969) 201.

Los preceptos de la Antigua Ley se agrupan en tres clases: morales, ceremoniales y judiciales.

4. ¿QUÉ ES LA NUEVA ALIANZA?

PROFETIZADA.

Ya fue profetizada en el Antiguo Testamento y se dijo que será:

a. Superior a la Antigua Alianza:

He aquí que días vienen -oráculo de Yahveh- en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos -oráculo de Yahveh-. Sino que esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días -oráculo de Yahveh-: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: «Conoced a Yahveh», pues todos ellos me conocerán del más chico al más grande -oráculo de Yahveh- cuando perdone su culpa, y de su pecado no vuelva a acordarme (Jr 31, 31-34);

b. Eterna:

Así dice Yahveh, el que da el sol para alumbrar el día, y gobierna la luna y las estrellas para alumbrar la noche, el que agita el mar y hace bramar sus olas, cuyo nombre es Yahveh Sebaot. Si fallaren estas normas en mi presencia -oráculo de Yahveh- también la prole de Israel dejaría de ser una nación en mi presencia a perpetuidad. Así dice Yahveh: si fueren medidos los cielos por arriba, y sondeadas las bases de la tierra por abajo, entonces también yo renegaría de todo el linaje de Israel por todo cuanto hicieron -oráculo de Yahveh- (Jr 31, 35-37);

c. Todos serán santificados (hasta los leprosos del Gareb):

He aquí que vienen días -oráculo de Yahveh- en que será reconstruida la ciudad de Yahveh desde la torre de Jananel hasta la Puerta del Ángulo; *y volverá a salir la cuerda de medir toda derecha hasta la cuesta de Gareb*, *y torcerá hasta Goá*, *y toda la hondonada de los Cuerpos Muertos y de la Ceniza*, *y todo el Campo del Muerto hasta el torrente Cedrón*, *hasta la esquina de la Puerta de los Caballos hacia oriente será sagrado de Yahveh*: *no volverá a ser destruido ni dado al anatema nunca jamás* (Jr 31, 38-40).

JESUCRISTO ABROGA LA LEY ANTIGUA

Jesucristo al venir al mundo y hacerse carne, trajo consigo la Nueva Alianza, de tal modo que Él es la Nueva Alianza y la sella con su sangre derramada, en especie ajena, en la Última Cena -y en cada Misa- y, en especie propia, en la cruz, y con la efusión de su Espíritu.

El fin de la ley antigua era llevar al hombre a Jesucristo. Cuando viene Cristo, ya no tiene razón de existir, por eso es derogada y abrogada -en cuanto a los preceptos ceremoniales y judiciales- y el cristiano, por el bautismo, queda fuera del imperio de la ley mosaica, como enseña San Pablo: *Así pues*, *hermanos míos*, *también vosotros quedasteis muertos respecto de la ley por el cuerpo de Cristo*, *para pertenecer a otro*: *a Aquel que fue resucitado de entre los muertos*, *a fin de que fructificáramos para Dios. Porque*, *cuando estábamos en la carne*, *las pasiones pecaminosas*, *excitadas por la ley*, *obraban en nuestros miembros*, *a fin de que produjéramos frutos de muerte. Mas*, *al presente*, *hemos quedado emancipados de la ley*, *muertos a aquello que nos tenía aprisionados*, *de modo que sirvamos con un espíritu nuevo y no con la letra vieja* (Ro 7, 4-6). Por el bautismo el cristiano queda muerto a la ley mosaica, que desde ese momento no es nada para él. Esta ley era deformada por los rabinos y fariseos en tres aspectos: uno, el ético, convirtiéndola en una legalidad formalista y externa que se observaba mecánicamente (se preguntaban si se podía comer el huevo que ponía una gallina el

día sábado porque había trabajo; y en la actualidad, no se puede jugar al fútbol el día sábado en cancha de césped natural, porque con los tapones del botín se puede arrancar pasto, y eso es trabajo, pero sí se puede jugar en cancha de césped plástico; etc.). Otro era el del nacionalismo judío que excluía a los gentiles. Y el tercero, teológico: hacían definitivo lo que sólo era transitorio.

La primera deformación hacía estéril la sangre de Cristo, y la segunda hacía imposible la unión en el Cuerpo místico de Cristo. Por eso San Pablo abomina con todas las fuerzas de su alma la visión rabínica de la ley:

- Se introdujo la ley para que abundase el pecado (Ro 5, 20);
- la ley da fuerza al pecado (1Cor 15, 56);
- es ministerio de muerte (2Cor 3, 7);
- es ministerio de condenación (2Cor 3, 9);
- es régimen de maldición (Ga 3, 10) y
- es enemistad personificada.[17]

LA LEY NUEVA O NUEVA ALIANZA[18]

Lo único nuevo

Lo único auténticamente nuevo que ha habido, hay y habrá en el mundo es Jesucristo, que «al darse a sí mismo ha dado novedad a todas las cosas».[19] Jesucristo al hacerse hombre cambia el sacerdocio, cambia el sacrificio, cambia la víctima y cambia la ley. Al darse a sí mismo, nos da la Ley Nueva o Nuevo Testamento o Nuevo Pacto. Han pasado ya casi 2000 años de la Encarnación del Verbo y, sin embargo, sólo Cristo es la novedad del mundo. Es el Único que no envejece, es el Único que no pasa, es el Único que conserva una eterna juventud.

[17] Cfr. Ef 2, 14.
[18] Cfr. *STh*, I-II, 106-108.
[19] SAN IRENEO, *Adversus Haereses*, IV, 34, 1.

Distintos nombres de la Nueva Alianza

El domingo mismo de su resurrección, en forma privada, hizo Jesucristo lo que luego hará, en forma pública, el día de Pentecostés, enviando el Espíritu Santo: *Sopló y les dijo*: *Recibid el Espíritu Santo* (Jn 20, 22), que constituye lo principal de la Ley Nueva, o Nueva Alianza, o Evangelio: *es la vida*, *y vida en abundancia* (Jn 10, 10) que Cristo vino a traer a la tierra. *Es la ley de Cristo* (Ga 6, 2), *es la ley de la fe* (Ro 3, 27), *ley espiritual*, *ley perfecta* (Sant 1, 25), *ley de libertad* (Sant 2, 12), *ley del Espíritu* (Ro 8, 2), *Evangelio de la gracia* (Heb 20, 24). Es la ley infusa -infundida en el corazón- profetizada por Jeremías: ...*pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón* (Jr 31, 33). Es «en lo que está todo su poder... en la misma gracia del Espíritu Santo, que se da por la fe en Cristo». Sólo esta ley justifica y salva al hombre: *el Evangelio... es poder de Dios para la salvación de todo el que cree* (Ro 1, 16).

Lo principal es que es interior

La Ley Nueva no es ley escrita, o sea, exterior, sino infusa -infundida en el corazón-, tal como lo había profetizado Jeremías: *pondré mi ley en su interior* (Jr 31, 33). La Ley Nueva es e*l amor de Dios* (*que*) *se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo*, *que nos ha sido dado* (Ro 5, 5), dicho con otras palabras: *es la fe que actúa por la caridad* (Ga 5, 6).

Cada cosa se denomina por lo que en ella es principal y lo principal de la Ley Nueva es la gracia del Espíritu Santo, por eso es principalmente infusa, solo secundariamente es escrita. Santo Tomás enseña: «Lo principal en la ley del Nuevo Testamento y en lo que está todo su poder es la gracia del Espíritu Santo, que se da por la fe en Cristo... la ley nueva principalmente es la misma gracia del Espíritu Santo, que se da a los fieles de Cristo».[20] Así «como la

[20] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, I-II, 106, 1.

ley de las obras fue escrita en tablas de piedra -dice San Agustín-, así la ley de la fe está escrita en los corazones de los fieles», y añade: «¿cuáles son las leyes de Dios escritas por Él mismo en los corazones, sino la misma presencia del Espíritu Santo?».[21]

Secundariamente es externa

La Ley Nueva es, secundariamente, escrita, o sea, externa al hombre, tratándose de lo que toca a la gracia del Espíritu Santo, bajo dos aspectos:

- como disposición;
- como ordenación.

Como disposición. Trata de cuáles deben ser las disposiciones para recibir la gracia del Espíritu Santo, por ejemplo, en cuanto a la disposición del entendimiento se nos manda todo lo que debemos creer por la fe -mediante la cual se nos da la gracia del Espíritu Santo- y se contiene en el Evangelio cuanto pertenece a la revelación de la divinidad y de la humanidad de Cristo. En cuanto a la disposición del afecto de la voluntad, se contiene en el Evangelio cuanto mira al desprecio del mundo, por el cual se hace el hombre capaz de la gracia del Espíritu Santo. Pues el mundo -es decir, los amadores del mundo-, como enseña Nuestro Señor: *no puede recibir el Espíritu Santo* (Jn 14, 17).

Como ordenación. La Ley Nueva, secundariamente, tiene preceptos que están ordenados al uso de la misma gracia del Espíritu Santo, como adquirirla, desarrollarla, perseverar en ella, etc. El uso espiritual de la gracia consiste en las obras de todas las virtudes, a las que de muchas maneras exhorta a los hombres la Escritura del Nuevo Testamento.

[21] *De spiritu et littera*, 21.

Sólo la Nueva Alianza en cuanto infusa, justifica y salva.

Dice San Pablo: *No me avergüenzo del Evangelio*, *que es poder de Dios para salvación de todo el que cree*... (Ro 1, 16). La Ley Nueva, en cuanto infusa, o sea, en cuanto que es la gracia del Espíritu Santo, comunicada interiormente, justifica y salva. En cuanto a los elementos secundarios -los documentos de la fe y los preceptos escritos- no justifica ni salva la Nueva Alianza. Por eso enseña San Pablo: *La letra mata*, *el Espíritu es el que da la vida* (2Cor 3, 6). Comenta San Agustín que por «letra» se entiende cualquier escritura que está fuera del hombre, aunque sea de preceptos morales, cuales se contienen en el Evangelio, por donde también la letra del Evangelio mataría si no tuviera la gracia interior de la fe, que sana.[22]

5. Comparación entre la Antigua y la Nueva Alianza

La Ley Nueva es distinta de la Antigua

Se nos enseña: *Mudado el sacerdocio*, *de necesidad ha de mudarse también la Ley* (Heb 7, 12). Toda ley ordena la vida humana a alcanzar un fin. Se pueden diferenciar en que una mira más de lejos el fin (es imperfecta) y otra mira el fin desde más cerca (es perfecta). La Ley Nueva no se distingue de la Ley Antigua en cuanto que las dos tienen el mismo fin -y este es que los hombres se subordinen a Dios-, sino que se distinguen en que una era imperfecta y la otra es perfecta. La Antigua era como un encargado del cuidado de los niños: *De manera que la ley ha sido nuestro pedagogo hasta Cristo*, *para ser justificados por la fe. Mas*, *una vez llegada la fe*, *ya no estamos bajo el pedagogo* (Ga 3, 24-25); en cambio, la Ley Nueva es ley de perfección,

[22] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, I-II, 106, 2.

porque es ley de caridad y de la caridad dice San Pablo que es: *vínculo de perfección* (Col 3, 14).

Todas las diferencias entre una y otra se toman de su imperfección o perfección:

Se distinguen:

	Ley Antigua	**Ley Nueva**
1- Por el ministro:	Ángeles y profetas.	Jesucristo.
2- Por la forma y materia en que se escribe:	Escrita en piedra.	Es infusa en el corazón.
3- Por aquello a lo que se da más importancia:	La letra.	El Espíritu.
4- Por la extensión:	Nacional.	Universal.
5- Por la duración:	Temporal.	Eterna.
6- Por su entidad:	Sombra (figura).	Realidad.
7- Por su eficacia:	No justifica.	Justifica.
8- Por su utilidad:	No conduce al fin.	Conduce al fin.
9- Por su dignidad:	Ley de siervos, de temor.	Ley de hijos, de amor.
10- Por su profundidad:	Más bien sólo cohíbe lo externo.	Cohíbe también lo interno malo.

Cuando viene Cristo, la Ley Antigua pierde su razón de ser.

LA LEY NUEVA DA CUMPLIMIENTO A LA ANTIGUA

Nos enseña Jesús: *No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o una tilde de la Ley sin que todo suceda* (Mt 5, 17-18). En cuanto a los preceptos morales la Ley Nueva se compara con la Antigua como lo perfecto a lo imperfecto. Lo perfecto suple lo que falta a lo imperfecto.

Dos cosas podemos considerar en la Vieja Ley: el fin y los preceptos.

Respecto del fin. El fin de la Antigua Alianza era la justificación de los hombres, lo cual la ley no podía llevar a cabo y sólo la

representaba con ciertas ceremonias y prometía con palabras. La Ley Nueva perfecciona la Ley Vieja justificando por el poder de la pasión de Cristo. Lo da a entender San Pablo: *Pues lo que era imposible a la ley*, *reducida a la impotencia por la carne*, *Dios*, *habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado*, *y en orden al pecado*, *condenó el pecado en la carne...* (Ro 8, 3). La Ley Nueva realiza lo que la Antigua sólo prometía: *Pues todas las promesas hechas por Dios han tenido su sí en Él*; *y por eso decimos por Él* «*Amén*» *a la gloria de Dios* (2Cor 1, 20). La Ley Nueva realiza lo que la Antigua sólo representaba: *Todo esto es sombra de lo venidero*; *pero la realidad es el cuerpo de Cristo* (Col 2, 17).

Respecto a los preceptos. Cristo también los perfeccionó con las obras y con la doctrina: con las obras, en el sentido de «cumplir» («*perficere*», como realizar, llevar a plenitud); porque quiso ser circuncidado y quiso observar las otras cosas que debían observarse en aquel tiempo, según aquello de *hecho bajo la Ley* (Ga 4, 4); con su doctrina perfeccionó los preceptos morales de la Antigua Ley de tres maneras:

- Declarando el verdadero sentido de la Ley, contra lo que enseñaban los fariseos que sólo creían prohibidos los actos externos malos: *Porque os digo que*, *si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos*, *no entraréis en el Reino de los Cielos* (Mt 5, 20);

- Ordenó observar con mayor seguridad lo que había mandado la Ley Antigua: *Habéis oído también que se dijo a los antepasados*: *No perjurarás*, *sino que cumplirás al Señor tus juramentos*. *Pues yo digo que no juréis en modo alguno* (Mt 5, 33);

- Añadió ciertos consejos de perfección como aparece en la respuesta al que dijo que había cumplido los preceptos de la Antigua Alianza: *Jesús le dijo*: «*Si quieres ser perfecto*, *anda*, *vende lo que tienes y dáselo a los pobres*, *y tendrás un tesoro en los cielos*; *luego ven*, *y sígueme*» (Mt 19, 21).

El sacerdote católico no debe olvidarse jamás que no es ministro de una alianza cualquiera, ni tampoco de la Antigua Alianza aunque haya sido hecha por el mismo Dios, sino que es ministro de la Nueva Alianza.[23]

Ello lo recuerda, día a día, al perpetuar sobre el altar el sacrificio de la «*Alianza nueva y eterna*».[24] Allí es donde aprende a ser ministro de la Nueva Alianza y todo lo que esa maravilla significa. De hecho, la grandeza más sublime del sacerdocio católico es ser ministro de la Nueva Alianza.

[23] Cfr. 2Cor 3, 6.
[24] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística* (todas); 105 y *passim*.

13

Ministros de la Nueva Alianza II

Ahora quiero tratar un aspecto que ciertamente es muy importante y central en lo que hace al sacerdocio católico, y es el hecho de que somos constituidos ministros de la Nueva Alianza. Las honduras que tiene esta doctrina son tales que bien merece que se considere desde otro punto de vista.

Es el mismo San Pablo el que lo dice: *Nos capacitó para ser ministros de una nueva alianza*, *no de letra*, *sino de Espíritu*; *porque la letra mata*, *mas el Espíritu vivifica*. En la Vulgata aparece también con toda claridad: *idoneos nos fecit ministros Novi Testamenti* (2Cor 3, 6).

¿Y qué significa ser ministro de la Nueva Alianza? Significa muchas cosas, todas importantes, y todas complementarias, y cada una hace a la integridad de ese misterio que es ser ministro de la Nueva Alianza.

1. Ser ministro de la Nueva Alianza significa darle la primacía en todo a Jesucristo

Como dice Santo Tomás en un artículo donde se pregunta si los efectos del sacerdocio le han tocado a Jesucristo, a lo que responde primeramente recordando que lo principal en todo orden, a quien se le atribuye todo lo que le pertenece a ese orden, lo tiene por sí, no lo recibe en sí mismo, así como el sol ilumina y no es iluminado, así como el fuego da calor y no es calentado y añade:

«Cristo es la fuente de todo sacerdocio (*fons totius sacerdotii*), pues el sacerdote de la Antigua Ley no era más que una figura de Cristo, mientras que el sacerdote de la Nueva Ley (*sacerdos novae legis*) obra en su persona, según aquello de San Pablo en 2Cor 2, 10: *A quien algo perdonáis*, *yo también*; *puesto caso que lo que yo he perdonado*, *si algo he perdonado*, *por vosotros ha sido*, *en persona de Cristo*».[1] Según la Vulgata, *propter vos*, *in persona Christi*; en el texto griego: ἐν προσώπῳ (en prosópo).

Eso es lo que caracteriza ser ministro de la Nueva Alianza en contraposición a lo que era el ministro en la Antigua Alianza. El ministro de la Antigua Alianza no obraba «en persona de Cristo», era figura, pero no era la realidad. Y así -como dice San Ireneo- «por las cosas secundarias Dios llama a las principales; por las figuradas a las verdaderas; por las temporales a las eternas; por las carnales a las espirituales; por las terrenales a las celestiales».[2]

Por eso la gran diferencia que va a haber entre el sacerdocio de la Nueva Alianza y el sacerdocio de la Antigua, radica en que la ley antigua es secundaria, es figurada, es temporal, es carnal, es terrenal, mientras que la Nueva es principal, es verdadera, es eterna, es espiritual, es celestial. Somos *sacerdotes novae legis*; sacerdotes de la Nueva Ley, «ministros de la Nueva Alianza».

2. Ser ministros de la Nueva Alianza significa ser dóciles al Espíritu Santo que mora en nosotros

La Nueva Ley consiste, principalmente, en que es infusa; no está escrita en tablas de piedra, está escrita en nuestros corazones.

[1] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 22, 4.
[2] SAN IRENEO, cit. *Liturgia de las Horas*, III, 168; II, 152.

¿Qué es esa infusión de la Nueva Ley? Lo dice San Pablo: *El amor de Dios ha sido derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo que se os ha dado* (Ro 5, 5). Es el amor, es la caridad.

Es también la fe y la caridad: *Es la fe que actúa por medio de la caridad* (Ga 5, 6).

Y acá tenemos -observemos- el amor de Dios, el Espíritu Santo que es el que infunde eso en nuestros corazones, la Santísima Trinidad; y tenemos las tres virtudes teologales, la fe y la caridad, y evidentemente si está la fe y la caridad, tiene que estar lo que llamaba Claudel la *petit espérance*, aquella que va de la mano de sus dos hermanas mayores, la fe y la caridad.

Ministro de la Nueva Alianza, por tanto, es aquel que vive de la fe, y recordemos que «la pureza de la fe -como dice Don Orione- es cosa tan preciosa que se ha de anteponer a cualquier otra pureza».[3] Ministro de la Nueva Alianza es el que vive de la esperanza. Ministro de la Nueva Alianza es el que vive de la caridad.

3. Por tanto, ser ministros de la Nueva Alianza significa vivir según su realidad infusa

Lo más importante es la gracia, la absoluta necesidad de la gracia. La gran enseñanza de la Doctora de la Iglesia, Teresita del Niño Jesús, es la absoluta necesidad de la gracia. La primacía, por tanto, de lo interior, de lo espiritual. No solamente en lo que hace a la vida de oración sino en lo que hace al gobierno de las comunidades, porque lo meramente externo mata, la letra mata, es el espíritu el que da vida, es el espíritu el que da la libertad, la libertad que debemos vivir porque la Ley Nueva que debemos vivir es *Ley de libertad* (Sant 1, 25; 2, 12), *porque allí donde está el Espíritu Santo allí está la libertad* (2Cor 3, 17).

[3] *Cartas selectas*, 160.

Eso significa que debemos tener cuidado de no carnalizar la religión. El gran drama de estos tiempos, a mi modo de ver, es una especie de judaización del clero, es decir, la falta de visión sobrenatural, la falta de visión espiritual. Como hemos visto hasta el cansancio a tantos que sólo están preocupados por lo temporal.

Es una carnalización de la religión. Por eso desprecian los consejos de perfección, por eso obstaculizan las vocaciones porque ellos mismos como consagrados son infelices. Pasa, también, con la inteligencia de la Sagrada Escritura, donde se destroza el sentido sobrenatural, incluso se destroza el mismo sentido histórico. Así pasa con la inteligencia de los signos de los tiempos. Muchos se la pasaron hablando de los signos de los tiempos y que todo iba mejor, y que todo... ¡Así estamos! Los seminarios siguen vacíos.

Se ve la carnalización del cristianismo en la pastoral, cuando se da más importancia a lo exterior que al espíritu; y por eso la importancia que tiene en cierta clerecía aquel «poderoso caballero, Don Dinero». Cuando todo se ve no *sub specie aeternitatis*, sino *sub specie mammona iniquitatis*, se está carnalizando la pastoral.

4. Ser ministro de la Nueva Alianza significa tener un corazón universal

Porque la Alianza Antigua era una cosa particular, era para un pueblo nada más. La Nueva Alianza es universal, abarca a todos los hombres, a todas las mujeres, de todos los tiempos, de todas las culturas. Por eso, ministro de la Nueva Alianza es lo más contrario a la mentalidad de «kioskito». Nadie debe encerrarse sólo en su pueblo o ciudad: hay que tener *solicitud por todas las Iglesias* (2Cor 11, 28).

5. Significa entender que uno es ministro de una Alianza eterna

La antigua fue temporal, fue dada por un tiempo, era figura; esta es eterna, no hay que esperar otra. Por eso no hay que caer en las mil formas que toma la desviación del joaquinismo que, de una manera u otra, como pasa ahora con la cercanía del tercer milenio, están creyendo que ha de venir otra Alianza, ¡y algunos la profetizan! ¡No! ¡La Alianza es eterna y sigue siendo Nueva! Por eso el ministro de la Nueva Alianza de manera particular se ve en la Misa, que es donde transustancia *la sangre de la Alianza Nueva* (Lc 22, 20; 1Cor 11, 25), *la sangre de una Alianza eterna* (Heb 13, 20), es decir, que no pasa.

6. Significa que uno está obrando con realidades

No con figuras como en el Antiguo Testamento; por tanto hay que dejar de lado toda cosa meramente exterior, y no caer en fariseísmo, hay que dejar de lado el formalismo que presenta algo desde afuera pero privado de lo substancial, que es lo de adentro.

7. Significa que uno debe buscar la salvación de todos los hombres

La Antigua Alianza no justificaba, no salvaba; la Nueva Alianza justifica y salva, y justifica y salva por lo que tiene de principal, que es lo infuso, que es el Espíritu Santo que se nos ha dado.

8. Significa que uno es consciente de que el ministerio concierne directamente al fin último del varón y de la mujer

Porque la Nueva Alianza conduce al fin, tiene los medios dados por Dios para que los hombres puedan llegar al fin último.

9. Significa que somos testigos de la Ley de hijos, que es Ley de amor

No de la Ley de siervos. A pesar de nuestros pecados nosotros somos ministros de la Nueva Alianza. Dice hermosamente San Asterio de Amasea: «Imitemos el estilo del Señor en su manera de apacentar; meditemos los evangelios y, viendo en ellos, como en un espejo, su ejemplo de diligencia y benignidad, aprendamos a fondo estas virtudes».[4] Diligencia..., benignidad... El mismo santo hace una descripción muy hermosa de la parábola de la oveja perdida, y una aplicación realmente espléndida: «En ellos, en efecto, encontramos descrito, con un lenguaje parabólico y misterioso, a un hombre, pastor de cien ovejas, el cual, cuando una de las cien se separó del rebaño e iba errando descarriada -miren qué descripción- no se quedó con las demás que continuaban paciendo ordenadamente, sino que se marchó a buscar a la descarriada, atravesando valles y desfiladeros, subiendo montes altos y escarpados, pasando por desiertos, y así le fue siguiendo la pista con gran fatiga, hasta que la halló errante.

Una vez hallada, no le dio de azotes, ni la hizo volver con prisa y a empujones al rebaño, sino que la cargó sobre sus hombros y, tratándola suavemente, la llevó al rebaño, con una alegría mayor por aquella sola que había encontrado que por la muchedumbre de las demás. Reflexionemos sobre el significado de este hecho, envuelto en la oscuridad de una semejanza. Esta oveja y este pastor no significan simplemente una oveja y un pastor cualquiera sino algo más profundo.

En estos ejemplos se esconde una enseñanza sagrada. En ellos se nos advierte que no tengamos nunca a nadie por perdido sin remedio y que, cuando alguien se halle en peligro, no seamos negligentes o remisos en prestarle ayuda, sino que a los que se han

[4] SAN ASTERIO DE AMASEA, *Homilia* 13: PG 40, 355-358. 362.

desviado de la recta conducta los volvamos al buen camino, nos alegremos de su vuelta y los agreguemos a la muchedumbre de los que viven recta y piadosamente».

¡Es el ministro de la Nueva Alianza! No es aquel que da palos a las ovejas, es aquel que da la vida por las ovejas. Esta es la gran enseñanza: ¡No tengamos nunca a nadie por perdido sin remedio! ¡Somos ministros de la Nueva Alianza!

10. Y, POR ÚLTIMO, SIGNIFICA QUE ES PARA NOSOTROS DE IMPORTANCIA FUNDAMENTAL NO SER SOLAMENTE EXTERNAMENTE BUENOS SINO QUE DEBEMOS SER, SOBRE TODO, INTERNAMENTE BUENOS

Dándole así la primacía a lo que es central de la Ley Nueva que es infusa. La Nueva Alianza no cohíbe sólo los actos externos malos, sino, además, cohíbe los actos internos malos: *...todo el que se irrita con su hermano, será reo de juicio... todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón... no juréis... si alguno te abofetea en la mejilla derecha... dale también la otra... amad a vuestros enemigos, orad por los que os persiguen* (Mt 5, 22.28.34.39. 44).

Pidámosle a la Santísima Virgen, por todos los sacerdotes del mundo, para que nunca nos olvidemos de esa cosa realmente grande, que es ser ministros de la Nueva Alianza, esa Alianza que selló Jesús en la cruz.

14

Del Buen Pastor

I

Estos son días muy especiales,[1] de manera particular porque gozamos de una alegría espiritual muy intensa. Lo percibimos incluso sensiblemente y pasa muchas veces que no nos damos cuenta del por qué, de la raíz profunda de esa alegría. La raíz profunda de esa alegría espiritual es el placer espiritual intenso, que es un acto de fervor actual de la caridad, que es el fruto propio de la Eucaristía -en este caso multiplicada por todos los que van a celebrar la Eucaristía-. Por eso es que siempre se vive la fiesta de las ordenaciones sacerdotales con mucha alegría. Nuestro Señor el día que instituyó la Eucaristía también gozo intensamente con una alegría profunda, espiritual; dice el evangelio: «*ardientemente he deseado comer con vosotros esta Pascua*» (Lc 22, 15). Porque Él no solamente iba a instituir la Eucaristía en esa Pascua, en la Última Cena, sino que además, como Dios que es, que ve todas las cosas, conocía el modo por el cual se iba a multiplicar la celebración de la Eucaristía,[2] es decir, la perpetuación de su sacrificio en la cruz, el modo por el cual se iba a quedar como alimento, como comida y bebida, para nuestras almas en el sacramento de la Eucaristía; y

[1] Homilía predicada en la primera misa de 14 neo-sacerdotes en el Seminario «María, Madre del Verbo Encarnado» (San Rafael, Mendoza, Argentina) el 4 de diciembre de 2005.

[2] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 81, 1, ad 3.

por eso gozó intensamente. Y gozó con todas las Misas, también con ésta.

II

Hoy quiero tratar un tema que dice relación ciertamente a la Eucaristía. Hace unos días el Abad del Valle de los Caídos decía: «*estamos viviendo tal vez la mayor de las guerras de religión en la que debe ser herido no sólo el edificio cristiano sino todos los soportes humanos e históricos que lo sustentan, comprendidas las naciones*».[3] Hay un ataque planetario contra todo lo católico: la fe, los sacramentos, la moral, la piedad, la espiritualidad, el matrimonio y la familia, la persona humana, la política cristiana, la economía, lo social, el pudor, la alegría, el señorío, la libertad de los hijos de Dios, la educación, la autoridad, la amistad... en fin todo lo que huela a catolicismo es objeto de burla, de desprecio, de ridículo, de negación.

Sabemos, con la certeza que nos da la fe, que ha pesar de todos los poderes del mal, como dijo nuestro Señor: «*las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia*» (Cfr. Mt 16, 18).

Sufre un ataque particular el sacerdocio católico, sobre todo de parte de aquellos que buscan exaltar cualquier mancha que les parezca encontrar, sea verdadera o falsa, en los sacerdotes. Creen que los católicos somos tan necios como ellos. Enseña Santo Tomás de Aquino: «nadie deja de ser ministro de Cristo por ser malo; pues el Señor tiene siervos malos y buenos, como Él mismo dice: "*¿a quién tienes por siervo fiel y prudente?*" (Mt 24, 45); añadiendo a continuación: "*si dijere este mal siervo en su corazón*" (v. 48), etc. Y el Apóstol San Pablo: "*que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios*" (1Cor 4, 1); añadiendo después: "*de nada soy consciente, pero no estoy justificado en ello*" (v. 4). Es-

[3] Cfr. www.politicaydesarrollo.com.ar [visitado el 30 de noviembre de 2005].

taba cierto, por lo tanto, de ser ministro del Señor, y, con todo, no lo estaba de ser justo».[4]

Ha sido profetizado por nuestro Señor Jesucristo que habrá siempre, hasta el fin del mundo, trigo y cizaña (Cfr. Mt 13, 24-30). Finalmente, entre los Doce hubo uno que fue el traidor (o sea, el 8, 66%. Si ahora somos más de 1000 millones de católicos debe haber 86 millones de traidores en el mundo y de los alrededor de 400 mil sacerdotes católicos que hay en el mundo deben ser traidores 34.640... ¡porque no podemos ser más que Jesucristo!).

«Se puede, pues, ser ministro de Cristo sin ser justo. Esto es prueba de la excelencia de Cristo, pues, como a verdadero Dios que es, le sirve lo bueno y lo malo, pues todo lo ordena su providencia para su gloria... El sacerdote consagra el sacramento de la Eucaristía, no por propia virtud o poder propio, sino como ministro de Cristo, en cuya persona actúa. Por donde es claro que los sacerdotes, aunque sean pecadores, pueden consagrar la Eucaristía».[5]

III

Cuando nuestro Señor habla del Buen Pastor habla también de los malos pastores.

Como enseña San Agustín[6]: «hablando nuestro Señor Jesucristo a sus ovejas, tanto a las presentes como a las futuras, que entonces tenía delante (puesto que entre las que ya eran sus ovejas había otras que lo serían), tanto a las presentes como a las futuras, a ellos y a nosotros y a cuantos después de nosotros han de ser ovejas suyas, les manifiesta quién es el que les ha sido enviado.

[4] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 82, 5.

[5] Ibidem.

[6] Cfr. *Tratado sobre el Evangelio de San Juan*, Obras Completas, vol. XIV (Madrid 2009) 196-210. Desde las palabras: «Yo soy el buen pastor», hasta: «mas el mercenario huye, porque es mercenario y no le importan las ovejas».

Todas, pues, oyen la voz de su pastor, que dice: "*Yo soy el buen pastor*". No hubiera dicho *bueno* si no hubiera pastores *malos*. Los pastores malos son ladrones y salteadores, o, cuando más, mercenarios.[7] Debemos indagar, distinguir y conocer todas las personas que aquí ha mencionado. Ya el Señor ha revelado dos cosas que veladamente había propuesto. Ya sabemos que la puerta es Él mismo, y que Él mismo es el pastor. ¿Quiénes son los ladrones y los salteadores? Los que son extraños a Él, los que vienen para robar y matar. En el texto evangélico se nombra también al mercenario y al lobo, y fue nombrado también el portero. Entre los buenos están, por lo tanto, la puerta, el portero, el pastor y las ovejas; y entre los malos, los ladrones, los salteadores, los mercenarios y el lobo.

Sabemos que la puerta es Cristo, y que Él mismo es el pastor; ¿quién es el portero? Él mismo declaró las dos cosas primeras; el portero lo dejó a nuestra búsqueda. Y ¿qué dice del portero? "*A éste le abre el portero*". ¿A quién abre? Al pastor. ¿Qué abre el pastor? La puerta. Y ¿quién es la puerta? El mismo pastor. ¿Por ventura, si Cristo nuestro Señor, no hubiese dicho: "*Yo soy el pastor*", y: "*Yo soy la puerta*", se atreviera alguno de nosotros a decir que el mismo Cristo era el pastor y la puerta? Si hubiese dicho: Yo soy el pastor, y no hubiese dicho: Yo soy la puerta, indagaríamos quién era la puerta, y quizá, pensando otra cosa, nos hubiésemos quedado a la puerta. Por una gracia y misericordia suya nos explicó que Él es el pastor y que Él es la puerta, dejándonos a nosotros la indagación del portero. ¿Quién diremos nosotros que es el portero? A cualquiera que digamos, tenemos que evitar decir que es mayor que la puerta, como sucede en las casas de los hombres, en las que el portero es de mayor dignidad que la puerta. Pues el portero se pone para guardar la puerta, y no la puerta para guardar al portero.

[7] El que por dinero sirve a un poder enemigo.

Quizá debamos reconocer al mismo Señor en el portero. Mayor diversidad hay en las cosas humanas entre el pastor y la puerta que entre la puerta y el ostiario; y el Señor se llamó a sí mismo pastor y puerta. ¿Por qué no hemos de entender que es también el portero? Pues, si atendemos a las propiedades, Cristo nuestro Señor no es un pastor como los que acostumbramos a ver y conocer, ni tampoco es puerta, porque no fue hecho por ningún carpintero, pero, si atendemos a ciertas semejanzas, es pastor y es puerta, y aun me atrevo a decir que también es oveja; es cierto que la oveja está bajo el pastor; sin embargo, Él es pastor y es oveja. ¿Dónde es pastor? Lee el Evangelio: "*Yo soy el buen pastor*". ¿Dónde es oveja? Pregunta al profeta: "*Como oveja fue llevado al sacrificio*" (Is 53, 7). Pregunta al amigo del Esposo: "*he aquí al Cordero de Dios, he aquí al que quita los pecados del mundo* (Jn 1, 29). Aún he de decir algunas cosas más admirables sobre estas semejanzas. El cordero, la oveja y el pastor son amigos entre sí; pero los pastores suelen guardar a las ovejas de los leones, y, sin embargo, de Cristo, que es oveja y pastor, se dice que "*venció el león de la tribu de Judá*" (Ap 5, 5). Tomad, hermanos, todas estas cosas como semejanza, no como propiedades. Solemos ver a los pastores sentados sobre una piedra y desde allí vigilar los rebaños confiados a su custodia. Ciertamente es mejor el pastor que la piedra sobre la cual se sienta; Cristo, sin embargo, es pastor y es piedra. Todo esto por semejanza.

No nos aflija, pues, hermanos, tomarlo por semejanza como puerta y como portero. Pues ¿qué es la puerta? Por donde entramos. ¿Quién es el ostiario? El que abre. ¿Y quién es el que se abre sino el que a sí mismo deja ver? Pues bien, el Señor había dicho puerta y no le habíamos entendido; cuando no le hemos entendido es que estaba cerrada: el que abrió, ése es el ostiario.

¿Qué diremos del mercenario? No fue mencionado entre los buenos. "*El buen pastor*", dice, "*da su vida por las ovejas. El mercenario y el que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, viendo venir al lobo, abandona a las ovejas y huye, y el lobo las arrebata y dispersa* (Jn 10,

11-13). No lleva aquí el mercenario las partes de una persona buena, pero es de alguna utilidad; ni se llamaría mercenario si no percibiera el salario del patrón. ¿Quién es, pues, este mercenario tan culpable como necesario? Concédanos el Señor sus luces, hermanos, para conocer a los mercenarios y para que nosotros no seamos mercenarios. ¿Quién es, pues, el mercenario? Hay en la Iglesia algunos prelados de quienes dice el apóstol San Pablo que "*buscan sus propios intereses y no los de Jesucristo*" (Flp 2, 21). Con lo cual quiere decir que no aman gratuitamente a Cristo, que no buscan a Dios por Dios, que van en pos de las comodidades temporales, ávidos del lucro y deseosos de honores humanos. Cuando el pastor tiene amor a todo esto y por ello sirve a Dios, este tal, quienquiera que sea, es un mercenario; no se cuenta entre los hijos. De estos tales dice también el Señor: "*en verdad os digo que ya recibieron su paga*" (Mt 6, 5). Escucha lo que dice el Apóstol del santo varón Timoteo: "*espero en el Señor que pronto os enviaré a Timoteo, para que yo me alegre conociendo vuestras cosas; pues no tengo a otro más unido a mí, que por vosotros siente una solicitud hermana de la mía. Todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo*" (Flp 2, 19-21). Se lamenta el pastor de estar rodeado de mercenarios. Buscó a alguno que tuviese amor sincero a la grey de Cristo, y no lo encontró entre los que en aquel tiempo habían estado a su lado. No es que en aquel tiempo no hubiera en la Iglesia de Cristo, quién, como hermano, se desvelase por la grey, fuera del apóstol Pablo y Timoteo; pero sucedió que, cuando envió a Timoteo, no tenía cerca de sí a ninguno de sus hijos; los que tenía cerca de sí eran todos mercenarios, "*que buscan sus intereses y no los de Jesucristo*". Sin embargo, con fraterna solicitud, prefirió enviar a un hijo y quedarse él entre los mercenarios.

Sabemos que hay mercenarios, pero nadie los conoce sino Dios, que inspecciona el corazón, aunque a veces también nosotros los llegamos a descubrir, pues no de balde dijo el Señor de los lobos: "*por sus frutos los conoceréis*" (Mt 7, 16). Muchos en las tentaciones dejan transparentar sus intenciones, pero muchos se man-

tienen ocultos. Tiene el redil del Señor por dirigentes a hijos y a mercenarios. Los que son hijos son los buenos pastores.

Escuchad ahora que también los mercenarios son necesarios. Hay muchos en la Iglesia que, buscando comodidades terrenas, predican a Cristo, y por ellos se deja oír la voz de Cristo. Las ovejas siguen no al mercenario, sino la voz del pastor, oída a través del mercenario. Ya el mismo Señor señaló a los mercenarios cuando dijo: "*en la cátedra de Moisés se han sentado escribas y fariseos: haced lo que os dicen, pero no imitéis sus obras*" (Mt 23, 2). ¿Qué otra cosa quiso decir sino que por medio de los mercenarios escuchéis la voz del pastor? Sentados en la cátedra de Moisés, enseñan la ley de Dios; luego por ellos enseña Dios. Pero, si intentasen hablar de lo suyo propio, entonces no los escuchéis, ni obréis de acuerdo con sus enseñanzas. Ellos ciertamente buscan sus intereses propios, pero no los de Jesucristo; ninguno de ellos, sin embargo, se ha atrevido a decir al rebaño de Cristo que no busque los intereses de Jesucristo, sino los suyos propios. El mal que hace no lo predica desde la cátedra de Cristo; causa daño por el mal que obra, no por el bien que predica. Tú recoge los racimos y ten cuidado con las espinas. Esto basta, pues creo que me habéis entendido; pero, en atención a los más tardos, lo diré más claramente. ¿Por qué yo he dicho: recoge el racimo y ten cuidado con las espinas, cuando el Señor dice: "*¿por ventura se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos?*" (Mt 7, 16). Esto es absolutamente cierto; pero también yo digo con verdad que tomes las uvas y tengas cuidado con las espinas, porque a veces el racimo nacido de las raíces de la vid cuelga de las zarzas, y, creciendo el sarmiento, se entrelaza con las espinas, y la zarza lleva un fruto que no es suyo. La vid no tiene espinas, pero el sarmiento se ha enlazado con las espinas. Busca las raíces, y hallarás la raíz del espino separada de la vid; busca el origen de la uva, y verás que procede de la vid. La cátedra de Moisés era la vid; las costumbres de los fariseos eran las espinas. La verdadera doctrina suministrada por los malos es el sarmiento en la zarza, el racimo entre las espinas. Toma con cuidado, no sea

que, buscando el fruto, te lastimes la mano, y oyendo a quien dice cosas buenas, imites sus obras malas. "*Haced lo que dicen*"; escoged las uvas; "*no hagáis lo que hacen*"; cuidado con las espinas. Escuchad la voz del pastor en la voz de los mercenarios; no seáis vosotros mercenarios, pues sois miembros del pastor. El mismo apóstol San Pablo, que dijo que no tenía a nadie que fraternalmente se cuidara de vosotros, porque todos buscaban sus intereses y no los de Jesucristo, en otro lugar, estableciendo la diferencia entre los hijos y los mercenarios, sigue diciendo: "*unos por envidia y competencia, otros por su buena voluntad predican a Cristo; otros por caridad, porque saben que he sido puesto para defender el Evangelio; otros por contumacia anuncian a Cristo, sin guardar castidad, intentando con esto hacer más pesadas mis cadenas*" (Cfr. Flp 1, 13-19). Estos eran mercenarios; tenían envidia del apóstol San Pablo. ¿Por qué? Porque buscaban intereses temporales, van en pos de las comodidades temporales, ávidos del lucro y deseosos de honores humanos. Ved lo que dice a continuación: "*y ¿qué? De cualquier modo que sea, ya ocasionalmente, ya con recta intención, mientras Cristo sea anunciado, me gozo y me gozaré en ello* (Flp 1, 15-18). Cristo es la Verdad. Esta verdad es anunciada ocasionalmente por los mercenarios; por los hijos es anunciada en verdad. Los hijos esperan pacientemente la herencia eterna del Padre; los mercenarios exigen la pronta paga del patrón. Para mí no tiene valor la gloria humana, que tanto envidian los mercenarios, con tal que la gloria divina de Cristo se difunda, bien sea por la voz de los mercenarios, bien por la voz de los hijos; "*y Cristo sea anunciado, ya ocasionalmente, ya verdaderamente*".

Ya hemos visto también quién es el mercenario. ¿Quién es el lobo sino el diablo? ¿Qué es lo que dice del mercenario? "*En viendo venir al lobo huye, porque no son suyas propias las ovejas ni le importa el cuidado de las ovejas*". ¿Fue tal el apóstol San Pablo? No. ¿Fue tal San Pedro? No. ¿Fueron tales todos los demás apóstoles, a excepción de Judas, que era el hijo de perdición? No. ¿Eran ellos pastores? Enteramente pastores...

¿Quién es el mercenario? El que, viendo venir al lobo, huye, porque busca su interés, no el de Jesucristo; no se atreve a reprender con libertad al que peca. Pecó no sé quién, pecó gravemente; debe ser reprendido, debe ser excomulgado; pero, excomulgado, será un enemigo, maquinará y causará daños cuando le sea posible. El que busca su interés y no el de Jesucristo, por no perder lo que pretende, por no perder la satisfacción de la amistad de un hombre y soportar las molestias de una enemistad, calla y no lo reprende. Aquí tenéis al lobo con las garras en la garganta de la oveja. El diablo ha incitado a uno de los fieles a cometer un adulterio; tú callas, no le reprendes. ¡Oh mercenario!, viste venir al lobo, y has huido. Puede ser que responda: aquí estoy, no he huido. Has huido, porque has callado, y has callado, porque has temido. El temor es la huida del alma. Con el cuerpo te has quedado, pero has huido con el espíritu; lo cual no hacía quien decía: "*aunque con el cuerpo estoy ausente, estoy presente con el espíritu*" (Col 11, 5). ¿Cómo había de huir con el espíritu quién, estando ausente con el cuerpo, reprendía en sus cartas a los fornicadores? Nuestros afectos son movimientos del alma: la alegría es la expansión del alma; la tristeza es la contracción del alma; los buenos deseos son el progreso del alma; el temor es la fuga del alma. Expansionas tu ánimo cuando te alegras, lo contraes cuando te entristeces, lo haces adelantar cuando deseas, lo haces huir cuando temes. Ahí tienes por qué se dice que el mercenario huye cuando ve al lobo. ¿Por qué huye? "*Porque no le importa el cuidado de las ovejas*". ¿Por qué *no le importa*? "*Porque es mercenario*", que quiere decir que busca una gratificación temporal, y por eso no habitará en la casa para siempre».

IV

Hay pastores buenos y malos y los habrá siempre. ¡Está profetizado! Frente a los malos, no nos escandalicemos como fariseos. ¡No disminuyamos la excelencia de Cristo, que también eso lo ordena para su gloria!

Eso sí, recemos para no imitar a los malos, y para que el mayor número posible sean buenos, como lo pedimos de estos recién ordenados a quienes encomendamos a la Santísima Virgen.

Termino con una poesía de la Teresona[8]:

«Todos los que militáis
debajo desta bandera,
ya no durmáis, ya no durmáis,
pues que no hay paz en la tierra.

Y como capitán fuerte
quiso nuestro Dios morir,
Comencémosle a seguir,
pues que le dimos la muerte.

¡Oh, qué venturosa suerte
se le siguió desta guerra!
Ya no durmáis, ya no durmáis,
pues Dios falta de la tierra.

Con grande contentamiento
se ofrece a morir en cruz,
por darnos a todos luz
con su grande sufrimiento.

¡Oh glorioso vencimiento!
¡Oh dichosa aquesta guerra!
Ya no durmáis, ya no durmáis,
pues Dios falta de la tierra.

No haya ningún cobarde,
aventuremos la vida,

[8] Cfr. *Obras Completas*, Poesías (Madrid 2006) 664.

que no hay quien mejor la guarde
que el que la da por perdida.

Pues Jesús es nuestra guía,
y el premio de aquesta guerra;
ya no durmáis, ya no durmáis,
porque no hay paz en la tierra.

Ofrezcámonos de veras
a morir por Cristo todas.
Y en las celestiales bodas
estaremos placenteras.

Sigamos estas banderas,
pues Cristo va en delantera,
no hay que temer, no durmáis,
porque no hay paz en la tierra».

15

El más puro e íntimo sentido de la oración

En la mística ciudad de Asís, se encuentra la pequeña, hermosa y sugestiva iglesita de San Damián, cuyo origen se remonta a los siglos VII y VIII. En 1207 San Francisco, siguiendo el pedido de Jesucristo que le habló desde el Crucifijo bizantino -llamado de San Damián por encontrarse allí- inició la reparación de la misma con sus propias manos. En efecto Jesús le había dicho: «*Francisco, repara mi Iglesia que amenaza ruina*». Este Crucifijo estuvo en la iglesia de San Damián hasta el 1260, año en que las Clarisas se mudaron al nuevo Monasterio, llevándolo con ellas, razón por la cual, ahora se encuentra en la llamada Capilla del Crucifijo en la Basílica de Santa Clara. Pudimos visitarlo detenidamente y experimentar la fascinación que produce en diciembre de 2009.

En realidad, el significado de las palabras de Jesucristo superaba el hecho de reconstruir los muros de esa pequeña Iglesia y se refería, proféticamente, a la Iglesia entera.

En la iglesita de San Damián se estableció el primer Monasterio de las Clarisas, desde 1212 hasta 1260. Allí vivió 42 años Santa Clara. Allí murió el 11 de agosto de 1253. Allí, debajo del jardín de Santa Clara, estaba la cabaña de esteras[1] donde escribió gran parte

[1] Tejido grueso de esparto, juncos, palma, etc., o formado por varias pleitas cosidas, que sirve para cubrir el suelo de las habitaciones y para otros usos.

del '*Cántico de las Creaturas*' San Francisco de Asís en el invierno de 1224-1225. Por allí fue llevado San Francisco después de muerto, el 4 de octubre de 1226, para que lo veneraran Santa Clara y sus monjas, siendo sepultado luego en la iglesia de San Jorge, en donde actualmente se levanta el Monasterio nuevo de las Clarisas. Allí, el 16 de julio de 1228, el Papa Gregorio IX visitó, con ocasión de la canonización de San Francisco y de la bendición de la piedra fundamental de su futura Basílica, a Santa Clara. Allí, el Papa pidió a la Santa que bendijese la cena y se formó una cruz sobre cada pan. Allí, en 1240 la Santa rechazó con el Santísimo Sacramento a los sarracenos de Federico II liberando al Monasterio y a la ciudad; hecho que se repitió en 1241 contra los aventureros de Vital de Aversa; prodigios estos que se siguen recordando todos los años el 22 de junio con ocasión de la fiesta del 'Voto' (que hicieron los habitantes de Asís en agradecimiento a su Santa Patrona). Allí, en 1253, en la vigilia de su muerte, fue visitada por el Papa Inocencio IV.

Allí, en el fondo de la Iglesia, hay un coro de madera que en la parte superior de los asientos, lleva taraceada[2] una bella inscripción que invita al más puro e íntimo sentido de la oración:

Non vox sed votum,
non clamor sed amor,
non cordula sed cor,
psalat in aure Dei,
lingua consonet menti
et mens concordet cum Deo.

Non la voce ma l'anima,
non le parole ma l'amore,
non strumenti ma il cuore,

[2] Embutido hecho con pedazos pequeños de chapa o de madera en sus colores naturales, o de madera teñida, nácar y otras materias.

fan preghiere alle orecchie di Dio,
la lingua consoni con la mente
e la mente concorde con Dio.

No el ruido de la voz sino el deseo,
no el clamor sino el amor,
no las cuerdas vocales sino el corazón,
salmodie al oído de Dios,
la lengua sintonice con la mente
y la mente sintonice con Dios.

Ya decía San Agustín: «*alabemos al Señor Dios nuestro no solamente con la voz, sino también con el corazón. La voz que va dirigida a los hombres es el sonido; la voz para Dios es el afecto*».[3] Y también: «*no podréis experimentar qué verdadero es lo que cantáis, si es que no empezáis a obrar lo que cantáis. Todo lo que yo diga, de cualquier modo y con cualesquiera palabras que lo explique, no entrará en el corazón de aquél en que no existan sus obras. Empezad a obrad y veréis lo que yo estoy diciendo. Entonces fluyen las lágrimas a cada palabra, entonces se canta el salmo y el corazón hace lo que canta el salmo. Pues ¿cuántos hay que con su voz cantan y están mudos en su corazón? ¿Y cuántos otros hay que callan sus labios y están clamando con el afecto? Porque los oídos de Dios atienden al corazón del hombre, como los oídos del cuerpo atienden a la boca del hombre, así es el corazón del hombre a los oídos de Dios*».[4]

Recordaba el Papa Pío XII: «*sin embargo lo principal, lo que todos han de procurar con la mayor diligencia y cuidado, es que* ***"nada se anteponga al servicio divino"***.[5] *Porque "aunque sabemos que Dios está presente en todas partes... sin embargo, debemos sobre todo creer esto sin la menor duda, cuando asistimos al Oficio divino... Pensemos, por consiguiente, cómo se debe estar en presencia de la Divinidad y de sus ángeles, y estemos de*

[3] SAN AGUSTÍN, *Sermo* 275, 1: PL 38, 1705.
[4] SAN AGUSTÍN, *Enarrationes in Ps.* 119, 9: PL 37, 1604.
[5] *Reg. S. Benedicti.*, c. 43.

tal modo mientras salmodiamos, ***que nuestra mente concuerde con nuestra voz***'[6]».[7] Y continúa: «*...lo principal en la vida Benedictina es que todos, mientras que con sus manos o con sus inteligencias están ocupados en diversos trabajos, cada uno debe aspirar con empeño a dirigir su intención continuamente a Jesucristo, a inflamarse en su más perfecto amor. Porque ni las cosas terrenas, ni todo lo de este mundo puede saciar el corazón del hombre creado por Dios para poseerlo; antes al contrario, todos esos seres han recibido del Criador la misión de estimular y encaminar al hombre, como por escalones, a la posesión del Sumo Bien. Por lo cual, es muy necesario* ***"no anteponer nada al amor de Jesucristo"***[8]*;* ***"amar a Jesucristo sobre todo"***[9]*,* ***"nada absolutamente preferir a Jesucristo, para que Él nos conduzca a la vida eterna"***[10]».[11]

Esta es la razón profundísima por la que Santo Tomás de Aquino puede gritar para todos los siglos venideros esta verdad de a puños, o sea, evidente: ***«...es necesario para la perfección de la sociedad humana que algunos se dediquen a la vida contemplativa»***.[12]

En otro lugar insiste Pío XII: «*a la excelsa dignidad de esta Oración de la Iglesia debe corresponder la intensa devoción de nuestra alma. Y puesto que la voz del orante repite los cánticos escritos por inspiración del Espíritu Santo, que proclaman y exaltan la perfectísima grandeza de Dios, es también necesario que a esta voz acompañe el movimiento interior de nuestro espíritu para hacer nuestros aquellos sentimientos con que nos elevamos al Cielo, adoramos a la Santísima Trinidad y le rendimos las alabanzas y acciones de gracias debidas.* ***"Debemos cantar los Salmos de manera que***

[6] *Reg. S. Benedicti*, c. 19.
[7] PÍO XII, *Carta encíclica* «*Fulgens Radiatur*» (21 de marzo de 1947).
[8] *Reg. S. Benedicti,* c. 4.
[9] *Reg. S. Benedicti*, c. 5.
[10] *Reg. S. Benedicti*, c. 72.
[11] PÍO XII, *Carta encíclica* «*Fulgens Radiatur*» (21 de marzo de 1947).
[12] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent*, 26, 1, 2: «ad perfectionem humanae multitudinis sit necessarium aliquos contemplativae vitae inservire».

***nuestra mente concuerde con nuestra voz*".**[13] *No se trata, pues, de una simple recitación ni de un canto que, aunque perfectísimo según las leyes del arte musical y las normas de los Sagrados Ritos, llegue tan sólo al oído, sino que se trata sobre todo de una elevación de nuestra mente y de nuestra alma a Dios, a fin de que nos consagremos nosotros mismos y todas nuestras acciones a Él, unidos con Jesucristo.*

De esto depende, y ciertamente no en pequeña parte, la eficacia de las oraciones. Las cuales, si no son dirigidas al mismo Verbo hecho Hombre, acaban con estas palabras: "Por Nuestro Señor Jesucristo", que, como Mediador ante Dios y los hombres, muestra al Padre celestial su intercesión gloriosa, "como que está siempre vivo para interceder por nosotros" (Heb 7, 25)».[14]

Enseña por su parte San Francisco: «*...no poniendo su atención en la melodía de la voz, sino en la consonancia de la mente, para que la voz sintonice con la mente y la mente sintonice con Dios*».[15]

Hoy participamos de esta profesión de votos perpetuos de estos religiosos que están dispuestos a continuar la tradición multisecular y doblemente milenaria de la vida contemplativa en la Iglesia católica.

[13] *Reg. S. Benedicti*, c. 19.

[14] PÍO XII, *Carta Encíclica* «*Mediator Dei*» (20 de noviembre de 1947) 180-181: «*Excelsae dignitati eiusmodi Ecclesiae precationis intenta animi nostri pietas respondeat oportet. Ac quandoquidem orantis vox ea repetit carmina, quae Spiritus Sancti afflatu conscripta sunt, quaeque perfectissimam Dei amplitudinem declarant atque efferunt, necesse quoque est ut hanc vocem internus nostri spiritus motus ita comitetur, ut eosdem sensus illos efficiamus nostros, quibus ad caelum erigamur, quibus sanctam adoremus Trinitatem, et quibus laudes ac grates eidem tribuamus debitas : "Sic stemus ad psallendum ut mens nostra concordet voci norae" (S. Benedict. Regula Monachorum. c. 19). Non igitur de recitatione tantum; agitur, vel de cantu, qui, quamvis ex musicae artis sacrorumque rituum normis sit perfectissimus, aures tamen solummodo attingat, sed potissimum de ascensu mentis animique nostri ad Deum, ut eidem nosmet ipsos, omnesque actiones nostras, Iesu Christo coniuncti, penitus addicamus.*

Inde profecto pro supplicationum nostrarum non exigua parte efficacitas pendet. Quae quidem, si ad ipsum Verbum, hominem factum, non admoventur, hisce verbis concluduntur "per Dominum nostrum Iesum Christum"; qui, utpote nostrum Deique conciliator, stigmata sua gloriosa caelesti Patri ostendit, "semper vivens ad interpellandum pro nobis" (Heb 7, 25)».

[15] Carta a toda la Orden (alrededor del año 1220). En J. A. GUERRA (ed.), *San Francisco*. Escritos, biografías, documentos de la época (Madrid 2006) 83.

Pedimos férvidamente que en ningún momento de sus vidas se olviden que su obligación más importante es dar cumplidamente ***gloria a Dios,*** pero también que la calidad de su oración es absolutamente necesaria para la sociedad humana, tanto individual como familiar, tanto política como social y económica, a nivel tanto municipal y nacional como internacional, tanto para la sociedad civil o Estado cuanto para la sociedad sobrenatural o Iglesia. Porque ayer, hoy, y siempre: «...***es <u>necesario</u> para la perfección de la sociedad humana que algunos se dediquen a la vida contemplativa***».[16]

Que muchas veces vayan espiritualmente a San Damián en Asís y escuchen de la madera taraceada hace siglos:

Non vox sed votum,
non clamor sed amor,
non cordula sed cor,
psalat in aure Dei,
lingua consonet menti
et mens concordet cum Deo.

[16] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent*, 26, 1, 2: «ad perfectionem humanae multitudinis sit necessarium aliquos contemplativae vitae inservire».

16

Cambiado el sacerdocio, cambia la Ley (Heb 7, 12)

Sí, *nos capacitó para ser ministros de la Nueva Alianza* (*o Nueva Ley*) (2Cor 3, 6). ¿Cuándo nos capacitó? Cuando instituyó el sacerdocio católico, ordenando a los Apóstoles y mandándoles: *Haced esto en conmemoración mía* (Lc 22, 19). Y nos pudo hacer partícipes de su sacerdocio, porque Él fue Sacerdote, primero y sumo. En efecto, al encarnarse en el seno de la Virgen, o sea, al asumir una naturaleza humana, uniéndose hipostáticamente a la misma, fue constituido Sacerdote, Sumo y Eterno, consagrado y ungido por el Espíritu Santo[1] y enviado por el Padre para una misión: la misión de salvar a todos los hombres haciéndolos partícipes de su unción.[2]

Es decir que, con la Encarnación del Verbo tenemos un Nuevo Sacerdote y, por tener un Nuevo Sacerdote, tenemos una Nueva Alianza o Nueva Ley, y tenemos un Nuevo Sacrificio, porque *cambiado el sacerdocio*, *cambia la Ley* (Heb 7, 12). Entonces, somos ministros de la Nueva Alianza, porque Cristo inauguró un Nuevo Sacerdocio.

Se trata de un sacerdocio nuevo, porque Jesucristo, de quien se dicen estas cosas, pertenecía a otra tribu,[3] de la cual nadie sirvió al

[1] Cfr. Lc 4, 18.

[2] Cfr. Concilio Ecuménico Vaticano II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 2.

[3] Cfr. Mt 1, 16.

altar.[4] Y es bien manifiesto que nuestro Señor procedía de Judá, y a esa tribu para nada se refirió Moisés al hablar del sacerdocio.[5] Por esa razón no es Jesucristo sacerdote según Aarón, sino según Melquisedec porque suscitó: (el Señor) *otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, y no a semejanza de Aarón* (Heb 7, 11). El sacerdocio de Jesucristo no pertenece al sacerdocio levítico o aarónico.

Se trata de un sacerdocio perfecto, es decir, que puede conducir a los hombres a la perfección, a la unión perfecta con Dios. No era así el sacerdocio levítico: *si la perfección estuviera en poder del sacerdocio levítico -pues sobre él descansa la Ley dada al pueblo-, ¿qué necesidad había ya de que surgiera otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, y no a semejanza de Aarón?* (Heb 7, 11). Por razón de la imperfección del sacerdocio levítico -que era impotente para santificar moralmente y proporcionar la salud eterna-,[6] Dios instituyó otro sacerdocio nuevo, perfecto.

Y Dios sustituye lo imperfecto con lo perfecto, y no al revés, como enseña San Pablo: *Cuando vendrá lo perfecto, desaparecerá lo parcial* (1Cor 13, 10). «La figura ha pasado y ha llegado la realidad: en lugar del cordero está Dios, y en lugar de la oveja está un hombre, y en este hombre está Cristo, que lo abarca todo», dice Melitón de Sardes.[7]

Es un sacerdocio totalmente distinto, de distinta especie, lo cual se advierte por las palabras que se usan: «Esta distinción se indica con la palabra ἕτερον, pues la voz ἕτερον no indica "otro (ἄλλος) sacerdote del mismo género" sino "otro de especie diversa". Además, la diversidad de este sacerdocio se manifiesta tam-

[4] L. CL. FILLION, *Sainte Bible*, VIII (París 1903) 578: Servir al altar: «expresión solemne, que resume las funciones de los sacerdotes».

[5] Cfr. Heb 7, 13-14.

[6] J. M. BOVER, *Teología de San Pablo* (Madrid 1967) 281.

[7] SAN MELITÓN DE SARDES, *Sobre la Pascua*, Núms. 2-7. 100-103: SC 123, 60-64. 120-122: «Figura enim tránsiit et véritas est invénta...».

bién por el Sl 110, 4, donde el nuevo sacerdocio es denominado no según el orden de Aarón sino según el orden de Melquisedec».[8]

Por tanto, el sacerdocio de Jesucristo no sucede al sacerdocio levítico, sino que el sacerdocio levítico es abolido, es abrogado, es sustituido, de tal manera que el sacerdocio levítico se convierte en muerto (no obliga ni tiene virtud expiatoria) y mortífero (pecan mortalmente los que lo practican, a sabiendas de que ha sido abolido).[9]

Cuando Santo Tomás comenta estos textos de la carta a los Hebreos dice: «El sacerdocio de Cristo es preferido/ es puesto en preeminencia/ pasa adelante/ supera al sacerdocio levítico»[10] (*Sacerdotium Christi praefertur sacerdotio levitico*).

El Sacerdocio de Jesucristo es de una mediación eficaz, realiza lo que significa: *Todo esto es mucho más evidente aún si surge otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, que lo sea, no por ley de prescripción carnal, sino según la fuerza de una vida indestructible. De hecho, está atestiguado: Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec. De este modo queda abrogada la ordenación precedente, por razón de su ineficacia e inutilidad, ya que la Ley no llevó nada a la perfección, pues no era más que introducción a una esperanza mejor, por la cual nos acercamos a Dios* (Heb 7, 15-19). El sacerdocio levítico era de una mediación ineficaz.

El Sacerdocio de Jesucristo fue hecho bajo juramento de Dios: *Y por cuanto no fue sin juramento -pues los otros fueron hechos sacerdotes sin juramento, mientras este lo fue bajo juramento por Aquel que le dijo: «Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre»- por eso, de una mejor Alianza resultó fiador Jesús* (Heb 7, 20-22).

El Sacerdocio de Jesucristo es uno y perpetuo: *Además, aquellos sacerdotes fueron muchos, porque la muerte les impedía perdurar. Pero este*

[8] P.F. CEUPPENS, *Quaestiones selectae ex epistulis S. Pauli* (Roma 1951) 211.
[9] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, I-II, 103, 4, ad1.

posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre. De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por Él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor. Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos, que no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados propios como aquellos Sumos Sacerdotes, luego por los del pueblo: y esto lo realizó de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Es que la Ley instituye sumos sacerdotes a hombres frágiles: pero la palabra del juramento, posterior a la Ley, hace el Hijo perfecto para siempre (Heb 7, 23-28). Jesucristo no tiene sucesores. A Jesucristo no lo sucede nadie. Nadie lo sustituye a Él. No puede haber un sacerdocio más perfecto. Los Apóstoles y sus sucesores -obispos y sacerdotes- no multiplican el único Sacerdocio de Jesucristo, sólo se multiplican los sujetos que participan del único Sacerdocio de Jesucristo. Ni el Papa es sucesor de Jesucristo. Ni todos los Papas juntos más todos los obispos y sacerdotes juntos. El Papa sólo es sucesor de San Pedro. De Jesucristo no es sucesor, es tan sólo Vicario.

Jesucristo no sucede a nadie, porque su sacerdocio es Nuevo. Todo sacerdote, depende, por ser figura en el Antiguo Testamento o realidad en el Nuevo, de Jesucristo, porque su sacerdocio es Sumo. Jesucristo no es sucedido por nadie, porque su sacerdocio es Eterno.

El sacerdocio levítico era temporal, el de Jesucristo es eterno. El sacerdocio levítico era mutable, el de Jesucristo es inmutable. El sacerdocio levítico era figura que pasa, el de Jesucristo es la realidad que perdura por eternidad de eternidades. El primero era sólo para el pueblo judío, el segundo es para todos los pueblos, de toda la humanidad, a través de todos los siglos, para todas las razas, en todas las culturas y en todas las lenguas.

[10] SANTO TOMAS DE AQUINO, *Ad Haeb* 7, 3.

La ley antigua precede al sacerdocio levítico, pero el Nuevo Sacerdote precede a la Nueva Ley. Así aparece en el paréntesis *pues sobre él descansa la Ley dada al pueblo* (Heb 7, 11). El paréntesis, *pues el pueblo bajo él* - ἐπ' αὐτῆς- *recibió la ley*, muestra la debilidad e impotencia de la misma ley; la expresión ἐπ' αὐτῆς, *sub ipso*, se refiere al sacerdocio levítico, y no significa que el pueblo en el tiempo del sacerdocio recibió la ley, puesto que supondría que el sacerdocio ya antes de la ley se había originado. Lo cual no es verdadero, pues ἐπι con genitivo significa «aquello en lo que (*quo*) algo se apoya (se basa, se funda: *innititur*)»; que en nuestro lugar significa que «la ley estaba basada (*innixa est*) en el sacerdocio»,[11] de manera que el sacerdocio es fundamento sobre el cual toda la ley se construye, la ley se funda en el sacerdocio y no subsiste sino por él, de donde si el sacerdocio es imperfecto, *a fortiori* lo es la ley que se funda sobre el sacerdocio, de lo cual viene la indicación del autor en el v.12: *cambiado el sacerdocio*, *es necesario que se produzca el cambio también de la ley*. La supresión del sacerdocio pide la supresión de toda la antigua economía. Pero, ¿de qué modo la ley se funda en el sacerdocio? Los sacerdotes ejercen el culto que debe conducir a los hombres a la unión con Yahveh; el mismo culto está dirigido por la ley, pues la ley en gran parte versa acerca del culto, y de este modo debe ordenar el culto a fin de que los hombres lleguen eficazmente al fin propuesto. Así pues, la ley se funda en el culto, y el culto, por su parte, en el sacerdocio; si el sacerdocio es imperfecto, también será imperfecto el culto, y también lo será la ley.

Y dice el P. Spicq: «El paréntesis "sobre el cual se funda la legislación dada al pueblo"... supone que la religión es acceder a Dios, y en consecuencia se concentra o reposa esencialmente sobre el sacerdote, y significa por tanto que toda la institución mosaica está subordinada al sacerdocio levítico, y allí tiene su

[11] Cfr. F. ZORELL, *Lexicon graecum NT* (París 1931) 473.

validez y su eficacia religiosa. Si este fundamento se derrumba, la ley cae con él.

La conclusión es que habiendo cambiado el orden sacerdotal por la venida de Cristo, se produce una "metáthesis",[12] un cambio total en la antigua ley, que no había sido dada más que a un solo pueblo y por un tiempo determinado. Debe observarse que el sacerdocio no fue suprimido, pues esta institución quedará siempre indispensable para unir a los hombres con Dios; pero hay una evolución en la economía providencial de la salvación. En consecuencia, la transformación y el pasaje de una alianza a otra son no sólo inevitables, sino también concomitantes».[13]

Ya enseñaba Santo Tomás: «La Ley estaba bajo la administración del sacerdocio; por tanto, cambiado el sacerdocio, es necesario que cambie la ley. La razón de esto es que, cambiado el fin, es necesario que se cambien también aquellas cosas que se ordenaban al fin, como quien cambia el propósito que tenía de navegar, cambia también el propósito de conseguir la nave. Ahora bien, toda ley se ordena a la convivencia humana según cierto gobierno. De donde, según dice el Filósofo en la Política, cambiada la convivencia, es necesario que cambie la ley. Pero, así como la ley humana se ordena al gobierno humano, así la ley espiritual y divina se ordena al gobierno divino. Este gobierno se designa por el sacerdocio. Por tanto, cambiado el sacerdocio, es necesario que se traslade la ley».[14]

En el párrafo citado, la ley divina se ordena al gobierno divino, cifrado por el sacerdocio. La ley se ordenaba al sacerdocio. Es el sacerdote el mediador entre Dios y los hombres; y media -es decir, une- administrando un régimen de santificación (gobernando las

[12] La palabra utilizada en el texto griego de Heb 7, 12 para indicar el cambio de la ley es μετάθεσις.

[13] C. SPICQ, *L'épitre aux Hebreux* (París 1977) 124-125.

[14] *Ad Hb.*, VII, III, 350.

almas en el sentido de dirigirlas hacia Dios). Cambiado el sacerdocio en cuanto a su esencia, cambia evidentemente su gobierno de las almas, su modo de dirigirlas a Dios. La ley es, pues, de alguna manera, la expresión de la naturaleza del sacerdocio.

Por eso, a continuación, el Angélico señala con fuerza que cambia el sacerdocio y no el sacerdote: «Habla significativamente (la Epístola) pues no dice "cambiado el sacerdote". La ley, en efecto, no mira a la persona del sacerdote. De aquí que muerto el sacerdote no cambie la ley a menos que esta haya sido introducida a causa de la persona del sacerdote. En cambio, cambiado el sacerdocio, cambia todo el modo y también el orden del gobierno».[15]

Resulta evidente la dependencia de la ley respecto del sacerdocio, pero siendo la ley anterior al sacerdocio levítico, tal dependencia sólo es posible si la ley se ordena como a su fin al sacerdocio. Lo refuerza la excepción introducida para distinguir entre sacerdote y sacerdocio: no cambia en razón del «sacerdote» a menos que haya sido dada en razón personal del mismo; precisamente la Ley Antigua no fue dada en función de ningún sacerdote particular pero sí en función del «sacerdocio» antiguo. ¿Con qué función? En función de un sacerdocio -y de la economía salvífica basada en ese sacerdocio- ineficaz, para que el hombre *sub lege* probara su incapacidad de salvarse del pecado que la ley le mostraba sin darle eficacia para vencerlo.

Entre el sacerdocio levítico y el Sacerdocio de Jesucristo tenemos en común que ambos, a su manera, eran mediadores entre Dios y los hombres, y ambos, a su manera, eran administradores de la ley, pero son mediadores y administradores de especies diversas. Veamos las diferencias respecto a la enseñanza, a la santificación y al pastoreo.

[15] *Ad Hb.*, VII, III, 351.

Los «ministros de la Nueva Alianza» en su predicación deben sintonizar con el Viento de Pentecostés, espirando, de alguna manera, al Espíritu Santo, y sabiendo hablar al Maestro interior que está presente en todo bautizado. No hay «letra» exterior que valga más. No hay «másora» que valga más que la Ley infusa.

Los «ministros de la Nueva Alianza» en el pastoreo de las almas deben saber que estas no son suyas, sino de Cristo.[16] No somos ovejas de tal Papa, o de tal Obispo, o de tal sacerdote. Ningún Papa, ningún Obispo, ningún sacerdote resucitará al tercer día por nosotros. Sí somos de tal Papa, de tal Obispo -el propio-, de tal sacerdote, en razón de que son el medio puesto por Jesucristo para unirnos auténticamente a Él. Ninguno de los que estamos aquí quiere entregarse a Dios sólo por tal Papa, o tal Obispo, o tal sacerdote, y, si alguno hubiere, lo mejor que puede hacer es volverse a su casa. Por tanto el único interés respecto a las ovejas debe ser el servicio de las mismas, de lo cual nos dio ejemplo el mismo Jesucristo. Si tenés algún otro interés, ¡volvéte a tu casa! El Pastor de la Nueva Alianza es el que *da la vida por las ovejas* (Jn 10, 11).

Los «ministros de la Nueva Alianza» existen en orden a la santificación de los hombres. Los hebreos tuvieron una hecatombe de víctimas quemadas en el altar del Templo de Jerusalén, en el monte Sión, de 14 mts. por 14 mts. y 4 mts. de alto, donde se quemaban por fuego venido del cielo, que nunca debía apagarse. ¿Tienen ahora los cristianos un sacrificio eficaz que una a los hombres con Dios? Ciertamente, un único sacrificio: el de la cruz. Pero eso ocurrió hace casi 2000 años, ¿quiere decir que los hombres de las generaciones siguientes, de esta generación y de las venideras no tienen sacrificio según lo reclama su naturaleza? De ninguna manera, el Señor estableció para todos los tiempos el

[16] Cfr. Jn 21, 15.16.17.

Sacrificio de la Nueva Alianza cuando murió en la cruz, que, a su vez, había mandado perpetuar en la Última Cena. ¿Quiere esto decir que ya los hombres no tienen un sacrificio cruento para ofrecer a Dios por sus pecados? En absoluto. Lo que se ofrece en la Misa es la misma Víctima de la cruz, es el mismo Cuerpo entregado y la misma Sangre derramada en la cruz, aunque en forma incruenta, en especie distinta, es decir, sacramental. Lo exige la Ley Nueva, que es la Ley del Espíritu, de la que somos ministros por juramento y promesa de Dios. Pero, ¿ya no hay fuego? Sí que lo hay, es el Espíritu Santo *ignis altaris* (Ap 8, 5).[17] Pero, ¿no hay cuchillo que victime? Sí que lo hay, porque el sacerdote al consagrar las especies de pan y de vino, separa «con tajo incruento el Cuerpo y la Sangre del Señor, usando de su voz como de una espada», como dice San Gregorio Nacianceno.[18] Más aún, el instrumento principal de victimación es el amor, ya que «¡*Amor sacerdos inmolat*»!

De tal manera, que en la Nueva Alianza no tenemos millones de víctimas, sino Una sola, que forma un solo Cuerpo místico. No tenemos miles de sacerdotes, sino Uno solo, en Quien ofrecemos el mismo y único sacrificio, ya que lo hacemos *in persona Christi*. No tenemos un solo Templo con un solo altar, sino miles de Templos con miles de altares, que son Uno solo. No tenemos sacrificios de manera visiblemente cruenta, sino de manera incruenta, como corresponde a la Ley del Espíritu, como corresponde a la Nueva y Eterna Alianza.

El Nuevo y Eterno Sacerdote fue virgen y de Madre virgen, que inauguró la Alianza del Espíritu, como por connaturalidad ha movido a que sus ministros sean célibes, ciertamente todos los de primer orden -los obispos-, los de segundo orden -en el rito latino-, e innumerables laicos y laicas de todos los tiempos que «son

[17] Cfr. Heb 9, 14.
[18] *Enchiridium Patristicum*, 171.

un don divino que la Iglesia recibió del Señor y con su gracia conserva perpetuamente».[19]

Somos, (o seremos) «ministros de la Nueva Alianza». ¡Nunca lo olvidemos! ¡Es nuestro timbre de honor!

[19] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución Dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 43.

17

Las bienaventuranzas sacerdotales

Quiero referirme a un aspecto del misterio de la Santísima Virgen, pero aplicándolo particularmente al sacerdote. Cuando la Virgen canta el Magnificat dice: «*en adelante todas las generaciones me llamaran bienaventurada*» (Lc 1, 48), y antes Isabel le había dicho: «*feliz de ti María*, (bienaventurada de ti María) *por haber creído*» (Lc 1, 45), por haber tenido fe. Hoy celebramos una fiesta muy hermosa de la Virgen, su Asunción en cuerpo y alma a los cielos. Ella mereció subir a los cielos en cuerpo y alma por los méritos que ganó su Hijo al morir en la cruz y porque fue fiel a la gracia, de tal manera que vivió en plenitud las bienaventuranzas. Quiero por eso hoy referirme a lo que podríamos llamar las 'bienaventuranzas sacerdotales', que por supuesto pueden también aplicarse, a su modo, a todo bautizado.

Las bienaventuranzas son ocho, aunque hablando con propiedad son siete, ya que la octava es una confirmación de las anteriores. Y si bien las bienaventuranzas son miles, Nuestro Señor señala siete (por ejemplo no pone «bienaventurada por haber creído»), pues todas las bienaventuranzas que existen se pueden reducir a una de esas siete que señala Nuestro Señor en el Evangelio de San Mateo (cfr. Mt 5, 1-12).

¿Qué son las bienaventuranzas? Son aquellos actos que hacen feliz al hombre. Las bienaventuranzas son los actos heroicos de los santos. Son todas esas obras que tienen una especial enverga-

dura, una especial calidad, sea por lo que cuestan, sea por la perseverancia que implican, sea por el mérito que conllevan. Se atribuyen principalmente a los dones del Espíritu Santo presentes en nuestra alma, aunque por supuesto también implican el ejercicio de las virtudes.

I

En la primera bienaventuranza nos enseña Nuestro Señor: «*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*» (Mt 5, 3).

¡Qué hermoso que es cuando nos encontramos con un sacerdote verdaderamente pobre! En seguida uno le presta atención. No esta detrás del dinero, es uno que sirve a dos señores, sino solamente a Jesucristo. En este sentido, los sacerdotes debemos vivir la pobreza hasta sentir -como ha dicho últimamente el Papa- «el aguijón de la pobreza», particularmente quienes hacemos voto de pobreza.

Esa pobreza se refiere primero a uno mismo, es decir no debemos considerarnos gran cosa. Por eso la pobreza de espíritu es propia de los humildes. En segundo lugar implica una gran confianza en Dios, porque uno no pone la confianza en los bienes materiales sino en Dios, pues es Él quién nos da los bienes materiales, en la medida en que los necesitamos. Por eso que hoy, como ayer y como siempre, es un gran incentivo para los hombres el ver un sacerdote verdaderamente pobre.

Cuando los franciscanos fueron a evangelizar México eligieron a los doce mejores de la orden, son los 12 apóstoles de México. Había uno de ellos que los indios cuando lo veían gritaban: «motolinía, motolinía». Él le preguntó al traductor que quería decir «motolinía» y este le dijo: «quiere decir pobre». Los indígenas en aquella época, estaban asombrados de la pobreza en que vivía ese fraile franciscano que hoy da nombre a una de las grandes universidades de México.

El sacerdote debe confiar totalmente en Dios, y debe tener ordenado el afecto a las cosas materiales, que ciertamente son inferiores a él, e incluso debe tener la disposición a vivir la pobreza en grado heroico, de manera particular quienes hacen voto de pobreza como los sacerdotes religiosos.

II

La segunda bienaventuranza de Nuestro Señor: «*Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*» (Mt 5, 4).

Bienaventurados aquellos que rechazan de sí la ira, la cólera. Felices, bienaventurados, dichosos, porque cuesta mucho vencer la ira, cuesta mucho el ser realmente manso. Pero justamente es lo que Cristo nos enseña, lo que Cristo nos pide, lo que Cristo nos exige. Enseña el Concilio Vaticano II: «*los religiosos, en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas*».[1] Lamentablemente en nuestros días abundan la ira, los nervios, los gritos, las peleas, la cólera, la falta de mansedumbre. Será por eso, esta mansedumbre en grado heroico, tal como la han vivido los santos y tal como nos pide la Iglesia la vivamos los sacerdotes, la que podrá ofrecer un testimonio verdadero de Jesucristo.

Se cuenta de San Luis Orione que siendo seminarista estaba limpiando cierto día el comedor (acostumbraba comer el pan que caía de la mesa al piso) cuando uno de sus compañeros lo escupió en la cara. Él se limpio la escupida y siguió comiendo el pan del piso... Eso es mansedumbre. Señala por su parte San Francisco de Sales que: «más moscas se agarran con una gota de miel que con un barril de hiel». Uno puede poner una gotita de miel en la mesa

[1] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 31.

de la cocina y al rato aparecen las moscas. Puede rociar la casa de vinagre y ninguna mosca va a ir al vinagre. Por eso las personas verdaderamente mansas, son personas que tiene un gran atractivo, porque son personas que capaces de escuchar, son personas que no se ponen nerviosas por nada. Conocemos el dicho: «Pastor que silba, las ovejas lo siguen. El pastor que aúlla, las ovejas huyen». Me da gusto ver tanta gente, se ve que los pastores de aquí silban a las ovejas, porque las ovejas reconocen la voz del buen pastor.

III

Tercera Bienaventuranza: «*Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados*» (Mt 5, 5).

¿Quiénes son los que lloran? Los que hacen penitencia.

¿Y por qué razón, generalmente, los padres cuando sus hijos deciden entrar en el seminario, o sus hijas entrar en el convento, lloran o sufren? Porque son grandes y saben a lo que sus hijos van. Saben que van a la cruz, saben que van al sacrificio, saben que no van a una vida fácil. Entonces, lamentablemente, hay a veces padres que apartan a sus hijos de la vocación sacerdotal o religiosa. ¿Quién no se da cuenta que es una vida sacrificada vivir el celibato según nos lo manda la Santa Madre Iglesia? Si fuese tan fácil no habría crisis de vocaciones. Aunque también en el clero oriental, en donde pueden casarse antes de ordenarse, hay crisis de vocaciones; ciertamente que esta crisis se debe en gran parte al sacrifico que representa el renunciar a este bien tan honesto y tan santo como es tener una familia según la carne; el renunciar a la voluntad propia, estar dispuesto a hacer lo que el legítimo superior mande, aunque cueste, aunque no nos guste. Eso es una renuncia muy grande, porque implica la renuncia al propio yo, que es aquello a lo que más nos cuesta renunciar. O la renuncia a la patria, cuando uno es misionero, la renuncia al propio pueblo, a veces la renuncia a la lengua, la renuncia a los amigos, a verlos de tanto en tanto. Sin embargo Jesús llama felices a los que lloran, felices los

penitentes. Por eso, ¡Ay del sacerdote que busca su comodidad, o que busca pasarla bien, o que no es penitente!

Se le apareció en una oportunidad a Santa Teresa de Jesús ese gran santo, San Pedro de Alcántara -que fuera gran penitente- y le dijo: «¡Feliz penitencia que me alcanzo tanta gloria!». Y muchos de nosotros nos vamos a arrepentir el día de mañana, cuando nos presentemos delante de Nuestro Señor Jesucristo, de no haber aprovechado esta vida para haber hecho un poco más de penitencia, para llevar nuestros dolores sin queja, para abrazarnos a la cruz con amor. Porque si nuestro Maestro fue por este camino, por este camino debemos ir y no hay otro para ir al cielo.

IV

«*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados*» (Mt 5, 6).

Probablemente a esta bienaventuranza se reduzca esa bienaventuranza de la Virgen: «bienaventurada tú porque has creído» (Lc 1, 45). O la que Ella misma se aplica: «todas las generaciones me llamaran bienaventurada» (Lc 1, 48).

Los que tienen hambre y sed de justicia, son los que tienen hambre y sed de santidad. Son los hombre y mujeres que tienen hambre y sed de obrar según la recta conciencia delante de Dios, y de hacer el bien y de hacerlo siempre. Son hombres y mujeres que tienen el honor, por ejemplo, de que nadie les pueda decir mentirosos. Son aquellos que dicen que pueden andar por la calle con la frente bien alta. Son los que dan a Dios lo que corresponde, son los que tienen Fe, Esperanza y Caridad. Son los que están dispuestos a dar a cada uno lo que corresponde.

El sacerdote en este sentido, tiene que tener siempre mucha hambre y sed de justicia, para sí y para los demás. Por eso el sacerdote, entre otras cosas, debe ser muchas veces la voz de los que no tienen voz. Tiene que ser el que ayuda a aquellos a quien

nadie ayuda. Tiene que ser aquel que busca dar consuelo a quien nadie se acerca, ya que tiene que acercarse a aquellos de los cuales todos se alejan como si fuesen apestosos, y a veces porque son apestosos. Como hizo heroicamente san Francisco de Asís, que beso la llaga purulenta de un pobre enfermo.

Entre quienes los aquí presentes habrá quienes recuerden a un famoso delincuente: 'Mate Cocido', lo llamaban. Estaba en una celda de alta seguridad en Sierra Chica, provincia de Buenos Aires. A quién se acercaba, se le tiraba al cuello para ahorcarlo. Cierta vez, un gran sacerdote, el p. Monterroso, fue a verlo a la cárcel. Al llegar los encargados de la seguridad le insistieron:

- Tiene que entrar con dos guardias, porque sino lo va a matar.
- No, yo no voy a entrar con guardias, entro solo.
- Mire que a todo el que entra se le abalanza al cuello para acogotarlo.
- Yo voy a entrar solo.

Entró entonces el p. Monterroso y como era de suponer, Mate Cocido, el gran criminal, se le prendió al cuello y comenzó a acogotarlo. El p. Monterroso empezó a abrazarlo notando que poco a poco las manos que tenía al cuello dejaban de estrecharlo tan fuertemente. Escuchó entonces de labios de Mate Cocido: «¿Puede haber alguien en el mundo que todavía me quiera?». Y ahí nomás se puso a llorar. El p. Monterroso finalmente le dijo: «Ponte de rodillas que tienes que confesarte».

Así tiene que ser el sacerdote. Si tiene hambre y sed de justicia, va a ir a buscar a las ovejas más perdidas, a las más descarriadas. Va a tratar de hacer como hizo Nuestro Señor Jesucristo, a quién inclusive le echaron en cara: «*ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores*» (Mt 11, 19). Pero no a otra cosa vino Cristo al mundo, es decir para salvar a los pecadores. Y todos somos pecadores.

V

«*Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzaran misericordia*» (Mt 5, 7).

El sacerdote tiene que vivir una misericordia realmente heroica. No debe importarle lo que dice la gente, pues siempre habrá quien lo critique. Si es flaco le dirán: «mira que cara de hambriento tiene, se ve que no le daban de comer en la casa». Si es gordo: «mira como come». Si es pelado: «pobre tipo». Si tiene mucho pelo: «se hace el galán». De esta clase de comentarios podríamos hacer una lista interminable. Y en los pueblos la situación empeora pues basta que corra un vientito nomás y ya muchos tienen para entretenerse.

Pero hay que ser misericordioso, hay que perdonar. A Cristo lo trataron igual. ¿Por que nosotros no lo habríamos de experimentar nosotros? Debemos aprender a perdonar de corazón.

Se cuenta del Cura Brochero, que una vez dijo algo por lo cual se sintió ofendido un dirigente de aquella época. Él no lo había dicho con intención de ofenderlo, pero esto no importaba, igual fue a verlo. «Don Fulano de tal, vengo a verlo». No lo quería recibir. «Don Fulano de tal, vengo a verlo, vengo a pedirle perdón». Ahí se asomo el Fulano de tal, y el cura Brochero entonces se arrodilló y le dijo: «le pido perdón, yo no he querido decir lo que a usted le han dicho, pero igual le pido perdón porque no quiero que usted sea enemigo mío sino que usted sea mi amigo, porque yo soy sacerdote y por todos murió Cristo». Misericordia heroica.

Misericordia heroica que de manera particular debe manifestarse en el ejercicio de ese gran sacramento de la misericordia que es la confesión, que implica horas y horas y que es muy cansador. Llega a ser en algún momento una cosa aburrida para el sacerdote que desde hace tantos años está confesando más o menos siempre las mismas cosas, con sus más y con sus menos, con algún pequeño agregado (los pecados desde la época de Adán hasta ahora son

más o menos lo mismo). Hay que tener esa disposición que solamente da un corazón misericordioso. Todos los grandes santos fueron confesores, como San Juan María Vianney y San Leopoldo Mandic, entre otros. A este pueblo venía a misionar muchas veces el padre Bonifacio de Ataun. Él era un gran confesor; acostumbraba levantarse antes de las 6 de la mañana en Pompeya, Buenos Aires, y se sentaba en el confesionario donde confesaba hasta las once menos diez, porque tenía Misa de once. Predicaba, y después, terminada la Misa, hacía acción de gracias y seguía confesando hasta la una o dos de la tarde. Yo lo conocí misionando junto con él en la Quebrada. Y él me dijo:

- «¿Cuantas almas confiesa por mes?»

- «No se, nunca las conté, me parece que muchas».

- «Todos creen que son muchas, pero si las cuentan se van a dar cuenta de que no son tantas como piensan. Cuéntelas. Yo no tengo mes donde baje de 2000 penitentes... y los cuento. Cómprese un cuenta ganado, así va a ver cuantos penitentes confiesa. Cuando le da la absolución a uno, marque. Al final va a saber cuantos confesó. Porque hay muchos que creen que dan muchas horas a la confesión, y resulta que de hecho le dan pocas horas a la confesión».

Muchas veces el sacerdote está muy ocupado, pero tiene que aprender a ocuparse en las cosas principales del ministerio, no en cosas accidentales o en cosas secundarias. Las almas necesitan hablar con el sacerdote y necesitan contarle sus cosas, porque el sacerdote también es médico de las almas.

VI

«Bienaventurados los limpios de corazón porque verán a Dios» (Mt 5, 8).

Un sacerdote que no tiene problemas personales, un sacerdote que es limpio de corazón y que sola y totalmente se entrega a Dios, es un sacerdote que dispuesto a darse a los demás. En cam-

bio un sacerdote que siempre anda con problemas personales, y vive centrado en ellos, trata -muchas veces- mal al prójimo, no tiene ningún plan, no tiene ningún deseo de hacer un trabajo en serio, fácilmente le va a echar la culpa a los feligreses. Pero resulta que es él el que no silba, entonces las ovejas no vienen.

«*Bienaventurados los limpios de corazón*». Y en este tema, nosotros los sacerdotes tenemos que ser extremadamente cuidadosos, de manera especial con el uso de los medios de comunicación social, como el internet, la televisión, los videos, el cine. Todo eso está lleno de cosas que no son Dios y que ensucian el corazón, cosas que nos impiden ver a Dios. En el mundo que nos toca vivir -pansexualizado, como dicen algunos- hay que extremar la prudencia.

VII

«*Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios*» (Mt 5, 9).

Los pacíficos son los que buscan la paz y el sacerdote siempre tiene que buscar la paz con todos. Porque tiene que pacificar a todos con Dios y tiene que vivir en paz él consigo mismo y, como dice San Pablo, con los demás, *en lo posible* (Rm 12, 18). Aunque a uno le hagan la vida imposible debemos esforzarnos por vivir en paz, tiene que ser pacífico y responder de manera pacífica.

VIII

Encontramos finalmente aquella que es la confirmación de todas las bienaventuranzas: «*Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira* -como calumnian los diarios o la televisión o la radio- *digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y regocijaos porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros.* La Iglesia como dice Blas Pascal «está en agonía hasta el fin de los tiempos».

Siempre el sacerdote -también el cristiano pero con mayor razón el sacerdote- será signo de contradicción. Entonces por ser signo de contradicción siempre sufrirá persecución como sufre persecución la Iglesia en tantas partes. En estos mismos momentos siguen encarcelando hermanos nuestros en China Continental, siguen matándolos en Indonesia. En Timor Oriental siguen matando cientos de católicos. Matan misioneros también acá en América. No hace mucho mataron al Cardenal de Guadalajara, México. Persecución siempre habrá porque la Iglesia finalmente peregrina «entre los consuelos de Dios y las persecuciones de los hombres»[2].

Pidámosle a la Santísima Virgen, -a quién en este día de manera particular la llamamos bienaventurada, feliz; porque mereció subir al cielo en cuerpo y alma- le conceda a estos jóvenes sacerdotes la gracia de vivir las bienaventuranzas cada día de su ministerio sacerdotal. Que así sea.

[2] SAN AGUSTÍN, *De Civitate Dei*, XVIII, 51, 2.

18

San Pablo, sacerdote[1]

Cuando contemplamos a San Pablo como sacerdote, no debemos pensar que estamos examinando simplemente un aspecto parcial o accesorio del mismo. Se trata, por el contrario, de lo más profundo que en él podemos ver. Desde cualquier ángulo que observemos a San Pablo, ya sea como pensador o como orador, ya como peregrino apostólico y misionero o como místico, ya como fundador y organizador de comunidades religiosas, el fuego oculto y la fuente escondida de toda su actividad es siempre la misma: San Pablo, el sacerdote. Sacerdote, y por los cuatro costados, todo su ser tiene algo de sagrado, estando como inmerso en una esfera divina.

Al considerar a San Pablo sacerdote antes que cualquier otra cosa, queremos referirnos al hombre que se entrega sin reservas a Dios, a Cristo, a la Esposa de Cristo, al alma del prójimo; una entrega que es, al propio tiempo, entrega de su espíritu, de su corazón, de su voluntad, de su cuerpo, de toda su personalidad hasta las últimas fibras. En él todo es santidad; es un hombre al que la consagración de su espíritu y de su cuerpo no deja punto de reposo. Y no es una parte cualquiera de su ser lo que consagra, pensando y sintiendo en lo demás de forma profana, como los

[1] Seguimos a J. HOLZNER, *El mundo de San Pablo* (Madrid - México - Pamplona[4] 1965) 277-322.

restantes hombres. San Pablo no tiene ninguna esfera de intereses privados; es el hombre del santo radicalismo divino.

1. EL «HOMBRE DE DIOS»

Lo que San Pablo entiende como propio del sacerdote nos lo enseña sintetizado en la expresión ἄνθρωπος θεοῦ (*ánthropos theoû*); es decir, «***hombre de Dios***». Dos veces emplea esta expresión en las Epístolas a Timoteo. Una, cuando recuerda a Timoteo su condición de sacerdote: «*tú, en cambio,* ***hombre de Dios****, huye de estas cosas; corre al alcance de la justicia, de la piedad, de la fe, de la caridad, de la paciencia en el sufrimiento, de la dulzura. Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna a la que has sido llamado y de la que hiciste aquella solemne profesión delante de muchos testigos*» (1Tim 6, 11-12). Y otra: «*toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia; así el* ***hombre de Dios*** *se encuentra perfecto y preparado para toda obra buena*» (2Tim 3, 16-17), para designar con dicha expresión el carácter sacerdotal que se va formando bajo la disciplina de las Sagradas Escrituras, en donde «***el hombre de Dios***» aprende que debe asemejarse a Cristo en su pasión y en las persecuciones sufridas.

Según H. Windisch[2] existe en la Antigüedad una doctrina del θεῖος (*theios*) y una tradición del *theios*. De acuerdo con la doctrina de Platón, de los estoicos y de los cínicos, existe un tipo humano supremo: el del «hombre divino» que encierra en sí la condición inexcusable para el sacerdote, el ser ἅγιος (*haguíos*); es decir, puro en el orden religioso.

Este tipo de hombre:

- evita el pecar contra Dios,
- conoce la sustancia del sacrificio,

[2] Cfr. H. WINDISCH, *Paulus and Christus* (Leipzig 1934).

- tiene una sabiduría profunda y sagrada sobre Dios,

- acreditándose en todos sus actos, por su personalidad sacerdotal,

- y en relación con el prójimo, como un ángel o mensajero de Zeus, enviado a la tierra para apartar a los hombres del mal,

- y como amigo de Dios para quién el mundo es como un campo de batalla, donde ha de cumplir su misión para con la humanidad: «los hombres son sus hijos, las mujeres sus hijas, y por todo el mundo se preocupa», como se dice de Apolonio.

En relación con esta doctrina del *theios* se forjó la Antigüedad clásica determinadas «figuras theios», en las que creía ver realizado aquel ideal. Figuras de esta índole fueron Pitágoras, Empédocles, Menecles, Sócrates, Crisipo, Epícteto, Apolonio de Tiana. Más adelante, ya en la época de la decadencia, se amplió también este concepto a ciertos gobernantes, como Alejandro, Pompeyo y Augusto. Aristóteles nos transmite una doctrina secreta de los tiempos arcaicos, según la cual hay dos clases de hombres: los corrientes y mortales, y los del tipo de Pitágoras.

Así es como la Antigüedad imaginaba, intuía, anhelaba el reino del numen o esfera de la divinidad, porque el mundo se ve arrastrado por el hombre que tiene un verdadero carácter sacerdotal, impulsado por un anhelo que no es sino una manifestación más del que siente por el Salvador y por ser redimido. Y en este ambiente traspasado de sentimientos religiosos hace su aparición, en el cumplimiento del tiempo, Jesucristo, que viene a dar satisfacción más que abundante a todas las esperanzas y anhelos del corazón humano. Y tras Él llega, teniendo en cuenta la enorme distancia que puede haber entre el maestro y el alumno, el mayor de sus discípulos y el de espíritu más fuerte: San Pablo.

Cuando San Pablo anduvo entre los griegos entró en un mundo que ya tenía la idea del *theios*, que había creído ver realizada en toda una serie de figuras, unas auténticas y otras falsas. Sus contemporáneos, tanto los creyentes como los paganos, percibieron en él lo sagrado, lo santo, lo divino, aceptándole llenos de venera-

ción y de cálido amor o rechazándole con apasionado odio. Recordemos, por ejemplo, la escena en el jardín de Sergio Paulo, el encuentro con el mago Elimas y la impresión que esta escena produjo en aquél: «*recorrieron toda la isla y llegaron a Pafos, donde encontraron a un mago judío llamado Barjesús, que se hacía pasar por profeta y estaba vinculado al procónsul Sergio Paulo, hombre de gran prudencia. Este hizo llamar a Bernabé y a Saulo, porque deseaba escuchar la Palabra de Dios. Pero los discípulos chocaron con la oposición de Barjesús -llamado Elimas, que significa mago- el cual quería impedir que el procónsul abrazara la fe. Saulo, llamado también Pablo, lleno del Espíritu Santo, clavó los ojos en él, y le dijo: "Hombre falso y lleno de maldad, hijo del demonio, enemigo de la justicia, ¿Cuándo dejarás de torcer los rectos caminos del Señor? Ahora la mano del Señor va a caer sobre ti: quedarás ciego y privado por un tiempo de la luz del sol". En este mismo momento, se vio envuelto en oscuridad y tinieblas, y andaba a tientas buscando a alguien que le tendiera la mano. Al ver lo que había sucedido, el procónsul, profundamente impresionado por la doctrina del Señor, abrazó la fe*» (He 13, 6-12).

Pensemos también en la escena de Listra, en que las gentes creían en una teofanía: «*había en Listra un hombre que tenía las piernas paralizadas. Como era tullido de nacimiento, nunca había podido caminar, y sentado, escuchaba hablar a Pablo. Este, mirándolo fijamente, vio que tenía la fe necesaria para ser curado, y le dijo en voz alta: "Levántate y permanece erguido sobre tus pies". Él se levantó de un salto y comenzó a caminar. Al ver lo que Pablo acababa de hacer, la multitud comenzó a gritar en dialecto licaonio: "Los dioses han descendido a nosotros en forma humana" y daban a Bernabé el nombre de Júpiter y a Pablo el de Mercurio porque era el que llevaba la palabra*» (He 14, 8-18). O en la de Filipos, cuando le persiguió aquella adivina exclamando «son siervos de Dios Todopoderoso»: «*un día, mientras nos dirigíamos al lugar de oración, nos salió al encuentro una muchacha poseída de un espíritu de adivinación, que daba mucha ganancia a sus patrones adivinando la suerte. Ella comenzó a seguirnos, a Pablo y a nosotros, gritando: "Esos hombres son los servidores del Dios Altísimo, que les anuncian a ustedes el camino de la salvación". Así lo hizo durante varios días, hasta que al fin Pablo se cansó y, dándose vuelta, dijo al*

espíritu: "yo te ordeno en nombre de Jesucristo que salgas de esta mujer", y en ese mismo momento el espíritu salió de ella» (He 16, 17). O en el carcelero de la prisión de esta última ciudad, que creía que los dos forasteros eran θεοί (*theoi*) y que habían originado el terremoto, como fenómeno divino: «*cerca de la medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban las alabanzas de Dios, mientras los otros prisioneros los escuchaban. De pronto, la tierra comenzó a temblar tan violentamente que se conmovieron los cimientos de la cárcel, y en un instante, todas las puertas se abrieron y las cadenas de los prisioneros se soltaron. El carcelero despertó sobresaltado y, al ver abiertas las puertas de la prisión, desenvainó su espada con la intención de matarse, creyendo que los prisioneros se habían escapado. Pero Pablo les gritó: "no te hagas ningún mal, estamos todos aquí". El carcelero pidió unas antorchas, entró precipitadamente en la celda, y temblando, se echó a los pies de Pablo y de Silas. Luego los hizo salir y les preguntó: "señores, ¿qué debo hacer para alcanzar la salvación?". Ellos le respondieron: "cree en el Señor Jesús y te salvarás, tú y toda tu familia". En seguida le anunciaron la Palabra del Señor, a él y a todos los de su casa. A esa misma hora de la noche, el carcelero los atendió y curó sus llagas. Inmediatamente después, fue bautizado junto con toda su familia. Luego los hizo subir a su casa y preparó la mesa para festejar con los suyos la alegría de haber creído en Dios*» (He 16, 25-34). Recordemos a los gálatas, que tomaron a Pablo por un «ángel» en vez de por un hombre: «*a pesar de que mi aspecto físico era una prueba para ustedes, no me desdeñaron ni me despreciaron, todo lo contrario, me recibieron como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús*» (Gal 4, 14); y lo sucedido en el Agora de Atenas, donde los filósofos le tenían por un «mensajero de dioses extraños»: «*incluso, algunos filósofos epicúreos y estoicos dialogaban con él. Algunos comentaban: "¿qué estará diciendo este charlatán?", y otros: "parece ser un predicador de divinidades extranjeras"*» (He 17, 18). Pensemos también en la escena paralela que presenta el Evangelio cuando el leproso cae postrado ante Jesús: «*cuando bajó del monte, fue siguiéndole una gran muchedumbre. En esto, un leproso se acercó y se postró ante él, diciendo: "Señor, si quieres puedes limpiarme". Él extendió la mano, le tocó y dijo: "quiero, queda limpio". Y al instante quedó limpio de su lepra*» (Mt 8, 2-3) -es la *proskynesis* del gentil frente al *theios*-; o en el otro centurión que exclama bajo la cruz:

«en verdad éste era Hijo de Dios» (Mt 27, 54). Nuevamente encontramos el sentimiento de lo divino.

Lo que eternamente ha anhelado el corazón humano, aunque no se lo imaginase en las formas tan difusas y supersticiosas que el concepto del *theios* supone, ha sido incorporado a la idea cristiana del «***hombre de Dios***», del sacerdote. El sacerdote es el hombre de la ciencia sagrada y divina, el teólogo, el anunciante, el mistagogo que nos introduce en los misterios sagrados, que limpia de culpas a los hombres y los convierte en criaturas de Dios.

2. LO ESENCIAL

Pero, según San Pablo, lo esencial del sacerdocio cristiano es algo muy particular: una cierta vocación, un ser llamado a participar en las altas funciones sacerdotales de Cristo; es un poseer, en cierta medida, el espíritu de Cristo, y junto a él, una particularísima comunidad de vida y de sufrimientos con el Señor. Todo esto solemos resumirlo en la expresión «***sacerdos alter Christus***»; es decir, el sacerdote es otro Cristo. Pablo está penetrado hasta lo más hondo de esta idea central del sacerdocio, conforme al Nuevo Testamento: Dios le ha reclamado para su servicio, ya desde el regazo materno; Cristo le ha «tomado», ungiéndole con el Espíritu Santo, por lo que es el siervo, el mensajero y el guardador de los secretos, el soporte del Evangelio, encontrándose armado de fuerzas especiales que le permiten dominar incluso a los demonios. Con Cristo mantiene una vinculación continua de vida y de sufrimiento, siendo sus penas las mismas de Jesús.

San Pablo ha recibido directamente de Dios su vocación sacerdotal; escudriña la existencia humana hasta sus últimos resquicios, a la luz de las ideas y de los amorosos designios de Dios; siente en todo momento estar rodeado de las divinas ideas de amor; se siente también llamado a estar muy próximo a su Hijo, y a convertirse en su heraldo.

3. ¿CUÁNDO FUE ORDENADO SACERDOTE?

Si nos preguntamos cuándo y por quién le fue conferida la ordenación sacerdotal a San Pablo, podremos contestar que tuvo lugar cuando el episodio de Damasco. Jesucristo no está sujeto a ningún sacramento, puesto que fue ungido como sumo sacerdote, mediante la Encarnación, por el Espíritu Santo. San Pablo, que se defiende con uñas y dientes de la subordinación -que para él representaría el que se lo considere como un apóstol de segundo grado, perteneciente a la segunda generación, y que siempre ha insistido en que no era a los apóstoles antiguos a quienes debía su Evangelio y su vocación sino que, por el contrario, derivaban éstos directamente de Cristo-, estaba firmemente convencido de que en la visión por la cual sintió la llamada vocacional estaban ya virtualmente comprendidos todos sus poderes, funciones, dignidades y representación sacerdotales.

No podemos, desde luego, referir a lo sucedido en Damasco todo lo que ocurre en la vida de San Pablo, pero ciertamente aquel acontecimiento constituye el punto de partida, y la chispa inicial de su ministerio apostólico. Todo lo que viene después está ya en germen en aquel acontecimiento.

* * *

La Iglesia en nuestros días tiene necesidad de misioneros excepcionales, que viviendo la propia vida en Cristo y enamorados totalmente de Él, sientan en sus entrañas, como lo sintió y vivió San Pablo, aquel intenso reclamo: «*ay de mí, si no evangelizara*» (1Cor 9, 16).

Nos alcance esta gracia la Santísima Virgen María.

Capítulo 3

Un hombre asediado por la debilidad

Tomado de entre los hombres...
(Heb 5, 1)

1

¡Pecador!

Una de las expresiones más hermosas referidas al sacerdocio católico es la de: ¡pecador! Como lo enseñó San Pablo, refiriéndose a todos los cristianos: *Dios*, *que es rico en misericordia*, *por el gran amor con que nos amó precisamente cuando estábamos muertos a causa de nuestros pecados*, *nos hizo revivir con Cristo* (Ef 2, 4-5).

De una manera particular, referida a nosotros los sacerdotes, lo dice la Liturgia en el Canon Romano. El sacerdote, golpeándose el pecho, dice: «A nosotros, pecadores, siervos tuyos...».[1]

En la Santa Misa todos, sacerdotes y fieles, reconocemos nuestros pecados y pedimos perdón a Dios por esos pecados. Luego los sacerdotes nos lavamos las manos y pedimos en una oración a Dios que nos lave de nuestras manchas, de nuestros pecados. ¡Somos pecadores! Hay que tener en cuenta que esa fórmula litúrgica antiquísima: «A nosotros, pecadores, siervos tuyos...», es una fórmula para encomendarse el clero a sí mismo. ¿Por qué en plural? Porque no se refiere solamente al celebrante principal, sino que se refiere a todos los ministros que están ayudando en el altar a los celebrantes. Esa fórmula nunca designa a la comunidad, sino propiamente al sacerdote. Hay que notar que desde muy antiguo la palabra latina «*peccator*» (pecador), era usada por los sacerdotes católicos para llamarse a sí mismos; de tal manera que muchas

[1] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística I*, 56.

veces se añadía a la firma del sacerdote. Por ejemplo, en el siglo VI, en el IV Concilio de París, se lee en las actas: «*Germanus peccator*...; *Lucretius*, *ac si peccator*; *Félix*, *ac si peccator*»;[2] etc. Esta fórmula es la que originó esa pequeña cruz que precede el nombre y la firma de los obispos. En los documentos antiguos en griego, se agregaba «ταπεινός», que quiere decir «bajo, humilde, abyecto»; luego esta palabra «ταπεινός» se reduce, a la «τ» inicial, y terminó siendo una cruz.

El verdadero sacerdote tiene clara conciencia de ser ¡pecador!; y esto es así, aunque nunca en su vida hubiese cometido un pecado mortal. Santa Teresita del Niño Jesús, de manera muy hermosa, decía que se consideraba más pecadora que María Magdalena, ¡y eso que ella nunca había cometido un pecado mortal! Y agregaba la razón: «Porque Dios, en su misericordia, me perdonó de manera anticipada todos los pecados en que podría haber caído, no dejándome caer en ellos».

Esa conciencia que debemos tener todos los sacerdotes, brota sobre todo del contacto íntimo con el Señor en la oración. Es la experiencia de San Pedro, cuando se encuentra con Jesús: *Aléjate de mí*, *Señor*, *que soy un pecador* (Lc 5, 8). Cuando uno considera quién es Dios, cuando uno considera la trascendencia, la majestad, la excelencia, la santidad inefable de Dios, no puede menos que darse cuenta, como lo decía Job, que *ni los cielos son puros ante Dios* (15, 15).

Este sentido de que somos pecadores se refuerza por la consideración del misterio augusto de la Encarnación del Hijo de Dios. Fue convenientísimo, por razón de nuestros pecados, que el Hijo Único de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hiciese hombre para tomar un cuerpo en las entrañas de la Virgen,

[2] MANSI IX, 867-868; cit. Mons. ALESSIO, *Una liturgia para vivir* (Buenos Aires 1978) 66.

y luego llevar ese cuerpo a la cruz, y allí morir por todos nosotros. Es por eso que en el momento de decir: «A nosotros, pecadores, siervos tuyos...», los sacerdotes nos golpeamos el pecho, de manera semejante a como hizo la multitud reunida frente a la cruz del Señor en el Gólgota: *Y la multitud que se había reunido para contemplar el espectáculo, al ver lo sucedido, regresaba golpeándose el pecho* (Lc 23, 48).

Me parece que es de mucho provecho para todos los sacerdotes, el considerar esta realidad: ¡somos pecadores! Siempre se debe advertir que, normalmente, nuestro pueblo, el pueblo fiel, el pueblo cristiano -que a veces incluso se da más cuenta que nosotros de lo que es el sacerdote-, con muy poco que haga el sacerdote ya lo considera santo. Decía San José Cafasso: «Para ser sacerdote ejemplar no basta el juicio del mundo. Un sacerdote puede ser reputado como santo y no serlo delante de Dios. Un tercio de las virtudes propias del eclesiástico bastan para que se le considere como santo, pero el Señor no lo reconoce como tal, si no procura con todas sus fuerzas, no sólo huir del pecado mortal, sino también de la falta venial y de la apariencia de culpa».[3] Pero nosotros ni aun haciendo el cien por ciento de lo que deberíamos hacer, nos podemos considerar santos porque sólo es santo el Señor.

Además, por el mismo ministerio sacerdotal los sacerdotes conocemos la gravedad del pecado, como decía el profeta Jeremías: *un doble pecado ha cometido mi pueblo: dejar a Dios y cavarse cisternas agrietadas incapaces de contener el agua* (2, 13) y por ser ofensa a Dios el pecado debe ser reparado. En este sentido el sacerdote, y todo sacerdote, tiene que ser un reparador. Por eso es que el acto principal del sacerdote es el sacrificio pidiendo por el perdón de los pecados, para sí y para todo el mundo. Como se nos dice en la Carta a los Hebreos: *todo sumo sacerdote es tomado de entre los hombres y puesto para intervenir en favor de los hombres en todo aquello que se refiere al*

[3] A. GRAZIOLI, *Modelo de Confesores: San José Cafasso* (Madrid s/f) 30-31.

servicio de Dios, *a fin de ofrecer dones y sacrificios por los pecados* (5, 1). Todavía agrega algo más el autor inspirado: el sacerdote ...*puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados*, *por estar también él envuelto en flaqueza. Y a causa de esa misma flaqueza debe ofrecer sacrificios no solamente por los pecados del pueblo*, *sino también por sus propios pecados* (5, 2-3). De allí que se dé una unión indisoluble entre el sacerdote y el sacrificio de la cruz perpetuado en nuestros altares; por eso todo sacerdote debe ser definido como el hombre de la Misa, el hombre de la Eucaristía.

Además, por ser el pecado esa especie de vuelta a las creaturas, el pecado destruye los valores humanos, es la no-verdad, y no retractado, merece castigo; el pecado causa daño a los hombres. De allí la preocupación sacerdotal por la santificación y la salvación de todos los hombres. Por eso el sacerdote también es el hombre de la Palabra, de la Palabra de Dios que salva y que debe predicar, y es el hombre del confesonario.

Hemos de pedir por los sacerdotes que, de una manera misteriosa pero real, fueron llamados por el Señor para seguirlo más de cerca en el sacerdocio ministerial, hemos de pedir por todos los sacerdotes del mundo, para que nunca perdamos de vista esa realidad nuestra de cada uno. ¡Somos pecadores! A tener muy en cuenta esto hoy en día en que de tanto en tanto, salen campañas orquestadas contra el sacerdocio -como hace poco lo ha dicho su Santidad el Papa Juan Pablo II- buscando escandalizar a los fieles y a las Iglesias locales inventando calumnias -como ha ocurrido en la Iglesia en Austria- y causando tanto daño a las almas; porque muchas veces los enemigos de la Iglesia pretenden que los sacerdotes seamos impecables y eso es un gran error, porque los sacerdotes sí tenemos que ser santos, pero como todo hijo de hombre, somos pecadores.

Por eso hay que pedir siempre por nosotros, los sacerdotes, para que siempre crezca en nosotros la conciencia de que somos grandes pecadores. Esa conciencia nos tiene que llevar a gastarnos

y a desgastarnos por el bien de las almas,[4] como decía San Pablo. O como decía un autor contemporáneo nuestro, el célebre escritor inglés Gilbert Keith Chesterton: «Nosotros, los pecadores, debemos trabajar como si fuéramos santos».[5]

La clara conciencia de que somos pecadores nos debe llevar a ser hombres de la misericordia. Como escribía Marcelo Javier Morsella: «debo tener presente mi condición de pecador para admirarme siempre de nuevo de la Misericordia que me sacó del infierno y me llama de nuevo a su cielo». Por eso, cuando recemos la Plegaria Eucarística primera, al golpearnos el pecho y decir: «nosotros, pecadores, siervos tuyos...», nunca olvidemos lo que continúa: «...que confiamos en tu misericordia...», en esa misericordia infinita de Dios, esa misericordia que es más grande que todos los pecados de todos los hombres de todos los tiempos, porque esa misericordia de Dios fue sellada por la sangre de su Hijo Único derramada por todos nosotros en el Calvario, en el Gólgota. Por eso debemos llegar a plasmar en nosotros lo profetizado por San Luis María Grignion de Montfort de los esclavos de la Virgen:

«¿Qué serán estos servidores, esclavos e hijos de María?

«Serán un fuego abrasador, ministros del Señor que encenderán por todas partes el fuego del amor divino.

«Serán flechas agudas en la mano poderosa de María para atravesar a sus enemigos...

«Serán hijos de Leví, bien purificados por el fuego de grandes tribulaciones y muy adheridos a Dios. Llevarán en el corazón el oro del amor, el incienso de la oración en el espíritu, y en el cuerpo, la mirra de la mortificación.

«Serán en todas partes el buen olor de Jesucristo para los pobres y los pequeños...

[4] Cfr. 2Cor 12, 15.
[5] GILBERT K. CHESTERTON, *La hostería volante*, c. VI.

«Serán nubes tronantes que volarán por los aires al menor soplo del Espíritu Santo. Sin apegarse a nada, ni asombrarse ni inquietarse por nada, derramarán la lluvia de la palabra de Dios y de la vida eterna...».[6]

Siempre ofreceremos el sacrificio por nuestros pecados y por los pecados de todos. Como decía hermosamente un autor: un sacerdote está todo el día diciendo al Padre celestial: *Kyrie eleison*, Señor ten piedad de nosotros; y al mediodía: *Kyrie eleison*, Señor ten piedad de nosotros; y a la tarde y a la noche: Señor, ten piedad de nosotros. ¿Quiénes son los «nosotros» del *Kyrie*? Son todos los hombres, nuestros hermanos, incluido el sacerdote. Esa es nuestra función: compadezcámonos de los demás y confiemos siempre de manera ilimitada en la Reina y Madre de Misericordia, en la Virgen María, madre de todos los Sacerdotes.

[6] *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 56-57.

2

Un ser frágil

Quiero ahora, por así decirlo, hablar con el corazón en la boca.

Ciertamente hoy en día entre tantas cosas que están en crisis, también está en crisis el sacerdocio católico. Múltiples son las causas de esa crisis; hay causas endógenas, propias de adentro, digamos, y hay causas exógenas, de afuera. No es una cosa de ahora, no es algo que ha comenzado en nuestro tiempo, sino que es una crisis que se remonta a siglos, porque hace siglos que Satanás está tratando de destruir el orden cristiano; hace siglos que aquel que la Sagrada Escritura llama *Príncipe de este mundo* (Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11) está buscando -y lo va consiguiendo, según puede verse cada vez más-, más adeptos y más seguidores. Una de las cosas que son el obstáculo para el avance de Satanás en el mundo, es el sacerdocio católico, el sacerdocio católico tal cual lo creó, tal cual lo ideó y tal cual lo fundó Nuestro Señor Jesucristo. Y que hay sacerdotes católicos en crisis se sigue viendo en la actualidad; basta hacer, por distintas partes, un viaje de primeras Misas, es decir, el viaje con los neo-sacerdotes que celebran en sus pueblos de origen su primera Misa.

¿Qué es lo que el diablo trata de poner en crisis en el sacerdote católico?

Lo que va a buscar en primer lugar y lo que va a tratar de lograr -a lo mejor no de entrada, pero sí después-, es poner en crisis la fe sobrenatural. Va a buscar por distintos medios -no viene al caso tratar ahora- que el sacerdote católico deje de poner el acto

de fe sobrenatural, es decir, que pierda de vista en su vida -para que luego eso se continúe en su pensamiento- lo que es la dimensión sobrenatural. Eso, lamentablemente, se ve hoy en día de muchas maneras; por ejemplo, están los llamados «teólogos del disenso». ¿Qué fe sobrenatural tienen esos hombres, cuando no tienen empacho en contradecir a quien Jesucristo mismo ha puesto como «Roca», como «Piedra» en su Iglesia; cuando no tienen empacho de recoger firmas -como si la Iglesia fuese un partido político- para criticar, por ejemplo, la designación de los obispos, o la Encíclica *Evangelium Vitae*, o la *Veritatis Splendor*? ¿Qué visión sobrenatural tiene el sacerdote que convierte el Santo Sacrificio de la Misa en una suerte de *show* donde el protagonista es él, siendo que los grandes protagonistas de la Santa Misa son el Padre, a quien se dirige el sacrificio, el Hijo -que es la Víctima y al mismo tiempo el Sacerdote principal-, y el Espíritu Santo? Cuando el sacerdote pierde de vista lo sobrenatural, cuando sus conversaciones son mundanas, cuando sus únicas preocupaciones son sólo los problemas de este mundo, el sacerdote ha claudicado, ha dejado de ser lo que Jesucristo quiere que sea. El sacerdote debe llevar a los hombres a Dios y si no lleva a los hombres a Dios no sirve para nada, es estéril, es la sal que pierde su sabor y que sólo sirve para ser pisada por los hombres.[1] Como pasa con todos los sacerdotes que han claudicado en la fe, ¡son pisados por los hombres!

El *Príncipe de este mundo* busca perder al sacerdote -y lo busca de un modo particular, ya que el sacerdote para el diablo es *boccato di cardinale* (presa escogida)-, sabe que si lo consigue, con su caída consigue muchas almas.

No solamente se busca que se pierda de vista la dimensión sobrenatural, la dimensión propia de la fe que es de aquellas «realidades que no se ven»,[2] sino que también se busca y muchas veces

[1] Cfr. Mt 5, 13.
[2] Cfr. Heb 11, 1.

se logra, que el sacerdote pierda la dimensión propiamente humana, racional, y entonces se quiere que el sacerdote obre estúpidamente. Eso se trata de hacer sobre todo por medio de las filosofías modernas de los «pensadores» actuales, que la inmensa mayoría de la gente no conoce, pero que a veces lee, por lo menos en parte; se difunde por medio de los comunicadores sociales: ...la gente ve televisión, ve este programa, este otro y le queda dando vueltas en la cabeza toda una serie de ideas falsas, de sofismas, de atentados contra la auténtica metafísica del ser.

Si pierde el sacerdote la razón, si pierde aquello que constituye y distingue al hombre, si pierde ese instrumental precioso que Dios nos ha querido dar, por el cual somos *a su imagen y semejanza* (Gn 1, 26), se queda convertido en un esclavo de lo que se dice. Así, por ejemplo, hoy en día se dice: «Bueno, ahora no hay por qué usar casulla cuando se celebra la Misa»; se dice también: «¿Por qué lavarse las manos -el rito del lavabo-, cuando el sacerdote le pide a Dios que le perdone sus pecados? ¡Bueno, que lo limpie!, pero ¿por qué ese gesto de lavarse las manos delante de tanta gente?». Y como esto se dicen tantas cosas sin sentido.

Entonces, se le va quitando al sacerdote aquello dado por Dios a nuestra naturaleza humana para que el hombre sea hombre, para que sea un ser racional, para que obre entonces de manera racional. Por ese motivo Dios le ha dado al hombre la inteligencia, para que descubra el error y lo refute, como tiene que hacer un auténtico sacerdote.

El sacerdote tiene que dar la vida por los demás, y ¿cómo puede dar la vida por los demás, si es incapaz de defender la fe de los demás? ¿Cómo puede dar la vida por los demás si el sacerdote no está capacitado para dar razones de su fe, por haberse dejado llenar la cabeza con los sofismas de la cultura moderna?

Además, aún se pretende que el sacerdote no solamente deje de lado la fe, no solamente que deje de lado la razón, sino incluso

que se comporte como se comporta una tuerca en una maquinaria, es decir, que se ataca aun lo que podemos llamar la «sensibilidad del sacerdote». A algunos le sonará raro lo que estoy diciendo, pero esto es algo que ha ocurrido en estos últimos siglos. Doy tres ejemplos:

Lutero fue sacerdote católico, fue religioso -monje agustiniano-, él fue el primero que levantó la bandera contra el orden sobrenatural quebrando la primacía del Papa -por lo menos en él y en los que lo siguieron- y estableciendo el principio del «libre examen», es decir, que cada uno interpretara la Sagrada Escritura tal como le parecía, «*a piacere*». ¡Cuántos lo siguieron, incluso obispos de aquella época! ¡Era lo que estaba de moda y siguieron las modas!

Y cuando llegó la época de la Revolución Francesa, la época del liberalismo, en la que los hombres se alzaron en contra de la razón -aunque habían levantado un altar a la «diosa razón» y en nombre de la «diosa razón» pusieron en marcha la guillotina-, ¿cuántos sacerdotes fueron cómplices, monaguillos del Anticristo, mientras había otros hermanos sacerdotes, por ejemplo en La Vandeé, que murieron mártires, que dieron su vida antes que claudicar, antes que renegar de Jesucristo?

Y también en estos tiempos, ¿o acaso nos hemos olvidado ya de los «curas marxistas», de los «curas guerrilleros»? ¡Era lo que estaba de moda: el marxismo! ¡Adelante! ¡Parecía ser el futuro de la humanidad..., todo el mundo va para allá..., y ellos, como tontos, llevaron bajo el palio a Marx y a Lenín, a Stalin y a Kruschev!

¿Cómo es posible esto? ¿Por qué esta claudicación de algunos hermanos en el sacerdocio? Una de las razones posibles es que el sacerdote, como todo ser humano, está en este mundo y por lo tanto expuesto a su seducción. Pero el sacerdote no debe perder de vista que, como todo bautizado, tiene que estar en este mundo, tiene que participar de la realidad actual; es decir, no puede ser un

personaje que vive en otro planeta, tiene que estar en este mundo, pero no debe *ser* de este mundo, ¡como todo bautizado! ¡Sí!, ¡hay que estar en este mundo, pero no *ser* de este mundo! Como lo enseñó Jesús: *Ellos están en el mundo*... (*pero*) *no son del mundo* (Jn 17, 11.16). Por eso hay que «estar en el mundo, pero no *ser* del mundo». Esta «separación del mundo» la indica el Papa de modo indirecto, cuando especifica lo que *es* y lo que *no es* el sacerdote: «Sois sacerdotes y religiosos: no sois dirigentes sociales, líderes políticos o funcionarios de un poder temporal».[3] Algunos se equivocan porque no sólo están en el mundo, sino que, desgraciadamente, *son* del mundo. Y este *ser* del mundo implica adoptar sus ideologías, las cuales, ineludiblemente, conducen a la defección en el sacerdocio. Tal vez muchos se adaptan -tanto en el plano teórico como en la *praxis*- a las corrientes secularistas del pensamiento, guiados por la buena intención de atraer al hombre moderno a la Iglesia, pero «no es cediendo a las sugestiones de un fácil aseglaramiento expresado o en el abandono del traje eclesiástico o en la asimilación de costumbres mundanas o tomando un oficio profano; no es ese el camino para acercarse al hombre de hoy».[4] El hecho de asimilar el pensamiento secular no es inocuo; por el contrario, trae como consecuencia la exclusión, por oposición, del pensamiento metafísico y teológico propios y característicos de la Iglesia Católica. Una tal asimilación lleva a la pérdida de la identidad sacerdotal, a una pérdida del sentido de su función trascendente, y a la adopción irreflexiva de un comportamiento mundano que, en un primer momento podría parecer un acercamiento con la cultura contemporánea, pero que sin embargo se revela pronto como lo que es: la disolución del misterio del sacerdocio en el devenir mundano. Esta asimilación es la contrapartida de la inculturación, y de nada sirve: «Esta asimilación quizá podría dar la

[3] JUAN Pablo II, «Discurso a los Sacerdotes y Religiosos en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe», *L'Osservatore Romano* 6 (1979) 64.

[4] JUAN PABLO II, «Discurso a un grupo de sacerdotes de Bolonia» (19 de marzo de 1979).

impresión, a primera vista, de una facilidad de contacto; pero ¿para qué valdría si hubiese de ser pagada con la pérdida de la función específica evangelizadora y santificadora que hace del sacerdote la sal de la tierra y la luz del mundo? ¿Para qué serviría un sacerdote "asimilado" al mundo de tal forma que se convirtiera en elemento disfrazado del mismo y no ya en fermento transformador?».[5]

Así, en la época del protestantismo, de la mal llamada Reforma, hubieron muchos sacerdotes y obispos que quisieron estar *a la page* (a la moda) y se tragaron el error de ese momento, y terminaron claudicando; así también después algunos se hicieron cómplices del filosofismo liberal, y terminaron claudicando, y así también ahora, hace unos años, otros se «marxistizaron» (aunque debido a la implosión del comunismo, ahora queda el materialismo y el vivir sólo de los sentidos, sin la virulencia que había hace algunos años), y también terminaron claudicando.

Este último ataque, el del marxismo, fue un ataque con el que se trató de que el sacerdote solamente se ocupase de las cosas del mundo, de lo social, de lo político, incluso de lo económico. Esta ideologización provocó un desastre, y esa es la razón por la que todavía se da esa figura del sacerdote ocupado solamente de las cosas temporales; incluso hay feligreses que empujan al sacerdote a que sólo se ocupe de lo temporal. Sin embargo, el carácter eminentemente sobrenatural del sacerdocio es el que determina que el sacerdote deba ocuparse *principalmente* de las cosas sobrenaturales,[6] e *indirectamente* de las cosas temporales. Su más alta preocupación debe ser llevar a las almas a «participar plena y activamente del

[5] JUAN PABLO II, «Discurso a un grupo de sacerdotes de Bolonia» (19 de marzo de 1979).

[6] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28.

Sacrificio eucarístico».[7] En el campo temporal, debe actuar solamente a modo de director espiritual, formando las conciencias; corresponde al sacerdote «servir a la verdad y a la justicia en las dimensiones de la «temporalidad» humana, pero siempre dentro de una perspectiva... la de la salvación eterna».[8] Debe tratar sólo *indirectamente* de las cosas temporales, porque ese campo no le corresponde; ese campo sólo pertenece por derecho pleno, directamente, a los fieles cristianos laicos.[9]

Hoy día en este último campo, en el temporal, a mi modo de ver, se da otra situación que implica un riesgo para el sacerdote, y es esta: hay que tener gran prudencia en el trato con las mujeres. Hoy día -también aquí, pero en otras partes mucho más-, a las mujeres les ha picado la «*viruela boba*», y se les fue la viruela y les quedó la «*boba*» por el tema del feminismo, por el cual se quieren poner en plano de igualdad con el varón (en el fondo es una visión *machista* no darse cuenta de que la dignidad del varón y de la mujer es igual, de modo que cada uno tiene un papel singular, pero complementario).

«Pero, Padre, -me dirán-, las mujeres no somos malas...». Ciertamente. Y ciertamente que nosotros -así nos han enseñado-, tenemos que ver a la mujer como vemos a nuestra madre, como vemos a nuestra hermana, como vemos a la Santísima Virgen. Sí, señor, pero hay que ser prudentes cortando, tempestivamente, las familiaridades. Pero también hay que saber que hay mujeres que no son buenas, que son malas mujeres y que buscan al sacerdote para perderlo. Un sacerdote se encontró con un ex compañero del

[7] JUAN PABLO II, «Homilía a los sacerdotes americanos en Filadelfia», *L'Osservatore Romano* 42 (1979) 528.

[8] JUAN PABLO II, *Carta «Novo Incipiente»* (8 de abril de 1979) 7.

[9] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 31; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el apostolado de los seglares*, 7: «Es preciso... que los seglares acepten como obligación específica suya el restaurar el orden temporal y el actuar... en dicho orden, dirigidos por la luz del Evangelio...».

Seminario que había abandonado el sacerdocio en un bar, en la zona de Flores, y él le dijo: «Mirá, todo lo que te puedo decir es: andá y decile al Cardenal que aquí hay mujeres, pagadas por la masonería, que van a buscar a los sacerdotes, aun en el confesonario». Con todo hay que saber que, a veces, son más peligrosas las que se hacen las «buenas».

Los sacerdotes somos flores de invernadero, de exquisita sensibilidad debido a nuestro oficio, por tanto, ¡muy frágiles! ¡Debemos saber cuidarnos y ser muy prudentes!

El sacerdocio es algo muy serio, no es jugar a la «mancha venenosa», no es hacerse el simpático, el tipo «canchero» que nos divierte. Bien, ¡No es ese el trabajo del sacerdote! El trabajo del sacerdote es llevar almas a Dios, y como hay enemigos poderosos que tratan de impedir eso, nosotros con nuestra oración, con nuestro sacrificio, con nuestra penitencia, con nuestra amistad verdadera, tenemos que respaldar a todos los sacerdotes, sea el que sea... ¿Es sacerdote, es ministro de Jesucristo? Hay que rezar por él, hay que hacer penitencia por él, hay que ayudarlo a él, hay que brindarle sincera amistad. Los tiempos, evidentemente, no son fáciles. Probablemente se vayan poniendo peor, tal como lo vemos. Pero Jesucristo no pierde poder. Jesucristo es *el mismo ayer, hoy y para siempre* (Heb 13, 8). El Espíritu Santo sigue obrando, y sigue obrando maravillas. No tenemos que tener ningún miedo, pero sí tenemos que ser prudentes y saber que como sacerdotes estamos en frente de un combate difícil; no es soplar y hacer botellas, no es jabón de buena fragancia; es una lucha, es una guerra; es una guerra de ideas, y en esa guerra debemos tener la fortaleza que viene del Espíritu Santo y que es don del mismo Espíritu.

Por eso, ¡a comprometerse hoy y siempre a rezar por los sacerdotes!, ¡a rezar por aquellos que son nuestros «pastores»! El verdadero pastor va delante de las ovejas para que las ovejas no se pierdan, para que las ovejas encuentren los pastos buenos de la verdadera doctrina. Que sean auténticos pastores; eso debemos

pedir, que estén dispuestos en su corazón a dar su vida por las ovejas.

3

De los malos pastores[1]

El profeta Ezequiel conmina a los malos pastores.

Una de las tentaciones más graves que le es dado sufrir a los cristianos es ver el mal dentro de la Iglesia. No podría por tanto Dios Nuestro Señor dejar de indicarnos cuál debe ser nuestra actitud frente a este peligro. Por eso pertenecen al depósito de la fe, a la revelación misma de Dios, contenida explícitamente en la Sagrada Escritura y comentada por los Santos Doctores, los principios teológicos que han de ayudar al cristiano para saber como obrar en esas circunstancias. El mal en la Iglesia es más grave cuando parece encarnarse en algunos pastores, de ahí el tema reiterado de los malos pastores, o sea quienes por razón de su oficio, pertenecen a la jerarquía de la Iglesia, pero en rigor vale también para todos los hombres y mujeres según sus responsabilidades: padres, artistas, maestros, jefes, mayores, profesionales, autoridades públicas, periodistas, superiores, etc.

Por pertenecer este tema a la misma revelación de Dios, no debe asombrarnos demasiado que los medios escarben con fruición cualquier cosa que, según sus criterios, puede manchar a la Iglesia, porque en general, desconocen la revelación de Dios ya que suelen estar al margen de la fe católica y porque estiman que

[1] Seguimos a San Agustín, *Sermón* 46 sobre 'Los pastores' (Ez 34, 1-16). Escrito en torno al año 410 en Hipona o Cartago. En SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín* (Madrid 1981) t. VII, 613-664.

con el escándalo aumentan el índice de audiencia o *rating*. Por ejemplo, la revista *"Isto´e"*, brasileña, señalaba que había 1700 sacerdotes pederastas en Brasil y que la Santa Sede había mandado una comisión para tratar el tema. La noticia corrió como reguero de pólvora por todos los medios del mundo. A los pocos días llegó la pública desmentida: ni había ese número de sacerdotes, ni comisión alguna.[2] Éstos mienten, porque saben que siempre algo queda.

El tema de los malos pastores es un aspecto del problema del mal. Dios no crea, no causa, ni quiere el mal, porque el mal es privación del bien debido. Solamente lo permite, porque respeta la libertad de la criatura y porque Él es tan poderoso y tan sabio que puede sacar bien del mal, como dijo José, el hebreo: «*aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir, como hoy ocurre, a un pueblo numeroso. Así que no temáis; yo os mantendré a vosotros y a vuestros pequeñuelos*» (Gn 50, 20-21); por eso «*todo coopera para el bien de los que aman a Dios*» (Rom 8, 28).

Hay pastores a quienes gusta oírse llamar por tal nombre, y no quieren cumplir con los deberes que comporta, examinemos lo que les dice Dios por medio del profeta Ezequiel. Escuchad vosotros con atención; escuchemos nosotros, los pastores, con temblor.

PRINCIPIO GENERAL: LOS MALOS PASTORES SÓLO SE APACIENTAN A SÍ MISMOS

«*La palabra de Yahveh me fue dirigida en estos términos: Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel, profetiza...*» (Ez 34, 1-2). El Buen Pastor nos ayudará a decir la verdad si no decimos cosas de nuestra propia cosecha. Si dijéramos de lo nuestro, seríamos pas-

[2] Cfr. ZENIT, «19 de diciembre de 2005» ZS98157192 (www.zenit.org).

tores que nos apacentaríamos a nosotros mismos, y no a las ovejas. Si, en cambio, son de Él las cosas que digamos, es Él quien nos alimenta, hable quien hable. «*Dirás a los pastores: Así dice el Señor Yahveh: ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar el rebaño?*» (Ez 34, 2). Es decir, los que son verdaderos pastores no se apacientan a sí mismos, sino a las ovejas. Este es el primer motivo por el que son censurados estos pastores: ***se apacientan a sí mismos, no a las ovejas.*** ¿Quiénes son los que se apacientan así mismos? Aquellos de quienes dice el Apóstol: «***todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo***» (Flp 2, 21). Nosotros, a quienes el Señor nos puso, porque así Él lo quiso, no por nuestros méritos, en este puesto del que hemos de dar cuenta estrechísima, tenemos que distinguir dos cosas: que somos cristianos y que somos superiores vuestros -los fieles cristianos laicos-. El ser cristianos es en beneficio nuestro; el ser superiores es en el vuestro. En el hecho de ser cristianos, la atención ha de recaer en nuestra propia utilidad; en el hecho de ser superiores, no se ha de pensar sino en la vuestra. Son muchos los que, siendo cristianos, sin ser superiores, llegan hasta Dios, quizá caminando por un camino más fácil y de forma más rápida, en cuanto que llevan una carga menor. Nosotros, por el contrario, dejando de lado el hecho de ser cristianos, y según ello, hemos de dar cuenta a Dios de nuestra vida; somos también superiores, y según esto debemos dar cuenta a Dios de nuestro servicio (debemos dar cuenta de nuestro deber de estado).

Puesto que los superiores están puestos para que cuiden de aquellos a cuyo frente están, no deben buscar en el hecho de presidir su propia utilidad, sino la de aquellos a quienes sirven; ***cualquiera que sea superior en forma tal que se goce de serlo, busque su propio honor y mire solamente sus comodidades, se apacienta a sí mismo y no a las ovejas.***

1. ¿QUÉ AMAN LOS MALOS PASTORES?

A. VIVEN DE LA LECHE DE LAS OVEJAS

Veamos lo que la Palabra Divina, que a nadie lisonjea, dice a los pastores que se apacientan a sí mismos y no a las ovejas. «*Vosotros os habéis tomado la leche, os habéis vestido con la lana, habéis sacrificado las ovejas más fuertes; no habéis apacentado el rebaño. No habéis fortalecido a las ovejas débiles, no habéis cuidado a las enfermas, no vendasteis a las que estaban fracturadas, no habéis hecho volver a las descarriadas, no habéis buscado a las perdidas...Y ellas se han dispersado, por falta de pastor*» (Ez 34, 4-5). Se recrimina a los pastores que se apacientan a sí mismos y no a las ovejas, qué cosas aman y qué cosas descuidan. ¿Qué aman? *Tomáis su leche, os cubrís con sus lanas.* «El obrero merece su salario» (Mt 10, 10), el pastor tiene derecho a ello: «quién sirve al altar viva del altar» (1Cor 9, 13), pero no debe pastorear sólo por eso. Por razón de que tiene derecho dice el Apóstol: «*¿quién planta una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta una grey y no se alimenta de la leche?*» (1Cor 9, 7). ***Pensamos que la leche de la grey es todo lo que el pueblo de Dios dona a sus superiores para sustentar esta vida temporal.***

Quienes no pueden hacer lo que hizo San Pablo, trabajar con sus manos, acepten la leche de las ovejas, socorran su necesidad, pero no descuiden a las ovejas en su debilidad. No busquen, por lo tanto, su comodidad; pudiera parecer que anuncian el Evangelio para hacer frente a su penuria y no por amor a Dios y a las ovejas. Preparen para los hombres, que deben ser iluminados, la luz de la palabra de la verdad. Los pastores son como lámparas que deben iluminar... y si no iluminan son malos pastores.

Es una necesidad para algunos pastores el aceptar aquello con que se vive, y para otros pastores es de caridad darlo. No se trata

de hacer venal[3] al Evangelio, como si él fuera el precio de aquello que consumen quienes lo anuncian para tener con qué vivir. Si lo venden de esta forma, cambian una cosa excelente por otra vil. Reciban del pueblo lo necesario para el sustento y del Señor la recompensa de su servicio. El pueblo no está capacitado para dar la recompensa a aquellos que le sirven por amor del Evangelio. No esperen los unos -los pastores- la recompensa sino de donde esperan los otros -los fieles- la salvación; es decir, de Dios. ¿Qué se les reprocha a éstos? ¿De qué se les acusa? De haber descuidado a las ovejas, mientras se alimentaban de su leche y se cubrían con sus lanas. Buscaban, por lo tanto, sus intereses, no los de Jesucristo.

B. SE VISTEN DE SU LANA

Puesto que hemos dicho ya qué significa el alimentarse con la leche, investiguemos ahora el significado de cubrirse con sus lanas. Quien da leche ofrece un alimento; y quien da lana concede un honor. ***Son éstas las dos cosas que esperan obtener del pueblo quienes se apacientan a sí mismos, no a las ovejas: la comodidad para hacer frente a la necesidad y el favor del honor y de la alabanza.*** He aquí por qué puede bien entenderse el vestido como honor: cubre la desnudez. Todo hombre es un enfermo. Y cualquiera que está al frente de vosotros, ¿qué es sino lo mismo que vosotros? Lleva el peso de la carne, es mortal, come, duerme, se levanta; nació, morirá. Si piensas lo que es en sí mismo, verás que es un hombre. Tú, honrándolo como un ángel, en cierto modo cubres lo que está enfermo.

Ved qué vestidos había recibido el mismo Pablo del buen pueblo de Dios cuando decía: «*me recibisteis como a un ángel. Os manifiesto mi convencimiento de que, si hubiese sido posible, os hubieseis sacado vuestros*

[3] Vendible o expuesto a la venta.

ojos y me los hubieseis dado a mí» (Gal 4, 14-15). Pero, a pesar de habérsele concedido tan grande honor, ¿acaso por este mismo honor se abstuvo de corregir a los que erraban, para que no se lo negasen o le alabasen menos si los reprendía? Si hubiese hecho esto, sería de aquellos que se apacientan a sí mismos, no a las ovejas. Diría para sí mismo: «¿a mí qué me importa? Cada cual haga lo que quiera; mi garbanzo está seguro; mi honor, también. Tengo suficiente leche y lana; vaya cada cual por donde pueda». Según esto, ¿crees que todo está bien si cada cual va por donde puede? No te hago superior, sino uno más del pueblo: «*si sufre un miembro, sufren con él los restantes*» (1Cor 12, 26). Por esto el mismo Apóstol, al recordarles cómo se habían comportado con él, da a entender que no se había olvidado del honor que le habían tributado: manifiesta su convencimiento de que le recibieron como a un ángel y que, si les hubiese sido posible, hubiesen querido sacarse los ojos y dárselos. Y, sin embargo, se acercó a la oveja enferma, a la apestada, para sajarle la herida y no disimular la podredumbre. «*¿Acaso,* les dice, *me he convertido en enemigo vuestro por predicaros la verdad?*» (Gal 4, 14-16). He aquí que recibió la leche de las ovejas y se vistió con su lana; y, con todo, no descuidó a las ovejas. No buscaba sus intereses, sino los de Jesucristo.

c. Por razón de sus malos amores, los malos pastores predican el abuso de la misericordia pensando que eso atraerá a más feligreses

Lejos, pues, de nosotros, el deciros: «vivid como queráis, estad seguros, Dios no pierde a nadie; basta con que tengáis la fe cristiana. No pierde Él lo que redimió, no pierde a aquellos por quienes derramó su sangre. Y si quisiereis deleitar vuestro ánimo con los espectáculos públicos, id tranquilos. ¿Qué tienen de malo? Id, celebrad tranquilos también esta fiesta, de que participa toda la ciudad, entre la alegría de los comensales y de los que creen que se alegran con los festines públicos, cuando en realidad se pierden. La misericordia de Dios es grande y todo lo perdona. Coronaos

de rosas antes de que se marchiten. En la casa de vuestro Dios celebraréis convites cuando queráis; saturaos y llenaos de vino en compañía de los vuestros. Para esto se os han dado estas criaturas, para que disfrutéis de ellas. Dios no las dio a los paganos y malvados, y os privó de ellas a vosotros». Si aconsejáramos todo esto, quizá reuniríamos mayores multitudes. Quizá hay algunos que, al escucharnos decir esto, piensan que no hablamos sabiamente; podrían ser pocos a quienes ofendemos, y nos congraciaríamos con la muchedumbre. Si dijéramos esto, no proclamando la palabra de Dios, no la de Jesucristo, sino la nuestra propia, seríamos pastores que se apacientan a sí mismos, no a las ovejas. Porque no alcanzará la misericordia, a quien abusa de la misericordia.

2. Lo que descuidan estos pastores

a. Matan a las ovejas fuertes

Después de haber dicho lo que aman estos pastores, dice el profeta Ezequiel, también, lo que descuidan. Los vicios de las ovejas están a la vista. Las ovejas sanas y fuertes, es decir, las que se mantienen firmes en el alimento de la verdad y usan bien de los pastos, don del Señor, son poquísimas. Pero aquellos malos pastores no perdonan ni a éstas. Les parece poco el no preocuparse de las enfermas, débiles, descarriadas y perdidas. Matan también a estas fuertes y robustas, en cuanto depende de ellos. Pero éstas viven. Viven por la misericordia de Dios. Con todo, en cuanto respecta a los malos pastores, les dan muerte. «¿Cómo, dices, les dan muerte?» ***Viviendo mal, dándoles mal ejemplo.*** ¿O acaso se dijo en vano a un siervo de Dios, eminente entre los miembros del supremo pastor: «*sé para todos dechado de buenas obras*» (Tit 2, 7) y: «*sé un modelo para los fieles*» (1Tim 4, 12)? Cuando una oveja, aunque sea de las fuertes, ve frecuentemente a su superior que vive mal, aparta los ojos de las normas del Señor y mira al hombre, comienza a decir en su corazón: «si mi superior vive de esta forma, ¿quién soy yo para no hacer lo que él hace?» (De aquí el dicho: «Si el abad

juega a los naipes, ¿qué le queda a los frailes?»). Y así, el mal pastor, por sus malos ejemplos, da muerte a la oveja robusta. Si, pues, da muerte a la oveja fuerte, ¿qué hará con las otras, él, que con su mala vida dio muerte a la que él no había robustecido, sino que la había encontrado ya fuerte y robusta?

SEGUNDO PRINCIPIO: «HACED LO QUE OS DIGAN, PERO NO HAGÁIS LO QUE ELLOS HACEN»

Digo y repito a vuestra caridad que, aunque las ovejas vivan, aunque se mantengan firmes en la palabra del Señor y cumplan lo que oyeron del mismo Señor: «*haced lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen*» (Mt 23, 3), aun en ese caso, quien en presencia del pueblo vive mal, en cuanto de él depende da muerte a aquel que le ve. No se lisonjee pensando que aquél no está muerto. Aunque el otro viva, él es un homicida. Sucede lo mismo que cuando un lascivo mira a una mujer deseándola: ésta se mantiene casta, pero él ya fornicó en su corazón. La palabra del Señor es verdadera y clara: «*quien mire a una mujer deseándola, ya fornicó con ella en su corazón*» (Mt 5, 28). No llegó al lecho de ella, pero ya se solaza en el suyo interior. Del mismo modo, quien vive malamente en presencia de aquellos a cuyo frente está, en cuanto de él depende, da muerte también a los fuertes. Quien le imita, muere; quien no le imita, sigue viviendo. Sin embargo, en cuanto depende del mal pastor, ha dado muerte a quien le imita y a quien no le imita: «*disteis muerte*, dijo, *a la que estaba fuerte y no apacentáis mis ovejas*».

¡Cuántas veces, aún sin darnos cuenta, habremos sido causa, por nuestros malos ejemplos, de la muerte de ovejas buenas! Estimo que esa debe ser una de las razones principales por las que no se escucha predicar sobre los pastores malos. Por eso debemos tratar de poner en práctica la enseñanza de San Gregorio Magno: «***Hijo de hombre, te he puesto como atalaya en la casa de Israel*** (Ez 3, 17). *Fijémonos cómo el Señor compara a sus predicadores con un atalaya. El atalaya está siempre en un lugar alto para ver desde lejos todo*

lo que se acerca. Y todo aquel que es puesto como atalaya del pueblo de Dios debe, por su conducta, estar siempre en alto, a fin de preverlo todo y ayudar así a los que tiene bajo su custodia. Estas palabras que os dirijo resultan muy duras para mí, ya que con ellas me ataco a mí mismo, puesto que ni mis palabras ni mi conducta están a la altura de mi misión. Me confieso culpable, reconozco mi tibieza y mi negligencia. Quizá esta confesión de mi culpabilidad me alcance el perdón del Juez piadoso. ¿Qué soy yo, por tanto, o qué clase de atalaya soy, que no estoy situado, por mis obras, en lo alto de la montaña, sino que estoy postrado aún en la llanura de mi debilidad? Pero el Creador y Redentor del género humano es bastante poderoso para darme a mi, indigno, la necesaria altura de vida y eficacia de palabra, ya que por su amor, cuando hablo de Él, ni a mi mismo me perdono».[4]

B. NO FORTALECEN A LAS DÉBILES

Ya oíste qué aman. Ved qué descuidan. «*No habéis fortalecido a las ovejas débiles, no habéis cuidado a las enfermas, no vendasteis a las que estaban fracturadas, no habéis hecho volver a las descarriadas, no habéis buscado a las perdidas. Acabasteis con la que estaba fuerte*», le disteis muerte, la matasteis.

¿Cuál es la oveja débil? ***Débil postura tiene la oveja cuando no cree en las tentaciones que le van a sobrevenir.*** Si el enfermo adopta esa débil postura, el pastor negligente no le dice: «*hijo, al disponerte a servir a Dios, mantente en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación*» (Eclo 2, 1). Quien esto dice conforta al débil, y de débil le hace firme, para que cuando crea, no espere nada de la prosperidad de este mundo. Si se le enseña a esperar la prosperidad de este mundo, con la misma prosperidad se corrompe; al llegar las adversidades se debilita, o tal vez se extingue. Quien así edifica, no edifica sobre piedra, sino sobre arena. «*La piedra era Cristo*» (1Cor 10, 4). Los cristianos han de imitar los pa-

[4] San Gregorio Magno, *Homilias sobre el profeta Ezequiel* L.1, 11, 4-6; cfr. LH, t. IV, 1337-39.

decimientos de Cristo, no han de buscar placeres. Se fortalece al débil cuando se le dice: «espera ciertamente las tentaciones de este mundo; pero de todas te librará el Señor si tu corazón no se retira de él. Pues para confortar tu corazón vino él a sufrir, a morir, a llenarse de salivazos, a ser coronado de espinas, a recibir insultos y, por último, a ser clavado en un madero. Todo esto hizo él por ti; tu nada haces por él, sino por ti».

¿Cómo decir qué son aquellos que, temiendo herir a los que hablan, no sólo no les preparan para las tentaciones inminentes, sino que hasta les prometen la felicidad de este mundo, que Dios no prometió ni al mismo mundo? Dios predice que han de venir fatigas sobre fatigas al mismo mundo hasta el fin, ¿y tú quieres que el cristiano esté exento de ellas? Por el hecho de ser cristiano, ha de sufrir en este mundo todavía un poco más. Así dice el Apóstol: «*todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución*» (2Tim 3, 19). Si quieres, ¡oh pastor que buscas tus intereses, no los de Jesucristo!, mientras Él dice: *«todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución»*, tú di: si quieres vivir piadosamente en Cristo, serán abundantes todos tus bienes; y si no tienes hijos, los tendrás, y los criarás y ninguno se te morirá. ¿Acaso esto no sería edificación tuya? Presta atención a lo que construyes y dónde lo pones. Estás edificando sobre la arena. Llegará la lluvia, se desbordará el río, soplarán los vientos, abatirá esta casa, caerá, y su ruina será grande. Quítala de la arena; ponla sobre la piedra: esté sobre Cristo quien quieres que sea cristiano. Ponga su atención en los sufrimientos inmerecidos de Cristo; mire a aquel que no tuvo pecado alguno y restituyó sin haber robado; escuche a la Escritura que le dice: «*azota a todo hijo que recibe*» (Heb 12, 6). O prepárese para ser azotado o no busque ser recibido como hijo. Él azota, dijo, a todo hijo a quien ama. Y tú le dices: «Tal vez serás una excepción». Si quieres ser exceptuado del dolor de los azotes, serás exceptuado también del número de los hijos. «¿Es cierto, dirás tú, que azota a todo hijo?» Cierto que azota a todos, como azotó a su Hijo único. Aquel Hijo único, nacido de la sustancia del

Padre, igual al Padre en la forma de Dios, el Verbo por quien fueron hechas todas las cosas, no tenía donde ser azotado. Con este fin se revistió de carne, para no escapar al azote. Quien, pues, azota al Hijo único sin pecado, ¿dejará libre del azote al hijo adoptado y con pecado?

Para que el débil no desfallezca en las tentaciones futuras, no ha de ser engañado con una falsa esperanza ni quebrantado con el terror. Dile: «*prepara tu alma para la tentación*». Quizá comienza a vacilar, a asustarse, a no querer acercarse. Tienes el remedio: «*Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis soportar*» (1Cor 10, 13). (Siempre será verdad que: «*faciente quod est in se, Deus non denegat gratiam*»[5], o sea, haciendo lo que hay que hacer, Dios no niega la gracia). Esa ha sido la experiencia de San Pablo: «*y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría. Por este motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Pero él me dijo: "mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza". Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte*» (2Cor 12, 7-10). En esas dos cosas consiste el fortalecer al débil: ***prometerle la asistencia de Dios y anunciarle los sufrimientos futuros.***

c. No vendan las fracturadas

Prometer la misericordia de Dios a quien está demasiado temeroso, y hasta asustado de ello; misericordia que consistirá no en que le falten las tentaciones, sino en que Dios no permitirá que él sea tentado por encima de sus fuerzas; ***eso es vendar lo que está***

[5] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, I-II, 109, ad 2; 112, 3 ad 1.

roto. Porque hay algunos que, al oír anunciadas las tribulaciones futuras, se arman más y, en cierto modo, estimulan su sed de beberlas: les parece pobre la medicina de los fieles y buscan la gloria de los mártires. Otros, en cambio, oyen que han de venir necesariamente tentaciones, que en verdad conviene que sobrevengan al cristiano; no las siente nadie sino quien verdaderamente quiere ser cristiano; pero, al acercarse éstas, se quiebran y claudican. ***Ofrece la venda del consuelo; venda lo que está quebrado.*** Di: «no temas; no te abandonará en medio de las tentaciones aquel en quien creíste». «*Fiel es Dios, que no permitirá que seas tentado por encima de lo que puedes soportar*» (1Cor 10, 13). No escuchas esto de mi boca; es palabra del Apóstol, quien también dice: «*¿Queréis tener una prueba de que en mí habla Cristo?*» (2Cor 13, 3). Cuando oyes estas cosas, las oyes de la boca de Cristo, las oyes de la boca de aquel pastor que apacienta a Israel. A Él se dijo: «*nos darás a beber lágrimas con medida*» (Sl 79, 6). Las palabras del Apóstol: «*no permitirá que seáis tentados por encima de lo que podéis soportar*» concuerdan con aquellas del salmista profeta: «*con medida*». Oirán los malos pastores que no hacen esto o lo realizan negligentemente: «*no habéis fortalecido a las ovejas débiles, no habéis cuidado a las enfermas, no vendasteis a las que estaban fracturadas*». ¿Se halla alguien quebrado por el terror de las tentaciones? Llegue a él aquella consolación con la que se venda lo que está fracturado: «*fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados por encima de lo que podéis soportar, sino que con la tentación dispondrá también el éxito para que podáis resistirla*» (1Cor 10, 13).

¡Tú, Señor, no abandonas al que corrige y al que exhorta, al que atemoriza y consuela, al que hiere y sana!

D. NO CUIDAN A LAS ENFERMAS

«*No habéis fortalecido a las ovejas débiles... no habéis cuidado a las enfermas*». Lo dice a los pastores malos, a los pastores falsos, a los que buscan sus intereses, no los de Jesucristo; a quienes se gozan de la comodidad que les dan la leche y la lana, descuidando por completo las ovejas y no robusteciendo la que se encontraba en-

ferma. Hay diferencia entre el débil y el enfermo, aunque decimos que los enfermos están débiles. Opino que debemos poner una diferencia entre el débil y el enfermo, esto es, el que no se encuentra bien. En el débil ha de temerse que venga la tentación y le quebrante. El enfermo, en cambio, sufre ya a causa de algún mal deseo, y este mismo deseo le impide entrar por el camino de Dios y someterse al yugo de Cristo. Fíjate en aquellos hombres que quieren vivir rectamente, que se han determinado a vivir de esta forma y que, sin embargo, no están tan dispuestos a soportar los males como preparados para realizar el bien. Pertenece a la firmeza cristiana no sólo obrar el bien, sino también tolerar el mal. Quienes parecen enfervorizarse en obrar el bien, pero no quieren o no pueden tolerar los sufrimientos inminentes, son los débiles. ***Quienes por un mal deseo, siendo amantes del mundo, se retraen de las buenas obras, yacen enfermos y lánguidos; éstos, por su misma enfermedad, como hallándose sin fuerza alguna, no pueden obrar bien alguno.*** Tal fue en el alma aquel paralítico: los que le llevaban, no pudiendo presentarlo al Señor, abrieron el techo y por él lo hicieron entrar. Es como si quisieras hacer esto con el alma: abrir el techo y poner ante el Señor el alma paralítica, descoyuntada en todos sus miembros y sin obra buena alguna, cargada con sus pecados y sufriendo con el mal de su deseo. Quizá están descoyuntados todos los miembros y padeces una parálisis interior y no puedes llegar al médico; tal vez se oculta el médico y está dentro, es decir, quizá está oculto el auténtico sentido de la Escritura; abre el techo y baja al paralítico, descubriendo lo que está oculto.

e. No buscan a las descarriadas y extraviadas

He aquí cómo nos encontramos en peligro entre los herejes. «*La que estaba descarriada no la recogisteis; la que estaba perdida no la buscasteis*». A causa de ellos nos hallamos siempre en manos de ladrones y dientes de lobos enfurecidos; te rogamos que ores por estos peligros nuestros. Hay también ovejas contumaces. Cuando

se las busca, estando descarriadas, dicen en su error y para su perdición, que nada tienen que ver con nosotros. «¿Para qué nos queréis? ¿Para qué nos buscáis?» Como si la causa por la que nos preocupamos de ellas y por la que las buscamos no fuera que se hallan en el error y se pierden. «Si me hallo, dices, en el error, si estoy perdido, ¿para qué me quieres? ¿Por qué me buscas?». Porque estás en el error te quiero llamar de nuevo; porque te has perdido, y quiero hallarte. «Así, me dice, quiero errar; de este modo quiero perderme». ¿Quieres errar así y así perderte? ¡Con cuánto mayor motivo quiero evitarlo yo! Me atrevo a decir aún que soy inoportuno. Escucho al Apóstol que dice: «*predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo*» (2Tim 4, 2). ¿A quiénes *a tiempo*? ¿A quiénes *a destiempo*? A tiempo a los que quieren; a destiempo a los que no quieren. Es cierto que soy inoportuno y me atrevo a decir: tú quieres errar, tú quieres perderte; yo no quiero. En última instancia, no quiere aquel que me atemoriza: ¡Yahvé Dios! Si yo lo quisiera, mira lo que me dice, mira cómo me increpa: «*la que estaba descarriada no la recondujisteis y la que estaba perdida no la buscasteis*». ¿Tengo que temerte a ti más que a él? «*Conviene que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo*» (2Cor 5, 10). No te tengo miedo a ti. No puedes derribar el tribunal de Cristo y constituir el tribunal de los relativistas. Llamaré a la oveja extraviada, buscaré la perdida. Quieras o no, yo lo haré. Y aunque, al buscarla, me desgarren las zarzas de los bosques, pasaré por todos los lugares, por angostos que sean; derribaré todas las vallas; en la medida en que el Señor, que me atemoriza, me dé fuerzas, recorreré todo. Llamaré a la descarriada, buscaré a la que se pierde. Si no quieres tener que soportarme, no te extravíes, no te pierdas.

F. SI NO SE BUSCAN LAS DESCARRIADAS, PUEDEN PERDERSE LAS FUERTES

Es poco decir que me duele verte extraviado y pereciendo. Temo que, despreocupándome de ti, dé muerte también a la que está fuerte. Escucha lo que sigue: «*acabasteis con la que estaba fuerte*».

Si me despreocupo del extraviado y del perdido, también a quien es fuerte le gustará extraviarse y perderse. Deseo ganancias exteriores, pero temo más los daños interiores. Si me mostrase indiferente ante tu extravío, al ver esto el que es fuerte pensará que es cosa sin importancia el pasarse a la herejía. Si no te busco a ti, que te has perdido, cuando apareciere alguna comodidad en el mundo que justifique el cambio, inmediatamente me dirá aquel fuerte que está a punto de perderse: «Dios está aquí y allá; ¿qué más da? Esto es obra de hombres pendencieros; Dios ha de ser adorado en todo lugar». Si por casualidad a aquel le dijere algún progresista: «no te daré mi hija si no te pasas a mi partido», es necesario que él reflexione y diga: «si nada tuviese de malo pertenecer al partido de éstos, nuestros pastores no dirían tantas cosas contra ellos, no se preocuparían tanto de sus extravíos». Si, por el contrario, dejamos de hacerlo y nos callamos, dirá lo contrario: «ciertamente, si fuese cosa mala pertenecer al partido de los progresistas, hablarían contra ellos, los refutarían, se esforzarían por ganarlos. Si están extraviados, los reconducirían; si están perdidos, los buscarán». No en vano, pues, después de haber dicho antes: «*la que estaba gruesa la matasteis*», puso otra vez al final: «*acabasteis con la que estaba fuerte*». Sería una frase repetida, a no ser que corresponda a lo antes dicho: «*la que estaba extraviada no la recondujisteis y la que estaba perdida no la buscasteis; y, así obrando, la que está fuerte, la matasteis*».

¿No será, acaso, mal pastor, quien carezca por completo de celo por el verdadero ecumenismo y por el diálogo interreligioso?

3. ¿CUÁL ES EL 'FRUTO' DE LOS MALOS PASTORES?

Por lo tanto, escucha lo que dice a continuación acerca de estos pastores negligentes, más aún, malos: «*y así andan perdidas mis ovejas por falta de pastor, se han convertido en presa de todas las fieras del campo; andan dispersas*» (Ez 34, 5). Los lobos al acecho las roban, las arrebatan los leones rugientes, cuando las ovejas no están unidas a su pastor. Aunque el pastor esté presente, para quienes obran mal

no es pastor. Se adhieren a pastores que no son pastores, que se apacientan a sí mismos, no a las ovejas. La consecuencia es un extravío fatal: se entregan a bestias depredadoras que desean saciarse con su muerte. Tales son quienes se alegran de los extravíos ajenos: son bestias que se alimentan de los muertos.

«*Mi rebaño anda errante por todos los montes y altos collados; mi rebaño anda disperso por toda la superficie de la tierra, sin que nadie se ocupe de él ni salga en su busca*» (Ez 34, 6). Las bestias que proceden de los montes y colinas ***son la hinchazón terrena y la soberbia del mundo.*** Cualquier autor de un error, hinchándose con soberbia terrena, promete a todas las ovejas un descanso, buenos pastos. Y, es cierto, a veces encuentran allí las ovejas pastos que tienen su origen en la lluvia divina, no en la dureza del monte. También ellos tienen Escrituras, también sacramentos. No pertenecen estas cosas al monte, y aunque se encuentren en él, es malo permanecer en él. Extraviados por montes y colinas, abandonan el rebaño, abandonan la unidad y los cuadros defendidos contra lobos y leones. Que Dios las llame para que salgan de allí, que él mismo las llame. Ahora mismo le oiréis llamar: «*se extraviaron,* dice, *mis ovejas por todo monte y elevada colina*», es decir, por toda la hinchazón de la soberbia terrena. Hay también montes buenos: «*levanté mis ojos a los montes, de donde me vendrá el auxilio*». Pero fíjate que tu esperanza no está en los montes: «*mi auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra*» (Sl 120, 1-2). No creas que haces una ofensa a los montes santos cuando dices: «*mi auxilio me viene,* no de los montes, *sino del Señor, que hizo el cielo y la tierra*». Esto te lo gritan también los mismos montes. Monte era quien clamaba: «*he oído que hay cismas entre vosotros, y que cada uno de vosotros dice: yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo*». Levanta los ojos hacia este monte, escucha lo que dice, pero no te quedes en él. Escucha lo que dice a continuación: «*¿acaso Pablo fue crucificado por vosotros?*» (1Cor 1, 11-13). Por lo tanto, después de haber levantado los ojos a los montes, de los que te llega el auxilio, es decir, a los autores de las Escrituras divinas, fija tu atención en quien, con todas sus fuerzas, con todos

sus huesos, clama: «*Señor, ¿quién es semejante a ti?*» (Sl 34, 10).Y así podrás decir con tranquilidad, sin causar ofensa alguna a los montes, «*mi auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra*». Entonces no sólo no se enojarán contigo los montes, sino que te amarán y te favorecerán más; si pusieras en ellos tu esperanza, se entristecerán. Un ángel que mostraba al hombre muchas cosas divinas y maravillosas, fue adorado por éste, como elevando los ojos hacia el monte. Pero él, orientándolo hacia Dios, dice: «*no hagas esto; adórale a él, pues yo soy siervo como tú y tus hermanos*» (Ap 22, 9).

«*Se dispersaron por todo monte, por toda colina y por toda la faz de la tierra*». ¿Qué significa se dispersaron por toda la faz de la tierra? ***Buscando todo lo terreno, aman lo que brilla en la faz de la tierra; por ello suspiran. No quieren morir, de modo que su vida se esconda en Cristo. Sobre toda la faz de la tierra, es decir, con el amor de las cosas terrenas; significa también que hay ovejas extraviadas en toda la faz de la tierra.*** No todos los herejes se hallan en toda la tierra, pero en toda ella hay herejes. Unos aquí, otros allí, pero en ningún lugar faltan. Ni ellos mismos se conocen. Se hallan en diversos lugares. A todos los ha engendrado una única madre, la soberbia, del mismo modo que una única madre nuestra, la Católica, ha engendrado a los fieles cristianos extendidos por todo el orbe. Nada de extraño es que la soberbia produzca división, y la caridad, unidad. Con todo, la misma madre Católica, y en ella el pastor mismo, busca por todos los lugares a los extraviados, conforta a los débiles, cura a los enfermos, venda a los quebrados; a los unos los libra de éstos, a los otros de aquéllos, que resultan desconocidos entre sí. Ella, sin embargo, los conoce a todos, porque con todos está mezclada... Ella es como la vid que al crecer se extiende por todas las partes; aquellos, como los sarmientos inútiles, cortados con la podadera del agricultor a causa de su esterilidad, para que la vid sea podada, no para ser cortada. Los sarmientos permanecieron allí donde fueron cortados. La vid, por el contrario, crece por todos los lugares y conoce sus sarmientos, los que permanecieron en ella, y tiene

junto a sí a los que de ella fueron cortados. Reconduce a los extraviados, ya que, refiriéndose a las ramas cortadas, también dice el Apóstol: «*poderoso es Dios para injertarlos de nuevo*» (Rom 11, 23). Tanto si piensas en las ovejas extraviadas del rebaño como si piensas en los troncos cortados de la vid, Dios es capaz de reconducir al rebaño las ovejas y de injertar de nuevo los troncos, porque él es el supremo pastor, el verdadero agricultor.

4. Dios quita las ovejas a los pastores malos

«*Por lo tanto, pastores, escuchad la palabra del Señor: vivo yo, dice el Señor Dios*» (Ez 34, 7-8). Ved cómo comienza. Estas palabras son como un juramento de Dios, un testimonio de su vida. *Vivo yo, dice el Señor.* Murieron los pastores, pero las ovejas están seguras; vive el Señor. *Vivo yo, dice el Señor Dios.* ¿Qué pastores han muerto? Los malos pastores. ***Los que buscan sus intereses, no los de Jesucristo.*** ¿Habrá y se encontrarán pastores que no busquen sus intereses, sino los de Jesucristo? Los habrá, y se les encontrará; ni faltan ni faltarán. Veamos qué dice el Señor cuando jura que É1 vive; quizá diga que ha de quitar las ovejas a los pastores malos, que se apacientan a sí mismos y no a las ovejas, y se las dará a los pastores buenos, que apacientan las ovejas y no a sí mismos. «*Por eso, pastores, escuchad la palabra de Yahveh: por mi vida, oráculo del Señor Yahveh, lo juro: porque mi rebaño ha sido expuesto al pillaje y se ha hecho pasto de todas las fieras del campo por falta de pastor, porque mis pastores no se ocupan de mi rebaño, porque ellos, los pastores, se apacientan a sí mismos y no apacientan mi rebaño; por eso, pastores, escuchad la palabra de Yahveh*» (Ez 34, 7-10). De nuevo habla al pastor; antes y ahora. No dice: 'porque no hay pastores'. Para tales ovejas, que andan extraviadas para su mal y para su mal perdidas, no hay pastor; y si está presente, puesto que al estar presente hay luz, no es luz para los ciegos. «*Y no buscaron los pastores mis ovejas; se alimentaron a sí mismos y no a mis ovejas*».

«*Por esto, pastores, escuchad la palabra del Señor*». ¿Qué pastores? Los malos pastores. «*Aquí estoy yo contra los pastores: reclamaré mi rebaño de sus manos y les quitaré de apacentar mi rebaño. Así los pastores no volverán a apacentarse a sí mismos. Yo arrancaré mis ovejas de su boca, y no serán más su presa*» (Ez 34, 10). Escuchad y aprended ovejas de Dios. Dios reclama sus ovejas de los pastores, y reclama su muerte de las manos de ellos. En otro lugar dice por el mismo profeta: «*Cuando yo diga al malvado: "vas a morir", si tú no le adviertes, si no hablas para advertir al malvado que abandone su mala conducta, a fin de que viva, él, el malvado, morirá por su culpa, pero de su sangre yo te pediré cuentas a ti. Si por el contrario adviertes al malvado y él no se aparta de su maldad y de su mala conducta, morirá él por su culpa, pero tú habrás salvado tu vida. Cuando el justo se aparte de su justicia para cometer injusticia, yo pondré un obstáculo ante él y morirá; por no haberle advertido tú, morirá él por su pecado y no se recordará la justicia que había practicado, pero de su sangre yo te pediré cuentas a ti. Si por el contrario adviertes al justo que no peque, y él no peca, vivirá él por haber sido advertido, y tú habrás salvado tu vida*» (Ez 3, 18-20). ¿Qué es esto, hermanos? Veis cuán peligroso es callar. Muere el pecador y muere justamente; muere por su impiedad y su pecado; la negligencia del pastor le dio muerte. Hubiera podido encontrar un pastor viviente que le dijera: *vivo yo, dice el Señor;* pero halló uno negligente; aunque era superior y centinela para dar el aviso, no avisó; el uno muere justamente; y el otro, justamente también, es condenado. Si, por el contrario, así dice el Señor, si al malvado a quien yo he amenazado con la espada le dijeras «vas a morir», pero él se despreocupase de evitar la espada inminente, y llegase ésta y le diese muerte, él morirá a causa de su pecado, pero tú libraste tu vida. Por esto mismo, a nosotros nos corresponde no callar; a vosotros, fieles cristianos laicos, en cambio, os toca escuchar, aun cuando nosotros callemos, las palabras del pastor en las Santas Escrituras.

5. ¿CÓMO LES QUITA LAS OVEJAS A LOS MALOS PASTORES?

Veo que, efectivamente, quita las ovejas a los pastores malos. Por esto dice: «*he aquí que yo vengo sobre los pastores y reclamaré mis ovejas de sus manos, los retiraré para que no apacienten mis ovejas; y no se apacentarán más a sí mismos*». Cuando les digo que apacienten mis ovejas, se apacientan a sí mismos, no a mis ovejas. «*Los retiraré, para que no apacienten mis ovejas*» (Ez 34, 10). ¿Cómo los retira para que no apacienten sus ovejas? «*Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen*». Como si dijera: «Dicen lo mío, hacen lo suyo». Podía haber dicho: «haced tranquilamente lo que hacen; a ellos los condenaré por vivir mal, pero a vosotros os perdonaré, porque habéis seguido a quienes son vuestros superiores». Si hubiera dicho esto, repito, hubiese aterrado a los malos pastores, que se apacientan a sí mismos, no a las ovejas. Pero infunde temor no sólo al ciego que guía, sino también al ciego que le sigue, pues no dice: cae en la fosa el que guía, pero no cae el que le sigue, sino: «*si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la fosa*» (Mt 15, 14); por eso advierte a las ovejas diciéndoles: «*haced lo que dicen; no hagáis lo que hacen ellos*». ***Cuando no hacéis lo que hacen los malos pastores, entonces no os apacientan ellos; cuando hacéis lo que dicen, Yo os apaciento.*** Proclaman mis preceptos y no los cumplen. «Con tranquilidad, dicen algunos, seguimos a nuestros obispos». Esto suelen decirlo frecuentemente los herejes, cuando son convencidos por la verdad manifiesta: «nosotros somos ovejas; ellos darán cuenta de nosotros». Ciertamente dan mala cuenta de vuestra muerte. El mal pastor dará mala cuenta de la muerte de la oveja maligna. ¿Acaso vive la oveja porque se presenta su piel? Se recrimina al pastor el haber descuidado la oveja extraviada, por lo que cayó en las fauces del lobo y fue devorada. ¿De qué le aprovecha presentar la piel marcada? El padre de familia reclama la vida de la oveja. He aquí que el mal pastor presenta la piel. Da cuenta de la piel. ¿Acaso podrá mentir el pastor? Lo veía desde arriba quien luego lo juzgará; le cuenta las palabras, los hechos y

ve sus pensamientos. Dé cuenta el mal pastor de la piel de la oveja muerta. «Le anuncié tus palabras, y no quiso seguirlas; me esforcé para que no se extraviase del rebaño, y no me obedeció». Si dice esto y con ello dice la verdad (Dios sabe si dice la verdad) da buena cuenta de la oveja mala. Si, por el contrario, ve Dios que descuidó la oveja extraviada, que no buscó a la que se perdía, ¿de qué le sirve haber encontrado la piel que poder presentar? La hubiera reconducido al rebaño, para no tener que mostrar la piel de la muerta. Si, pues, no dio buena cuenta quien no la buscó cuando estaba extraviada, ¿qué cuenta dará quien la extravió? Esto es lo que oigo: si el obispo de la Iglesia católica no da cuenta de la oveja, si no la busca cuando está extraviada del rebaño de Dios, ¿qué cuenta ha de dar el obispo hereje que no sólo no la recondujo del extravío, sino que la impulsó a él?

6. Dios es el que apacienta el rebaño

Pero veamos, según dije, de qué manera aparta Dios las ovejas de los malos pastores: «*haced lo que dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen*». No son ellos quienes os apacientan, sino Dios; quieran o no los pastores, para llegar a la leche y a la lana, han de anunciar la palabra de Dios. «*Tú que predicas que no se debe robar, robas*» (Rom 2, 21) dice el Apóstol a aquellos que dicen buenas cosas y practican el mal. Tú escucha al que predica, no robes; no imites al que roba. Si quisieras imitar al ladrón, él te apacienta con su acción; te suministra veneno, no alimento. Pero si escuchas que dice algo, no de su cosecha, sino de la de Dios -no pueden recogerse uvas de las zarzas, pues es también palabra del Señor: «*nadie recoge uvas de las zarzas ni higos de los abrojos*» (Mt 7, 16)-; no debes calumniar a Dios en cierto modo diciéndole: «Señor, no me has querido, porque no se pueden recoger uvas de las zarzas; y en otro lugar me dijiste a propósito de algunos: «*haced lo que dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen»;* es decir, que quienes obran mal son zarzas. ¿Cómo quieres que yo recoja la uva de la palabra de las zarzas?» El responderá: «aquella uva no es producto de las zarzas; lo que acontece a veces

es que el sarmiento se enreda en el seto y cuelga la uva en medio de espesas zarzas, pero no proviene de la raíz de éstas. Si tienes hambre y no tienes de dónde recogerlas, mete la mano con cuidado para no lacerarte con las zarzas, es decir, para no imitar las acciones de los malos; y recoge la uva que cuelga en medio de las zarzas, pero que es fruto de la vid. El alimento del racimo llegará a ti; a las zarzas está reservado el tormento del fuego».

«*Les arrancaré de su boca y de sus manos mis ovejas,* dijo, *y no serán ya más pasto suyo*». Esto mismo se dice en el salmo: «*¿no saben todos los que obran iniquidad que devoran a mi pueblo como a pan? Y ya no serán más pasto suyo, porque esto dice el Señor Dios: he aquí que yo mismo las apacentaré*». Aparté a las ovejas de los malos pastores intimándolas, como dije, «*que no hagan lo que hacen*»*;* es decir, que no hagan las incautas y despreocupadas ovejas lo que hacen los malos pastores. ¿Y qué dice? ¿A quién da lo que a ellos quitó? ¿A los pastores buenos tal vez? No lo indica. ¿Qué diremos, pues, hermanos? ¿Es que no hay pastores buenos? ¿No se dice en otro lugar de las Escrituras: «*y les daré pastores según mi corazón, y las apacentarán con disciplina*» (Jer 3, 15)? Así como no da a los buenos pastores las ovejas que quita a los malos, como si en ningún lugar quedasen pastores buenos, dice: '¿Las aceptaré yo?'. Había dicho a Pedro: «*apacienta mis ovejas*». ¿Qué pensar, pues? Cuando se encomiendan a Pedro las ovejas, no dice el Señor: Yo apacentaré a mis ovejas, no lo hagas tú, sino: «*Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas*» (Jn 21, 17). ¿O acaso porque ahora ya no está Pedro -ya fue recibido en el descanso de los apóstoles y de los mártires- no hay nadie a quien el Señor de las ovejas pueda decir con confianza: «*apacienta mis ovejas*»? ¿Quizá, obligado por la necesidad, baja para ejercer el oficio de apacentar sus ovejas, por no tener a quien encomendarlo y no queriendo abandonarlas? Así parece, pues sigue: «*esto dice el Señor Dios: he aquí que yo*»*,* es decir, aquel a quien decíamos: «*Tú que apacientas a Israel, mira; tú que guías como a ovejas a José*» (Gen 37, 28), al pueblo establecido en Egipto. Israel, extendido ya entre los pueblos, es el mismo José. Sabéis, en efecto, que José emigró a Egip-

to; esto ocurrió al venderlo los hermanos. A Cristo le vendieron los judíos; no sin motivo, también entre los apóstoles Judas fue quien le vendió. Comenzó Cristo a estar entre los gentiles, allí fue honrado, allí creció su pueblo, no le abandonó su pastor. «*Despierta,* dijo, *tu poder y ven a salvarnos*» (Sl 79, 2-3). Lo está ya haciendo y lo hará. Dice así: «*porque así dice el Señor Yahveh: aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él. Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas*» (Ez 34, 11-12). Los malos pastores no se preocuparon; no las rescataron con su sangre. «*Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas*». «*Como visita,* dijo, *el pastor su rebaño en el día*». ¿En qué día? *Cuando haya tempestades y nubes,* es decir, lluvia y niebla. La lluvia y la niebla ***son el extravío en el mundo, una gran oscuridad que surge de los apetitos de los hombres y una densa niebla que cubre la tierra.*** Es difícil que en medio de esta niebla no se extravíen las ovejas. Pero el pastor no las abandona. Las busca, atraviesa la niebla con ojos agudos, sin que se lo impida la oscuridad de las nubes. Las ve, llama a la extraviada en cualquier lugar, para que se cumpla lo que dice en el Evangelio: «*las ovejas que son mías escuchan mi voz y me siguen*» (Jn 10, 27). «*Las sacaré de en medio de los pueblos, las reuniré de los países, y las llevaré de nuevo a su suelo*» (Ez 34, 12-13). ***Cuando es difícil encontrarlas, entonces yo las encontraré.*** ¡Gran principio de la auténtica pastoral católica! Cuando cualquier acción parece inútil frente a la gravedad de la situación, el Señor está por dar mucho fruto.

¡Nunca debemos desconfiar del poder de Dios!

7. Los exuberantes montes de Israel son los libros de la Biblia

«*Las pastorearé por los montes de Israel, por los barrancos y por todos los poblados de esta tierra. Las apacentaré en buenos pastos, y su majada estará en los montes del excelso Israel. Allí reposarán en buena majada; y pacerán abundantes pastos por los montes de Israel*» (Ez 34, 14). Las sacaré de

entre los pueblos, las recogeré de las regiones, las conduciré a su tierra y las apacentaré sobre los montes de Israel. ***Constituyó como montes de Israel a los autores de las Escrituras divinas.*** Apacentaos allí para hacerlo con seguridad. Cuanto oigáis que procede de allí, deleite vuestro gusto; rechazad cuanto es extraño. No os extraviéis en la niebla, oíd la voz del pastor. Reuníos en los montes de la Sagrada Escritura. Allí se encuentran las delicias de vuestro corazón; nada hay venenoso, nada extraño; hay pastos ubérrimos. Vosotras venid, sanas, apacentaos sanas en los montes de Israel. Y en los riachuelos y en todo lugar de la tierra. En estos montes que estamos mostrando tienen su cabecera los riachuelos de la predicación evangélica, cuando en toda la tierra se extendió su voz y todo lugar de la tierra se hizo alegre y fecundo para las ovejas que han de ser apacentadas. Las apacentaré en buenos pastos en los altos montes de Israel y tendrán allí su aprisco, es decir, el lugar donde descansen, donde digan: «se está bien»; donde digan: «es verdad, está claro, no nos engañaron». Descansarán en la gloria de Dios, como en sus apriscos. Y dormirán, es decir, descansarán, y descansarán en completas delicias.

«*Se apacentarán en abundantes pastos sobre los montes de Israel*». Dije ya quiénes eran los montes de Israel, los montes buenos a los que levantamos los ojos para que de ellos nos venga el auxilio. Pero nuestro auxilio nos viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Por esto, para que ni siquiera en los montes buenos pusiésemos nuestra esperanza, dijo: «*apacentaré mis ovejas sobre los montes de Israel*»*;* más aún, para que no te quedases en los montes, añadió inmediatamente: *Yo apacentaré mis ovejas*. Levanta tus ojos a los montes, de donde te vendrá el auxilio; pero escucha a quien dice: «*Yo apacentaré*». «*Tu auxilio está en el Señor, que hizo el cielo y la tierra*».

8. Dios hace lo contrario de los malos pastores

«*Yo mismo apacentaré mis ovejas y yo las llevaré a reposar, oráculo del Señor Yahveh. Buscaré la oveja perdida, tornaré a la descarriada, curaré a la herida, confortaré a la enferma; y guardaré a la que está gorda y robusta: las pastorearé con justicia*» (Ez 34, 16). Mas, para hacerlas descansar, ¿de qué se preocupó con anterioridad? Lo que fueron sus anteriores preocupaciones lo dice después: *esto dice el Señor Dios: Buscaré la que se perdió; llamaré la que se extravió; vendaré la quebrada, fortaleceré la débil y custodiaré la que es grande y fuerte:* cosas todas que no hacían los malos pastores, que se apacentaban a sí mismos, no a las ovejas. No dice el Señor: «pondré otros pastores que hagan esto», sino: «yo mismo lo haré; no confiaré mis ovejas a ninguno otro». Estad tranquilos, hermanos; estad confiadas vosotras, las ovejas. Somos nosotros los que hemos de temer, como si faltase el pastor bueno.

Concluye de esta forma: «*y las pastorearé con justicia*». Ten en cuenta que sólo él las apacienta así; Él, que las apacienta con justicia. ¿Qué hombre puede juzgar a otro hombre? Todo está lleno de juicios temerarios. Aquel de quien habíamos perdido toda esperanza se convierte repentinamente y se hace buenísimo. Aquel de quien habíamos esperado tanto, cae repentinamente y se convierte en pésimo. Tanto nuestro temor como nuestro amor son inseguros. Qué es el día de hoy un hombre cualquiera, apenas lo sabe él mismo. Con todo, en cierta medida, él sabe qué es hoy. En cambio, qué será mañana, ni él mismo lo sabe. Apacienta, pues, él con justicia, repartiendo a cada uno lo suyo: esto a éstos, aquello a aquellos, lo merecido a quienes lo merecen, sea esto o aquello. Sabe lo que debe hacer. ***Apacienta con justicia a los que redimió cuando fue juzgado.*** Luego él apacienta con justicia.

Según el profeta Jeremías, clamó la perdiz, reunió huevos que no puso, amontonando riquezas, pero sin juicio. Al contrario de esta perdiz que amontonó sus riquezas sin juicio, este pastor apacienta con juicio. ¿Por qué sin juicio aquélla? Porque reunió lo que

no engendró. ¿Por qué éste con juicio? Porque cría lo que él engendró. Estamos hablando del pastor bueno. Los pastores buenos o no existen o están ocultos. Si no los hay, ¿por qué perdemos el tiempo? Si están ocultos, ¿por qué no se habla de ellos? En aquella perdiz algunos de nuestros mayores y de los comentadores de la Escritura anteriores a nosotros vieron significado al diablo, que reúne lo que no parió. El no es creador, sino embaucador, amontonando sus riquezas sin juicio. No le importa el que uno se extravíe de esta forma y otro de otra. Quiere que todos se extravíen, sean cuales sean los errores. ¡Cuán distintas herejías existen! ¡Cuán diversos son los errores! El quiere que los hombres se extravíen en todos. El diablo no dice: «Sean donatistas y no arrianos». Sea aquí, sea allí, le pertenecen a él, que congrega sin juicio. «Si adora los ídolos, dice, es mío; si permanece en la superstición de los judíos, mío es; si, abandonando la unidad, se va a esta o aquella herejía, mío es». ***Reúne sin justicia al amontonar sus riquezas.*** Pero ¿qué sigue? «*A mitad de sus días la abandonarán y en sus postrimerías será necia*» (Jer 17, 11). Viene aquel que congrega de todas las partes sus ovejas. A mitad de los días del mal pastor, antes de lo que esperaba, antes de lo que pensaba, le abandonarán, y aparecerá como necio en sus postrimerías. ¿Por qué en sus primeros días aparecía como sabio y en los últimos aparecerá como necio? A veces en la Escritura se dice sabiduría en lugar de astucia, en sentido figurado, no en el propio. Por esto se dice: «*¿Dónde está el sabio, dónde el docto, dónde el investigador de este mundo? ¿No ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo?*» (1Cor 1, 20). Esta perdiz, este dragón, esta serpiente, se mostró aparentemente sabia cuando, por medio de Eva, engañó a Adán. Creyó Adán que decía la verdad, estimó que le daba un buen consejo; le creyó a él antes que a Dios. Según la costumbre de nuestras Escrituras -pues, ¿qué nos importa a nosotros cómo hablen los autores del mundo?-, se habla de sabiduría en sentido abusivo y malo; eso lo puedes ver en el mismo libro: «*era allí la serpiente más sabia que todas las bestias*» (Gn 3, 1-6). Esta bestia, la más sabia de todas, es considerada como astuta y hábil en el engaño. Posteriormente ya no se le da crédito. Se le

dice: «renunciamos a ti; nos basta que por incautos nos engañases la primera vez». De este modo, pues, en sus últimos días será necia. Serán descubiertos sus fraudes y, por lo mismo, ya no habrá más. En sus últimos días será necio quien reunió lo que no engendró y amontonó riquezas sin juicio. Al contrario que él, nuestro Redentor apacienta con juicio.

Pensemos en un hereje cualquiera. Aunque no es hermano del diablo, ciertamente es su ayudante e hijo. También a él le llamaría perdiz, animal contencioso. Como saben los cazadores, este animal puede ser cazado por su afán de pelea. Los herejes lucharon contra la verdad, y ya desde el momento en que se separaron. Ahora dicen: «no queremos contiendas», porque ya están capturados. No tienen qué decir sino: «no quiero contiendas.» ¡Oh cautivo! Sin lugar a duda eres tú el que en los primeros tiempos de tu separación acusabas de traidores, condenabas a los inocentes, buscabas la sentencia del emperador, no te sometías al juicio de los obispos, siempre que eras vencido volvías a apelar, ante el mismísimo emperador litigabas afanosamente. Reunías lo que no habías engendrado. ¿Dónde está ahora tu dura cerviz? ¿Dónde tu lengua? ¿Dónde tu silbido? Ciertamente en tus últimos días te hiciste necio, te atemorizaste al estar sin juicio. Ya no quieres juzgar lo cierto, ni sobre tu error, ni sobre la verdad. Al contrario, Cristo te apacienta con juicio, distingue las ovejas que son suyas de las que no lo son. «*Las ovejas que son mías,* dice, *escuchan mi voz y me siguen*».

9. Todos los buenos pastores son uno sólo: ¡Jesucristo!

Aquí encuentro a todos los buenos pastores en uno solo. No faltan los buenos pastores, pero se hallan en uno solo. Quienes están divididos son muchos. Aquí se anuncia uno solo, porque se recomienda la unidad. Quizá digas que ahora no se habla de pastores, sino de un solo pastor, porque no encuentra el Señor a

quien confiar sus ovejas. Entonces las confió porque encontró a Pedro. Al contrario, en el mismo Pedro nos recomendó la unidad. Eran muchos los apóstoles y sólo a uno se dice: «*apacienta mis ovejas*». ¡Lejos de nosotros decir que faltan ahora buenos pastores; lejos de nosotros el que falten, lejos de su misericordia el que no nos los produzca y establezca! En efecto, si hay buenas ovejas, hay también buenos pastores, pues de las buenas ovejas salen buenos pastores. Pero todos los buenos pastores están en uno, son una sola cosa. ***Apacientan ellos, es Cristo quien apacienta.*** Los amigos del esposo no dicen que es su voz propia, sino que gozan de la voz del esposo. Por lo tanto, ***es Él mismo quien apacienta cuando ellos apacientan.*** Dice: ***soy Yo quien apaciento;*** pues en ellos se halla la voz de Él, en ellos su caridad. Al mismo Pedro a quien confiaba sus ovejas, como si fuera su «alter ego», quería hacerle una cosa sola consigo, para de este modo confiarle las ovejas. Porque así Él sería la cabeza y mantendría la figura del cuerpo, es decir, de la Iglesia; como esposo y esposa serían dos en una sola carne. Por lo tanto, al confiarle las ovejas, ¿qué le pregunta antes para no confiárselas a otro distinto de sí? «*Pedro, ¿me amas?*» Y respondió: «*Te amo*». De nuevo: «*¿Me amas?*». Y respondió: «*Te amo*». ***Confirma la caridad para consolidar la unidad. El mismo, siendo único, apacienta en éstos; y éstos apacientan en el único.*** Calla acerca de los pastores, pero no se calla. Se glorían los pastores: pero «*quien se glorie, gloríese en el Señor*». ***Esto es lo que significa que Cristo apacienta: esto es apacentar con Cristo, apacentar en Cristo y no apacentarse a sí mismo fuera de Cristo.*** No pensaba en la penuria de pastores, como si el profeta anunciase como venideros estos malos tiempos, cuando dijo: «*yo apacentaré a mis ovejas*», como diciendo: no tengo a quien confiarlas. En efecto, cuando aún vivía Pedro, y cuando aún se hallaban en esta carne y en esta vida los apóstoles mismos, entonces dice aquel pastor único, en quien son todos una sola cosa: «*tengo otras ovejas que no son de este redil; es preciso que yo las atraiga, para que haya un solo rebaño y un solo pastor*» (Jn 10, 16). Estén todos en el único pastor, anuncien todos la única voz del pastor, en modo que

la oigan las ovejas y sigan a su pastor, no a éste o al otro, sino al único. Anuncien todos en Él una sola voz; no tengan diversas voces. Os ruego, hermanos, que todos anunciéis lo mismo y no haya entre vosotros cismas. Oigan las ovejas esta voz liberada de todo cisma, expurgada de toda herejía, y sigan a su pastor que dice: «*las ovejas que son mías, oyen mi voz y me siguen*».

Muy clara es la diferencia entre pastores buenos y malos. Los primeros «*dan la vida por las ovejas*» (Jn 10, 11), los segundos son «*mercenarios y no les da cuidado de las ovejas*» (Jn 10, 13). Unos, buscan los intereses de Jesucristo, no los suyos propios; los otros, buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo. Los primeros son una sola cosa con Jesucristo y vibran por el celo de la unidad de la Iglesia; los segundos se han desgajado de Jesucristo y son causa de división.

Voltaire al ver males en la Iglesia dijo en 1773: «*En veinte años ya no habrá Iglesia*». Han pasado más de 200 años de esa pseudo profecía y la Iglesia aparece cada vez más joven, más extendida y más fuerte. Tiempo atrás recordaba el entonces Cardenal Ratzinger: «*me viene a la mente una anécdota que se cuenta a propósito del Cardenal Consalvi, secretario de Estado de Pío VII. Le habían dicho: "Napoleón intenta destruir la Iglesia". Responde el Cardenal: "No podrá, ni siquiera nosotros hemos podido destruirla"*».[6]

¡Que la Divina Pastora nos alcance la gracia de tener el corazón del Buen Pastor!

[6] *Revista 30 Giorni* 3 (2000) 24. Entrevista al Card. Joseph Ratzinger: «*Non riuscirà, neppure noi siamo riusciti a distruggerla*».

4

Lo que pasa por el corazón del sacerdote

Me gustaría ahora poder expresar algún aspecto de lo que hace al misterio del sacerdocio católico y más en concreto, hablar sobre lo que pasa por el corazón del sacerdote.

Ciertamente que si lo que pasa por el corazón de todo hombre -como dice la Sagrada Escritura- es un abismo, mucho más es lo que pasa por el corazón del sacerdote, de tal manera que es prácticamente imposible sintetizar la cantidad de sentimientos, de emociones, de actos.

Pero creo que se podría resumir en dos puntos: lo que pasa en el corazón del sacerdote con relación al infinito, y lo que pasa en el corazón del sacerdote con relación a lo finito. O, lo que es lo mismo, lo que pasa con relación al Creador; y lo que pasa con relación a la criatura, de manera especial la criatura racional. O aun dicho más simplemente: entre Dios y el hombre. Y creo que podemos ver en esto aquello que expresa de una manera muy clara, aunque también misteriosa, el salmista: *un abismo llama a otro abismo* (Sl 42, 7). En nuestro caso, es el abismo del corazón del sacerdote el que llama a ese otro abismo infinito, por así decirlo, que es el corazón de Dios, y también a ese otro abismo que es el corazón de sus hermanos. Usando las palabras del salmista podríamos decir que se trata de aquello de *cor ad cor loquitur*, el corazón que habla al corazón.

1. El corazón del Sacerdote y Dios

Ciertamente, en el corazón del sacerdote lo más importante es Dios. Pero como Dios es infinito en toda perfección, no es adecuadamente abarcable por la inteligencia del sacerdote, o por su corazón, por su voluntad. Siempre Dios es más grande, siempre Dios está más allá, siempre Dios es inasible, como decía san Agustín, «no sería Dios quien es si fuese Dios entendido», y como decía también el pseudo Dionisio -y repiten los grandes teólogos-, acerca de que de Dios sabemos más lo que no es que lo que es.[1] De tal manera que nuestro corazón siempre está jugando, como en el corazón de los teólogos, la analogía de la fe y la analogía entre la criatura y el Creador. Lo que en el lenguaje de los místicos es la noche oscura; lo que vendría a ser en el lenguaje de S. Lewis como la realidad, como el mismo Dios; en cierto sentido, es iconoclasta, es decir, va destruyendo las imágenes que nos vamos haciendo de Él, porque Él es siempre más grande.

Por eso es que en el sacerdote -y con el correr de los años sacerdotales, cada vez más y más-, va creciendo la idea de la majestad de Dios, nadie es tan grande como Dios; la idea de la santidad de Dios, para quien *ni los mismos cielos son puros* (15, 15) como dice Job; la idea del poder de Dios, de manera particular eso pasa por el corazón del sacerdote en cada Misa en el momento de la transustanciación, obra de la omnipotencia divina, por la cual la sustancia del pan y del vino se convierten en el cuerpo y la sangre del Señor.

Por eso es que, como una cosa espontánea, brota del corazón del sacerdote la adoración de Dios: solamente Dios es adorable. Ninguna otra cosa es adorable en comparación con Dios. Decir adorable, es rendir a Él el amor más grande, el amor más puro, el

[1] El PSEUDO DIONISO afirma que, hablando de Dios, «son más verdaderas las negaciones que las afirmaciones». En *Coel. Hierarchia*, cap. 2: PG 3, 141 A. Cit. por P. Cornelio Fabro, *Drama del hombre y misterio de Dios* (Madrid 1977) 170.

amor más irrestricto con todas las fuerzas del alma, con todas la fuerzas de la mente, con todas las fuerzas del corazón.

Y esta adoración a Dios no es una cosa transeúnte de un momento, el momento de oración, el momento de la Misa, el momento del rezo del rosario, o del rezo de la liturgia de las horas, sino que brota muchas veces en el día, muchísimas veces, porque es algo que se deriva justamente de esa conciencia de la grandeza de Dios. Por eso junto con la adoración el sacerdote alaba a Dios, lo alaba con sus labios, pero sobre todo lo alaba con su corazón, lo alaba en esos momentos de oración a *full*, pero además alaba al que en todo momento debe alabar, con sus obras, con su vida, con su ejemplo. Y por ver quién es Dios, -y sólo Dios es Dios-, brota también espontáneamente la conciencia de que somos pecadores y entonces brota del corazón sacerdotal el acto de pedir perdón a Dios. De pedir perdón por los pecados propios y de pedir perdón a Dios por los pecados de todos los hombres, por los pecados de toda la humanidad. De tal manera que cuando los fieles ven al cura párroco o a su vicario en el templo rezando el breviario, está rezando por los fieles, está rezando por todo el pueblo que el obispo le ha encomendado que son todos los feligreses de la parroquia. Pero no solamente por los feligreses de la parroquia, sino que está rezando por todos los hombres de todos los países de todas partes del mundo.

2. El corazón del sacerdote y los hombres

En segundo lugar, por el corazón del sacerdote pasa todo hombre y toda mujer. Pasan los niños, con su candor, con su inocencia. Los jóvenes con su entusiasmo, su empuje. Los mayores con su responsabilidad. Los ancianos con su sabiduría. Los enfermos con su dolor. Los pobres con sus necesidades. Los pecadores con su falta de Dios. Y los santos con su plenitud de gracia. Los buenos y los malos. Los justos y los injustos. Los que necesitan y aquellos a quienes les sobran las cosas.

Todos sin distinción, sin exclusión y esto por una sola y sencilla razón: porque *por todos murió Cristo* (2Cor 5, 15). Y así como Cristo murió por todos, el sacerdote está dispuesto a dar su vida por todos, sin exclusiones, sin exclusivismos, incluso por aquellos que a lo mejor lo odian, porque Cristo le dio ejemplo de eso cuando colgado en la cruz dijo: *Padre perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). Y por eso es que el sacerdote, como dice san Pablo, ríe con el que ríe y llora con el que llora.[2] San Vicente de Paúl decía, *je pain*, *des votres pains*, «yo peno -yo sufro- con vuestras penas, con vuestro sufrimiento». Ese es el corazón de un auténtico sacerdote. Es un corazón universal que abarca y abraza a todo ser humano; y así como abarca y abraza a todo ser humano, abarca y abraza todo aquello que sea auténticamente humano: los problemas sociales, políticos, económicos -como la falta de trabajo, el desempleo, la necesidad de hacer que se defiendan sus derechos-; el avance de la ciencia, de la técnica, del arte, de la cultura; abarca y abraza todo lo que dice relación a las familias, a la patria, al mundo. De tal manera que ninguna de esas cosas auténticamente humanas le son ajenas porque así como Cristo murió por todos, Cristo murió para que con su gracia el hombre pueda solucionar todos los problemas que pueda tener.

Esto, dicho así, con mis pobres palabras, lo refuerzo con un texto magnífico de ese gran sacerdote que fue San Luis Orione, apóstol de la caridad, aquel que fue el fundador de los Cottolengos, de la mayoría de los Cottolengos que están en nuestra patria, dando acogida a aquellos que son los pobres más pobres, los pobres más necesitados.

Decía don Orione en una página admirable: «No saber ver y amar en el mundo sino las almas de nuestros hermanos, las almas de los pequeños; las almas de los pobres; las almas de los pecado-

[2] Cfr. 1Cor 9, 22.

res; las almas de los justos; las almas de los extraviados; almas de penitentes; almas de rebeldes a la santa Iglesia de Cristo; almas de hijos degenerados; almas de sacerdotes desgraciados y pérfidos; almas sometidas al dolor; almas blancas como palomas; almas sencillas puras y angelicales de vírgenes; almas caídas en las tinieblas de los sentidos y de la vasta bestialidad de la carne; almas orgullosas del mal; almas ávidas de poder y de oro; almas llenas de sí mismas que sólo piensan en sí; almas descarriadas que buscan camino; almas dolientes que buscan un refugio o una palabra de piedad; almas aullantes en la desesperación de la condena o almas arrobadas en el éxtasis de la verdad divina. Todas son amadas por Cristo, por todas ha muerto Cristo, a todas quiere Cristo salvar entre sus brazos y en su corazón traspasado. Nuestra vida, -continúa Don Orione-, y toda nuestra congregación debe ser un cántico y juntamente un holocausto de fraternidad universal en Cristo. Ver y sentir a Cristo en el hombre, debemos tener nosotros la música profundísima y altísima de la caridad. Para nosotros el punto central del universo es la Iglesia de Cristo y el punto del drama cristiano, el alma. Yo no siento sino una infinita, divina sinfonía de espíritus palpitantes en torno a la cruz , y la cruz destila para nosotros gota a gota, a través de los siglos, la sangre divina derramada por cada una de las almas humanas. Desde la cruz Cristo clama, *tengo sed* (Jn 19, 28), grito terrible de sed abrasadora que no es de la carne, sino que es el grito de sed de almas y es por esta sed de nuestras almas que Cristo muere».[3]

Por eso brota de ese gran corazón sacerdotal, de ese santo de la Iglesia Católica, Don Orione el siguiente pedido a Dios: «Ponme, oh Señor, en la boca del infierno, para que yo con tu miseri-

[3] En *In Cammino con Don Orione*, (Roma 1972) 328ss. Cit. *Don Orione*, *Nel nome della Divina Providenza*, *le piú belle pagine* (Roma 1995) 134-135.

cordia lo cierre».[4] Esto lo aprende el sacerdote por el contacto, en cada Misa, con el Corazón eucarístico de Cristo.

Hemos de pedir siempre, de manera especial a la santísima Virgen, para que en el corazón de todos los sacerdotes, haya lugar, para Dios y para nuestros hermanos en el amor del Señor. No ha habido sobre la tierra ninguna criatura que haya amado tanto a Dios como la Virgen, y no ha habido tampoco sobre la tierra ninguna criatura que haya amado tanto a los hombres como ella.

Por eso a ella, la Madre y Reina de los sacerdotes, le pedimos la gracia de amar siempre mucho a Dios y amar siempre mucho a nuestros hermanos.

[4] En *In Cammino con Don Orione* (Roma 1972) 328ss. Cit. *Don Orione*, *Nel nome della Divina Providenza*, *le piú belle pagine* (Roma 1995)136.

5

Profetas inermes

Los sacerdotes somos profetas inermes, es decir, estamos sin armas, estamos desarmados. Así nos envió Jesucristo a predicar el Evangelio a todo el mundo, como dice hermosamente San Vicente Ferrer: «Les marcó el movimiento del sol, que sale e ilumina, calienta y hace fructificar por todo el mundo, y no se detiene nunca en un lugar».[1]

¡Con qué facilidad se calumnia, se difama, se persigue a los sacerdotes! Hay incluso campañas orquestadas a nivel internacional: *El Vicario*, *In the name of the Father*, *Via col vento in Vaticano*, etc.

Y, ¿quién defiende al sacerdote? ¿Tal vez los medios de comunicación social? Por experiencia podemos afirmar que no.[2]

¿Tal vez la sociedad civil con sus leyes y la justicia? Cuando llega, llega tarde.

¿Tal vez los superiores? Sólo nos defienden los buenos, los que dan la vida por las ovejas, es decir, los que son movidos por Dios. Muchos no saben defendernos, otros no pueden, no quieren los demás.

[1] SAN VICENTE FERRER, *Biografía y escritos de San Vicente Ferrer* (Madrid 1956) 651.

[2] Por el contrario, parecerían algunos medios empeñados en degradar el misterio de la Iglesia y del sacerdocio. Baste citar películas como *El nombre de la Rosa*, *La última tentación de Cristo*, *Priest*, *El cuerpo*, *Dogma*, *Stigmata*, etc.

En última instancia, sólo Dios defiende al sacerdote, aunque nos manda como ovejas en medio de lobos: *Yo os envío como ovejas en medio de lobos*; *sed*, *pues*, *prudentes como serpientes y sencillos como palomas* (Mt 10, 16); *Yo os envío como corderos en medio de lobos* (Lc 10, 3).

Y esto ha sido así en todos los siglos:

En los primeros siglos, tres fueron las más grandes acusaciones:

1. La quema de Roma

Tácito afirma: «...Nerón se inventó unos culpables, y ejecutó con refinadísimos tormentos a los que, aborrecidos por sus infamias, llamaba el vulgo cristianos... luego, por las indicaciones que éstos dieron, toda una ingente muchedumbre quedaron convictos, no tanto del crimen de incendio, cuanto de odio al género humano. Su ejecución fue acompañada de escarnios, y así unos, cubiertos de pieles de animales, eran desgarrados por los dientes de los perros; otros, clavados en cruces, eran quemados al caer el día, a guisa de luminarias nocturnas».[3]

2. La acusación de canibalismo

Dice el historiador A. Hamman: «La celebración eucarística, en la que el obispo dice: Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre, es presentada como un rito caníbal: los cristianos inmolan un niño -se dice- como en el festín de Thyeste. Todos los apologistas se sienten en la obligación de salir al paso de estas falsedades que corren de ciudad en ciudad a lo largo del siglo II. Las reuniones de la comunidad, en las que los cristianos se llaman "hermanos", "hermanas" y se dan el beso de la paz, se prestan a las peores

[3] TÁCITO, *Ann.* XV, 34.

interpretaciones. Y pasan a ser encuentros licenciosos. Para la canalla es difícil creer en la virtud, al libertino le es difícil reconocer que hay hombres y mujeres castos. De ahí a tachar el celibato voluntario de incivismo o de desviación, no hay más que un paso, que se da con frecuencia».[4] Y en el Octavio de Minucio Félix: «Tengo oído que veneran, no sé por qué absurda creencia, la cabeza consagrada de un asno, animal repugnante. ¡Religión digna y nacida de tales costumbres! Otros refieren que veneran las partes vergonzosas de sus sacerdotes; diríase que adoran la naturaleza de sus padres. No sé si será falsa esta sospecha, aunque muy puesta en razón por sus ceremonias ocultas y nocturnas... La historia de la admisión de los neófitos es tan detestable como pública. Se pone delante del que se inicia en los misterios un niño cubierto con pasta, para engañar a los incautos. El candidato, engañado por la pasta que envuelve al niño, le da golpes, al parecer inocentes, matándole a cuchilladas. ¡Qué horror! Lamen con avidez su sangre, reparten a porfía sus miembros. Con esta víctima pactan su alianza; con esta participación en el crimen aseguran su mutuo silencio. Estos misterios son más horripilantes que todos los sacrilegios».[5] Y San Justino: «...es que también vosotros creéis que nos comemos a los hombres, y que, después del banquete, apagadas las luces, nos revolvemos en ilícitas uniones».[6]

3. Ateísmo

La peor de todas las acusaciones fue la de ateísmo. Dice Atenágoras: «Tres son las acusaciones que se propalan contra nosotros: el ateísmo, los convites de Thyeste y las uniones edípeas... sabemos que es costumbre que viene de antiguo y no inventada sólo en nuestro caso y que se cumple por una especie de ley y

[4] A. HAMMAN, *La vida cotidiana de los primeros cristianos* (Madrid 1986) 107-109.
[5] *Martirio de Policarpo*, IX, 2-3.
[6] *Dial.*, 10; cit. RUIZ BUENO, *Padres Apologetas Griegos* (Madrid 1979) 317-118.

razón divina, que la maldad haga siempre la guerra a la virtud».[7] Es la acusación contra San Policarpo: «Toda la muchedumbre, maravillada de la valentía de la raza de los cristianos, que ama y rinde culto a Dios, prorrumpió en alaridos: "¡Mueran los ateos! ¡A buscar a Policarpo!"».[8] Y San Justino: «De ahí que se nos dé también nombre de ateos...».[9] Esta calumnia duró más de un siglo.

En el 845 un violento edicto del emperador Wutsung, de la dinastía Tang, en China, desencadenó la primera gran persecución, atribuyéndonos lo siguiente: «Hacen amar más a sus maestros que a los reyes y a sus padres y debilitan la institución de la familia al retirarse en los monasterios... Consumen sus fuerzas en obras improductivas, engañan a los pobres para adueñarse de su plata y de sus joyas. Por cada monje que no trabaja la tierra, alguien padece hambre; por cada monja que no trabaja la seda, alguien sufre frío». Afirma el profesor Gardini: «Las acusaciones citadas han permanecido sustancialmente invariables a lo largo de los siglos hasta nuestros días».[10]

En nuestros tiempos son muy conocidas las acusaciones y persecuciones del liberalismo, del nazismo, del comunismo, ...pero también la «contradicción de los buenos», por ejemplo, los Cardenales Mindszenty[11] y Wyszynski,[12] quienes además de los sufrimientos impuestos por el régimen comunista, sufrieron por algunos co-hermanos. San Pío de Pietralcina sufrió duras incomprensiones de algunos miembros del Santo Oficio y otros; Santa María Micaela tuvo casi todo el clero madrileño en contra;[13] San Juan

[7] ATENÁGORAS, *Legación a favor de los cristianos*, 3-4; 31; cit. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos* (Madrid 1979) 657.

[8] *Martirio de Policarpo*, IV, 2; cit. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos* (Madrid 1979) 679.

[9] SAN JUSTINO, *Apología*, 6.

[10] WALTER GARDINI, *El cristianismo llega a China* (Buenos Aires 1983) 21-22.

[11] *Memorias* (Buenos Aires 1975).

[12] *Diario de la cárcel* (Madrid 1984).

[13] J. M. CEJAS, *Piedras de escándalo* (Madrid 1992) 48ss; allí se cuenta que un sacerdote la abofeteó.

Bosco tuvo dificultades con el Arzobispo de Turín Mons. Ricardi y con su sucesor Mons. Gastaldi que le quitó las licencias para confesar y quien «retrasó tres años la aceptación de las dimisorias para la ordenación de nuevos sacerdotes salesianos y puso todos los inconvenientes posibles para que no se llevasen a cabo esas ordenaciones»;[14] a San Felipe Neri también le quitaron las licencias para confesar; al Padre José Kentenich, fundador de Schöenstatt, lo desterraron a Milwaukee con la acusación de falta de «sentido eclesial» y 15 años duraron sus dificultades (está en proceso de canonización).[15] Y se pueden multiplicar los ejemplos con los santos Teresa de Jesús, a quien el Nuncio Sega llamó «fémina inquieta y andariega, desobediente y contumaz» y que las fundaciones que hacía eran sin licencia del Papa ni de los superiores;[16] Juan de la Cruz que estuvo preso 9 meses en Toledo; Juan de Ávila, Luis María Grignion de Montfort, José de Cupertino a quien sus superiores tuvieron preso durante 13 años; Juan Bautista de la Concepción, Antonio María Claret, Alfonso de Ligorio, José de Calasanz (santo patrono de los fundadores en dificultades), José Benito Cottolengo, Juana de Lestonnac, Rafaela María del Sagrado Corazón, Juana Antida Thouret, Juan Calabria, Benito Menni... los beatos Francisco Palau, Comboni, Enrique de Ossó, Alix Le Clercq, Francisco Spinelli, Paulina del Corazón Agonizante, Mary Mackillop, Escrivá, Póveda, Juana Jugan, el Cardenal Ferrari... Alfonsa Cavín, Antonia París, Bonifacia Rodríguez, Marcial Maciel, María de la Pasión...

¿Cuál es nuestra mejor defensa? Nuestra mejor defensa es ser como ovejas, como los corderos, es decir, sufrir con mansedumbre la calumnia, el desprestigio, la maledicencia, la persecución...

[14] J. M. CEJAS, *Piedras de escándalo* (Madrid 1992) 73.
[15] J. M. CEJAS, *Piedras de escándalo* (Madrid 1992) 98ss.
[16] *Reforma* I, L.4, c.30, 22; cit. SANTA TERESA, *Obras completas*, 1723.

Y, ¿cuáles son las razones por las que Jesucristo nos envía inermes en medio de los lobos? Las enseña magníficamente San Juan Crisóstomo:[17]

Cuatro son los objetivos que se alcanzan al mandarnos inermes:

- «Muchas cosas conseguía el Señor de este modo. Primero, que conocieran la fuerza de su presciencia. Segundo, que nadie pudiera sospechar que por flaqueza del Maestro acontecía todo aquello a sus discípulos. Tercero, que los que habían de sufrirlo no se espantaran como de cosa inesperada y fuera de lo normal. Cuarto, que al oír esto, al tiempo mismo de la cruz, no se turbaran...

De momento sólo les predice lo que ellos mismos tendrían que sufrir. Quiéreles seguidamente hacer ver que esta guerra es nueva, y peregrino el modo de combatir,[18] pues los envía por el mundo desnudos de todo, con una sola túnica, sin sandalias, sin bastón ni dinero en el cinturón y sin alforjas, con la orden de alimentarse en casa de quienes los reciban...».

- Enviándonos como ovejas en medio de lobos muestra su poder:

«Mas ni aquí detiene el Señor su discurso; para hacer alarde de su poder inefable, prosigue diciéndoles: "Y yendo así por el mundo, habéis de dar muestras de mansedumbre de ovejas, y de ovejas que han de ir a lobos, y no ir como quiera, sino estar en medio de lobos"... Porque yo -parece decirles- quiero señaladamente hacer muestra de mi poder en que las ovejas venzan a los lobos; en que, estando ellas en medio de lobos, y no obstante sus infinitas dentelladas, no sólo no acaben con ellas, sino que sean ellas más bien

[17] *Homilias sobre San Mateo*, 33, 1-2.

las que conviertan a los lobos. Más maravilloso, mayor hazaña que matarlos, es hacerles cambiar de sentir, transformar enteramente su alma. Y eso que los apóstoles no eran más de doce y los lobos llenaban la tierra entera».

- Si somos como ovejas vencemos por estar apacentados por Cristo, que nos envía:

«Mientras somos ovejas, vencemos; aun cuando nos rodean por todas partes manadas de lobos, los superamos y dominamos. Pero si nos hacemos lobos, quedamos derrotados, pues nos falta al mismo punto la ayuda del pastor. Como quiera que Él apacienta ovejas y no lobos, te abandona y se aleja de ti, pues no le permites que muestre su poder...

Todo esto les esperaba a quienes tenían poder de hacer milagros. ¿Cuál era, pues, el verdadero consuelo en medio de todos estos trabajos? El poder de quien les enviaba. De ahí que el Señor mismo, eso puso delante de todo: He aquí que yo os envío. Esto basta para vuestro consuelo, esto basta para que tengáis confianza y no temáis a los que os atacan».

- Podría habernos enviado no como ovejas, sino como leones:

«Hubiera podido ciertamente hacer lo contrario y no permitir que sufrierais mal alguno; hubiera podido hacer que no estuvierais bajo los lobos, sino que fuerais mas espantables que leones. Sin embargo, os conviene que así sea. Esto os hará a vosotros más gloriosos y pregonará mejor mi poder.

...Al decir: Yo os envío como ovejas, dice implícitamente, no desmayéis, porque yo sé, yo sé muy bien que de este modo sois invencibles».

[18] Nótese la belleza de la expresión y lo sublime de la realidad que expresa: «***Nueva la guerra y extraño el modo de combatir***». Y sigue siendo así a través de los siglos.

- No sólo hay que ser mansos, sino también prudentes, y la mayor prudencia es conservar la fe:

«Mas veamos qué prudencia es la que aquí pide el Señor. Prudentes como la serpiente -nos dice-. Como la serpiente lo abandona todo, y aun cuando la hagan pedazos, no hace mucho caso de ello con tal de guardar indemne la cabeza, así vosotros -parece decir el Señor- entregadlo todo antes que la fe, aun cuando fuera menester perder las riquezas, el cuerpo, la vida misma. La fe es la cabeza y la raíz. Si esa se conserva indemne, aún cuando todo lo pierdas, todo lo recuperarás más espléndidamente».

- Además de la mansedumbre y la prudencia, hay que añadir la sencillez:

«Si esta sencillez no se le añade ¿para qué sirve la prudencia? ¿Entonces, qué puede haber más duro que estos preceptos? ¿No era bastante tener que sufrir? No, responde el Señor. Yo no os permito ni que os irritéis, pues tal es la naturaleza de la paloma. Es como si uno mandara echar una caña seca en el fuego y mandara que no se quemara la caña, sino que apagara ella el fuego. Mejor que nadie sabe el Señor mismo la naturaleza de las cosas, y Él sabe perfectamente que la violencia es fuego que no se extingue con otra violencia, sino con la mansedumbre.

¿Veis cómo por todas partes es menester que seamos perfectos, de suerte que ni los peligros nos abatan ni la ira nos arrebate?

Nuevamente les obliga el Señor a estar vigilantes, pues por todas partes les ofrece sufrimientos, y a ellos, en cambio, no les permite hacer mal alguno. Por donde hemos de aprender que en el sufrir está la victoria y de ahí hemos de levantar nuestros trofeos».

No tenemos armas materiales, armas según entiende el mundo. Tenemos «armas» espirituales, como enseña San Pablo: ¡*Estad a pie firme*!; *ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como*

coraza, *calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la paz, embrazando siempre el escudo de la Fe*, *para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno*. *Tomad*, *también*, *el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu*, *que es la Palabra de Dios*... (Ef 6, 14-17).

San Pablo describe, magníficamente, la diversidad de armas espirituales (a semejanza de las corporales) de las que hay tres géneros, según explica Santo Tomás:[19]

- Con las vestiduras, que son para cubrirse, con las que nos defendemos de los enemigos carnales y vencemos las concupiscencias terrenas:

El cíngulo para ceñirse representa la lucha contra la concupiscencia de la carne; el hombre se viste antes de ceñirse. Pero el Apóstol empieza con este orden de armadura espiritual, porque en la guerra espiritual es necesario antes refrenar las concupiscencias de la carne, así como primero hay que vencer al enemigo cercano; ahora bien, esto se hace por la moderación (el refrenarse) de los lomos, en los que la lujuria tiene fuerza, lo cual se realiza por la templanza, que contraría a la gula y a la lujuria.

Luego nos amonesta el Apóstol a vencer las concupiscencias de las cosas:

La coraza, que cubre todo el cuerpo, nos defiende contra las codicias terrenas y representa a la justicia que cubre todas las virtudes;

El calzado, que nos defiende contra los excesivos cuidados de las cosas temporales.

- Las armas para defenderse protegiéndonos de los errores y confirmándonos en los bienes espirituales, corresponden a las dos

[19] *Ad Ef*, 6, 4.

partes del cuerpo que hay que proteger: corazón y cabeza, para ello es necesario:

El escudo, que representa a la fe, que nos defiende de los dardos del Maligno; los dardos son extinguidos por la fe, porque extingue las tentaciones presentes y transitorias por medio de los bienes espirituales y eternos, que promete la Sagrada Escritura;

El yelmo, que representa la esperanza del fin, que nos mueve a vivir en caridad. Porque así como el yelmo está en la cabeza, así la cabeza de las virtudes morales es el fin y de esto trata la esperanza. Que como dice San Agustín: «contra la violencia de la caridad el mundo no puede nada».

- Las armas para atacar nos ayudan a impugnar a los mismos demonios:

La espada, que representa a la Palabra de Dios, o sea, la predicación con la que se impugna a los demonios. En los sermones la Palabra de Dios, que penetra los corazones de los pecadores, expulsa la masa de los pecados y de los demonios. La predicación se llama «espada del Espíritu» no porque penetra hasta el espíritu, sino porque es guiada por el Espíritu Santo.

Aprendamos siempre a ser ovejas -y lo que es lo mismo- a revestirnos de armas espirituales. ¿Cuál es la palestra privilegiada para aprender a ser ovejas, para aprender a ser diestros en el uso de las armas espirituales? La mejor palestra es la Misa.

Allí aprendemos a amar la Verdad de la fe; la justicia que da a Dios y al prójimo lo que les corresponde; el celo por el Evangelio de la paz; la devoción por la Palabra de Dios; el crecimiento en la esperanza y en la caridad; el espíritu de oración; la docilidad al Espíritu Santo; intercedemos por todos sin excluir, absolutamente a nadie; adoramos a Dios; amamos a la Virgen...

En otra parte, San Juan Crisóstomo, refiriéndose a las persecuciones, decía: «No me recuerdes armas y murallas. Las murallas se

derrumban con el tiempo; la Iglesia jamás envejece. Las murallas son destruidas por los bárbaros; a la Iglesia no logran vencerla los demonios. Que no sean estas meras palabras jactanciosas, lo atestigua la realidad de los hechos. ¿Cuántos son lo que se lanzaron contra la Iglesia y terminaron ellos por perecer? La Iglesia supera a los cielos. Tal es su grandeza: triunfa sobre lo inexpugnable; vence las asechanzas de la insidia; sale más pura de entre las injurias; sufre los golpes, pero no sucumbe con las heridas; azotada por las olas, no se sumerge; zarandeada por las tempestades, no naufraga; se ve agitada, pero no cae; lucha, pero no es vencida. ¿Por qué guerra tan feroz? Para conseguir trofeo más glorioso».[20]

San Hilario escribía de modo más conciso: «Esta es la característica de la Iglesia: el vencer cuando es herida, el ser entendida cuando es impugnada, el lograr su fin cuando es abandonada».[21]

Por eso, si el sacerdote es oveja ¡es invencible!, por más que anden muchos lobos sueltos. Por más que nos rodeen por todas partes. Está de por medio la palabra del Señor: *Yo os envío como ovejas en medio de lobos* (Mt 10, 16), que es como si dijera: ¡Yo sé muy bien que de este modo sois invencibles!

Nos enseñe la Virgen a ser buenas ovejas del redil de Jesucristo.

[20] *De capto Eutropio* 1: *PG* 52, 597s. Ya más de un siglo antes había desarrollado bellamente esta idea de la estabilidad de la Iglesia SAN HIPÓLITO, *De Antichristo*, 59: *PG* 10, 777-780.

[21] *De Trinitate* 7, 4: *PL* 10, 202. SAN AGUSTÍN habría de exponer bellamente estas ideas, *Sermón 2*, 5: *PL* 37, 1353.

6

La paternidad espiritual

«La vida engendra vida».[1] Si el sacerdote es verdadero Padre debe engendrar vida ya que tiene vida. Debe engendrar hijos. Si no engendra hijos, como la higuera estéril del evangelio, «solo sirve para el fuego».

¿Cómo engendra el sacerdote a sus hijos?

Hay que pedir a Dios, siempre, la gracia de «engendrar y criar hijos»

El sacerdote engendra hijos espirituales:

- Por la cruz;
- por la oración;
- por el celo apostólico;
- por la predicación.

En este ministerio Cristo fue el primero, por eso se lo llama Padre del siglo futuro.[2] «De arte que yo no sé libro, ni palabra, ni pintura, ni semejanza que así lleve al conocimiento del amor de Dios con los hombres como este cuidadoso y fuerte amor que Él pone en un hijo suyo con otros hombres, por extraños que sean; y ¡qué digo extraños; ámalos aunque sea desamado; búscales la vida,

[1] Juan Pablo II, «Homilía en la Misa de inauguración del Congreso Internacional por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 20 (1981) 303.
[2] Cfr. Is 9, 5.

aunque ellos le busquen la muerte; y ámalos más fuertemente en el bien que ningún hombre, por obstinado y endurecido que estuviese con otros, los desama en el mal. Más fuerte es Dios que el pecado; y por eso mayor amor pone a los espirituales padres que el pecado puede poner desamor a los hijos malos. Y de aquí es también que amamos más a los que por el Evangelio engendramos que a los que naturaleza y carne engendra, porque es más fuerte que ella, y la gracia que la carne.»[3]

Los demás sacerdotes son padres por participación de su paternidad, son padres «por Él, con Él y en Él». Pero para esto es necesario:

- Tener viva conciencia de la Paternidad Divina y de su majestad, a quien todo pertenece;
- no usurpar la gloria de Dios: los vínculos de la paternidad espiritual son más fuertes que los de la carne, pero no deben arrebatar a Dios lo que le pertenece, «la gloria de Dios sea para Dios»;[4]
- pedir el espíritu de padre, teniendo el Espíritu de su Hijo y amor puro para con Dios: «pedirle el espíritu de padre para con sus hijos que hubiéremos de engendrar»;
- de este modo el sacerdote se convierte en imagen visible de Dios Padre, a quien no vemos: *A Dios nadie le ha visto jamás* (Jn 1, 18).

Hasta aquí todo parece muy poético. Pero esta «dulce cosa de engendrar hijos» implica, necesariamente, sufrimiento: «los hijos que hemos por la palabra de engendrar no tanto han de ser hijos de voz cuanto hijos de lágrimas (dice un proverbio africano: "El hijo es como el hacha, aunque te cortes con ella, la vuelves a cargar sobre el hombro"). A llorar aprenda quien toma oficio de padre, para que le responda la palabra y respuesta divina, que fue dicha a la madre de San Agustín por boca de San Ambrosio: "Hijo

[3] SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras Completas*, IV (Madrid 1970) 19.
[4] Cfr. Mt 22, 21.

de tantas lágrimas no se perderá". A peso de gemidos y ofrecimiento de vida da Dios los hijos a los que son verdaderos padres, y no una, sino muchas veces ofrecen su vida porque Dios da vida a sus hijos, como suelen hacer los padres carnales».

El padre verdadero ha de morir a sí mismo en todo para que el hijo viva. En ese «criar» en la vida espiritual, será necesario:

- Callar: «¿Quién contará el callarse que es menester para los niños, que de cada cosita se quejan...»

- no hacer acepción de personas: «...el mirar no nazca envidia por ver ser otro más amado, o que parece serlo, que ellos?»

- alimentar el alma: «¿El cuidado de darles de comer, aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar entre los coros angelicales por descender a dar sopitas al niño?»

- dominio de sí: «Es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa».

- tragarse las lágrimas: «Y está algunas veces el corazón del padre atormentado con mil cuidados, y tendría por gran descanso soltar las riendas de su tristeza y hartarse de llorar, y si viene el hijito ha de jugar con él y reír, como si ninguna otra cosa tuviera que hacer».

- ser atento a los peligros que pasa el hijo: «Pues las tentaciones, sequedades, peligros, engaños, escrúpulos, con otros mil cuentos de siniestros que toman, ¿quién los contará?»

- vigilar: «¡Qué vigilancia para estorbar no venga a ellos!»

- tener sabiduría: «¡Qué sabiduría para saberlos sacar después de entrados!»

- tener paciencia: «¡Paciencia para no cansarse de una y otra y mil veces oírlos preguntar lo que ya les ha respondido, y tornarles a decir lo que ya se les dijo!»

- orar: «¡Qué oración tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran!»

- dolor si se mueren: «Porque si se mueren, créame, padre, que no hay dolor que a este se iguale, ni creo que dejó Dios otro géne-

ro de martirio tan lastimero en este mundo como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre».

- cuando esto suceda no cerrar el corazón: «¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno; no con ver que, si unos mueren, otros nacen; no con decir lo que suele ser suficiente en todos los otros males: *El Señor lo dio*, *el Señor lo quitó*; *su nombre sea bendito* (Job 1, 21). Porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima a Dios, y sea deshonra de Dios, y acrecentamiento del reino del pecado nuestro contrario bando, no hay quien a tantos dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, que el amor hace que cada cosita que veamos y oyamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría si posible fuese. Cierto, la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento y bien de todos los otros.»

- bondad: «Por tanto, a quien quisiere ser padre, conviénele un corazón tierno, y muy de carne, para haber compasión de los hijos, lo cual es muy gran martirio...»

- fortaleza: «...y otro de hierro, para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, porque no derriben al padre o lo hagan del todo dejar su oficio, o desmayar, o pasar algunos días en que no entienda sino en llorar; lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de esos dolores, no ha de aflojar ni descansar; sino, habiendo gana de llorar con unos, ha de reír con otros, y no hacer como hizo Aarón, que, habiéndole Dios muerto dos hijos y siendo reprehendido de Moisés porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él: *¿Cómo podía yo agradar a Dios en las ceremonias con corazón lloroso?* (Lv 10, 19). Acá, padre, mándannos siempre busquemos el agradamiento de Dios y postpongamos lo que nuestro corazón querría, porque, por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros. De arte que, si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado; y si salen malos, dan una tristeza muy triste; y así no es el

corazón del padre sino un recelo continuo, y una atalaya desde alto, que de sí lo tienen sacado, y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como San Pablo decía: *Yo vivo*, *si vosotros estáis en el Señor* (1Te 3, 8)».

¡He aquí el ideal del pastor! De aquí también que quienes «no tuvieron en nada el engendrar hijos espirituales, huyeron del trabajo de los criar», y son «comparables a las prostitutas, que cuando paren un hijo lo entregan a otra para criar y ellas continuar en sus voluptuosidades». Son, para San Juan de Ávila, la negación del sacerdocio, como la paternidad es su plenitud.

7

María, madre de todas las vocaciones de especial consagración

1. El Misterio de María

Así como María es Madre de Cristo y de todos los hombres, es Madre de todos las vocaciones de especial consagración: sacerdotal, diaconal, misionera, religiosa y de secularidad consagrada.

Refiriéndonos tan sólo a la primera, en sus entrañas engendró al Sumo y Eterno Sacerdote, allí tuvo lugar la primer ordenación del sacerdocio del Nuevo Testamento, y junto con Él, Jesucristo, Cabeza del sacerdocio del Nuevo Testamento, a todos los que participan del mismo sacerdocio.

A su Hijo Único lo acompañó, lo alimentó, lo cuidó, lo guió, lo formó, lo educó, lo amó, lo acompañó...

Así con nosotros:

- Nos acompañó en toda nuestra vida, en especial, en los momentos de la decisión vocacional, luego en el seminario, en la ordenación... más adelante en toda la vida sacerdotal... Nunca nos deja solos.
- Nos alimentó con el ejemplo de sus virtudes, alcanzándonos la gracia como Medianera de todas ellas.

- Nos cuidó, no permitiendo que el enemigo de la naturaleza humana triunfara sobre nosotros...

- Nos guió al inspirarnos siempre: *Haced lo que Él os diga* (Jn 2, 5).

- Nos formó, de manera semejante, a como lo hizo con Jesús, porque somos sus hijos, y una Madre siempre forma, educa a sus hijos: *Mujer, he ahí a tu hijo* (Jn 19, 26).

- Nos amó con un amor de predilección que hemos experimentado muchísimas veces en nuestra vida.

2. El Misterio de las vocaciones

¿Cuáles son las vocaciones de especial consagración? Comúnmente se consideran cinco: sacerdotal, diaconal, religiosa, misionera, secular,[1] como señalamos más arriba.

¿En qué consisten las vocaciones de especial consagración? Esencialmente, consisten en tres cosas:

- En el llamado de Dios, que es lo más importante de la vocación y que produce necesariamente, en el candidato, la idoneidad;

- La idoneidad, que es efecto del llamado interior de Dios, es triple: idoneidad física-psíquica; idoneidad moral, que implica siempre la recta intención; e idoneidad intelectual; triple idoneidad que es condición sin la cual no debe darse el tercer elemento;

- El llamado de la Iglesia, que hace las veces de Dios aquí en la tierra.

¿Cómo llama Dios? Dios llama «tocando» el alma con su gracia.

El llamado de Dios ordinariamente es interior. Es Dios quien desde dentro inspira a las almas el deseo de abrazar un estado tan

[1] *II Congreso Internacional de Obispos y otros responsables de las vocaciones eclesiásticas*, *Desarrollo de las vocaciones en las iglesias particulares*, *Documento conclusivo*, 1981, *passim*.

alto y excelso como es el de la vida consagrada. Podemos reconocer dos pasos.

Hay quienes dicen que para que haya auténtica vocación es necesario ser llamados directamente por la voz del Señor de modo extraordinario como cuando llamó a Pedro o Andrés, ahí sí no hay que demorar e ingresar de inmediato. Pero cuando el hombre es llamado sólo interiormente, entonces es necesaria una larga deliberación y el consejo de muchos para conocer si el llamado procede realmente de una inspiración divina.

A estos les decimos con Santo Tomás: «Réplica llena de errores».[2] El deseo interior y desinteresado de abrazar el estado religioso es auténtico llamado divino, por ser un deseo que supera la naturaleza, y debe ser seguido al instante; hoy como ayer son válidas las palabras de Jesús en la Escritura. El consejo *si quieres ser perfecto ve*, *vende todo lo que tienes y dalo a los pobres* (Mt 19, 21) lo dirigía Cristo a todos los hombres de cualquier tiempo y lugar: *cualquiera que haya dejado casa o hermanos... por causa de mi nombre*, *recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna* (Mc 10, 29). Y así todos, aún hoy, deben recibir este consejo como si lo oyesen de los mismos labios del Señor. Y quien por este se determine puede pensar lícitamente que ha recibido la auténtica vocación religiosa. «Habiendo oído -dice a este propósito San Jerónimo- la sentencia del Salvador *si quieres ser perfecto*, *ve*, *vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y luego ven y sígueme*: traduce en obras estas palabras y siguiendo desnudo la cruz desnuda subirás con más prontitud la escala de Jacob».[3]

[2] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión* (Buenos Aires 1946) 83.

[3] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión* (Buenos Aires 1946) 96; cit. *Opuscula Theologica* (Turín 1972) 173.

Este consejo que Cristo dio, es un consejo divino para todos los que son llamados. *Lo que a vosotros digo a todos lo digo* (Mc 13, 37) dijo a la multitud, porque *todas las cosas que han sido escritas*, *para nuestra enseñanza han sido escritas* (Ro 15, 4). Es un error pensar que estas cosas sólo tuvieron valor en su época.[4] «Si todas estas cosas se hubiesen predicado sólo para los contemporáneos, nunca se hubiesen escrito. Por eso fueron predicadas para ellos y escritas para nosotros».[5]

El modo ordinario como Dios suscita las vocaciones es interior, por las divinas insinuaciones del Espíritu Santo al alma. Modo que precede a toda palabra externa ya que «el Creador no abre su boca para enseñar al hombre sin haberle hablado antes por la unción del Espíritu».[6] Por tanto el llamado interior[7] es auténtico llamado de Dios y debe ser obedecido al instante, como si lo oyéramos de la voz del Señor.

Es característico del llamado divino, impulsar a los hombres a cosas más altas. Por eso nunca el deseo de vida religiosa, al ser tan excelso y elevado, puede provenir del demonio o de la carne; «muy ajena cosa a los sentidos de la carne es esta escuela en la que el Padre es escuchado y enseña el camino para llegar al Hijo. Y eso no lo obra por los oídos de la carne, sino por los del corazón».[8]

[4] Cfr. Heb 12, 5.

[5] SAN JUAN CRISÓSTOMO, cit. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión* (Buenos Aires 1946) 81.

[6] SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía sobre Pentecostés*, cit. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión*, (Buenos Aires 1946) 83.

[7] El llamado interior es nombrado «impulso» por PÍO IX (*Rerum Ecclesiae*, 6). PÍO XI, en *Mens nostra* 17 dice: «...no es raro que (los jóvenes) oigan en su corazón la misteriosa voz de Dios que los llama a los sagrados ministerios...».

[8] SAN AGUSTÍN, *Tratado de la predicación de los santos*, cit. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión*, (Buenos Aires 1946) 86.

Tal llamado de Dios es el «fundamento mismo sobre el que se apoya todo el edificio» pues la «vocación religiosa y sacerdotal no puede provenir sino del Padre de las luces de quien desciende todo buen don y toda dádiva perfecta».[9] La Iglesia nunca ha dudado del origen divino de la vocación sacerdotal, y así lo ha afirmado siempre, desde sus inicios hasta la actualidad. Al respecto, y con relación a cuál sea la causa primera de toda vocación, sostiene Juan Pablo II que «en el origen de toda vocación está siempre Jesucristo, suprema encarnación del amor de Dios».[10] Es decir, en el pensamiento de la Iglesia, jamás se ha equiparado la vocación sacerdotal a una profesión meramente humana, la cual sí surge del hombre. En el caso de la vocación, la iniciativa corresponde siempre a Dios: «Desde los inicios, la Iglesia ha considerado la vocación al ministerio (sacerdotal) como una gracia concedida por el Espíritu de Dios».[11]

«Debemos obedecer sin vacilar un momento y sin resistir por ningún motivo, las voces interiores con que el Espíritu Santo mueve al alma»,[12] *el Señor me abrió el oído y yo no me resistí ni me volví atrás* (Is 50, 5), recordando que todos los que se rigen por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios pues son los «regidos por el impulso de la gracia».[13] Hay que advertir el consejo de San Pablo: *Proceded según el Espíritu* (Ga 5, 25) y ser hombres de principios sobrenaturales que sólo se dejen conducir por el espíritu de Jesucristo que es el Espíritu Santo, realizando con prontitud su llamado. Que no debamos lamentarnos como lo hizo San Agustín «convencido ya de la verdad, no tenía nada más absolutamente que responder, sino unas palabras lánguidas y somnolientas: lue-

[9] PÍO XII, CONSTITUCIÓN APOSTÓLICA «*Sedes sapientiae*», 12.

[10] «Discurso a los aspirantes al sacerdocio y a sus formadores», *L'Osservatore Romano* 29 (1980) 439.

[11] PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS, «*Los sacerdotes en las asociaciones de fieles*», 3.

[12] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión* (Buenos Aires 1946) 83.

go, sí, luego: y el "déjame otro poco" se hacía ya demasiado largo... yo me avergonzaba mucho porque oía el murmullo de aquellas fruslerías (mundanas y carnales) que me tenían indeciso».[14]

Los que desconfiando irracionalmente del llamado divino alejan una vocación, deben cuidarse como si se tratase de un gran crimen, pues apartan a un alma del consejo divino; estos tales deben hacerse eco de la advertencia de San Pablo: *No apaguéis el Espíritu* (1Te 5, 19): «Si el Espíritu Santo quiere revelar algo a alguno en cualquier momento, no impidáis a ese tal hacer lo que siente».[15] Por consiguiente cuando un hombre es impulsado por inspiración del Espíritu Santo a entrar en religión, no se lo debe detener, sino que al instante se lo debe alentar y acompañar para que concrete ese impulso. Es totalmente censurable y deplorable la conducta de quienes retardan una vocación interior, esos tales resisten al Espíritu Santo, *vosotros resistís siempre al Espíritu Santo* (He 7, 51).

No deben dudar de su vocación aquellos a quienes ha sido inspirado el deseo de entrar en religión.[16] Sólo les cabe pedir consejo en dos casos: uno, con respecto al modo de entrar, y otro, con respecto a alguna traba especial que les sugiera el tomar el estado religioso. En tales casos, siempre se debe consultar a hombres prudentes que con juicio sobrenatural (y no movidos por la pasión), puedan ayudar al discernimiento de la voluntad de Dios.

[13] SAN AGUSTÍN, cit. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión* (Buenos Aires 1946) 84.

[14] SAN AGUSTÍN, *Conf.* VIII 6, cit. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión* (Buenos Aires 1946) 85.

[15] Glosa cit. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión* (Buenos Aires 1946) 84.

[16] Dice SAN JUAN BOSCO: «Me parece un grave error decir que la vocación es difícil de conocer. El Señor nos pone en tales circunstancias, que nosotros no tenemos más que ir adelante, solamente hay que corresponderle. Es difícil conocerla cuando no se quiere seguir, cuando se rechazan las primeras inspiraciones. Es ahí donde se embrolla la madeja... Mirad, cuando uno está indeciso sobre hacerse o no religioso, os digo abiertamente que este ya tuvo vocación; no la ha seguido inmediatamente y se encuentra ahora embrollado e indeciso» (MB, XI, 432 pág. esp).

Nunca a los parientes, pues no entran en este caso en la categoría de amigos, sino más bien en la de enemigos de la vocación, según aquello del profeta Miqueas: *Los enemigos del hombre son sus familiares* (7, 6), frase que cita nuestro Señor en San Mateo (10, 36). Sólo se debe consultar con un sabio y prudente director o confesor. *Ve a tratar de santidad con un hombre sin religión y de justicia con un injusto... No tomes consejos de estos sobre tal cosa*, *sino más bien trata de continuo con el varón piadoso* (Sir 37, 11-12), al cual se ha de pedir consejo si hubiese en este caso algo que se necesite consultar.

Como todas las gracias las mereció nuestro Señor Jesucristo en la cruz, la fuente inexhausta de las vocaciones, la causa de todas las vocaciones es la cruz de Jesucristo. Cumpliéndose la profecía de Cristo: *Cuando sea elevado a lo alto atraeré a todos hacia mí* (Jn 12, 32). Y María está siempre al pie de la cruz.[17]

3. El Misterio de la Mujer que espera

Y María que estuvo al pie de la cruz, quiso quedarse con nosotros, milagrosamente, junto al río de Luján, para esperarnos. Además es la Patrona de la Patria. Y lo es de un modo muy profundo. El 15 de octubre de 1934 visitaba a la Virgen de Luján el cardenal Eugenio Pacelli, Legado Papal al Congreso Eucarístico Internacional que se celebró ese año en Buenos Aires. Trece años después, siendo Papa con el nombre de Pío XII, recordaba su peregrinación a Luján y decía: «Ella quiso quedarse allí y el alma nacional argentina comprendió que allí tenía su centro natural. Y al entrar en aquella Basílica, cuyas dos torres como dos gritos de júbilo suben hasta el cielo, nos pareció que habíamos llegado al fondo del alma del gran pueblo argentino».[18]

[17] Cfr. Jn 19, 25.

[18] PIO XII, «Radiomensaje del 12 de octubre de 1947», *Doctrina Pontificia*: *Documentos marianos* (Madrid 1954) 608; cit. por J.A. PRESAS, *Luján ante la ciencia y la fe* (Buenos Aires 1978) 67.

Por eso, piadosamente, estoy convencido y atribuyo a la intercesión de la Virgen de Luján las vocaciones que Dios nos regala. Y en este caso particular de jóvenes sacerdotes que han sido destinados como misioneros a los cinco continentes, por sus superiores. Ella es la Madre de Jesús que ha querido ser concretamente nuestra, en esta milagrosa imagen que nos remonta siempre al original, a Ella misma, que está en los cielos.

Ella nos habla de nuestra geografía, ya que quiso quedarse en estas tierras, quiso quedarse aquí. Los colores del manto y de la túnica, celeste y blanco, nos habla de la bandera de nuestra Patria, que de Ella tomó sus colores.

Ella es la Inmaculada del Apocalipsis revestida de sol (por eso la rayera que tiene a sus espaldas), con la luna a sus pies y coronada de doce estrellas.[19] Ella nos recuerda nuestra lengua ya que en la rayera está escrito: «Es la Virgen de Luján la primera fundadora de esta Villa».

Ella resume en sí nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro.

En el pasado la veneraron nuestros más grandes próceres: El general Don José de San Martín, Manuel Belgrano, Domingo French, Cornelio Saavedra, Rondeau, Balcarce, Viamonte, Soler, Manuel Dorrego, Juan Manuel de Rosas, Urquiza, Mitre y casi todos los mandatarios de la Patria. También la veneraron grandes hombres y mujeres de la Iglesia: El Pbro. Juan Mastai Ferreti, más tarde beato Pío IX; Santa Francisca Javier Cabrini; San Luis Orione, San José María Escribá de Balaguer; los Beatos Dionisio Pamplona y Nazaria Ignacia March. El primer Papa en postrarse a sus pies Juan Pablo II, quien le regaló la Rosa de Oro.

[19] Cfr. Ap 12, 1.

En el presente los miles y miles de peregrinos que año a año van a Luján, incluso a pie recorriendo grandes distancias, de todas las edades, condición social, cultura y nivel espiritual, nos muestra a las claras lo que dijo de Ella el gran Pío XII: «habíamos llegado al fondo del alma del gran pueblo argentino». Casi no hay templo católico ni pueblo que no tenga una réplica de Ella. Y a Ella hemos sido consagrados con gran solemnidad.

En el futuro, Ella es toda nuestra esperanza porque es la Madre del que es «nuestra esperanza». Y son muchos los que, por querer imitarla a Ella, harán en el futuro de nuestra Patria cosas grandes. Sin ir más lejos: Ella fue a Belén, a Egipto, a Nazareth, vino aquí a Argentina y va a todos los países del mundo y estos jóvenes sacerdotes misioneros que han de ir por todo el mundo se sienten impulsados por su ejemplo misionero.

¿Por qué se van a otros países habiendo tanta necesidad de sacerdotes aquí? Porque también en otros lados hay mucha necesidad de sacerdotes y porque vamos a donde nos llaman.

8

La herencia sacerdotal

¿Cuál es la herencia del sacerdote?

1. El amor a Cristo

Antes de confiar su Iglesia a Pedro, Jesús le hizo tres veces la misma pregunta, como para probar su capacidad de Pastor: *¿Me amas*? Pregunta que innumerables veces dirige a sus sacerdotes a quienes confía su Iglesia presente en las distintas comunidades: *¿Me amas*? Y Pedro -y con Pedro todo verdadero sacerdote- responde: *Señor*, *tú sabes todo*, *tú sabes que te amo* (Jn 21, 15-17).

Esta es la herencia sacerdotal. La víspera de su Pasión decía Jesús a sus Apóstoles luego de haberlos ordenado sacerdotes: *Como el Padre me amó a mí*, *Yo también os he amado a vosotros* (Jn 15, 9). *No me habéis elegido vosotros a mí*, *sino que Yo os he elegido a vosotros*, *y os he destinado para que vayáis y deis fruto* (Jn 15, 16).

En esta herencia se encuentra un don inefable. En esta herencia también se encuentra una llamada y una llamada muy comprometedora, porque ha sido confirmada con el mayor amor: *Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos* (Jn 15, 13).

Estas palabras las pronunció Jesucristo la víspera de su muerte en la cruz, que permanece para siempre como la confirmación del mayor amor. No existió, no existe, ni existirá jamás un amor mayor que este. Sobre la cabeza de todo sacerdote, el Obispo, suce-

sor de los Apóstoles, y todo su presbiterio, impuso las manos, transmitiendo así los poderes y la misión sacerdotal que los Apóstoles recibieran por vez primera en el Cenáculo, la víspera de su Pasión, la víspera de su muerte en cruz.

- Recibió así la Unción sacerdotal.
- Recibió así la imposición de manos.
- Recibió así la fuerza de este amor, que es el mayor.

De ahí que en primer lugar y por sobre todas las cosas, el sacerdote debe ser un «enamorado de Jesucristo». Si no lo es, es un burócrata, un funcionario, un estéril, seguidor no de Jesús, sino de Caifás. No discípulo de Jesús, sino miembro del Sanedrín.

2. Amor al prójimo

«¿Me amas?» le había preguntado Jesús. A la respuesta de Pedro... le dijo Jesús: *Apacienta mis ovejas* (Jn 21, 16). Es el segundo amor que Cristo reclama. Más aún, amor que Cristo exige de sus sacerdotes. Que se lo ame a Él en la persona del prójimo:

- de los niños: el que reciba a un niño como este en mi nombre, a mí me recibe (Mt 18, 5);
- de los enfermos: estuve enfermo y me visitasteis (Mt 25, 36);
- de los pobres: tuve hambre... sed... desnudo; y me disteis de comer... beber... y me vestisteis (Mt 25, 35);
- de los pecadores: «Jesús oculto en el fondo de su alma».[1]
- de los enemigos: Amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen (Mt 5, 44);
- de los cristianos: ¿por qué me persigues? (He 9, 4);
- de todo hombre: estuve preso y vinisteis a verme (Mt 25, 36).

Además debe amar a todo hombre:

- porque nada puede igualar al hombre en dignidad, el cual es:

-creado,

[1] SANTA TERESITA DE LISIEUX, *Manuscrito dirigido a la Madre María de Gonzaga*, X.

-redimido,

-llamado;

- porque el hombre que quiera comprenderse a sí mismo hasta el fondo... debe -dice Juan Pablo II-, con sus inquietudes, sus incertidumbres, e incluso con su debilidad y pecado, con su vida y su muerte, acercarse a Cristo.[2]

Este amor, esta herencia, es al mismo tiempo, la misión sacerdotal y la misión de toda la Iglesia: hacer todo para que los hombres puedan alcanzar a Cristo.

Siempre tendremos en esto, un modelo, una inspiración y una ayuda en la Santísima Virgen. Nadie amó tanto como Ella a Jesús; como Ella, nadie amó tanto a los hombres y mujeres; nadie ha buscado y busca como Ella todos los medios para que los hombres se acerquen a Cristo.

[2] Cfr. JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Redemptor Hominis»* (4 de marzo de 1979) 10.

9

En el ojo de la tormenta

Por gracia de Dios, que no por méritos nuestros, estamos, en este final del siglo XX, en pleno ojo de tormenta, o sea, en la rotura de las nubes que cubren la zona de calma que hay en el vórtice de un ciclón, por el cual puede verse el azul del cielo.[1] Estamos en el vórtice del ciclón. En el centro del drama de la humanidad dolorida de estos últimos tiempos. En estos últimos siglos se desarrolló una suerte de pulseada planetaria, donde no se pide ni se da cuartel.

¿Cuál, a nuestro entender, es la naturaleza de esta lucha? Es de orden intelectual, espiritual, ideológico.

¿Cuáles son los contendientes? En última instancia, sólo dos. Es la lucha de la trascendencia contra la inmanencia. Del ser contra la nada. Del éxtasis (salir de sí) contra el éntasis (ensimismarse). De la visión cristiana que brota de la Encarnación del Verbo contra el drama del humanismo ateo. De los Santos Padres y Doctores de la Iglesia contra los modernos sofistas. De lo católico contra lo gnóstico. Del ser pleno -*esse*- de Santo Tomás de Aquino contra el ser vacío -*Leeres Sein*- de Hegel.

¿Hace mucho tiempo que se desenvuelve esta batalla? Esta batalla comenzó hace mucho tiempo con la lucha en el cielo entre el

[1] Cfr. Real Academia Española, *Diccionario de la Real Academia Española* (Madrid 1992).

Non serviam (Jr 2, 20) del Enemigo y el ¿*Quis ut Deus*? de San Miguel. Esta guerra en sus principios es cosa pasada, en los efectos es algo absolutamente actual. Con todo, propiamente, toma envergadura y *debacle* (derrumbe) planetarios con la fractura del protestantismo, luego del filosofismo liberal, por último del humanismo y marxismo ateos.

¿Dónde se efectúa esta batalla? En la mente y en el corazón de cada hombre y mujer. Lo sepa o no, lo quiera o no.

Es por eso que hoy día no basta con una formación sacerdotal de barniz, no basta con principios agarrados con alfileres, no basta con repetir de memoria frases hechas de autores ilustres. No alcanza saber metafísica como si fuese un catecismo de primeras nociones a base de preguntas y respuestas que se repiten como los loros. Es necesario pensar.

Decía bellamente Ignacio B. Anzoátegui: «La palabra es una facultad común a los hombres y a los loros. Los loros, afortunadamente, no saben escribir, pero hay hombres que al escribir imitan maravillosamente a los loros. Son los hombres que repiten la verdad que oyeron, como si la verdad no fuera más que un ruido en la cabeza. Sus palabras son, evidentemente, las palabras de la verdad, pero les falta el acento de la verdad, que es la inteligencia. La verdad es siempre la verdad, en la boca de un tonto o en la boca de un sabio, pero la verdad en la boca de un tonto no convence sino a los tontos... (Muestran) el grado de estupidez a que puede llevar la rutina de la verdad».[2] Hoy día estamos llenos hasta el hartazgo de los rutinarios de la verdad, de los que carecen del acento de la verdad. Y no estamos hablando sólo de los progresistas.

[2] *Sol y Luna*, 1 (Buenos Aires 1938) 96-97.

Con clarividencia señalaba el Padre Julio Meinvielle: «El sector tradicionalista del clero se ha mantenido sano en su formación cultural pero sin vigor para tomar una posición frente a la cultura moderna. Al no poseer una formación cultural fuerte y que se defina frente a la cultura moderna, ha estado en posición paralizante. De ahí que haya carecido, salvo contadas excepciones, de eficacia para influir culturalmente...».[3] Hay que sopesar detenidamente estas sabias palabras: ...sin vigor para tomar una posición... sin fuerza para definirse... en posición paralizante... sin eficacia para influir culturalmente... ¿Acaso no es lo que ocurre, por ejemplo, en nuestra Patria? ¿Cuántos líderes católicos salen de muchos de nuestros colegios y universidades «católicas»? ¿Dónde están los santos obispos y sacerdotes, egresados de nuestros Seminarios, que con eficacia evangélica, influyen culturalmente? ¿Dónde los grandes predicadores y los escritores eclesiásticos de buena pluma? ¿Dónde, salvo excepciones, teólogos de peso, moralistas de consulta, filósofos serios? ¿Acaso no estamos atosigados de plúmbeas declaraciones sin vigor, sin posiciones claras y definidas, paralizantes y de muy escasa influencia? Este cristianismo deletéreo e invertebrado que parece invadirlo todo, ¿acaso no es un efecto que nos indica una causa: mentes deletéreas e invertebradas? ¿No indica inteligencias a las que se les escapa lo principal, la realidad, el ser, quedándose en empalagosas disquisiciones marginales? ¿No es, tal vez, el 98% de lo que se produce «moda cultural», incluso en el ámbito católico?

El mismo autor indicaba, hace 36 años, que en orden a la formación intelectual católica, triple era la urgente tarea a realizar: «Ya no puede caber un tomismo vulgarizado, de manual.[4] Hay que conocer en sus fuentes la filosofía de Santo Tomás, conocer

[3] J. MEINVIELLE, «*Desintegración de la Argentina y una falsa integración*» (Buenos Aires 1973) 14.

[4] Obviamente, mucho menos, cuando se trata del resumen de un resumen de un manual (nota nuestra).

los vastos sectores de la ciencia moderna y aplicar aquel saber filosófico a iluminar esta ciencia que crece incesantemente... Ahora se hace necesario beber el tomismo directamente en el mismo Santo Tomás».[5] Aquí en la Argentina, sobran los dedos de las manos para contar a quienes han realizado una tarea de esa profundidad, y muy pocos son los eclesiásticos que se abrevan directamente en Santo Tomás. La mayoría conoce «algo», generalmente superficial y epidérmico, y casi siempre impregnado de la Escolástica formalista o esencialista, que trasmutó el *esse* por la *existentia*. De allí las «espiritualidades» y las «pastorales» formalistas o esencialistas.

La falta de inteligencia auténticamente metafísica, incapacita a los pastores de almas para conocer la realidad, hacer diagnósticos precisos y aplicar los remedios oportunos. Así, por ejemplo, después de, por lo menos, 7 años del Plan Pastoral «Matrimonio y Familia» el Congreso de la Nación sancionó la ley de divorcio vincular en la Argentina. Así, por ejemplo, la proliferación de la búsqueda emocional de lo divino, formando novicios, seminaristas, agentes de pastoral, incapaces de trascender la esfera de lo sensible. Y como *el justo vive de la fe* (Ro 1, 17)[6] y la fe es de lo que no se ve («*de non visus*»),[7] la fe es *la prueba de las cosas que no se ven* (Heb 11, 1), por eso hay tantas defecciones y claudicaciones, y pareciera que no se hace nada en serio. Así, por ejemplo, pocos son los capaces de captar la belleza, y menos los capaces de hacer cosas bellas, hermosas, desde sermones a iglesias, desde escritos a intervenciones en los medios, desde los cantos litúrgicos a las acciones pastorales. De allí la tendencia a cambiar lo bueno por lo

[5] *Estudios teológicos y filosóficos*, I, 1 (Buenos Aires 1959) 98.
[6] Cfr. Hab 2, 4; cfr. Ga 3, 11; Heb 10, 38-39.
[7] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 7, 4sc; III, 7, 9, ad1.

meramente placentero, lo bello por lo lindo, lo verdadero por lo difuso.[8]

Para evitar esto es necesario una metafísica con garra, que muerda la realidad y no ocupada en disquisiciones de estratósfera o en deliquios cerebrales, entretenidos en estimar cuántos ángeles pueden sentarse en la punta de un alfiler.

Por eso una de las cosas que nunca dejaremos de agradecer al Padre Meinvielle es habernos hecho conocer al Padre Cornelio Fabro, a nuestro modo de ver, el conocedor más profundo de Santo Tomás de todos los tiempos. Eran entrañablemente amigos y eso lo sé por el testimonio de ambos, del Padre Julio[9] y del Padre Fabro,[10] quien en nuestra última entrevista con él nos dijera: «-*Io condivido*- Yo estoy de acuerdo con todas sus tesis». Más que las decenas de anécdotas que hay entre los dos, lo que los unió indisolublemente fue el mismo ferviente amor a la verdad.

Este regalo de Dios a la humanidad y a la Iglesia que fue el Padre Cornelio Fabro, quien se pasó la vida estudiando científicamente a Santo Tomás y a todos los demás filósofos, antiguos y modernos.

Entendemos que fueron tres los principales frentes de lucha que lo tuvieron al Padre Fabro como inteligente gladiador y constituyen sus aportes más importantes al pensamiento filosófico:

- Remarcar la primacía del «*actus essendi*», con la captación del «*esse ut actus"*, del ser como acto de todos los actos. El «*esse ut actus*» es el aporte más singular que Santo Tomás ha hecho a la filosofía

[8] Recuerdo un escrito de Mons. Quarracino, aparecido en *L´Osservatore Romano*, cuando era presidente del CELAM, que se quejaba de la ausencia de metafísica y del sentido de la belleza en los seminarios.

[9] *De la Cábala al progresismo* (Salta 1970) 11: «Vaya asimismo mi agradecimiento al querido amigo Padre Cornelio Fabro...».

[10] «Era un hombre de inteligencia extrordinaria y de gran humildad. Realmente comprendió a Santo Tomás». Cfr. «Entrevista del 8 de enero de 1994», *Ave María* 17 (1994) 38.

de todos los tiempos, y en el que supera a todos los pensadores de todos los tiempos, inclusive a Aristóteles y a Platón y a todos los modernos, inclusive a Hegel y Heidegger;

- refutar sapientísimamente la concreción del principio de inmanencia, con su más funesta consecuencia lógica: el ateísmo;

- sus estudios sobre la emergencia de la voluntad, recuperando la más genuina reflexión metafísica sobre la libertad.

Y como si fuese un pivote de estos tres grandes temas, profundizó como nadie en la noción de participación.

Sólo el volver a descubrir en plenitud el ser, permite al hombre remontarse válidamente al mismo Ser Subsistente, su principio y fin, y el máximo garante de su inalienable libertad. Como dice Fabro: «La crisis actual de la teología, y reflejamente de la Iglesia postconciliar, es de naturaleza metafísica: es el oscurecimiento, si no el rechazo explícito, de la presencia del Absoluto en el horizonte de la conciencia del hombre contemporáneo: una crisis que se ha transferido a los teólogos por una "colisión de simpatía", como diría Kierkegaard. Sin la referencia al Absoluto no puede existir ningún valor; privado de la referencia metafísica, el sujeto mismo no alcanza a constituirse en un centro operativo responsable, y es trastornado por el juego irracional de las pasiones y de las fuerzas de la historia.

Sin un Dios trascendente, creador del mundo y del hombre, no existe ningún yo como núcleo inquebrantable de libertad. Sin el Hombre-Dios, redentor y santificador, inmanente en la historia como verdadero hombre y trascendente en la eternidad como verdadero Dios, según la fórmula calcedoniense, no existe ninguna esperanza de salvación. Sin metafísica no existe, pues, teología, no existe un sentido y consistencia de la teología, ya que sin el fundamento del Absoluto el trabajo teológico se deshace en la precariedad del modo de proceder de las llamadas "*ciencias humanas*", en la insignificancia de la impresión, del sentimiento, del

juego semántico, del énfasis vacío. Sin el Absoluto de la metafísica falta al hombre el fundamento de la *pietas*, el ánimo se endurece en el orgullo de lo transeúnte y la voluntad se corrompe con la sugestión de los instintos: la revolución como contestación permanente o el suicidio».[11]

Por todo esto, estimamos que el Padre Cornelio Fabro se constituyó en el más profundo y científico conocedor de Santo Tomás. Quiera Dios que se cumpla lo que él, en una confidencia, nos aseguró: «El próximo milenio será el milenio de Santo Tomás». De Santo Tomás se dijo que «iluminó más a la Iglesia que todos los otros doctores. En sus libros aprovecha más el hombre en un solo año que en el estudio de los demás durante toda la vida».[12] Porque «por la suma veneración con que honró a los doctores sagrados, recibió en cierto modo el entendimiento de todos ellos».[13] Porque «la Iglesia ha proclamado que la doctrina de Santo Tomás es su propia doctrina».[14] Y porque Dios ha querido que por la fuerza y la verdad de la doctrina del Doctor Angélico «...todas las herejías y los errores que se siguieran, confundidos y convictos se disiparan...».[15]

Por la misma razón, enseña Juan Pablo II en la *Fides et ratio*, que «la Iglesia ha propuesto siempre a Santo Tomás como maestro del pensamiento y modelo del modo correcto de hacer teología», y citando a Pablo VI afirma, en cierto modo, la apertura que la filosofía cristiana debe tener hacia los distintos caminos filosóficos que se han ido abriendo en busca de la verdad: «No cabe duda que Santo Tomás poseyó en grado eximio la audacia para la búsqueda de la verdad, la libertad de espíritu para afrontar pro-

[11] C. FABRO, *La aventura de la teología progresista* (Navarra 1976); *El retorno al fundamento*, 319-320.

[12] JUAN XXII, «Alocución al Consistorio de 14 de julio de 1323».

[13] CARDENAL CAYETANO, *In Secundam secundae*, 148, 4 *in fine*.

[14] BENEDICTO XV, *Carta encíclica* «*Fausto Appetente Die*» (29 de junio de 1921) 4.

[15] SAN PÍO V, *Bula* «*Mirabilis Deus*» (11 de abril de 1577); cfr. LEÓN XIII, *Carta encíclica* «*Aeterni Patris*» (4 de agosto de 1879) 3.

blemas nuevos y la honradez intelectual propia de quien, no tolerando que el cristianismo se contamine con la filosofía pagana, sin embargo no rechaza a priori esta filosofía. Por eso ha pasado a la historia del pensamiento cristiano como precursor del nuevo rumbo de la filosofía y de la cultura universal».[16]

[16] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Fides et ratio»* (14 de septiembre de 1998) 43.

10

La época actual

1. El drama más grave

Pide el Concilio Vaticano II que los seminaristas tengan un «recto conocimiento de la mentalidad de la época actual» a fin de estar «preparados a tiempo para dialogar con los hombres de su época».[1]

Sin duda que el fenómeno cultural más impresionante de esta época es el ateísmo en todas sus variantes. De hecho, jamás en toda la historia de la humanidad, se dio un ateísmo militante como en esta época. No sólo dominó la mente de muchos filósofos modernos, sino que, además, se hizo ideología y alcanzó el poder en muchas naciones de la tierra. Cosa que nunca antes había pasado con esas dimensiones planetarias.

Según recientes encuestas el ateísmo teórico está disminuyendo en el mundo, pero no así el ateísmo práctico que está creciendo. Ese ateísmo práctico es el de aquellos que «viven como si Dios no existiese». Se puede percibir en la habitual no referencia a Dios en los medios de comunicación social, en todos los niveles de la educación, en los parlamentos, en los medios empresariales y

[1] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Decreto sobre la formación sacerdotal* «*Optatam Totius*», 15.

laborales, en los niveles donde se decide la paz o la guerra, en los generadores de opinión...

Estimamos que los mejores trabajos, de nivel científico sobre el ateísmo, fueron publicados por los Padres Cornelio Fabro,[2] Victorino Rodríguez, OP[3] y Mons. José Guerra Campos.[4] El estudio de los mismos es imperioso para conocer en profundidad el fenómeno del ateísmo, sus raíces, sus adalides, sus ramificaciones. En especial, la gravedad del principio de inmanencia que, al quedarse en el ser mental, no llega al ser extra mental, y no puede, por tanto, remontarse válidamente al Principio de todos los seres, al Sumo Ser.

Consideramos que, incluso en amplios sectores de la Iglesia, en especial del progresismo de cepa liberal y de cepa marxista, el ateísmo sigue impactando culturalmente sin que todavía se implementen soluciones de fondo eficaces. Al no tener una formación sólida y al no conocer en profundidad la cultura moderna, con todas sus implicancias, aun los de mejor doctrina, son incapaces de tomar una postura vigorosa y definida frente a la misma y, por tanto, la influencia cultural católica es casi nula.

El ateísmo con su negación de Dios, a Dios no le hace nada. Es como los que balearon imágenes de Jesucristo: a Él las balas no le hicieron nada. Todo el ateísmo actual, aun elevado a la enésima potencia, no le quita a Dios ni un gramo de su Gloria intrínseca. Más aún, todo el ateísmo feroz y militante, lejos de destruir a Dios, trabaja -sin que ellos lo quieran- para manifestación de la grandeza de Dios, de su sabiduría, de su omnipotencia, y, sobre todo, de su bondad y misericordia. Ya decía el salmista: *¿Por qué... trazan los pueblos planes vanos? ...se confabulan los príncipes contra Dios y contra su Cristo... El que mora en los cielos se ríe, el Señor se*

[2] Cfr. la monumental obra en dos tomos *Introduzione all' ateismo moderno* (Roma 1964).
[3] Una síntesis muy lograda: *Temas claves de humanismo cristiano* (Madrid 1984) 191-205.

burla de ellos (Sl 2, 1-4). San Pablo nos recuerda: *No os engañéis*; *de Dios nadie se burla* (Ga 6, 7); y a los Corintios: *Escrito está*: *Cazaré a los sabios en su astucia* (Job 5, 13),[5] a lo cual comenta Santo Tomás: «El Señor atrapó a los sabios en su astucia, en el sentido de que en el mismo hecho de pensar astutamente contra Dios, Dios impide el intento de los mismos, y realiza su propio propósito; del modo como por la malicia de los hermanos de José, que querían impedir el principado de este, se cumplió por divina ordenación, que José vendido fuese príncipe en Egipto. Es por eso que antes de las referidas palabras, Job dice: *Disipa sus pensamientos*, *a saber*, *los de los malvados*, *para que no puedan llenar sus manos con sus cálculos* (5, 2); porque como se dice en Pr 21, 30: *No hay sabiduría*, *no hay ciencia*, *no hay consejo contra el Señor*».[6]

El ateísmo a Dios no le hace nada; el ateísmo a quien destruye es al hombre. El ateísmo, de hecho, es un atentado contra el hombre creado *a imagen de Dios* (Gn 1, 27). El ateísmo sabe que a Dios no puede afectarlo en su ser ni la blasfemia, ni el sacrilegio, ni el odio, ni la negación de su existir (que es sólo postulatoria,[7] es decir, fundamentada en un único «argumento»: el deseo de que Dios no exista), pero sí puede destruir la imagen de Dios en el hombre; ese es el gran y único logro del ateísmo: la destrucción del hombre. Ese es el drama del humanismo ateo:[8] en nombre de una supuesta exaltación del hombre, lo destruye. ¿Habrá que recordar, tal vez, que, en nombre del materialismo ateo, mataron 66.000.000 de seres humanos en el período staliniano?[9] Ese efecto, destructor del hombre, propio del ateísmo ya lo habían advertido los Santos Padres: Así, por ejemplo, San Ireneo de Lyon: «si Dios faltara completamente al hombre, el hombre dejaría de exis-

[4] *Lecciones sobre el ateísmo contemporáneo* (Madrid 1978) 185.
[5] Cfr. 1Cor 3, 19.
[6] *Ad 1Cor*, III, 180.
[7] MONS. JOSÉ GUERRA CAMPOS, *Lecciones sobre el ateísmo contemporáneo* (Madrid 1978).
[8] Cfr. el libro de HENRI DE LUBAC, *El drama del humanismo ateo* (Madrid 1967).
[9] Cfr. ALEXANDR SOLZHENITSYN, *Alerta a Occidente* (Barcelona 1978) 159-160.

tir. La gloria de Dios es que el hombre viva, pero la verdad del hombre es ver a Dios».[10]

Por eso afirmaba Pablo VI que el ateísmo «es el fenómeno más grave de nuestro tiempo».[11] Esto viene corroborado por el Concilio Vaticano II cuando dice: «uno de los fenómenos mas graves de nuestro tiempo»;[12] al punto que, como afirma más adelante: «la criatura sin el Creador desaparece».[13]

No se piense que esto sólo afecta a otros continentes. Hoy por el contrario está afectando, y muy gravemente, a toda Latinoamérica. Es uno de los principales problemas de nuestro continente, y como expresa el inteligente colombiano Darío Castrillón Hoyos: «el ateísmo cultural, dentro del cual tiene un espacio amplio el marxista, es un problema de proporciones crecientes que inquieta seriamente al Episcopado latinoamericano».[14]

El hombre que «hace» a Dios, en su cabeza, luego lo niega.

Ya en la antigüedad algunos escépticos habían afirmado:

- «Es el temor ante lo inexplicable (la caída del rayo, el río que arrasa la ciudad) lo que engendra la creencia en Dios» (Petronio).
- «Es conveniente la creencia en Dios; luego, hagamos que exista» (Ovidio).

Y en los siglos recientes:

- «Si Dios no existe, habría que inventarlo» (Voltaire).
- «Sin el mundo, Dios no es Dios» (Hegel).
- «Dios no es más que la humanidad» (Feuerbach).

[10] *Adversus haereses*, IV, 20, 7.

[11] PABLO VI, *Carta encíclica «Ecclesiam Suam»* (6 de agosto de 1964) 25.

[12] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 19a.

[13] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 36.

- «Los hombres hacen a Dios a su semejanza» (A. Huxley).
- «Si tu comportamiento variase... necesitarías ese dios» (B. Brecht).
- «Dios es el Fondo de nuestro ser» (J.A.T. Robinson).

Traeremos distintos testimonios, aun de*l underground* cultural, de l*a lumperkultur:*

- «Dios ha muerto» (Nietzsche).
- «¿Oyes la campanilla? ¡De rodillas! Están llevando los sacramentos a Dios que agoniza» (H.Heine).
- «Dios es la alienación, y la muerte de Dios es la liberación del hombre» (Feuerbach).
- «No tenemos Dios... Todos somos huérfanos. Ni vosotros ni yo tenemos padre» (J.P. Ricther).
- «No creas en la magia,
  no creas en la Biblia,
  no creas en Jesús,
  no creas en Hitler,
  no creas en Kennedy,
  no creas en el yoga,
  no creas en Elvis,
  no creas en Zimmerman (Bob Dylan),
  no creas en los Beatles,
  cree en mí, cree en mí» (John Lennon).
- «Hemos paseado por el cielo y no hemos visto ni a Dios ni a los ángeles» (Gagarín).
- «Dios es una anécdota... la existencia ya no es teocéntrica, el hombre puede vivir y de hecho vive sin Dios» (Bergmann).
- «Lo absoluto (Dios) es indeterminable, impensable e inexorable. Es una quimera» (Ludwing von Mises).

[14] PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA, «Informe del Secretario del CELAM», *L'Osservatore Romano* 18 (1985) 261.

- «Yo respeto la figura de Jesucristo, pero para mí no tiene valor trascendente. Es una pequeña anécdota sin ningún valor» (Jean Rostand).
- «Los caminos (para llegar a Dios) son infinitos, el único que no es válido es el de la religión católica» (Nina Hagen).

2. Al negar a Dios, el hombre se destruye

Y como *quien siembra vientos*, *recoge tempestades* (Os 8, 7) y «de tales polvos, tales lodos», el ateísmo, teórico y práctico, conduce al estallido del hombre:

- «El hombre es una pasión inútil» (Sartre).
- «Es un ser para la muerte» (Heidegger).
- «Es un perverso polimorfo» (Freud).
- «Es lo que come» (Feuerbach).
- «Es un conjunto de fuerzas electromagnéticas» (B. Russell).
- «Es cosa entre cosas» (Levi-Strauss).
- «Es sólo una máquina compleja» (Lamettrie).
- «Es un animal en busca de un significado» (Leroi-Gourgham, etnólogo).
- «Es tierra en movimiento» (Calchaquí).
- «Es una máquina cibernética propensa a error» (Van Resselaer Potter).

De ahí, que con razón, pudiera afirmar Foucault: «Hoy no es tanto afirmar la muerte de Dios, cuanto la muerte del hombre... según Nietzsche es el último hombre el que anuncia que ha matado a Dios... (Nietzsche anuncia) el fin del asesino de Dios».

Esta es la gran tragedia de nuestro tiempo: los hombres y los pueblos están escupiendo para arriba; pero su misma saliva, al caer, ensucia sus rostros. Otro escritor decía con verdad: «cuando los dioses mueren, el hombre no encuentra más que una cosa: su cuerpo... La droga, el sexo y la violencia son los sustitutivos naturales de la desaparición de Dios».

3. EL ÚNICO REMEDIO

Hay que comenzar por la cabeza de los que tienen como función ser cabezas, porque, como en los pescados, la pudrición del hombre comienza por la cabeza. Nos parece que lo más conducente, sin negar otras opciones, es comenzar por formar bien a los seminaristas.

Ninguna garantía de sólida formación doctrinal y por tanto de futura perseverancia, da un joven incapaz de llegar a Dios con la sola luz de la razón. Si un candidato al sacerdocio no está convencido -con convicción personal, libre y racional- que *desde la creación del mundo*, *lo invisible de Dios*, *su eterno poder y divinidad*, *son conocidos mediante las obras* (Ro 1, 20), es «inexcusable»,[15] a nuestro modo de ver, carece de idoneidad intelectual, y si, luego de toda la ayuda necesaria, por su configuración mental es incompetente para llegar a Dios con la sola luz de la razón natural,[16] hay que decirle con caridad y claridad que no se lo ve apto para el sacerdocio. Porque si un joven es incapaz de alcanzar una verdad tan elemental y fundamental, ¿cómo podrá después llegar a los grandes misterios de la Santísima Trinidad, del Verbo Encarnado, de la Iglesia, de la Eucaristía...?, cuando lleguen las pruebas en la fe, las noches oscuras, ¿cómo resistirá? La perversión objetiva que significa no conocer a Dios por la inteligencia -que Dios nos ha dado para que lo conozcamos a Él- es mucho peor que cualquiera otra perversión moral, y es más antinatural que otras graves desviaciones. Además, si no se llega a Dios por la razón, ¿qué podrá conocerse de «la época actual»?, ¿de qué manera se podrá defender eficazmente al hombre cuando el supuesto «defensor» está baldado?

[15] Cfr. Ro 1, 20.
[16] Esta es una verdad de fe definida por el CONCILIO VATICANO I, DS 3026.

Únicamente, con una buena metafísica y buena teología, el sacerdote estará capacitado para ser testigo de la mesianidad y de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Sin crisis de identidad.

Sólo Jesucristo puede salvar al hombre y a los pueblos. Es el único que tiene *palabras de vida eterna* (Jn 6, 68). Es el único que salva: *en ningún otro hay salvación*, *pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo*, *entre los hombres*, *por el cual podamos ser salvos* (He 4, 12). «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... (Él) manifiesta plenamente el hombre al propio hombre».[17] Él, sólo Él.

Jesucristo muestra Dios al hombre: *quien me ve*, *ve al Padre* (Jn 14, 9).

Jesucristo muestra el hombre al hombre, como lo presentó Pilatos, con verdad más plena de lo que entendía: *Ecce homo*[18] (Jn 19, 5); como lo anunció Juan Bautista: *detrás de mí viene un hombre*... (Jn 1, 30).

La época actual tiene urgencia de Jesucristo, sólo Él puede dar Dios y humanidad al hombre actual. Dijo el Papa en Puebla: «quizás una de las más vistosas debilidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes. ¿Cómo se explica esta paradoja? Podemos decir que es la paradoja inexorable del humanismo ateo. Es el drama del hombre amputado de una dimensión

[17] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et Spes*», 22.

[18] «Ahí tenéis al hombre».

esencial de su ser -el Absoluto- y puesto así frente a la peor reducción del mismo ser».[19]

La base para construir una verdadera civilización es colaborar con todas nuestras fuerzas para que «prevalezca en el mundo un auténtico sentido del hombre, no encerrado en un estrecho antropocentrismo, sino abierto hacia Dios».[20]

Los Obispos argentinos han señalado que el conocimiento del presente los lleva a destacar dos desafíos: la secularización «...que intenta reducirlo todo a la inmanencia...»[21] y «una justicia largamente esperada»[22] que si, en verdad, se refiere directamente «a la convivencia responsable de los hombres entre sí», no excluye, sino más bien incluye, que se le dé Dios al hombre, porque su falta es la mayor y esencial pobreza, la mayor y esencial injusticia. Y no se erradicarán las injusticias que existen entre los hombres entre sí mientras los hombres no se sujeten a la ley de Dios y sepan que serán juzgados por Él.

En fin, simple y sencillamente, para nosotros los católicos, siempre será una verdad que nos enorgullece, dar el testimonio de que: «el Hombre es una estatua de Dios que pasea por el jardín del mundo».[23] Nos lo enseña *el Verbo que se hizo carne* (Jn 1, 14), o sea, el Verbo que se hace hombre sin dejar de ser Dios.

[19] JUAN PABLO II, «Discurso a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano», *L'Osservatore Romano* 11 (1979) 55.

[20] JUAN PABLO II, «Discurso al presidente y autoridades de la República de Brasil», *L'Osservatore Romano* 12 (1980) 396.

[21] CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Lineas Pastorales para la Nueva Evangelización* (Buenos Aires 1990) 16ss.

[22] JUAN PABLO II, «Discurso a los Obispos del CELAM», *L'Osservatore Romano* 43 (1984) 671.

[23] G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, *Obras Completas*, I (Barcelona 1961) 620.

11

En la cuerda floja

I

El sacerdote es el hombre que camina por la cuerda floja.

Es el funámbulo de Dios. Funámbulo (no confundir con sonámbulo; viene del lat. *funanbulus*; de *funis*, cuerda, y *ambulare*, andar)[1] es el volatinero que camina por la cuerda floja.[2] Caminar por la cuerda floja es algo mucho más difícil que caminar por una cuerda fija, lo cual también es muy difícil y muy pocos lo pueden hacer. Si no somos capaces de andar por una cuerda fija, ¡cuánto más difícil es caminar por una cuerda floja! En el orden espiritual es imposible para nuestras solas fuerzas humanas, sólo es posible por la gracia de Dios.

Hace años hubo una serie policial con ese nombre «*On the Tightrope*», protagonizada por Mike Connors. La serie se refería a las andanzas de un agente encubierto. Como si dijésemos: Alguien que camina por el filo de la navaja. Y el sacerdote camina por el filo de la navaja, o sea, muchas veces se encuentra en ocasiones difíciles y arriesgadas, donde enfatizar un aspecto u otro lo pueden empujar al vacío.

[1] Diccionario Enciclopédico Abreviado. Espasa - Calpe, (México 1945) III.

[2] LEONARDO CASTELLANI Y FERMÍN CHAVEZ, *Las cien mejores poesías* (*líricas*) *argentinas* (Buenos Aires 1971) 243. En la nota a los versos de RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN: «Cien lucesitas. Maravilla/ de reflejos funambulescos» (o sea, grotescos, extravagantes).

II

¿Por qué digo que el sacerdote camina por la cuerda floja? Porque es el hombre que debe tener un equilibrio muy especial, no dado por meras razones humanas, ya que es muy fácil equivocarse por acentuar determinadas cosas, olvidándose de otras. Y porque al igual que el funámbulo, para no caerse, **debe mirar obsesivamente a un sólo punto.** No debe distraerse mirando para todos los lados. El vaivén de las modas culturales, lo oscilante de las opiniones de los hombres, lo contingente de determinadas situaciones cambiantes, el vértigo que puede producir el remar contra corriente, todo lo cual le puede dar la impresión de que está caminando sobre una cuerda floja... y se puede caer... y no tiene malla de contención.

En especial, hay unas predisposiciones generales, un ambiente turbulento, generalizado, que es el vivir en un tiempo gnóstico, y hay temas particulares en los que se puede desbarrar en uno u otro sentido.

A. En general, en una religión como el cristianismo, que reconoce dos órdenes de la realidad, el natural y el sobrenatural, desde siempre fue una permanente epidemia la pretensión de confundirlos, de mezclarlos: es la tentación de toda ***gnosis.***

Ya decía Don Miguel de Cervantes Saavedra: «ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento».[3]

Y con más precisión técnica, una expresión clarividente del Concilio Vaticano I, nos enseña que se seguía dando el fenómeno

[3] *Don Quijote de la Mancha*, Prólogo.

a fines del siglo pasado, y que fuera condenado por el mismo Concilio:[4] «**naturam et gratiam perperam conmiscentes**» («los que mezclan, malamente, naturaleza y gracia»).

Que es algo vigente en la actualidad nos lo dicen muchos pensadores: Henri de Lubac,[5] Cornelio Fabro,[6] Julio Meinvielle,[7] Mons. Rudolf Graber,[8] S.S. Pablo VI: «No admitimos la actitud de cuántos parecen ignorar la tradición viviente de la Iglesia... e interpretando a su modo la doctrina de la Iglesia, incluso el mismo Evangelio, las realidades espirituales, la divinidad de Cristo, su Resurrección o la Eucaristía, vaciándolas prácticamente de su contenido y creando de esta manera una nueva gnosis...»,[9] el Cardenal Joseph Ratzinger, el 13 de abril de 2000, dijo: «Tenemos hoy tantos cristianismos que se vuelven una especie de gnosis, que se contentan con un conocimiento académico e intelectual de Cristo, pero que no se convierten en obediencia a Él»[10] y de S.S. Juan Pablo II, por ejemplo: «...a las Palabras de Cristo se les ha quitado más bien su sencillez y profundidad y se les ha conferido un significado lejano del que en ellas se expresa, en fin de cuentas, un significado incluso que contrasta con ellas. Pensamos ahora en todo lo que apareció, al margen del cristianismo, bajo el nombre de *maniqueísmo*».[11] «En el Colegio Episcopal, el obispo no es sólo custodio de un tesoro de fe heredado del pasado. A la vez que

[4] En la Constitución «Unigenitus Dei Filius».

[5] *La Iglesia en la crisis actual*, (Santander 1970) 34.

[6] *La aventura de la teología progresista*, (Pamplona 1976) 37.

[7] *De la cábala al progresismo* (Salta 1970) passim.

[8] En Roma, 2, Nov. 1967.

[9] «Alocución consistorial del 24 de mayo de 1976», *L'Osservatore Romano* del 30 de mayo de 1976, 4.

[10] *30 Días*, año XVIII, n. 4 - 2000, 44.

[11] «El "ethos" del Evangelio y la "praxis" humana», *L´Osservatore Romano* 42 (1980) 723. «El maniqueísmo contiene y lleva a la maduración los elementos característicos de toda "gnosis", esto es, el dualismo de dos principios coeternos y radicalmente opuestos, y el concepto de una salvación que se realiza sólo a través del conocimiento (gnosis) o autocompresión de sí mismos. En todo el mito maniqueo hay un solo héroe y una sola situación que se repite siempre: el alma caída está aprisionada en la materia y es liberada por el conocimiento...» (Esta nota es del Papa).

vela escrupulosamente por la identidad del depósito recibido de los Apóstoles, cada obispo debe ser promotor de una comprensión de la fe que, habida siempre cuenta de la trascendencia de la Revelación divina, tenga capacidad de ser recibida por los espíritus contemporáneos tal y como son, con sus exigencias frecuentes de verificación. Sé que os preocupáis por una teología sana, y con razón, en un tiempo que se ven brotar o rebrotar antiguas gnosis, negaciones audaces que afectan al corazón mismo de la fe católica, como por ejemplo, la ausencia, o al menos incertidumbre sobre la clara identidad de Cristo como Hijo de Dios, y muchos otros puntos vitales del Credo»;[12] «Cada uno querría creer en algo, aunque el entorno de esta creencia resulte un poco desvaído o incierto. ¿Acaso no estamos viendo resurgir de modo extraño hoy la gnosis y creencias esotéricas junto con el panteísmo antiguo y el viejo paganismo? Los hombres han abandonado las fuentes de agua viva, decía ya el Profeta, y han acudido a cisternas vacías (Jr 2, 13)»,[13] «Practicando una ascesis personal y comunitaria que purifica y transforma toda la existencia, las personas consagradas, contra la tentación del egocentrismo y la sensualidad, dan testimonio de las características que revisten la auténtica búsqueda de Dios, advirtiendo del peligro de confundirla con la búsqueda sutil de sí mismas o con la fuga en la gnosis»,[14] entre otros autores.

Este clima gnóstico que estamos viviendo, es el que lleva, sobre todo cuando se establece en los Seminarios, a la disminución de las vocaciones sacerdotales, al abandono del ministerio sacerdotal, al vacío generalizado de casas de formación, estudiantados, noviciados, Seminarios, como puede verse en muchas naciones de Europa y otras partes. Un sacerdote francés, formador de uno de

[12] «Alocución a los Obispos de Bélgica en visita "Ad limina Apostolorum"», *L'Osservatore Romano* 40 (1982) 618.

[13] «Discurso a la asamblea plenaria del Secretariado para los no creyentes», *L'Osservatore Romano* 14 (1985) 213.

[14] *Exhortación Apostólica post-sinodal* «*Vita consecrata*» (25 de marzo de 1996) 103.

los mejores Seminarios de Francia,[15] escribe que, en la actualidad, la gnosis se presenta en concreto en seis variables que confluyen, lamentablemente, en algunos de los teólogos más promocionados hoy en día.

En la base de las diversas formas de gnosticismo se encuentra un preconcepto que limita las afirmaciones de la fe. No es simplemente una reducción cuantitativa sino una alteración cualitativa de la misma fe, en la que Dios aparece limitado en su ser o en su obrar por la creatura. Este preconcepto puede revestir formas secundarias, que justifican la diversidad de gnosis.

Las 6 formas principales de gnosis, según este autor, que hoy día asuelan los Seminarios son (resumimos mucho):

1ª gnosis: «La fe dentro de los límites de la sola razón». Nace en el ámbito del protestantismo liberal y se sistematiza con Kant (que escribe una obra llamada justamente *La religión dentro de los límites de la razón*). Para esta visión gnóstica la existencia de Dios es exigida por el pensamiento para fundar la obligatoriedad del deber. Pierde así totalmente sentido hablar de «misterio», especialmente el misterio íntimo de Dios, la Santísima Trinidad. Jesús aparece como un mero «maestro» que experimenta una suerte de filiación divina puramente simbólica, y no ha dejado una comunidad estructurada, ni nos ha redimido con su muerte. Todo lo que la doctrina cristiana nos dice acerca de Cristo, su sacrificio, y la Iglesia, sería sólo producto de la imaginación de san Pablo (e incluso ni tan siquiera de él, como cuando se ataca el fundamento bíblico del sacerdocio y del ministerio ordenado tal como nos lo presentan la Carta a los Hebreos y las Epístolas Pastorales). En última instancia, se trata de una eliminación más o menos sutil del misterio de la Encarnación: uno de los elementos que usa es la de afirmar una diversidad o alteridad tal entre lo divino y lo humano

[15] ANDRÉ MANARANCHE, *I Preti. Crisi e formazione* (Torino 1996).

que se vuelve imposible cualquier unión, aquí se ubica Karl Barth que afirma: «La analogía es el invento del Anticristo». Otra manera es rechazar una cristología «descendente», como la que se muestra en el prólogo de san Juan, para afirmar una cristología «ascendente», como es el intento, entre otros, de Karl Rahner y Edward Schillebeeckx (p. 28-29).

Cuando esta forma de gnosis se aplica a la exégesis bíblica, encontramos varias peculiaridades. Ante todo, se separa la letra del cuerpo de Cristo, es decir, sólo se queda en teorías acerca de lo que habría dicho la «comunidad primitiva», o lo que habría inventado el redactor final. Además, se arranca la Escritura del canon escriturístico de la Iglesia, al hacer referencia sólo a algunos textos considerados como «auténticos» según criterios racionalistas. Y junto a esto hay que agregar una lectura de la Escritura ajena al sentir de la Iglesia y de la fe (p. 24-26).

2ª gnosis: «La fe dentro de los límites de la subjetividad». La reforma protestante ha hablado siempre del Dios que salva, del Dios para mí, más que de Dios en sí mismo. Esta pretensión, a la que se suma el romper amarras con el Magisterio de la Iglesia, ha llevado a tomar la subjetividad y el antropocentrismo como punto último de referencia. Un elemento fundamental en esta limitación de la fe ha sido la negación del sacerdocio ordenado.

El mismo Hegel (*Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*, 552) dice que en la Iglesia hay tres prácticas que empujan a una indeseada **exterioridad**: la presencia real eucarística (Dios, a quien se adora, es puesto fuera y por encima de la conciencia de los fieles), el sacerdocio ordenado (pretende guiar a los fieles desde fuera de sí mismos) y la vida religiosa consagrada (presenta un ideal que no es connatural al hombre y se coloca fuera de la vida social). Otra manera de reducir a la subjetividad las realidades de la fe es limitar la experiencia de fe a las emociones o a lo maravilloso (34-37).

3ª gnosis: «La fe dentro de los límites de lo existencial». Todo lo referido a la acción de Dios (la *escatología* tanto intermedia -la justificación por la Pasión y Resurrección de Jesús- cuanto final -el juicio y el cielo o el infierno para cada uno) se desarrolla y actúa en mi interior sólo por **decisión** personal, por mi respuesta a la Palabra de Dios que me interpela. Fue Bultmann quien sistematizó modernamente esta visión de la vida y del misterio cristiano. En esta situación, es totalmente irrelevante e inútil preguntarse por los eventos cristianos, y aún por la realidad del misterio de la Encarnación, ya que lo que importa es el mensaje: esta es la esencia de la desmitificación de Bultmann (38-39).

En el campo de la exégesis, esta postura lleva a considerar el trabajo de la lectura de la Escritura como relectura del texto inspirado. ¿Para qué? Para encontrar la experiencia de fe de la comunidad primitiva (una comunidad creadora, que utilizaba narraciones de carácter mitológico para transmitir un mensaje) y adaptarla a nuestra vida y nuestras circunstancias (40-41).

4ª gnosis: «La fe dentro de los límites de la historia». Visto desde esta faceta de la gnosis, el cristianismo aparece como una liberación en la historia, pero sin conexión con la entera historia de la salvación ni con el origen de la historia. Junto a esto, esta gnosis rechaza la referencia a «otro mundo», considerado como una forma de evasión. Por otra parte, esta gnosis rechaza el rol del Antiguo Testamento en la historia de la salvación, afirmando que la cultura local en cada lugar sustituye la Antigua Alianza para esa cultura (44-45).

La Redención, que significa esencialmente la liberación del pecado, es falseada, para tornarse en esta gnosis en una liberación de pésimas situaciones políticas, económicas y sociales. Se cambia la realidad de Cristo como *Siervo sufriente*, por los oprimidos, el proletariado, o quienes sufren de algún modo. De éstos, y no de Cristo, viene en última instancia la plenitud como personas y cristianos (46-47).

5ª gnosis: «La fe dentro de los límites de la utilidad social». Esta visión gnóstica se funda sobre la deformación acerca de la legítima autonomía de lo temporal, y de la colaboración y relación entre lo temporal y lo espiritual. El orden público, la sociedad como tal, no debe ser influenciada por ningún elemento «religioso»; el Magisterio no debe intervenir en cuestiones referidas a la sociedad o a la actividad de los cristianos en ella; toda forma de misión se considera como una agresión. Para justificar esto, se pretende que el mundo -que por definición es secular- es también divino y cristiano: Schillebeeckx afirma que el mundo es «la expresión objetiva de la vida de gracia» (p. 51). También H. De Lubac lo intenta justificar. Karl Rahner habla de la Iglesia como «sacramento del mundo» (p. 52). Se exige por tanto que la fe se secularice, limitándose a una visión horizontalista y de esta sola dimensión terrena. Como contrapartida a esta situación, ha surgido en muchas personas de la sociedad contemporánea un intento de retorno a lo sagrado, pero sin la guía de la Iglesia (p. 53).

6ª gnosis: «La fe dentro de los límites de la antropología». La gnosis de este tipo es la que concentra (y reduce) todo el contenido de la Revelación en la antropología. Ha sido sobre todo Karl Rahner quien ha sistematizado esta visión gnóstica en los tiempos modernos. Ante todo, el hecho de considerar a Dios sólo en su obra de salvación lleva a tomar como necesaria esta obra para el mismo Dios, un desarrollo del mismo Dios, como pretende Hegel. De hecho, la Trinidad inmanente es la Trinidad económica, y viceversa. Y la aparición del hombre se considera como necesaria. El mismo Rahner dice: «Cuando Dios quiere ser no Dios, aparece el hombre» (p. 60). Puesto que Dios se manifiesta como tal y lo encontramos como tal sólo en nosotros, entonces al amar al prójimo y aun al hacer cualquier acto positivamente bueno, hacemos ya un acto sobrenatural, si bien implícito. Todo hombre es un cristiano implícito. La función de Cristo es llevar a su apogeo la historia de salvación, como momento culminante de la condición propiamente humana del hombre. Dice Rahner: «el

último paso de la cristología y el punto de partida de la antropología se confunden». Esto lleva, entre otras cosas, a eliminar de la vida moral del cristiano el martirio, ya que no es necesario profesar la fe para realizar obras sobrenaturales, y a eliminar la necesidad de la misión, frente a la condición de cristiano anónimo que reviste todo hombre (p. 59-64).

Todo esto, además de las estadísticas, adquiere proporciones preocupantes, si consideramos la vigencia innegable del gnóstico Hegel dentro del catolicismo. Esto no es algo de ahora. Ya un gran filósofo polaco, Erich Przywara, en un artículo publicado en 1931,[16] lo decía con toda claridad. Él afirmaba, por ejemplo, que se estaban formando dos corrientes que finalmente se encontraban: una de interiorismo gnóstico y la otra corriente de escatologismo radical. Él percibía eso y en la Revista de Filosofía de 1931 justamente frente a la situación contemporánea del cristianismo alemán protestante observaba que «el contraste entre gnosticismo fanático y un radicalismo escatológico es eminentemente la situación de hoy».[17] Hace un desarrollo sobre el tema y termina con la conclusión de que la reforma protestante finalmente terminaba en dos cosas: «*Sectas o socialismo*, *son los herederos de las iglesias territoriales*. *En esto la sombra de Hegel se halla misteriosamente grande detrás de todos*»[18]. Y hemos visto hasta el cansancio tanto la multiplicación de sectas cuanto el desarrollo y posterior caída del socialismo real. Agregaba Przywara que a este proceso de disgregación se oponía: «sólo el catolicismo, si el catolicismo alemán no se deja deslumbrar por el nuevo hegelianismo».[19] Ahora se advierte que la fasci-

[16] «Der Hegelianismus in Deutschland», *Revista di Filosofía Neoscolástica*, Vol. XXIII, 1931.

[17] MASSIMO BORGHESI, «Hegel, maestro de todos. Incluso de los católicos», artículo publicado en la revista *30 Días*, Año III, n. 1, 1996, 36-39.

[18] «Der Hegelianismus in Deutschland», *Revista di Filosofía Neoscolástica*, Vol. XXIII, 1931.

[19] «Der Hegelianismus in Deutschland», *Revista di Filosofía Neoscolástica*, Vol. XXIII, 1931.

nación por Hegel se va imponiendo no sólo en el campo protestante, sino en el campo católico.

El teólogo católico Massimo Borghesi ha escrito un excelente libro sobre el tema[20] y el artículo que lo presenta lo titula: «*Hegel, maestro de todos. Incluso de los católicos*», con el intento ciclópeo de reducir el cristianismo de Acontecimiento a idea. Y el teólogo Lorenzo Capelletti afirma que: «La paradoja más trágica de estos últimos veinte años reside en el hecho de que, tanto en la enseñanza teológica como en la vida de la Iglesia en su conjunto, cuanto más es Hegel el maestro de todos y cuanto más se habla de cultura, más se desnaturaliza y se reduce a emociones sentimentales y a gestos teatrales la experiencia cristiana»,[21] recordando la prevención de la *Fides et ratio*, 46: «Algunos representantes del idealismo intentaron de diversos modos transformar la fe y sus contenidos, incluso el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, en estructuras dialécticas concebibles racionalmente».

B. En particular, podemos ilustrar con muy numerosos ejemplos la realidad de que el sacerdote es el hombre que camina por la cuerda floja. Tan sólo veremos cinco ejemplos, en los que es muy fácil desbarrancarse en uno u otro sentido.

Fe y razón (o teología y filosofía, sobrenatural y natural). Se puede deslizarse al fideísmo o al racionalismo. La *Fides et ratio* de Juan Pablo II es la verdadera Carta Magna en este tema.

Iglesia y mundo, donde algunos pretenden sólo cristianos de sacristía -sin influencia en el mundo- y otros sólo son genuflexos al mundo, adaptando servilmente la Iglesia al mundo, como si el

[20] *L'eta dello Spirito in Hegel. Dal Vangelo «storico» al Vangelo «eterno»*, Studium (Roma 1995).

[21] MASSIMO BORGHESI, «Hegel, maestro de todos. Incluso de los católicos», artículo publicado en la revista *30 Días*, Año III, n. 1, 1996, 43.

mundo fuese a salvar a la Iglesia, cuando en verdad es la Iglesia la que puede salvar al mundo y no al revés. Los términos del problema están justamente planteados y resueltos en *Gaudium et spes*, 36.

Estar en el mundo, pero no ser del mundo: Unos, por no ser del mundo, no están en el mundo y caen en el angelismo; otros, por querer estar en el mundo, se olvidan que no hay que ser del mundo y caen en el mundanismo. Lo correcto es lo enseñado por nuestro Señor.[22] Los sacerdotes hemos nacido en este mundo -tenemos padre, madre, hermanos...-; hemos estudiado en determi-nados colegios en la primaria, secundaria y universidad; comemos, estudiamos, rezamos, trabajamos, reímos, lloramos, descansamos; hablamos las mismas lenguas que nuestros contemporáneos, participamos de la misma cultura; formamos parte de la historia de los hombres...., pero también hemos nacido a la vida sobrenatural por doble título: por el bautismo y por el orden sagrado.

Eternidad y tiempo, (o, lo que es lo mismo, fuera de época, desfasado, o esclavo del tiempo, sumergido en el temporalismo). Nos pasamos la vida mirando al cielo, pero con los pies en la tierra, ya que: «El hombre de las verdades eternas necesita ser hombre de su tiempo».[23]

Contemplación y acción, si se cae en las falsas dialécticas se cae en el quietismo o en el activismo. Dialéctica que rompió San Ignacio al decir: «Hay que confiar absolutamente en Dios, porque todo depende de él, pero trabajar como si todo dependiese de nosotros».

[22] Cfr. Jn 17, 11.14.15.16.

[23] LONGHAYE, La Prédication, II parte, 1, parágrafo 2; cit. en Santiago Monsabré, El Orador Sagrado (Sevilla 1900) 209.

Espíritu y letra, (o, carisma e institución, servilismo o rebeldía...)

Vieja ola o nueva ola, (conservador o progresista, abierto o cerrado). No debemos ser ni de la vieja ola ni de la nueva ola, sino de la ola eterna. Claudio Magris, periodista del *Corriere della Sera*, acaba de describir, a su manera, este fenómeno: «Una vez, la Iglesia corrió peligro -peligro desde la izquierda, para que nos entendamos- de que el catolicismo diluyese la dimensión trascendente en un compromiso social, y que la idea de redención, como decía, preocupado, el gran Augusto Del Noce, fuese absorbida por la de revolución. Ahora, corre un peligro aún más grave -desde la derecha, aclaremos- de que el *karaoke*[24] universalmente imperante englobe y pulverice al catolicismo en una espectacularidad que colma cada tanto las plazas, pero deja cada día más vacías las iglesias. ...la esencia del cristianismo -en medio de la juerga del *karaoke*, con su beata e idiota apología del mundo y de sus pompas... y con su indiferencia ante el dolor- corre el riesgo de perderse y desaparecer».[25]

III

Para no caerse de la cuerda floja, en esta época gnóstica, el sacerdote debe mirar obsesivamente a un solo punto: **¡Al Verbo Encarnado!**. En Él encuentran solución todas las falsas antinomias y dialécticas, porque Él une en sí mismo, sustancialmente, la naturaleza divina y la naturaleza humana. ¡La gnosis es contra **el Verbo hecho carne!**

[24] El karaoke es un sistema audiovisual que consiste en la emisión de la pista musical de una canción mientras que su letra va apareciendo en un monitor de televisión, para que cualquiera pueda cantarla.. Los bares de karaoke estuvieron muy de moda entre los ejecutivos japoneses en los años 80. En la Argentina hay algunos, pero están orientados principalmente a los jóvenes.

[25] *Diario La Nación*, 16 de julio de 2000, sec. 7, 5.

En la doctrina seguir al Papa: ¡No puede equivocarse! En la vida seguir a los santos: ¡No se han equivocado!

¡Ser sacerdote es todo un arte inefable, arduo, pero entusiasmante! Hay vértigo, hay mucho de peligro, no hay seguridades humanas, incluso hay quienes te mueven la cuerda, pero... hay un punto de referencia seguro: ¡Sólo en «la roca que es Cristo»[26] no hay tembladeral! Todo lo demás es precario, inestable. Todo lo demás pasa, muere: «Gira el mundo, mientras la cruz está firme».

Y siempre María está al lado de la cruz.

[26] Cfr. 1Cor 10, 4.

12

Las tribulaciones apostólicas

1. La palabra thlipsis

La palabra es θλίψις (*thlipsis*). Su significado es *tribulación, angustia, sufrimiento*. Siempre tiene un sentido muy fuerte. Por ejemplo, el diccionario de Bauer (tal vez el mejor) dice que se aplica a varias cosas distintas, pero siempre implica una tribulación que causa aflicción, es decir, que tiene un efecto interior fuerte. Se puede traducir también en sentido metafórico (siempre según Bauer) como la experiencia interior de la tribulación, y por ende, sufrimientos interiores.

No se puede decir que en sí misma signifique las tribulaciones propias de los apóstoles, o del ministerio apostólico, aunque también las indica varias veces. En el Nuevo Testamento está presente 43 veces, de las cuales 25 en San Pablo:

- 7 veces se la usa en los evangelios de Mateo y Marcos, referidas varias de ellas a las tribulaciones de los últimos tiempos;

- 2 veces en Juan: Jn 16, 21: los *dolores* de la mujer cuando va a dar a luz; y **Jn 16, 33, referidos a los sufrimientos de los apóstoles:** «*en el mundo tendréis tribulaciones, mas no temáis: Yo he vencido al mundo*»;

- 5 veces en los Hechos, referidas algunas a las tribulaciones de los Patriarcas y de Israel; una vez a las tribulaciones (de los hermanos) suscitadas por la muerte de Esteban (11, 19); otra vez a lo que hay que padecer para entrar en el reino de los cielos (He 14, 22: «*es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios*»).

En He 20, 23 se refiere a los sufrimientos de Pablo: «***solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones***».

- En San Pablo, como dijimos, se encuentra 25 veces, por lo que es el autor que más usa el término, y con variedad de aplicaciones, incluso como castigo infligido por Dios (cfr. 2Te 1, 6), o como tribulación de la carne (cfr. 1Co 7, 28).

En 2Co 11, 29 se lee: «*¿quién desfallece que yo no desfallezca con él? O ¿quién sufre escándalo sin que yo me abrase?*». Aunque aquí San Pablo usa otras palabras.

- 1 vez la usa Santiago.

- 5 veces en el libro del Apocalipsis (1, 9; 2, 9.10; 2, 22; 7, 14). Una de las cuales para indicar las tribulaciones que Dios manda a causa del pecado (Ap 2, 22, en la carta a la iglesia de Tiatira).

2. LA THLIPSIS APOSTÓLICA

En 2Co 6, 4 el término se aplica **a las tribulaciones propias del ministerio apostólico**. Presentamos todo el pasaje (2Co 6, 3-10): «*no damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea desacreditado. Antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, con mucha constancia en* ***tribulaciones****, necesidades, angustias, en azotes, cárceles, sediciones, en trabajos, desvelos, ayunos; en pureza, ciencia, paciencia, bondad, en el Espíritu Santo, en caridad sincera; en palabra de verdad, en el poder de Dios y mediante las armas de la justicia a diestra y a siniestra; en gloria e ignominia, en calumnia y en buena fama; tenidos*

por impostores siendo veraces; como desconocidos, aunque bien conocidos; como moribundos, pero llenos de vida; como castigados, pero no muertos; como entristecidos, pero siempre alegres; como pobres aunque enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo».

Otros pasajes interesantes sobre los sufrimientos de San Pablo los encontramos en: Rm 5, 3: «*nos gloriamos hasta en las tribulaciones*»; Rm 8, 35: «*¿quién nos separará del amor de Cristo?¿La tribulación?*»; 2Co 1, 8 donde habla de la tribulación sufrida en Asia que lo abrumó hasta el extremo); 2Co 7, 4: «*estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones*»; 2Co 8, 2: «*no tuvo sosiego nuestra carne, sino toda suerte de tribulaciones: por fuera luchas; por dentro temores*»; Ef 3, 13: «*no os desaniméis a causa de las tribulaciones que padezco por vosotros, pues ellas son vuestra gloria*»; Flp 1, 17 menciona la tribulación de las cadenas de Pablo; Col 1, 24: «*completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo*»; 1Te 3, 7: *en medio de todas nuestras congojas y tribulaciones*».

Tiempo atrás en una entrevista preguntaron al Cardenal Godfried Daneels, arzobispo de Malinas-Bruselas, sobre una posible reforma de la Iglesia. Entre sus respuestas me llamó la atención cuando dijo que hay dos cosas que pueden ayudar al sacerdote y al obispo en el ejercicio de su trabajo: la conciencia de ser pobres pecadores y la *thlipsis apostólica*. ¿Qué es la *thlipsis*? «Son los sufrimientos apostólicos de los que habla San Pablo. Al principio de su misión, cuando no lograba hacer algo o le salía mal, San Pablo pensaba que era culpa suya. Y trataba en seguida de poner remedio, de recuperar, yendo, por ejemplo, a predicar a otra ciudad. Pero más adelante, comprendió que puede haber cosas que no salen bien, no por sus propios límites, sino como misterio de participación en el sufrimiento de Cristo, sufrimiento que no fue por causa suya. Hay en el sufrimiento apostólico un misterio inexplicable de conformación a la pasión gratuita de Jesús. "***Oderunt me gratis***", dice el salmo (cfr. 69, 5), que retoma aplicándolo a sí mismo nuestro Señor: ***"me odiaron sin motivo"*** (cfr. Jn 15, 25). No tenían razón, ninguna razón para odiar a Jesús. En mi

experiencia, como en la de muchos sacerdotes y obispos, ha ocurrido algo parecido a lo que le sucedió a San Pablo. Al principio, frente a algo que no va bien, se piensa: lo tenía que haber hecho de otra manera, me he puesto a hacerlo sin estar bien preparado. Al final se ve que nuestros propios límites y pecados, que tienen su efecto, no lo explican todo. Nada es mecánico, nada se da por descontado. Igualmente, creo que si desde el Papa al último fiel fuéramos todos santos, si nuestro testimonio fuera límpido y nuestra misión digna de mérito, no quiere decir que por eso toda la gente vaya a venir a empujar impaciente a las puertas de nuestras iglesias, para entrar. Quizá nos odiarían aún más. Como le odiaron a Él, sin motivo»[1].

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24). La vocación sacerdotal implica una participación en los sufrimientos de Cristo, por lo tanto también el sacerdote deberá ser purificado en el crisol de las *tribulaciones apostólicas*.

La Santísima Virgen nos conceda la gracia de comprender la extraordinaria fecundidad de la cruz de Cristo.

[1] GIANNI VALENTE, «Quizá en la Iglesia se hace necesario un momento de calma, para respirar un poco» *Revista 30 Días* 12 (2003), 32.

Capítulo 4

Ha sido llamado

Es llamado por Dios...
(Heb 5, 4)

1

¿Por qué tantas vocaciones?

Habitualmente distintas personas, sobre todo del ámbito eclesiástico, nos preguntan: «¿por qué tienen tantas vocaciones?».

En mi respuesta a esa pregunta ha habido una evolución que se podría estructurar en tres etapas.

1. Tres etapas

1ª etapa: ingenua

Me hacían la pregunta, y rápido, «como chancho a la batata», respondía lo que a mi parecer era la ocasión de que Dios nos bendijera con tantas vocaciones. Quería, ingenuamente, que todos se aprovecharan de nuestra experiencia y tuviesen las vocaciones que tanta falta hacen. Pero, ante mi sorpresa, lo que obtenía era una suerte de repulsa de parte del interlocutor, que reaccionaba como si uno le quisiese vender un buzón o un tranvía. Prácticamente, sin dejarme terminar, me empezaban a enseñar lo que había que hacer para tener vocaciones. Al sentirme como atacado, a modo de defensa preguntaba: ¿Y ustedes cuántas vocaciones tienen? «Ninguna», me solían responder, con rubor en el rostro. Esto me sucedió en Buenos Aires, y algo parecido en otras partes.

2ª ETAPA: MENOS INGENUA

Ante la pregunta del porqué de las vocaciones, replicaba, a mi vez, con otra pregunta: «¿Me vas a creer si te lo digo?». Con ella lo único que conseguía era aumentar la vana curiosidad de los interlocutores. Fue en Azpeitía (España); acababa de celebrar y predicar en la misma cámara donde San Ignacio de Loyola se convirtió. Al pasar a la sacristía para sacarme los ornamentos un grupo de Hermanas, algunas con hábito, otras de civil y peluquería, con mucha gentileza me agradecieron el sermón, nos preguntaron de dónde éramos, cuál era nuestro carisma, cuántas vocaciones teníamos; inmediatamente la pregunta consabida: «¿Por qué tienen tantas vocaciones?». Yo, escaldado por las experiencias anteriores, les pregunté tímidamente: «¿Me van a creer si se los digo?». Todas a coro respondieron: «¡Claro!». Les dije, más o menos, así: «Para mí, aunque a ustedes les parezca mentira, el secreto de tener vocaciones está en presentar crudamente a los jóvenes la cruz de Cristo». Rápida como un rayo se oyó la réplica de una de las de civil y peluquería: «También la resurrección». ¡No, Hermana, noooo! Con la resurrección difícilmente se despierte alguna vocación, porque creen que uno está haciendo propaganda, al estilo de esas instituciones que por televisión hacen *jingles*: «Si al escuchar esta música tu corazón late más aprisa, entra en la Escuela de..., tendrás un gran porvenir...» ¡Nooo, Hermana! ¿Cuántas vocaciones tienen ustedes? «Muy pocas, las jóvenes hoy día...».

3ª ETAPA: DE RECELO

Ahora, antes de responder pregunto mucho más, para ver si la respuesta puede ser de provecho, porque muchas veces entre los pobres en vocaciones están quienes se creen ricos o importantes: S*oy rico*, *nada me falta* (Ap 3, 17), y caen en el vicio de los ricos y poderosos -como Herodes- que preguntan muchas veces de cosas de Dios y quieren que les hablen de ellas:

- «Por curiosidad de saberlo todo;

- y por vanidad de mostrar que saben de todo;
- y por razón de estado de querer servirse de todos».[1]

Aunque a mi modo de ver en la mayoría de los que preguntan -más que este vicio de ricos-, hay un gran desconocimiento de la naturaleza de las vocaciones a la vida consagrada, falta de sentido de la realidad eclesial, descreimiento de que Dios suscite vocaciones a manos llenas, que en el fondo es no darse cuenta de la magnificencia de Dios en todas sus obras, de su infinita generosidad y de su delicada providencia.

2. Sobran... faltan...

Y así, por ejemplo, en algunos lados hemos escuchado decir: «aquí sobran vocaciones», cuando la proporción de sacerdotes/feligreses en esa Diócesis estaba muy lejos de la proporción que existe, digamos, en la provincia eclesiástica de Cracovia, 1 sacerdote cada 1.100 feligreses; u otros -aparentemente de la vereda opuesta, pero es la misma-, decir, como le hemos escuchado a un señor Obispo: «Como está visto que en mi Diócesis no hay vocaciones sacerdotales, tenemos planes pastorales para proveernos de ministerios laicales en el futuro». El Papa, en un encuentro con un grupo de líderes, dijo: «en la actualidad están naciendo y floreciendo muchas vocaciones en el seno de los diversos movimientos y asociaciones».[2] Y es dable hacer notar que luego de la Jornada Mundial de la Juventud en Denver (EE.UU.) del movimiento Camino neocatecumenal salieron 1.200 vocaciones sacerdotales que van a estudiar en seminarios diocesanos y en los Se-

[1] LUIS DE LA PALMA, *Historia de la Pasión* (Madrid 1967) 190.

[2] JUAN PABLO II, «Discurso a los líderes de la Renovación carismática del 18 de septiembre de 1993», *L'Osservatore Romano* 40 (1993) 540.

minarios «Redemptoris Mater»,[3] y 1.000 vocaciones femeninas que entrarán en distintos monasterios de vida contemplativa.[4]

Es claro que tanto si «sobran» (?!) vocaciones, como si «no hay» (?!), no se hará nada serio para suscitarlas, para promoverlas, para acompañarlas, para defender las existentes. Mucho menos para alegrarse, evangélicamente, si otros las tienen. En el primer caso se verá a los que tienen vocaciones como competencia, y, en el otro, se las explicará de cualquier manera, menos como don de Dios: «los asustan con el infierno...», «no respetan la libertad de los jóvenes...», «inventan vocaciones...», «fuerzan las elecciones...», «tienen estructuras conservadoras...», «se debe al clima cálido del Seminario...», «están atraídos por el magnetismo personal...» de tal superior, para quien «hay 6 sacramentos y un desliz: el matrimonio...», «les lavan la cabeza...» y mil más; pero ellos siguen sin las vocaciones que podrían y que deberían tener, y un día deberán rendir cuenta de ello ante el tribunal de Dios.

Un gran Obispo americano, muy amigo, me preguntó en una oportunidad sobre el porqué de tantas incomprensiones en nuestro propio país, a lo que respondí: «¡Nuestro gran pecado es tener muchas vocaciones!». Cada vez que me ve, recuerda -riéndose- la anécdota.

3. La cruz de Cristo

En fin, nos crean o no nos crean, nosotros solemos decirles a los jóvenes que tienen que decidir su problema vocacional o a los que ya lo tienen decidido, que a nuestro modo de ver, la vocación al sacerdocio y, en general, a la vida consagrada:

[3] Estos son 25 seminarios diocesanos misioneros abiertos en diversos países; cfr. JUAN PABLO II, «Discurso a un grupo del Camino neocatecumenal», *L'Osservatore Romano* 3 (1994) 44.

[4] Cfr. JUAN PABLO II, «Discurso a un grupo del Camino neocatecumenal», *L'Osservatore Romano* 3 (1994) 44.

- No es un llamado a pasarla bien, sino a pasarla mal, como enseña el Espíritu Santo: *Hijo, si te acercares a servir al Señor Dios, prepara tu alma a la tentación* (Sir 2, 1);
- que hay que *morir cada día* (1Cor 15, 31), o como dice el Kempis: «es preciso vivir muriendo»,[5]
- que hay que *crucificarse con Cristo* (Ga 2, 19),
- que nosotros *somos como condenados a muerte* (2Cor 4, 11),
- que subir cada día al altar para ofrecer el sacrificio, es subir cada día un poco más al Calvario.

Si un joven o una joven, está dispuesto a ello, puede ser que tenga vocación, y, si ante esto se asusta, es señal de que, probablemente, no tenga vocación. El que tiene verdadera vocación está dispuesto a hacer cosas grandes, heroicas, incluso épicas por Cristo y su Iglesia.

Y a los jóvenes que quieren entrar en alguna de nuestras Congregaciones -en formación- sólo les ofrezco y prometo: «pobreza y persecución», que es lo que siempre pedí a Dios para nosotros. Y no piense mundanamente nadie que pedir estas cosas es algo negativo, es lo más positivo, y tal vez lo más hermoso que se puede pedir -aunque rechinen los dientes los que se consideran nuestros enemigos-, porque es pedir poder vivir la octava bienaventuranza que es la confirmación de las siete anteriores y es pedir aquello más eficaz para convertir nuestro mundo, porque es dar testimonio de que «el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas».[6]

Como es trágicamente cierto que *los hijos de las tinieblas... son más hábiles que los hijos de la luz* (Lc 16, 8), esto también se percibe en este tema de las vocaciones. En el mundo si un empresario ve que la empresa de su competidor va mejor que la suya, busca descu-

[5] Cfr. *Imitación de Cristo*, II, 12.

[6] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 31.

brir el secreto del éxito de la empresa que prospera, si se contentase tan sólo con calumniar al que le va bien no por eso su empresa mejoraría. Y si esas leyes económicas, aun en un nivel terrestre, son inexorables, ¡cuánto más lo serán las divinas, ya que *de Dios nadie se burla*! (Ga 6, 7).

Por todo eso, para mí, la razón última de las vocaciones numerosas se encuentra en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. De hecho la cruz es la que atrae vocaciones verdaderas. Nos parece que puede legítimamente aplicarse, en parte, al llamado vocacional lo que dijera nuestro Señor: *Cuando sea elevado a lo alto atraeré a todos hacia mí* (Jn 12, 32).

Alguien podría decir: «Nosotros también creemos en la cruz, ¡y no tenemos las vocaciones que necesitamos!», ciertamente no se trata de la cruz como considerada en abstracto, sino la cruz de Cristo, en concreto, presentada, vivida y percibida por los demás, como «el camino real», el camino de reyes, el camino para los que quieran reinar con Cristo.[7]

¿Qué queremos decir con la cruz de Cristo?

En primer lugar, queremos indicar la cruz que coronaba el Gólgota y en la que Él murió, como fuente inexhausta de todas las vocaciones a la vida consagrada de todos los siglos, como fuente primaria y fecundísima de todas las vocaciones que han existido, existen y existirán. Esa cruz de Cristo, con todo lo que en ella hizo y padeció, está en el comienzo, desarrollo y perseverancia final de toda vocación consagrada. Que muchos consagrados tengan miedo a la cruz de Cristo es señal, más que elocuente, de la decadencia de la vida consagrada y del porqué de la falta de vocaciones en muchas comunidades.

[7] Cfr. *Imitación de Cristo*, II, 12.

En segundo lugar, con «la cruz de Cristo» queremos indicar la que Él preparó para cada uno de nosotros en su cruz, como muy bien dice San Luis María Grignion de Montfort:

- «La que cada uno debe cargar con alegría, con entusiasmo y con valentía;
- «la cruz que mi Sabiduría le fabricó con número, peso y medida;
- «la cruz cuyas dimensiones: espesor, longitud, anchura y profundidad, tracé por mi propia mano con extraordinaria perfección;
- «la cruz que le he fabricado con un trozo de la que llevé al Calvario, como fruto del amor infinito que le tengo;
- «la cruz que es el mayor regalo que puedo hacer a mis elegidos en este mundo;
- «la cruz constituida, en cuanto a su espesor por la pérdida de bienes, las humillaciones, menosprecios, dolores, enfermedades y penalidades espirituales que, por permisión mía, le sobrevendrán día a día hasta la muerte;
- «la cruz, constituida, en cuanto a su longitud, por una serie de meses o días en que se verá abrumado de calamidades, postrado en el lecho, reducido a mendicidad, víctima de tentaciones, sequedades, abandonos y otras congojas espirituales;
- «la cruz, constituida, en cuanto a su anchura, por las circunstancias más duras y amargas de parte de sus amigos, servidores y familiares;
- «la cruz, constituida, por último, en cuanto a su profundidad, por las aflicciones más ocultas con que le atormentaré, sin que pueda hallar consuelo en las creaturas. Estas, por orden mía, le volverán las espaldas y se unirán a mí para hacerle sufrir».[8]

[8] *Carta circular a los amigos de la cruz*, 18.

HAY ENEMIGOS DE LA CRUZ

Ahora bien, de esa cruz no hay que ser enemigos: *Hoy muchos se portan como enemigos de la cruz de Cristo* (Flp 3, 18).

Nos hacemos enemigos de la cruz de Cristo de varias maneras:

- rechazándola: *El que no tome su cruz y me siga no es digno de mí* (Mt 10, 38), ...*no puede ser mi discípulo* (Lc 14, 27);

- vaciándola: algunos quieren *vaciar la cruz de Cristo* (1Cor 1, 17);

- rebajándola: *Baja de la cruz que creeremos en ti* (Mt 27, 42; Mc 15, 32);

- evitándola: quieren evitar *ser perseguidos a causa de la cruz de Cristo* (Ga 6, 12);

- recortándola: al no predicar entero el Evangelio: S*i aún predico la circuncisión se acabó el escándalo de la cruz* (Ga 5, 11).

Pero no basta con no ser enemigos, hay que amar la cruz como nos lo enseña la Biblia:

- Lo enseñó Jesús: ...*niégate a ti mismo*, *toma tu cruz y sígueme* (Mt 16, 24-27);[9]

- lo vivieron los Apóstoles: *Yo estoy crucificado con Cristo* (Ga 2, 19); *los que pertenecen a Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y malos deseos* (Ga 5, 24); *completando en nosotros lo que falta a la Pasión de Cristo* (Col 1, 24);

- lo vivieron los santos *que llevaron en sus cuerpos los sufrimientos de Jesús* (2Cor 11, 30), porque *nuestro hombre viejo fue crucificado juntamente con Él* (Ro 6, 6);

- y es lo que debemos saber: pues no debemos querer saber nada *fuera de Jesucristo y Jesucristo crucificado* (1Cor 2, 2). *La doctrina de la cruz es necedad para los que se pierden*, *pero es poder de Dios para los que se salvan* (1Cor 1, 8). Es en definitiva amar la sabiduría de la cruz que es *escándalo para los judíos y locura para los griegos* (1Cor 1, 23), ya que *la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres y la*

[9] Cfr. Mt 10, 38; Mc 8, 34-38; Lc 9, 23; 17, 33; Jn 12, 25-26.

debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres (1Cor 1, 25).

LA CRUZ VIVIDA

Esa cruz debe desplegarse en la vida del joven que quiere consagrarse al Señor; así, por ejemplo:

- Hay que exigirle al máximo en su formación doctrinal, de modo tal, que no tenga miedo a la confrontación con la cultura moderna. No contentarse con una cantidad de ideas agarradas con alfileres en la cabeza, sino verdades de a puño, por las que se vive y por las que se es capaz de dar la vida si fuese necesario;

- hay que exigirle una vida de auténtica disciplina, asumida personalmente como un valor propio, capaz de rehuir del capricho subjetivo, del adocenarse burgués, de la miserable y habitual pérdida de tiempo. De manera especial, llama la atención de los jóvenes el encontrarse con almas consagradas no secularizadas ni en su pensar, ni en su decir, ni en su proceder, ni en su vestir;[10]

- hay que enseñarle que el auténtico apostolado es cruz, y no un *pic-nic* superficial. Y que allí donde más difícil es el apostolado, tal vez el Señor tenga dispuesto que salgan las más bellas flores y los frutos más espléndidos, y que si estos no llegan a salir, nunca será estéril el sacrificio hecho por Él, que florecerá y fructificará en otro lado. Aquí es donde hay que decir que hay que formar jóvenes «que no sean esquivos a la aventura misionera».[11] Si un joven es esquivo a la misión, primero se instalará, luego perderá interés por «las ovejas» que le están encomendadas, finalmente se despreocupará de ellas imponiéndoles ridículos obstáculos buro-

[10] Cfr. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, 66 y *passim*.

[11] SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO, en carta a Felipe II poniendo las condiciones que según él, debería reunir el futuro Arzobispo de Lima; entre otras agregaba «y de buen cabalgar». Felipe II lo eligió a él.

críticos, contentándose con plañir acerca de la maldad del mundo y lo difícil de los tiempos presentes.

Pero hay más todavía. La cruz de Cristo proyecta, por así decirlo, su sombra, no inconsistente sino substancial. Y esta sombra son dos cosas: amor y alegría.

LA ALEGRÍA DE LA CRUZ

La cruz de Cristo es amor: *Habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin* (Jn 13, 1); *tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito* (Jn 3, 16); *si el grano de trigo que cae en tierra no muere*, *no lleva fruto* (Jn 12, 24); y *no hay amor más grande que dar la vida por los amigos* (Jn 15, 13); Él nos ha dado ejemplo, a Él debemos imitar. Si en nuestras comunidades se pusiese en práctica el *amaos los unos a los otros como yo os he amado* (Jn 15, 12), ciertamente florecerían muchas vocaciones. Donde sólo hay gente quejosa, avinagrada, deprimida, pesimista, ¿qué joven querrá entrar? Donde pareciera que lo más importante es ver televisión y videos, ¿qué joven no se dará cuenta de que esa comunidad está regida por un espíritu mundano? Y ¿a quién puede entusiasmar el espíritu del mundo? Y si a alguien lo entusiasma, es mejor que no quiera consagrarse a Dios.

Por último, la cruz de Cristo es alegría, y si no se vive en la alegría podrá ser cruz, pero no será nunca de Cristo. Esa ha sido la enseñanza constante de los Apóstoles, de los mártires, de los doctores y de los santos de todos los tiempos:

- *Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros* (Ro 8, 18);
- *nos gloriamos hasta en las tribulaciones*, *sabedores... que la esperanza no quedará confundida* (Ro 5, 3 ss);
- *por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable* (2Cor 4, 17);
- *estoy lleno de consuelo*, *reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones* (2Cor 7, 4);

- *tened por sumo gozo el veros rodeados de diversas tribulaciones* (Sant 1, 2);

- *si sufrimos con Él reinaremos con Él* (2Tim 2, 12);

- *habéis de alegraros en la medida en que participéis en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo. Bienaventurados vosotros si por el nombre de Cristo sois ultrajados, porque el espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros* (1Pe 4, 13-14);

- *bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros* (Mt 5, 11-12).

EL DESEO DE LOS SANTOS

La cruz es el deseo de los santos:

- «No está bien que el Amor esté crucificado y que el Amado no se crucifique con el Amor»;

- «Si la cabeza está coronada de espinas, ¿lo serán de rosas los miembros? Si la cabeza está escarnecida y cubierto de lodo el camino del Calvario ¿querrán los miembros vivir perfumados en un trono de gloria?»;[12]

- «Padecer y ser despreciado por vos»;[13]

- «Padecer o morir»;[14]

- «Las horas que paso sin padecer me parecen horas perdidas, sólo el dolor hace más soportable mi vida» (Santa Margarita María de Alacoque);

- «No morir sino padecer» (Santa María Magdalena de Pazzi);

[12] SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONFORT, *Carta circular a los amigos de la cruz*, n. 27.

[13] Ms. 12738 fol. 615: *Decl. de Francisco de Yepes*; cit. CRISÓGONO DE JESÚS, *Vida y Obras de San Juan de la Cruz* (Madrid 1978) 290.

[14] *Libro de la Vida*, 40, 20; cit. SANTA TERESA, *Obras completas* (Madrid 1967) 188.

- «Los que gustan de la cruz de Cristo Nuestro Señor descansan viviendo en estos trabajos, y mueren cuando de ellos huyen o se hallan fuera de ellos»;[15]

- «Por la misericordia de mi amado Dios, no deseo saber otra cosa, ni gustar ninguna consolación fuera de ser crucificado con Jesús» (San Pablo de la Cruz);

- «Los que están poseídos de la pasión por la honra de Cristo y tienen hambre de la salvación de las almas se apresuran a sentarse a la mesa de la santa cruz» (Santa Catalina de Siena);

- «Quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y deseo más ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo»;[16]

- «Ni Jesús sin la cruz, ni la cruz sin Jesús»;[17]

- «Inmolemos cada día nuestra persona y toda nuestra actividad, imitemos la Pasión de Cristo con nuestros propios padecimientos, honremos su sangre con nuestra propia sangre, subamos con denuedo a la cruz» (San Gregorio Nacianceno);

- «El sufrimiento no me es desconocido. En él encuentro mi alegría, pues en la cruz se encuentra Jesús y Él es amor. ¿Y qué importa sufrir cuando se ama?»... «¿Qué es el sacrificio, qué es la cruz sino el cielo cuando en ella está Jesucristo?» (Santa Teresa de los Andes);

- «La vida es un Calvario. Conviene subirlo alegremente... La cruz es la bandera de los elegidos. No nos separemos de ella y cantaremos victoria en toda batalla»;[18]

- «Yo quiero padecer y padecer mucho por Ti».[19]

[15] SAN FRANCISCO JAVIER, *Carta del 20 de septiembre de 1542*, Documento 15, n. 15. *Cartas y escritos de San Francisco Javier* (Madrid 1979) 91.

[16] SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* [167].

[17] SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *El amor de la Sabiduría Eterna*, XIV, 1.

[18] BEATO PÍO DE PIETRELCINA, *Consejos. Exhortaciones* (Miami) 10.

[19] SANTA GEMMA GALGANI, *Autobiografía*, 237; cit. en CORNELIO FABRO, *Santa Gemma Galgani* (Deusto-Bilbao 1997) 105.

Para mí, si alguien que se quiere consagrar a Dios no encuentra amor ni alegría en el estudio árido, en la disciplina austera, en la pobreza que aguijonea, en el arduo apostolado y en la difícil misión, no ama la cruz de Cristo y probablemente no tenga vocación.

Si esto no llegase a ser así, aunque pienso que es así, igual siempre será una gracia abrazarse a la cruz de Cristo, ser intrépido en la defensa de la verdad y de la fe, y tener caridad ardiente. Para nosotros las vocaciones siempre son una gracia de Dios, inmerecida por nosotros, ya que Él *hace gracia a quien quiere hacer gracia y tiene misericordia de quien quiere tener misericordia... no está en que uno quiera ni en que uno corra*, *sino en que Dios tenga misericordia* (Ro 9, 15-16).[20] Que *si es por gracia*, *ya no es por obras*; *que si no*, *la gracia ya no resulta gracia* (Ro 11, 6). Por eso, con toda la humildad de nuestro corazón rezamos por las vocaciones que Dios quiera enviar a todos los buenos seminarios y noviciados del mundo, ya que si hubiese algo más eficaz por las vocaciones Él lo hubiese enseñado, pero no lo hizo. Por el contrario, enseñó: *Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies* (Mt 9, 38).

Por último, quiero dar el testimonio de que las vocaciones que Dios nos da, nos las da por medio de la Virgen de Luján, por medio de la Inmaculada.

[20] Cfr. Ex 33, 19.

2

La perseverancia

Quiero tratar acerca de un tema candente, incesante y permanentemente candente: *la perseverancia*. Y voy a encuadrarlo dentro del gran marco de la gratuidad de lo sobrenatural; aún más, se trata de comprender la necesidad absoluta de la gracia.

No porque tengamos nosotros grandes problemas con la perseverancia. Por gracia de Dios, tenemos muy alto índice de perseverancia. Aunque más vale prevenir que curar.

Quiero tratar de manera especial este tema porque debemos reconocer que la perseverancia es gracia de Dios, para no usurpar su honor y su gloria. Es un punto de nuestra fe que hay que tener muy claro hoy día, en contra de las actuales tendencias pelagianas y semipelagianas, que ponen la primacía en el obrar del hombre y no en la gracia. Debemos aprender a defendernos frente a la invasión de paganismo que nos asedia y evitar, de hecho, el vivir como paganos.

Dividiremos el sermón en dos puntos:

1. Impotencia humana.
2. La gracia de las gracias.

1. Impotencia humana

El fin al cual Dios llama al hombre -la vida eterna- de tal manera supera el poder alcanzarlo con sus solas fuerzas, que es im-

posible realizarlo sin la gracia de Dios. Asimismo todo lo que se ordena a ese fin, es superior a nuestras fuerzas.

Todo ese orden sobrenatural es gratuito, no es exigido por la naturaleza. Ese orden se eleva por encima del ser, de las fuerzas y de todas las exigencias de la naturaleza creada.

- Es un don de Dios que el hombre pueda acceder al orden sobrenatural antes de la justificación y permanecer en él después de la justificación.
- Es un don de Dios que el hombre pueda obrar el bien.
- Es un don de Dios que el hombre pueda evitar el mal y el pecado.
- Es un don de Dios que el hombre pueda seguir obrando el bien y evitando el mal.
- Es un don de Dios que el hombre pueda perseverar hasta el fin.

Por tanto:

¿Es posible que el hombre con sus solas fuerzas pueda conocer la verdad sobrenatural? NO.

¿Es posible que el hombre con sus solas fuerzas pueda querer y obrar todo el bien natural? NO.

¿Es posible que el hombre con sus solas fuerzas ame a Dios por sobre todas las cosas? NO.

¿Es posible que el hombre con sus solas fuerzas cumpla los diez mandamientos? NO.

¿Es posible que el hombre con sus solas fuerzas merezca la vida eterna? NO.

¿Es posible que el hombre con sus solas fuerzas se disponga para recibir la gracia? NO.

¿Es posible que el hombre con sus solas fuerzas se levante del pecado? NO.

¿Es posible que el hombre con sus solas fuerzas evite, en el futuro, el pecado? NO.

¿Es posible que el hombre que vive en gracia, con sus solas fuerzas, obre el bien y evite el mal? NO.

¿Es posible que el hombre por sus solas fuerzas persevere hasta el fin? NO.

Ahora bien, ¿qué cosas nos pueden dar la perseverancia?

No dan la perseverancia las Constituciones, ni los Directorios y Reglamentos.

No dan la perseverancia los superiores santos.

No dan la perseverancia los iguales virtuosos.

No dan la perseverancia los súbditos dóciles.

No dan la perseverancia los destinos que creemos mejores.

No dan la perseverancia el tener doctrina ortodoxa.

No da la perseverancia nuestra ortopraxis.

No dan la perseverancia nuestras luchas contra el pecado y las tentaciones.

No da la perseverancia el vivir en una cristiandad floreciente.

No da nuestra perseverancia el estar rodeado sólo de gente buena.

No dan la perseverancia nuestras virtudes, naturales y sobrenaturales.

No da la perseverancia el ser devoto de todas las devociones.

Uno puede ser confesor de la fe, y sin embargo no perseverar.

Uno puede ser fundador, doctor, exitoso escritor, seminarista, novicia, hermana, párroco, obispo o papa, y no perseverar.

Uno puede ser un gran misionero, y no perseverar.

Uno puede haber tenido apariciones de la Virgen, y no perseverar.

Uno puede haber sido uno de los Doce, y no perseverar.

Uno puede haber tenido éxtasis, levitación, bilocación, y no perseverar.

Uno puede tener grandes milagros, y no perseverar.

Uno puede ser un gran predicador que convirtió muchas almas, y no perseverar.

Por eso, es clara la enseñanza del Salvador: *Sin mí*, *nada podéis hacer* (Jn 15, 5).

El hombre necesita de la gracia de Dios:

- para conocer la verdad,
- para amar a Dios sobre todo,
- para cumplir su ley,
- para recibir el premio del Cielo,
- para prepararse a recibir la misma gracia,
- para salir del pecado,
- para no caer en el pecado.

Después de la justificación, el hombre necesita de la gracia de Dios para querer y obrar el bien, y ***para perseverar.***

«Sine me nihil!»: *Sin mí*, *nada podéis hacer* (Jn 15, 5).

2. La gracia de las gracias

Habla el Apóstol de *la perseverancia de Cristo* (2Te 3, 5). Esto parece referirse, según Santo Tomás, a «la tolerancia de males por Cristo o a ejemplo de Cristo».[1]

También podría referirse a la perseverancia que da Cristo. Nos referimos a la perseverancia perfecta o final que exige *un auxilio especial de Dios*, que no es otra cosa que una moción de Dios que:

- conserva la gracia
- la preserva de todos los peligros y tentaciones.

a. ¿Qué es la perseverancia final?

La gracia de la perseverancia final es la unión del estado de gracia con la muerte (este es el elemento *formal* de la perseverancia).

b. ¿De qué es efecto la perseverancia?

La perseverancia final es efecto propio y exclusivo de la divina predestinación, por la que *ciertísimamente* se salvan todos cuantos se salvan. La predestinación es una *especialísima* providencia de Dios sobre todos y solos los predestinados, que nace de aquel especialísimo amor de predilección por el que elige a los predestinados. Luego, es evidente que la perseverancia final es efecto de una gracia especialísima de Dios que consiste, a veces en un auxilio actual y especialísimo; y otras veces en una singularísima protección externa de Dios, en orden a que coincidan el estado de gracia con el momento de la muerte.

[1] Cfr. *Comentario a la II Epístola de San Pablo a los Tesalonicenses* (México 1977) 116.

C. ¿CUÁL ES EL FUNDAMENTO DE ESTA DOCTRINA?

La Sagrada Escritura, en el Antiguo Testamento, nos ofrece este fundamento: *Fue arrebatado porque la maldad no pervirtiese su inteligencia... pues su alma era grata a Dios; por eso se dio prisa a sacarle de en medio de la maldad* (Sb 4, 11.14).

En el Nuevo Testamento, el fundamento son las palabras de Nuestro Señor, cuando nos exhorta a orar y velar:

Velad, porque no sabéis en qué día vendrá vuestro Señor (Mt 24, 42).

Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora (Mt 25, 13).

El Magisterio de la Iglesia enseñó esta doctrina en el II Concilio de Orange: «Los santos y justos deben siempre implorar el auxilio de Dios a fin de que *puedan llegar al buen fin y perseverar en el bien obrar*».[2]

El Concilio de Trento va a enseñar que es «el gran don»,[3] «que sólo Dios puede conceder»,[4] y es de fe divina definida que «si alguno dijere que *el justificado puede sin especial auxilio de Dios perseverar en la justicia recibida o que con este auxilio no puede, sea anatema*».[5]

D. ¿PUEDE SER MERECIDA LA PERSEVERANCIA FINAL?

La perseverancia *no puede ser merecida* ni de condigno ni de congruo propiamente dicho.

El que esté de pie cuide de no caer (1Cor 10, 12).

Nada me arguye la conciencia, más no por eso me creo justificado, quien me juzga es el Señor (1Cor 4, 4).

[2] DS 380.
[3] *Ibidem*, 1566.
[4] *Ibidem*, 1541.
[5] *Ibidem*, 1572.

Nadie sabe si es objeto de amor o de odio. Dios es libérrimo según aquello de *amé a Jacob y odié a Esaú* (Ro 9, 13; Ml 1, 2). *Dios dijo a a Moisés*: «*Tendré misericordia de quien Yo quiera tener misericordia*, *y me apiadaré de quien Yo quiera apiadarme*». *Así que no es obra del que quiere*, *ni del que corre*, *sino de Dios que tiene misericordia. Porque la Escritura dice al Faraón*: «*Para esto mismo Yo te levanté*, *para ostentar en ti mi poder y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra*». *De modo que de quien Él quiere*, *tiene misericordia*; *y a quien quiere*, *le endurece* (Ro 9, 15-18). Por eso mismo, *con temor y temblor trabajad por vuestra salud. Pues Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito* (Flp 2, 12-13).

En definitiva, esto nos muestra que tanto el comienzo como el término de la buena obra viene de Dios: *Tengo la firme confianza de que Aquel que en vosotros comenzó la buena obra*, *la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús* (Flp 1, 6).

Por estas razones, el Concilio de Trento al respecto enseña claramente tres cosas:

1ro. La perseverancia final depende única y exclusivamente de Dios, con la que el hombre debe cooperar.

2do. Es el don por antonomasia: *magnum donum*.[6]

3ro. No se enumera entre los objetos de mérito del justo, más bien siempre se añade «sí, con tal que muera en gracia».[7]

E. LA PERSEVERANCIA, ¿PUEDE PEDIRSE?

Sí, puede ser humildemente impetrada de Dios para uno mismo o para los demás, pero no de modo infalible. El II Concilio de Orange dice que «la ayuda de Dios ha de ser implorada por todos

[6] *Ibidem*, 1566.
[7] Cfr. DS 1545; 1582.

los justificados para poder perseverar en el bien y llegar al puerto de la salvación».[8]

No es infalible porque una de las condiciones que exige la oración para ser infalible es la perseverancia en el orar.

La perseverancia debe ser principio de la oración perseverante y no término u objeto obtenido por ella.

La perseverancia es, en definitiva, una gracia de Dios. Sin esa gracia especial no se alcanzan las dos condiciones necesarias para la perseverancia final: poder evitar todos los pecados mortales y permanecer *invariablemente* en el bien.

De ahí que sea de todo punto necesario un auxilio divino especial que dirija y proteja al hombre contra las tentaciones.

Por tanto, el *perseverar* no proviene de nuestras fuerzas, simpatía, cualidades, sino *don de Dios* que hay que pedir insistentemente.

Lo mismo se diga de la gracia de la perseverancia en la vocación, para lo cual siempre debemos tener presente la advertencia de San Alfonso María de Ligorio: «¿Qué hace falta para perder la vocación? ¡Nada...!».[9]

Además, así como análogamente vale esta doctrina acerca de la perseverancia final para la perseverancia en la vocación consagrada, así análogamente vale para que toda Congregación religiosa persevere en el buen espíritu y no degenere en relajación. Siempre hay que rezar mucho impetrando de Dios la gracia de la perseverancia en el bien, en la fe, en la caridad, en la vocación, en el final, para cada uno de nosotros, para nuestros hermanos en religión,

[8] Cfr. DS 380.

[9] cit. por SAN JUAN BOSCO, *Obras fundamentales* (Madrid 1974) 647-648. El tema de la perseverancia en la vocación está tratado en nuestro *Directorio de Vocaciones*, cap. 5, nn. 65-78 y en el sermón *Más acerca de la Vocación*, Ave María n. 25, 1-9; esto mismo está adaptado en *Jóvenes hacia el Tercer Milenio*, cap. IV, 7, pp. 191-201.

para los hermanos en la fe, para todos los hombres y mujeres de buena voluntad, porque siempre será verdad que hay NECESIDAD de pedir el don de la perseverancia, «pues -dice Santo Tomás- se da a muchos la gracia a los cuales no se concede perseverar en ella».[10]

F. ¿HAY SEÑALES DE QUE UNO PERSEVERARÁ?

Los teólogos señalan algunas conjeturas por las cuales podemos alimentar una esperanza muy firme y fundada de obtener de Dios el gran don de la perseverancia final. Estas *señales de predestinación* son las siguientes:[11]

1º Vivir habitualmente en gracia de Dios.
2º Espíritu de oración.
3º Una verdadera humildad.
4º Paciencia cristiana en la adversidad.
5º El ejercicio de la caridad para con el prójimo y de las obras de misericordia.
6º Un amor sincero y entrañable hacia Cristo, Redentor de la humanidad.
7º La devoción a María.
8º Un gran amor a la Iglesia, dispensadora de la gracia y de la verdad.

Estas son las principales señales, y, naturalmente, cuantas más se reúnan en un alma, mayor fuerza tendrán; por lo cual, quien reconociera todas ellas en su espíritu podría tener la esperanza firme del auxilio divino y la perseverancia en el momento final de su vida. De aquí que nada deberíamos procurar con tanto empeño como llegar a adquirirlas todas.

[10] *S. Th.* I-II, 109, 10.
[11] Cfr. ANTONIO ROYO MARÍN, *Teología de la salvación* (Madrid 1965) 114-117.

A quien hace lo que tiene que hacer, Dios no le niega su gracia. Por eso, cumpliendo con nuestro deber, debemos abandonarnos totalmente en los brazos amorosísimos de nuestro Padre celestial, el Buen Dios.

3

Ladrones de vocaciones

Algún lector desprevenido se asombrará de este título, ya que evocará en su espíritu una célebre película italiana de hace algunas décadas. Puede ser que, incluso, el asombro aumente al considerar que el latrocinio no se refiere a bienes materiales, como las bicicletas, sino a bienes espirituales, como las vocaciones. Aún más puede crecer la sorpresa si uno cae en la cuenta de que se trata de vocaciones a la vida consagrada, o sea, de dones sobrenaturales como son las vocaciones sacerdotales, diaconales, religiosas, misioneras o a la secularidad consagrada.

Tal vez a alguno le parecerá esta una idea tan disparatada que sospechará que estoy inventando este delirio, porque considera que no puede haber en la Iglesia nadie que afirme semejante barbaridad. Por eso pruebas al canto: en una carta de fecha 11 de setiembre de 1980, dirigida al suscripto, se me acusaba «de substraer positivamente vocaciones». «Substraer», según una acepción del Diccionario de la Real Academia es «hurtar, robar fraudulentamente». Fácilmente podríamos traer más pruebas, pero por razón de espacio las obviamos, que «para muestra basta un botón».

Consta por la Sagrada Escritura la vocación de Abraham,[1] Moisés,[2] Josué,[3] Samuel,[4] David,[5] Jeremías,[6] Isaías,[7] Oseas,[8] los

[1] Cfr. Gn 12, 1.

Doce,[9] los primeros discípulos,[10] de Leví-Mateo,[11] del joven rico,[12] de Pablo,[13] de María, de Jesucristo, etc. De hecho la Iglesia enseña que hay dos elementos esenciales en toda vocación a la vida consagrada: Primero, el llamado de Dios, y, segundo, la admisión o llamado de la Iglesia. A estos dos elementos hay que añadir la idoneidad, que es efecto del llamado divino, y condición previa del llamado eclesial. La idoneidad implica el orden intelectual, físico y psíquico, y moral (en especial, la recta intención) de los candidatos.[14]

El llamado de Dios es el fundamento mismo de la vocación. Es Dios quien elige a una persona determinada a un particular estado de vida y le da las gracias necesarias para ingresar, santificarse y perseverar en él. Es únicamente Dios el que llama, de modo que toda vocación nace de la libérrima y gratuita iniciativa del amor de Dios, cualesquiera sean los medios (o instrumentos) de los que se sirva. Sólo y únicamente llama Dios: a quien quiere, como quiere, cuando quiere, donde quiere, con los medios que quiere y para lo que quiere. Es Él el que elige, con elección eterna, sin que antecediera mérito alguno de nuestra parte, antes de que naciéramos, más aún, antes de la creación del mundo.[15] Jesucristo enseñó explícitamente esta verdad: *No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto...* (Jn

[2] Cfr. Ex 3, 4ss.
[3] Cfr. Nm 27, 18-20; Dt 31, 8. 23.
[4] Cfr. 1Sam 3, 10.
[5] Cfr. 1Sam 16, 1-13.
[6] Cfr. Jr 19, 1-3; 11, 18-20; 16, 1-5.
[7] Cfr. Is 6, 8.
[8] Cfr. Os 3, 1.
[9] Cfr. Mc 3, 13-19: «hizo doce».
[10] Cfr. Mc 1, 16-20; Mt 4, 18-22; Lc 5, 1 -11; Jn 1, 35-51.
[11] Cfr. Mt 9, 9.
[12] Cfr. Mc 10, 21.
[13] Cfr. He 9, 4-10.
[14] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la formación sacerdotal* «*Optatam Totius*», 2; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 11.
[15] Cfr. Jer 1, 5; Is 49, 1; Ga 1, 15-16; etc.

16, 16) y cuando elige a los doce: *Subió a un monte y llamando a los que quiso vinieron a Él*... (Mc 3, 13). Llamado que perdura aun después de nuestros numerosos pecados, *pues los dones y la vocación de Dios son irrevocables* (Ro 11, 29), *si le fuéramos infieles*, *Él permanece fiel*, *que no puede negarse a sí mismo* (2Tim 2, 13). Así como ocurrió durante la vida terrena de nuestro Señor, así sigue ocurriendo durante su vida gloriosa en todo el arco de los siglos desde la Ascensión a su Segunda Venida.

No se diga que esto sólo vale en el caso de ser llamados directamente por la voz del Señor, ya que las palabras del Señor contenidas en la Biblia las debemos recibir como si las oyésemos de los mismos labios de Cristo. Pero hay aún otro modo de expresión del Señor que precede a toda palabra externa y son «las voces interiores con que el Espíritu Santo mueve el alma... el impulso de la gracia... la inspiración interior... ».[16] De tal modo que si el diablo sugiriera a alguien seguir la vocación, «...tal sugestión no tiene eficacia alguna si no es atraído interiormente por Dios... sea quien fuese el que sugiere el propósito de entrar en esta religión, siempre este propósito viene de Dios».[17]

Siendo las vocaciones obra exclusiva y maravillosa de Dios no hay sobre la faz de la tierra hombre alguno que la pueda imitar, o remedar, o inventar. Ningún hombre puede dar la vocación a otro, ni siquiera un sacerdote, un obispo o el mismo Papa. No hay técnica psicológica, ni grupal, ni retiro o ejercicio espiritual, ni predicador por elocuente que sea, ni lavado de cerebro, ni las mayores promesas temporales, que haga que un joven o una joven se decidan a algo tan sobrenatural, como es seguir el llamado vocacional, que excede las fuerzas de toda naturaleza humana, sin que exista el llamamiento divino. Nadie puede falsificar simulan-

[16] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión* (Buenos Aires 1946) 83.

do, por mucho tiempo, un llamado de Dios inexistente. Nadie puede hacer que quien no tenga un llamado de Dios, lo vaya a adquirir por obra humana.

Si las vocaciones son una gran obra de arte de Dios y es imposible falsificarla con éxito, ¿cómo se hace para «robárselas» a Dios? Esto es un absurdo.

Quien tal supone imagina a Dios como si no fuera Dios (por ser impotente contra los ladrones, o ignorante de sus habilidades, o malo por no impedirles sus malas artes), o a los «ladrones» más sabios que Dios, o sea, que pueden burlarse de Él y ser más sagaces que Él.

¿Cómo se puede «robar» una gracia del Espíritu Santo? Esto no lo puede hacer ni siquiera Alexander Monday, el personaje de «Ladrón sin destino».

¿Cómo se puede sustraer una «inspiración interior» que no sólo llama, sino que además envía? Y si «sustraer» es falsificar, ¿cuánto tiempo vivirá la virginidad «por el Reino de los Cielos» un joven sin vocación?

Si se pueden «robar» es porque estiman que las vocaciones son «de la Diócesis», o sea, de ellos.

Ahora bien, ¿quién les dio el derecho de propiedad sobre las vocaciones que son de Dios? Si las ovejas y los corderos no son de ningún sacerdote, ni obispo, ni diócesis, ni del mismísimo Papa, sino de Jesucristo, según Él le enseñó al mismo Pedro, Primer Papa: *Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas... Apacienta mis ovejas* (Jn 21, 15.16.17), si las ovejas y corderos son de Cristo, ¡cuánto más lo serán las vocaciones!

[17] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión* (Buenos Aires 1946) 96.

Pero si las vocaciones son de ellos y no de Dios, ¿por qué se las dejan robar?, ¿por qué no las cuidan?, ¿por qué no las atraen? No sería más realista preguntarse: ¿por qué van con otros a lugares lejanos, sin seguridades -según se apresuran a asegurarles- a donde todo es precario y todos somos peores que Frankestein, Drácula, Stalin e Hitler y se alejan de ellos, donde todo es seguridad, certeza, benevolencia y apertura?

Parece que algunos eclesiásticos se consideran la hipóstasis misma del Espíritu Santo, dueños de las vocaciones, que saben cuántas deben ser, cuáles son y dónde deben ir. Parecen estar convencidos que pueden ir, impunemente, contra la naturaleza de las cosas, que son creadores del ser y de la verdad de la realidad, consecuencia esta de la filosofía moderna, inmanentista, subjetivista, relativista, nominalista, voluntarista y sofista, que parece reinar en sus cabezas. Y, de ahí, los fracasos pastorales clamorosos en que caen, comenzando por la falta de vocaciones.

Y si son «de ellos», ¿por qué no pueden ser de nosotros? ¿Será por razón del domicilio que figura en el D.N.I.? Pero, acaso, ¿no preceptúa el canon 1016 del Código de Derecho Canónico que es obispo propio del diácono «el de la diócesis en la que tiene domicilio de ordenado, o el de la diócesis a la cual ha decidido dedicarse»? Esto que vale para los candidatos al clero diocesano, vale con mayor razón para las vocaciones al clero religioso, como lo muestra la experiencia de casi 20 siglos.

Alguno se preguntará, ¿por qué hay eclesiásticos que afirman que otros «sustraen» vocaciones? La intención de los tales la excuso, porque sólo es de Dios el juzgarla; pero la acción la acuso porque no es lícito callarse cuando está en juego el honor de Dios, según aquello atribuido a San Juan Crisóstomo: «Es laudable ser

paciente en las injurias propias, pero soportar demasiado pacientemente las injurias a Dios es impío».[18]

Quien crea que se pueden «sustraer» vocaciones ciertamente cree que se lo puede manipular a Dios y le quita la gloria que sólo a Él le corresponde por esa maravilla de las maravillas que es la manera multiforme, pero siempre grandiosa y mística, con que Dios toca al hombre. Y Dios nos da todo -existencia, su Hijo, la gracia, la vida eterna, etc.-; mas el honor ha de ser todo para Él: *...no doy mi gloria a ningún otro...* (Is 42, 8; 48, 11). De ahí que el pueblo elegido cantaba: *No a nosotros*, *Señor*, *no a nosotros*, *sino a tu nombre da la gloria...* (Sl 115, 1).

Con esa creencia no sólo se menoscaba la majestad de Dios, sino que, también se desprecia la dignidad de los hombres, y por partida doble; por un lado, los que trabajan por las vocaciones harían mal, pues roban cosas sagradas, violentando conciencias, inventando quereres de Dios donde no los hay, escamoteando y remedando la voluntad de Dios, lo cual los hace seres indignos y miserables; y, por otro lado, a los candidatos a quienes se supone ingenuos, estúpidos, coaccionados o privados de libertad, ya que se los engaña con artimañas, se les lavaría el cerebro, se los atemorizaría con los castigos eternos si no siguiesen la vocación que les inventa -sacándola de la manga- el sacerdote inescrupuloso, etc. El hecho de que algún padre o madre gallináceos obligasen a su hijo a seguir la vocación, o sacerdote, o incluso Obispo, -como aquel que dijo a un diácono: «Si no la tenés, yo te la doy»-, demuestra justamente que no se puede «inventar» una vocación. El filósofo español Xavier Zubiri demostró que estaba coaccionado por su madre cuando lo ordenaron, y la Iglesia declaró nula la ordenación; y el diácono a quien le «dieron» la vocación no perseveró ni un año.

[18] *Opus Imperf. in Matth.*, 5, 4, 10; PG. 56, 668.

Análogamente a la mentalidad contraceptiva, las actitudes contra-vocacionales ponen de manifiesto una lógica y una raíz.

«La lógica anti-vida». Es la actitud de los estériles de todos los tiempos. De las dos mujeres que se presentan a Salomón reclamando un hijo, sólo la verdadera madre quiere la vida del hijo: *Dale a esa el niño*, *pero vivo*; *que no le maten*. Mientras la otra decía: *Ni para mí ni para ti*: *que lo partan* (1Re 3, 26). Estos no tienen vocaciones y no quieren que nosotros las tengamos, por eso hace tiempo que traman nuestra liquidación. Pero como Jesucristo es *más que Salomón* (Mt 12, 42), cada vez tenemos más vocaciones y cada vez les resulta más difícil partirnos por el medio. Parafraseando a San Pedro les decimos a los que no nos quieren: ¿Por qué os admiráis de esto, o por qué nos miráis a nosotros, como si por nuestro poder o nuestra piedad tengamos tantas vocaciones?[19]

«¿Cuál es la raíz? Es la rebelión contra Dios... es el no reconocimiento de Dios como Dios... ».[20]

De hecho, si alguien cree que las vocaciones son obra humana, no reconociendo que es Dios quien elige y envía, no ha de ser muy bendecido con vocaciones, ya que hace caso omiso a la enseñanza del Señor: *Rogad al dueño de la mies para que mande operarios a su mies* (Lc 10, 2). De hecho, «la vida engendra la vida».[21] Una vocación vivida con desgano, no despertará vocaciones. Una religión que se percibe como burocrática, tampoco. Una casa de formación donde no haya selección, donde los superiores no verifiquen la idoneidad de los candidatos, queda desierta. Una pastoral juvenil no entusiasta, nunca será semillero de vocaciones.

[19] Cfr. He 3, 12.

[20] JUAN PABLO II, «Discurso a los participantes del Congreso Internacional para conmemorar el XX aniversario de la "*Humanae Vitae*"», *L'Osservatore Romano* 16 (1988) 251.

[21] JUAN PABLO II, «Homilía en la Misa de inauguración del Congreso Internacional por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 20 (1981) 303.

De hecho, nosotros todavía no hemos gastado ni un peso en propaganda vocacional. Nuestra mejor propaganda son los seminaristas y las religiosas.

Consideramos que van contra los derechos humanos quienes obstaculizan la entrada de los candidatos a la vida religiosa donde ellos estimen que Dios los llama. Si no se comete pecado -según dicen- por no seguir el llamado del Señor, ¿cómo podrá ser pecado el elegir el lugar donde uno quiere ser formado? En la mayoría de los Seminarios los alumnos son de aluvión, es decir, proceden de muy distintos lugares de origen. Exclamaba San Alfonso María de Ligorio, Doctor de la Iglesia: «¡Cuántos entran en el seminario como ángeles y en breve tiempo se truecan en demonios!... Y sépase que de ordinario, en los seminarios abundan los males y los escándalos más de los que saben los obispos, que las más de las veces son los menos enterados».[22]

En fin, sea como sea, quede en claro que nunca fue nuestra intención «sustraer» nada a nadie, y menos que menos vocaciones a Dios. Que nunca desviamos vocaciones, justamente para evitar que Dios deje de bendecirnos con vocaciones. Por su gracia, en mi vida sacerdotal pude descubrir y acompañar muchas vocaciones a la vida consagrada que se encuentran en diócesis y congregaciones muy distintas, incluso fuera del país. Quisiera, para mí y para todos los sacerdotes de nuestra Congregación, que Dios nos diese el don de poder descubrir y orientar tantas vocaciones que podamos llenar todos los buenos seminarios y noviciados del mundo entero.

Hago votos para que se dé testimonio, con fuerza y valentía, de Jesucristo, que *es el mismo ayer, hoy y siempre* (Heb 13, 8), «quien trajo toda novedad trayéndose a sí mismo».[23] Finalmente, el gran

[22] *Obras Ascéticas*, II, 19.
[23] SAN IRENEO, *Adversus Haereses*, IV, 34, 1.

secreto del florecer vocacional es la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, el *único que tiene palabras de vida eterna* (Jn 6, 68).

4

¿QUÉ HAY QUE HACER PARA NO TENER VOCACIONES?

«Anti-homilía» pronunciada por el p. Carlos Miguel Buela,
el domingo IV de Pascua,
XXXVI Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones,
en el Seminario «María, Madre del Verbo Encarnado»[1].

Queridos Padres Rectores...:

Hoy, 4to. Domingo de Pascua, domingo del Buen Pastor, la Iglesia toda reza por las vocaciones. En este día quiero decirles lo que, a mi modo de ver, hay que hacer para no tener vocaciones, es decir, les voy a decir LO QUE NO HAY QUE HACER.

[1] En rigor de verdad es un anti-sermón, porque mi finalidad es mover a los que me escuchan a que NO HAGAN NUNCA lo que voy a decir. Además, como estos son tiempos de peligros y asechanzas, para que no se me interprete mal, y para no herir suspicacias, desde el comienzo declaro que sólo me dirijo a los miembros de nuestros Institutos; no pretendo hacer ningún tiro por elevación, ni referirme a otras instituciones, ni criticarlas. Corresponde que diga la frase cliché: «cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia». Pero aún más. Para evitar cualquier malentendido y evitar efectos no queridos y no buscados, me voy a dirigir solamente a los Rectores de nuestros Seminarios mayores.

1. Acerca de la captación vocacional

Como «la vida engendra la vida»,[2] la manera más eficaz para que no se despierten vocaciones de especial consagración es formar comunidades sin vida, sin ningún entusiasmo, lo cual se logra con una pastoral de mantenimiento, que es lo mismo que la pastoral del «no hagan olas». Sin incisividad, sin actualidad, sin contacto con los seres concretos de carne y hueso, de esta época. En fin, una pastoral nominalista, de escritorio, una pastoral de espera y no de propuesta, una pastoral superficial que no cale hondo, una pastoral no entusiasmante.

Para ello el sacerdote no debe ser padre, no debe ser hermano, ni amigo, ni pastor. Así no trasmitirá vida, ni fraternidad, ni amor de amistad, ni dará la vida por nadie. Lo cual se logra al no tener fe viva, ni esperanza invencible, ni caridad ardiente. Así se vivirá un cristianismo triste, sin grandes ideales, burgués, formalista, exterior. Sin frutos notables.

Ayuda mucho para ahuyentar las vocaciones presentar las dificultades del ministerio sacerdotal y de la vida religiosa como insuperables, no creyendo que la gracia de Dios puede más que todas las dificultades. También ayuda el dar la impresión de que hay que ser digno para poder pensar en una eventual vocación (¡como si hubiese alguien digno!).

2. Acerca de la naturaleza de la vocación

No creer que las vocaciones consagradas son obra de Dios, sino obra de los hombres, obra meramente humana. Este es el punto crucial. De esta manera, rezar para que Dios envíe vocaciones no será lo más importante. A lo más, algunos rezarán como

[2] JUAN PABLO II, «Homilía en la Misa de inauguración del Congreso Internacional por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 20 (1981) 303.

los mesalianos sin poner medios eficaces para alcanzar lo que piden. Se privilegiará la propaganda publicitaria, incluso con mucho mal gusto, algunas poco inteligentes, otras ridículas, otras irreverentes, otras irreales, otras hilarantes. Les ofrezco algunos ejemplos que pueden tener en cuenta:

a) Quizás puedas editar una propaganda vocacional acompañada de viñetas con mensaje «subliminal» como esta: «Si no sabes hablar (figura de un tartamudo); si crees tener poca edad (dibujo de un bebé); si te sientes incapaz (dibujo de un niño que no puede levantar una torre con sus cubos); si te sentís débil (dibujo de un debilucho tirado en el piso); atado; confundido; poco importante (dibujo de una persona escondida en un tacho de basura); ¡PERO!, estás en búsqueda, te importan los demás y quieres entregar lo más grande que tienes, ¡VEN Y SÍGUEME! Firmado: Jesús. ¡PIÉNSALO! STOP»;

b) O tal vez, para mayor marketing puedes probar con esta propaganda vocacional de USA: «WE'RE LOOKING FOR A FEW STRONG MEN!» («¡ESTAMOS BUSCANDO HOMBRES FUERTES!»). Sale una foto de un sacerdote vistiendo de *blue jeans*, con gorra roja, camisa escocesa sobre una negra camisa clerical con riguroso *clergyman* -condición necesaria, a pesar del ridículo, para identificar al personaje como sacerdote-, con sus pies en remojo en un fuentón, lo que probablemente quiera indicar su cansancio tras una larga caminata con sus jóvenes campamenteros, que le asedian por arriba, por el costado... uno con una mochila, otro con una caña de pescar, otro jugando con una viborita... Y el sacerdote mirando hacia arriba, resignado, como diciendo: «¡lo que tengo que aguantar!»;

c) O tal vez con esta otra: «DIOS AL TELÉFONO». «¿Qué pasa con tu número cuando Dios te llama? "OCUPADO". Más tarde, Señor... Ahora estoy ocupado. Cuando termine. Tal vez, mañana. "SIN TONO". Fuera de onda. Desconectado. Apático. Frío. Desganado. "EQUIVOCADO". No... No soy yo... -número

equivocado. No insista. Cuelgue por favor. "NO CONTESTAN". Timbre insistente. Silencio. Egoísmo. Sordera para Dios. Rechazo. "COLGARON". Clic! ¡No! Ruptura con Dios. Desamor. Diálogo interrumpido. En cambio, cuando Él te hable, para lo que sea, contéstale: Hola... sí, soy yo. Te escucho. Aquí estoy. Habla Señor. Sí... Sí... como quieras, así sea, con todo gusto. Por Ti, mi Dios, por mi hogar, por mi Patria, por el mundo. Hasta luego... Señor»;

d) Otra propaganda presenta a religiosos vestidos correctamente con sus respectivos hábitos clericales (sotana, baberito, crucifijo, o rosario con los quince misterios...), cuando en realidad algún que otro anciano de tales congregaciones usa todavía el hábito propio, que tanto llaman la atención y tanto agrada su uso entre los fieles, abandonado por los de menos edad, que han preferido a cambio una crucecita en la solapa, ¡cuando mucho...!;

e) Otra: «*More Life than you Ever Imagined*...» («Más vida que la que te hayas imaginado...»). A continuación, una foto realmente inimaginable de cuatro monjas mayores: una tocando una corneta, otra un violín, otra una guitarra, otra una mandolina. Seguidamente, la invitación: «*Is God inviting you to consider the ... life*?» («¿Acaso Dios te invita a que consideres la vida...?»);

f) Y por último, aunque hay muchos ejemplos más, un dibujo de un físico culturista que podría ser Silvester Stallone o un Arnold Schwarzenegger levantando con los brazos extendidos y tensos por encima de la cabeza una barra con enormes pesas en los extremos, con la siguiente inscripción: «La Iglesia necesita de gente valiente y decidida. ¿Piensas tú que Cristo dijo éstas palabras a gente débil? "El Reino de Dios se alcanza a la fuerza y solamente los esforzados entran en él". SI QUIERES ACEPTAR EL DESAFÍO QUE CRISTO TE OFRECE, ESCRÍBENOS O ACÉRCATE A:...».

Una mera propaganda externa, de muy poco sirve, para despertar vocaciones.

Si la vocación no es obra principalmente de Dios, no se han de buscar seguidores exclusivamente de Jesucristo, sino obsecuentes de uno mismo. Pretender que sigan a una mera persona humana es la mejor disposición para que no nos siga nadie. Sólo el seguimiento exclusivo de Jesucristo hace posible que el hombre, varón y mujer, se decida y persevere en una vocación que excede las fuerzas humanas.

Para no tener vocaciones, deben presentar la vida sacerdotal y religiosa color rosa. Todo consolación y resurrección. Toda alegría y comprensión. Todo éxitos, bonanza y facilismo. No decir nunca que es cruz, y después cruz, y por último, cruz, y siempre, cruz. Y que hay que estar dispuestos a crucificarse con Cristo, día a día, minuto a minuto. Y que hay mucho para penar, para dolerse y para llorar porque los sacerdotes son «los ojos de la Iglesia, cuyo oficio es llorar los males todos que vienen al cuerpo».[3]

Para no tener vocaciones, deben coaccionar a los candidatos buscando, indebidamente, convencerlos de que tienen vocación (aún cuando se vea que no tienen idoneidad). Es decir, teniendo por el candidato un interés que se ve que Dios no tiene (porque si no tiene idoneidad es porque Dios no se la dio). Y con melindres, suspicacias y sutilezas no aconsejarle, vivamente, que no entre o que salga, cuanto antes, del Seminario. Esos que claramente no tienen vocación serán ocasión de que muchos otros la pierdan. Y los superiores que no cuiden, tempestivamente, que sólo queden los que tienen vocación probada, al perder la confianza de los buenos en su capacidad de discernir las vocaciones, también se convierten en ocasión de que otros la pierdan. No hay cosa, tal vez, que haga perder más vocaciones en los Seminarios, que los superiores cuando se vuelven «perros mudos».[4]

[3] SAN JUAN DE ÁVILA, *Escritos sacerdotales* (Madrid 1969) 209.
[4] Cfr. Is 56, 10.

Aunque, a decir verdad, la costumbre más extendida es dilatar la entrada, justamente, porque no se cree o se duda de que es Dios el que llama. Cuando llama Dios se requiere una respuesta al estilo de los Apóstoles: *Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron* (Mt 4, 20), y San Pablo: ...*al instante*, *sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre*... (Ga 1, 16). Cuando se pretende que las vocaciones maduren en el mundo, el mundo, generalmente, se traga las vocaciones.

Incluso hay algunos que directamente dicen que un candidato no tiene vocación y no por que hayan comprobado que no hay idoneidad, sino por otras razones subjetivas de ellos. Porque les parece, por pálpito, por corazonada, por no simpatizar con el candidato, o porque creen que tienen el don de la cardiognosis. Si son jóvenes porque son jóvenes; si mayorcitos porque tienen mucha edad. Conocemos el caso de Jean Luc:

- «Vos pensás que tenés vocación porque tu hermano es sacerdote», le dijo un obispo;
- «Pero yo entré primero al Seminario»;
- «¡¿?!... Sé un buen laico».

En la actualidad es el primer sacerdote incardinado en un país de Asia Central.

3. Acerca de la pastoral vocacional

Seguir haciendo esa suerte de reclutamiento o leva masivos, sin discernimiento, o sea, sin hacer selección. O peor aún, tener discernimiento estrábico, es decir, hacer selección, pero al revés, desechando a los buenos y aceptando a los que no tienen *subiecto*. Algunos ponen límites artificiales, como la edad, los oficios, la historia precedente... y multiplican, sin ton ni son, las normas para la admisión, de tal modo se crean, de hecho, impedimentos insalvables. Por ejemplo:

- «NN. dice que no hay que ordenar hasta que el candidato tenga 28 años (El Código de Derecho Canónico pide sólo 25

años), pero yo pienso que tendría que exigirse tener 30 años porque recién allí se puede considerar maduro a un candidato y se puede esperar más en su perseverancia».

- «¿Usted propone hacer lo que hacen los jesuitas?».

- «Eso mismo, ¡hombre!, ¡qué formación tienen!»,

- «Pero, ¡durante el generalato del P. Arrupe dejaron el ministerio más de 12.000 jesuitas ordenados a los 30 años!

- «¡¿?!».

Por ejemplo, algunos dicen que si ya entró algún familiar no hay que dejar entrar a otro porque está influenciado por el primero. No dejan entrar a los primos hermanos, con lo que no tendrían vocación apostólica los Apóstoles Santiago y Juan, primos hermanos del Señor; ni tampoco si son hermanos, con lo que no tendrían vocación apostólica Pedro y Andrés, Santiago y Juan; otros no aceptan a los hijos únicos, con lo que si nuestro Señor hoy pidiese entrar a un Seminario no sería admitido.

O afirmar rotundamente: «Aquí por tres generaciones no habrá vocaciones» (menos mal que no pensó así nuestro Señor, ni los Apóstoles; todavía se estaría por fundar la Iglesia).

Nunca digan -«aquellos, de tal Congregación, son malos», porque les harán una propaganda gratuita y tendrán muchas vocaciones y después tendrán que inventarse excusas para justificar su esterilidad, y dirán: «ambiente cálido»..., «los atraen con música y deporte...», «ahora se los ve bien, pero ¿dentro de 50 años...?», «les lavan el cerebro», «algo raro hacen, donde van tienen vocaciones y nosotros ninguna»...

Lo que voy a decir ahora es infalible para no tener vocaciones: ¡dejar que el Seminario se llene de tipos «alcanzame la polvera»! Cuando lleguen a formar grupo verás como proliferan las murmuraciones, los despechos, los resentimientos, verás un clima de intrigas palaciegas y suspicacias retorcidas, se pincharán con la pestaña todo el día, los verás meneándose acompasadamente y

murmurando de cuanto se les cruce por delante y, entonces: ¡Chau, misión! Y los que se respeten un poco se irán y no tendrás que estar dando de comer a 150 seminaristas hambrientos. En algunos lados se prefiere a los «masculinos, pero no fanáticos (los demasiado delicados)» porque piensan que no les traen problemas y los pueden manejar a gusto, y rechazan a los que tienen personalidad, porque tienen miedo que quieran pasar por encima de su autoridad.

4. Acerca de la formación

Este tal vez sea el *punctum dolens* del tema, como dijera Juan Pablo II: «...es preciso encontrar para estas vocaciones una formación adecuada. Diría que la condición de una verdadera vocación es también una formación justa. Si no la encontramos, las vocaciones no llegan y la Providencia no nos las da».[5]

Tener un equipo de formadores heterogéneo y si son de tendencias contrapuestas, mejor aún, así los seminaristas podrán hacer como suelen hacer los hijos de padres separados, que piden permiso a uno y a otro, hasta obtener lo que quieren. Aunque también se da la postura contraria, una homogeneidad tal que impida toda legítima diversidad, cortando a todos por un mismo molde. La exclusión de las legítimas diferencias, siempre produce marginados, a los que luego fatalmente tendrán que discriminar, y se convierten, finalmente, en excluidos.

Los superiores deben ser distantes: atendiendo a los seminaristas desde detrás del escritorio. Que pongan énfasis en lo meramente exterior y secundario. Que sean mentirosos, de tal manera que nadie les crea y se destruya la convivencia concorde. Que desarrollen en el Seminario un clima policial, de espionaje, de

[5] JUAN PABLO II, «Diálogo con los periodistas en el vuelo Roma-Montevideo», *L'Osservatore Romano* 25 (1988) 443.

delación, de acepción de personas. Que sean avinagrados, de mal humor. Que se les deba rendir pleitesía. Que desconfíen de todos ya que la desconfianza por sistema hace desaparecer las relaciones filiales, fraternas y paternales, propias de un clima de familia. De manera especial, que no vivan la virtud de la eutrapelia, de tal manera que estén todos tensionados, con stress, como quien dice, trepándose las paredes. No alentar el canto y menos el canto con júbilo, o confundir los roles: en la Misa cantos folklóricos, de campamento, o profanos; y en el comedor, polifónicos o gregoriano. Hay una cierta gnosis musical, que ayuda a mezclar las cabezas.

En lo doctrinal: instalar la convicción de que está todo en crisis, que no hay certezas sobre nada, que todo es opinable, que sólo vale la búsqueda, pero siempre que no se encuentre nada, dedicar grandes panegíricos a las ideologías de moda, al último artículo de teología que apareció en la última revista de última. Si alguno cae en el pecado imperdonable de tener alguna certeza, sin más echarlo, porque es un soberbio. La Biblia que sea todo *midrash* y hay que desmitologizarla, o sea, nada de histórico ni de sobrenatural. Nada de metafísica, ni de estética. Sólo sentimientos y el *kitsch*, el mal gusto. Nada de Santo Tomás, aunque es más elegante nombrarlo un poco, dándoles a los jóvenes la impresión de que lo conocen. No hay nada más explosivo que las mezclas gnósticas que producen cabezas gnósticas.

En lo espiritual: trabajar para que no tengan «motor propio», en especial, no dándoles una auténtica espiritualidad sacerdotal, tan sólo, a lo más, un barniz de espiritualidad laical. Nada de los clásicos de la espiritualidad, basta y sobra con algunos de los caracterizados *best-seller* sincretistas de moda. Que no haya recia disciplina, que cada uno elija la hora en que quiere levantarse, si participar o no de la Misa y demás actos de oración. Que los ejercicios espirituales sean compartidos entre todos, sin silencio y sin penitencia.

Borrada la espiritualidad sacerdotal, hay que atosigarlos con toda la problemática temporal, que es directa competencia de los laicos. Que desaparezca de sus vidas el horizonte de lo sobrenatural. Así dejaran de tener motivos válidos para una vocación de especial consagración. Para ello, también sirve mucho jugar con lo sagrado, ridiculizar, ironizar, hacer chistes con las cosas sagradas: Biblia, Tradición, Magisterio, Santos Padres, Doctores, Liturgia, los Santos, la virginidad consagrada... todo lo sagrado hay que hacerlo, dosificadamente, ocasión de burla. Cuando se logre que jueguen con lo sagrado, nada tendrán por sagrado y ni su vocación, ni sus personas, ni sus promesas serán sagradas. Hay que trabajar para que no pierdan el tiempo pensando en la eternidad, en las postrimerías, ya que, como toda verdadera vocación de especial consagración constitutivamente está como entretejida con lo eterno, quitado este, desaparece aquella.

Que no ayuden en concreto a los pobres, porque si no la opción preferencial por ellos deja de ser ideología y vivir en concreto la caridad con los más necesitados les dará un corazón sacerdotal compasivo con las necesidades del prójimo. Y por atender a sus pobres Dios te dará vocaciones y la perseverancia de las mismas.

De manera especial, hay que evitar por todos los medios que se les predique sobre la presencia verdadera, real y sustancial de Jesucristo en la Eucaristía, y particularmente, sobre el hecho de que la Eucaristía es sacrificio. Como el acto principal del sacerdote es el sacrificio,[6] quitándoseles el sacrificio pierde su razón de ser el querer ser sacerdotes (por eso en estos tiempos, la única gran religión monoteísta que tiene sacerdotes es el cristianismo -los católicos y los ortodoxos son los únicos que tienen sacerdocio válido-, mientras que los judíos y los musulmanes no tienen sacerdocio, porque no tienen sacrificio; los rabinos y los muecines sólo

[6] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 22, 4: «...in sacrificio offerendo potissime sacerdotis consistit officium».

tienen oficio magisterial). Si no le tienen una gran devoción a la Eucaristía, no hay manera de que aprendan lo que es la caridad cristiana, ni el peso incalculable de la eternidad,[7] ni la audacia y generosidad requeridas para la aventura misionera del «Ite...».

Enseñarles una pastoral que maltrate a la gente, al pueblo sencillo y fiel, que les hagan sentir la autoridad, que desconfíen de todos diciéndose: «a mí nadie me va a engañar». Que no visiten a las familias de sus apostolados, ni jueguen con los niños y jóvenes. Hay que borrar de sus jóvenes corazones todo pensamiento misionero. Si no quieren a nuestro pueblo, ¿cómo van a querer a otros que, para colmo, hablan otras lenguas?

Enseñarles a tener mucha familiaridad con las chicas, así suelen formarse matrimonios católicos, de los que tenemos más necesidad que de vocaciones consagradas.

Enseñarles que los laicos deben ocupar el lugar de los sacerdotes y que lo hacen con más solvencia. De tal manera que se mezclen los papeles.[8]

Que no sepan cocinar, que no laven su ropa, ni limpien sus habitaciones, que no sean peluqueros, ni mecánicos, ni electricistas, ni cuiden de la chacra, ni trabajen en la imprenta... Y mejor dejarlos los tres meses de vacaciones en su casa. Pero si los obligan a un mes de convivencia, que esta sea aburrida: nada de trepar las altas cumbres y descender a abismos peligrosos, nada de descubrir nuevas picadas, nada de deportes terrestres, náuticos o aéreos como los hacen jóvenes de la misma edad... esas convivencias se convierten en una aburridera fenomenal y sólo será una combinación de mate, cigarrillos, lecturas del autor que esté de

[7] Cfr. 2Cor 4, 17.

[8] No tener en cuenta, por ejemplo, de la CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS y otros Dicasterios, *Instrucción sobre algunas cuestiones relativas a la colaboración de los fieles laicos en el ministerio de los sacerdotes* (15 de agosto de 1997).

moda en el Seminario y faltas de caridad. Clima ideal para obstaculizar las vocaciones.

Y experimentar siempre, todas las cosas, aún las más evidentes. Total, los seminaristas son como los cobayos. En el experimentar cosas nuevas, sobre todo si son utopías, muchos quedarán en el camino.

Finalmente, queridos Padres, para no tener vocaciones, no tienen que hacer caso a los documentos del Concilio Vaticano II que tratan especialmente sobre cómo se debe formar integralmente a los futuros sacerdotes[9] (no se olviden que estoy usando el género oratorio y literario, que podríamos llamar, «antifrástico»). No tienen que hacer caso de los documentos papales de Juan Pablo II al respecto.[10] Para no tener vocaciones, tampoco tienen que hacer caso de los documentos de las Congregaciones Romanas, por ejemplo, a los documentos emitidos por la Congregación para la Educación Católica.[11] Tampoco deben tener en cuenta lo propuesto por los otros dicasterios de la Santa Sede.[12] Para no tener

[9] *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*» (1965); *Decreto sobre la formación sacerdotal* «*Optatam Totius*» (1965).

[10] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal* «*Pastores Dabo Vobis*» (25 de marzo de 1992); *Exhortación apostólica* «*Vita consecrata*» (25 de marzo de 1996); *Carta apostólica* «*Los Caminos del Evangelio*» (29 de junio de 1990).

[11] *Normas básicas de la formación sacerdotal* (la «*Ratio studiorum*») (1970); *La enseñanza de la filosofía en los Seminarios* (1972); *Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal* (1974); *La formación teológica de los futuros sacerdotes* (1976); *La enseñanza del derecho canónico para los aspirantes al sacerdocio* (1977); *Instrucción sobre La formación litúrgica en los Seminarios* (1979); *Carta Circular sobre algunos aspectos más urgentes de la formación espiritual en los Seminarios* (1980); *Orientaciones educativas sobre el amor humano* (1983); *La pastoral de la movilidad humana en la formación de los futuros sacerdotes* (1986); *Orientaciones para el estudio y la enseñanza de la Doctrina social de la Iglesia en la formación sacerdotal* (1986); *Orientaciones sobre la formación de los futuros sacerdotes para el uso de los instrumentos de la comunicación social* (1986); *Orientaciones para el estudio y la enseñanza de la Doctrina social de la Iglesia en la formación sacerdotal* (1988); *La Virgen María en la formación intelectual y espiritual* (1989); *Instrucción sobre El estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal* (1989); *Directrices sobre la preparación de los formadores en los seminarios* (1994).

[12] *Secretariado para la Unión de los Cristianos*, *El ecumenismo en la formación superior* (1970); el más reciente promulgado en conjunto por la CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA Y EL PONTIFICIO CONSEJO PARA LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS; o el documento de la CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *La vocación eclesial del Teólogo*; el *Documento conclusivo del II Congreso Internacional de obispos y otros responsables de las vocaciones*

►

vocaciones, deben hacer caso omiso a las indicaciones de los documentos del C.E.L.A.M.[13]. Y no tienen que hacer caso de los documentos de la Conferencia Episcopal Argentina al respecto.[14]

Cuando hagan todo esto y tengan que cerrar sus Seminarios por quedarse sin seminaristas, mírense ufanos en el espejo y ensayen varias veces en voz alta, para después repetirlo innumerables veces: «Los Seminarios Mayores son un invento del Concilio de Trento y están superados, ¡ya no sirven para nuestra época!».

Que la Santísima Virgen les dé a entender que tienen que hacer, exactamente, lo contrario.

eclesiásticas (1981) y *Diez años después* (Síntesis), (1992); *Potissimus institutionis*, de la CIVCSVA (1990), *Nuevas vocaciones para una nueva Europa* (1998).

[13] III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO; *Documento de Puebla* en los nn. 659-776; IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Santo Domingo*, Conclusiones, nn. 65-93.

[14] *Normas para la formación sacerdotal en los Seminarios de la República Argentina* (1984); *La formación para el sacerdocio ministerial. Plan para los Seminarios de la República Argentina* (1994).

5

Juan Pablo II y las vocaciones

Queremos terminar este capítulo con una selección de textos que manifiestan el pensamiento del Papa Juan Pablo II sobre las vocaciones sacerdotales y religiosas. Y algunas reflexiones que nos inspira, ya que su espléndido magisterio siempre fue para nosotros fuente fecunda en que abrevamos nuestra sed de fidelidad al Señor.

1. Importancia

Debe decirse que el problema de las vocaciones sacerdotales -y también de las religiosas, tanto masculinas como femeninas- es el «problema fundamental»[1] de la Iglesia: «por el que tengo mucho interés de modo muy especial»,[2] «que requiere mayor atención»,[3] «central»,[4] «del futuro»,[5] «vital».[6]

[1] Juan Pablo II, «Homilía en la Misa de inauguración del Congreso Internacional por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 20 (1981) 303.

[2] Juan Pablo II, «Homilía en la Misa de inauguración del Congreso Internacional por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 20 (1981) 303.

[3] Juan Pablo II, «Diálogo con los Obispos en Lima», *L'Osservatore Romano* 23 (1988) 393.

[4] Juan Pablo II, «Diálogo con los Obispos en Lima», *L'Osservatore Romano* 23 (1988) 393.

[5] Juan Pablo II, «Diálogo con los Obispos en Lima», *L'Osservatore Romano* 23 (1988) 393.

[6] Juan Pablo II, «Discurso a la Conferencia Episcopal de Gabón», *L'Osservatore Romano* 11 (1993) 138: «Es un problema vital, que todo cristiano que ame de verdad a la Iglesia debe llevar en su corazón».

«El problema de las vocaciones afecta a la vida misma de la Iglesia».[7]

El tema de las vocaciones «afecta a la Iglesia en una de sus notas fundamentales, que es la de su apostolicidad».[8]

«Escasez de clero quiere decir escasez de aquellos que celebran la Eucaristía».[9]

2. NÚMERO

Es falso creer que no hay vocaciones; muy por el contrario, hay muchas: «la vocación está en germen en la mayoría de los cristianos»;[10] Dios «siembra a manos llenas por la gracia los gérmenes de vocación»;[11] incluso «numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas (germinan) en este primer encuentro con Cristo»[12] (refiriéndose a la Primera Comunión).

3. BÚSQUEDA

Las vocaciones existen, pero hay que buscarlas. «Dios llama a quien quiere por libre iniciativa de su amor. Pero quiere llamar mediante nuestras personas... No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona joven, o menos joven, las llamadas del Señor».[13] «El Señor es siempre el que llama, pero es preciso favorecer la escucha de su llamada y alentar la generosidad

[7] JUAN PABLO II, «Mensaje al Congreso latinoamericano de vocaciones», *L'Osservatore Romano* 21 (1994) 301.

[8] JUAN PABLO II, «Meditación dominical», *L'Osservatore Romano* 17 (1989) 279.

[9] JUAN PABLO II, «Meditación dominical», *L'Osservatore Romano* 17 (1989) 279.

[10] JUAN PABLO II, «Discurso a religiosas en Turín», *L'Osservatore Romano* 12 (1980) 216.

[11] Cfr. JUAN PABLO II, «Mensaje a la XXIX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones», *L'Osservatore Romano* 51 (1991) 744.

[12] JUAN PABLO II, «Alocución a los sacerdotes y religiosos», *L'Osservatore Romano* 25 (1987) 465.

[13] JUAN PABLO II, «Mensaje a la XX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones», *L'Osservatore Romano* 16 (1983) 236.

de la respuesta».[14] Al Padre Alberoni le pareció que Jesucristo le decía: «Tú puedes equivocarte, pero yo no me equivoco. Las vocaciones vienen sólo de mí, no de ti; este es el signo externo de que estoy con (vosotros)». Buscar las vocaciones es, también, proponerlas: «...con pasión y discreción, sed despertadores de vocaciones».[15] Cristo habitualmente «llama a través de nosotros y de nuestra palabra. Por consiguiente, no tengáis miedo a llamar. Introducíos en medio de los jóvenes. Id personalmente al encuentro de ellos y llamad».[16] La pastoral vocacional es la misión de la Iglesia «destinada a cuidar el nacimiento, el discernimiento y el acompañamiento de las vocaciones, en especial de las vocaciones al sacerdocio».[17]

4. Comunidades vivas

«La familia, iglesia doméstica, es el primer campo donde Dios cultiva las vocaciones. Por ello hay que saber que una recta y esmerada pastoral familiar es de por sí vocacional. Hay que formar a los padres en la generosidad para con Dios si llama a alguno de sus hijos, aún más, enseñarles a pedir en favor de la Iglesia para sus hijos tan inestimable don».

«Un criterio... para decir que una parroquia, una comunidad católica, es realmente madura, es que debe tener vocaciones. Con

[14] JUAN PABLO II, «Homilía en la parroquia romana de San José Moscati», *L'Osservatore Romano* 10 (1993) 122. Enseña el CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II *en el decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa* «*Perfectae Caritatis*», 24, que «aún en la predicación ordinaria ha de tratarse con bastante frecuencia del seguimiento de los consejos evangélicos y del estado religioso».

[15] JUAN PABLO II, «Encuentro semanal con los peregrinos», *L'Osservatore Romano* 13 (1983) 182.

[16] JUAN PABLO II, «Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 11 (1979) 539.

[17] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal* «*Pastores Dabo Vobis*» (25 de marzo de 1992) 34. Hizo notar Mons. José Saraiva en su ponencia en el *I° Congreso Latinoamericano de Vocaciones*, celebrado en Itaici Sao Paulo (Brasil) del 23 al 27 de mayo de 1994: «donde, por primera vez, se da una verdadera y propia definición de la pastoral vocacional», *L'Osservatore Romano* 21 (1994) 304.

las vocaciones sacerdotales, y las otras, se mide la madurez de una comunidad, de una parroquia, de una diócesis».[18] «Toda comunidad ha de procurar sus vocaciones, como señal incluso de su vitalidad y madurez. Hay que reactivar una intensa acción pastoral que, partiendo de la vocación cristiana en general, de una pastoral juvenil entusiasta, dé a la Iglesia los servidores que necesita». «Al terminar este encuentro breve, deseo dirigirme idealmente a todos los religiosos y sacerdotes que viven serenamente día a día su vocación, fieles a los compromisos adquiridos, constructores humildes y escondidos del Reino de Dios, de cuyas palabras, comportamiento y vida irradia el gozo luminoso de la opción que hicieron. Son precisamente estos religiosos y sacerdotes, los que con su ejemplo aguijonearán a muchos a acoger en su corazón el carisma de la vocación».[19] «Los institutos religiosos deben mantener un sentido firme y claro de su identidad y misión propias. Un estado continuo de cambio, una incoherencia entre cómo se expresan los valores e ideales, y cómo se viven de hecho, un excesivo ensimismamiento e introspección, un énfasis exagerado en las necesidades de los miembros como opuestas a las necesidades del Pueblo de Dios, frecuentemente son obstáculos fuertes para aquellos que sienten la llamada de Cristo: *ven y sígueme* (Mt 19, 21)».[20]

«Las vocaciones son la comprobación de la vitalidad de la Iglesia. La vida engendra la vida...; son también la condición de la vitalidad de la Iglesia... Estoy convencido de que -a pesar de todas las circunstancias que forman parte de la crisis espiritual existente en toda la civilización contemporánea- el Espíritu Santo no deja

[18] JUAN PABLO II, «Homilía en la Misa de inauguración del Congreso Internacional por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 20 (1981) 303.

[19] JUAN PABLO II, «La promoción de las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 12 (1980) 158.

[20] JUAN PABLO II, «Carta a los Obispos de Estados Unidos», *L'Osservatore Romano* 18 (1989) 302.

de actuar en las almas. Más aún, actúa todavía con mayor intensidad».[21]

5. Formación

Sin buena formación Dios no bendice con abundancia de vocaciones. Hay «que hacer intensos esfuerzos por fomentar las vocaciones y procurar la mejor formación sacerdotal posible en los seminarios. Abundancia de vocaciones y una eficaz formación de los seminaristas: he aquí dos pruebas de la vitalidad de la Iglesia».[22] «Lo que hay que hacer es buscarlas y luego, cosa muy importante, es preciso encontrar para estas vocaciones una formación adecuada. Diría que la condición de una verdadera vocación es también una formación justa. Si no la encontramos, las vocaciones no llegan y la Providencia no nos las da».[23]

Pareciera que algunos no tienen vocaciones por la tentación de laicizar el sacerdocio, o sea, por mala formación. Podemos mirar confiadamente hacia el futuro de las vocaciones, podemos confiar con la eficacia de nuestros esfuerzos que miran a su florecimiento, si alejamos de nosotros de modo consciente y decisivo esa particular «tentación eclesiológica» de nuestros tiempos que, desde diversas partes y con múltiples motivaciones, trata de introducirse en las conciencias y en las actitudes del pueblo cristiano. Quiero aludir a las propuestas que tienden a «laicizar» el ministerio y la vida sacerdotal, a sustituir a los ministros «sacramentales» por otros «ministerios» juzgando que responden mejor a las exigencias pastorales de hoy, y también a privar a la vocación religiosa del carácter de testimonio profético del Reino, orientándola exclusi-

[21] JUAN PABLO II, «Homilía en la Misa de inauguración del Congreso Internacional por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 20 (1981) 303.

[22] JUAN PABLO II, «Homilía en el Seminario Mayor Regional de Seúb», *L'Osservatore Romano* 20 (1984) 310.

[23] JUAN PABLO II, «Diálogo con los periodistas en el vuelo Roma-Montevideo», *L'Osservatore Romano* 25 (1988) 443.

vamente hacia funciones de animacion social o incluso de compromiso directamente político. Esta tentación afecta a la eclesiología, como se expresó lúcidamente el Papa Juan Pablo II: «...en este punto, lo que nos aflige es la suposición, más o menos difundida de ciertas mentalidades, de que se pueda prescindir de la Iglesia tal como es, de su doctrina, de su constitución, de su origen histórico, evangélico y hagiográfico, y que se pueda inventar y crear una nueva Iglesia según determinados esquemas ideológicos y sociológicos, también ellos mutables y no garantizados por exigencias eclesiales intrínsecas. Así vemos a veces cómo los que alteran y debilitan a la Iglesia en este punto no son tanto sus enemigos de fuera, cuanto algunos de sus hijos de dentro, que pretenden ser sus libres fautores».[24]

Pareciera que sigue siendo verdadero lo que nos advierte San Alfonso: «...adviértase que si el seminario está bien dirigido será la santificación de la diócesis, y si no lo estuviere será su ruina... ¡Cuántos jóvenes entran en el seminario como ángeles y en breve tiempo se truecan en demonios!... Y sépase que de ordinario en los seminarios abundan los males y los escándalos más de lo que saben los obispos, que las más de las veces son los menos enterados».[25] Por eso no es de asombrar que los jóvenes prefieran aquellos seminarios donde tienen la seguridad de que los han de formar bien. Quien quiere entregar toda su vida al Señor no está dispuesto, generalmente, a que se la hagan despilfarrar. Muy pocos son los que se entusiasman por dejar el mundo, para encontrar más mundo en el seminario.

En estos tiempos de pocas vocaciones, muchas veces los que no las tienen, consideran que es pecado el tener muchas vocaciones, y atacan despiadadamente a quienes las tienen. Por eso hay

[24] JUAN PABLO II, «Homilía en la Misa de inauguración del Congreso Internacional por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 20 (1981) 303.

[25] *Obras ascéticas*, II (Madrid 1954) 19.

que saber ser santamente decidido en no tolerar nada que las pueda impedir. Para ello hay que estar dispuesto hasta el martirio, si fuere necesario, sabiendo mantener una firmeza inquebrantable para ser fiel a Dios, que es el Autor de toda vocación y el principal interesado en su florecimiento. Dicho de otra manera, no hay que poner impedimentos a la obra de Dios. Si no bendice con abundantes vocaciones, es que estamos poniendo obstáculos a la acción de su gracia. Decía San Juan Crisóstomo: «Hay muchos y hay pocos sacerdotes; muchos de nombre, pero pocos por sus obras»[26] y esta es la razón principal de la escasez de vocaciones sacerdotales.

Y así como Dios es generosísimo en suscitar vocaciones cuando se dan las condiciones adecuadas, así hay que ser generosos en enviar las vocaciones ya florecidas, en sacerdotes y religiosas, a donde sea necesario, teniendo la certeza de que «Dios no se deja ganar en generosidad por nadie», que siempre será verdad que *el que siembra con mezquindad*, *cosechará también con mezquindad*; *el que siembra en abundancia*, *cosechará también en abundancia* (2Cor 9, 6).

El «centro de toda pastoral vocacional»[27] es la oración. «Es el valor primario y esencial en lo que respecta a la vocación».[28] La vocación es don de Dios ofrecido libremente al hombre y «se coloca por su naturaleza en el plano del misterio»;[29] es un misterio de fe y de amor. Por eso enseñó nuestro Señor Jesucristo: *Rogad al dueño de la mies que mande obreros a su mies* (Mt 9, 37 ss; Lc 10, 2).

[26] *Hom. in Mt.*, 43; cit. SAN ALFONSO, *Obras ascéticas*, II (Madrid 1964) 342.

[27] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 38.

[28] *Desarrollos de la pastoral de las vocaciones en las Iglesias particulares*, *Documento conclusivo*, II Congreso internacional de obispos y otros responsables de las vocaciones eclesiásticas.

[29] *Desarrollos de la pastoral de las vocaciones en las Iglesias particulares*, *Documento conclusivo*, II Congreso internacional de obispos y otros responsables de las vocaciones eclesiásticas.

6. No hay nada superior

Cualquier profesión humana lleva a las criaturas, y se ocupa de asuntos terrenos, y sólo indirecta y ocasionalmente conducen a Dios. Pero el oficio sacerdotal tiene como ocupación primordial el conducir a las almas a Dios y a su Iglesia, y de ahí le viene su grandiosidad: «¿Has pensado alguna vez en entregar tu existencia totalmente a Cristo? ¿Crees que puede existir algo más grande que atraer a los hombres y a las mujeres a Cristo?».[30]

7. Amor de Dios

La vocación es amor que sólo puede ser devuelto con amor: «Una vocación religiosa es un don, libremente dado y libremente aceptado. Es una profunda expresión del amor de Dios hacia vosotros, que requiere, de vuestra parte, un amor total hacia Cristo».[31]

Desde toda la eternidad, Dios ama con amor personal al elegido, para que sea su instrumento de salvación: «Cada vocación es parte de un plan divino. Esto significa que en la iniciativa creadora de Dios existe un acto particular de amor para aquellos llamados no solo a la salvación, sino además al ministerio de la salvación».[32]

En fin, cada vocación es un acto irrepetible del amor de Dios: «Cada llamada de Cristo es una historia de amor única e irrepetible».[33]

[30] JUAN PABLO II, «Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 19 (1984) 306.

[31] JUAN PABLO II, «Discurso a los seminaristas y candidatos a la vida religiosa», *L´Osservatore Romano* 40 (1987) 717.

[32] JUAN PABLO II, «Encuentro con los aspirantes al sacerdocio y a la vida religiosa», *L'Osservatore Romano* 29 (1980) 439.

[33] JUAN PABLO II, «Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones», *L'Osservatore Romano* 19 (1984) 306.

Capítulo 5

Lo que el sacerdote debe ser (I)

1

Tres protagonistas

La Iglesia se viste de gala ante una primera Misa: los cirios encendidos en gran número ponen un marco luminoso y crepitante a nuestra asamblea, los solemnes cantos sagrados sacados de lo mejor del rico patrimonio artístico de la Iglesia y acompañados por la música evocadora del órgano la solemnizan, las coloridas flores nos hablan de hermosura y de belleza, las nubes de perfumado incienso que se elevan al cielo ayudan a la oración de todos, el vuelo de nuevas casullas, la solidez hierática de los cálices que se asentarán sobre el altar y que nos hablan de la sangre del Señor..., por sobre todo, rostros jóvenes iluminados por ojos puros e ilusionados; manos que, mientras tengan movimiento, sostendrán el pan y el vino en el momento de la transubstanciación, que bendecirán a recién nacidos, a jóvenes esposos, a moribundos, que darán alimento a los pobres, que secarán las lágrimas de los afligidos, que bautizarán..., manos que al trazar la señal de la cruz sobre nuestras cabezas nos alcanzarán el perdón de los pecados; labios que predicarán la Palabra anunciando en muy distintas lenguas el Evangelio de Jesucristo: árabe, chino, ruso, ucraniano, quechua, portugués, inglés, italiano, español... Pies que se cubrirán con el polvo de miles de arduos caminos que recorrerán por ser fieles a quien dijo: *Id por todo el mundo a predicar el Evangelio* (Mc 16, 15) y así irán por Sudán, Perú, EE.UU., Rusia, Papúa-Nueva Guinea, Brasil, Tadjikistán, Jordania, Tierra Santa, Ucrania, China... a donde la obediencia los envíe.

Sin embargo, no son ellos, ni serán ellos los protagonistas. Nunca serán ellos el personaje principal, ni siquiera en la celebración del augusto sacramento del altar. En rigor, los grandes protagonistas son Tres, de quienes ellos por la ordenación sacerdotal fueron constituidos ministros y servidores, de manera especial en la Santa Misa.

Tres son los grandes Protagonistas de las primeras Misas y de todas las Misas, más aún, Tres serán los grandes Protagonistas que intervendrán y se manifestarán en toda su vida sacerdotal: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo.

Ellos desempeñan la parte principal y deben desempeñar la parte principal en el ejercicio de su sacerdocio.

1. El Hijo hecho carne: Jesucristo

Uno de los Protagonistas principales del sacerdocio católico es Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. De hecho, el misterio del sacerdocio católico sólo se entiende a la luz del misterio del Verbo Encarnado, de Jesucristo.[1]

Y es Jesucristo el Sacerdote principal en la Santa Misa y en los demás sacramentos. Enseña el Concilio Vaticano II siguiendo a San Agustín: «cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza».[2]

¿Por qué es el Sacerdote principal? Porque es Él mismo el que se ofrece en cada Misa. Digo «principal», porque hay otros sacerdotes secundarios en la Misa: todos los fieles cristianos laicos que tienen por el bautismo el sacerdocio común y nosotros, los sacerdotes ministeriales quienes, además del sacerdocio común recibi-

[1] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 22.

[2] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 7.

do por el bautismo, poseemos una configuración especial con Cristo Cabeza y Pastor recibido por el sacramento del Orden. La Misa no sólo es acto de Cristo cabeza, sino que también es acto del Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

También Cristo es la Víctima principal que se inmola. Digo «principal», porque hay otras víctimas que se ofrecen en la Misa: todos los que participan -también el ministro- ofrecen sus sacrificios espirituales. La Misa no sólo es acto de Cristo cabeza, sino que también es acto del Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Es el mismo Cristo que obra a través de sus ministros.

Es el mismo Cristo que se hace físicamente presente bajo las especies de pan y de vino.

Es el mismo Cristo que reitera lo que hizo en la Última Cena y que perpetúa sacramentalmente su Sacrificio del Calvario.

2. El Espíritu Santo

Nos podemos preguntar: ¿cómo es posible que Cristo se encuentre verdadera, real y sustancialmente presente bajo las apariencias de pan y vino? ¿Cómo es posible que «se haga una selección (no se transforman las especies) que indica penetración extraordinaria (se transforma sólo y totalmente la sustancia)».[3] ¿Cómo es posible que se perpetúe el Sacrificio cruento de la cruz de manera incruenta? ¿Cómo seres falibles y pecadores, débiles y capaces de error, pueden obrar, y de hecho obran, *in Persona Christi*?

Es posible la presencia real. Es posible la conversión total de la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, permaneciendo las especies. Es posible que en el altar se renueve

[3] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía* (Buenos Aires 1946) 193.

el sacrificio de la Última Cena y del Calvario. Es posible que nos identifiquemos con Cristo. Todo ello es posible por el poder de otro gran Protagonista de la Misa: ¡el Espíritu Santo!

En efecto, en «la acción sagrada por excelencia»[4] obra el Espíritu Santo. En las oraciones llamadas *epíclesis* (= invocación sobre)[5] se invoca al Espíritu Santo para que por su poder se convierta el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre del Señor, y también se invoca al Espíritu Santo para que quienes tomamos parte de la Eucaristía recibamos sus frutos, siendo un sólo cuerpo y un sólo espíritu,[6] y los fieles se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios.[7]

Más aún, el Espíritu Santo nos va preparando antes y después de la Misa, de modo tal, que cada Misa es única, singular. Por eso no hay lugar para la rutina, ni para el tedio, si el sacerdote es dócil al Espíritu Santo.

3. El Padre

El otro gran Protagonista es Dios Padre celestial. A Él se dirigen las oraciones del sacrificio, a Él se ofrecen la Víctima principal -su Hijo único hecho hombre con su cuerpo entregado y su sangre derramada- y las víctimas secundarias -nosotros- con nuestros sacrificios espirituales. Él es el que acepta o no el sacrificio. Recuerdo dos cuadros de mi Seminario: en uno, Abel sacrificando y el humo del sacrificio subía derecho al cielo, era aceptado por Dios; el otro, el sacrificio de Caín, el humo de su sacrificio no subía al cielo, porque no era aceptado por Dios ya que sus disposiciones interiores eran malas. La aceptación del sacrificio por parte de Dios, es un aspecto muy importante de la consumación

[4] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* «*Sacrosanctum Concilium*», 7.
[5] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1105.
[6] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1353.
[7] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1105.

del sacrificio. Consumar es llevar a término el sacrificio, es cuando el sacrificio alcanza su perfección.

Nos podemos preguntar, ¿acaso la Víctima no es perfecta?, ¿no es el único sacrificio agradable al Padre?, ¿acaso falta algo al sacrificio de Cristo?, ¿puede ser que el Hijo no sea agradable al Padre? No, de ninguna manera. El sacrificio de Jesucristo es agradabilísimo al Padre. Cuando hablamos de que Dios acepte el sacrificio nos referimos a nuestros sacrificios. Nosotros presentamos junto con la Divina Víctima nuestros dones, nuestros sacrificios espirituales, y eso es todo lo que podemos hacer. Lo demás depende de Dios: si quiere hacer descansar indulgente su mirada sobre nuestros dones y aceptarlos, es cosa de su libérrima voluntad. Por eso decimos en la Plegaria Eucarística: «Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel... Te pedimos que esta ofrenda sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo, por manos de tu ángel...».[8]

Enseñaba el sabio Papa Benedicto XIV, citando a San Roberto Belarmino, que en ese lugar no rezamos por la reconciliación de Cristo hacia el Padre, o sea, para que el Padre acepte el sacrificio de Cristo, sino por nuestra debilidad; «aun cuando la oblación consagrada siempre agrada a Dios (tanto) de parte de la cosa que se ofrece, como de parte de Cristo, el oferente principal; sin embargo, puede no agradar de parte del ministro o del pueblo asistente, que al mismo tiempo también ofrecen».[9] Por eso siempre tenemos que esforzarnos por agradar a Dios con nuestras disposiciones interiores, ya que de nada vale alabarlo con los labios si nuestra mente y nuestras disposiciones interiores están lejos de Él, tal como se lamenta nuestro Señor citando al profeta Isaías: *Este*

[8] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística I.*
[9] Cit. por J. JUNGMANN, *El Sacrificio de la Misa* (Madrid 1951) 902, n 5.

pueblo me alaba con sus labios, *pero su corazón está lejos de mí*[10] (Mt 15, 8).

Por eso hemos de rezar por los sacerdotes para que siempre tengan clara conciencia de que los Tres principales Protagonistas de la Misa -y de toda la vida sacerdotal y cristiana- son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Sólo las Tres Divinas Personas nos pueden salvar para que no relativicemos nuestro ministerio sacerdotal. Sólo las Tres Divinas Personas son la «*vacuna*» eficaz para no desbarrar en la desacralización ni en el secularismo que están destruyendo no sólo la vida sacerdotal y religiosa, sino más aún la misma vida cristiana. Sólo las Tres Divinas Personas, con su misterio sobrenatural *quoad substantiam*, son capaces de hacer que siempre seamos *sal de la tierra* (Mt 5, 13) y *luz del mundo* (Mt 5, 14). Sólo las Tres Divinas Personas, con sus misiones, son capaces de enardecer nuestros corazones para que «no seamos esquivos a la aventura misionera».

[10] Cfr. Is. 29, 13.

2

Íconos del Padre

Acerca de Dios enseñan hermosamente los salmos: ¡*Dad gracias a Yahveh*, *porque es bueno*, *porque es eterno su amor*! (136, 1-26; 106, 1; 107, 1; 118, 1s.), estribillo antiguo que aparece muchas veces en la Sagrada Escritura, por ejemplo, en Jr 33, 11; 2Cr 5, 13; 7, 3; 20, 21; Esd 3, 11;[1] 1 Mac 4, 24; Mi 7, 20. En Dn 3, 89: *Dad gracias al Señor*, *porque es bueno*, *porque es eterna su misericordia*... La grandeza de la bondad y del amor de Dios son tales, que lo definen: *Dios es amor* (1Jn 4, 16).

El sacerdote, ícono del Padre, debe ser un reflejo de la bondad y de la misericordia de Dios. Por eso nos llaman: «¡padre!» De modo tal que, como dice Juan Pablo II, para conseguir eficacia pastoral en el ministerio «¡se requiere firmeza de doctrina, pero sobre todo bondad de corazón! Por tanto, revestíos de los mismos sentimientos de Jesús y anunciad a todos lo que escribía el autor de la Carta a los Hebreos: *Acerquémonos*, *pues*, *confiadamente al trono de la gracia a fin de recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno auxilio* (Heb 4, 16)».[2] Un sacerdote con firmeza de doctrina, pero sin que prime la bondad de corazón es un absurdo, un sin sentido, una aberración.

[1] Jds 13, 21 en Vulgata.

[2] JUAN PABLO II, «Discurso a los participantes en el Congreso Nacional Italiano sobre "Misiones al pueblo para los años 80"», *L'Osservatore Romano* 13 (1981) 134.

1. ¡QUÉ BUENO ES DIOS!

Dios es infinitamente bueno, sin mezcla de mal alguno. Es la bondad por esencia. No sólo es bueno en el sentido de poseer plenamente toda perfección sino, además, en el sentido de «benigno», bondadoso, dado que busca eficaz e infatigablemente beneficiar, hacer el bien. Y lo muestra de muchas maneras.

En la creación con su perfección, hermosura y variedad: *Vio Dios cuanto había hecho*, *y todo estaba muy bien* (Gn 1, 31).

En la providencia y en gobierno del mundo: *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen*, *para que seáis hijos de vuestro Padre*, *que está en los cielos*, *que hace salir el sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos* (Mt 5, 45).

En la redención: *Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único*, *para que todo el que crea en Él no perezca*, *sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo*, *sino para que el mundo se salve por Él* (Jn 3, 16-17). *Pues también Cristo*, *para llevarnos a Dios*, *murió una sola vez por los pecados*, *el justo por los injustos...*» (1Pe 3, 18). Su Hijo Único muere en la cruz, derrama su sangre, para salvarnos, reconciliándonos con el Padre, buscando nuestra santificación por la predicación de la Palabra, por los sacramentos, por el sacrificio de la Misa.

Escuchando siempre nuestras oraciones: *Pedid y se os dará*; *buscad y hallaréis*; *llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe*; *el que busca*, *halla*; *y al que llama*, *se le abrirá* (Mt 7, 7-8).

Dios es fiel: *Si algunos de ellos fueron infieles ¿frustrará*, *por ventura*, *su infidelidad la fidelidad de Dios*? ¡*De ningún modo*! (Ro 3, 3-4), *si somos infieles*, *él permanece fiel* (2Tim 2, 13), *...fiel y justo es él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia* (1Jn 1, 9).

Por todo eso: *Dad gracias al Señor*, *porque es bueno*, *porque es eterna su misericordia...* (Dn 3, 89).

2. ¡QUÉ GRANDE ES SU MISERICORDIA!

La misericordia de Dios es sin límites: *Que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios* (Ef 3, 18-19).

Es vencedora: *Ante esto ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él graciosamente todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es quien justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió; más aún el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, y que intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, como dice la Escritura: Por tu causa somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó* (Ro 8, 31-37).

Es libérrima: *Pues dice Él a Moisés: Seré misericordioso con quien lo sea: me apiadaré de quien me apiade. Por tanto, no se trata de querer o de correr, sino de que Dios tenga misericordia. Pues dice la Escritura a Faraón: Te he suscitado precisamente para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea conocido en toda la tierra. Así pues, usa de misericordia con quien quiere, y endurece a quien quiere. Pero me dirás: Entonces ¿de qué se enoja? Pues ¿quién puede resistir a su voluntad?*» (Ro 9, 15-19).

Es la fuente de la misericordia porque es: *Padre de las misericordias y Dios de toda consolación* (2Cor 1, 3). Nos lo enseñó Jesús: *Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso* (Lc 6, 36).

Es alegre: H*abrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión* (Lc 15, 7).

Hace feliz: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (Mt 5, 7).

¡Cuán dulce y tierno es el Padre para sus amadores!

¡Hay que mirar al pesebre...! ¡Hay que mirar a la cruz...! ¡Cuánta misericordia nos tuvo el Señor!

Por todo eso: *Dad gracias al Señor*, *porque es bueno*, *porque es eterna su misericordia*... (Dn 3, 89)

3. Respondamos con bondad

Nunca digan: «nadie me va a tomar por tonto». La misericordia, a veces, exige que uno se deje tomar por tonto. No sean de juicio duro, exigentes sin necesidad, distantes, despreciativos. Seamos receptivos, acogedores, serviciales.

Los sacerdotes debemos ser como «condenados a muerte», como «felpudos», como «escoria», como «estropajos», como «basura», según enseña San Pablo que deben ser los apóstoles de Jesucristo: *Porque pienso que a nosotros*, *los apóstoles*, *Dios nos ha asignado el último lugar*, *como condenados a muerte*, *puestos a modo de espectáculo para el mundo*, *los ángeles y los hombres*. *Nosotros*, *necios por seguir a Cristo*; *vosotros*, *sabios en Cristo*. *Débiles nosotros*; *mas vosotros*, *fuertes*. *Vosotros llenos de gloria*; *mas nosotros*, *despreciados*. *Hasta el presente*, *pasamos hambre*, *sed*, *desnudez*. *Somos abofeteados*, *y andamos errantes*. *Nos fatigamos trabajando con nuestras manos*. *Si nos insultan*, *bendecimos*. *Si nos persiguen*, *lo soportamos*. *Si nos difaman*, *respondemos con bondad*. *Hemos venido a ser*, *hasta ahora*, *como la basura del mundo y el desecho de todos* (1Cor 4, 9-13).

Imitemos al Padre Celestial. Pareciera que la humanidad está loca con tanta mentira, con tanta maldad, con tanta muerte, con tanta violencia, con tanto odio, pero... «el último en vencer será Dios ¡y Dios vencerá con una infinita misericordia! ¡Dios ha vencido siempre así!», como decía Don Orione.[3]

[3] «Carta del 3 de julio de 1936», *Cartas selectas* (Mar del Plata 1952) 138.

Siempre «Demos gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia».

Pidamos a la Virgen:

«Dios te salve, Reina y madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra,
¡Dios te salve!
A ti llamamos los desterrados hijos de Eva...
Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos
y después de este destierro,
muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.
Para que seamos dignos de alcanzar
las promesas de Nuestro Señor Jesucristo»

3

El sacerdote, otro Cristo

Con frecuencia vemos en los santos la gran necesidad que tenían de fundir su vida con la vida de Cristo. Se ve como una obsesión particularísima en ellos de querer ser uno con Cristo.

- Así, por ejemplo, San Luis María decía: «Señor, que quienes a mí me vean, a Ti te vean...».

- Santa Teresa: «Señor, quiero ser una contigo...».

- El Santo Cura de Ars: «Padre eterno, quiero ser otro Cristo...».

- San Juan Evangelista: *Hijitos míos*, *todavía no se ha manifestado lo que seremos... sabemos que cuando se manifieste seremos igual a Él* (1Jn 3, 10).

- Marcelo Morsella: «Señor, quiero ser una Hostia blanca...».

- San Pablo misionero de las gentes decía: *Con sumo gusto me gloriaré de mis flaquezas para que la fuerza de Cristo habite en mí....* (2Cor 12, 9). *Todo cuanto hagáis*, *de palabra o de obra*, *hacedlo en el nombre del Señor Jesús* (Col 3, 17). *Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús...* (Flp 2, 5). *Todo lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo Jesús...* (Flp 3, 7-8). Y tanto era el deseo que tenía de ser uno con Cristo, que el mismo Cristo no lo dejó sin haber logrado alcanzar su deseo; y así pudo decir: *Ya no vivo yo*, *es Cristo quien vive en mí...* (Ga 2, 20).

Ahora bien, ser otro Cristo es el fin principal de nuestra vida: y de modo particular, con el ejemplo silencioso de nuestra vida, manifestar a Cristo, luz eterna. De suerte que no sólo hemos sido llamados a estar cerca de Cristo, sino a ser otro Cristo, si no con el

esfuerzo, al menos con el deseo; aunque el deseo sin el esfuerzo no aprovecha.

Todo nuestro ser y obrar debe hablar de Cristo y de Cristo crucificado. Y ciertamente, si fuésemos fieles a las gracias de Dios y en especial a la gracia particularísima de la vocación, en poco tiempo se diría de nosotros, lo que dijeron aquellos que fueron a ver al Cura de Ars: «Hemos visto a Dios en un hombre...» O cuando alguien hable con nosotros, tendría que decir como dijeron aquellos judíos de Cristo: *Nunca nadie antes nos ha hablado como este*, *habla como quien tiene autoridad*... (Mt 7, 29)

Cierto es, como dice Santo Tomás, «que las acciones de Cristo son de la persona, por eso todo lo que Él hizo fue sólo un acto divino, pues su persona era divina».

Y esto debe ser aplicado, análogamente, a nosotros. Todas las acciones que hagamos, aún las más insignificantes, deben ser atribuidas a la persona de Cristo en nosotros. Y esto es no sólo importante sino fundamental y con una resonancia eterna.

Pero para llegar a ser uno con Cristo o para ser otro Cristo, como los santos querían y alcanzaron, se requiere de nuestra parte, no una entrega a medias; no una entrega en algunos lugares o en algunas cosas solamente; no una entrega en algunos momentos; sino una entrega total y plena, en cualquier parte y tiempo que sea.

Son de estos los Sacerdotes que pedía San Felipe a Dios Padre cuando decía: «Dadme mi Señor, diez sacerdotes con el espíritu de Cristo, tu divino Hijo, y respondo por la conversión del mundo entero...».

O como dijo el demonio refiriéndose al cura de Ars, que ciertamente era un sacerdote con el espíritu de Cristo: «Con dos como este hubiese perdido todo mi reino en el mundo...»

Y si logramos ser uno con Cristo, en primer lugar ciertamente no será por ningún mérito de nuestra parte, sino por pura gracia y misericordia de Dios, que conoce nuestra nada. Y en segundo lugar, entonces sí podrá decir la gente: «Hemos visto a Dios en un hombre...».

Y en este trabajo personal de unirnos con Cristo, la Iglesia y las almas tienen puesta toda su esperanza:

La Iglesia primero, porque como dice el Papa: «Hoy más que nunca ella necesita de un clero que viva de Cristo y en Cristo, apareciendo ante los hombres como Cristo; un clero que ilumine al mundo entero que está en tinieblas... Pero esto sólo se logrará, dice el Santo Padre, con una identificación plena con Cristo y Cristo crucificado...».

Pero sobre todo, las almas esperan nuestra unión con Cristo, porque de nuestra unión con Cristo depende mucho su salvación. Actualmente la crisis de las almas y del mundo entero es crisis de identificación con Cristo, a las almas les falta Cristo, pero bien reza el principio: «nadie da lo que no tiene». O como decía otro autor: «El hielo del pecado asentado en las almas se ha hecho piedra, y no lo derretiremos con teorías entibiadas a la luz de una vela, sino solamente con el fuego penetrante del amor divino...».

Por tanto, fundamos nuestra vida con la vida de Nuestro Señor Jesucristo, en la medida que esto esté de nuestra parte. De suerte que si algo iluminamos, sea porque estamos unidos con Él que es la luz por esencia; que si unimos algún fiel a la Pasión de Cristo, sea porque nosotros estamos clavados con Cristo en la cruz; que si a alguien confirmamos, sea porque nosotros estemos confirmados por y con Cristo; y finalmente, si a alguno alegramos y resucitamos su esperanza, sea porque nos hemos alegrado con la

resurrección de Cristo, y hemos resucitado con Cristo y para Cristo, el único que tiene palabras de vida eterna.[1]

[1] Cfr. Jn 6, 68.

4

Jesucristo sigue actuando mediante los sacerdotes

Jesucristo «sentado a la diestra del Padre, no está ausente la congregación de sus pontífices, sino que, principalmente a través de su servicio eximio, predica la palabra de Dios a todas las gentes y administra continuamente los sacramentos de la fe a los creyentes, y por medio de su oficio paternal (cfr. 1Co 4, 15) va congregando nuevos miembros a su Cuerpo con regeneración sobrenatural; finalmente, por medio de su sabiduría y prudencia dirige y ordena al Pueblo del Nuevo Testamento en su peregrinar hacia la eterna felicidad».[1] Estas acciones brotan de un todo único, sacramental, sacerdotal y jerárquico, dentro del cual están destinadas a desarrollarse en comunión de caridad eclesial.

1. En primer lugar, Jesucristo «predica la palabra a todas las gentes»[2]

Jesucristo actúa mediante los sacerdotes predicando la divina Palabra. La predicación del Sacerdote prolonga la predicación evangélica de Cristo. «La Iglesia escucha la Palabra en toda su integridad y es fiel al entregarla a los hombres en cada circunstan-

[1] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 21.

[2] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 21.

cia concreta. También el sacerdote debe dar con fidelidad la Palabra divina que él ha recibido y asimilado previamente. No se trata de una ideología o de una opinión personal, sino de la Palabra revelada por Dios, predicada por la Iglesia, celebrada en la liturgia, asimilada en la contemplación, vivida por los santos, profundizada por los doctores» y que debe ser transmitida por el sacerdote «de forma que penetre a fondo en la inteligencia y en el corazón de vuestros creyentes, y que se encarne en toda cultura y situación humana, personal y social».[3]

2. En segundo lugar, Jesucristo «administra continuamente los sacramentos de la fe a los creyentes»

«Por medio de su oficio paternal (Cfr. 1Cor. 4, 15), va congregando nuevos miembros a su cuerpo».[4] Todos los sacramentos son administrados en nombre de Cristo. De modo particular la paternidad espiritual, significada y actuada en el sacramento del Bautismo, está vinculada a la regeneración que viene de Cristo. Los sacerdotes son «ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (1Cor 4, 1). Y por esto para distribuirlos en nombre de Cristo, los sacerdotes deben estar estrechamente unidos y firmemente pedir a nuestro Señor; que no ha dudado de confiarles a ellos, como a los Apóstoles, una misión decisiva para la vida de la Iglesia en todos los tiempos: la santificación del pueblo de Dios.

[3] Juan Pablo II, «Mensaje a los seminaristas de España» (8 de noviembre de 1982).
[4] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 21.

3. En tercer lugar, Jesucristo «por medio de su Sabiduría y Prudencia dirige y ordena...»

El Señor cuando actúa por medio de sus sacerdotes no quita los límites y las imperfecciones de su condición humana, tal como se manifiesta en su temperamento, su carácter, su comportamiento y su dependencia a fuerzas históricas de cultura y de vida. Ejemplo de esto lo tenemos en los Apóstoles: hombres que sin duda tenían sus defectos.

Durante la vida pública de Jesús, disputaban por conseguir el primer lugar y sin embargo todos abandonaron a su maestro cuando fue arrestado; de Pablo mismo sabemos que no tenía un carácter fácil y que se produjo un gran enfrentamiento entre él y Bernabé (He 15, 39).

Jesucristo conocía la imperfección de aquellos a quienes había elegido y mantuvo su elección incluso cuando la imperfección se manifestaba en formas graves. Jesús quiso actuar por medio de hombres imperfectos y en ciertos momentos tal vez censurables, porque por encima de sus debilidades debía triunfar la fuerza de la gracia, concedida por el Espíritu Santo.

5

El sacerdote y el espíritu

Quiero que ahora vayamos, espiritualmente, al Cenáculo y al Calvario. Al Cenáculo porque allí adelantó Jesucristo su sacrificio de la cruz y ordenó sacerdotes a los Apóstoles dándoles el poder de convertir el pan y el vino en su Cuerpo y Sangre, y al Calvario, porque allí consumó su sacrificio redentor que perpetúan los sacerdotes, sucesores de los Apóstoles, sobre al altar hasta el fin de los tiempos.

En rigor de verdad, el misterio del sacerdocio sólo se aclara a la luz del misterio del Verbo Encarnado.[1]

Quiero referirme, aplicándolo al sacerdote, a un pasaje del Evangelio de San Juan que dice: *El último día de la fiesta*, *el más solemne*, *Jesús puesto en pie*, *gritó*: «*Si alguno tiene sed*, *venga a mí*, *y beba el que crea en mí*», *como dice la Escritura*: «*De sus entrañas brotarán ríos de agua viva*». *Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu*, *pues todavía Jesús no había sido glorificado* (Jn 7, 37-39).

[1] Parafraseamos al CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et Spes*», 22; allí se refiere al misterio del hombre, por eso pensamos que, *a fortiori*, puede aplicarse al sacerdote.

1. «DE SUS ENTRAÑAS...»

El sacerdocio católico es eminentemente interior ya que es el sacerdocio propio de los *ministros de la Nueva Alianza* (2Cor 3, 6), la cual es principalmente interior ya que es *el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado* (Ro 5, 5).

Por eso el sacerdocio católico es un misterio que sólo puede ser conocido a la luz de la fe sobrenatural, que Dios da a quien quiere, análogamente a lo que enseña San Juan: ...*que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad del varón, sino de Dios son nacidos* (1, 13). De allí, que sólo puede descubrirse con una actitud profundamente contemplativa, con una contemplación hecha vida, y con el estudio de la teología hecha contemplación.

Esa es la razón profunda por la cual pocas personas entienden correctamente lo que es el sacerdocio católico, por la falta de una visión de fe. Por eso tan a menudo el sacerdote es signo de contradicción a semejanza de su Maestro. Por eso también, a pesar de las grandes tendencias contrarias a la fe que hay en el mundo, siempre habrá quienes, contra viento y marea, más allá de lo que pretenda la mentalidad dominante, querrán consagrar y consagrarán sus vidas al único Señor que merece ser servido, que es el único que *tiene palabras de vida eterna* (Jn 6, 68).

2. «...BROTARÁN RÍOS...»

Es la vida imparable e indestructible. Es la comunión con la Santísima Trinidad por estar unidos, por doble título, a las fuentes inexhaustas de la Vida que no pasa, de la Vida que no muere.

Es la comunión con Jesucristo, el único sacerdote del Nuevo Testamento, de quien participamos los sacerdotes ministeriales. Es la comunión con la Eucaristía, y demás sacramentos, que nos incorpora vitalmente, más y más, en Jesucristo.

Es la comunión con la Palabra de Dios vivo, que engendra vida, comentada por los Santos Padres, los grandes teólogos y santos, enseñada con autoridad por Pedro vivo y los sucesores de los Apóstoles unidos a él.

3. «... DE AGUAS VIVAS...»

Es el empuje avasallador del Espíritu Santo a la misión hasta los confines del mundo. De ahí el gran cuidado que el sacerdote debe tener de hacer caso a San Pablo: *No extingáis el Espíritu Santo* (1Te 5, 19).

Los ríos caudalosos de aguas vivas que deben brotar del sacerdote verdadero, no son otra cosa que el Espíritu Santo de Dios, que nos hace «caudalosos de espíritu»,[2] capacitándonos para formar santos. No debemos ser esquivos a la aventura misionera.

La gracia de Dios, que debemos distribuir, es como el agua que limpia las almas del pecado por la predicación, por el bautismo, la confesión y la Eucaristía.

4. CAMBIAR LA IMAGEN DEL SACERDOCIO.

Hoy día, con la masónica pretensión de dar por abolidos los misterios de la Santísima Trinidad y del Verbo Encarnado, se da el ataque frontal para cambiar el origen, la naturaleza, la acción, la vocación y la misma identidad del sacerdocio católico: en Cristo mismo, en el sacerdocio ministerial y, también, en el sacerdocio común de los fieles.

Por ejemplo, se busca cambiar la imagen del sacerdocio ministerial.

[2] SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermones*, III (Madrid 1970), 230.

-Respecto a la misión: Algunos no buscan convertir al mundo, sino identificarse con él; otros no administran los sacramentos; hay quienes no truenan contra el pecado, que atenta contra la dignidad del hombre; hay quienes no trabajan para formar santos; otros no tienen ninguna inquietud por la misión; etc.

-Respecto a la comunión: Se hace la relectura de los documentos del Magisterio eclesiástico de todos los tiempos, de los ejemplos de los santos sacerdotes. Ir contra las mismas raíces, caer en la falsa originalidad y creer que la Iglesia comienza con uno.

-Respecto al misterio: El esclavizarse a la exterioridad, ocuparse sólo de lo temporal, secularizarse, aburguesarse, apagar el fuego del Espíritu, perder el sentido del misterio. En una palabra ser un *play boy*, un «juglar de las ideas».

Pero estos intentos nunca dejarán de ser vanos intentos, porque el único Sacerdocio de Jesucristo no es algo modelable según los gustos de cada cual, sino que ya viene dado por el Sumo y Eterno modelo de Sacerdote, que no se sujeta a las modas culturales o a los variables y cambiantes influjos de los medios masivos de comunicación. El sacerdocio católico siempre florecerá en santos y grandes santos, ya que «las aguas vivas» no se apagarán en todos.

6

Copia de Cristo, el sí de Dios

1. Imitar a Cristo

En una calle de Paraná, en la calle Enrique Carbó al 500, leí el siguiente grafito: «*Nacemos originales*, *morimos siendo copias*», que expresa crudamente la realidad de muchos de nuestros contemporáneos, quienes por la actual cultura masificadora y globalizada terminan pensando, sintiendo, consumiendo, sufriendo y desesperándose igual unos y otros, como clones. Y que suena como un lacerante grito.

El cristiano y, por doble título, el sacerdote, debe ser «otro Cristo», «una copia de Cristo». Y ello por doble razón: una, por la ontológica configuración con Cristo realizada por la gracia crística y cristificante, tanto del sacramento del Bautismo cuanto por el sacramento del Orden; y la otra, por la moral configuración con Cristo por la imitación de las virtudes y sentimientos que tuvo Él.[1] Esta «copia de Cristo» no solamente no quita nada a la originalidad irrepetible de cada hombre y mujer, sino que potencia esa originalidad y es su mejor defensa, ya que lo sobrenatural supone lo natural; no destruye lo natural sino que lo sana, eleva, dignifica, ennoblece y perfecciona. Además es un imposible, metafísico y teológico, ser un clon de Cristo, ya que en Él y sólo en Él se da la

[1] Cfr. Flp 2, 5.

novedad única e irrepetible, de estar su naturaleza humana unida hipostáticamente a la persona del Verbo. Sólo Él es Hijo por naturaleza, nosotros lo somos por adopción, en plenitud de libertad y de originalidad.

Esto no ocurre con quienes, a sabiendas, no quieren imitar al Señor y por buscarse a sí mismos, de manera desordenada, terminan siendo copias unos de otros como dibujados bajo papel carbónico. Las mismas angustias, los mismos vacíos porque *siguieron vaciedades y se quedaron vacíos* (Jr 2, 5) -como hemos visto en la ideología progresista tanto de línea liberal cuanto marxista-, las mismas soledades en medio de multitudes, el mismo aburrimiento infinito del *zapping*, la misma pérdida de grandes ideales, los mismos gustos impuestos por la propaganda, diciendo los mismos *clichés* que imponen los medios, la inteligencia narcotizada del pensamiento único manipulada hasta por la forma de elegir los titulares de los medios en un mundo que quieren hacer a imagen y semejanza de los dadores de sentido.[2] Se transforman en insoportables facsímiles.

2. Cristo es el Sí de Dios

El sacerdote debe imitar a Cristo que es el «sí de Dios», no fue «sí y no». Enseña San Pablo rechazando toda contradicción: *Mas Dios es fiel, y así también nuestra palabra dada a vosotros no es sí y no. Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, el que entre vosotros fue predicado por nosotros: por mí, Silvano y Timoteo, no fue sí y no, sino que en Él se ha realizado el sí. Pues cuantas promesas hay de Dios, han hallado el sí en Él; por eso también mediante Él (decimos) a Dios: Amén, para su gloria por medio de nosotros* (2Cor 1, 18-20).

[2] Cfr. M. VICENT, *La Nación*, 22 de junio de 1999, 8.

Y el mismo Señor -la misma Verdad- nos ha enseñado el lenguaje de la verdad: *Sea vuestro lenguaje*: *sí*, *sí*; *no*, *no*; *todo lo que pasa de esto viene del Maligno* (Mt 5, 37). «*Est*, *est*; *non*, *non*». «*Naí*, *naí*; *ou*, *ou*».

En la Catena Aurea cita Santo Tomás a Rábano Mauro: «...esto es, para lo que es, basta decir es, y para lo que no es, basta decir no es. Puede que aquí se diga dos veces es, es; no, no; para significar que lo que afirmas con la boca debes probarlo con las obras, y lo que niegas con las palabras no lo confirmas con las obras».[3]

San Agustín dice: «El sentido del Sí es que siempre digamos la verdad».[4]

Y en el Comentario a San Mateo Santo Tomás enseña: aquí «ordena -el Señor- la verdad racional creada a través de la recta interpretación, esto es, cuando la verdad se expresa por la palabra según lo que se concibe en la mente... es decir que sea vuestra palabra "sí, sí", que tenga fundamento en la realidad; "sí, sí", esto es, que se diga según la verdad de la conciencia; "no, no", es decir, de la cosa que no es, que se diga que no es».[5]

Aunque aquí el sentido directo del texto es que cuanto se haya de afirmar se haga sin juramentos. Así lo entiende San Juan Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Tomás.[6]

- «Sí, sí», Unos dicen que es una mera repetición enfática aseverativa.[7]

- «Sí, sí», como dicen otros, en que una partícula es sujeto y la otra predicado.[8]

[3] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Catena Aurea*, *Exposición de los Cuatro Evangelios*, I San Mateo, 5, 37.

[4] Cit. J. DE MALDONADO, *Comentarios a San Mateo*, 1 (Madrid 1950) 272.

[5] *Super Ev. super Math*., V, 33 (Roma 1951) 83.

[6] *Super Ev. super Math*., V, 33 (Roma 1951) 83.

[7] Así lee cuatro siglos después de Cristo el *Talmud Shebwoth* 36 a.

[8] En este sentido se lee en Sant 5, 12 y en la Mishná.

¿Qué hay que decir? Cristo no destaca el formulismo, sino la lealtad (el segundo sentido es más probable).

Y es que en *Cristo todo es sí*, como vimos en el texto del Apóstol: *Cuantas promesas hay en Dios*, *han hallado el sí en Él*... (2Cor 1, 20). Son las promesas mesiánicas que se han cumplido en Cristo y que deben hacer felices a los hombres. Como aparece en muchos textos de la Sagrada Escritura:

- 2Cor 7, 1: *Teniendo*, *pues*, *carísimos*, *tales promesas*, *purifiquémonos de toda contaminación de carne y de espíritu*, *santificándonos cada vez más con un santo temor de Dios*.

- Ro 9, 4:[9] *Los israelitas*, *de quienes es la filiación*, *la gloria*, *las alianzas*, *la entrega de la Ley*, *el culto y las promesas*.

- Ga 3, 16: *Pues bien*, *las promesas fueron dirigidas a Abraham y a su descendencia. No dice: y a los descendientes*, *como si fueran muchos*, *sino a uno solo*, *a tu descendencia*, *es decir*, *a Cristo*.

- Heb 6, 12: *de forma que no os hagáis indolentes*, *sino más bien imitadores de aquellos que*, *mediante la fe y la perseverancia*, *heredan las promesas*.

En la Encarnación, el Verbo, unge con unción santísima todas y cada una de las células del cuerpo de Jesús y el alma entera en su esencia y en sus facultades. No hay nada en Cristo que no sea tres veces Santo y, por tanto, infinitamente adorable. Todo en Él es transparencia, autenticidad, sinceridad, verdad: *Yo soy la verdad* (Jn 14, 6); es el *Amén* (Ap 3, 14); por eso ...*pues cuantas promesas hay de Dios*, *han hallado el sí en Él*; *por eso también mediante Él* (*decimos*) *a Dios*: *Amén*... (2Cor 1, 20); *porque en él reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente*... (Col 2, 9). En Cristo no hay nada vacío, hueco, no asumido, aparente, falso, superficial, no hay nada de barniz o cás-

[9] Cfr. 15, 8.

cara. Es uno sólo, el Verbo, en dos naturalezas distintas, ambas perfectas e íntegras, y sustancialmente unidas en el Verbo.[10]

3. El sacerdote es sí de Dios por participación

Gracias a Cristo estamos seguros de que se han cumplido las promesas y pronunciamos el «Amén», adhiriéndonos a esas promesas firmemente por la fe.

Ante esto, ¿no podemos pensar -por así decirlo-, que el Verbo Encarnado es el principio de no-contradicción hipostático?

En Él no hay nada de contradicción, de incoherencia, de inconsecuencia.

Él, Jesucristo, es el gran antídoto contra el progresismo, ya que en su esencia, el progresismo es: *alogos*;[11] contradicción;[12] incoherencia;[13] inconsecuencia;[14] porque, finalmente, la negación del principio de no-contradicción es contra el Verbo.

Si hacemos caso a Jesucristo que nos dice: *Sea vuestro lenguaje*: *sí*, *sí*; *no*, *no*; *todo lo que pasa de esto viene del Maligno* (Mt 5, 37), tendremos *espíritu de príncipes* (Sl 50, 14 Vg.).[15] Asegura Fillión: «es decir, digno de un príncipe, noble y magnánimo»; el hebreo dice: «un espíritu de buena voluntad», o sea, pleno de generosidad que va espontánea y corajudamente al bien; de la versión de los LXX traduce (al francés) «*un esprit d'hegemonie*», que dirige al hombre y le ayuda a sobreponerse a sus malas pasiones; las tres expresiones significan lo mismo[16] y pueden ser equivalentes a las expresiones

[10] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 2, 3; IV CONCILIO DE CALCEDONIA (DS 301-302), *Catecismo de la Iglesia* Católica, n. 467.

[11] H. BELLOC, *Las grandes herejías*, (Buenos Aires 1943) 24.

[12] M. LIBERATORE, *La Iglesia y el Estado* (Buenos Aires 1946) 30ss.

[13] L. BILLOT, *El error del liberalismo* (Buenos Aires 1978) 93.

[14] M. LIBERATORE, *La Iglesia y el Estado* (Buenos Aires 1946) 30ss.

[15] «Spiritu principali»; «spiritu promptíssimo» NVg.

[16] Cfr. L. CL. FILLION, *La Sainte Bible*, IV (París 1903) 159.

de los versículos que anteceden: «*spiritum firmum*» (v.12), «*spiritum sanctum*» (v.13). «Principal aliento», traduce Carlos Sáenz. Garófalo: «espíritu deseoso».[17] Straubinger enseña: «espíritu de príncipe es el que nos corresponde como hijos de Dios. Significa: la humildad de quien debe ser dirigido por otro y la confianza de quien se sabe hijo de un gran Señor».[18]

«Espíritu de príncipe» es tener «espíritu de principios», o sea, mente enseñoreada con los primeros principios del ser y del pensar del orden natural y por los primeros principios del orden sobrenatural, que son los artículos de la fe. Inteligencia capaz de remontarse a los principios, a los orígenes. «Espíritu de príncipe» es orientar el alma a actos grandes en toda virtud, es preocuparse de las cosas grandes. Es ser noble.

4. Lo contrario del «espíritu de príncipe»

Hay tres errores principales:

1. Lo contrario al «espíritu de príncipe» es la mediocridad, el «más o menos», el «*se´ igual*», el «espíritu de chanta». Esta última palabra viene del genovés «*ciantapufi*»: es el que no paga las deudas, ni cumple sus promesas. Es habitual la regresión «chanta» con igual significado, el aumentativo «chantún» y el superlativo «chantunazo». Es una mezcla de tres tipos: Primero el «farolero» (que pretende ser distinto de lo que es); segundo el «engrupido» (que es amigo de darse importancia); y tercero el «fanfarrón» (que hace ostentación manifiesta de lo que no es). El «chanta» es una conjunción de todos ellos, idénticos en su esencial *inautenticidad*. Es el que *parece*, pero *no es*. Le interesa el «qué dirán»; por ello necesita público, que lo mire y admire y ante el cual actúa según sus propias poses. Los hubo famosos: Tartarín de Tarascón que imagina

[17] La Biblia, II, 166.
[18] *La Santa Biblia* (Buenos Aires 1986) 611.

lo que no es; el amo del Lazarillo de Tormes que aparece ante los demás de una manera que no responde a la realidad. Hay que rechazar la apariencia, mostrándonos como somos con sencillez, sin hipocresías, pero sin desenfado impertinente (que confunde autenticidad con espontaneidad: por ejemplo, matar injustamente puede ser espontáneo; pero no es auténtico). Los santos sacerdotes no tuvieron nada de «chantas», por eso los persiguieron, por eso los odiaron, por eso fueron santos. ¡Imitémolos!

2. El error de los que actúan según la llamada «moral de situación». No se manejan con principios, según las cambiantes situaciones, cambian los principios. Según sus cambiantes opiniones, cambian sus consejos frente a las circunstancias, cambian sus orientaciones según su cambiante sensibilidad. Son veletas juguetes de todos los vientos. Son como los camaleones que cambian de color según les convenga. Son los que creen que Jesucristo enseñó: «Sí, no; no, sí». Son semejantes a aquellos a quienes apostrofaba el profeta Isaías: ¡*Ay, los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce, y dulce por amargo*! (5, 20).

3. El error más grave: No estar convencidos, y convencidos con certeza teológica, de que se han cumplido y se cumplirán las promesas de Dios: de la venida del Reino,[19] de las bienaventuranzas,[20] de la milagrosa pesca de hombres,[21] del poder sobre las doce tribus de Israel,[22] de fundar su Iglesia sobre Pedro,[23] de dar a todo el que lo siga cien veces más y la vida eterna,[24] que a los suyos defenderá delante de Dios,[25] que Él reasume todas las promesas

[19] Cfr. Mt 4, 23.
[20] Cfr. Mt 5, 3-12.
[21] Cfr. Mt 4, 19.
[22] Cfr. Mt 19, 28.
[23] Cfr. Mt 16, 16 ss.
[24] Cfr. Mt 19, 29.
[25] Cfr. Mt 10, 32.

del Antiguo Testamento, el envío del Espíritu Santo[26] que contiene todas las promesas,[27] que los cristianos están en posesión de todas las promesas[28] que en Cristo han sido hechos partícipes de la promesa,[29] de una patria mejor,[30] etc.

5. La luz

En Jesús y en María todo es luz, todo es diáfano. No hay repliegues ni complicidades. No hay ocultamientos ni sinuosidades. Todo es trasparencia y luminosidad. Todo es claridad y hermosura. Todo es aceptación plena y gozosa de la voluntad de Dios. No hay nada postizo, simulado, maquillado, encubierto, disfrazado.

Y los santos y santas, a pesar de las incomprensiones y cruces que tienen que pasar, participan de esa luminosidad.

Hoy y siempre, lo auténticamente original es volver a los principios, a los orígenes. Lo contrario, hoy y siempre, es bastardo.

¡Es a Jesús, a María y a los santos a quienes debemos imitar!

[26] Cfr. He 1, 4.
[27] Cfr. Ga 3, 14.
[28] Cfr. He 2, 38 ss.
[29] Cfr. Ef 3, 6.
[30] Cfr. Heb 11, 16.

7

Iusiurandum quod iuravit

En un día mil veces bendito, luego de probar a su Patriarca en el lugar que después se denominó *Yahveh proveerá* (Gn 22, 14), con el máximo de solemnidad Dios ratificó sus anteriores promesas a Abraham diciéndole: *Por mí mismo juro*, *oráculo de Yahveh*, *que por haber hecho esto*, *por no haberme negado tu hijo*, *tu único*, *yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa*, *y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra*, *en pago de haber obedecido tú mi voz* (Gn 22, 16-18).

¿Qué implican las promesas?

-Un heredero y una herencia.
-Una descendencia numerosa y gloriosa.
-Un premio exuberante.
-Una esperanza victoriosa.
-El ser «el pueblo de Dios».
-Es la generosidad de Dios dispuesto a colmar a los suyos.
-Las promesas son el cumplimiento de las profecías y de los juramentos de Dios.

Las promesas expresan la alianza de Dios con los hombres. Los profetas anuncian una alianza nueva: *Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón*, *y seré su Dios y ellos serán mi pueblo* (Jr 31, 33).

Por sobre todas las cosas, las promesas, los juramentos y la alianza culminan en la expectativa de *aquel que debe venir* (Is 26, 20; Ha 2, 30).

Isaías lo ve en el Emmanuel nacido de una virgen.[1]

Miqueas menciona donde nacerá.[2]

Jeremías promete un *germen justo*.[3]

Ezequiel anuncia al pastor que vendrá a apacentar a sus ovejas.[4]

Zacarías lo ve como portador de la paz.[5]

En Jesucristo *todas las promesas de Dios tienen su sí* (2Cor 1, 20).

El promete la venida del Reino[6] que, en las bienaventuranzas, promete a los pobres y perseguidos. A los discípulos les promete una milagrosa pesca de hombres. Promete a Pedro fundar sobre él su Iglesia y le garantiza la victoria sobre el infierno. Promete a todo el que lo siga cien veces más y la vida eterna.

En Cristo somos *partícipes de las promesas* (Ef 2, 12).

Por eso, Dios, para darnos la seguridad de sus promesas, jura; y jura por sí mismo porque no tiene ninguno mayor por quien jurar.[7]

Es un juramento incontrovertible e inmutable, de modo tal, que a la inmutabilidad de las promesas, se añade la inmutabilidad del juramento.[8]

[1] Cfr. Is 7, 14.
[2] Cfr. Mi 5, 1.
[3] Cfr. Jr. 23, 5.
[4] Cfr. Ez 34, 23ss.
[5] Cfr. Za 9, 10.
[6] Cfr. Mt 4, 23.
[7] Cfr. Heb 6, 13.

Los votos perpetuos, a su manera, participan de estas inmutabilidades.

Por eso debemos tener el firme consuelo de alcanzar lo que esperamos:

Debemos tener segura y firme esperanza de alcanzar la salvación, el cielo, la vida eterna:

- Porque Jesucristo entró en el cielo.[9]

- Porque por esa promesa y ese juramento Dios constituye sacerdote a Jesucristo mediador entre el cielo y la tierra, salvador de los hombres por su sacrificio en la cruz.

- Porque dice el salmo: *Juró Dios y no se arrepentirá*, *tú eres sacerdote para siempre*... (Sl 110, 4).

- Porque en el sacerdocio de Cristo, y en el nuestro que es una participación del suyo, hay implícito un juramento, y un juramento del cual Dios nunca se arrepentirá: *Juró Dios y no se arrepentirá*... (Heb 7, 21).

- Porque es un sacerdocio «para siempre». Los hombres podrán dispensar de las obligaciones del ministerio -incluso justamente- pero el sacerdote lo es «para siempre». Si va al Cielo... lo será «para siempre», aquí en la tierra... lo será «para siempre» y, Dios no lo permita, aún en el Infierno, lo será «para siempre».

- Porque *no fue sin juramento*, *pues los otros fueron hechos sacerdotes sin juramento*, *mientras este lo fue bajo juramento por Aquél que le dijo*: *Juró el Señor y no se arrepentirá*: *Tú eres sacerdote para siempre* (Heb 7, 20-21).

- Porque *la Ley instituye Sumos Sacerdotes a hombres frágiles*: *pero la palabra del juramento*, *posterior a la Ley*, *hace al Hijo perfecto para siempre* (Heb 7, 28).

- Porque es nuevo el sacerdocio de Cristo, como lo es el de los recién ordenados, como lo es el de los que hemos sido ordenados

[8] Cfr. Heb 6, 16-18.
[9] Cfr. Heb 6, 20.

hace tiempo. Nuevo, no por razones cronológicas, sino ontológicas.

- Porque no es según Aarón sino según el orden de Melquisedec (Sl 110, 4).

- Porque no se recibe por sucesión familiar.

- Porque nos introduce en una esperanza mejor: resiste el pecado, nos da la gracia.

- Porque es estable, dura eternamente y permanece indefectiblemente.

- Porque da una salvación perfecta, es decir, íntegra y completa.

- Porque los nuevos sacerdotes son, en parte, el cumplimiento de las promesas hechas por Dios; son fruto del juramento que juró Dios: «Por mí mismo juro...; juró y no se arrepentirá...».

¿Puede haber algo más firme?

¿Algo más inconmovible?

¿Algo más irrevocable?

¿Algo más indefectible?

Son quienes, día a día, realizan y perpetúan la «nueva alianza», ya que al decir de San Pablo son *ministros de la nueva alianza* (2Cor 3, 6) y *ministros de la reconciliación* (2Cor 5, 18)

¿Cuál es el momento cumbre en el que concurren a una las promesas, el juramento y la alianza?

Ciertamente, la Santa Misa.

Para la Eucaristía es hecho el sacerdote.

Al transustanciar el pan y el vino... al hacerse presente el mismo Jesucristo se hacen presentes *todas las promesas* (2Cor 1, 20) de Dios. Allí el Sumo y Eterno Sacerdote perpetúa su inmolación y su acto oblativo. Por tanto, resuena el juramento: *Juró el Señor y no se arrepentirá*: *Tú eres sacerdote para siempre* (Heb 5, 6). Allí se perpetúa la Nueva y Eterna Alianza obrada de una vez y para siempre en la cruz. De manera especial en la consagración del «*sanguis*» se expre-

sa el triple efecto de la sangre de Cristo derramada en la Pasión, uno de los cuales es la adquisición de la herencia eterna, porque la Alianza o Testamento es el acto por el que se dispone de la herencia y Dios ha dispuesto que la herencia celestial se diera a los hombres en virtud de la sangre de Cristo.

En la Nueva Alianza se nos exhibe de manera más perfecta y en la realidad misma el poder de esta sangre. Por eso Santa Catalina de Siena llamaba a los sacerdotes «ministros de la sangre».

Hoy en día se trabaja en contra de la verdad del sacerdocio católico.

Y eso ocurre, para entendernos de alguna manera, tanto en la línea progresista como en la línea conservadora y, tal vez, esa sea la razón de las molestias que recibimos, y lo afirmo desde mi grave responsabilidad de fundador, tanto de la «izquierda» como de la «derecha», por así decirlo. Unos parecieran que no quieren la relación con Dios y otros parecieran olvidarse de la relación con los hombres.

El progresismo pretende que el sacerdote se olvide de la dimensión vertical, pretende hacer del sacerdote «uno más» y lo convierte en «uno menos», ya que *si la sal pierde su sabor...* (Mt 5, 13). Así lo seculariza o mundaniza en su actuar, en su vestir y, lo que es más grave, en su pensar. Así se entregan de manera desenfrenada a lo temporal y, lejos de ordenar lo temporal para Cristo, lo desordenan aún más para el Anticristo. Así frenaron y aún hicieron retroceder el empuje misionero de la Iglesia. No hay verdad que no hayan negado, bien que no hayan escamoteado y disparate que no hayan intentado.

Con todas las fuerzas del alma abominamos esta errónea concepción del sacerdocio católico.

Como también esta otra concepción de un sacerdocio distante de los hombres y de las necesidades humanas actuales, esquivo a

la aventura misional, esclerótico, fosilizado y formalista. Esos tan bien descriptos por Cervantes en el Quijote: «La duquesa y el duque salieron a la puerta de la sala a recibirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; desos que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar como lo han de ser los que son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan, a ser limitados, les hacen ser miserables».[10]

Hace 500 años se iniciaba la gesta más grande de la Encarnación del Verbo. Los misioneros derramaron a manos llenas la gracia del Evangelio en estas tierras.

Debemos imitarlos y llevar la gracia de Jesucristo a todo el mundo: a EE.UU., a Rusia, a China, a África, a la Polinesia.

Porque Dios *hizo misericordia con todos*, *tiene siempre presente su alianza santa y el juramento que juró a Abraham*... (Lc 1, 72-73) *iusiurandum quod iuravit*...

Le pedimos a Él que realice en los jóvenes sacerdotes lo enseñado en la carta a los Hebreos: Él hace *a sus ministros llamas de fuego* (Heb 1, 7).

Que la Virgen les alcance esa gracia. Ya que Dios «juró».

[10] MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *Don Quijote de la Mancha*, III, cap. 31.

8

Hombre Crucificado

Quiero referirme a un aspecto de ese misterio que es el sacerdocio católico, misterio que es ininteligible si no se lo trata de entender a la luz del misterio del Verbo Encarnado. El Concilio Vaticano II en la constitución pastoral sobre la iglesia en el mundo actual[1] dice, de manera clarividente, «que el misterio del hombre sólo se ilumina a la luz del misterio del Verbo Encarnado», en forma parecida el misterio del sacerdocio católico sólo se ilumina a la luz del misterio del Verbo Encarnado, único y eterno sacerdote. Y, justamente el apóstol san Juan en el prólogo de su evangelio revela esas profundidades misteriosas del Verbo Encarnado. Va a decir que *en el principio era el Verbo*... (1, 1), el Verbo existe antes de la creación del mundo, pre-existe a la creación del mundo... *y el Verbo estaba junto a Dios* (Jn 1, 1), es decir el Verbo es persona distinta del Padre, segunda de la Trinidad. Y a la vez, seguido, va a decir *y el Verbo era Dios* (Jn 1, 1), es decir persona divina. De tal manera que Jesucristo es eterno, es distinto del Padre y es Dios, Dios de Dios, Luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Y en algún versículo más abajo va a expresar el misterio de la encarnación cuando dice *y el Verbo se hizo carne* (Jn 1, 14), es decir Dios, sin dejar de ser Dios, asume una naturaleza humana en las entrañas purísimas de la Santísima Virgen,... para que ese cuerpo, tomado de la Virgen, un día suba a la cruz y pueda ser ofrecido por

[1] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 22.

la salvación de todos los hombres, por la redención de nuestros pecados, para que todos los hombres, hasta el último hombre que habita en el planeta tierra, puedan tener la seguridad de que todo un Dios murió en la cruz, sufrió por él y pagó por él.

Y por eso el sacerdocio católico, que no es más que una prolongación del único sacerdocio de Jesucristo, tiene como cosa esencial, captar de qué manera el Verbo de hizo Carne, cómo pasó Jesús todo el anonadamiento, o mejor dicho los anonadamientos y hay muchos anonadamientos en nuestra vida sacerdotal. Sabiendo que así como Jesús se encarnó en la Virgen, así como Jesús nació en Belén y todo eso apuntaba al sacrificio de la cruz, en el sacerdocio católico todo apunta a la cruz. Por eso Jesús dijo: *si alguno quiere ser mi discípulo*, *niéguese a sí mismo*, *tome su cruz cada día y sígame* (Lc 9, 23). Y, si eso vale para todo cristiano, de manera eminente vale para aquel cristiano que ha recibido el sacramento del orden, por el cual se configura con Cristo cabeza y pastor. Y si alguno tiene otra idea del sacerdocio, está equivocado; y si alguno predica otra idea del sacerdocio, miente. A veces pasa con las propagandas vocacionales lo que pasa por televisión con esos programas que buscan, reclutan candidatos para las distintas fuerzas de seguridad: si escuchas -y la musiquita bla,bla,bla,bla- en tu corazón... No pasa eso con el sacerdocio católico. En todo caso si se hiciese una propaganda auténtica, habría que decir: «si cuando vos ves a Cristo crucificado sentís en tu corazón cling, cling, cling cling, (la musiquita) puede ser que tengas vocación». Es así. Está revelado; así lo manifiesta la Sagrada Escritura: el sacerdote tiene que crucificarse con Cristo, la vocación al sacerdocio es vocación a la cruz. Lo dice san Pablo en la Carta a los Gálatas: *En cuanto a mí jamás me gloriaré a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*, *por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo* (6, 14).

Unido e identificado con Cristo, el sacerdote lleva las almas a Dios a través de las dos mesas: la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía. Por eso es el hombre de la palabra y el hombre de los sacramentos.

1. El sacerdote es el hombre de la Palabra

Si todo cristiano debe alimentarse de la Sagrada Escritura, que contiene el tesoro de la Revelación de Dios, con mucha mayor razón lo tiene que hacer el sacerdote. De hecho, gracias a la reciente reforma litúrgica, participamos con más abundancia de la mesa de la Palabra ya que tenemos dos ciclos durante la semana y tres ciclos en los domingos y las grandes festividades del año.

Además, el sacerdote tiene la obligación del rezo de la liturgia de la horas, que en su parte principal está compuesta por los salmos de la Sagrada Escritura y por otros textos escogidos. Esto permite que la vida del sacerdote día a día se vaya enriqueciendo con la lectura y la meditación de la Sagrada Escritura.

Pero no basta eso; el sacerdote debe poseer un amor de predilección por la Palabra de Dios, porque es esa Palabra la que nos enseña los misterios más profundos de Dios, nos da a conocer los secretos de su corazón, nos enseña qué es lo que Él quiere para nosotros, nos ilumina, nos guía, nos ayuda, nos fortalece.

Ciertamente, no hay hombre sobre la tierra -ni siquiera todos los hombres juntos- que pueda agotar la riqueza de la Palabra de Dios. Después de tantos siglos, todavía hoy seguimos descubriendo el tesoro, el venero de la Sagrada Escritura. Su autor principal, el Espíritu Santo -que utilizó a distintos instrumentos humanos, los hagiógrafos-, «fecundó -dio vida- la Sagrada Escritura con verdad más abundante de la que los hombres pueden comprender»[2]. Y sobre la verdad dice Juan Pablo II: «... estad enamorados y apasionados de la verdad. Hoy la Iglesia tiene necesidad esencial de la unidad en la verdad. Porque es precisamente la verdad la que infunde la valentía de las grandes decisiones, de las opciones heroicas, de las entregas definitivas. Es la verdad la que da fuerza

[2] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent*, 12, 1, 2, ad7.

para vivir las virtudes difíciles, las bienaventuranzas evangélicas, la pureza juvenil, la castidad consagrada y la conyugal. Es el conocimiento y el amor a la verdad lo que hace brotar vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras, y lanza a la caridad hasta la propia inmolación.... Y la verdad es CRISTO conocido, seguido, testimoniado. *Yo soy la luz del mundo* (Jn 8, 12), dijo el Maestro divino; y añadió: *Vosotros sois la luz del mundo* (Mt 5, 14). Las dos afirmaciones se equiparan y trazan claramente la línea de conducta y responsabilidad de todo cristiano: *El que me sigue no anda en tinieblas* (Jn 8, 12; 12, 46).

De la verdad nace lógicamente en anhelo de santidad, que fue el ideal supremo del Padre Maximiliano Kolbe. Escribía así: "No es soberbia querer ser lo más santo posible y santificar al mayor número posible de almas, confiando únicamente en Dios a través de la Inmaculada".[3] De la verdad brota la conciencia de confianza total y abandono en el Altísimo, sobretodo en las tribulaciones y sobresaltos que jalonan la historia humana».[4]

De tal manera que hemos de pedir nosotros a Dios nuestro Señor por medio de su Santísima Madre, la Virgen María, gran conocedora de las Sagradas Escrituras, que los jóvenes sacerdotes -que todos los sacerdotes- vayamos con avidez, con hambre, a la Palabra de Dios; que nos zambullamos en ella para conocerla cada vez mejor, para poderla predicar cada vez con más fuerza, con más brío, con más entusiasmo, con mayor ardor, porque son *palabras de vida eterna*.[5] En la Sagrada Escritura está contenido lo esencial que todo hombre, toda mujer, necesita saber.

[3] *Escritos de Maximiliano Kolbe*, II (Florencia 1978) 715.

[4] JUAN PABLO II, «Discurso a los miembros del Congreso Nacional Italiano de la "Milicia de la Inmaculada"», *L'Osservatore Romano* 46 (1981) 601-602.

[5] Cfr. Jn 6, 68.

Debemos advertir que la Sagrada Escritura debe ser entendida «en Iglesia»,[6] porque fue la Iglesia la madre de la Sagrada Escritura. No se puede entender en forma aislada de la Iglesia, sino que debe entenderse *con* la Iglesia y leer la Sagrada Escritura «en Iglesia».

Entender la Sagrada Escritura «en Iglesia» significa varias cosas:

- Conocer la letra y el espíritu que se encuentran en los Libros Santos.
- Conocer la Escritura tal como es celebrada y proclamada en la liturgia.
- Penetrar el sentido profundo de la Sagrada Escritura tal como fue comentada por los Santos Doctores tanto de Oriente, como de Occidente, que ha habido en la Iglesia en los casi veinte siglos de su peregrinación por este mundo. A ellos Dios les concedió la gracia de una luz particular y de una unción singular por la cual fueron capaces de desentrañar el sentido profundo de las Sagradas Escrituras.
- Conocerla tal cual la interpreta la Iglesia en su magisterio supremo, en el magisterio del Papa, de los concilios, de los obispos unidos al Papa.
- Entenderla y vivirla tal como la vivieron los santos de todos los tiempos, tal como fue testimoniada por los mártires y que por ser fieles a la Palabra de Dios derramaron su sangre, supremo testimonio de Jesucristo.

Así, en el púlpito de la catedral de Jujuy se ha buscado plasmar la escala de Jacob tal como aparece en los Libros Santos. En la parte superior, entre tantas otras cosas, se encuentra la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo tal como aparece en los Evangelios. La gente que diseñó, y que se abrevó con eso era gente que cono-

[6] Juan Pablo II, «Discurso al Consejo Internacional de los Equipos de Nuestra Señora», *L'Osservatore Romano* 39 (1979) 480.

cía la Sagrada Escritura; vivía de la Sagrada Escritura; la Sagrada Escritura era alma de su alma. Les servía para el arte, les servía para la oración y de manera particular les servía para la vida. Como también puede verse en el púlpito de San Blas en Cusco, y en el del Convento de San Diego en Quito y en tantos otros.

Hemos de rezar siempre, queridos hermanos, por los sacerdotes. Nosotros, los sacerdotes, somos profetas sin armas materiales, terrenales. Nuestra arma es la Palabra de Dios, el poder predicar de tal manera que los fieles lleguen a entender en lo profundo de su mente y de su corazón lo que Dios quiere para nosotros, lo que Dios sueña para nosotros, los planes que Dios tiene para cada uno de nosotros. Y esa nuestra predicación será eficaz en tanto y en cuanto la simiente, que es la Palabra, no sea otra cosa más que la prologación de aquel viento de Pentecostés, que fue el que sopló sobre la Santísima Virgen María y los Apóstoles reunidos en el Cenáculo de Jerusalén.

Por eso hemos de rezar y hemos de pedir para que los sacerdotes prediquen la auténtica Palabra de Dios. No interesan en la Iglesia palabras humanas; las palabras humanas tienen poco peso, las modas culturales, aún en la Iglesia, poco tiempo duran; lo que dura y permanece para siempre es la Palabra de Dios. Son las palabras de Jesucristo, el único que tiene *palabras de vida eterna*.[7]

2. El sacerdote es el hombre de los sacramentos

El sacerdote es el ministro ordinario del santo sacramento del bautismo, el primero y el más necesario de los sacramentos, que como sabemos, nos hace hijos de Dios, discípulos de Jesucristo, templos vivos del Espíritu Santo, y por tanto, *si hijos*, *herederos* (Ro

[7] Cfr. Jn 6, 68.

8, 17). Nos da la gracia santificante, y esa gracia santificante es un preludio de la gloria del cielo, de tal manera que si cada uno de nosotros es fiel a las promesas del santo bautismo, ese santo bautismo nos abre las puertas del cielo y nos hace gozar de la felicidad sin fin que es ver a Dios Nuestro Señor cara a cara y gozar de la compañía de la Santísima Virgen, de todos los santos ángeles y de todos los santos.

El sacerdote es también ministro ordinario de otro gran sacramento: el sacramento de la reconciliación o penitencia. El sacerdote es aquel que en nombre y con el poder de Jesucristo ha de escuchar nuestros pecados, ha de constatar que estamos arrepentidos de los mismos, nos los perdona al levantar su mano y decir «Yo te absuelvo». Ocurre en cada confesión algo semejante a lo que ocurrió en la Tierra Santa de Nuestro Señor cuando pusieron al paralítico delante de Jesús que estaba predicando sobre el perdón de los pecados en la sinagoga: entonces pensaron *¿Cómo puede perdonar los pecados si sólo Dios puede perdonar los pecados*? (Mc 2, 7) -lo cual es exactísimo. Jesús les les dijo: *Para que veais que tengo poder de perdonar los pecados* -le ordena al paralítico- *levántate y anda toma tu camilla y vete*.[8] De esa manera muestra así que Él, que tenía poder para curar la parálisis del cuerpo, tenía poder para curar la parálisis del alma, que es el pecado.

También el sacerdote debe acudir al lecho de los enfermos -incluso de aquellos que no están tan enfermos como para estar en cama-, para llevarles el sacramento de la unción de los enfermos. Basta que haya peligro grave para que se pueda recibir el sacramento, y algunos incluso ponen cierta edad avanzada. Sacramento que no solamente da la vida del alma, sino que a veces, muchas veces, muchas más veces de lo que la gente piensa, da salud del cuerpo si es que así conviene para la salud del alma.

[8] Cfr. Mt 9, 4ss.

El sacerdote también es testigo calificado del santo sacramento del matrimonio, esa obra maravillosa de Nuestro Señor que eleva a la categoría de sacramento lo que era ese contrato natural por el cual el hombre y la mujer *dejan a su padre y a su madre para ser una sola carne* (Gn 2, 24). Maravilla que expresa, por la unión de los esposos, la unión indisoluble entre Cristo y su Iglesia, nosotros. Entre nosotros y Cristo.

Todavía, por si fuese poco, nos queda mencionar el que es el sacramento de los sacramentos, el sacramento hacia el cual se ordenan todos los otros y del cual también de alguna manera se derivan: es el sacramento del altar, el sacramento de la Sagrada Eucaristía, el sacramento sacrificial. Es el sacrificio sacramental de la Santa Misa. Nuestro Señor, queriendo nuestro bien, quiso quedarse presente bajo las apariencias de pan y de vino y quiso instaurar un nuevo sacerdocio derivado de Él por participación cuando en la Última Cena tomando el pan dijo *esto es mi cuerpo* (Lc 22, 19), tomando el cáliz dijo e*sta es mi sangre* (Mc 14, 24) y de manera especial mandó a los sacerdotes, ordenándolos, *haced esto en conmemoración mía* (Lc 22, 19).

Queridos hermanos, así como tenemos que pedir la fidelidad de los sacerdotes en la predicación de la Palabra del Dios vivo y verdadero, hemos de rezar también pidiendo por estos jóvenes sacerdotes, y por todos los sacerdotes del mundo, para que seamos fieles en la administración de los santos sacramentos; de manera especial, para que partamos el Pan de vida, ese Pan supersubstancial, ese Pan de los ángeles, ese Pan que es nuestra comida durante nuestra peregrinación por este mundo, el Pan cotidiano, la Eucaristía. Pan, que como dice el Concilio Vaticano II, «es la

fuente y cima de toda la vida cristiana»;[9] es también la «fuente y la culminación de toda la predicación evangélica».[10]

En este día, y en una ocasión tan solemne, en este pueblo que nos resulta tan querido a nosotros -porque los jujeños son queridos en toda la patria por su historia, por su bondad de corazón, por su hospitalidad, por su sentido de patria, por su educación-, quiero, en una suerte de confidencia, pedirles de manera especial por estos sacerdotes, ya que somos misioneros y varios de ellos van a partir como misioneros para los cinco continentes. Por primera vez que yo sepa en toda la historia de nuestra patria, de un grupo de sacerdotes salen misioneros para los cinco continentes: hay quienes irán a Oceanía, a Papúa Nueva Guinea; quienes irán a Asia, Tajikistán, Jordania y Hong Kong, China; hay quienes irán a Africa: Sudán y Egipto, donde las poblaciones cristianas son duramente probadas y donde se sufre persecución; hay otros que irán a Rusia, a Ucrania y a Italia, es decir Europa; hay quienes irán a América, a Canadá, Estados Unidos, Cuba, tan necesitada de sacerdotes; otros a Brasil, Guyana, Perú, y algunos quedarán en nuestra patria.

Y no sabrán ustedes sus nombres, no recordarán, tal vez, dentro de unos minutos a qué países irán, pero saben que un día estuvieron aquí en la Iglesia Catedral de San Salvador de Jujuy, participando de una primera misa en la cual participaban misioneros que iban a ir a distintas partes de la tierra. Les pido que los tengan siempre presentes en su oración, y que la Virgen, a quien de manera especial, ellos veneraron y amaron con el título de la Virgen de Río Blanco, la Virgen María, la Madre de Jesús y Madre nuestra, los proteja siempre, haga que su ministerio sea muy fecundo y

[9] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 11.

[10] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 5.

que su sacerdocio sea ejercido siempre para mayor honra y gloria de la Santa Madre Iglesia. Que así sea.

9

Nos enseñó a morir en Pascua

«Nos enseñó a morir en Pascua».[1] Esta es una hermosa expresión que encierra un sinnúmero de significados.

1. Nos enseñó

Con su ejemplo, y no con un ejemplo cualquiera, sino ardientemente: *Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer* (Lc 22, 15).

2. ¿Qué cosa nos enseñó?

A morir a nosotros mismos. A nuestros egoísmos, a nuestros amores desordenados, al propio yo que busca esclavizarse al placer, al poder y al tener. A eso nos invita aceptando por amor a nosotros su muerte cruenta en la cruz, en Pascua. Lo que también implica la Resurrección.

3. ¿En qué tiempo?

En Pascua. Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica que «Jesús escogió el tiempo de la Pascua para realizar lo que había anun-

[1] De una carta del P. Christian Adrián Ferraro, VE, autor de «*El Naufragio del progresismo. Reflexiones sobre el pensamiento de Karl Rahner*» (Arequipa 1999) 514.

ciado en Cafarnaúm: *dar a sus discípulos su Cuerpo y su Sangre*: *Llegó el día de los Ázimos*, *en el que se había de inmolar el cordero de Pascua*; (*Jesús*) *envió a Pedro y a Juan*, *diciendo*: "*Id y preparadnos la Pascua para que la comamos*" *...fueron... y prepararon la Pascua. Llegada la hora*, *se puso a la mesa con los apóstoles*; *y les dijo*: "*Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer*; *porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios*"... *Y tomó pan*, *dio gracias*, *lo partió y se lo dio diciendo*: "*Esto es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros*; *haced esto en recuerdo mío*". *De igual modo*, *después de cenar*, *tomó el cáliz*, *diciendo*: "*Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre*, *que va a ser derramada por vosotros*" (*Lc* 22, 7-20)».[2]

4. ¿POR QUÉ ELIGIÓ PASCUA?

«Al celebrar la última Cena con sus apóstoles en el transcurso del banquete pascual, Jesús dio su sentido definitivo a la pascua judía. En efecto, el paso de Jesús a su Padre por su muerte y su resurrección, la Pascua nueva, es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía que da cumplimiento a la pascua judía y anticipa la pascua final de la Iglesia en la gloria del Reino».[3]

5. ¿QUÉ SIGNIFICA PASCUA?[4]

Pascua (heb. *pésah*; aram. *pasha*, de la raíz *pasah*, «pasar», «saltar»; gr. pasja; Vg. Pascha) es un mundo de cosas.

1º. En el Antiguo Testamento la Pascua tenía dos ritos principales: el sacrificio del cordero y los panes ácimos. En un comienzo se trataba de dos fiestas,[5] que luego se fusionaron.[6]

[2] 1339.

[3] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1340.

[4] Seguimos libremente el artículo de *Enciclopedia de la Biblia* (Barcelona 1969) col. 896-898.

[5] Cfr. Ex 23, 15.

- El sacrificio del cordero (es tan esencial el cordero a la pascua que llegan a identificarse, por ejemplo, *es el sacrificio de la pascua* (Ex 12, 27) y en el Nuevo Testamento: ...*habían de sacrificar la pascua* (Lc 22, 7). En el período de vida nómada ofrecían a Dios las primicias del rebaño, significando que consagraban todo el rebaño a Él. Luego la fiesta tuvo otro significado: recordar la salida de Egipto. El cordero les recordaba la sangre de aquel cordero que les preservó del exterminio en Egipto. Se lo comía el 14 de Nissan, con la sangre del cordero se rociaban los postes de la entrada y el dintel, se comía asado, sin quebrar ningún hueso, de prisa, sin salir de casa, con verduras amargas (las *merorím*)[7], panes ácimos y lo que sobraba se tenía que quemar.

- Los panes ácimos. Desde el 15 al 21 de Nissan se tenía la fiesta de los panes ácimos o *massot*. Comienza esta fiesta cuando Israel se hace sedentario. Se ofrecía así a Dios las primicias de la siega, consagrándole toda la cosecha. No se comía el pan fermentado porque pertenecía a una cosecha anterior. Se unificó con la Pascua por ser ambas fiestas de primavera. La prohibición de comer pan fermentado les recordaba la huida de Egipto cuando el pueblo elegido tuvo que huir llevando la masa sin fermentar por la prisa para salir.[8] (Por eso la Iglesia católica de rito romano celebra la Misa con panes ácimos).

2º. En el Nuevo Testamento. La última cena de Jesús, donde instituyó la Eucaristía y el sacerdocio, fue una cena pascual,[9] en la cual incorpora un acto esencialmente nuevo, un memorial eficaz que realiza lo que significa, que produce una realidad ontológicamente nueva, lo cual da un nuevo sentido y una nueva significa-

[6] Cfr. Ex 12.

[7] Según Santo Tomás, en cuanto a su razón literal significaban: «las amarguras que en Egipto habían pasado...»; y según su razón figurativa «...en señal de la penitencia de los pecados, necesaria a los que reciben el cuerpo de Cristo» (I-II, 102, 5, ad 2).

[8] Cfr. Ex 12, 34.39.

[9] Cfr. Mt 26, 17.19; Mc 14, 12.16; Lc 22, 7.13; Jn 13, 1.

ción a la cena pascual. De tal modo que luego, en la celebración litúrgica, se suprimieron muchos elementos de tipo judío, sin ir más lejos, el mismo rito de la cena pascual.[10] Ahora tenemos «la pascua del *Hijo único* que se detiene junto al «santo de los santos» porque sabe que allí está en casa de su Padre; la pascua del *nuevo templo*, en que Jesús purifica el santuario provisional y anuncia el santuario definitivo, su cuerpo resucitado (Jn 2, 13-23; cfr. 1, 14.51; 4, 21-24; la pascua del *pan multiplicado*, que será su carne ofrecida en sacrificio (Jn 6, 51); finalmente, y sobre todo, la pascua del *nuevo cordero*, en que Jesús ocupa el puesto de la víctima pascual, instituye la nueva comida pascual y efectúa su propio éxodo, "paso" de este mundo pecador al reino del Padre (Jn 13, 1)».[11] Al dar a comer su cuerpo entregado y a beber su sangre derramada, describe su muerte como el sacrificio de la Pascua, cuyo nuevo Cordero es Él.[12] San Juan alude a Jesús-Cordero,[13] hace coincidir la inmolación del Cordero en la tarde del 14 de Nissan (Jn 18, 28; 19, 14.31.42) y la muerte en cruz de la *verdadera víctima pascual* (Jn 19, 36).[14]

De esta manera Cristo se hizo «*nuestro cordero pascual*», y en todo el Nuevo Testamento, la comparación de Jesús con el cordero, expresa el carácter sacrificial de su muerte. Esa es una gran causa para purificarse de los pecados: *Purificaos de la levadura vieja*, *para ser masa nueva*; *pues sois ázimos*. *Porque nuestro cordero pascual*, *Cristo*, *ha sido inmolado*. *Así que*, *celebremos la fiesta*, *no con vieja levadura*, *ni con levadura de malicia e inmoralidad*, *sino con ázimos de pureza y verdad* (1Cor 5, 7).

[10] MANUEL DE TUYA, *Del Cenáculo al Calvario* (Salamanca 1962) 77.

[11] PIERRE-ÉMILE BONNARD, en X. León Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica* (1980) 651-652.

[12] Cfr. Mc 14, 22-24 y par.

[13] Cfr. Jn 1, 29.36.

[14] Cfr. Mt 26, 17.19; Mc 14, 12.16; Lc 22, 7.13; Jn 13, 1.

De ahí que enseñe el Catecismo de la Iglesia Católica: «El memorial recibe un sentido nuevo en el Nuevo Testamento. Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y esta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la cruz, permanece siempre actual: "Cuantas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención".[15]

Por ser memorial de la Pascua de Cristo, la Eucaristía es también un sacrificio. El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución: *Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros* y *Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros* (Lc 22, 19-20). En la Eucaristía, Cristo da el mismo cuerpo que por nosotros entregó en la cruz, y la sangre misma que *derramó por muchos para remisión de los pecados* (Mt 26, 28)».[16]

6. ¿POR QUÉ ELIGIÓ EL SEÑOR MORIR EN PASCUA?

Porque el cordero pascual es la principal figura, en el Antiguo Testamento, de este sacramento eucarístico, ya que «es especialmente un memorial de la pasión de Cristo».[17] En efecto, el cordero pascual prefiguraba el sacramento eucarístico, en los tres aspectos del sacramento.[18]

1º. En lo que es solamente sacramento («*sacramentum tantum*»), o sea, el signo exterior, que es el pan y el vino, porque el cordero se comía con panes ácimos: *Comerán la carne... con panes ácimos* (Ex 12, 8);

[15] Cfr. MISAL ROMANO, II Domingo durante el año, Oración sobre las ofrendas.
[16] 1364-1365.
[17] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent*, 8, 1, 2.
[18] Cfr. *STh*, III, 73, 6.

2º. En lo que es sacramento y efecto (*res et sacramentum*), o sea, la cosa y el signo, es decir, el verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo inmolados, por cuanto el cordero se inmolaba por toda la multitud de los israelitas en la decimocuarta luna del equinoccio de primavera, en el hemisferio norte (en aquel tiempo fue el 14 de Nissan), lo cual fue figura de Cristo, llamado Cordero a causa de su inocencia;

3º. En lo que es solamente efecto (*res tantum*), es decir, la gracia de la unión a Cristo, porque con la sangre del cordero pascual fueron protegidos los israelitas del ángel exterminador y liberados de la esclavitud de Egipto, con lo que se figuraba la muerte y resurrección de Cristo que, por la Sangre derramada en la cruz, nos protege de todo mal y nos libera de todas las esclavitudes esenciales:

- **Del pecado y de las obras de la carne**, ya que en Cristo *tenemos la redención por su sangre*, *la remisión de los pecados según la riqueza de su gracia* (Ef 1, 7), *los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias* (Ga 5, 24);

- **De la pena del pecado**, o sea, al mundo malo: *he vencido al mundo* (Jn 16, 33), porque antes *vivíamos en servidumbre bajo los elementos del mundo* (Ga 4, 3), y al infierno, porque: *al nombre de Jesús se doble toda rodilla...en el infierno* (Flp 2, 10);

- **Del miedo a la muerte**, ya que el Hijo de Dios se encarnó *para librar a aquellos que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre* (Heb 2, 15);

- **Del poder del demonio**: *para esto apareció* (se encarnó) *el Hijo de Dios*, *para destruir las obras del diablo* (1Jn 3, 8);

- **De la esclavitud de la vieja ley**: *nos redimió de la maldición de la ley* (Ga 3, 13).[19]

Por todo esto, el cordero pascual es la figura principal de la Eucaristía, pues la representa bajo todos los aspectos.

Por eso Santo Tomás, comentando del evangelio de San Juan el texto: *Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre*... (Jn 13, 1), explica la relación de la muerte de Cristo con la fiesta de Pascua:

«La muerte de Cristo que se acercaba era su tránsito de este mundo por su pasión; y en referencia a esto (el evangelista) dijo: *Sabiendo Jesús que venía su hora*..., porque aquella solemnidad de los judíos era figura de la pasión de Cristo, pues *todo esto les acontecía en figura* (1Cor 10, 11), y por eso añade inmediatamente la verdad (de esa figura), es decir, la pasión de Cristo. Y, como explicando que «Pascua» viene de «paso» (vale decir: «tránsito»), hace mención de su «paso»: *para que pasase* -dice- *de este mundo al Padre*, con lo que da por supuesto que la pasión de Cristo... fue prevista y conveniente.

Ciertamente fue prevista -no casual- ya que en referencia a ello dijo el evangelista: *Sabiendo Jesús*, como si dijera: no padeció contra su voluntad, ignorando, sino con ciencia cierta y libremente, etc. Más adelante dirá: *Jesús*, *que sabía todo lo que le había de suceder*... (Jn 18, 4). En cambio, de nosotros se dice en el Eclesiástico: *Es grande el peligro que acecha al hombre*, *ya que este ignora lo que está por venir* (8, 6).

La pasión de Cristo también fue conveniente en cuanto al tiempo, ya que (el evangelista) dice: *Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre*, es decir, el mismo día de la Pascua, durante la cual *había de pasar* por la cruz . Afirma el Eclesiástico: *Todo asunto tiene su cuando y su cómo* (8, 6). Esta es aquella

[19] Cfr. *Const. IVE* [67].

hora de la cual Jesús antes dijo: *todavía no ha llegado mi hora* (2, 4). No hay que entender esta hora fatalmente, como sujeta al curso y a la disposición de las estrellas, sino determinada por disposición y providencia divina. Por eso -repito- fue determinada en la Pascua de los judíos, porque convenía que Cristo fuese inmolado en la solemnidad de los judíos, para que a la figura se siguiera la verdad, ya que el cordero es figura de Cristo, que es verdaderamente el Cordero de Dios. Por ello dice San Pedro: *habéis sido rescatados de la conducta necia no con algo caduco*, *oro o plata*, *sino con una sangre preciosa*, *como de cordero sin tacha y sin mancilla*, *Cristo* (1Pe 1, 18).

También convenía a su misión. Pues Cristo ya había sido glorificado, según dijera en la misma ocasión: *Ahora es glorificado el Hijo del hombre*, *y Dios es glorificado en Él* (Jn 13, 31). Además, entonces ya había manifestado el Padre al mundo: *Padre*, *manifesté tu nombre a los hombres*, *que me diste sacándolos del mundo* (Jn 17, 6). Luego, faltaba que se consumara la obra de la pasión y de la redención humana, de la que dirá más adelante: *Todo está cumplido* (Jn 19, 30), y seguidamente: *inclinando la cabeza*, *entregó el espíritu* (Jn 19, 30)».[20]

7. ¿QUÉ SIGNIFICA PASCUA?

¡Pascua!: ¡quiere decir pasión, muerte y resurrección de Cristo!, ¡quiere decir esperanza!, ¡quiere decir libertad y la más absoluta, en la docilidad al Espíritu Santo!, ¡quiere decir resurrección y vida!, ¡quiere decir fiesta!, ¡quiere decir alegría!, ¡*quiere decir Eucaristía*! En última instancia, el significado profundo y trascendente de Pascua se descubre en la Misa, perpetuación de la Pascua del Señor.

[20] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super Evangelium Iohannis lectura*, 1732-1733.

8. ¡El sacerdote es el hombre de la Pascua!

- De la Pascua anual en semana santa, corazón de todo el año litúrgico.

- De la Pascua semanal, en el primer día de la semana, que muy pronto se lo llamará día del Señor, *dies Domini*[21], el domingo (Ap 1, 10).

- De la Pascua diaria, que es su Misa, acto central de todo el día del sacerdote, y que debe ser su vida en cada instante, en consonancia con la Misa.

- De los «sacramentos pascuales».[22]

- De la Pascua trasmitida a todos los hombres y mujeres, sus hermanos y hermanas.

- De la Pascua, que son todas las «muertes» del sacerdote, que deben ser como la del Señor: en la alegría, en la libertad, en la esperanza, en la paz, comunicando vida y amando.

- De la Pascua escatológica con el encuentro definitivo del Señor, banquete celestial hacia el que todos los seres humanos caminamos, aunque no todos lleguemos. Será el «*paso*» a la eternidad. Es el Cordero degollado, pero que vive y está de pie, que atrae con señorío, durante todo el curso de la historia, a los suyos:[23] *Ellos vencieron gracias a la sangre del Cordero...*[24]

¡El sacerdote es un especialista de la Pascua!

[21] Cfr. JUAN PABLO II, *Carta apostólica «Dies Domini»* (31 de mayo de 1998).

[22] MISAL ROMANO, poscom. de la vigilia pascual y del domingo de Resurrección; cit. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 10.

[23] Cfr. Ap 5, 6-12.

[24] Cfr. Ap 12, 11.

10

Hombre célibe

Nos queremos referir a un aspecto muy importante del sacerdocio católico de rito romano: «El hecho de que se compromete a vivir como célibe».

El siglo pasado conoció un documento de la Cátedra Romana que debe ser considerado como la carta magna del celibato sacerdotal,[1] documento que hay que volver a leer y releer. Pablo VI, con gran caridad y paciencia pastoral, mencionó, una por una, las objeciones más frecuentes en contra del celibato eclesiástico, y, una por una, las refutó. En sustancia son las mismas objeciones que se levantan, sin consistencia, hoy día. Luego se publicó un destacado documento sobre orientaciones para la educación en el celibato.[2]

Pero quiero basarme, sustancialmente, en una muy hermosa catequesis de S.S. Juan Pablo II titulada: «La lógica de la consagración en el celibato sacerdotal»,[3] con algún agregado del reciente documento sobre el sacerdocio.[4]

[1] PABLO VI, *Carta encíclica «Sacerdotalis Caelibatus»* (24 de junio de 1967).

[2] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal* (Buenos Aires 1983) 111.

[3] JUAN PABLO II, *Catequesis* (17 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 30 (1993) 390.

[4] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, (Ciudad del Vaticano 1994) 119.

1. FUNDAMENTOS EVANGÉLICOS

«En los Evangelios, cuando Jesús llamó a sus primeros Apóstoles para convertirlos en pescadores de hombres,[5] ellos, *dejándolo todo*, *le siguieron* (Lc 5, 11; cfr. Mt 4, 20.22; Mc 1, 18.20). Un día Pedro mismo recordó ese aspecto de la vocación apostólica, diciendo a Jesús: *Ya lo ves*, *nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido* (Mt 19, 27; Mc 10, 28; cfr. Lc 18, 28). Jesús, entonces enumeró todas las renuncias necesarias, *por mí y por el Evangelio* (Mc 10, 29). No se trataba sólo de renunciar a ciertos bienes materiales como la casa o la hacienda, sino también de separarse de las personas más queridas: *hermanos*, *hermanas*, *madre*, *padre e hijos* -como dicen Mateo y Marcos-, y de *mujer*, *hermanos*, *padres o hijos* -como dice Lucas (18, 29).

Observamos aquí la diversidad de vocaciones. Jesús no exigía de todos sus discípulos la renuncia radical a la vida en familia, aunque les exigía a todos el primer lugar en su corazón cuando les decía: *el que ama a su padre o a su madre más que a mí*, *no es digno de mí*; *el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí* (Mt 10, 37). La exigencia de renuncia efectiva es propia de la vida apostólica o de la vida de consagración especial. Al ser llamados por Jesús, *Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan*, no dejaron sólo la barca en la que estaban *arreglando sus redes*, sino también a su padre, con quien se hallaban (Mt 4, 22; cfr. Mc 1, 20).

Esta constatación nos ayuda a comprender mejor el porqué de la legislación eclesiástica acerca del celibato sacerdotal. En efecto, la Iglesia lo ha considerado y sigue considerándolo como parte integrante de la lógica de la consagración sacerdotal y de la consecuente pertenencia total a Cristo, con miras a la actuación consciente de su mandato de vida espiritual y de evangelización.

[5] Cfr. Mt 4, 19; Mc 1, 17; Lc 5, 10.

De hecho, en el evangelio de Mateo, poco antes del párrafo sobre la separación de las personas queridas que acabamos de citar, Jesús expresa con fuerte lenguaje semítico otra renuncia exigida *por el reino de los cielos*, a saber, la renuncia al matrimonio: *hay eunucos* -dice- *que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los cielos* (Mt 19, 12). Es decir, que se han comprometido con el celibato para ponerse totalmente al servicio de la buena nueva del Reino[6]».[7]

2. Otros fundamentos neotestamentarios

«El apóstol Pablo afirma en su primera carta a los Corintios que ha tomado resueltamente ese camino, y muestra con coherencia su decisión, declarando: *el no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, está por tanto dividido* (1Cor 7, 32-34). Ciertamente, no es conveniente que esté dividido quien ha sido llamado para ocuparse, como sacerdote, de las cosas del Señor. Como dice el Concilio, el compromiso del celibato, derivado de una tradición que se remonta a Cristo, "está en múltiple armonía con el sacerdocio... Es, en efecto, signo y estímulo al mismo tiempo de la caridad pastoral y fuente peculiar de fecundidad espiritual en el mundo"[8]».[9] De ahí que enseñe el Directorio que el motivo teológico espiritual del celibato es evangélico: «Como todo valor evangélico, también el celibato debe ser vivido como una novedad liberadora, como testimonio de radicalidad en el seguimiento de Cristo y como signo de la realidad escatológica... es

[6] Cfr. Mt. 4, 23; 9, 35; 24, 34.

[7] JUAN PABLO II, *Catequesis* (17 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 30 (1993) 390.

[8] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Prebyterorum Ordinis»*, 16.

[9] JUAN PABLO II, *Catequesis* (17 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 30 (1993) 390.

entrega de sí mismo "en" y "con" Cristo a su Iglesia, y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia "en" y "con" el Señor».[10]

3. Praxis de las Iglesias Orientales

«Es verdad que en las Iglesias Orientales muchos presbíteros están casados legítimamente según el Derecho Canónico que les corresponde. Pero también en esas Iglesias los obispos viven el celibato y así mismo cierto número de sacerdotes. La diferencia de disciplina, vinculada a condiciones de tiempo y lugar valoradas por la Iglesia, se explica por el hecho de que la continencia perfecta, como dice el Concilio, "no se exige, ciertamente, por la naturaleza misma del sacerdocio".[11] No pertenece a la esencia del sacerdocio como orden y, por tanto, no se impone en absoluto en todas las Iglesias. Sin embargo, no hay ninguna duda sobre su *conveniencia* y, más aún su *congruencia* con la exigencia del orden sagrado. Forma parte, como se ha dicho, de la lógica de la consagración».[12]

4. Jesucristo, ideal del célibe

«El ideal concreto de esa condición de vida consagrada es Jesús, modelo para todos, pero especialmente para los sacerdotes. Vivió célibe y, por ello, pudo dedicar todas sus fuerzas a la predicación del reino de Dios y al servicio de los hombres, con un corazón abierto a la humanidad entera, como fundador de una nueva generación espiritual. Su opción fue verdaderamente *por el reino de los cielos* (Mt 19, 12).

[10] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 58-59.

[11] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Prebyterorum Ordinis*», 16.

[12] JUAN PABLO II, *Catequesis* (17 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 30 (1993) 390.

Jesús, con su ejemplo, daba una orientación, que se ha seguido. Según los evangelios parece que los Doce, destinados a ser los primeros en participar de su sacerdocio, renunciaron, para seguirlo, a vivir en familia. Los evangelios no hablan jamás de mujeres o de hijos cuando se refieren a los Doce aunque nos hacen saber que Pedro, antes de que Jesús lo hubiera llamado estaba do[13]».[14]

5. JESUCRISTO PROPUSO UN IDEAL.

«Jesús no promulgó una *ley*, sino que propuso un ideal del celibato para el nuevo sacerdocio que instituía. Ese ideal se ha afirmado cada vez más en la Iglesia. Puede comprenderse que en la primera fase de propagación y desarrollo del cristianismo un gran número de sacerdotes fueron hombres casados, elegidos y ordenados siguiendo la tradición judaica. Sabemos que en las cartas a Timoteo (1 3, 2-3) y a Tito (1, 6) se pide que, entre las cualidades de los hombres elegidos como presbíteros, figure la de ser buenos padres de familia, casados con una sola mujer (es decir, fieles a su mujer). Es una fase de la Iglesia en vías de organización y, por decirlo así, de experimentación de lo que, como disciplina de los estados de vida, corresponde mejor al ideal y a los *consejos* que el Señor propuso. Basándose en la experiencia y en la reflexión la disciplina del celibato ha ido afirmándose paulatinamente, hasta generalizarse en la Iglesia Occidental, en virtud de la legislación canónica. No era sólo la consecuencia de un hecho jurídico y disciplinar: era la maduración de una conciencia eclesial sobre la oportunidad del celibato sacerdotal por razones no sólo históricas y prácticas sino también derivadas de la congruencia, captada cada vez mejor, entre el celibato y las exigencias del sacerdocio».[15]

[13] Cfr. Mt 8, 14; Mc 1, 30; Lc 4, 38.
[14] JUAN PABLO II, *Catequesis* (17 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 30 (1993) 390.
[15] JUAN PABLO II, *Catequesis* (17 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 30 (1993) 390.

6. Conveniencia íntima de celibato y sacerdocio

«El Concilio Vaticano II enuncia los motivos de esa *conveniencia íntima* del celibato con respecto al sacerdocio: "Por la virginidad o celibato guardado por amor del reino de los cielos, se consagran los presbíteros de nueva y excelente manera a Cristo, se unen más fácilmente a Él con corazón indiviso, se entregan más libremente en Él y por Él, al servicio de Dios y de los hombres, sirven más expeditamente a su reino y a la obra de regeneración sobrenatural y se hacen más aptos para recibir más dilatada paternidad en Cristo... y así evocan aquel misterioso connubio, fundado por Dios y que ha de manifestarse plenamente en lo futuro, que se hace ya presente por la fe y la caridad, y en el que los hijos de la resurrección no tomarán ni las mujeres maridos ni los hombres mujeres".[16]

Esas son razones de noble elevación espiritual que podemos resumir en los siguientes elementos esenciales: una adhesión más plena a Cristo, amado y servido con un corazón indiviso;[17] una disponibilidad más amplia al servicio del reino de Cristo y a la realización de las propias tareas de la Iglesia; la opción más exclusiva de una fecundidad espiritual;[18] y la práctica de una vida más semejante a la vida definitiva del más allá y, por consiguiente, más ejemplar para la vida de aquí. Esto vale para todos los tiempos, incluso para el nuestro, como razón y criterio supremo de todo juicio y toda opción en armonía con la invitación a *dejarlo todo*, que Jesús dirigió a sus discípulos y, especialmente, a sus Apóstoles. Por esa razón el Sínodo de los obispos de 1971 confirmó: "La ley

[16] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 16; cfr. *Exhortación apostólica post-sinodal* «*Pastores Dabo Vobis*» (25 de marzo de 1992)», 29.50; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1579

[17] Cfr. 1Cor 7, 32-33.

[18] Cfr. 1Cor 4, 15.

del celibato sacerdotal, vigente en la Iglesia latina, debe ser mantenida íntegramente"[19]».[20]

7. Dificultades innegables

«Es verdad que hoy la práctica del celibato encuentra obstáculos, a veces incluso graves, en las condiciones subjetivas y objetivas en la que los sacerdotes se hallan. El Sínodo de los obispos las ha examinado pero ha considerado que también las dificultades actuales son superables, si se promueven "las condiciones aptas, es decir: el incremento de la vida interior mediante la oración, la abnegación, la caridad ardiente hacia Dios y hacia el prójimo, y los demás medios de la vida espiritual; el equilibrio humano mediante la ordenada incorporación al campo complejo de las relaciones sociales; el trato fraterno y los contactos con otros presbíteros y con el obispo adaptando mejor para ello las estructuras pastorales y también con la ayuda de la comunidad de los fieles"(ib.)».[21] Indica el Directorio: «Para custodiar con amor el don recibido, en un clima de exasperado permisivismo sexual, éstos deberán encontrar en la comunión con Cristo y con la Iglesia, y en la devoción a Santa María Virgen, así como en la consideración del ejemplo de los sacerdotes santos de todos los tiempos, la fuerza necesaria para superar las dificultades, que encuentran en su camino y para actuar con aquella madurez, que los hace creíbles ante el mundo».[22]

«Es una especie de desafío que la Iglesia lanza a la mentalidad, a las tendencias y a la seducciones de este siglo, con una voluntad

[19] *L'Osservatore Romano* 3 (1971) 5.

[20] JUAN PABLO II, *Catequesis* (17 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 30 (1993) 390.

[21] JUAN PABLO II, *Catequesis* (17 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 30 (1993) 390.

[22] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 119, 60; PABLO VI, *Carta encíclica «Sacerdotalis Caelibatu»* (24 de junio de 1967) 79-81; JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 29.

cada vez más renovada de coherencia y de fidelidad al ideal evangélico. Para ello, aunque se admite que el Sumo Pontífice puede valorar y disponer lo que hay que hacer en algunos casos, el Sínodo de 1971 reafirmó que en la Iglesia latina "no se admiten ni siquiera en casos particulares la ordenación presbiteral de hombres casados"(ib.). La Iglesia considera que la conciencia de consagración total madurada a lo largo de los siglos sigue teniendo razón de subsistir y de perfeccionarse cada vez más».[23] Por eso señala el Directorio la firmeza de la Iglesia católica en sostener, defender y mantener el celibato para los sacerdotes: «La Iglesia, convencida de las profundas motivaciones teológicas y pastorales, que sostienen la relación entre celibato y sacerdocio, e iluminada por el testimonio, que confirma también hoy -a pesar de los dolorosos casos negativos- la validez espiritual y evangélica en tantas existencias sacerdotales, ha confirmado, en el Concilio Vaticano II y repetidamente en el sucesivo Magisterio Pontificio, la "firme voluntad de mantener la ley, que exige el celibato libremente escogido y perpetuo para los candidatos a la ordenación sacerdotal en el rito latino".[24] El celibato, en efecto, es un don, que la Iglesia ha recibido y quiere custodiar, convencida de que este es un bien para sí misma y para el mundo».[25]

8. PEDIR Y COMPRENDER EL DON DEL CELIBATO

«Así mismo la Iglesia sabe, y lo recuerda juntamente con el Concilio a los presbíteros y a todos los fieles, que "el don del celibato, tan en armonía con el sacerdocio del Nuevo Testamento, será libremente dado por el Padre, con tal que quienes participan

[23] JUAN PABLO II, *Catequesis* (17 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 30 (1993) 390.

[24] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 29. Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 16; PABLO VI, *Carta encíclica «Sacerdotalis Caelibatus»* (24 de junio de 1967) 14; CIC, c. 277.

[25] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 57.

del Sacerdocio de Cristo por el sacramento del Orden e incluso toda la Iglesia, lo pidan humildemente e insistentemente».[26]

Pero quizá, antes, es necesario pedir la gracia de comprender el celibato sacerdotal, que sin duda alguna encierra cierto misterio: el de la exigencia de audacia y de confianza en la fidelidad absoluta a la persona y a la obra redentora de Cristo, con un radicalismo de renuncias que ante los ojos humanos puede parecer desconcertante. Jesús mismo al sugerirlo, advierte que no todos pueden comprenderlo.[27] ¡Bienaventurados los que reciben la gracia de comprenderlo y siguen fieles por ese camino!».[28]

[26] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 16.

[27] Cfr. Mt 19, 10-12.

[28] JUAN PABLO II, *Catequesis* (17 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 30 (1993) 390.

11

Hombre de celo

Enseña San Alfonso María de Ligorio,
a quien seguimos en este sermón,
que este es el más importante de todos los discursos
en la predicación de Ejercicios al clero,
y a la vez el más útil, dando la razón:
«porque si se consigue que uno de los sacerdotes se resuelva,
como hay que esperarlo de la gracia de Dios,
a darse de lleno a la salvación del prójimo,
se habrá conseguido no tan sólo la salvación de un alma,
sino la de ciento y la de mil que se salvarán
por medio de este sacerdote».[1]

Este tema lo desarrolla San Alfonso en cuatro puntos:

1- Obligación de todos los sacerdotes en trabajar para salvar almas;

2- Gozo que causa a Dios ese sacerdote que trabaja por el prójimo;

3- Salvación y premio que tendrá;

4- Del fin, de los medios y de las obras del sacerdote celoso de la salvación del prójimo.

[1] *Obras ascéticas*, t. II, (Madrid 1954) 141ss.

I. OBLIGACIÓN DE TODOS LOS SACERDOTES DE TENER CELO POR LAS ALMAS

Se dice que: «Hay muchos y hay pocos sacerdotes; muchos de nombre, pero pocos por sus obras»,[2] y agrega San Alfonso: «El mundo está lleno de sacerdotes, pero son contados los que se esfuerzan por ser sacerdotes de verdad, es decir, por satisfacer el oficio y la dignidad del sacerdote, que es salvar las almas».[3] Pocos se esfuerzan por salvar almas: «la obra más divina entre las divinas es la obra de la salvación de las almas».[4] Jeremías los llama pescadores y cazadores.[5] San Clemente dice: «Después de Dios, es el Dios de la tierra»,[6] puesto que por medio de los sacerdotes se forman los santos aquí abajo. «Sin sacerdotes, no habría santos en la tierra»,[7] dice San Ignacio de Antioquía, mártir.

Grandísima es la dignidad de los sacerdotes; pero es grandísima también su doble obligación: *Porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados*; *y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados*, *por estar también él envuelto en flaqueza* (Heb 5, 1-2).

«Su oficio es ganar almas y no plata»,[8] enseña San Ambrosio. Su mismo nombre sacerdote expresa la naturaleza de sus funciones: *sacra docens* (según san Antonino), o *sacra dans* (según Santo Tomás), y presbítero, de *praebens íter* (según Honorio de Autún), el que abre al pueblo el camino por donde se va al cielo. Por tanto,

[2] *Hom. in Mt*, 43.

[3] Decía el P. LEONARDO CASTELLANI: «En realidad en la Argentina faltan unos doscientos cincuenta sacerdotes, pero sobran unos quinientos...», *El Evangelio de Jesucristo* (Buenos Aires 1976) 273-4.

[4] PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *De cael. Hierarch.*, c. 3.

[5] Cfr. Jr 16, 16.

[6] *Const. Apos.*, l. 2, c. 2.

[7] *Epis. Ad Trull.*

[8] *Serm. 78 in c.1 Is.*

el sacerdote debe ser el guía y sostén de las almas por el camino de la salvación.

San Jerónimo enseña: «Si quieres desempeñar el oficio de sacerdote haz de modo que salves tu alma salvando la de los demás».[9] Pero si la sal no sala ¿para qué sirve?

Es médico (Orígenes, San Jerónimo), pero «si el médico huye de los enfermos» -se pregunta San Buenaventura- «¿quién los cuidará?».[10] Los sacerdotes tienen la misión de extirpar los vicios y las máximas perniciosas de los pueblos y hacer que florezcan las virtudes y las máximas eternas. Dios le impone la misma obligación que a Jeremías: *Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir*, *para perder y derrocar*, *para reconstruir y plantar* (Jer 1, 10).

¿Cómo podrá excusarse de pecado el negligente y perezoso? ¿No escuchará acaso, *Quitadle*, *por tanto*, *su talento y dádselo al que tiene los diez talentos. Porque a todo el que tiene*, *se le dará y le sobrará*; *pero al que no tiene*, *aun lo que tiene se le quitará. Y a ese siervo inútil*, *echadle a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el rechinar de dientes* (Mt 25, 28-30)?

«Al sacerdote no le bastará para salvarse vivir santamente, porque se perderá con quienes se perderán por culpa suya»,[11] dice San Próspero, sea por negligencia o por miedo a pecar (vano temor). Los sacerdotes negligentes serán reos ante Dios de todas las almas que podían haber auxiliado y que se perdieron por su negligencia, enseñaba San Gregorio Magno.[12]

[9] *Epis. ad Paul.*
[10] *De sex. alis.*, c.5.
[11] *De vita cont.*, l.1, c.20.
[12] *Past.*, p. 1ra., c.5.

2. Del placer que causa a Dios el sacerdote que se dedica a la salvación de las almas

Para darse cuenta de cómo desea Dios la salvación de las almas, basta sólo considerar lo que ha hecho en la obra de la redención humana. Bien claro patentizó Jesucristo este su deseo cuando dijo: *con un bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustia la mía hasta que se cumpla*! (Lc 12, 50). Parecíale desfallecer por el ansia que tenía de ver realizada la obra de redención, que salvaría a los hombres. De esto infiere justamente San Juan Crisóstomo que «no hay cosa más cara a Dios que la salvación de las almas».[13] Decía San Lorenzo Justiniano hablando al sacerdote: «Si te preocupa la honra de Dios, no la podrás buscar de modo mejor que trabajando en la salvación de las almas».[14] Dice San Bernardo que a los ojos de Dios un alma vale tanto como el mundo entero; de ahí que escribiera el Crisóstomo que «quien convierte una sola alma, agrada más a Dios que si repartiera todos sus bienes en limosnas».[15] Asegura Tertuliano que «Dios estima tanto la salvación de una ovejuela que anda fuera de camino como la salvación de todo el rebaño».[16] Por esto decía el Apóstol: *me amó y se entregó por mí* (Ga 2, 20).

El espíritu eclesiástico, escribe Luis Habert, «consiste precisamente en el ardiente celo de promover la gloria de Dios y la salvación del prójimo».

Después de haber preguntado el Salvador a Pedro, hasta tres veces, si le amaba, seguro ya de su amor, no le recomendó como prueba de tal amor, sino que tuviera cuidado de las almas. Comenta San Juan Crisóstomo: «pudiera haber dicho: si me amas, despréndete del dinero, ayuna, duerme sobre la tierra, agota el cuerpo

[13] *In Gen.*, hom.3.
[14] *De Compunct.*, p. 2da., n.3.
[15] *In 1Cor*, c. 3.
[16] *De Poen.*

a trabajos. Pero no; sólo dijo *apacienta mis ovejas*».[17] Y San Agustín comenta la palabra *mías*, suponiendo que el Señor quiso decir: Apaciéntalas *como mías*, no *como tuyas*; en ella busca mi gloria y no la tuya, mi provecho y no el tuyo.[18]

Decía San Pablo que para alcanzar la salvación de los prójimos hubiera aceptado ser separado de Jesucristo (por algún tiempo, como explican los intérpretes): *pues desearía ser yo mismo anatema por parte de Cristo en bien de mis hermanos según la carne* (Ro 9, 3). San Juan Crisóstomo «deseaba ser mirado como objeto de excreción con tal de que se convirtieran sus súbditos».[19] San Buenaventura declaraba que recibiría tantas muertes cuantos pecadores había en el mundo, para que todos se salvaran. San Francisco de Sales, hallándose entre los herejes del Chablais, no dudó en lo más crudo del invierno, de pasar a gatas una viga helada que cruzaba el río, expuesto a sufrimientos y peligro, a trueque de poder ir a predicar a aquellas gentes. San Cayetano, hallándose en Nápoles en el año 1547, cuando se desarrolló aquella terrible revolución, al ver que se perdían tantas almas, se sintió tan profundamente afectado, que murió de puro dolor. San Ignacio de Loyola decía que, aún cuando estuviese cierto de su eterna salvación, si muriese en aquella hora, sin embargo elegiría permanecer en la tierra aún en la incertidumbre de salvarse, si con ello pudiera continuar ayudando a las almas.

He aquí el celo por las almas de que están animados todos los sacerdotes amantes de Dios; y, sin embargo, sacerdotes hay que por la más mínima excusa, por no exponerse a un trabajillo o por recelo de cualquier enfermedad, descuidan la ayuda de las almas. Y en esto faltan también los que a las veces tienen la cura de almas. Decía San Carlos Borromeo que el párroco que quiera adop-

[17] *Serm. de B. Philog.*
[18] *In Io.*, tr.123, n.5.
[19] *In Act.*, hom.3.

tar toda clase de comodidades y utilizar cuánto pueda para favorecer la salud corporal, nunca podrá desempeñar bien sus obligaciones. Y añadía que el párroco nunca se debía acostar sino después de tres ataques de fiebre.

3. De cómo asegura la salvación eterna el sacerdote que trabaja en la salvación de las almas y del extraordinario premio que por ello tendrá en el cielo

Difícilmente muere mal el sacerdote que en la vida se sacrificó en bien de las almas. *Cuando... des tu pan al hambriento y sacies el alma humillada*, *irradiará en las tinieblas tu luz... Y Yahveh te conducirá de continuo... y fortalecerá tus huesos* (Is 58, 10-11). Si empleares tu vida, dice el profeta, en ayudar al alma necesitada y la consolares en sus aflicciones, cuando lleguen las tinieblas de tu muerte temporal, el Señor te llenará de luz y te librará de la muerte eterna. Esto era lo que decía San Agustín: «Si salvaste un alma predestinaste la tuya». Y antes lo había dicho el Apóstol Santiago: *entienda que el que convierte un pecador del extravío de su camino*, *salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de los pecados* (Sant 5, 20).

Los sacerdotes que se sacrificaron por las almas oirán que en la muerte Dios mismo les anuncia el descanso eterno: *Sí -dice el Espíritu-*, *que descansen de sus trabajos*, *porque sus obras los acompañan* (Ap 14, 13).

«Si merece gran recompensa, dice San Gregorio, quien libra a un hombre de la muerte temporal, ¿cuánto mayor la merecerá quien libre a un alma de la muerte eterna y le asegure una vida que

no tendrá fin?».[20] El sacerdote que se condena no se condena solo; pero el sacerdote que se salva, ciertamente no se salva solo.

No se abata ni renuncie a misión tan importante el sacerdote que, luego de trabajar por llevar las almas a Dios, no ve coronados sus esfuerzos con el éxito. Sacerdote mío, dícele San Bernardo para infundirle ánimos, a pesar de ello no desconfíes y cree firmemente en el premio que te aguarda. Dios no exige de ti la curación de estas almas; tú procura solamente curarlas y Él te recompensará, no según el resultado de los esfuerzos, sino según los esfuerzos mismos.[21] San Buenaventura confirma también lo dicho, añadiendo que el sacerdote no merecerá menos por los esfuerzos desarrollados con quienes poco o ningún éxito se consigue que con aquellos en quienes el éxito es completo.[22] Añade el mismo santo que el labrador que cultiva una tierra árida y pedregosa, aun cuando el rendimiento sea exiguo, merece mayor recompensa; con lo que quiere significar que el sacerdote que se afana por llevar a Dios algún obstinado, aun cuando no lo llevare, crecerá el premio en proporción al crecimiento de sus trabajos.

4. Del fin, de los medios y de las obras del sacerdote celoso

1º. Del fin que se ha de proponer.

Si queremos recibir de Dios el premio de las fatigas por la salvación de las almas, hemos de hacer lo que hacemos, no por respetos humanos ni por honra propia nuestra o por ganancia terrena, sino sólo por Dios y por su gracia; de no hacerlo así, en vez de premio reportaremos castigo. Decía San José de Calasanz que

[20] *Moral.*, l.19, c.16.
[21] *De cons*, l.4, c. 2.
[22] *Se sex alis*, c. 5.

sería grande nuestra locura si, cansándonos como nos cansamos, esperáramos de los hombres recompensa terrenal.

Y como escribe San Próspero, hay quienes se esfuerzan no para hacerse mejores, sino para enriquecerse; no para adquirir la santidad, sino para disfrutar los honores. Dice Pedro de Blois: «Cuando se tiene que proveer un beneficio, ¿se pregunta quizás cuántas almas hay que ganar para Dios? No, sino que lo que se indaga es cuáles son sus rentas». Muchos, dice el Apóstol, *buscan sus propios intereses*, *no los de Jesucristo* (Flp 2, 21). «¡Oh abuso detestable, subordinar el cielo a la tierra!», decía San Juan de Ávila.

El autor de la *Obra imperfecta* escribe: «Somos obreros a sueldo de Jesucristo; y así como no hay quien contrate un obrero para que no haga más que comer, así no hemos sido llamados por Cristo solamente para cuidar de nuestros intereses, sino por la gloria de Dios».[23] De aquí concluye San Gregorio que los sacerdotes no han de gozar con estar frente a los hombres, sino por hacerles el bien posible.[24] El único fin, por lo tanto, que se ha de proponer el sacerdote que trabaja en bien de las almas ha de ser la gloria de Dios.

2º. De los medios que ha de emplear.

En cuanto a los medios que se han de emplear para ganar almas para el Señor, he aquí lo que sobre todo hay que hacer:

- Ante todo hay que atender a la propia santificación. El medio principal para convertir a las almas de los pecadores es la santidad del sacerdote. Dice San Euquerio que los sacerdotes, con las fuerzas que les da la santidad, son quienes sostienen el mundo. Y

[23] *Hom. 34 in Mt.*
[24] *Past.*, p.2da., c.6.

Santo Tomás: «El sacerdote, como mediador, está encargado de unir pacíficamente a los hombres con Dios».[25]

Decía San Felipe Neri: «Dadme diez sacerdotes animados del Espíritu de Dios, y yo respondo de la conversión del mundo entero». ¡Qué no hizo en Oriente San Francisco Javier! Dicen que él solo convirtió miles de infieles. ¡Qué no hizo en Europa San Patricio o San Vicente Ferrer! Más almas convertirá a Dios un sacerdote medianamente instruido, pero que ama mucho a Dios, que cien sacerdotes de gran sabiduría, pero poco fervorosos. Por eso Juan Pablo II en su primera carta a los sacerdotes (Jueves Santo de 1979) les decía: «estar al día (*aggiornados*) es ser santos»[26].

- En segundo lugar, para recoger gran cosecha de almas hay que dedicarse mucho a la oración, porque en esta se han de recibir de Dios las luces y los sentimientos fervorosos, para poderlos después comunicar a los demás: *Lo que os digo en la oscuridad*, *decidlo a la luz del día* (Mt 10, 27).

3º. De las obras del sacerdote celoso.

He aquí algunas obras a las que se ha de consagrar el sacerdote celoso:

- Ha de atender a la corrección de los pecadores. Los sacerdotes que ven las ofensas de Dios y se callan merecen llamarse como los llama Isaías, *perros mudos*, *incapaces de ladrar* (Is 56, 10). A estos perros mudos les serán imputados todos los pecados que pudieron impedir y no impidieron.

¡Cosa extraña!, exclama San Bernardo: «Con que cae un asno, y se encuentra fácilmente no pocos que se presten a levantarlo; se pierde el hombre y no hay quien lo levante...».[27] Sin embargo, dice

[25] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, 3, 26, a1.
[26] Cfr. «Carta del Papa a los sacerdotes», *L'Osservatore Romano* 15 (1979) 186.
[27] *De cons.*, l.4, c.6.

San Gregorio, el sacerdote está especialmente establecido por Dios para enseñar el buen camino al que anda extraviado; y por eso añade San León que el sacerdote que no indica a los fieles su extravío, demuestra que el mismo anda extraviado. Escribe San Gregorio que nosotros, «los sacerdotes del Señor, matamos a tantas almas cuantas vemos perecer sin trabajar por ir en su auxilio».[28]

- El sacerdote celoso ha de trabajar en el ministerio de la predicación. Por medio de la predicación se convirtió el mundo a la fe de Jesucristo, como dijo el apóstol: *la fe viene de la audición, y la audición por la palabra de Cristo* (Ro 10, 17). Por la predicación se conserva la fe y el temor de Dios en los fieles. Los sacerdotes que no se sienten capacitados para predicar, al menos procuren siempre que les sea dable, en sus conversaciones con familiares y amigos, hablar algo que sea de edificación, contar algún ejemplo edificante practicado por los santos o insinuar alguna máxima.

- El sacerdote ha de asistir a los moribundos, puesto que esta es la obra de caridad más agradable a Dios y la más útil para la salvación de las almas, ya que en el momento de morir los hombres enfermos, por una parte están más tentados del demonio y, por otra, menos dispuestos a valerse por sí mismos. Hay quienes al ir a ayudar a los moribundos encuentran la muerte de la propia alma. Además quien no pueda predicar, al menos enseñe la doctrina a los niños y aldeanos, muchos de los cuales vivirán en los campos, sin poder ir a las Iglesias, y por ello vegetando en la ignorancia hasta de las verdades principales de la fe.

Finalmente, persuadámonos de que el principal ejercicio en bien de las almas es oírlas en confesión. Decía el Ven. P. Luis Florillo, dominico, que predicar es lanzar las redes, al paso que confesar es subir a bordo la captura de la pesca.

[28] *In Ez.*, hom.2.

Antes de recibir el sacerdocio, dice San Juan Crisóstomo, debías haber examinado si te atreverías a desempeñar este ministerio; pero ahora que ya eres sacerdote no hay opción al examen, sino al trabajo, y si no lo eres hazte hábil. Aducir ahora como excusa la ignorancia -continúa el santo doctor- equivale a acusarte de una segunda falta para excusarte de la primera.

Sacerdotes hay que se dan al estudio de mil cosas inútiles y descuidan el estudio de las cosas necesarias para trabajar fructuosamente en la salvación de las almas. En suma, que es fuerza que el sacerdote únicamente ha de procurar la salvación de las almas. Por esto quiso San Silvestre que los días de la semana, no se llamaran sino con el nombre de ferias, es decir, vacaciones. Con lo que han de aprender (son sus palabras) que han de prescindir de cualquier otra cosa, a trueque de vacar únicamente a las cosas de Dios.

Antes de que fueras sacerdote dice San Atanasio, podías hacer lo que querías, más ahora que lo eres, tienes que emplearte en desempeñar el oficio para el que fuiste ordenado. Y ¿cuál es este oficio? Uno de los principales es trabajar por la salvación de las almas, como ya hemos demostrado y lo confirma San Próspero con estas palabras: «a los sacerdotes se ha confiado el cuidado de las almas como propia atribución suya».

* * *

Queridos hermanos:

Mirando el celo del Corazón de Jesús por las almas, ¡imitémosle!

Si observamos atentamente, toda la fuerza de la argumentación de San Alfonso reside en el peso de la eternidad. Eso es tan así, que cuando en un sacerdote la eternidad deja de contar, se vuelve estéril al desaparecer esta del horizonte de su vida. Lo importante es el peso de la eternidad para tener celo por las almas. Si falta

esto, falta todo. Por eso, siempre hay que cuidar en nuestra conciencia *el peso eterno de gloria incalculable* (2Cor 4, 17). La Santa Misa es la escuela privilegiada en donde se aprende a valorar la eternidad, por varias razones: allí se perpetúa la Nueva Alianza, que es eterna por la preordenación eterna de Dios; que es eterna por la herencia de vida eterna dispuesta en la Nueva Alianza; que es eterna porque es eterna la persona de Cristo, con cuya sangre se sella la Nueva Alianza.[29] Por eso se dice en las Plegarias Eucarísticas: «*...pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación...*» (I); que «*merezcamos... compartir la vida eterna*» (II); «*...esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria...*» (III y V); «*así celebremos el gran misterio que nos dejó como alianza eterna*» (IV); «*...te cantaremos la acción de gracias de Jesucristo, tu Ungido, que vive eternamente*» (Rec I); «*...en el banquete de la unidad eterna...*» (Rec II). Y luego de la comunión, reza en secreto el sacerdote: «*...y que el don que nos haces en esta vida nos aproveche para la eterna*».[30] La importancia pastoral de la eternidad es insoslayable. Cuando el sacerdote pierde de vista la eternidad es porque ya está en el abismo. Ha perdido su identidad sacerdotal y se convirtió en sal que pierde su sabor y carece de celo por las almas. Sacerdote sin celo, es sacerdote que antes ha descuidado la Eucaristía.

Evitemos los errores que se suelen dar en este tema en la formación sacerdotal:

-algunos se rehusan a todo apostolado por creer que es activismo (o puede caer en él) y caen en el quietismo: contra esto, dedicar al apostolado TODO el tiempo señalado.

-otros, muy inquietos, llevados por el celo desordenado, caen en el activismo (o americanismo): contra esto dedicar al apostolado SOLO el tiempo señalado.

-hay quienes creen que el seminario no debe formar PASTORES.

[29] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, 3, 78, 3, ad4.
[30] MISAL ROMANO, *Ordinario de la Misa*, 150.

-hay quienes creen que el apostolado del Seminario es el mal necesario (y entonces, con astucia se borran del apostolado).

- hay quienes creen que el apostolado es una excusa para salir del Seminario y pasear.

-hay quienes creen que es un apéndice (y, ¡no!, es esencial, aunque debe ser graduado).

-hay quienes creen que los seminaristas «no hacen nada» (porque no celebran Misa, no confiesan...).

-hay quienes creen que el apostolado obstaculiza la contemplación (confunden la vida contemplativa con la vida vegetativa).

¡Tomemos el ejemplo de Cristo «Buen Pastor»!

¡Y de María Santísima «Estrella de la evangelización»!

Capítulo 6

Lo que el sacerdote debe ser (II)

1

La locura de la cruz[1]

La sabiduría de la cruz fue la sabiduría que atrajo al sacerdote. Percibió, aún en confuso, que sólo en la escuela de Cristo se enseña la lección maravillosa y única de la cruz. Se dio cuenta que la cruz es locura a los ojos del mundo, pero alzando los ojos a Cristo crucificado comprendió que *la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres* (1Cor 1, 25).

Y pensó: «Si el Verbo se hizo carne, si el Hijo de Dios, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, por amor a los hombres se encarnó en las entrañas de la Santísima Virgen; si Él, Hijo de Dios, me enseñó que el camino verdadero está en la cruz, y Él no puede equivocarse porque así lo dijo: S*i alguno de vosotros quiere ser mi discípulo*, *niéguese a sí mismo*, *tome su cruz y sígame* (Mt 16, 24), entonces no hay otro camino para la santidad que el camino de la cruz». Y luego, alzando los ojos, vio en la cruz a aquel Hijo con los brazos extendidos -como abrazándolo a él y a toda la humanidad- y con los pies clavados -como esperándolo a él y a toda la humanidad- y allí se dio cuenta de que no solamente se contentó nuestro Señor con enseñar que hay que tomar la cruz, sino que Él fue el primero en dar ejemplo. Y de allí en más no quiso saber nada *fuera de Jesucristo y Jesucristo crucificado* (1Cor 2, 2).

[1] Este sermón fue predicado en la parroquia del pueblo de un neo-sacerdote destinado a Ucrania.

Y así fue como la cruz de Cristo le robó el corazón y lo conquistó y lo entusiasmó, y lo arrojó a la aventura más grande que exista para el hombre sobre la tierra: la entrega total a Dios. Y es por eso que no hay sobre la tierra cosa más hermosa que un corazón sacerdotal, un corazón que se entrega al Señor con un amor irrestricto e indiviso.

Y porque se enamoró de la cruz se amadrinó con ella, y más aún, se desposó con ella. Todo auténtico sacerdote se desposa con la cruz, por eso es que suele haber mucho dolor en la vida sacerdotal: la vocación sacerdotal no es una vocación a pasarla bien; es una vocación a pasarla mal, porque ha de tener que sufrir incomprensión, maledicencia, ingratitud, persecución. Y muchas veces hasta ha de llorar porque, como dice San Juan de Ávila, los sacerdotes «son los ojos de la Iglesia cuyo oficio es llorar los males todos que vienen al cuerpo», como lloró Jesús en la cruz.

Y a veces, el dolor y el llanto se presentan aún sin querer. Recuerdo que en mis primeros años sacerdotales habíamos organizado el Viernes Santo un *Via Crucis* viviente al que fue muchísima gente. El sábado me senté desde la mañana en el confesonario -estuve más de 11 horas, haciendo algunos pequeños descansos-; al día siguiente, era el día de fiesta de Pascua, había muchas confesiones, y además tuve que celebrar tres misas con tres predicaciones. Al mediodía pude ir a casa y almorzar con mis padres y mis hermanos. Luego volví a la parroquia para la misa vespertina, tomé el colectivo de la 17:30 que salía desde el parque y, en un momento determinado, me dí cuenta que caían lágrimas de mis ojos. Inmediatamente me recompuse y reflexioné sobre qué cosa había provocado esas lágrimas furtivas y no buscadas, y me di cuenta pero eran todos los pecados que yo esos días había escuchado y todo el sufrimiento de esas almas, ya que no hay mayor castigo al pecador que el pecado, a la vez que la experiencia de la ternura de Dios. En otra oportunidad, había fallecido uno de los nuestros, el seminarista Marcelo Javier Morsella. Uno tenía que estar sereno delante de los seminaristas -a los que ya les dolía

demasiado su muerte como para todavía agregar un dolor a sus lágrimas-, así que había que guardar esas lágrimas. Pero me daba cuenta a la mañana, que aparecía la almohada mojada, porque de noche, durmiendo, lloraba lo que no podía llorar de día.

Es la cruz la que le da al sacerdote bravura y coraje; es la cruz la que hace posible que, aún cocido a cicatrices, una sonrisa brote siempre de sus labios y la risa cristalina sea la rúbrica de todas sus obras; es la cruz la que le da al sacerdote sed de cosas grandes; es la cruz la que lo enardece a la misión de tal manera que el mundo -Oriente y Occidente, norte y sur- resulta chico para el corazón de un sacerdote misionero. Ella lanza a grandes gestas y a gestas que pueden llegar a ser épicas.

Por último, quiero hacer una última reflexión, y es respecto al pueblo: no al azar Dios elige libremente de tal familia un sacerdote, no al azar Dios elige de tal pueblo un sacerdote; la elección es una gracia para esa familia, para ese pueblo, y como tal, nace libremente del infinito amor de Dios. Don Orione decía: «de la familia de un sacerdote se salva hasta la tercera y cuarta generación»[2]. Y no es al azar que Dios haya elegido de un pueblo a un misionero al que lo han destinado a Ucrania, un país cristiano de 55 millones de habitantes -entre los cuales varios millones son católicos- que ha sufrido en los últimos 40 años la esclavitud del comunismo. Es enviado a un pueblo que ha sufrido mucho, que ha dado muchos mártires y santos a la Iglesia, y si Dios ha suscitado esto en este pueblo, a mi modo de ver, tiene que ser porque en este pueblo hubo y hay algo muy santo que es lo que está alcanzando todas estas gracias.

Entonces quiero decirles a todos, con el corazón en la mano, que así como este pueblo recibe una bendición tan grande como es el tener a este, su primer hijo misionero que los reúne junto al

[2] También lo decía SAN JUAN BOSCO; cfr. *Biografía y Escritos* (Madrid [2]1967) 320.

altar de Cristo para celebrar su primera Misa, así pido que cuando él regrese a su tierra natal -tal vez sea cada dos años- lo reciban como si fuese para su primera Misa: que se prepare el pueblo poniéndose en gracia de Dios, confesándose el tiempo que sea necesario, y que se despida un domingo donde él pueda celebrar una Misa solemne, cantada, donde se escuche la predicación que él trae anotada en su corazón después de haberse gastado y desgatado en países lejanos, porque les va a hablar para su bien, les va a hablar para el mejor bien que puede hacer que es el bien de sus almas.

Y así como dije en otro lugar, creo que habría que hacer un voto a perpetuidad de celebrarlo al sacerdote misionero cada vez que venga a su pueblo. Incluso se podría instituir que el segundo domingo de octubre, que es la Jornada Mundial de Oración por todas las misiones y por los misioneros -establecida por el Papa- se ofrezca la misa por el misionero, hijo predilecto del pueblo. Hasta podría quedar establecido por escrito, y lo podría hacer no solamente el párroco, sino también el que es la cabeza de la sociedad civil o sea el intendente con su consejo de delegados. ¿Porqué? Porque el don de Dios hay que saberlo agradecer y hay que saber seguir mereciéndolo, y además porque para él -que va estar allá pasando todas las dificultades que se puedan imaginar- va a ser siempre una gran ayuda saber que su pueblo se acuerda de él en la oración, y va a sentir ese respaldo moral de todos los que pidan por él.

También debería festejarse la fiesta del hijo misionero como si fuese una fiesta patronal, porque se festeja al misionero que se va para predicar el evangelio. Y como el evangelio de manera especial debe ser predicado a los pobres, que se haga antes de ese día, el día de la fiesta, la visita a los pobres; dándoles todo lo que necesiten -vestido, calzado, lo que sea- para que el día de la fiesta puedan venir. Y si no vienen -porque los pobres son muy pudorosos- hay que llevarles comida para que festejen hasta una semana después del día de fiesta.

Creo que amor con amor se paga; cuando se recibe algún bien hay que disponerse a devolver bienes, sabiendo que Dios no se deja ganar en generosidad. Hay que formar detrás de él como un solo hombre y poner en práctica aquello que enseñó de manera solemne el Concilio Vaticano II cuando de manera especial, sobre la misión *ad gentes*, dice que «la Iglesia es por naturaleza misionera».[3]

Viendo tantos beneficios que trajo a la humanidad la cruz de Cristo deben decir siempre como el apóstol San Pablo en la carta a los Gálatas: *yo sólo me gloriaré en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo* (Ga 6, 14).

Que Santa Rosa de Lima reciba el ofrecimiento de estos jóvenes sacerdotes y reciba también el voto a perpetuidad del pueblo; cuando lo hagan, si lo llegan a hacer. Que ella, Santa Rosa de Lima, que fue el primer lirio que brotó de América Latina, de la América hispana, haga que así como hasta ahora hemos estado recibiendo misioneros de otros lados, así ahora de aquí salgan misioneros para otros lados, y aunque nosotros necesitemos sacerdotes tenemos que aprender, como dijeron los Obispos latinoamericanos en Santo Domingo, a saber dar de nuestra pobreza[4]; cosa que entiende maravillosamente el pueblo santiagueño que es tan solidario y generoso. Que Santa Rosa nos consiga esa bendición. Las obras de Dios no son al azar, las bendiciones de Dios nos comprometen a seguir adelante, a hacer cosas grandes. Finalmente, el hombre no vale por lo material; el hombre vale por su alma espiritual e inmortal por la cual es *imagen y semejanza de Dios* (Gn 1, 26).

[3] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia «Ad gentes»*, 2.

[4] Cfr. IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Conclusiones* (Santo Domingo 1992) 180.

Que la Santísima Virgen, de la cual el sacerdote ya desde niño fue tan tierno amador, siempre nos lo proteja. Que así sea.

2

Los «novios» de la Cruz

Es algo común que cuando un joven decide su vocación sacerdotal o religiosa (o una joven su consagración a Dios), a los familiares aún los más cercanos y aún muy buenos, les duele -¡y mucho!- esa decisión. Algunas veces porque hay un amor carnal desordenado por los hijos, o no hay una visión más madura de la fe, o por otros motivos, pero generalmente es motivada por los sufrimientos y sacrificios que el joven tendrá que pasar. ¡Sacrificios demasiado reales como para negarlos!

I

Si somos ***sacerdotes***, debemos ser necesariamente ***víctimas***. Observen que digo ***necesariamente***, no es una cuestión meramente optativa. ¿Por qué? Porque el Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo, se ofrece en cada Misa como Víctima, y ofrece a todos los bautizados, en especial, a sus ***ministros*** o ***celebrantes***: «debemos ofrecer a Dios todas las cosas y a nosotros mismos, y orar por todos».[1] Por eso todo sacerdote, según su estado y condición, debe configurarse con Cristo Víctima, o sea, todo sacerdote y cada uno de los sacerdotes deben llevar su cruz y participar, a su manera, del estado de víctima del Salvador del mundo. Todos los bautizados somos ofrecidos por Cristo, pero especialmente lo es el sacerdote cuando repite en nombre del Señor: **«**...***es mi Cuerpo***

[1] *Imitación de Cristo*, IV, 9.

que será entregado... es el cáliz de mi Sangre que será derramada...».[2] Es algo anejo a nuestra vocación, como dio a entender claramente nuestro Señor Jesucristo a San Pablo: «...***es un vaso de mi elección... Y yo le mostraré cuánto deberá sufrir por mi nombre»*** (He 9, 15-16).

A esta llamada a participar en el estado de víctima «debemos responder prácticamente, vitalmente, para que Cristo haga lo que Él quiera hacer de nosotros».[3] De ahí, que nos enseñe la *«Imitación»*: «bienaventurado el que se ofrece al Señor en holocausto cada vez que celebra o comulga».[4] Enseñaba San Gregorio Magno: «los que celebramos los misterios de la Pasión de Cristo debemos imitar lo que hacemos»;[5] San Gregorio Nacianceno: «nadie puede acercarse con verdad al Dios Grande, a nuestro Sacerdote y Víctima, si él mismo no es víctima viva y santa, si no se ofrece a sí mismo en sacrificio espiritual»;[6] San Juan María Vianney: «el sacerdote hace cosas maravillosas cuando se ofrece cada día en sacrificio»;[7] y Pío XI: «es preciso unir en el augusto sacrificio eucarístico la inmolación de los ministros y de los demás fieles».[8] Éste es el sentido de las palabras dichas en nuestra ordenación sacerdotal: «***comprended lo que hacéis, imitad lo que tratáis***».

II

San Pablo lo enseña con claridad meridiana:

[2] *Misal Romano*, Plegaria Eucarística I, nn. 104-105, etc. Usamos la Edición típica con el texto unificado en lengua española aprobado por la Conferencia Episcopal Española y confirmado por la Sagrada Congregación para el Culto Divino, Coeditores Litúrgicos 2001.

[3] R. GARRIGOU-LAGRANGE, OP., *La unión del sacerdote con Cristo Sacerdote y Víctima* (Barcelona 2001) 86.

[4] *Imitación de Cristo*, IV, 10, 7.

[5] SAN GREGORIO MAGNO, *Diálogos*, IV, 59.

[6] *Apología*, cit. en GARRIGOU-LAGRAGE, *La unión del sacerdote...*, 89-90.

[7] Cit. en GARRIGOU-LAGRAGE, *La unión del sacerdote...*, 91.

[8] PÍO XI, *Carta encíclica «Miserentissimus Redemptor»* (8 de mayo de 1928) 8.

1. La vocación al sacerdocio es vocación a la cruz, somos sacerdotes y víctimas: «*en cuanto a mí, ¡Dios me libre gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!*» (Gal 6, 14).

2. Es una vocación al morir místico, al morir espiritual, día a día: «*cada día estoy a la muerte ¡sí hermanos! gloria mía en Cristo Jesús Señor nuestro, que* ***cada día estoy en peligro de muerte***» (1Cor 15, 31). «***¡Cotidie morior!***».

3. Ser sacerdote es ser sucesor de los Apóstoles en la consagración de la Eucaristía, y de los Apóstoles está dicho: «*porque pienso que a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar,* ***como condenados a muerte****...*» (1Cor 4, 9).

4. El camino del sacerdote es como el de Cristo, siempre hacia la cruz, siempre hacia el Calvario: «¿Ministros de Cristo? - ¡Digo una locura!- ¡Yo más que ellos! Más en trabajos; más en cárceles; muchísimo más en azotes; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez ape*dreado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé en el abismo. Viajes frecuentes; peligros de ríos; peligros de salteadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; trabajo y fatiga; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez. Y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abrase...?*» (2Cor 11, 23-33).

¡Éste es el programa sacerdotal!, por eso decía San Pío de Pietrelcina: «***yo amo la cruz, la cruz sola***».[9] De ahí que los sacerdotes debemos ser «***los "novios" de la cruz***»: somos pretendientes

[9] Cfr. SAN PÍO DE PIETRELCINA, *Epist.* I (San Giovanni Rotondo 2004) 335.

que aspiramos a la cruz, la cortejamos, la galanteamos siendo atentos, corteses y obsequiosos para captar su amor; buscamos de deleitarla, adularla y agradarla alabando sus atractivos y bondades sin fin, reconociendo sus infinitas riquezas. ¡De ella cuelga el Salvador del mundo! Se establece entre ella y nosotros una relación muy especial, digamos, que esponsalicia, que produce tanto la misteriosa *ciencia* de la cruz, como la misteriosa *alegría* que produce la misma cruz.

Todo es posible con este programa de la cruz. Con él no hay lugar para ningún fracaso pastoral, como recordaba el Papa Juan XXIII del Santo Cura de Ars: «...bien conocida es la respuesta que dio a un compañero, cuando éste se quejaba de la poca eficacia de su ministerio: "Habéis orado, habéis llorado, gemido y suspirado. Pero ¿habéis ayunado, habéis velado, habéis dormido en el suelo, os habéis disciplinado? Mientras a ello no lleguéis, no creáis haberlo hecho todo"[10]».[11]

III

Pero para abrazarnos de verdad a la cruz es absolutamente necesario morir a uno mismo. Cuando el sacerdote ministerial vive de verdad la vida de Cristo Cabeza y Pastor, en sí mismo, comprende muy bien sus múltiples limitaciones y miserias, sabe que todavía hay cosas que le esclavizan impidiéndole vivir en plenitud la libertad de los hijos de Dios. Entiende muy bien que el principal enemigo del hecho de ser víctima es el amor propio desordenado. Comienza a gustar de *las humillaciones* y recibe los desprecios con serenidad. Entiende que debe estar atento para ir despojándose de todos los defectos para que reine en toda su vida la grandeza de Cristo. Tiene en poco sus propias virtudes -que son recibidas y limitadas- y comienza a *amar como bien propio, las perfecciones propias*

[10] Cfr. *Archivo secreto Vaticano* C. SS. Rituum, *Processus*, 227, 53.
[11] JUAN XXIII, *Carta encíclica «Sacerdotti Nostri Primordia»* (1 de agosto de 1959) 24.

del mismo Cristo. Lo que parece *grande* a los ambiciosos y soberbios, a él le parece *nada*, porque ha renunciado a su propia gloria. Deja de quejarse voluntariamente.

El amor propio es *insidioso*, o sea, malicioso y dañino, con apariencias inofensivas, a veces toma el disfraz del honor, o de la propia dignidad, otras veces asume la defensa de la fe, o de la espiritualidad, o de la liturgia, o de la pastoral... no subordinándose al amor a Dios, sino buscándose a sí mismo. Quienes este mal padecen fomentan la estima desordenada de sí mismos; de sus cualidades; buscan la alabanza de los demás; no ven los defectos propios, pero aumentan los defectos de los demás; suelen ser rígidos con los otros, e indulgentes con ellos mismos... Por el contrario, deberíamos repetir siempre: «***bien ha estado para mí ser humillado...***» (Sl 119, 71).

¡Debemos luchar denodadamente contra el amor propio desordenado, durante toda nuestra vida!

IV

La esterilidad o la fecundidad del sacerdote dependen del grado en que se abrace o se rechace la cruz, del grado en que se de a sí mismo a Dios. Dice Santa Teresa de Jesús: «y como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos; mas no se da a sí del todo hasta que nos damos del todo. Esto es cosa cierta y, porque importa tanto, os lo recuerdo tantas veces; ni obra en el alma, como cuando del todo, sin embarazo, es suya...».[12]

Sacerdote que, de hecho, vitalmente, rechace la cruz, que no se niegue del todo a sí mismo, será estéril, por el contrario, quien ame la cruz será muy fecundo. Porque como víctima puede compadecerse de las debilidades de los feligreses, a ejemplo de Jesu-

[12] SANTATERESA DE JESÚS, *Camino de perfección* 28, 12. Cfr. *Obras Completas* (Madrid 2006) 354.

cristo: «**pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas...**» (Heb 4, 15). El sacerdote carga sobre sí con los dolores, sufrimientos, debilidades, pecados... de sus hermanos los hombres, de todos los hombres y mujeres, de toda la humanidad dolorida, sin excluir a nadie.

En este sentido el sacerdote debe ofrecerse como víctima:

1º. En la presentación de los dones que tiene carácter ofertorial.

2º. En la consagración del pan y del vino: «***esto es mi Cuerpo... éste es el cáliz de mi Sangre***».[13]

3º. En la doxología del final del Canon: «***por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos***».[14]

4º. En la comunión.

El sacerdote que no ha comprendido vitalmente esta doctrina, pierde mucho tiempo, fantasea con muchas cosas, entiende bien poco de la Encarnación redentora, edifica sobre arena, le faltarán hijos que alegren la mesa eucarística. La perfección de su sacerdocio se encuentra en el estado de víctima, por el que se configura, también, con Cristo, de lo contrario no ha comprendido el alcance de su vocación.

¡Nuestra naturaleza caída no quiere la cruz!

¡El mundo que nos toca vivir no quiere la cruz!

¡Hay algunos consagrados que no quieren la cruz!

[13] *Misal Romano*, Plegaria Eucarística I, nn. 104-105, etc.
[14] *Misal Romano*, Plegarias Eucarísticas, Doxología final.

¿Nosotros qué haremos? San Pío de Pietrelcina dejó escrita en la estampa recordatorio de su primera Misa: «...yo sea... por Ti, sacerdote santo, víctima perfecta».[15]

V

Algunos de vuestros padres y madres tuvieron una alegría muy especial el día de vuestra ordenación, (recuerdo que el día de mi ordenación mi madre me dijo: «me parecía tocar el cielo con las manos»), porque los vieron a ustedes muy felices y porque comprendieron que después de la cruz viene la luz; que no hay Viernes Santo sin Domingo de Resurrección; y que ser víctimas con la Víctima nos permite llegar a ser resucitados con el Resucitado.

Por eso debemos decir con Santa Teresita del Niño Jesús: «se cansará Dios de probarme antes que yo deje de confiar en Él»;[16] y, sobre todo: «he llegado a no poder sufrir, porque me es dulce todo sufrimiento».[17]

Nunca nos olvidemos que: «el sacerdote lleva en sí la imagen de Cristo, en cuya persona y con cuyo poder pronuncia las palabras para consagrar. Y así (en la Santa Misa) de algún modo es una misma realidad el sacerdote y la víctima».[18]

Le pedimos a la Santísima Virgen la gracia de llegar a ser: «***sacerdotes santos, víctimas perfectas*».** Finalmente, queremos ser: ¡los «novios» de la cruz!

[15] El 14 de agosto de 1910 en Pietrelcina.

[16] *Procès Apostolique*, 472.

[17] Cfr. SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS, *Obras Completas*. Últimas conversaciones (Burgos 2003) 800.

[18] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 83, ad 3: «*Sacerdos gerit imaginem Christi, in cuius persona et virtute verba pronuntiat ad consacrandum. Et ita quodammodo idem est sacerdos et hostia*».

3

Nudo de relaciones[1]

El sacerdocio es, esencialmente, comunión. Por eso el sacerdocio es un nudo de relaciones. Nudo que son lazos que se estrechan y cierran de modo que es casi imposible que se puedan soltar, y cuanto más se los tironea, más se los aprieta. Un nudo de múltiples y multiformes relaciones. De ahí que el vivir el sacerdocio como misterio de comunión, es algo nunca alcanzado en total perfección. Tomaremos algunos elementos del «Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros».[2]

1. Relación con la Santísima Trinidad

Con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo.

Origen primero y fin último de todo cuanto existe. Principio y fundamento, en especial, de todo hombre y mujer creados a su imagen y semejanza. Dice el Directorio:

En comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo

«Si es verdad que todo cristiano, por medio del Bautismo, está en comunión con Dios Uno y Trino, es también cierto que, a

[1] Esta expresión la tomo de ANTOINE DE SAINT EXUPERY, creo que de *Piloto de guerra*.

[2] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994).

causa de la consagración recibida con el sacramento del Orden, el sacerdote es constituido en una relación particular y específica con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. En efecto, "nuestra identidad tiene su fuente última en la caridad del Padre. Al Hijo - Sumo Sacerdote y Buen Pastor- enviado por el Padre, estamos unidos sacramentalmente a través del sacerdocio ministerial por la acción del Espíritu Santo. La vida y el ministerio del sacerdote son continuación de la vida y de la acción del mismo Cristo. Esta es nuestra identidad, nuestra verdadera dignidad, la fuente de nuestra alegría, la certeza de nuestra vida".[3]

La identidad, el ministerio y la existencia del presbítero están, por lo tanto, relacionadas esencialmente con las Tres Personas Divinas, en orden al servicio sacerdotal de la Iglesia».[4]

EN EL DINAMISMO TRINITARIO DE LA SALVACIÓN

«El sacerdote, como prolongación visible y signo sacramental de Cristo, estando como está frente a la Iglesia y al mundo como origen permanente y siempre nuevo de salvación,[5] se encuentra insertado en el dinamismo trinitario con una particular responsabilidad. Su identidad mana del "*ministerium Verbi et sacramentorum*", el cual está en relación esencial con el misterio del amor salvífico del Padre,[6] y con el ser sacerdotal de Cristo, que elige y llama personalmente a su ministro a estar con Él, así como con el Don del Espíritu,[7] que comunica al sacerdote la fuerza necesaria para dar

[3] JUAN PABLO II, «Mensaje de los Padres sinodales al Pueblo de Dios», *L'Osservatore Romano* 43 (1990) 603; cit. por CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 3.

[4] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 3.

[5] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 16.

[6] Cfr. Jn 17, 6-9; 1Cor 1, 1; 2Cor 1, 1.

[7] Cfr. Jn 20, 21.

vida a una multitud de hijos de Dios, convocados en el único cuerpo eclesial y encaminados hacia el Reino del Padre».[8]

RELACIÓN INTIMA CON LA TRINIDAD

«De aquí se percibe la característica esencialmente relacional[9] de la identidad del sacerdote.

La gracia y el carácter indeleble conferidos con la unción sacramental del Espíritu Santo[10] ponen al sacerdote en una relación personal con la Trinidad, ya que constituye la fuente del ser y del obrar sacerdotal; tal relación, por tanto, debe ser necesariamente vivida por el sacerdote de modo íntimo y personal, en un diálogo de adoración y de amor con las Tres Personas divinas, sabiendo que el don recibido le fue otorgado para el servicio de todos».[11]

CARÁCTER SACRAMENTAL

«En la ordenación presbiteral, el sacerdote ha recibido el sello del Espíritu Santo, que ha hecho de él un hombre signado por el carácter sacramental para ser, para siempre, ministro de Cristo y de la Iglesia. Asegurado por la promesa de que el Consolador permanecerá *con él para siempre* (Jn 14, 16-17), el sacerdote sabe que nunca perderá la presencia ni el poder eficaz del Espíritu Santo, para poder ejercitar su ministerio y vivir la caridad pastoral como

[8] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 4.

[9] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 5.

[10] Cfr. CONCILIO DE TRENTO, *DS* 1763-1778; JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 11-18; *Catequesis* (31 marzo 1993), *L'Osservatore Romano* 14 (1993) 171.

[11] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 5.

don total de sí mismo para la salvación de los propios hermanos».[12]

COMUNIÓN CON LA TRINIDAD Y CON CRISTO

«A la luz de todo lo ya dicho acerca de la identidad sacerdotal, la comunión del sacerdote se realiza, sobre todo, con el Padre, origen último de toda su potestad; con el Hijo, de cuya misión redentora participa; con el Espíritu Santo, que le da la fuerza para vivir y realizar la caridad pastoral, que lo cualifica como sacerdote.

Así, "no se puede definir la naturaleza y la misión del sacerdocio ministerial si no es desde este multiforme y rico entramado de relaciones que brotan de la Santísima Trinidad y se prolongan en la comunión de la Iglesia, como signo, en Cristo, de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano"[13]».[14]

INVOCACIÓN AL ESPÍRITU

«Mediante el carácter sacramental e identificando su intención con la de la Iglesia, el sacerdote está siempre en comunión con el Espíritu Santo en la celebración de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía y de los demás sacramentos.

En cada sacramento, es Cristo, en efecto, quien actúa en favor de la Iglesia, por medio del Espíritu Santo, que ha sido invocado con el poder eficaz del sacerdote, que celebra *in persona Christi*[15]».[16]

[12] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 8.

[13] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 12; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 1.

[14] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 20.

[15] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decrecto sobre el ministero y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 5; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1120.

NECESIDAD ACTUAL DE LA FORMACIÓN PERMANENTE

«La formación permanente es una exigencia, que nace y se desarrolla a partir de la recepción del sacramento del Orden, con el cual el sacerdote no es sólo "consagrado" por el Padre, "enviado" por el Hijo, sino también "animado" por el Espíritu Santo».[17]

2. RELACIÓN CON EL VERBO ENCARNADO

Segunda Persona de la Santísima Trinidad hecha hombre: con todos los misterios de su vida, pasión, muerte y resurrección. Con lo que hizo y enseñó. De manera particular con la Eucaristía, como sacramento sacrificial y como sacrificio sacramental.

RAÍZ SACRAMENTAL

«Mediante la ordenación sacramental hecha por medio de la imposición de las manos y de la oración consacratoria del Obispo, se determina en el presbítero "un vínculo ontológico específico, que une al sacerdote con Cristo, Sumo Sacerdote y Buen Pastor".[18]

La identidad del sacerdote, entonces, deriva de la participación específica en el Sacerdocio de Cristo, por lo que el ordenado se transforma en la Iglesia y para la Iglesia, en imagen real, viva y transparente de Cristo Sacerdote: "una representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor".[19] Por medio de la consagración, el sacerdote "recibe como don un poder espiritual, que es participa-

[16] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 10.

[17] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 69.

[18] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 11.

[19] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 15.

ción de la autoridad con que Jesús, mediante su Espíritu, guía a la Iglesia".[20]

Esta identificación sacramental con el Sumo y Eterno Sacerdote inserta específicamente al presbítero en el misterio Trinitario y, a través del misterio de Cristo, en la comunión ministerial de la Iglesia para servir al Pueblo de Dios[21]».[22]

IDENTIDAD ESPECÍFICA

«La dimensión cristológica -al igual que la trinitaria- surge directamente del sacramento, que configura ontológicamente con Cristo Sacerdote, Maestro, Santificador y Pastor de su Pueblo.[23]

A aquellos fieles, que -permaneciendo injertados en el sacerdocio común- son elegidos y constituidos en el sacerdocio ministerial, les es dada una participación indeleble al mismo y único sacerdocio de Cristo, en la dimensión pública de la mediación y de la autoridad, en lo que se refiere a la santificación, a la enseñanza y a la guía de todo el Pueblo de Dios. De este modo, si por un lado, el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico están ordenados necesariamente el uno al otro -pues uno y otro, cada uno a su modo, participan del único sacerdocio de Cristo-, por otra parte, ambos difieren esencialmente entre sí.[24]

[20] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 21; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2; 12.

[21] Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 12c.

[22] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 2.

[23] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 18-31; *Decrecto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2; CIC c. 1008.

[24] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 10; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 2.

En este sentido, la identidad del sacerdote es nueva respecto a la de todos los cristianos que, mediante el Bautismo, participan, en conjunto, del único sacerdocio de Cristo y están llamados a darle testimonio en toda la tierra.[25] La especificidad del sacerdocio ministerial se sitúa frente a la necesidad, que tienen todos los fieles de adherir a la mediación y al señorío de Cristo, visibles por el ejercicio del sacerdocio ministerial.

En su peculiar identidad cristológica, el sacerdote ha de tener conciencia de que su vida es un misterio insertado totalmente en el misterio de Cristo de un modo nuevo y específico, y esto lo compromete totalmente en la actividad pastoral y lo gratifica[26]».[27]

EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA: EL MISTERIO EUCARÍSTICO

«La Eucaristía -memorial sacramental de la muerte y resurrección de Cristo, representación real y eficaz del único Sacrificio redentor, fuente y culmen de la vida cristiana y de toda la evangelización-[28] es el medio y el fin del ministerio sacerdotal, ya que "todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado están íntimamente trabados con la Eucaristía y a ella se ordenan".[29] El presbítero, consagrado para perpetuar el Santo Sacrificio, manifiesta así, del modo más evidente, su identidad.

[25] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el apostolado de los seglares* «*Apostolicam Actuositatem*», 3; JUAN PABLO II, *Exortación Apostólica post-sinodal* «*Christifideles Laici*» (30 diciembre 1988), 14.

[26] Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 13-14; *Catequesis* (31 marzo 1993), *L'Osservatore Romano* 14 (1993) 171.

[27] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 6.

[28] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 5.

[29] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 5.

De hecho, existe una íntima unión entre la primacía de la Eucaristía, la caridad pastoral y la unidad de vida del presbítero:[30] en ella encuentra las señales decisivas para el itinerario de santidad al que está específicamente llamado».[31]

CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

«Es necesario recordar el valor incalculable, que la celebración diaria de la Santa Misa tiene para el sacerdote, aún cuando no estuviere presente ningún fiel.[32] Él la vivirá como el momento central de cada día y del ministerio cotidiano, como fruto de un deseo sincero y como ocasión de un encuentro profundo y eficaz con Cristo. Pondrá cuidadosa atención para celebrarla con devoción, y participará íntimamente con la mente y el corazón».[33]

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

«La centralidad de la Eucaristía se debe indicar no sólo por la digna y piadosa celebración del Sacrificio, sino aún más por la adoración habitual del Sacramento.

El presbítero debe mostrarse modelo de la grey también en el devoto cuidado del Señor en el sagrario y en la meditación asidua que hace -siempre que sea posible- ante Jesús Sacramentado. Es conveniente que los sacerdotes encargados de la dirección de una comunidad dediquen espacios largos de tiempo para la adoración en comunidad, y tributen atenciones y honores, mayores que a cualquier otro rito, al Santísimo Sacramento del altar, también fuera de la Santa Misa. "La fe y el amor por la Eucaristía hacen

[30] Cfr. *Ibid* 5, 13; SAN JUSTINO, *Apología* I, 67: *PG* 429-432; SAN AGUSTÍN, *In Iohannis Evangelium Tractatus*, 26, 13-15: CCL 36, 266-268.

[31] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 48.

[32] Cfr. CIC, c. 904.

[33] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 49.

imposible que la presencia de Cristo en el sagrario permanezca solitaria"[34]».[35]

3. Relación con la Virgen

Las virtudes de la Madre

«Existe una "relación esencial... entre la Madre de Jesús y el sacerdocio de los ministros del Hijo", que deriva de la relación que hay entre la divina maternidad de María y el sacerdocio de Cristo.[36]

En dicha relación está radicada la espiritualidad mariana de todo presbítero. La espiritualidad sacerdotal no puede considerarse completa sino toma seriamente en consideración el testamento de Cristo crucificado, que quiso confiar Su Madre al discípulo predilecto y, a través de él, a todos los sacerdotes, que han sido llamados a continuar Su obra de redención.

Como a Juan al pie de la cruz, así es confiada María a cada presbítero, como Madre de modo especial.[37]

Los sacerdotes, que se cuentan entre los discípulos más amados por Jesús crucificado y resucitado, deben acoger en su vida a María como a su Madre: será Ella, por tanto, objeto de sus continuas atenciones y de sus oraciones. La Siempre Virgen es para los sacerdotes la Madre, que los conduce a Cristo, a la vez que los

[34] JUAN PABLO II, *Catequesis* (9 junio 1993), *L'Osservatore Romano* 24 (1993) 299; cfr. *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 48; CONGREGACIÓN DE RITOS, *Instrucción «Eucharisticum Mysterium»*, 50; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1418.

[35] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 50.

[36] Cfr. JUAN PABLO II, *Catequesis* (30 junio 1993), *L'Osservatore Romano* 27 (1993) 359.

[37] Cfr. Jn 19, 26-27.

hace amar auténticamente a la Iglesia y los guía al Reino de los Cielos.

Todo presbítero sabe que María, por ser Madre, es la formadora eminente de su sacerdocio: ya que Ella es quien sabe modelar el corazón sacerdotal; la Virgen, pues, sabe y quiere proteger a los sacerdotes de los peligros, cansancios y desánimos: Ella vela, con solicitud materna, para que el presbítero pueda crecer en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres.[38]

No serán hijos devotos, quienes no sepan imitar las virtudes de la Madre. El presbítero, por tanto, ha de mirar a María si quiere ser un ministro humilde, obediente y casto, que pueda dar testimonio de caridad a través de la donación total al Señor y a la Iglesia.[39]

Obra maestra del Sacrificio sacerdotal de Cristo, la Virgen representa a la Iglesia del modo más puro, *sin mancha ni arruga*, totalmente *santa e inmaculada* (Ef 5, 27). La contemplación de la Santísima Virgen pone siempre ante la mirada del presbítero el ideal al que ha de tender en el ministerio en favor de la propia comunidad, para que también esta última sea *Iglesia totalmente gloriosa* mediante el don sacerdotal de la propia vida».[40]

El amor a María se manifiesta visiblemente en el rezo del Santo Rosario.[41]

[38] Cfr. Lc 2, 40.

[39] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 18b.

[40] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 68.

[41] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 39- 82.

4. Relación con la Iglesia

Comunión con la Iglesia

«De esta fundamental unión-comunión con Cristo y con la Trinidad deriva, para el presbítero, su comunión-relación con la Iglesia en sus aspectos de misterio y de comunidad eclesial.[42] En efecto, es en el interior del misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, donde se revela toda identidad cristiana y, por tanto, también la específica y personal identidad del presbítero y de su ministerio.

Concretamente, la comunión eclesial del presbítero se realiza de diversos modos. Con la ordenación sacramental, en efecto, el presbítero entabla vínculos especiales con el Papa, con el Cuerpo episcopal, con el propio Obispo, con los demás presbíteros, con los fieles laicos».[43]

"En" la Iglesia y "ante" la Iglesia

«Cristo, origen permanente y siempre nuevo de la salvación, es el misterio principal del que deriva el misterio de la Iglesia, su Cuerpo y su Esposa, llamada por el Esposo a ser signo e instrumento de redención. Cristo sigue dando vida a su Iglesia por medio de la obra confiada a los Apóstoles y a sus Sucesores.

A través del misterio de Cristo, el sacerdote, ejercitando su múltiple ministerio, está insertado también en el misterio de la Iglesia, la cual "toma conciencia, en la fe, de que no proviene de sí misma, sino por la gracia de Cristo en el Espíritu Santo".[44] De tal

[42] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 8.

[43] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 21.

[44] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 16.

manera, el sacerdote, a la vez que está en la Iglesia, se encuentra también ante ella[45]».[46]

PARTÍCIPE EN CIERTO MODO, DE LA ESPONSALIDAD DE CRISTO

«El sacramento del Orden, en efecto, no sólo hace partícipe al sacerdote del misterio de Cristo Sacerdote, Maestro, Cabeza y Pastor, sino -en cierto modo- también de Cristo "Siervo y Esposo de la Iglesia".[47] Esta es el "Cuerpo" de Cristo, que Él ha amado y ama hasta el extremo de entregarse a Sí mismo por Ella;[48] Cristo regenera y purifica continuamente a su Iglesia por medio de la palabra de Dios y de los sacramentos;[49] se ocupa el Señor de hacer siempre más bella[50] a su Esposa y, finalmente, la nutre y la cuida con solicitud.[51]

Los presbíteros -colaboradores del Orden Episcopal-, que constituyen con su Obispo un único presbiterio[52] y participan, en grado subordinado, del único sacerdocio de Cristo, también participan, en cierto modo, -a semejanza del Obispo- de aquella dimensión esponsal con respecto a la Iglesia, que está bien signifi-

[45] Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 16.

[46] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 12.

[47] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 3.

[48] Cfr. Ef 5, 25.

[49] Cfr. Ef 5, 26.

[50] Cfr. Ef 5, 26.

[51] Cfr. Ef 5, 29.

[52] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*» 28; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 7; *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 28; *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia* «*Ad Gentes*», 19; JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 17.

cada en el rito de la ordenación episcopal con la entrega del anillo.[53]

Los presbíteros, que "de alguna manera hacen presente -por así decir- al Obispo, a quien están unidos con confianza y grandeza de ánimo, en cada una de las comunidades locales"[54] deberán ser fieles a la Esposa y, como viva imagen que son de Cristo Esposo, han de hacer operativa la multiforme donación de Cristo a su Iglesia.

Por esta comunión con Cristo Esposo, también el sacerdocio ministerial es constituido -como Cristo, con Cristo y en Cristo- en ese misterio de amor salvífico trascendente, del que es figura y participación el matrimonio entre cristianos.

Llamado por un acto de amor sobrenatural absolutamente gratuito, el sacerdote debe amar a la Iglesia como Cristo la ha amado, consagrando a ella todas sus energías y donándose con caridad pastoral hasta dar cotidianamente la propia vida».[55]

UNIVERSALIDAD DEL SACERDOCIO

«El mandamiento del Señor de ir a todas las gentes[56] constituye otra modalidad del estar el sacerdote ante la Iglesia.[57] Enviado -*missus*- por el Padre por medio de Cristo, el sacerdote pertenece "de modo inmediato" a la Iglesia universal,[58] que tiene la misión

[53] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28; *Pontificale Romanum Ordinatio Episcoporum Presbyterorum et diaconorum* I, 51 (editio typica altera 1990) 26.

[54] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28.

[55] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, (Ciudad del Vaticano 1994) 13.

[56] Cfr. Mt 28, 18-20.

[57] Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 16.

[58] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre la Iglesia como comunión «Communiones notio»* (28 de mayo de 1992).

de anunciar la Buena Noticia hasta los *confines de la tierra* (He 1, 8).[59]

"El don espiritual, que los presbíteros han recibido en la ordenación, los prepara a una vastísima y universal misión de salvación"[60]».[61]

ÍNDOLE MISIONERA DEL SACERDOCIO

«Es importante que el presbítero tenga plena conciencia y viva profundamente esta realidad misionera de su sacerdocio, en plena sintonía con la Iglesia que, hoy como ayer, siente la necesidad de enviar a sus ministros a los lugares donde es más urgente la misión sacerdotal y de esforzarse por realizar una más equitativa distribución del clero[62]».[63]

LA AUTORIDAD COMO "*AMORIS OFFICIUM*"

«Tiranizar a la grey fue la primera tentación (que) ha sido fuerte también para los mismos discípulos, y recibió de Jesús una puntual y reiterada corrección: toda autoridad ha de ejercitarse con espíritu de servicio, como "*amoris officium*"[64] y dedicación desinteresada al bien del rebaño[65]».[66]

[59] Cfr. JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Redemptoris Missio»* (7 de diciembre de 1990) 23a.

[60] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 10; cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 32.

[61] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 14.

[62] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 23; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 10; JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 32; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Dirección «Postquam Apostoli»*, 6; CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Guía pastoral para los sacerdotes diocesanos de las Iglesias dependientes de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos*, 4; CIC, c. 271.

[63] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 15.

[64] Cfr. S. AGUSTÍN, *In lohannis Evangelium Tractatus* 123, 5: *CCL* 36, 678.

[65] Cfr. Jn 13, 14; 10, 11.

5. Relación con la jerarquía de la Iglesia

Con el Papa, con nuestro Obispo, con los demás Obispos unidos al Papa, relación con el Presbiterio con el cual nos une la fraternidad sacramental del Orden.

Comunión jerárquica

«La comunión, como característica del sacerdocio, se funda en la unicidad de la Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, que es Cristo.[67] En esta comunión ministerial toman forma también algunos precisos vínculos en relación, sobre todo, con el Papa, con el Colegio Episcopal y con el propio Obispo. "No se da ministerio sacerdotal sino en la comunión con el Sumo Pontífice y con el Colegio Episcopal, en particular con el propio Obispo diocesano, a los que se han de reservar el respeto filial y la obediencia prometidos en el rito de la ordenación".[68] Se trata, pues, de una comunión jerárquica, es decir, de una comunión en la jerarquía tal como ella está internamente estructurada.

En virtud de la participación -en grado subordinado a los Obispos- en el único sacerdocio ministerial, tal comunión implica también el vínculo espiritual y orgánico-estructural de los presbíteros con todo el orden de los Obispos, con el propio Obispo[69] y con el Romano Pontífice, en cuanto Pastor de la Iglesia universal y de cada Iglesia particular.[70] A su vez, esto se refuerza por el hecho de que todo el orden de los Obispos en su conjunto y cada uno de los Obispos en particular debe estar en comunión jerár-

[66] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 16.

[67] Cfr. S. AGUSTÍN, *Sermo* 46, 30: *CCL* 41 555-557.

[68] JUAN PABLO II, *Exortación Apostólica post-sinodal* «*Pastores Dabo Vobis*» (25 de marzo de 1992) 28.

[69] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 7; 15.

[70] Cfr. CIC c. 331; 333 § 1.

quica con la Cabeza del Colegio.[71] Tal Colegio, en efecto, está constituido sólo por los Obispos consagrados, que están en comunión jerárquica con la Cabeza y con los miembros de dicho Colegio».[72]

COMUNIÓN EN LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

«La comunión jerárquica se encuentra expresada significativamente en la plegaria eucarística, cuando el sacerdote, al rezar por el Papa, el Colegio episcopal y el propio Obispo, no expresa sólo un sentimiento de devoción, sino que da testimonio de la autenticidad de su celebración.[73]

También la concelebración eucarística -en las circunstancias y condiciones previstas-[74] especialmente cuando está presidida por el Obispo y con la participación de los fieles, manifiesta admirablemente la unidad del sacerdocio de Cristo en la pluralidad de sus ministros, así como la unidad del sacrificio y del Pueblo de Dios.[75] La concelebración ayuda, además, a consolidar la fraternidad sacramental existente entre los presbíteros[76]».[77]

[71] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 22; *Decreto sobre el deber pastoral de los obispos* «*Christus Dominus*», 4; *CIC*, c. 336.

[72] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 22.

[73] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre la Iglesia como comunión* «*Communionis notio*», 14.

[74] Cfr. CIC c. 902; CONGREGACIÓN PARA LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS Y EL CULTO DIVINO, *Decreto* «*Promulgato Codice*», II, I, 153: *Notitiae* 19 (1983) 542.

[75] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, 82, 2, ad2; *In IV Sent*, 13, 1, 2, 2; CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* «*Sacrosanctum Concilium*», 41, 57; CONGREGACIÓN DE LOS RITOS, *Decreto general* «*Eclesiae semper*», 410-412; *Instrucción* «*Eucaristicum Mysterium*», 565-566.

[76] Cfr. CONGREGACIÓN DE LOS RITOS, *Decreto general* «*Eclesiae semper*», 565-566.

[77] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 23.

COMUNIÓN EN LA ACTIVIDAD MINISTERIAL

Cada presbítero ha de tener un profundo, humilde y filial vínculo de caridad con la persona del Santo Padre y debe adherir a su ministerio petrino -de magisterio, de santificación y de gobierno- con docilidad ejemplar.[78]

El presbítero realizará la comunión requerida por el ejercicio de su ministerio sacerdotal por medio de su fidelidad y de su servicio a la autoridad del propio Obispo. Para los pastores más expertos, es fácil constatar la necesidad de evitar toda forma de subjetivismo en el ejercicio de su ministerio, y de adherir corresponsablemente a los programas pastorales. Esta adhesión, además de ser expresión de madurez, contribuye a edificar la unidad en la comunión, que es indispensable para la obra de la evangelización.[79]

Respetando plenamente la subordinación jerárquica, el presbítero ha de ser promotor de una relación afable con el propio Obispo, lleno de sincera confianza, de amistad cordial, de un verdadero esfuerzo de armonía, y de una convergencia ideal y programática, que no quita nada a una inteligente capacidad de iniciativa personal y empuje pastoral[80]».[81]

COMUNIÓN EN EL PRESBITERIO

«Por la fuerza del sacramento del Orden, "cada sacerdote está unido a los demás miembros del presbiterio por particulares

[78] Cfr. CIC, c. 273.

[79] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 15; JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 65.

[80] S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad Ephesios*, XX 1-2: « Si el Señor me revelara que cada uno por su cuenta y todos juntos... estáis unidos de corazón en una inquebrantable sumisión al Obispo y al presbiterio, dividiendo el único pan, que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir siempre en Jesucristo».

[81] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 24.

vínculos de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad".[82] El presbítero está unido al "*Ordo Presbyterorum*": así se constituye una unidad, que puede considerarse como verdadera familia, en la que los vínculos no proceden de la carne o de la sangre sino de la gracia del Orden.[83]

La pertenencia a un concreto presbiterio,[84] se da siempre en el ámbito de una Iglesia Particular, de un Ordinariato o de una Prelatura personal. A diferencia del Colegio Episcopal, parece que no existen las bases teológicas que permitan afirmar la existencia de un presbiterio universal.

Por tanto, la fraternidad sacerdotal y la pertenencia al presbiterio son elementos característicos del sacerdote. Con respecto a esto, es particularmente significativo el rito -que se realiza en la ordenación presbiteral- de la imposición de las manos por parte del Obispo, al cual toman parte todos los presbíteros presentes para indicar, por una parte, la participación en el mismo grado del ministerio, y por otra, que el sacerdote no puede actuar solo, sino siempre dentro del presbiterio, como hermano de todos aquellos que lo constituyen[85]».[86]

[82] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 17; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la iglesia «Lumen Gentium»*, 28; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbìteros «Presbiterorum Ordinis»*, 8; CIC, c. 275 § 1.

[83] Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 74; CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Guía pastoral para los sacerdotes diocesanos de las Iglesias independientes de la congregación para la Evangelización de los Pueblos*, 6.

[84] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 8; CIC, c. 369, 498, 499.

[85] Cfr. PONTIFICALE ROMANUM, *De Ordinatione Episcopi, Presbyterorum el Diaconorum*, II, 105; 130, *editio typica altera*, 1990, 54; 66-67; CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 8.

[86] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 25.

EL PRESBITERIO, LUGAR DE SANTIFICACIÓN

«El presbiterio es el lugar privilegiado en donde el sacerdote debiera poder encontrar los medios específicos de santificación y de evangelización; allí mismo debiera ser ayudado a superar los límites y debilidades propios de la naturaleza humana, especialmente aquellos problemas que hoy día se sienten con particular intensidad.

El sacerdote, por tanto, hará todos los esfuerzos necesarios para evitar vivir el propio sacerdocio de modo aislado y subjetivista, y buscará favorecer la comunión fraterna dando y recibiendo -de sacerdote a sacerdote- el calor de la amistad, de la asistencia afectuosa, de la comprensión, de la corrección fraterna, bien consciente de que la gracia del Orden "asume y eleva las relaciones humanas, psicológicas, afectivas, amistosas y espirituales..., y se concreta en las formas más variadas de ayuda mutua, no sólo espirituales sino también materiales"[87]».[88]

6. RELACIÓN CON LOS SANTOS DEL CIELO

Siempre creyó la Iglesia que los apóstoles y mártires de Cristo, por haber dado un supremo testimonio de fe y de amor con el derramamiento de su sangre, nos están íntimamente unidos; a ellos, junto con la Bienaventurada Virgen María y los santos ángeles, profesó peculiar veneración e imploró piadosamente el auxilio de su intercesión.

A estos, luego se unieron también aquellos otros que habían imitado más de cerca la virginidad y la pobreza de Cristo, y, en fin, otros, cuyo preclaro ejercicio de virtudes cristianas y cuyos divinos

[87] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 74.

[88] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 27.

carismas los hacían recomendables a la piadosa devoción e imitación de los fieles.

Al mirar la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la Ciudad futura,[89] y al mismo tiempo aprendemos cuál sea, entre las mundanas vicisitudes, el camino seguro conforme al propio estado y condición de cada uno, que nos conduzca a la perfecta unión con Cristo, o sea a la santidad.

Dios manifiesta a los hombres en forma viva su presencia y su rostro, en la vida de aquellos, hombres como nosotros que con mayor perfección se transforman en la imagen de Cristo.[90] En ellos, El mismo nos habla y nos ofrece su signo de ese Reino suyo hacia el cual somos poderosamente atraídos, con tan grande nube de testigos que nos cubre[91] y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio.

Y no sólo veneramos la memoria de los santos del cielo por el ejemplo que nos dan, sino aún más, para que la unión de la Iglesia en el Espíritu sea corroborada por el ejercicio de la caridad fraterna.[92]

Porque así como la comunión cristiana entre los viadores nos conduce más cerca de Cristo, así el consorcio con los santos nos une con Cristo, de quien dimana como de Fuente y Cabeza toda la gracia y la vida del mismo Pueblo de Dios.

Conviene, pues, en sumo grado, que amemos a estos amigos y coherederos de Jesucristo, hermanos también nuestros y eximios bienhechores; rindamos a Dios las debidas gracias por ello, invoquémolos humildemente y, para impetrar de Dios beneficios por

[89] Cfr. Heb 13, 14-11.10.
[90] Cfr. 2Cor 3, 18.
[91] Cfr. Heb 12, 1.
[92] Cfr. Ef 4, 1-6.

medio de su Hijo Jesucristo, único Redentor y Salvador nuestro, acudamos a sus oraciones, ayuda y auxilios.

En verdad, todo genuino testimonio de amor ofrecido por nosotros a los bienaventurados, por su misma naturaleza, se dirige y termina en Cristo, que es la «corona de todos los santos», y por Él a Dios, que es admirable en sus santos y en ellos es glorificado.

Nuestra unión con la Iglesia celestial se realiza en forma nobilísima, especialmente cuando en la sagrada liturgia, en la cual «la virtud del Espíritu Santo obra sobre nosotros por los signos sacramentales», celebramos juntos, con fraterna alegría, la alabanza de la Divina Majestad, y todos los redimidos por la Sangre de Cristo de toda tribu, lengua, pueblo y nación,[93] congregados en una misma Iglesia, ensalzamos con un mismo cántico de alabanza al Dios Uno y Trino.

Al celebrar, pues, el Sacrificio Eucarístico es cuando mejor nos unimos al culto de la Iglesia celestial en una misma comunión, «venerando la memoria, en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María, del bienaventurado José y de los bienaventurados Apóstoles, mártires y santos todos».[94]

7. Relación con los fieles difuntos

Todos los días reza el sacerdote por los fieles difuntos en la Misa, en los Réquiem, en los responsos, en los entierros... Son parte importante de la Iglesia como enseña el Concilio Vaticano II: «La Iglesia de los peregrinos desde los primeros tiempos del cristianismo tuvo perfecto conocimiento de esta comunión de todo el Cuerpo Místico de Jesucristo, y así conservó con gran piedad el recuerdo de los difuntos, y ofreció sufragios por ellos,

[93] Cfr. Ap 5, 9.

porque santo y saludable es el pensamiento de orar por los difuntos para que queden libres de sus pecados (2Mac 12, 46)».[95]

8. Relación con todos los hombres y mujeres que pueblan el planeta tierra

Por quienes debemos dar la vida.[96] Los tres círculos de la Ecclesiam suam. En especial con los pobres -y enfermos-, los pecadores, los enemigos, nuestros feligreses.

Comunión con los fieles laicos

«Hombre de comunión, el sacerdote no podrá expresar su amor al Señor y a la Iglesia sin traducirlo en un amor efectivo e incondicionado por el Pueblo cristiano, objeto de sus desvelos pastorales.[97]

Como Cristo, debe hacerse "como una transparencia suya en medio del rebaño" que le ha sido confiado,[98] poniéndose en relación positiva y de promoción con respecto a lo fieles laicos. Ha de poner al servicio de los laicos todo su ministerio sacerdotal y su caridad pastoral,[99] a la vez que les reconoce la dignidad de hijos de Dios y promueve la función propia de los laicos en la Iglesia. Consciente de la profunda comunión, que lo vincula a los fieles laicos y a los religiosos, el sacerdote dedicará todo esfuerzo a

[94] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 50.

[95] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 50.

[96] Cfr. 1Jn 3, 15; Jn 10, 11.

[97] Cfr. JUAN PABLO II, *Catequesis* (7 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 28 (1993) 371; CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 15b.

[98] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 15.

[99] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 9; CIC, c. 275 § 2; 529 § 2.

"suscitar y desarrollar la corresponsabilidad en la común y única misión de salvación; ha de valorar, en fin, pronta y cordialmente, todos los carismas y funciones, que el Espíritu ofrece a los creyentes para la edificación de la Iglesia".[100]

Más concretamente, el párroco, siempre en la búsqueda del bien común de la Iglesia, favorecerá las asociaciones de fieles y los movimientos, que se propongan finalidades religiosas,[101] acogiéndolas a todas, y ayudándolas a encontrar la unidad entre sí, en la oración y en la acción apostólica.

En cuanto reúne la familia de Dios y realiza la Iglesia-comunión, el presbítero pasa a ser el pontífice, aquel que une al hombre con Dios, haciéndose hermano de los hombres a la vez que quiere ser su pastor, padre y maestro.[102] Para el hombre de hoy, que busca el sentido de su existir, el sacerdote es el guía que lleva al encuentro con Cristo, encuentro que se realiza como anuncio y como realidad ya presente -aunque no de forma definitiva- en la Iglesia.

De ese modo, el presbítero, puesto al servicio del Pueblo de Dios, se presentará como experto en humanidad, hombre de verdad y de comunión y, en fin, como testigo de la solicitud del Unico Pastor por todas y cada una de sus ovejas. La comunidad podrá contar, segura, con su dedicación, con su disponibilidad, con su infatigable obra de evangelización y, sobre todo, con su amor fiel e incondicionado.

[100] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 74.

[101] Cfr. *CIC*, c. 529 § 2.

[102] Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 74; PABLO VI, *Carta encíclica «Ecclesiam Suam»* (6 de agosto de 1964).

El sacerdote, por tanto, ejercitará su misión espiritual con amabilidad y firmeza, con humildad y espíritu de servicio;[103] tendrá compasión de los sufrimientos que aquejan a los hombres, sobre todo de aquellos que derivan de las múltiples formas -viejas y nuevas- que asume la pobreza tanto material como espiritual. Sabrá también inclinarse con misericordia sobre el difícil e incierto camino de conversión de los pecadores: a ellos se prodigará con el don de la verdad; con ellos ha de llenarse de la paciente y animante benevolencia del Buen Pastor, que no reprocha a la oveja perdida sino que la carga sobre sus hombros y hace fiesta por su retorno al redil (cfr. Lc 15, 4-7)[104]».[105]

Estos son distintos aspectos de la polifacética realidad del sacerdote católico, nudo de relaciones con Dios y con los hombres. Que María Inmaculada nos alcance la gracia de ser fieles al misterio de comunión que representamos.

[103] Cfr. JUAN PABLO II, *Catequesis* (7 de julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 28 (1993) 371

[104] Cfr. CIC, c. 529 § 1.

[105] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Ciudad del Vaticano 1994) 30.

4

El sacerdote y el Cantar de los Cantares[1]

Uno de los libros más poéticamente bellos y de mayor hondura mística es el *Cantar de los Cantares*, atribuido al rey Salomón. Es un poema dramático en el que se cantan los amores de dos esposos, que se buscan, se separan y vuelven a unirse para siempre. El esposo es Yahveh Dios, la esposa es el pueblo elegido -cada una de nuestras almas, en especial cada alma sacerdotal y religiosa que busca unirse a Dios con un amor esponsalicio, que deriva del culmen del amor de Dios en la Nueva Alianza de los tiempos mesiánicos-.

Veremos cuatro puntos:

- Dios (o la Morada).
- El Templo.
- La oración.
- La Palabra de Dios.

[1] Sigo libremente algunos temas de UMBERTO NERI, *El Cantar de los Cantares -Targum e interpretaciones hebreas antiguas* (Bilbao 1988).

1. La Morada

Es la «*shekinah*» (=Morada), fórmula de respeto para evitar antropomorfismos. Es el mismo Dios, que habita en ella. La relación con Dios es la relación sacerdotal fundamental. De Dios depende:

- el llamado (o vocación);
- la naturaleza singular de la misma;
- el destino último del sacerdote.

Dios es el que llama, y llama a sus sacerdotes a la intimidad con Él: *El Rey me ha introducido en sus mansiones* (1, 4). Llama a algo grande, a exultar de gozo y de alegría: *por Ti exultaremos y nos alegraremos* (*id*).

Dios es su guía: *Llévame en pos de ti*, ¡*corramos*! (*id.*). Llévame en pos de ti significa en pos de tu Ley, en tu salvación.[2]

Dios ama y merece ser amado: *Evocaremos tus amores*... ¡*con qué razón eres amado*! (id.).

Dios es su invicto protector: *Su izquierda está bajo mi cabeza y su diestra me abraza* (2, 6), nos lleva como el papá lleva en sus brazos a su hijo pequeño.

Dios es toda su confianza: *A su sombra apetecida estoy sentado* (2, 3).

Dios le comunica fecundidad: ¡*Qué hermoso eres*, *amado mío*, *que delicioso*! ¡*Puro verdor es nuestro lecho*! (1, 16).

Será como árbol plantado a la vera de las aguas... no teme la venida del calor... conserva su follaje verde... en año de sequía no se inquieta... no deja de dar fruto (Jr 17, 8).

Dios es lo más amable y lo más hermoso:

[2] Así leen *Pesiqta de R. Kahana*, Qohelet Rabba III 1; *Midrash Proverbios* 8, 9.

Mi amado es fúlgido y rubio,
distinguido entre diez mil.
Su cabeza es oro, oro puro;
sus guedejas, racimos de palmera,
negras como el cuervo.
Sus ojos como palomas
junto a corrientes de agua,
bañándose en leche,
posadas junto a un estanque.
Sus mejillas, eras de balsameras,
macizos de perfumes.
Sus labios son lirios
que destilan mirra fluida.
Sus manos, aros de oro,
engastados de piedras de Tarsis.
Su vientre, de pulido marfil,
recubierto de zafiros.
Sus piernas, columnas de alabastro,
asentadas en basas de oro puro.
Su porte es como el Líbano,
esbelto cual los cedros.
Su paladar, dulcísimo, y todo él, un encanto.
Así es mi amado, así mi amigo,
hijas de Jerusalén. (5, 10-16).

El sacerdote es el hombre de Dios, el especialista en Dios.

2. El Templo

Por ser hombre de Dios, el sacerdote es el hombre del Templo, que es donde ofrece el sacrificio, el acto principal del sacerdocio.

Mucho se nos habla en el Cantar de los Cantares del Templo:

Está en el monte Moriah (por asonancia) = monte de mirra = lugar donde se ofrece el incienso: *Me iré al monte de la mirra*, *a la colina del incienso* (4, 6) ; y, *¿Quién es ese... sahumado de mirra e incienso*, *de todos los aromas exquisitos*? (3, 6) ; y también, *Bolsita de mirra es mi amado para mí...* (1, 13). Es una alusión al altar del incienso del Templo de Jerusalén; es el sacrificio del «*qetoret*» que sólo pertenece a los sacerdotes: *Mas*, *una vez fortalecido en su poder*, *se ensoberbeció hasta acarrearse la ruina*, *y se rebeló contra Yahveh su Dios*, *entrando en el Templo de Yahveh para quemar incienso sobre el altar del incienso. Fue tras él Azarías*, *el sacerdote*, *y con él ochenta sacerdotes de Yahveh*, *hombres valientes*, *que se opusieron al rey Ozías y le dijeron*: «*No te corresponde a ti*, *Ozías*, *quemar incienso a Yahveh*, *sino a los sacerdotes*, *los hijos de Aarón*, *que han sido consagrados para quemar el incienso. ¡Sal del santuario porque estás prevaricando*, *y tú no tienes derecho a la gloria que viene de Yahveh Dios*!» (2Cr 26, 16-18); y a Zacarías *...le tocó en suerte*, *según el uso del servicio sacerdotal*, *entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso* (Lc 1, 9).

De ahí que el perfume de los vestidos de los sacerdotes es como perfume de incienso: *la fragancia de tus vestidos*, *como la fragancia del Líbano* (4, 11). Enseña Santo Tomás que el altar del incienso significaba el oficio de los sacerdotes, que es conducir el pueblo de Dios. Significaba también la santidad del pueblo aceptable a Dios: *Se le dieron muchos perfumes para que*, *con las oraciones de todos los santos*, *los ofreciera sobre el altar de oro colocado delante del trono* (Ap 8, 3). Es el fruto del ministerio sacerdotal, es decir, la santidad del pueblo la ofrece a Dios como en el altar del incienso. Es el mismo Cristo figurado por el altar de los perfumes, ya que por Él se ofrecen a Dios los espirituales deseos de cosas perfectas: *Ofrezcamos sin cesar*, *por medio de él*, *a Dios un sacrificio de alabanza*, *es decir*, *el fruto de los labios que celebran su nombre* (Heb 13, 15).

Es hermoso el Templo del Señor: *Las vigas de nuestra casa son de cedro*, *nuestros artesanados son de ciprés* (1, 17). *Manda cortar para mí cedros en el Líbano...* (1Re 5, 20); de ahí que: *Edificó la Casa*, *la acabó y la techó con artesonado de cedro. Edificó la galería*, *adosada a toda la Casa*,

de cinco codos de alta y estaba unida a la Casa por vigas de cedro... Revistió los muros de la Casa en el interior con planchas de cedro desde el suelo de la Casa hasta las vigas del techo; *revistió de madera el interior y recubrió el suelo de la Casa con planchas de ciprés. Construyó los veinte codos del fondo de la Casa con planchas de cedro desde el suelo hasta las vigas*, *formando así por la parte interior el Debir*, *el Santo de los Santos*; *cuarenta codos tenía la Casa*, *es decir*, *el Hekal*, *delante del Debir. El cedro del interior de la Casa estaba esculpido con figuras de calabazas y capullos abiertos*; *todo era cedro*, *no se veía la piedra* (1Re 6, 9-10.15-18). Líbano significa el Templo, no sólo por estar revestido de cedro, sino por asonancia con el hebreo «*lebonah*» = incienso, y con el hebreo «*laban*» = blanco, emblanquecer, porque en el Templo los hombres se enblanquecen, es decir, se limpian de los pecados: *el rey Salomón se hizo una cámara de madera del Líbano* (3, 9).

Allí se encuentra el valor para el combate y el heroísmo para la virtud: *Ved la litera de Salomón* (3, 7)(es el Templo). Sesenta valientes le dan escolta (son las sesenta letras de la bendición sacerdotal),[3] *son las flores de Israel* (3, 7) (los que hacen fuertes por su bendición a los hijos de Israel).[4]

El Templo es la fiesta del sacerdote: *Salid a contemplar... a Salomón*, *el rey*, *con la diadema* (la tienda del Testimonio), *con que le coronó su Madre* (Israel), *el día de sus bodas*, *el día del gozo de su corazón* (3, 11); o sea, el día de la dedicación del Templo, cuya fiesta duró catorce días.[5]

- el Templo es el lugar del encuentro con Dios;
- es el signo de la complacencia de Dios;
- es la garantía de la comunión con Él.

Por eso debe ser solícito el sacerdote en rendirle culto a Dios; solícito como una gacela o un cervatillo: *Sé semejante*, *amado mío*, *a*

[3] Significación dada por el Cántico Rabba III 11.
[4] Significación dada por el Cántico Rabba III 11.

una gacela o a un joven cervatillo por los montes de las balsameros (2, 17; 8, 14) = el monte Moriah y el templo, lleno de sustancias aromáticas.[6]

¡Cuánto más el sacerdote de la Nueva Alianza, que celebra la Eucaristía!

El sacerdote es el hombre del templo, del altar, del sacrificio y de la Misa...

3. La oración

La Comunión nupcial entre Dios y sus sacerdotes se realiza esencialmente por la oración.

Dios -por el sacerdote- bendice al pueblo; el pueblo -por el sacerdote- alaba a Dios. Por la Misa, el Oficio divino, la *lectio*, la meditación, el santo Rosario...

Por su oración, el sacerdote es un guerrero adiestrado para la batalla: *Todos esgrimen la espada*, *todos los diestros para el combate*. *Todos llevan la espada al cinto* (es la circuncisión para los judíos[7] y para los cristianos el bautismo) *para hacer frente a los temores nocturnos* (3, 8).

Por su oración puede decir: *Yo soy una muralla y mis pechos* (mis hijos)[8] *como torres* (8, 10).

Por su oración purifica de los pecados: *Tus labios*, *una cinta escarlata*, *tu hablar*, *encantador*... (4, 3): *Así fueren vuestros pecados como la grana*, *cual la nieve blanquearán* (Is 1, 18).

[5] Cfr. 2Cr 7, 9. Las interpretaciones son de *Mishna* Taanit IV 8; *Cántico Zuta*, *hic*.
[6] Según Rashi.
[7] Así leen Cántico Rabba III 14 «...inmediatamente cada uno colgó su espada al cinto y se circuncidó» (Números Rabba XI 6)
[8] Génesis Rabba XXXIX 3.

Por su oración vence en la lucha contra los demonios: *Antes de que refresque el día y huyan las sombras*... (4, 6).

Por la oración halla consuelo en la peregrinación de este mundo: *Sigue la huella de las ovejas* (= los justos)[9] *y lleva a pacer tus cabritos* (= hijos) *junto a las chozas de los pastores* (1, 8). La oración es el grito que apresura el término del exilio.

La oración del sacerdote hace bella y amable el alma sacerdotal a los ojos de Dios: *Única es mi paloma*, *mi perfecta. Ella... la preferida de la que la engendró... Las doncellas que la ven la felicitan* (6, 9)

Por la oración destila de los labios del sacerdote miel virgen y de su lengua dulzura de leche y miel: *Miel virgen destilan tus labios... Hay miel y leche debajo de tu lengua* (4, 11).

Tan suave y tan dulce es a Dios la oración sacerdotal, que, en su amor, anhela oírla: ...*muéstrame tu semblante*, *déjame oír tu voz; porque tu voz es dulce y encantador tu semblante* (2, 14).

El sacerdote es el hombre de la contemplación.

4. La Palabra de Dios

La relación íntima del sacerdote con Dios, con la Eucaristía y con la oración, se alimenta con la Palabra de Dios. En la escucha de la Palabra de Dios -contenida en la Biblia- consigue el sacerdote la más dulce intimidad con Dios, pone en ella toda su delicia.

En el mismo comienzo del Cantar dice: *que me bese con los besos de su boca* (1, 2), o sea que Dios habla con el sacerdote, cara a cara, como quien besa a alguno.[10] Y si el sacerdote no ha llegado a ex-

[9] *Mekilta* Ex 15, 17.
[10] Cfr. Cántico Rabba I 15; Ex Rabba XLI 3.

perimentar así la revelación de Dios, nunca pasará de ser un mero funcionario.

Sólo así sabe -experimentalmente- que: *Mejores que el vino* (= todas las naciones, todas las cosas)[11] *son tus amores* (1, 2), o sea, que nos ama más que a todas las cosas.

Evocaremos tus amores... (1, 4), el recuerdo de su Palabra es el que engendra y custodia el amor hacia Él, alejando la infidelidad. Puede decir el sacerdote: *su derecha me abraza* (2, 6) porque se ocupa en el estudio de su Palabra dada por la mano derecha del Señor:[12] *Ley de fuego en su diestra para ellos* (Dt 33, 2).

También se dice: *Confortadme con pasteles de pasas*, *con manzanas reanimadme que estoy enfermo de amor* (2, 5), que son las palabras de la Ley que tienen buen perfume como las manzanas, -es el alimento que nutre, guía que conduce, medicina que cura, dulzura que embriaga-.[13]

Más aún: u*ngüento derramado es tu nombre* (1, 3);
Fuente de los huertos (= es la Palabra);[14]
pozo de aguas vivas;
corrientes que del Líbano (= Templo) *fluyen* (4, 15);
tu vientre, *un montón de trigo* (gozan con la palabra)
de rosas rodeado (7, 3) (= son los estudiosos de la Ley que lo hacen de día y noche. Así como la rosa de noche no se cierra, así ellos vigilan en el estudio de la Palabra de Dios).

El sacerdote es el hombre de la Palabra de Dios.

Debemos comprometer nuestra oración por los sacerdotes:

[11] Según Cántico Rabba I 19.
[12] Mekilta Ex 14, 29.
[13] Pesqta de R. Kahana 101b.
[14] Otiot de R. Aqiba 384.

Que Dios, el sacrificio de la Misa, la oración y la Sagrada Escritura, sea su única esperanza, su única riqueza, y su única arma potente, de modo tal que de ellos pueda decirse: *Es tu cuello cual la torre de David* (inexpugnable), *adornada de trofeos*: *mil escudos cuelgan de ella*, *todos escudos de valientes* (4, 4).

Que se destaquen en el amor al prójimo y salven muchas almas: *Mi amado ha bajado a su huerto a las eras de las balsameras* (= Templo) *a apacentar en los huertos y recoger rosas* (6, 2), (= las almas buenas).[15]

Que perseveren hasta el fin en el amor: ya que, finalmente, la persecución que sufre el sacerdote es por ser testigo de que el amor es más fuerte:

Ponme cual sello sobre tu corazón, *como un tatuaje en tu brazo*.

Porque es fuerte el amor como la Muerte... Saetas de fuego, *sus saetas*, *una llama del Señor* (8, 6)... *Grandes aguas no pueden apagar el amor*, *ni los ríos anegarlo* (8, 7).

Nunca podremos olvidar que de nuestros padres, madres, hermanos, hemos aprendido a amar así. Por eso jamás los olvidamos y cada vez los queremos más.

[15] Según Jberakot.

5

El hombre del ser, del «es»

El sacerdote católico es hombre del ser, del es. Por lo que él es y por lo que él hace.

¿Qué queremos expresar al decir ser? Semánticamente, nos referimos al modo infinitivo del verbo ser, que expresa una acción en abstracto (no indica número, persona ni tiempo en que se realiza). La palabra ser, en cuanto sustantivo, es la cualidad esencial o permanente, y en cuanto atributo es igual al existir. La palabra «es» indica que pertenece a la esencia o sustancia del sujeto lo que significa el atributo.

A su vez, el modo indicativo expresa la acción de modo real, la efectividad de la acción; es algo cierto, positivo, presente -ahora-, significa lo que está sucediendo ahora, es el nexo entre dos extremos, y, también, expresa la conexión ya hecha.

Gnoseológicamente, el ser (o *esse*) se refiere al juicio verdadero, y se identifica, intencionalmente, con el ser (o *esse*) de la realidad; de manera que debe haber una adecuación entre el ser lógico y el ser óntico o metafísico. El sacerdote, en cuanto maestro, debe ser el hombre de lo uno y de lo otro, ya que es maestro en tanto que es discípulo de Aquél que se presentó como la Verdad.[1] Es predicador de la Palabra de Dios: por tanto, debe hacerse palabra, ya

[1] Cfr. Jn 14, 6.

que «todo hombre que anuncia al Verbo, es voz del Verbo».[2] Somos «voceros de su voz, gritos del Verbo».

En este sentido, y ya que Él se presentó como la Vida,[3] somos los novios del ser, nos amadrinamos con el ser, nos desposamos, indisolublemente, con él. La primera y fontal desviación de la «cultura de la muerte» es trabajar por la nadificación del ser y, con ello, por la inversión de los trascendentales del ser. Las actuales tendencias antinatalistas, contraceptivas, abortistas, drogadependientes, eutanásicas, de manipulación genética indebida, pansexualistas, de no respeto de la persona humana, de flagrante injusticia social, de no ayuda a los pobres... no son otra cosa que peregrinaciones a la nada. Son consecuencias del nihilismo.

Además, por seguir a Quien es el Camino,[4] el sacerdote debe indicar a los hombres cuál es el mismo, sin errores, sin temores, sin desganos. Debemos ser los pastores que dan *la vida por las ovejas* (Jn 10, 11).

El sacerdote, de manera especial, se desposa con el ser en la Eucaristía, porque dice: «es» y transubstancia el pan y el vino: *...es mi cuerpo... es el cáliz de mi sangre...* Por ello, como nadie, se emparenta tanto «con el efecto más formal, más común, más íntimo y más propio de Dios», que es el *Esse*,[5] el ser, a pesar de que el sacerdote ministerial es un instrumento deficiente, que está a distancia infinita de la Causa principal.

La plenitud de realidad que tiene el verbo *ser* en la consagración, en su tercera persona del singular «es», tiene tal fuerza que excluye toda falsa interpretación que pretende ver -en el- tan sólo

[2] SAN AGUSTÍN, *Sermón* 288, 4: «*Omnis homo annuntiator Verbi*, *vox Verbi est*».
[3] Cfr. Jn 14, 6.
[4] Cfr. Jn 14, 6.
[5] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, I, 4, 1, ad3.

el valor de *significación*, como lo hacen en este tiempo los Testigos de Jehová, falsificando la Biblia.

Vale la pena recordar aquí cómo Juan de Maldonado refutaba, en su tiempo, a luteranos, calvinistas, zwinglianos y otros: para probarlo (que «es» tiene el sentido de «significa»), «traen con exagerada diligencia numerosos textos de la Escritura: *La piedra era Cristo* (1Cor 14, 4), *El cordero es la Pascua* (Ex 12, 27) y otros infinitos, que nos echan en cara a cada paso. Todo este tejido de ejemplos voy a desgarrarlo yo con una sola palabra: Niego que el verbo sustantivo, ni en latín, ni en griego, ni en castellano, ni en hebreo, ni en ninguna lengua de las que conozco, en ninguna clase de escrituras, sagradas o profanas, tenga la acepción de significar, ni siquiera en estos mismos escritores herejes, y que es un ignorante el que tal diga.

En todas las frases figuradas que nos proponen los herejes y en otras infinitas que se podrían inventar, la *figura* retórica se encuentra no en el verbo ser, sino en el atributo o en el predicado. Cuando digo «El cordero es la Pascua», la figura está en la palabra Pascua, que se toma no por el tránsito o paso del Señor, sino por el *cordero* con que se conmemoraba. Y cuando señalo la estatua de Hércules y digo: «Este es Hércules», hay figura, pero no en el verbo ser, sino en la palabra Hércules, que significa -por su naturaleza- al Hércules vivo y verdadero y aquí se aplica a su estatua. La partícula «es» siempre significa la sustancia, o como dijo el filósofo sutil (Aristóteles), «la unión de los extremos»; y los que le cargan con otras figuras y significaciones merecerían volver a los azotes de la escuela de gramática, donde todos los chicuelos saben que entre las infinitas clases de figuras retóricas de palabra o de frase no se encontró jamás ninguna en el verbo sustantivo, sino en el sujeto, o en el predicado, o en el verbo adjetivo; v. g.: ríen los

campos, saltan los collados, etc».[6] Y ese «es» particular, en la Misa, es palabra eficaz de Cristo y acción del Espíritu Santo, ya que el sacerdote ministerial obra *in persona Christi* y epicléticamente. Por olvidarse de esto, señalaba el Cardenal San Roberto Bellarmino, entre los protestantes, 213 interpretaciones distintas y contrarias acerca de las palabras de la consagración: «Esto es mi cuerpo».[7]

Por ser el hombre del «ser», el sacerdote no debe ser hombre:

- del «sería»;
- del «tal vez»;
- del «a lo mejor»;
- de lo «más o menos»;
- de la duda sistemática;
- de la sospecha sin fundamento;
- del nominalismo.

Esta cualidad particular que caracteriza al verdadero sacerdote, en especial simbiosis con el *ser*, lo impele a muchas cosas:

- a ser hombre de frontera, o sea, a no apoltronarse por miedo a los límites, reales o ficticios, que pretenden acortar su acción sacerdotal, sea en la pastoral de la inteligencia o de la cultura, sea en cualquiera de los otros aspectos multiformes de la pastoral;

- a ser *pioneer* (pionero), es decir, con la decidida disposición de estar abierto a toda la realidad, tanto natural cuanto sobrenatural, dispuesto a dar los primeros pasos por Cristo, tanto en lo misionero como en lo doctrinal, como lo fueron, por ejemplo, León XIII, San Pío X, Juan Pablo II... Quien se ha desposado con el ser no tiene miedo de encontrar la verdad en cualquier parte en que se halle y respeta, escrupulosamente, la más mínima partecita de ella, porque es una «semilla del Verbo»;

[6] *Comentarios a San Mateo* (Madrid 1950) 928.
[7] *De Eucb.* I, 8; cit. L. CASTELLANI, *Cristo, ¿Vuelve o no vuelve?* (Buenos Aires 1976) 111.

- a ser hombre del «*Amén*», es decir, de lo cierto, de lo verdadero, de lo seguro, de lo que implica firmeza, solidez, seguridad. Es mostrar conformidad con alegría;[8] es aceptar una misión;[9] es asumir la responsabilidad de un juramento;[10] es renovar solemnemente la Alianza;[11] es comprometerse totalmente con Dios, confiando en su Palabra, en su poder y en su misericordia. Jesucristo es el Amén de Dios[12] y *por Él decimos Amén para gloria de Dios* (2Cor 1, 20);

- a ser hombre de la zarza ardiente donde dijo Dios: *Yo soy el que soy... Yahvéh...* (Ex 3, 14). Donde se manifestó como «*Ipsum Esse Subsistens*».[13] El sacerdote, por ser de la metafísica del Sinaí, tiene en su corazón un fuego que no se apaga, porque es capaz de percibir -con renovado estupor- el esplendor del ser y la novedad inextinguible de la gracia;

- por tanto, a ser hombre de la trascendencia, no confinado en el más acá del principio de inmanencia, sino conociendo mejor el más acá, por saber llegar también al más allá de los limitados horizontes de este mundo. Es un hombre vacunado contra la concreción de la inmanencia, que aparece como la hidra de mil cabezas de las modernas filosofías del «*fieri*» o del fenómeno, que no llegan a captar el ser;

- a ser hombre que sabe hacer fiesta, porque conoce su sentido más profundo, que brota de conocer la bondad del ser de sí mismo y de las cosas creadas, y por tanto, de la bondad del Creador

[8] Cfr. 1Re 1, 36.
[9] Cfr. Jr 11, 5.
[10] Cfr. Nm 5, 22.
[11] Cfr. Dt 27, 15.
[12] Cfr. 2Cor 1, 19ss.
[13] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, I, 3, 4; I, 13, 11.

de las mismas, a Quien rinde culto. Y rendir culto al Ser Supremo es la raíz de la fiesta;[14]

- a ser un *apokalepta*, que, por dejarse apacentar por el ser y por saber apacentarlo, es capaz de revelarlo, con entusiasmo e incansablemente, a los demás;

- a ser baquiano, es decir, experto y práctico para conducirse a sí mismo y conducir a los demás por los caminos de la sabiduría;

- a ser chasqui, correo entre Dios y los hombres, mensajero del Evangelio de la paz, portador de buenas noticias, capaces de hacer solidarios a los hombres.

Todo esto hace que un sacerdote verdadero, a pesar de sus miserias humanas, vibre y sea capaz de hacer vibrar, experimente y haga experimentar el asombro del misterio, ame y enseñe a amar hasta el éxtasis. Por eso suelen decir, que si volviesen a nacer volverían a ser sacerdotes.

El sacerdote por ser hombre del ser, es hombre que trabaja por la verdad, por la bondad y por la belleza y es enemigo de la nada, del error y la mentira, del mal y la fealdad, en todas sus formas; y contra estas inversiones del ser, lucha a brazo partido.

Encomendémonos a María, quien llevó en su seno durante nueve meses a Aquel *que es... Yahveh*.[15]

[14] Cfr. J. PIEPER, *Hacia una teoría de la fiesta*; cfr. H. PADRÓN, «Fiesta y culto en el pensamiento de Josef Pieper», *Gladius*, Abril 1997, n. 38.

[15] Cfr. Ex 3, 14.

6

Poetas, metafísicos y guerreros

A la memoria de nuestro gran amigo Mons. Jesús Gabriel Segade,
modelo sacerdotal para las jóvenes generaciones,
que supo hacer de su sacerdocio un arte y de su arte un sacerdocio.

Queridos hermanos: nos encontramos como peregrinos ante el Señor y la Virgen del Milagro, porque cuatro hijos de este pueblo fueron consagrados sacerdotes. Hemos venido como peregrinos ante el Señor y la Virgen a «cumplir nuestras mandas», como se decía antes.

Y de manera especial, yo vengo para pedirle al Señor y la Virgen para estos jóvenes sacerdotes y para todos nosotros sacerdotes que los acompañamos, y para los demás -ya que son cuarenta y cinco los que han sido ordenados sacerdotes este año para nuestra pequeña familia religiosa del Verbo Encarnado-, y para todos los sacerdotes del mundo, tres gracias. Que sean poetas, que sean metafísicos, y que sean guerreros.

Y lo voy a hacer como me enseñó a hacerlo Monseñor Carlos Mariano Pérez, Arzobispo de Salta, quien me pidió que predicara la novena del Señor y de la Virgen del Milagro y la predicaba desde ese púlpito, y él me enseñó que siempre terminase hablando al Señor y hablando a la Virgen, es decir, haciendo coloquio, porque

al pueblo le gusta mucho que el sacerdote hable con el Señor y con la Virgen.

Por eso voy a hacer todo el sermón coloquiado:

I

¡Señor del Milagro!, vos que sos, según el decir de San Agustín, «el arte del Padre», vos que sos el gran poeta de la humanidad, ya que supiste hablarnos de una manera maravillosa a través de parábolas, nos hablaste de ovejas, pastores, semillas y sembradores, redes y peces... Nos hablaste a través de imágenes bellísimas: *Mirad las aves del cielo*, *no cosechan*, *no guardan en granero*, *sin embargo mi Padre Celestial las alimenta. Mirad los lirios del campo*, *no tejen no hilan*, *sin embargo*, *ni Salomón con todo su esplendor*, *se vistió como una de estas flores del campo que existen por un día* (Mt 6, 26-30).

Querido Señor del Milagro, te pido por los sacerdotes, que tengan alma de poetas, es decir que sepan tener la delicadeza del artista que sabe de medidas, sabe de proporciones, sabe de matices, sabe de armonías. Viendo qué poca cosa es la que basta para realizar una obra buena como vos mismo, por tu Espíritu, hiciste en la Virgen por su sí.

Una mosca muerta pudre una copa de ungüento de perfumista... (Qo 10, 1). Sucede como con la comida: uno echa un poco más de sal y se *arruina*; pues también en el ministerio sacerdotal es así: hay que saber hacer la comida, hay que saber las proporciones, hay que manejar los matices. Que entiendan que pastorear las almas es «arte», como decía san Gregorio Magno, es *ars artium*, es «el arte de las artes».[1] Arte dificilísimo, pero hermoso arte.

Deben saber entregarse con alma de artistas a la predicación; evidentemente, el buen predicador no habla siempre la misma

[1] *Regla pastoral* (Madrid 1958) 108.

historia, porque sino la gente se duerme; ni reitera ideas trilladas que como si fuesen muletillas se van agregando dentro de la predicación, de tal manera que uno no distingue un domingo de otro, ni Pentecostés de Viernes Santo. Deben saber entregarse en la predicación, de tal manera que no solamente prediquen sobre la justicia, sino también sobre la misericordia; y no sólo sobre la misericordia, sino también sobre la justicia. Que sean predicadores, así como son las palomitas cuando vuelven al palomar y lo encuentran cerrado y empiezan a dar una y mil vueltas buscando una rendijita por donde entrar; que sean como esas palomas, buscando entrar en el interior de las almas de sus hermanos para que en ellos brille la luz del Evangelio de Jesucristo.

Del mismo modo, también en el gobierno, en el pastoreo, tienen que saber entregarse. Las personas, al igual que las plantas, no crecen simplemente porque uno las riegue; uno puede estar regando con una manguera todo el día y no van a crecer más por eso. Deben tener su tiempo, su proceso, su evolución. No se puede exigir lo mismo a todos, no se debe coaccionar absolutamente a nadie, por nada, por ninguna razón; no deben imponer sus propios juicios y pareceres, ni sus opiniones, ni sus gustos. «En lo necesario unidad, en lo opinable libertad, y en todo, caridad» como decía San Agustín. Ese es el lema del auténtico sacerdote católico. Decía hermosamente el P. Castellani: «los católicos estamos unidos en doce cosas: los doce artículos del credo, y discutimos en torno a lo demás».

Respecto del culto: que sepan, Señor, tener buen gusto; que sepan mostrar tu santidad, tu majestad, como lo pudieron hacer los mayores al hacer esta catedral, como lo pudo hacer Mons. Roberto José Tavela al hermosearla con tanta dignidad. Que cuando tengan que construir un templo no hagan hangares, esas especies de cajas de zapato gigantes, que la gente no sabe qué es lo que está adentro. Que sepan también buscar la hermosura en las imágenes, que sean de material noble, hermosas, no esas cosas hechas en serie, de mal gusto. Que sepan buscar la belleza de los

cálices, las casullas, con alma de poetas. Que nunca se olviden que «sólo la belleza salvará al mundo», tal como lo recuerda Solzhenitsyn citando a Dostoievski.[2] Los hombres de nuestro tiempo, nosotros, estamos como cerrados a la verdad, porque hay tanta mentira..., «el aire lleva mentiras, y el que diga que no, miente, que diga que no respira». Y pareciera que toda la humanidad está cerrada por razón de tanto mal; pero siempre quedará un camino para llegar a Dios, que es la belleza.

Que sepan ser poetas, es decir, que sepan sacar a luz la dimensión no trivial de la existencia. Que sean poetas, es decir que sepan expresar «lo que la razón percibe con dificultad», como dice Santo Tomás de Aquino. Que sean poetas, es decir que sepan mover a los pueblos, porque como decía José Antonio: «a los pueblos no los han movido más que los poetas...».[3]

Que sean, por tanto, creativos, es decir, que no sean meros repetidores de cosas sabidas, de cosas, incluso mal dichas, de cosas que no tienen fuerza porque se repiten cansinamente. Nos damos cuenta que basta una sola palabra para convertir a millones de almas; bastaría que sepan pronunciar ¡Dios! con toda la fuerza que tienen para hacer almas de gran santidad.

Que sean originales, no para repetir novedades tontas, que finalmente no son más que herejías antiguas, sino que sepan conducir a los auténticos orígenes. El origen de todo sos Vos Señor. Que sepan volver una y otra vez a beber de esa fuente purísima que sos Vos, Señor del Milagro.

[2] Cit. ALEXANDR SOLZHENITSYN, *Alerta a Occidente* (Barcelona 1978) 10.

[3] «...y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que prometel»; cit. PEDRO FARÍAS GARCÍA, *El pensamiento fundamental de José Antonio* (Barcelona 1977) 56.

Que no sean aburridos. Estamos cansados de clérigos de misa y olla que aburren con su cantinela de funcionarios fracasados, de meros administradores, de burócratas eclesiales.

Señor del Milagro, que en la poesía de la Eucaristía aprendan día a día a ser más poetas.

¡Virgen, Santísima Virgen del Milagro!, que cuando estén por las costas de coral de Papúa Nueva Guinea, en las accidentadas estepas rusas, o en los juncos de los ríos chinos, o en las altas cumbres de Tajikistán, o en la selva amazónica o en el desierto egipcio o en la Quinta Avenida de Nueva York nunca se olviden del Martín Fierro: «Cantando me he de morir,/ Cantando me han de enterrar,/ Y cantando he de llegar/ Al pie del Eterno Padre:/ Dende el vientre de mi madre/ vine a este mundo a cantar».[4]

Vos, que sos una insigne Poetisa, ya que el Magnificat debe ser la pieza poética más maravilosa que jamás nadie ha compuesto en el mundo, dales la gracia a estos jóvenes de ser grandes poetas de esa santísima poesía que es el Evangelio de tu Hijo, y de manera especial hoy, a estos que desde niños aprendieron poesía, aprendieron poesía a tus pies y podrían decir de tus labios, como te canta el pueblo salteño y que pone en tus labios, de manera muy atrevida, dirigiéndote a tu Hijo: «Perdona -decías-, mi Dios a este pueblo; si no la corona de Reina aquí os dejo».[5]

II

¡Señor del Milagro!, también te pido para estos jóvenes la gracia de que sean metafísicos, es decir, que tengan una inteligencia

[4] JOSÉ HERNÁNDEZ, *Martín Fierro*, Estr. 6.

[5] Se trata de la octava estrofa del himno compuesto por Emma Solá de Solá, que se recita durante la Novena del Señor y de la Virgen del Milagro. La Novena fue compuesta en el año 1760 por el Pbro. Dr. Francisco Javier Fernández, y se reza desde entonces en la fiesta del Milagro de la provincia de Salta, una de las más importantes muestras de religiosidad popular de Argentina.

aguda, capaz de penetrar las complejidades de los graves problemas modernos. Que tengan además la capacidad de bucear las soluciones para esos problemas; que sepan trascender lo meramente sensible y lo emotivo, porque la cabeza debe estar sobre el corazón y es la cabeza la que debe regir al corazón. Que tengan *motor propio*, es decir, Señor, que sean capaces de ver, de juzgar, de juzgarse y de obrar; que sean locomotoras y no vagón de cola. Que sepan ser libres, que nunca estén como decía Larreta: «*bajo el corbacho del cómitre*» (bajo el látigo del galeote), del «se dice» de la opinión pública, de los medios de comunicación social, del run-run; que sepan leer dentro, «*intus legere*»; eso es inteligencia, «*leer dentro*» de la realidad natural y sobrenatural. Que sean capaces de ciencia y de gran cultura; que sepan trascender las apariencias, lo fenoménico, para llegar a la realidad profunda de los hombres, de las cosas y de la historia.

¡Señor del Milagro!, que en la metafísica de la Eucaristía aprendan a ser metafísicos, a trascender la apariencia del pan y del vino para saber que debajo de ellos está tu Cuerpo y tu Sangre. Que sepan trascender los velos sacramentales para comprender que allí se perpetúa el sacrificio cruento de la cruz, de manera incruenta. Que sepan trascender el propio ser de hombres falibles y pecadores para descubrir que están actuando *in persona Christi*. Que se convenzan, cada día más, en la celebración de la Misa y por la metafísica de la Eucaristía, de que *sólo la verdad los hará libres* (Jn 8, 32).

¡Señora del Milagro!, alcánzales de tu Hijo la gracia de que sean auténticos metafísicos, que lleguen a conocer a la gente, no por la apariencia exterior, sino por lo profundo de su corazón y de su alma, que es *en definitiva* lo que debe aprender a leer en cada hermano y hermana *quien se consagra a Dios*, para saber proponer a las almas nobles altos ideales, a pesar de que la predicación de la verdad les traiga dificultades.

III

¡Señor del Milagro!, que lleguen a ser guerreros, luchadores. *La vida del hombre sobre la tierra es milicia*, ya decía Job (7, 1), y luchar es una gracia y esto está escrito, está en el Evangelio, *el reino de los cielos padece violencia* (Mt 11, 12). Solamente los violentos llegan a alcanzar el reino de los cielos, es decir, aquellos que se hacen violencia a sí mismos. Tienen que saber que tienen enemigos poderosos que no perdonan, como es el mundo, con sus máximas, con sus burlas, con sus ideologías anticristianas; como son, finalmente, aquellos que se dejan manejar por el espíritu del mundo. La existencia del enemigo de la naturaleza humana, de aquel a quien la Escritura llama *príncipe de este mundo* (Jn 12, 31), no es una «ironía divina» como decía Raisa Maritain. Es una realidad en sí, que actúa, obra y busca, preferentemente, al sacerdote. Por eso tienen que saber, como san Pablo, luchar en la milicia cristiana *revestidos de la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo*, *que no es nuestra lucha contra la sangre o carne*, *sino contra los principados*, *contra las potestades*, *contra los dominadores de este mundo tenebroso*, *contra los espíritus malos de los aires. Tomad pues la armadura de Dios para que podáis resistir en el día malo*; *estad alertas*, *ceñidos vuestros lomos con la verdad*; *revestida la coraza de la justicia y calzados los pies prontos para anunciar el evangelio de la paz; emplazad en todo momento el escudo de la fe*; *tomad el yelmo de la salvación y la espada del espíritu que es la palabra de Dios. Con toda suerte de oraciones y plegarias*, *orando en todo tiempo en espíritu y para eso velando con perseverancia y súplica por todos los santos y por mí para que al abrir mi boca se me conceda la palabra*, *para dar a conocer con franqueza el misterio del Evangelio...* (Ef 6, 11-12).

Y si les tocase vivir en la época del Anticristo -como algunos intelectuales católicos sostienen que podrían llegar a vivir-, van a estar convencidos de que luchando, siendo fieles a Dios, siendo fieles al Señor y a la Virgen, perseverando, habrán de vencer.

Que en la divina «*agoné*» de la Eucaristía aprendan a ser combativos, como decía nuestro prócer, Fray Castañeda. En la época de

Rivadavia, le decían, «Pero, ¿por qué no se dedica a celebrar la Misa y no a pelear?», y él contestaba, «Porque justamente la Misa es la que me enaltece, la que impulsa, la que me impele para luchar con la verdad del Evangelio».[6]

¡Santísima Virgen del Milagro!, que como el Cid Campeador, según aparece en los romances, puedan decir: «por necesidad batallo/ y una vez puesto en la silla,/ se va ensanchando Castilla/ delante de mi caballo».

Que análogamente ellos, batallando, vayan ensanchando el Reino de Dios sobre la tierra y se complete así el número de los elegidos. Amén.

[6] «...pero, amigo, me dice Ud. que viva tranquilo, contentándome con la Misa, pero es precisamente la Misa lo que me enardece y me arrastra y me obliga a la lucha incesante»; cit. por P. GUILLERMO FURLONG, SJ, *Fray Francisco de Paula Castañeda, un testigo de la naciente Patria Argentina*, 1810-1830 (Argentina 1994) 725.

7

Hombre no tributario

1. Sacerdotes, no tributarios

Datos de la Sagrada Escritura

Enseña San Juan de Ávila, en un sermón de primera Misa,[1] respecto al sacerdocio de ley natural, que no hubo ninguna nación que no tuviese algún género de sacerdocio, y pone dos ejemplos: el de Melquisedec[2] y el de los sacerdotes egipcios.[3]

Pero, asimismo, afirma San Juan de Ávila otra cosa: siempre el sacerdocio fue exento de pagar tributo, como se puede apreciar en el caso de los egipcios: *Y José les impuso por norma, vigente hasta la fecha respecto a todo el agro egipcio, dar el quinto al Faraón. Tan sólo el territorio de los sacerdotes no pasó a ser del Faraón* (Gn 47, 26). Por eso dice el Santo: «No hubo gente, ni bárbara ni no bárbara, sin leyes ni con ellas que no hiciese exento de tributo al sacerdocio».[4] Por eso en el Antiguo Testamento se enseña: *Yahveh dijo a Aarón*: «*Tú no tendrás heredad ninguna en su tierra; no habrá porción para ti entre ellos. Yo soy tu porción para ti entre ellos. Yo soy tu porción y tu heredad entre los israelitas. A los hijos de Leví, les doy en herencia todos los diezmos de Israel,*

[1] *Obras completas* (Madrid 1970) 230.
[2] Cfr. Gn 14, 18.
[3] Cfr. Gn 47, 26.
[4] *Obras completas* (Madrid 1970) 230.

a cambio de su servicio: *del servicio que prestan en la Tienda del Encuentro... Es decreto perpetuo para vuestros descendientes*: *no tendrán heredad entre los israelitas*, *porque yo les doy en herencia a los levitas los diezmos que los israelitas reservan para Yahveh. Por eso les he dicho que no tendrán heredad entre los israelitas*» (Nm 18, 20-24).

San Juan de Ávila tiene, todavía, una reflexión ulterior citando a San Vicente Ferrer: «Una de las más claras señales del día del juicio será cuando los sacerdotes fueren tributarios».[5]

¿QUE SIGNIFICA SER TRIBUTARIO?

El sentido directo de ser tributario, según el Diccionario de la Real Academia, es: «Que paga tributo o está obligado a pagarlo». Y tributar es: «Entregar el vasallo al señor, en reconocimiento del señorío... cierta cantidad en dinero o en especie». Cuando el sacerdote es tributario se convierte en vasallo.

Sin embargo, pareciera que no se agota la connotación peyorativa, aplicada al sacerdote tributario, en este sólo sentido directo. ¿Por qué? Porque nada menos que el Único, Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo, pagó impuestos, hizo un milagro para hacerlo y lo hizo no sólo para sí mismo sino, también, para que su Vicario en la tierra lo pagara: *Cuando entraron en Cafarnaúm*, *se acercaron a Pedro los que cobraban el didracma y le dijeron*: *¿No paga vuestro Maestro el didracma*? *Dice él*: *Sí. Y cuando llegó a casa*, *se anticipó Jesús a decirle*: *¿Qué te parece*, *Simón*?; *los reyes de la tierra*, *¿de quién cobran tasas o tributos*, *de sus hijos o de los extraños*? *Al contestar él*: *De los extraños*, *Jesús le dijo*: *Por tanto*, *libres están los hijos. Sin embargo*, *para que no les sirvamos de escándalo*, *vete al mar*, *echa el anzuelo*, *y el primer pez que salga*, *agárralo*, *ábrele la boca y encontrarás un estáter. Tómalo y dáselo por mí y por tí.* (Mt 17, 24-27).

[5] Cfr. *Opusculum de fine mundi.*

Este hecho nos hace pensar que, además del sentido directo, existe un sentido figurado de ser sacerdote tributario. Es: «Ofrecer o manifestar veneración como prueba de agradecimiento o veneración». A mi modo de ver, en este caso, el sacerdote tributario es el que se subordina, -indebidamente-, a los poderes temporales, a las modas culturales, al espíritu del mundo, como si fuesen el fin último en lugar de Dios.

2. Algunos casos de sacerdocio tributario

a. Cisma de Oriente

Las Iglesias nacidas del llamado cisma de Oriente, más allá de algunos casos de martirio y santidad heroicos, se han sometido indebidamente a los poderosos de turno, como lo hizo gran parte de la ortodoxia rusa en los setenta años de comunismo.

b. Cisma de Occidente

Con el cisma de Occidente nacen las llamadas Iglesias nacionales. De hecho el Luteranismo se considera la Iglesia de Alemania, el Calvinismo la Iglesia de Suiza y el Anglicanismo de Enrique VIII, la Iglesia del Reino Unido. De hecho, por ejemplo, cuando Lutero tuvo un intento de reconciliación con el Papa, los Príncipes alemanes, que se habían favorecido con los bienes de la Iglesia católica, se lo impidieron.

Se han dado históricamente otras formas parecidas, la llamada Iglesia patriótica en China o las llamadas Iglesias populares que el progresismo intentó instaurar en Hispanoamérica.

c. Las complicidades con las ideologías de turno

Otra forma de sacerdocio tributario es el formado por aquellos que, sin desgajarse visiblemente, católico con el alma y el corazón,

están de acuerdo con la ideología de turno. Como ocurrió (y ocurre) con el libre examen protestante.

Cuando el liberalismo agnóstico, muchos clérigos, incluso obispos, cantaron con gusto la marsellesa. Incluso hoy día hay quienes pretenden justificar el mismo capitalismo salvaje.

También hubo (y hay) quienes son cómplices del comunismo y del ateísmo, tanto en línea materialista cuanto en línea existencialista. Baste pensar en Camilo Torres, en Leonardo Boff, en Fray Beto, en Puijané...

En fin, el progresismo, de cepa liberal y de cepa marxista, por ser por esencia genuflexo al mundo, salvo excepción, sólo produce sacerdotes tributarios.

3. Antídoto

El sacerdote es un hombre de dos reinos: Es ciudadano del Reino de Dios y es ciudadano del reino de la tierra. Cuando el sacerdote deviene tributario, se vuelve traidor por partida doble: traiciona al Reino de los Cielos y traiciona al reino de la tierra, porque no le da a esta lo que esta le reclama, que es la verdad y la libertad que sólo vienen del Reino de Dios.

¿Cuál es el antídoto? Estoy convencido de que sólo el claro reconocimiento del primado de Pedro, o sea, de su poder supratemporal por encima del poder de las naciones políticas, puede defender eficazmente al sacerdote para que no se vuelva tributario. Justamente porque, ontológica y prácticamente, el Romano Pontífice es libre frente a todas las potestades humanas. Aquel sacerdote que sea dócil a Pedro, nunca será sacerdote tributario. El único antídoto eficaz para no ser tributario, es vivir «*cum Petro et*

sub Petro»,[6] porque es el único al que Jesucristo prometiera que en él nunca se apagaría la luz de la verdad eterna ni le faltaría jamás la gracia de la libertad interior, según aquello del mismo Jesús: *Si permanecéis en mis palabras*, *seréis en verdad discípulos míos y conoceréis la verdad*, *y la verdad os hará libres* (Jn 8, 31-32).

El sacerdote no debe ser tributario por razón de su investidura y de su ministerio. Debe transmitir la verdad de Dios, aun a costa de su sangre. Debe trasmitir la santidad de Dios aceptando ser un signo de contradicción. Debe trasmitir la voluntad de Dios hasta dar la vida por las ovejas.

Por eso hemos puesto en nuestras Constituciones: «Queremos formar almas sacerdotales y de sacerdotes que no sean "tributarios"» (208). Por eso nadie debe asombrarse de las momentáneas tribulaciones que debamos pasar. Como dice San Pedro: *no os sorprendáis*, *como de un suceso extraordinario*, *del incendio que se ha producido entre vosotros*, *que es para vuestra prueba* (1Pe 4, 12). Quienes ya han claudicado ante el Anticristo, nunca nos perdonarán el que formemos sacerdotes no tributarios. No hay malentendidos. No es que les moleste el que hagamos deportes o escuchemos música: hay quienes odian la libertad que nos da la verdad y por eso, como dice San Pablo, *espían la libertad que tenemos en Cristo Jesús* (Ga 2, 4). Por razón de nuestro cuarto voto, en la enemistad creada por Dios estamos de parte del linaje de la mujer: *Pondré enemistad entre ti y la mujer. Y entre tu linaje y el suyo. Este te aplastará la cabeza...* (Gn 3, 15).

El sacerdote tributario es un ser aberrante que ha dejado de ser sal y ha dejado de ser luz, y como la sal desvirtuada: *Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y ser pisoteada por los hombres.*[7]

[6] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia «Ad Gentes»*, 38.

[7] Cfr. Mt 5, 13.

Los sacerdotes tributarios sólo sirven como clara señal del día del juicio. Debemos rezar siempre por todos los sacerdotes para que nunca seamos tributarios. Nos lo conceda la Virgen.

Segunda Parte

LO QUE HACE

Capítulo 1

El ministerio principal (I)

Haced esto...
(Lc 22, 19)

1

¡Haced esto!

¡*Haced esto...*! Son éstas, palabras muy simples, muy sencillas: **¡*Haced esto...*!**

¿Quién dijo estas palabras? Las dijo Jesucristo, Nuestro Señor.

¿Cuándo las dijo? Las dijo un día jueves, un jueves 13 del mes de Nissan, según cuentan los hebreos -o sea del mes de abril-, cerca del plenilunio del equinoccio de primavera en el hemisferio norte, según nuestro cómputo, en el año 33.

¿Dónde se encontraba Jesús? Se encontraba en la ciudad santa de Jerusalén, en lo que luego, con el transcurso de los tiempos, se iba a llamar el Monte Sión de los cristianos, más precisamente en el Cenáculo, es decir, «lugar de la cena». Fue el lugar donde Jesús con los Doce, los «dodeca», los doce Apóstoles -apóstol quiere decir «enviado»-, se reunió por última vez para comer la cena. Los Apóstoles son aquellos elegidos por Jesús, a quienes envió luego a todo el mundo a predicar el Evangelio.

Y se había reunido allí -en ese lugar llamado Cenáculo que incluso el día de hoy se puede visitar-, como Él mismo lo había previsto, o si quieren, profetizado, como por ejemplo leemos en el Evangelio de Marcos: *Entonces*, *envía a dos de sus discípulos y les dice*: «*Id a la ciudad*; *os saldrá al encuentro un hombre llevando un cántaro de agua*». En aquél tiempo no había agua corriente, iban a buscar agua al pozo. En el caso de Jerusalén era al Pozo de Guijón, que en la actualidad se llama Fuente de la Virgen, porque la Virgen iba a

buscar agua allí; aun los árabes, los mahometanos, le llaman *Aím Siti Mariam*, Fuente de la Virgen. Jesús les dice a los Apóstoles, quienes no sabían dónde iba a entrar este hombre llevando el cántaro de agua sobre su hombro: «...*Seguidle y allí donde entre*, *decid al dueño de la casa*: *El Maestro dice*: "*¿Dónde está mi sala*, *donde pueda comer la Pascua con mis discípulos*?". *Él os enseñará en el piso superior una sala grande*, *ya dispuesta y preparada*; *haced allí los preparativos para nosotros*» (Mc 14, 13-15).

¿Qué tenían que preparar los Apóstoles? Tenían que preparar la cena pascual, es decir, el cordero pascual que recordaba el paso que los judíos, siendo esclavos de los Egipcios, habían hecho al pasar el Mar Rojo de manera milagrosa, liberándose de la esclavitud del Faraón.

¿Quiénes acompañaban a Jesús? Ya lo dije, los Doce Apóstoles: Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Mateo...que fue quien escribió el primer Evangelio, y lo escribió en hebreo, porque su Evangelio, la Buena Noticia de él, estaba dedicada a los judíos que se convirtieron al cristianismo.

¿Qué hizo Jesús? Cantó los Salmos, el llamado *Hallel* (Sl 113-118) -son salmos que siempre se cantaban cuando se comía el cordero pascual-, como dicen los Evangelios: «*cantados los salmos*» (Mt 26, 30; Mc 14, 26); que viene a corresponder a lo que actualmente en la Liturgia, en la Misa es la primera parte: la Liturgia de la Palabra, en la cual se lee la Biblia, la Palabra de Dios, es decir, lo que Dios quiere de nosotros.

¿Qué más hizo Nuestro Señor, allí en el Cenáculo? Dice el Evangelio: *Mientras estaban comiendo*, *tomó Jesús pan y lo bendijo*, *lo partió y*, *dándoselo a sus discípulos*, *dijo*: «*Tomad y comed*, *esto es mi cuerpo*». *Luego tomó un cáliz y*, *dadas las gracias*, *se lo dio diciendo*: «*Tomad y bebed todos de él*, *porque este es el cáliz de mi sangre*, *sangre de la Alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón*

de los pecados» (Mt 26, 26-28; Mc 14, 22-25; Lc 22, 15-20; 1Cor 11, 20-25).

¿Y dijo algo más? Sí, dijo algo más: **¡*Haced esto... en memoria* (o en conmemoración) *mía*** (Lc 22, 19; 1Cor 11, 24.25). **¡*Haced esto...*!** Así les dijo a los Apóstoles y no solamente a esos Doce, sino a todos los sucesores de los Apóstoles: **¡*Haced esto...*!**

Los sucesores de los Apóstoles en primer lugar son los Obispos, pero también somos todos los sacerdotes, como dice el Concilio de Trento: «*...a sus Apóstoles*, *a quienes entonces* -en ese momento de la Última Cena en el Cenáculo- *constituía sacerdotes del Nuevo Testamento*, *a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio*, *les mandó... que los ofrecieran*»,[1] el pan consagrado y el vino consagrado.

¿Qué quiere decir **«*esto*»**? **«*Esto*»**, evidentemente lo dijo Jesús en el Cenáculo, es lo que Jesús hizo allí, el Jueves Santo.

¿Y qué es lo que hizo?

-En primer lugar, transubstanciar el pan y el vino en su Cuerpo y en su Sangre.

-En segundo lugar, perpetuar el sacrificio que Él iba a hacer al día siguiente en la cruz. Así como en la cruz la Sangre se separó del Cuerpo, en el Cenáculo de manera anticipada, en forma sacramental, como ocurre en cada Misa, la Sangre aparece separada del Cuerpo. Nos habla a las claras de que la Eucaristía es un sacrificio.

-En tercer lugar, se ofrece Cristo en la cena como se ofreció en la cruz, como se ofrece en cada Misa, como Víctima de salvación por todos los hombres. Así como está en la cruz con los brazos

[1] CONCILIO DE TRENTO, DS 1140; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1337.

extendidos abrazándonos a todos, lo mismo en la Misa. Por todos, Cristo se inmola nuevamente de manera sacramental.

Y para que eso fuese posible, para que fuese posible que el pan y el vino se transubstanciase, para que fuese posible que el pan y el vino realizacen de manera eficaz el mismo sacrificio de la cruz, para que fuese posible que ese pan y vino convertido en su Cuerpo y en su Sangre se ofreciesen al Padre como Víctima de expiación por toda la humanidad, les mandó a los Apóstoles y a sus sucesores, a todos los sucesores a través de los siglos, les mandó que hiciesen lo mismo: ***¡Haced esto...!*** Y no solamente les mandó sino que les dio el poder de hacer lo que Él mismo hacía allí en el Cenáculo, el poder de hacer ***en su nombre y en su memoria: ¡Haced esto en memoria mía!***

Alguno de ustedes podrá decir: «Padre, comprendo esto; si lo enseñó Jesucristo y Jesucristo es Dios; es la verdad, pero esto sólo vale para los Apóstoles, para los sucesores de los Apóstoles, los sacerdotes, que lo son en orden a consagrar el Cuerpo y la Sangre del Señor. Pero, ***Haced esto...*** no vale para mí...».

¿Qué hay que responder? Hay que responder: sí y no. Ciertamente cuando Jesús dice ***Haced esto...*** primaria, directa y fundamentalmente se refiere a los Apóstoles. Los sucesores de los Apóstoles son los únicos que por el sacramento del Orden Sagrado, tienen el poder de transubstanciar y, por tanto, de ofrecer litúrgicamente la Víctima que nuevamente se inmola de manera sacramental en la Misa. En ese sentido sí se refiere solamente a los Apóstoles, pero en otro sentido no. En cierto sentido cuando dice ***Haced esto...*** se refiere también a todo bautizado. ¿En qué sentido? En el sentido de que todo bautizado -a su manera, a su modo- *debe ofrecer la Víctima.* Cada uno de ustedes, por el hecho de estar bautizado tiene el poder que le da el sacramento del Bautismo de ofrecer a Jesucristo, la Víctima que se inmola.

«¿Y cómo, Padre, tengo yo poder de hacer eso?». En primer lugar, **por manos** del sacerdote. El sacerdote es representante de todo el pueblo y él en nombre de todo el pueblo y por sus manos, ofrece la Víctima. Pero, además, **junto** con el sacerdote, cada uno de ustedes, por el hecho de estar bautizado, tiene poder de ofrecer la Víctima que se inmola, junto con el sacerdote.

¿Qué Víctima? Es doble la Víctima. Primero, Jesucristo bajo la apariencia de pan y vino y después cada uno de ustedes, que debe ofrecerse junto con Jesucristo, la Víctima que se inmola. Así lo dice, por ejemplo, el Concilio Vaticano II: Los fieles, o sea los bautizados, ustedes, ***«participando del sacrificio eucarístico*** -la Misa- ***ofrecen a Dios la Víctima divina*** -Jesucristo- ***y se ofrecen a sí mismos*** -cada uno de ustedes- ***juntamente con ella»***.[2]

Y así, de esa manera, al ofrecer al Padre Celestial la Víctima, su Hijo, y junto con su Hijo, nosotros; vamos aprendiendo -cada uno a su manera, unos más, otros menos- que el hombre, el varón y la mujer: ***«no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»***, como también enseña el Concilio Vaticano II.[3]

¿Quiénes son los demás? Dios y el prójimo.

¡Haced esto...! por tanto vale, a su manera, para todo bautizado, ya que todo bautizado debe participar de la Eucaristía de una manera ***«activa, consciente y fructuosa»***.[4]

¿Qué quiere decir de *manera activa*? Quiere decir que cada uno tiene que poner en la Misa lo que corresponde, lo que le corresponde a él. Por eso el sacerdote dice: «*Orad hermanos para que este*

[2] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 11.

[3] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et Spes*», 24.

sacrificio mío y vuestro...». ¿Por qué vuestro? Porque ustedes también ponen lo que a ustedes les corresponde en el Sacrificio de manera activa: respondiendo a determinadas oraciones, cantando, con los gestos (de pie, sentados, arrodillados), adorando, dando gracias, y de manera especial -de manera activa- ofreciendo la Víctima y ofreciéndose ustedes junto con la Víctima.

¿Qué quiere decir de *manera consciente*? Quiere decir que no se trata de un montón de tontitos que están sentados ahí papando moscas, que no saben lo que pasa. Tienen que ser conscientes de qué es lo que está pasando. ¡Está pasando nada menos que lo que pasó en la Última Cena, en el Cenáculo! ¡Está pasando nada menos que lo que pasó en el Calvario, en la cruz! ¡De nuevo se separa sacramentalmente la Sangre del Cuerpo! ¡Eso pasa!

¿Qué quiere decir de *manera fructuosa*? Quiere decir que debo disponer mi alma, mi corazón, mi mente, mis fuerzas interiores para aprovecharme de eso que pasa, para recibir con fruto el sacrificio de Cristo en la cruz, para entrar en comunicación con Dios. De manera especial, participar comulgando la Víctima, donde nos hacemos «concorpóreos y consanguíneos»[5] con Cristo. Por eso mi alma tiene que estar limpia de todo pecado mortal. Para recibir la Víctima mi alma tiene que estar limpia.

Todo esto implica que hay que *comprender* el significado de los ritos; *intervenir* en las acciones; *concordar* ***«la mente con la voz»***;[6] *sintonizar l*os propios sentimientos con los de Cristo; *prolongar* en la vida lo vivido en el rito; *conectar* la vida ordinaria con la liturgia.[7]

[4] Cfr. *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* «*Sacrosantum Concilium*», 11.14 y 79; *Decreto sobre los obispos*, n. 30; *Declaración sobre la Educación cristiana*, n. 4.

[5] SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catech. 4*.

[6] SAN BENITO, *Regla*, cap. 19; cit. por PÍO XII, *Mediator Dei*, n. 83.

[7] Cfr. J.A. ABAD IBAÑEZ - M. GARRIDO BONAÑO, OSB, *Iniciación a la liturgia de la Iglesia* (Madrid 1988) 49-58, en especial, 51-52.

Una cosa más. Es en la liturgia donde se expresa real y profundamente el verdadero sentido de la fiesta. Ustedes tienen que saber que el sentido último de la fiesta no lo da ni la música, ni los cantos... Está bien: son cosas que contribuyen a la fiesta, pero el sentido último de la fiesta no lo da eso. Esto lo tienen que saber porque hay muchos que -aun siendo grandes- no lo saben. No porque sean malos, sino porque nadie se los enseñó. El sentido último de la fiesta *es el acto de culto*, como es la Misa.

¿Qué quiere decir culto? Quiere decir que uno reconoce con su mente, con su corazón, con su mismo cuerpo, que Dios es Dios.

¿Qué quiere decir eso? Quiere decir en primer lugar que Dios es bueno. Parece una tontería, «Padre, lo único que falta ahora...» -me diría alguno-. Sí, pero hay muchos que no lo saben. Dios es infinitamente bueno. Es nuestro Padre, pero un Padre infinitamente bueno, más bueno que todos los padres de la tierra. Cuando yo rindo culto a Dios le estoy diciendo eso: «Señor, Vos sos bueno». Al decir eso le estoy diciendo otra cosa: «Señor, tus obras, la creación -los pájaros, las flores, las plantas, los seres humanos, las montañas, la nieve, el agua- son buenas, porque vos las hiciste; te doy gracias por eso». ¿Entienden? Y cuando ustedes dicen: «Dios, Vos sos bueno», «tus obras son buenas» están diciendo otra cosa más: «Señor, te doy gracias porque me creaste y haberme creado es una cosa buena; te doy gracias por mi cuerpo y por mi alma, te doy gracias por mi inteligencia y por mi voluntad, te doy gracias porque me has dado capacidad para pensar y capacidad para amar, ¡*casi nada*! Te doy gracias porque puedo contemplar la creación, toda esta hermosura que has hecho para mí. Te doy gracias Señor». Y eso se hace en el *acto de culto*.

¿Cuál es el acto de culto del cristiano? El acto de culto del cristiano es la Misa, donde el cristiano adora a Dios, le rinde alabanza, le da gracias -eso quiere decir *Eucaristía*-, le pide perdón, le pide por todas las cosas que necesita. Es decir, le rinde culto, y al rendirle culto uno se santifica. Por eso, si esto les basta para entender

lo que dijo Nuestro Señor: ***Haced esto...*** -la Misa, la Eucaristía- y cada uno de ustedes aprende a participar cada vez de manera más consciente, de manera más activa y de manera más fructuosa en la Misa, ¡bendito sea este día y todos los días que se han de seguir!, porque habrán aprendido lo más importante que el hombre -varón y mujer- tienen que hacer sobre la tierra, que es rendir culto a Dios y así aprender el sentido de la fiesta, de ese alegrarse en el amor que es la fiesta, de ese reconocer todos los beneficios, todas las grandezas, todas las bondades que hay en la creación... Y también, sí, el hecho de que Dios me haya creado a mí... De que Dios me haya amado y que yo sea de verdad su hijo, de que Cristo haya muerto por mí en la cruz, de que sea templo vivo del Espíritu Santo, de que pueda llamar a la Virgen mi madre, de que pueda recibir al Señor en la Eucaristía.

Por eso repito, ¿qué es lo que hace que la fiesta sea fiesta? ¿Cuál es la raíz profunda que hace que determinados días sean una fiesta? La raíz última de la fiesta es **¡*Hacer esto...*!**, es el acto de culto. Hacer fiesta es afirmar que todo lo que existe es bueno y es bueno que exista, es decir que vivir es bueno, que la creación es buena, porque Dios es bueno.

Por eso el hombre, varón y mujer, adora a Dios, lo alaba, le da gracias, en una palabra, le rinde culto, hace fiesta. Y por el reconocimiento del amor de Dios mediante el culto es que en la genuina fiesta cristiana reina la caridad y la alegría: **«*donde la caridad se alegra*, *allí hay fiesta*»**.[8] En la Misa coronamos todo rindiendo culto a nuestro Padre del cielo, por Jesucristo, en el Espíritu Santo. Y lo hacemos poniendo en práctica lo que Él nos enseñó cuando nos dijo: **¡*Haced esto...*!**

[8] SAN JUAN CRISÓSTOMO; cit. por JOSEF PIEPER, *Una teoría de la fiesta* (Madrid 1974) 33.

2

Eucaristía: «...la más dificilísima» [1]

Las obras de Dios son muy misteriosas. De entre todas, la más misteriosa -según el sentir de los Padres y Doctores de la Iglesia y uno de los puntos en que el misterio se vuelve más profundo- es el Santo Sacrificio de la Misa.

Para atraer a cada alma al influjo de su cruz, Cristo, sin multiplicar su muerte expiatoria, instituye el sacrificio eucarístico, de tal manera, que todos los creyentes puedan participar de él. Esta es «entre las cosas que debemos creer la más dificilísima».[2]

La piadosa y trepidante meditación teológica para una mejor inteligencia de este misterio, a través de los siglos, desemboca en tres enseñanzas de Trento, ya que ninguno de los elementos del sacrificio de la cruz puede faltar en el sacrificio del altar, estableciendo así una continuidad y una unidad orgánica entre los dos momentos del único drama de la Redención: cruz y altar.

¿Cuáles son?

- «Una sola y la misma es la víctima».[3]

[1] Seguimos de AUTORES VARIOS, *I Sacramenti* (Roma 1959); de ANTONIO PIOLANTI, *L´Eucaristia*, 433-567 y de ANTONIO PIOLANTI, *El sacrificio de la Misa* (Barcelona 1965) 104.

[2] Cfr. SAN BUENAVENTURA, *IV Sent* 8.1.1: «Inter credibilia difficillimum».

[3] *DS* 1743: «una enim eademque est hostia».

- «El que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes es el mismo que entonces se ofreció a sí mismo en la cruz siendo solamente distinta la manera de ofrecerse».[4]

- «En este divino sacrificio que en la Misa se realiza, se contiene y se inmola incruentamente aquel mismo Cristo, que se ofreció a sí mismo cruentamente en el altar de la cruz».[5]

De modo que los tres aspectos, que señala el Concilio de Trento, están cada uno presentes, y son de algún modo idénticos, con cada uno de los tres elementos constitutivos del sacrificio de la cruz.

El misterio de la Eucaristía es la presencia de Jesucristo, de quien dimana un acto de amor y de alabanza al Padre, externamente manifestado en este rito inmolaticio.

Tenemos tres momentos:

Inicial: que contiene la víctima.

Intermedio: en el cual circula la oblación sacerdotal

Externo: el cual es como el envoltorio y el signo de estas otras dos realidades.

En el primer aspecto del misterio eucarístico está presente verdadera, real y sustancialmente el mismo Jesucristo que «nació de María Virgen, padeció bajo Poncio Pilato, resucitó al tercer día, y está sentado a la derecha del Padre».[6] Está presente la misma Víctima del Calvario, con una identidad absoluta, ontológica.

En el segundo aspecto, circula la misma oblación de la cruz, con una identidad relativa y psicológica. En efecto, Cristo está en

[4] *DS* 1743: «idem oferens... sola offerendi ratione diversa».
[5] *DS* 1743: «Idem Christus... incruenta uberrime percipiuntur».
[6] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 184.

la Eucaristía con las prerrogativas de la gloria, pues *la muerte no tiene ya señorío sobre Él* (Ro 6, 9). Su cuerpo es glorioso y su alma está suspendida del *ahora* siempre presente de la visión beatífica. Es la oblación viva del Corazón de Cristo, oblación actual, como la visión beatífica, e inmutable como el estado de gloria. Es casi la eternidad inserta por un instante en el curso del tiempo; como cuando las nubes se rasgan se filtra sobre la tierra un rayo luminoso de sol, que imperturbable resplandece sobre las nubes.

En el tercer aspecto, se desarrolla la misma inmolación del Calvario, perpetuada no multiplicada, con una identidad místico-sacramental. La separación no física sino sacramental del Cuerpo por una parte y de la Sangre por otra, es idéntica a aquella del Calvario. La muerte de Cristo está Presente en el altar sacramentalmente: «la Eucaristía es el Sacramento de la pasión de Cristo»[7]. La multiplicidad de la inmolación mística no compromete la unidad del Calvario, porque sucede en el orden de los signos. Propio de los signos es indicar a la mente una realidad con la cual está íntimamente ligada. Multiplicándose los signos no se multiplica la realidad significada: no se multiplica la muerte cruenta de la cruz, sino que se perpetúa bajo los velos sacramentales la misma muerte de la cruz.

En un blanco disco de pan ázimo y en una gota de vino se concentra el misterio de la cruz: «En este sacramento se encierra, se contiene todo el misterio de nuestra salvación».[8]

El único sacrificio de la Redención en el múltiple rito de la Misa se dilata, pero no se multiplica; se difunde pero no se disipa ni se dispersa, en contacto y bajo el múltiple rito incruento no se disgrega, sino une, hecho coextensivo a todos los tiempos y a todos los lugares, unifica el Cenáculo, la cruz y el altar.

[7] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 73, 3, ad3.
[8] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 83, 4: «totum mysterium nostrae salutis».

La Misa es la prolongación del pleroma de la cruz: *Altare plenitudo crucis*; es la cruz que penetra los siglos y las sucesivas generaciones: *Fulget crucis mysterium*.

3

Multiplicador de navidades

Como todos los sacerdotes, hemos sido hechos sacerdotes para multiplicar navidades, para que Cristo nazca nuevamente en el corazón de tantos hombres y de tantas mujeres que todavía no lo conocen, o que conociéndolo, lamentablemente, no viven en consecuencia.

Lo que les quiero decir a los sacerdotes es que ciertamente tienen que ser muy firmes en la doctrina. Al sacerdote se lo busca especialmente -y lo busca especialmente el enemigo de naturaleza humana para que claudique en la fe-, para que no sea firme en la doctrina, para que en algún aspecto no confíe en Dios. Pero también así como es esencial la firmeza en la doctrina, quiero recordarles que tienen que tener bondad de corazón.

El sacerdote, todo sacerdote aunque no lo sepa, tiene que ser un reflejo de la bondad de nuestro Padre celestial, por eso pedimos para ellos la gracia de que experimenten aquello que experimentó el salmista, cuando lleno del Espíritu Santo exclamó: ¡*Qué bueno es Dios*!, ¡*es grande su misericordia*! (Sl 103, 8).

¡Qué bueno es Dios! Así, con una exclamación admirativa, como diciendo: ¡Qué grande es la bondad de Dios! Más aún: ¡Cómo la bondad de nuestro Padre Celestial es infinita, sin límite! Podemos sumar el amor de todos los buenos padres y buenas madres de familia que han habido, que hay y que habrá en el mundo; en comparación con la infinita bondad de Dios, es como nada. La bondad de Dios supera todo lo que nosotros podemos

decir y pensar. Esa bondad de Dios se manifiesta en tantos aspectos. Por ejemplo en la Creación, toda esa hermosura de la creación, del cielo estrellado, del sol y la luna, la lluvia, esa variedad de árboles y de animales y de seres humanos distintos, distintos unos de otros, irrepetibles, creados a su imagen y semejanza, que nos hablan justamente de esa bondad de Dios. Porque Dios por bondad crea. Porque el bien de suyo es difusivo y quiere que sus criaturas participen de esa Su Bondad. Por eso, qué hermoso es lo que enseña Nuestro Señor en el Sermón de la montaña, qué palabras tan llenas de sentido: *para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos*, *que hace salir el sol sobre malos y buenos*, *y la lluvia sobre justos e injustos* (Mt 5, 45). Y así como es la bondad de Dios, queridos hermanos, que hace salir el sol sobre todos, no hace salir el sol solamente sobre los buenos y sombra a los malos. ¡No! Incluso da la impresión de que acá en este mundo, protege, bendice más a los malos, para darles incluso el premio de aquellas cosas buenas que hacen, ya que después no los podrá premiar si no se arrepienten.

Y así como cuando hace llover, no dice: «Voy a hacer llover sobre el campo de este que es bueno y no sobre el campo de aquel que es malo: para ese, sequía siempre». No, hace llover sobre justos e injustos. Así también debe ser el amor del sacerdote, no solamente amar a los buenos, no solamente amar a las ovejitas que vienen a misa los domingos, también amarlas, porque hay algunos que se dedican a darles palizas, como dice el cardenal de Bolonia en un libro muy interesante: «Pareciera que ahora, la parábola de la oveja perdida es al revés. Se fueron noventa y nueve ovejas y a la única oveja que está en el rebaño el pastor la apalea para que se vaya. Que sea madura y que se integre a las demás».[1] No solamente hay que amar a los buenos, hay que amar a todos, a aquellas almas que no llegaron a conocer la luz de la gracia, la luz de la fe, a aquellas almas que viven en el vicio, en el pecado. Y digamos, si

[1] G. BIFFI, *El quinto evangelio* (Salamanca 1971) 64.

realmente uno quiere y ama con el mismo corazón de Dios, de alguna manera hay que amar a esas almas con predilección.

Ese amor, esa bondad de Dios se manifiesta de manera especial en la gran obra de la Redención. Pues envió a su Hijo, el Justo, para que muriese por nosotros los injustos; cuando éramos pecadores nos amó, nos entregó a su Hijo y Él quiso que su Hijo subiera a la cruz y muriera por cada uno de nosotros, por cada uno de los hombres que transitamos en la tierra.

¡Qué bondad la de Dios! Para que llegásemos a conocerlo a Él que es invisible, quiso que su Hijo se hiciese visible, tomase un cuerpo humano en todo semejante a nosotros, menos en el pecado. Y más aún, quiso que cargase con la cruz para que conociesemos la hondura, la profundidad de su Bondad.

¡Qué bondad la de Dios! Como si fuese poco, Él quiere santificarnos, y de hecho busca que vayamos siendo un poco más buenos a través de la predicación de la Palabra de Dios, al escuchar en nuestro corazón lo que quiere su corazón; la Palabra al penetrar por nuestros oídos produce la fe en nuestro corazón, ya que la fe llega a nosotros por la audición, por el oído, por el escuchar la predicación de la Palabra de Dios. ¡Que bondad la de Dios!

¡Qué bondad!, que quiso inventar los sacramentos de la Nueva Alianza, para que la gracia que su Hijo ganó en la cruz para todos nosotros llegase con certeza, y les dio unas características del todo especiales y únicas. Él quiso que los signos no fuesen solamente meros signos, sino que quiso que los signos en los sacramentos fuesen eficaces, es decir, que produzcan lo que significan: Agua significa limpieza, en el Bautismo limpia el alma. Óleo significa fuerza, en la Confirmación fortalece el alma. Pan y vino significan comida y bebida, en la Santa Misa son alimento del alma. Sangre separada del cuerpo es sacrificio, en la Misa es sacrificio, el mismo sacrificio de la cruz, de manera incruenta. Quiso además por el sacramento del Orden que hubiesen hombres que cumpliendo el

papel de Cristo, Cabeza y Pastor, guiasen su rebaño hasta la segunda venida, dándoles esos poderes tremendos sobre el pan y el vino y sobre el cuerpo místico por el perdón de los pecados.

Por eso queridos hermanos realmente la bondad de Dios es inenarrable como dice también, en el sermón de la montaña, hermosamente Nuestro Señor: *¿Quién de vosotros es el que si su hijo le pide pan, le da una piedra o si le pide un pez, le da una serpiente? ¿Quién? Si pues vosotros siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a quien se las pida* (Mt 7, 9-11).

Y ¡qué grande es su misericordia! También una exclamación admirativa, ¡qué grande!, como queriendo decir sin límites, infinita. Como aparece en el apóstol San Pablo: *Que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios* (Ef 3, 18-19).

Es una misericordia que es tan grande, que es siempre vencedora. Siempre triunfa la misericordia de Dios, triunfa a pesar de la oposición de los hombres, a pesar de que los hombres y los pueblos muchas veces traman proyectos vanos, como dice el Salmo segundo: *contra el Señor y su Mesías*, o sea Cristo, vence la misericordia de Dios. Como dice hermosamente el apóstol San Pablo en la carta a los Romanos: *Si Dios está con nosotros, quién contra nosotros. El que no perdonó a su propio Hijo, antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es quien justifica, ¿quién condenará? Cristo Jesús, el que murió, más aún, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios es quien intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?... Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó* (Ro 8, 31-32, 35.37). Es decir que porque Cristo nos amó, vencemos.

La misericordia de Dios es libérrima, nadie puede obligarle a Dios a que tenga misericordia. Él tiene misericordia de quien quiere tener misericordia, para eso es Dios. Y por eso, esa misericordia, es una misericordia que tiene características divinas, porque es propia de Dios, y la esencia de Dios es ser misericordia. *Dios es Amor*, dice San Juan (1Jn 4, 16).

Por eso San Pablo explicando esto y aplicando esto a lo que es el misterio de la teología de la historia dice: Tendré misericordia de quien tenga misericordia y tendré compasión de quien tenga compasión. Por consiguiente no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Tal es la misericordia de Dios que es la fuente de toda misericordia (Ro 9, 15-16). Si vemos un gesto de misericordia en la tierra, ese gesto de misericordia es una chispita de esa hoguera de misericordia infinita que es Dios. Por eso también San Pablo llama al Padre Celestial: *Padre de las misericordias* (2Cor 1, 13). Y por eso Nuestro Señor nos dice: *Sed misericordiosos como mi Padre Celestial es misericordioso* (Lc 6, 36).

La misericordia es alegre y produce alegría. Un hombre, una mujer con entrañas de misericordia, son un hombre, una mujer alegres. *Hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte*, *que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia* (Lc 15, 7). Esa alegría es tal que es una alegría que llena el alma de felicidad. Por eso dijo también Nuestro Señor: *Felices los misericordiosos porque alcanzarán misericordia* (Mt 5, 7).

Por eso, cuán dulce y cuán tierno es Dios para con sus amadores.

Hemos de pedir por los sacerdotes para que se destaquen siempre por su misericordia. Que no hagan caso nunca al enemigo de naturaleza humana que muchas veces les pone la pulga en la oreja a los sacerdotes, haciéndoles decir cosas tan tontas como estas: «no, a mí nadie me va a pasar al cuarto». Que te pase todo el mundo. Sé misericordioso. Para eso te has hecho sacerdote. Míra-

lo a Jesús en el pesebre, es Él el que se hizo hombre por salvar a los hombres. Míralo a Jesús en la cruz, es Él el que dio su vida por todos los hombres.

Cuenta la historia, sucedió en las Islas de Mallorca, en un templo que todavía existe, un crucifijo que todavía permanece; el sacerdote ya cansado de que el penitente siempre le confesara el mismo pecado y no pusiese los medios para dejarlo, le dijo: «No te doy la absolución». Ante el asombro del penitente, escuchó del Cristo, que separando su brazo del clavo de la cruz le dijo: «Mira lo que me cuesta, absuélvele».[2]

¡Seguimos nosotros a un Dios que tiene entrañas de misericordia! Por eso no debemos ser duros de juicio. El juicio no nos corresponde a nosotros los sacerdotes. El juicio corresponde a Dios. Y corresponde a nosotros sacerdotes pedirle a Dios misericordia. Por eso debemos pedir siempre: ¡Señor, ten piedad!, ¡Cristo, ten piedad!, ¡Señor, ten piedad!

Nosotros sacerdotes, según la Palabra revelada, somos como «felpudos», otras traducciones ponen como «escorias», otras: «estropajo». Así está. El apóstol San Pablo lo dice en la primera a los Corintios capítulo cuatro: *Hemos venido a ser hasta ahora como desecho del mundo* (1Cor 4, 13), *purgamenta mundi*,[3] *estiércol*, *como estropajo de todos*. Esa es nuestra función: ser estropajos de Dios. Para ayudar a los hombres y mujeres, nuestros hermanos.

Por eso, nuestra obligación es imitar la bondad y la misericordia de nuestro Padre Celestial. Miremos el mundo, cómo da la impresión de que la humanidad está loca. Está la humanidad loca: setenta años de marxismo, en los países de Europa Oriental y de Europa Central, con la privación de la libertad, con régimen de terror, de delación, dejando a la gente destrozada. Y Dios cómo

[2] Cfr. MAURICIO RUFINO, *Vademécum de ejemplos predicables* (Barcelona 1962) 639.
[3] Cfr. *NVg.*

tuvo paciencia, tuvo misericordia. Cuando llegó el momento, inspiró a los hombres para que se sacudiesen ese yugo injusto. No tronó con fuerza sobre ellos pulverizando a sus enemigos. Tuvo paciencia. ¿Qué pasa con el existencialismo ateo actual? Lo mismo, tiene paciencia. ¿Qué pasa con tantos que blasfeman de su santo nombre?, ¿qué pasa con los sacrílegos?, ¿qué pasa con los apóstatas?, tiene paciencia, tiene misericordia. Y Dios siempre es el último en vencer. Y a pesar de que en el mundo haya muchos males, Dios es el último que vencerá y Dios vencerá siempre por su misericordia.

Por eso pidamos a la Virgen por todos los sacerdotes del mundo, para que aprendan de ella, de la Madre y Reina de Misericordia a ser misericordiosos, para que experimenten que ella, nuestra Madre del Cielo, es vida, dulzura y esperanza nuestra. Para que ella siempre vuelva sobre nosotros sus ojos misericordiosos en este mundo, y luego en el otro nos muestre a Jesús. En una palabra, para que todos nosotros seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

Que el Señor y su Madre nos concedan la gracia de poder ayudar con nuestras oraciones a los sacerdotes, pues debemos ser multiplicadores de navidades.

4

¡UN PAN Y UN CÁLIZ!

En Pekín, cerca de la *Ciudad Prohibida* -la cual pertenecía antiguamente al Palacio del Emperador-, se alza una torre, que es algo similar a un mirador alto y que, según algunos pertenecía a la muralla de la ciudad tártara o manchú. Es el famoso observatorio astronómico usado por un gran misionero italiano, el Padre Mateo Ricci, SJ.[1] El emperador chino, amante de la sabiduría, buscaba

[1] «Una interesante perspectiva de Pekín es el observatorio construido sobre las almenas una "Torre reloj", antiguamente parte de los muros de la cuidad.

Empequeñecido por los edificios de las embajadas, se encuentra ubicado en una selva de carreteras y autopistas, justo al este de "La Tienda de la Amistad" (Friendship Store); en la esquina sud oeste de Jianguomennei Dajie y la segunda carretera de circunvalación (parte de la ciudad Tártara o Manchú). La vista del panorama ya justifica la visita. Este es uno de los lugares que usted puede visitar donde encontrará alguna información interesante y segura en inglés, aunque breve. El observatorio se remonta a los tiempos de Kublai Khan's, época en la que se encontraba al norte del actual sitio. El Gran Khan's, así como los últimos emperadores de la dinastía Ming y Qing, confiaban grandemente en los astrólogos antes de tomar una decisión.

El presente observatorio de Pekín, fue construido entre los años 1437 al 1446, no sólo con el fin de facilitar las predicciones astrológicas, sino también para ayudar a los marineros. En la planta baja se exhiben equipos de navegación usados por marineros chinos. En el primer piso hay réplicas de cinco piezas de alfarería de 5000 años, encontradas en las excavaciones de la provincia de Henan en 1972, dichas piezas muestran pinturas del sol. Hay también cuatro réplicas de azulejos usados en aleros de la dinastía Han, que representan al este, oeste, norte, y sur. Hay un mapa dibujado en un tablero octogonal de madera con 140 estrellas marcadas en láminas de polvo de oro; es una reproducción del original, que se dice pertenecer a la dinastía Ming, pero esta basado en un mapa más antiguo de la dinastía Tang. Se exhiben también seis prominentes bustos de astrónomos.

Sobre la "azotea" hay una variedad de instrumentos astronómicos diseñados por los Jesuitas eruditos, quienes se abrieron camino en la capital en 1601 cuando a Mateo Ricci y sus compañeros se les permite trabajar con científicos chinos. El Emperador estaba ansioso por descubrir las armas y cañones europeos.

Los Jesuitas superaron el calendario musulmán en uso, y consiguieron el control sobre el observatorio, llegando a ser los consejeros de la Corte China. De los ocho instrumentos

►

que le enseñasen los secretos de las órbitas de los planetas y de las estrellas. Mateo Ricci acompañó en esta tarea a otros jesuitas, también grandes astrónomos. Hoy se encuentran sepultados juntos, por privilegio del Emperador, dentro de lo que era el recinto de las antiguas murallas.

En la parte superior de esta torre, a la que se accede por una escalera de altos peldaños incorporada a la misma mole de la construcción, hay una serie de instrumentos astronómicos que datan de la época. Uno de estos instrumentos, la esfera armilar, es una serie de circunferencias de bronce, de unos dos metros de diámetro, mandada construir por los padres jesuitas. Tiene la característica de poseer dos círculos de centro común, que representan las posiciones de los círculos más importante de la esfera celeste, provisto de limbos o coronas graduadas y, además, alidadas o con reglas que tienen pínulas, es decir, miras por donde se dirige la visual, que sirven para ubicar y medir los astros y sus órbitas. Por la similitud se lo denomina, también, astrolabio o armilla. Hoy en día este instrumento se encuentra en desuso, debido al avance producido en los modernos medios de observación astronómica.

en bronce que se exhiben (incluyendo una armilla ecuatorial, un globo celeste, y un altazimuth), seis fueron diseñados y construidos bajo la supervisión del sacerdote belga Ferdinad Verbiest, quien llego a China en 1659 para trabajar en la corte de los Qing. Los instrumentos fueron construidos entre 1669 y 1673, y están decorados con dragones esculpidos en bronce y otros motivos artísticos chinos, una unión única entre el este y el oeste. El teodolito fue supervisado por Bernard Stumpf, también misionero. El octavo instrumento, la nueva armilla, fue completada en 1754. No es claro cuales de los instrumentos en exhibición son originales.

Durante la rebelión de los Boxers, los instrumentos desaparecieron en las manos de los franceses y alemanes. Algunos fueron devueltos en 1902, mientras otros fueron retornados bajo la condición del tratado de Versalles (1919). Bertrand Russell comento que «este fue probablemente el mas importante beneficio que el tratado dio al mundo». El observatorio que los Jesuitas instalaron en Shanghai fue usado para predicciones meteorológicas y aun conserva el mismo uso. Los Jesuitas tuvieron también alguna influencia en la arquitectura de Pekín y diseñaron los palacios de estilo rococo italiano en el viejo Palacio de Verano (destruido en 1860) usando Versalles como modelo». Michael Bucley, *China. A Travel Survival Kit*, Lonely planet Publications (Australia[4] 1994) 630-631.

Creo que en la Eucaristía sucede -análogamente, de manera metafórica- algo similar a lo que sucede en la esfera «armilar». Así como en este instrumento, todos sus aros, toda su armazón, tienen un centro común, así en la santa Misa toda su estructura -y también toda la vida de la Iglesia, las acciones del sacerdote y de los fieles-, todo, absolutamente hablando, todo, se dirige hacia un centro común (semejante al logotipo de la Comisión Nacional de Energía Atómica). Se dirige a un gran signo. El gran signo en la Eucaristía es: ¡un pan y un cáliz!

¡Todo! Desde la procesión de entrada hasta la disposición del templo, en forma de cruz; con su campanario, que llama al acto central del culto cristiano. Desde la nave, el sagrario, el ambón, la sede hasta el altar. Todo apunta a ese gran centro: ¡un pan y un cáliz!

¡Todo! La misma ornamentación del templo con los cirios encendidos, las flores, el incienso, la música sagrada -el órgano, el instrumento más parecido a la voz humana-, las luces. Todo se dirige a percibir con fuerza ese signo principal: ¡un pan y un cáliz!

¡Todo! Si tomamos la Misa, con su procesión de entrada, con su rito introductorio, con la Liturgia de la Palabra que nos alimenta y prepara para recibir con fruto ¡ese pan y ese cáliz! La procesión con las ofrendas donde por primera vez aparece el gran signo ¡del pan! y ¡del vino!, que constituirán la materia del sacrificio; la epíclesis, invocando al Espíritu Santo para que produzca el milagro de la transubstanciación en la materia del sacrificio; la consagración en la que el pan y el vino se transforman en el Cuerpo y la Sangre del Señor. La comunión en donde se reciben el pan y el vino transubstanciados. Todo se orienta a un gran signo: ¡un pan y un cáliz!

¡Todo! Las oraciones del propio, del común, de las plegarias eucarísticas, las procesiones (de entrada, de las ofrendas, de la comunión), las acciones, los gestos, las reverencias, los besos del

sacerdote al altar y al Evangelio, las señales de la cruz, las genuflexiones, las actitudes, los golpes de pecho, los silencios con su elocuencia irremplazable..., las letras de los cantos. Todo apunta a un gran signo: ¡un pan y un cáliz!

¡Todo! El mismo ritmo de la acción litúrgica, ya que en esta hay un movimiento, un avanzar, un tránsito, un *in crescendo*, que dispone el corazón para el corazón de la Misa que es la consagración. Los tiempos litúrgicos con la riqueza teológica que los caracteriza: Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, el tiempo durante el año. Las Solemnidades y Fiestas. De manera particular, el Domingo, día del Señor. Todo señala a ese gran signo: ¡un pan y un cáliz!

En especial, todo apunta a la consagración, que es el momento culmen, donde alcanza la plenitud de signo: ¡un pan y un cáliz! Allí, en ese momento, el pan y el vino se transubstancian en el Cuerpo y en la Sangre del Señor. Se produce una cantidad tal de cosas admirables, que no las llegamos a entender abarcativamente ni antes ni después, porque nuestro entendimiento no es como el de los ángeles -intuitivo- sino discursivo y porque la grandeza del misterio supera por todas partes la limitación de nuestro entendimiento.

Allí se realiza, como ya dijimos, la presencia de Nuestro Señor: verdadera, real y sustancial. Y ello, sola y simplemente, por la Omnipotencia de Dios.

Allí se efectúa la perpetuación del único sacrificio de la cruz, porque allí se da la representación viva y eficaz de la Pasión del Señor, porque allí se hace el memorial de la muerte de Jesucristo, que realiza lo que recuerda y que implica, de suyo, inmolación y oblación, y además, porque allí se hace la aplicación de los méritos que ganó Cristo en la cruz para todos los hombres, que llegan así a las nuevas generaciones.

Allí ejerce su Sacerdocio Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, Sacerdote principal de la ofrenda de su Cuerpo y Sangre en la

Misa; allí los sacerdotes ministeriales obramos *in Persona Christi* y transubstanciamos -por el poder de las palabras de Cristo y la fuerza del Espíritu Santo- el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor y hacemos su ofrenda; allí, por su sacerdocio bautismal, los fieles cristianos laicos ofrecen, por manos y junto al sacerdote ministerial, la Víctima inmolada y ellos mismos ofrecen sus sacrificios espirituales. De tal manera, que en la Misa se despliega, magnífica y jerárquicamente, el único Sacerdocio de Jesucristo.

Allí se perciben más los tres grandes Protagonistas de cada Misa: el Padre, a Quien se ofrece el sacrificio y lo acepta, el Hijo que es la Víctima y el Sacerdote que se ofrece, y el Espíritu Santo, en cuyo poder se transelementan los dones de pan y de vino y se aprovechan de los mismos los fieles.

Allí, en ese momento, se dan en plenitud los tres niveles de la liturgia: el *mysterium*, la *actio* y la *vita*. Por obra ministerial del sacerdote secundario que obra *in Persona Christi*.

Allí se percibe mejor el triple signo: rememorativo de la pasada Pasión, demostrativo de la presente gracia santificante y profético de la futura vida en el cielo.

Allí se dan las tres instancias: el *sacramentum tantum*, las especies consagradas separadamente, que expresan, eficazmente, la inmolación mística; la *res et sacramentum*, el Cuerpo entregado y la Sangre derramada ofrecidos a Dios; la *res tantum*, la unidad del Cuerpo místico de Cristo, por la que sus miembros incorporan al sacrificio de Cristo sus sacrificios interiores.

Allí se captan mejor los tres fines o efectos del santo sacrificio de la Misa: el latreútico, por el que adoramos, en Cristo, a Dios sobre todas las cosas; el eucarístico, por el que damos, en Cristo, cumplidas gracias al Padre; y el propiciatorio (que según Trento[2]

[2] CONCILIO DE TRENTO, *DS* 1743.1753.

implica también el impetratorio) que aplaca la ira divina, perdona los pecados y satisface remitiendo algunas penas y se nos da todo lo necesario para la salvación eterna.

Todo apunta a eso: ¡un pan y un cáliz! consagrados.

La misma vida del cristiano, del seminarista, del sacerdote, todo apunta a eso. De manera particular la del sacerdote, y por lo tanto, del seminarista. ¿Porqué la Filosofía? Porque hay que saber defender la Verdad Eucarística. ¿Porqué la Teología? Porque uno debe ser predicador de los misterios, en especial, el Eucarístico. Toda la preparación del Seminario debe ser para subir al altar, para transubstanciar el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre del Señor ofrecido bajo las especies.

El Jueves Santo, día sacerdotal por excelencia, es el día en el que San Juan dice: *Habiendo amado a los suyos... los amó hasta el fin...*[3] Es el día en el que Nuestro Señor instituyó el misterio insuperable de la Eucaristía, además de instituir también el sacerdocio católico para su perpetuación a través del tiempo y del espacio. Ese es ¡el pan y el cáliz! que nos empuja a la misión.

Adoremos al Señor, «quien ruega por nosotros como sacerdote nuestro, ruega en nosotros como nuestra Cabeza, (y) nosotros le rogamos como Dios nuestro».[4]

Que la Virgen nos haga ser devotos de Jesús Eucaristía. Que siempre tengamos la sabiduría suficiente para enriquecer nuestras almas con ese regalo que Jesús nos dejó un día, un Jueves Santo, en el que nos amó hasta no poder dar más, hasta el extremo... ¡hasta la Eucaristía!

[3] Cfr. Jn 13, 1.
[4] SAN AGUSTÍN, *in Ps.*, 85.

5

¡Vivo!
Nuestro contemporáneo

Vivo te veo, Cristo, en el Sacramento.[1]

1. ¡Vivo te veo en la Custodia!

¡Ampolla de vidrio!, que tienes dentro latiendo como el corazón de una rana, al mismo Cristo.

¡Panderito de harina!, de donde salen mil dulces armonías celestiales: ¡Caja de música!

¡Soledad acompañada!, miles y miles de manos que se estrechan.

¡Sol de mil rayos!, que iluminas el Oriente y el Poniente.

¡Estrella del alba y lucero vespertino!, brújula que orientas a los peregrinos cansados.

[1] Algunos temas son de un poeta español casi contemporáneo.

2. ¡VIVO TE VEO EN EL OSTENSORIO!

¡Blanco nieve, pero al rojo blanco!, *los amó hasta el fin*... (Jn 13, 1).

¡Grito del Verbo!, silencio de los siglos, palabra muda más elocuente que todos los discursos, ¡ardiente como mil hogueras!

¡Brisa y materia!, juntas en expresión exacta.

¡Abrazo de galaxias!, punto de unión y cita del siglo y del minuto.

¡Dios en mantillas!, Cristo diminuto e infinito.

3. ¡VIVO TE VEO EN EL SAGRARIO!

¡Pan partido!, para la Vida del mundo y la unidad de los hombres y mujeres.

¡Beso eterno!, con labios de harina.

¡Horno ardiente!, donde nos coces con delicadas microondas.

¡Círculo incandescente de luz sin igual!, donde no hay tiniebla.

¡Espejito de trigo!, que reflejas la imagen de lo que deberíamos ser.

4. ¡VIVO TE VEO EN EL COPÓN!

¡Incruento sacrificio, cruz de espigas!, que atraes a todos hacia Ti.

¡Templo, casa, patio, escuela, regazo!, lugar de rezo, de cobijo, de júbilo, de sabiduría, de amor sin límites.

¡Miel de mieles!, dulzura sin hartazgos.

¡Ronda de ángeles!, donde todos los ángulos toman sus luces fijas.

¡Collar de caracolas y cascabeles al viento!

5. ¡VIVO TE VEO EN LA CUSTODIA!

¡Perfume de incienso!, que pones un toque de distinción en nuestras vidas.

¡Oasis lleno de palmeras!, refugio de los perdidos.

¡Manómetro!, que muestras toda la presión de tu amor por nosotros, *Habiendo amado a los suyos*... (Jn 13, 1)

¡Brocal fresco!, meta de todos los sedientos.

¡Rueda divina!, que mueves al mundo.

6. ¡VIVO TE VEO ENTRE MIS MANOS!

¡Disco de velocidad sideral y de quietud estremecedora!, que todo lo puedes y todo lo gobiernas, que de todos los colores, sin destruirlos, haces uno.

¡Fragilidad inconmensurable!, a la medida de tu ternura.

¡Eco perenne!, de todo corazón doliente.

¡Cristalina risa!, de todo corazón alegre.

¡Todos patentes!, y allí, junto con Vos, estamos nosotros (todos los que somos, los que fueron y los que serán), vivos, patentes, en la redonda eternidad de la Hostia. Juntos con tu Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad.

¡Oh, Forma sacratísima, vértice de las flores!

¡Oh, Nieve circundada por témpanos de música!

¡Oh, Llama crepitante en el hielo de este mundo!

¡Oh, Corderito cautivo de tres voces iguales!

Te amo.

6

Cautivo de amor

Jesús está cautivo en la Eucaristía

Cautivo viene del latín *captivus*, que significa preso, derivado de *capere*, que significa tomar, agarrar. Por extensión se dice cautivo al que es tomado como prisionero en la guerra. Más particularmente se aplica a los cristianos hechos prisioneros por los infieles.

¿Por qué razón está cautivo Jesús en la Eucaristía? «Durante su Pasión estuvo atado, perdió su libertad: en la Eucaristía se ata a sí mismo; a manera de férreas cadenas, le han sujetado sus promesas absoluta y perpetuamente, y le han unido inseparablemente a las sagradas especies las palabras de la consagración... Jesús está, en absoluto, bajo la dependencia del hombre... no puede romper sus ligaduras ni abandonar su prisión eucarística. Se ha constituído prisionero nuestro hasta el fin de los siglos».[1]

¿En qué guerra fue tomado prisionero? En la guerra por la salvación de los hombres. Pero con esta característica: no fue tomado cautivo por los enemigos, sino que él mismo se hizo cautivo. ¿Cuándo comenzó a ser cautivo? Comenzó a ser cautivo cuando, libremente, se Encarnó, cuando se hizo siervo, cuando se hizo esclavo, cuando se anonadó.[2] Siguió siendo cautivo cuando vivió y

[1] San Pedro Julián Eymard, *Obras eucarísticas* (Madrid 1963[4]) 47.
[2] Cfr. Flp 2, 7.

sobre todo, cuando, libremente, entregó su vida por nosotros en la cruz: *Nadie me quita la vida, la doy por mí mismo.*[3] Y quiso quedarse como cautivo en la Eucaristía hasta el fin de los tiempos: *Hasta que Él venga* (1Cor 11, 26).

¿Cuál es el motivo principal por el que quiso ser cautivo? El principal motivo es el amor: *Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin* (Jn 13, 1). Por eso nuestro Señor en la Eucaristía es un cautivo pero no con una cautividad cualquiera: ¡Es cautivo de amor!

Hermano:

¿Y no eres capaz de amar a Aquel que por amor a vos se quedó cautivo? ¿Por qué eres tan indiferente y frío para con Aquel que por amor a vos se derrite de amor? Hay Alguien que desde siempre te llama. Es un cautivo. ¡Es un cautivo de amor! No seas sordo a su llamado. Su Madre te enseñe, como lo hizo con Él, a amar.

[3] Cfr. Jn 10, 18.

7

El sacerdote cuelga de la Hostia que eleva

I

En este día de Jueves Santo hemos de peregrinar espiritualmente al «piso alto»,[1] al Cenáculo de Jerusalén ya que allí nació la Eucaristía y el sacerdocio católico. Después de más de 450 años ha vuelto a celebrar Misa por primera vez allí, en su viaje a Tierra Santa, Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Y en esa ocasión firmó la carta a los sacerdotes para el Jueves Santo: «*hemos de seguir meditando, de un modo siempre nuevo, en el misterio de aquella noche. Tenemos que volver frecuentemente con el espíritu a este Cenáculo, donde especialmente nosotros, sacerdotes, podemos sentirnos, en un cierto sentido, "de casa". De nosotros se podría decir, respecto al Cenáculo, lo que el salmista dice de los pueblos respecto a Jerusalén: "El Señor escribirá en el registro de los pueblos: éste ha nacido allí" (Sl 87, 6)*».[2]

La fe sacerdotal en la presencia real y en el sacrificio eucarístico, está ligada, indisolublemente, a la identidad sacerdotal. De tal modo que, generalmente, toda crisis de identidad sacerdotal es antes, y previamente, crisis de fe eucarística.

[1] Cfr. Mc 14, 15.

[2] JUAN PABLO II, «Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo del 2000» (23 de marzo de 2000) 3.

Si para todo cristiano la Eucaristía es «***misterio de la fe***», con mayor razón lo es para el sacerdote. ¿Por qué? Porque es él el ministro que transubstancia y tiene clara conciencia del poder que obra a través de él, como instrumento. No transubstancia por un poder propio que nace de él, sino por un poder recibido del mismo Jesucristo y transubstancia por el poder de las palabras de Cristo y la fuerza del Espíritu Santo. Tiene clara conciencia que no hay nadie sobre la tierra que tenga más poder que él para transubstanciar; como decía Santo Tomás: «*para consagrar no tiene el Papa mayor poder que el simple sacerdote*».[3] Y de ahí que, también, tenga clara conciencia de que en eso que hace en el altar, sólo depende de Dios: «*el acto del sacerdote no depende de potestad alguna superior, sino de la divina*».[4] Es allí, en el momento central de la Santa Misa, donde se encuentra la nada y miseria propia, con el piélago de todo bien y de toda perfección, que es Dios. Especialmente para el sacerdote, ese momento es el punto de contacto de la eternidad y el tiempo, del infinito y lo finito, del ilimitado y lo limitado, de lo invencible y lo caduco...

Decimos, y es verdad, que sólo depende de Dios. Pero alguno podrá preguntarse, ¿no depende también del Obispo que le da las licencias ministeriales para poder celebrar la Misa? Sí, depende del Obispo, pero para «el ***ejercicio*** de su potestad»,[5] no en cuanto a la potestad misma que ha recibido de Cristo mismo el día de su ordenación.

También entiende el sacerdote que está especialmente ligado a los Apóstoles, de quien es sucesor: «*así a los primeros apóstoles están*

[3] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, Supl. 38, 1 ad 3um.

[4] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, Supl. 40, 4 c.

[5] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 7; CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28.

ligados especialmente aquellos que han sido puestos para renovar in persona Christi el gesto que Jesús realizó en la Última Cena, instituyendo el sacrificio eucarístico, "fuente y cima de toda la vida cristiana" (Lumen gentium, 11). El carácter sacramental que los distingue, en virtud del Orden recibido, hace que su presencia y ministerio sean únicos, necesarios e insustituibles.

Han pasado casi 2000 años desde aquel momento. ¡Cuántos sacerdotes han repetido aquel gesto! Muchos han sido discípulos ejemplares, santos mártires. ¿Cómo olvidar, en este Año Jubilar, a tantos sacerdotes que han dado testimonio de Cristo con su vida hasta el derramamiento de su sangre? Su martirio acompaña toda la historia de la Iglesia y marca también el siglo que acabamos de dejar atrás, caracterizado por diversos regímenes dictatoriales y hostiles a la Iglesia. Quiero, desde el Cenáculo dar gracias al Señor por su valentía. Los miramos para aprender a seguirlos tras las huellas del Buen Pastor que "da su vida por las ovejas" (Jn 10, 11)».[6]

El sacerdote también tiene clarísima conciencia que lo que hace en el altar al transubstanciar no es nada más ni nada menos que el sacrificio perfecto. Es decir, aquel sacrificio al cual no le falta absolutamente ninguna nota para que sea perfecto. Dice el Papa: «*al mismo tiempo, ha sido llevado a su perfección el sentido del sacrificio, la acción sacerdotal por excelencia... "Sacrifico y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo... ¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad" (Heb 10, 5-7; cfr. Sl 40, 7-9). Según el autor de la carta, estas palabras proféticas fueron pronunciadas por Cristo en el momento de su venida al mundo. Expresan su misterio y su misión. Comienzan a realizarse desde el momento de la Encarnación, si bien alcanzan su culmen en el sacrificio del Gólgota. Desde entonces, toda ofrenda del sacerdote no es más que volver a presentar al Padre la única ofrenda de Cristo, hecha una vez para siempre.*

[6] JUAN PABLO II, «Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo del 2000» (23 de marzo de 2000) 5.

Sacerdos et Hostia. Sacerdote y Víctima. Este aspecto sacrificial marca profundamente la Eucaristía y es, al mismo tiempo, dimensión constitutiva del sacerdocio de Cristo y, en consecuencia, de nuestro sacerdocio...

En el Pan Eucarístico está el mismo Cuerpo nacido de María y ofrecido en la cruz».[7]

Este es el punto. La verdadera fe en la Eucaristía es la que suscita, despierta, alimenta, desarrolla, consuma y sostiene hasta el fin, la vocación sacerdotal. Y esto es algo que hay que cuidar. Decía San Luis Orione: «*especialmente en estos tiempos, usemos toda clase de cautelas -y aquí hablo* **particularmente** *a los sacerdotes jóvenes y a los clérigos* (seminaristas)- *para conservar la Fe, y conservarla pura e incontaminada: la pureza de la Fe es cosa tan preciosa, que* **se ha de anteponer** *a todas las cosas*».[8] Y debemos recordar siempre para no errar en la fe eucarística, aquella sentencia de ese sacerdote tan sabio, el abad benedictino Don Anscario Vonier: «*el contenido de la Eucaristía es tan vasto que quienquiera acepte con fidelidad la transubstanciación y la Presencia Real no puede equivocarse fundamentalmente después*».[9]

El sacerdote sabe que, de manera especial en el momento de la consagración, está en el corazón de la Iglesia. Y ese estar en el corazón de la Iglesia es también estar en el corazón del sacerdocio católico: «*el misterio eucarístico, en el que se anuncia y celebra la muerte y resurrección de Cristo en espera de su venida, es el corazón de la vida eclesial. Para nosotros tiene, además, un significado verdaderamente especial: es el centro de nuestro ministerio. Éste, ciertamente, no se limita a la celebración eucarística, sino que también implica un servicio que va desde el anuncio de la Palabra, a la santificación de los hombres a través de los sacramentos y a la guía del pueblo de Dios en la comunión y en el servicio. Sin embargo, la Eu-*

[7] JUAN PABLO II, «Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo del 2000» (23 de marzo de 2000) 8.

[8] *Cartas selectas del Siervo de Dios Don Orione* (Mar del Plata 1952) 160.

[9] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía* (Buenos Aires 1946) 117.

caristía es la fuente desde la que todo mana y la meta a la que todo conduce. Junto con ésta, ha nacido nuestro sacerdocio en el Cenáculo.

"Haced esto en memoria mía"(Lc 22, 19). Las palabras de Cristo, aunque dirigidas a toda la Iglesia, son confiadas, como tarea específica, a los que continuarán el ministerio de los primeros apóstoles. A ellos Jesús entrega la acción, que acaba de realizar, de transformar el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, la acción con la que él se manifiesta como Sacerdote y Víctima.

Cristo quiere que, desde ese momento en adelante, su acción sea sacramentalmente también acción de la Iglesia por las manos de los sacerdotes. Diciendo "haced esto" no sólo señala el acto, sino también el sujeto llamado a actuar, es decir, instituye el sacerdocio ministerial, que pasa a ser, de este modo, uno de los elementos constitutivos de la Iglesia misma». De tal manera que podemos decir, y en rigor es verdad, que el sacerdote hace a la Iglesia, así como la Iglesia hace al sacerdote.

«*Esta acción tendrá que ser realizada "en su memoria". La indicación es importante. La acción eucarística celebrada por los sacerdotes hará presente en toda la generación cristiana, en cada rincón de la tierra, la obra realizada por Cristo. En todo lugar en el que sea celebrada la Eucaristía, allí de modo incruento, se hará presente el sacrificio cruento del Calvario, allí estará presente Cristo mismo, Redentor del mundo...*».[10]

Por eso, en rigor de verdad, el sacerdote cuelga de la Hostia que eleva.

II

Todas las dificultades que pueda haber en la vida sacerdotal (que son muchas) se disipan por la fuerza de la Eucaristía:

- ¡Que nos falta santidad personal! ¿Y a quién no? Pues hay que recordar las verdades de la Fe. «*Es verdad. En la historia del*

[10] JUAN PABLO II, «Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo del 2000» (23 de marzo de 2000) 10-11.

sacerdocio, no menos que en la de todo el pueblo de Dios, se advierte también la oscura presencia del pecado. Tantas veces la fragilidad humana de los ministros ha ofuscado en ellos el rostro de Cristo. Y, ¿cómo sorprenderse, precisamente aquí, en el Cenáculo? Aquí no sólo se consumó la traición de Judas, sino que el mismo Pedro tuvo que vérselas con su debilidad, recibiendo la amarga profecía de la negación. Al elegir a hombres como los Doce, Cristo no se hacía ilusiones (tampoco nosotros debemos hacernos ilusiones)*: en esta debilidad humana fue donde puso el sello sacramental de su presencia. La razón nos la señala Pablo: "llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros" (2Cor 4, 7).*

Por eso, a pesar de todas las fragilidades de sus sacerdotes, el pueblo de Dios ha seguido creyendo en la fuerza de Cristo, que actúa a través de su ministerio. ¿Cómo no recordar, a este respecto, el testimonio admirable del pobre de Asís? Él que, por humildad, no quiso ser sacerdote, dejó en su testamento la expresión de su fe en el misterio de Cristo presente en los sacerdotes, declarándose dispuesto a recurrir a ellos sin tener en cuenta su pecado, incluso aunque lo hubiesen perseguido. "Y hago esto -explicaba- porque del Altísimo Hijo de Dios no veo otra cosa corporalmente, en este mundo, que su Santísimo Cuerpo y su Santísima Sangre, que sólo ellos consagran y sólo ellos administran a los otros" (Fuentes Franciscanas, n. 113)»[11]. Si el pan y el vino se transubstancian por el poder de Dios, el poder de Dios también puede cambiar mi pobre corazón.

- ¡Que tenemos problemas pastorales! Su principio de solución está en la Eucaristía. «*El testimonio que daremos al pueblo de Dios en la celebración eucarística depende mucho de nuestra relación personal con la Eucaristía*»[12]. Quien obra el milagro de la Eucaristía puede dar solución a todos los problemas pastorales, si quiere.

[11] JUAN PABLO II, «Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo del 2000» (23 de marzo de 2000) 6.

[12] JUAN PABLO II, «Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo del 2000» (23 de marzo de 2000) 13.

- ¡Que muchos abandonan el ministerio sacerdotal! Todavía son alrededor de novecientos por año. No abandones la Eucaristía y no abandonarás el ministerio: **«*Caerán a tu lado mil, y a tu derecha diez mil; a ti no te tocará*»** (Sl 91, 7), haciendo lo que hay que hacer, con la gracia de Dios. ¡Muchos perseveraron y perseveran, y muchos, aunque les tocase vivir bajo el Anticristo, perseverarán! El poder de Dios que transubstancia el pan y el vino no se agota, y ese poder que no se agota te dará, si hacés lo que tenés que hacer, la gracia de la perseverancia final, a pesar de todas tus limitaciones.

- ¡Que estamos a 2000 años de distancia de lo que ocurrió en el Calvario y en el Cenáculo! Para Dios «***un día es como mil años y mil años como un día***» (2 Pe 3, 8). El sacerdote sabe que, como lo dice muy bien Don Vonier: «*después que Cristo en la Última Cena hubo realizado el milagro de la primera consagración, el prodigio estaba completo, nada nuevo ha sucedido desde entonces. El hecho de que millares de sacerdotes consagren hoy en todas partes del mundo no constituye un completar el milagro. Todo estaba, desde el primer momento, contenido en la Transubstanciación. Ella es el poder de Cristo para transformar el pan en Su Cuerpo y el vino en Su Sangre. Ahora bien, este poder es absoluto, nada lo limita. Si puede hacerse una vez, podrá repetirse siempre, en todas partes, dondequiera haya pan y vino*»,[13] y donde quiera haya alguien ordenado válidamente que tenga intención de hacer lo que hace la Iglesia. De modo tal que no hay distancia ni espacial ni temporal entre la Eucaristía y el Cenáculo y el Calvario, ya que en la Eucaristía ambos se hacen presentes. Hoy es como ayer. Dios «no se cambia».[14]

¡No tengamos miedo! En el Cenáculo «*comenzó para el mundo la nueva presencia de Cristo, una presencia que se da ininterrumpidamente*

[13] DOM VONIER, *Doctrina y clave*, 181.
[14] Cfr. Mal 3, 6.

donde se celebre la Eucaristía y un sacerdote presta su voz, repitiendo las santas palabras de la institución».[15]

¡Volvamos a descubrir nuestro sacerdocio a la luz de la Eucaristía! Hagamos redescubrir este tesoro a nuestras comunidades en la celebración diaria de la Santa Misa y, en especial, en la más solemne de la asamblea dominical. Que crezca, gracias a nuestro trabajo apostólico, el amor a Cristo presente en la Eucaristía.

El Congreso Eucarístico Internacional de este año: «...será un acontecimiento central del Gran Jubileo, que ha de ser un "año intensamente eucarístico" (*Tertio millennio adveniente*, 55). Este Congreso pondrá de manifiesto precisamente la íntima relación entre el misterio de la Encarnación del Verbo y la Eucaristía, sacramento de la presencia real de Cristo»[16].

La Madre Admirable que fue cáliz y copón nos haga gustar la verdad de esta maravilla que es la Eucaristía.

[15] JUAN PABLO II, «Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo del 2000» (23 de marzo de 2000) 13.

[16] JUAN PABLO II, «Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo del 2000» (23 de marzo de 2000) 15.

Capítulo 2

El ministerio principal (II)

Ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados
(Heb 5, 1)

1

El fuego del altar

Tres son los grandes protagonistas de la Santa Misa:

Nuestro Padre Celestial a quien ofrecemos el sacrificio.

El Hijo, Jesucristo Nuestro Señor, y con Él nosotros, ya que Él es nuestra cabeza, es Él que se inmola de manera incruenta, es Él quien se ofrece a través de los sacerdotes ministeriales y es por medio de Él que nos ofrecemos, también nosotros, como víctimas al Padre Celestial, ofreciendo nuestros sacrificios espirituales, nuestras alegrías, nuestras penas...

El Espíritu Santo, la tercera persona de la Santísima Trinidad, en quien ofrecemos la víctima por el Hijo al Padre.

1. El fuego en el altar del Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento aparece legislado y de manera muy minuciosa, lo que tenía que ser ese «fuego del altar» que no debía apagarse. Era función de los sacerdotes mantener ese fuego siempre encendido, de manera parecida como sucedía antiguamente en nuestras casas, cuando no se tenía gas ni querosén y se cocinaba con carbón o con leña, que se echaba ceniza arriba del fuego y a la mañana siguiente la mujer, el ama de casa, avivaba el fuego y ella era la encargada de mantener vivo el fuego del hogar.

En el Antiguo Testamento los sacerdotes tenían esa función, con la diferencia de que nunca debía apagarse, porque era fuego

venido del cielo, a veces de manera milagrosa, a veces por algún rayo que caía, pero debía mantenerse el fuego. El texto completo que cita un neo-sacerdote en su recordatorio de ordenación dice: *He aquí el ritual del holocausto* -el holocausto era el sacrificio más grande, porque se debía quemar toda la víctima-, a saber, *el holocausto arderá sobre el hogar del altar de la noche a la mañana, y el fuego del altar se tendrá siempre encendido. El sacerdote, revestido de la túnica de lino y puestos sobre su carne los calzones de lino, quitará la ceniza que deje el fuego que consumió el holocausto, y la pondrá al lado del altar; luego, quitándose esas vestiduras y poniéndose otras, llevará la ceniza fuera del campamento a un lugar puro. El fuego arderá siempre en el altar, sin apagarse; el sacerdote lo alimentará con leña todas las mañanas, pondrá sobre ella el holocausto y quemará allí el sebo de los sacrificios pacíficos. Es fuego perenne que ha de arder en el altar sin apagarse* (Lv 6, 2-6).

Así hay innumerables textos por citar. En el segundo libro de los Macabeos: *Como Moisés oró al Señor y bajó del cielo fuego, que devoró el sacrificio, así también oró Salomón y bajó fuego que consumió los holocaustos* (2, 10); *Cuando Salomón acabó de orar, bajó fuego del cielo que consumió el holocausto y los sacrificios* (2Cr 7, 1) y lo vemos en el profeta Elías y en muchas otras partes.

Es interesante pensar, queridos hermanos, en el altar del holocausto del Templo de Jerusalén. Era realmente una cosa monumental. Sobre el Monte Sión se alzaba ese altar gigantesco, de catorce metros por catorce metros por cada lado. Era un cuadrado perfecto de cuatro metros de altura. Allí, según lo mandado por Dios, se sacrificaba; y ese quemarse los animales y el humo que subía al cielo es como que la víctima salía de nuestra esfera terrestre para dirigirse a la esfera celeste, para dirigirse a Dios.

2. El fuego en el altar del Nuevo Testamento

Así como había fuego en el altar del Antiguo Testamento, hay fuego en nuestros altares, con la diferencia de que es un fuego infinitamente superior al fuego material del Antiguo Testamento; incluso en la Sagrada Escritura, ya en el Nuevo Testamento, en el libro del Apocalipsis se nos dice que el ángel tomó el incensario y lo llenó «de fuego del altar», *ignis altaris* (Ap 8, 5). ¿Cuál es ese fuego del altar en el Nuevo Testamento? Ese fuego del altar en el Nuevo Testamento es el Espíritu Santo. En rigor, toda la Misa es obra del Espíritu Santo, pero hay dos momentos particulares y principales de la Misa en los cuales, de manera especial, se invoca al Espíritu Santo. Esos momentos se llaman litúrgicamente «epíclesis», que es una palabra griega que quiere decir «invocación sobre»; se invoca al Espíritu Santo sobre el pan y el vino para que se transformen en el Cuerpo y en la Sangre de Jesús y se invoca al Espíritu Santo sobre el pueblo para que participe plenamente del Santo Sacrificio, para que sea colmado de bienes y de bendiciones.

Son dos, entonces, las epíclesis que hay en la Misa, dos pedidos, dos invocaciones al Espíritu Santo: una, antes del momento de la consagración, que es el momento en el cual los sacerdotes extendemos las manos sobre la materia del sacrificio pidiendo justamente al Santo Espíritu de Dios que baje sobre esas ofrendas para transformarlas; la otra epíclesis, luego de la consagración, cuando se realiza la invocación del Espíritu Santo sobre el pueblo. Así en la segunda decimos: «Te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu»,[1] Pedimos eso y eso se realiza en virtud de las palabras de nuestro Señor: «Esto es mi cuerpo..., esta es mi sangre» (Mt 26, 26ss; Mc 14, 22ss; Lc 22, 19ss; 1Cor 11, 24ss); y por poder del Espíritu Santo.

[1] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística II*.

En las epíclesis sobre el pueblo decimos después de la consagración: «Te pedimos humildemente... que esta ofrenda sea llevada a tu presencia, para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo... seamos colmados de gracia y bendición».[2] Por eso se nos enseña en el Catecismo de la Iglesia Católica: «La epíclesis ("la invocación sobre") es la intercesión mediante la cual el sacerdote suplica al Padre que envíe el Espíritu santificador, para que las ofrendas se conviertan en el Cuerpo y Sangre de Cristo y para que los fieles, al recibirlos, se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios».[3]

3. El «alma» de la Misa

Si nosotros tuviesemos esto en cuenta, ¡qué distintas serían nuestras Misas! La acción del Espíritu Santo no solamente ocurre en el momento de la Misa; hay invocaciones que nosotros hacemos pidiendo la ayuda al Espíritu Santo, hay epíclesis extracelebrativas, es decir, fuera de la celebración de la Santa Misa. Justamente esas invocaciones al Espíritu Santo y la acción del Espíritu Santo sobre nosotros son las que hacen que toda la celebración de la Santa Misa propiamente sea nueva, inmensamente fecunda, única, y de alguna manera irrepetible, porque el Espíritu Santo de Dios, al conducirnos a nuestra madurez en Cristo, es el Gran Animador de la Liturgia, es quien hace que la Misa nunca sea algo mecánico, rutinario, aburrido. Porque por la acción del Espíritu Santo siempre traemos algo nuevo a la Misa -lo nuevo de nuestra vida diaria- y siempre extraemos algo nuevo de la Misa, y eso es por obra del Espíritu Santo. ¡Él es el que hace que cada Misa sea única! Así como el Espíritu Santo es el «alma de la Iglesia», así el Espíritu Santo es el alma de la Liturgia, es el alma de la Misa.

[2] Cfr. MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística I.*
[3] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1105.

En este sentido, toda Misa, absolutamente toda Misa celebrada válidamente, es una manifestación imperceptible, pero realísima del Espíritu Santo, quien de manera imprescindible obra en las acciones litúrgicas. Esto es así porque teológicamente es así: no es una expresión piadosa que decimos para edificar a los fieles o para edificarnos a nosotros mismos. La presencia de Jesucristo va unida a la presencia del Espíritu Santo, la acción de Jesucristo va unida a la acción del Espíritu Santo; de tal modo que la presencia de Cristo se da por obra del Espíritu Santo; dicho de otra manera, el Espíritu Santo obra para manifestar a Cristo: donde está Cristo está el Espíritu Santo. Decía un gran Santo Padre, San Ireneo: «El Espíritu manifiesta al Verbo, pero el Verbo comunica al Espíritu»,[4] y San Bernardo: «Nosotros tenemos una doble prueba de nuestra salvación: la doble efusión de la Sangre y del Espíritu. Ningún valor tendría la una sin el otro: no me favorecería, por tanto, el hecho de que Cristo haya muerto por mí, si no me vivificara con su Espíritu».[5]

4. La Eucaristía y la Iglesia

Por eso es que el Espíritu Santo es el que vivifica todo el misterio litúrgico, y lo invocamos para que vivifique cada vez más la acción litúrgica, se constituya la Iglesia y para que la vida nuestra refleje cada vez más y cada vez mejor lo así logrado en la celebración. De tal manera que siempre se una más y más la celebración a la vida y la vida a la celebración.

Si es verdad, como es verdad, que la Eucaristía hace a la Iglesia y la Iglesia hace a la Eucaristía, ello es posible por la presencia y por la acción del Espíritu Santo. «La Iglesia está donde florece el

[4] *La consumación apostólica*, 5, *Patrología Orientalis* 22, 663; cit. M. ACHILLE TRIACCA, «Espíritu Santo y Liturgia» *Liturgia* XI (1981) 47, 56.

[5] *Epist.* 107, 9; PL 182, 247a.

Espíritu», decía San Hipólito;[6] y el gran San Ireneo: «Allí donde está la Iglesia, está el Espíritu Santo; y donde está el Espíritu Santo, allí está la gracia y todo don, porque es el Espíritu de Verdad».[7] Es siempre, por tanto, el Espíritu Santo el que mueve desde dentro a los participantes para que se unan al misterio de Cristo que se celebra, para que se aprovechen de la predicación de la palabra de Dios, para que se aprovechen del sacrificio eucarístico y para que se aprovechen del sacramento. Por eso toda Misa es una epifanía del Espíritu Santo. En toda Misa aletea imperceptiblemente el viento de Pentecostés.

De allí que la Santa Misa es la gran forja de los cristianos y, en especial, es la gran forja de los sacerdotes. Nuestro prócer Fray Francisco de Paula Castañeda, a quienes querían que dejase de polemizar y se contentase solamente con celebrar Misa, les decía: «es precisamente la Misa lo que me enardece, y me arrastra, y me obliga a la lucha incesante».[8]

La Misa es la palestra donde se forman los grandes gladiadores de Dios; es la Misa lo que enardece y arrastra a los jóvenes para que se entreguen totalmente al Señor y allí los va formando, para que lleguen a ser santos sacerdotes; es la Misa la que forma los grandes líderes católicos laicos enardeciéndolos; es la Misa la que enardece a las jóvenes para ser fidelísimas esposas de Cristo; es la Misa la que enardece y empuja a los esposos y esposas a ser verdaderos evangelizadores de sus hijos y de su matrimonio, venciendo todas las pruebas y dificultades que se encuentran en el camino de la vida.

En la Misa Cristo nos habla con su sacrificio. Es un lenguaje conciso, pero ardiente porque su sacrificio es obrado por el fuego del Espíritu Santo. Para captarlo necesitamos del Santo Espíritu

[6] *Traditio Apostolica*, 35: «...ad Eclesiam ubi floret Spiritus».
[7] *Adversus haereses*, 3, 24, 1, PL 7, 986c.

de Dios. Lamentablemente algunos, a lo mejor sin darse cuenta, dejan de lado al Espíritu Santo. Creen que hacen interesante la Misa con novedades extralitúrgicas, usurpan así el protagonismo inderogable que corresponde al Espíritu Santo, y muchas veces rebajando nuestra Liturgia al mero nivel humano la hace, de hecho, para los feligreses, algo prescindible.

5. MINISTROS DEL FUEGO

Lo que se necesita es que los ministros del altar sean hombres llenos del Espíritu Santo, hombres de fuego, como decía San Luis María Grignion de Montfort, que no sean membranas del Espíritu, sino transparentes que dejan percibir su presencia y su acción. El sacerdote carnal y el mundano no deja transparentar el Espíritu Santo porque no lo ve, ni lo conoce, ni lo ama. Por eso, hemos de pedir, de manera especial para todos los sacerdotes, que realmente nunca dejemos de percibir que hay fuego en nuestros altares, que la Misa es acción de Jesucristo en el Espíritu Santo y, por tanto, que al tener una gran docilidad al Espíritu Santo sepamos todos los sacerdotes celebrar dígnamente la Santa Misa, el sacrificio del Señor, el sacrificio de la Iglesia, ya que es así como el Santo Sacrificio de la Misa nos lleva a amar más al Espíritu Santo, pues Jesucristo en la cruz *por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios*, como dice el autor de la carta a los Hebreos (9, 14). En la Misa se sigue ofreciendo por el mismo Espíritu.

Pidamos por todos los sacerdotes, que lleguen a ser, dignos ministros de la Sangre, dignos ministros del Fuego y dignos ministros del Viento y para ello imploramos esa gracia a nuestra Madre del Cielo, la Santísima Virgen, para que así como ella estuvo siempre al lado de su Hijo Jesús, esté siempre al lado de sus hijos sacerdotes, a fin de que den mucho fruto ¡para gloria de Dios y

[8] G. FURLONG, «Francisco de Paula Castañeda», *Gladius* 6 (1973) 72.

salvación de las almas! Y como en la Visitación siempre canten el *Magnificat*.

2

El Espíritu Santo y la Misa

1. Epíclesis o invocaciones

Uno de los grandes e insustituibles protagonistas de la Santa Misa es el Espíritu Santo. ¿Cuándo obra el Espíritu Santo en la Misa?

En rigor, la acción del Espíritu Santo se extiende a toda la Misa. Pero, de modo particular, la acción del Espíritu Santo en la Misa se realiza en dos aspectos: en la epíclesis (o invocaciones) y en la méthexis (o participación).

¿Qué es la epíclesis? Se llama epíclesis a la parte de la Misa en la que se invoca al Espíritu Santo.

En la Plegarias Eucarísticas, anáforas o cánones suelen haber dos epíclesis; una antes de la consagración, invocando al Espíritu Santo para que obre la presencia de Cristo; y la otra epíclesis, después de la consagración, sobre el pueblo invocando al Espíritu Santo para que lo colme de bienes.

La primer epíclesis se caracteriza por el gesto pneumatológico de imposición de manos sobre los dones que van a consagrar, determinando así lo que constituye la materia del sacrificio y como apropiándose, los sacerdotes, esa materia determinada. Por ejemplo, comienza con las siguientes palabras:

«Bendice y santifica, oh Padre, esta ofrenda, haciéndola perfecta, espiritual y digna de ti...»;[1]

«...te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu espíritu»;[2]

«...te pedimos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti»;[3]

«...te rogamos que este mismo Espíritu santifique estas ofrendas, para que sean cuerpo y sangre de Jesucristo, nuestro Señor...».[4]

La segunda epíclesis, que es después de la consagración, comienza así:

«Te pedimos humildemente... que esta ofrenda sea llevada a tu presencia... para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo... seamos colmados de gracia y bendición»;[5]

«Te pedimos... que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo»;[6]

«...para que... llenos de su Espíritu Santo, formemos un solo cuerpo y un solo Espíritu»;[7]

«...concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria».[8]

En rigor, la acción de Espíritu Santo se extiende a toda la Misa; en este sentido toda la Misa es epíclesis en sentido amplio. Y aún se extiende antes de la Misa y después de la Misa por medio de las epíclesis extra celebrativas. Es lo que hace que toda celebración sea nueva, inmensamente fecunda, única, irrepetible... Porque el

[1] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística I*.
[2] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística II*.
[3] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística III*.
[4] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV*.
[5] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística I*.
[6] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística II*.
[7] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística III*.
[8] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV*.

Espíritu Santo al conducir al cristiano a su madurez en Cristo,[9] es el gran animador de la liturgia. Siempre extraemos algo nuevo de la Misa y siempre traemos algo nuevo a la Misa, y eso es por obra del Espíritu Santo. Él es el que hace que cada Misa sea única.

Así como el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, así es el alma de la liturgia.

Sin el Espíritu Santo no hay liturgia. Por eso, para que la liturgia sea viva y verdadera debe ser epiclética y paraclética.

a.*Epiclética*: porque se invoca el poder del Espíritu Santo.

- Para que los dones se transformen en el Cuerpo y la Sangre de Jesús;
- para que sea causa de salvación para los que la van a recibir.

b. Y, a su vez, debe ser *paraclética*, o sea, debe estar animada por el Espíritu Santo:

- Para convertir a cada hombre en Cristo;
- para hacer crecer progresivamente a cada cristiano;
- para manifestar en plenitud al Espíritu en el cristiano;
- porque a la kénosis del pan y del vino corresponde el don del Paráclito;
- para transfigurarnos con la presencia y acción del Espíritu Santo;
- para que glorifiquemos a la Santísima Trinidad.

Toda Misa es una manifestación del Espíritu Santo.

2. La méthesis o participación

La presencia y acción de Jesucristo va junta a la presencia y acción del Espíritu Santo. El Espíritu Santo obra para manifestar a Cristo y, donde está Cristo, está el Espíritu Santo.

[9] Cfr. Ef 4, 13.

Al Espíritu Santo se lo invoca para que se vivifique la acción litúrgica y se constituya la Iglesia. Se lo invoca para que la vida de los fieles refleje, lo celebrado en la celebración.

En el Antiguo Testamento, entre tantas prescripciones sobre los sacrificios, ocupaba un lugar indispensable el fuego, venido del cielo, que debía haber en el altar para la consumición de las víctimas y la consumación del sacrificio,[10] ya que así las víctimas eran separadas totalmente de la tierra y subían a Dios. Pero también hay fuego en el altar en el Nuevo Testamento, aunque infinitamente superior. En efecto, en el Apocalipsis el ángel llena el incensario *del fuego del altar* (8, 5).[11] Por tanto, en los altares católicos hay «fuego». Ese fuego es el Espíritu Santo.[12] Por eso, cuando entramos en los templos protestantes nos parecen fríos, no sólo por la ausencia del Sagrario, no sólo por la ausencia de la Madre, sino sobre todo por la ausencia «del fuego del altar» al no tener sacrificio. Por eso los que participan auténticamente en la Santa Misa, al igual que los discípulos de Emaús, experimentan que: *ardían nuestros corazones dentro de nosotros*.[13] ¡Hay fuego en nuestros altares! Sólo no se dan cuenta de ello quienes dejaron que «¡se enfriara la caridad!».[14]

3. Docilidad al Espíritu

Una gran docilidad al Espíritu Santo es el mejor medio para lograr una participación litúrgica verdadera y profunda. La piedad y devoción al Espíritu Santo de Dios nos lleva a aprovechar al máximo del Santo Sacrificio, así como el Santo Sacrificio nos lleva

[10] Cfr. Lv 9, 24; 2Cr 7, 1; 2Mac 2, 10; el fuego era alimentado continuamente, Lv 6, 5-6.

[11] «*Ignis altaris*».

[12] Cfr. A. VANHOYE, *Sacerdoti antichi e nuovo sacerdote secondo il Nuovo Testamento* (Torino 1990) 157.

[13] Cfr. Lc 24, 32.

[14] Cfr. Mt 24, 12.

a amar más al Espíritu Santo, ya que Jesucristo en la cruz *por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios* (Heb 9, 14) y en la Misa se sigue ofreciendo por el mismo Espíritu.

Pidamos siempre la asistencia del Espíritu Santo para lograr en la Santa Misa una mayor participación litúrgica verdadera y profunda, más fructuosa, consciente y activa. ¡Ven Espíritu Santo...!

3

Un único sacrificio de Cristo

1. La vida de Cristo: un sacrificio continuo

Toda la vida de Cristo fue un continuo sacrificio y un continuo ofrecimiento sacerdotal: *Entonces dije*: ¡*He aquí que vengo... a hacer*, *oh Dios*, *tu voluntad*! (Heb 10, 7).

Pero su vida, aunque se compone de diversas acciones parciales, en lo que tiene de mérito y de satisfacción, hay que considerarla como un acto total único que encuentra su realización en la Pasión.

Sólo la Pasión -enriquecida por toda su vida anterior, que condensa y recapitula-, es la que realiza la Redención.

Ro 3, 25: *A quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre*, *mediante la fe*, *para mostrar su justicia*, *habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente*.

Ro 5, 10: *Si cuando éramos enemigos*, *fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo*, ¡*con cuánta más razón*, *estando ya reconciliados*, *seremos salvos por su vida*!

Somos sacerdotes para perpetuar la obra de la Redención realizada sobre el ara de la cruz.

El sacrificio de Cristo, el único sacrificio de Cristo cruento de la cruz, *se anticipa* y *se deriva o aplica*:

a) Por anticipación:

- En figura. Los sacrificios del A.T. fueron figura del sacrificio de Cristo, así como los sacerdotes del A.T. fueron figura de Cristo.

- En la realidad sacramental incruenta: la Cena.

b) Por derivación: en la realidad sacramental de la Misa.

Nos formamos para ofrecer el único sacrificio de Cristo pero que debe llegar a cada generación y a toda la serie de sucesivas generaciones que se suceden y sucederán en el mundo.

2. La visión de los Santos Padres y otros[1]

Los Santos Padres vieron magistralmente esta realidad.

San Cipriano: «El sacrificio que ofrecemos (la Misa) es la Pasión del Señor».[2]

San Cirilo de Jerusalén: «En la Misa "se ofrece" por nuestros pecados a Cristo inmolado» (en la Pasión).[3]

Dice San Juan Crisóstomo: «Una es la hostia, no muchas... porque una sola vez ha sido inmolado... siempre ofrecemos el mismo... De otra suerte, ¿por la razón de que sea ofrecido en muchos lugares son muchos Cristos? De ningún modo, sino que uno es Cristo en todas partes, que está aquí y allí todo entero, uno solo es su cuerpo. Del mismo modo que ofrecido en muchos

[1] Cit. Por D. GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía* (Madrid 1951); y por NICOLÁS O. DERISI, *La constitución esencial del Sacrificio de la Misa*, Tesis doctoral (Buenos Aires 1930).

[2] *Epis.*, 63.

[3] *In salm.*, 38.

sitios es un Solo cuerpo y no muchos cuerpos, así es una sola hostia... No hacemos otro sacrificio, sino siempre el mismo».[4]

Sofronio: «La misma sangre y agua (que hizo brotar el soldado del costado de Cristo) es la que ofrece el sacerdote en el sacrificio por el pueblo».[5]

Nicolás Cavasilas: «Del mismo modo que uno es el cuerpo de Cristo, así una es la inmolación del cuerpo».[6]

San Ambrosio: «Orando anunciamos su muerte; ofreciendo su muerte, la predicamos».[7]

San Agustín: «Él es el sacerdote, puesto que ofrece, pero es también oblación, y ha querido Él que el Sacrificio cotidiano de la Iglesia (la Misa) fuese signo de esta realidad».[8]

Gaudencio Brixiniano: «Ofrecemos los trabajos de la pasión de Cristo».[9]

Fausto Regense: «Era necesario que también existiese una perpetua oblación de la Redención, y aquella Víctima viviese en la memoria y estuviese siempre presente en la gracia. Hostia verdadera, única y perfecta».[10]

San Gregorio Magno: «Cuantas veces le ofrecemos la hostia de su Pasión, otras tantas establecemos su Pasión para nuestra salvación».[11]

San Isidoro: «Solamente se ofrece a Dios el sacrificio de la Pasión del Señor».[12]

[4] *Hom. In epist ad Hebreum*, 17.
[5] *Comment. Liturg.* 8 M.G. 87 ter., col. 3988-3989.
[6] *Liturg. Expositio* c. 32 M.G. 150, col. 440-441.
[7] *De excessu fratris sui satyri.*
[8] *De civitate Dei*, 10, 20.
[9] *Sermo* XIX, M.L. 20, col. 989.
[10] *Homilía de corp. et sanguin. Christ.* M.L. 30, col. 271-272.
[11] *Dial.* 4, 58. M.L. 77, col. 425.

Nunca debemos perder de vista esta realidad. Para esto debemos esforzarnos en estudiar filosofía y teología. Para defender «el misterio de la fe». Para saber qué inmolamos y qué oblamos.

¿Podremos sentirnos frustrados si sabemos que perpetuamos el sacrificio de la cruz y que cada día lo ofrecemos?

¿Nuestra vida de seminaristas y de sacerdotes será triste, opaca, sin fuego, si nos dejamos incendiar con el fuego del altar? Y el Angel tomó el badil y lo llenó con brasas del altar y las arrojó sobre la tierra. Entonces hubo truenos, fragor, relámpagos y temblor de tierra (Ap 8, 5).

¿Qué más nos hace falta? Si anunciamos su muerte,[13] ¿acaso no lo tenemos todo?

[12] *Quaest. In V. T. In Lib. Jud.* C. III, n. 4. M.L. 83, col. 382.
[13] Cfr. 1Cor 11, 26.

4

Sacrificio vivo

1. Doctrina del Concilio Vaticano II

El Concilio Vaticano II enseña repetidamente que la Misa es el sacrificio Eucarístico: «Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera».[1] «Cuantas veces se renueva sobre el altar el sacrificio de la cruz, en que nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado (1Cor 5, 7), se efectúa la obra de nuestra redención».[2]

«El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico se ordenan el uno para el otro, aunque cada cual participa de forma peculiar del sacerdocio de Cristo. Su diferencia es esencial, no solo gradual. Porque el sacerdocio ministerial, en virtud de la sagrada potestad que posee, modela y dirige al pueblo sacerdotal, efectúa el sacrificio eucarístico ofreciéndolo a Dios en

[1] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* «*Sacrosanctum Concilium*», 47.

[2] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 3.

nombre de todo el pueblo: los fieles, en cambio, en virtud del sacerdocio real, participan en la oblación de la eucaristía, en la oración y acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante».[3] «Es, no obstante, propio del sacerdote el consumar la edificación del Cuerpo de Cristo por el sacrificio eucarístico, realizando las palabras de Dios dichas por el profeta: *Desde la salida del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes*, *y en todo lugar se ofrece a mi nombre una oblación pura* (Ml 1, 11)».[4] *Participando*, *en el grado propio de su ministerio del oficio de Cristo*, *único Mediador* (1Tim 2, 5), anuncian a todos la divina palabra. Pero su oficio sagrado lo ejercitan, sobre todo, en el culto eucarístico o comunión, en el cual, representando la persona de Cristo, y proclamando su Misterio, juntan con el sacrificio de su Cabeza, Cristo, las oraciones de los fieles,[5] representando y aplicando en el sacrificio de la Misa, hasta la venida del Señor, el único Sacrificio del Nuevo Testamento, a saber, el de Cristo que se ofrece a sí mismo al Padre, como hostia inmaculada[6]».[7]

«La comunidad cristiana se hace signo de la presencia de Dios en el mundo; porque ella, por el Sacrificio Eucarístico, incesantemente pasa con Cristo al Padre, nutrida cuidadosamente con la palabra de Dios da testimonio de Cristo y, por fin, anda en la caridad y se inflama de espíritu apostólico».[8] «Mas el mismo Señor constituyó a algunos ministros, que ostentando la potestad sagrada en la sociedad de los fieles, tuvieran el poder sagrado del Orden para ofrecer el sacrificio... Por el ministerio de los presbíteros

[3] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 10.

[4] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 17.

[5] Cfr. 1Cor 11, 26.

[6] Cfr. Heb 9, 14-28.

[7] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28.

[8] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia «Ad Gentes»*, 15.

se consuma el sacrificio espiritual de los fieles en unión con el sacrificio de Cristo, Mediador único, que se ofrece por sus manos, en nombre de toda la Iglesia, incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, hasta que venga el mismo Señor. A este sacrificio se ordena y en él culmina el ministerio de los presbíteros. Porque su servicio, que comienza con el mensaje del Evangelio, saca su fuerza y poder del Sacrificio de Cristo y busca que "todo el pueblo redimido, es decir, la congregación y sociedad de los santos, ofrezca a Dios un sacrificio universal por medio del Gran Sacerdote, que se ofreció a sí mismo por nosotros en la pasión para que fuéramos el cuerpo de tal sublime cabeza y los presbíteros contribuirán a la gloria de Dios cuando ofrezcan el sacrificio eucarístico..."».[9]

«Como ministros sagrados, sobre todo en el Sacrificio de la Misa, los presbíteros ocupan el lugar de Cristo, que se sacrificó a sí mismo para santificar a los hombres, y, por ende, son invitados a imitar lo que administran; ya que celebrando el misterio de la muerte del Señor, procuren mortificar sus miembros de vicios y concupiscencias. En el misterio del Sacrificio Eucarístico, en que los sacerdotes desempeñan su función principal, se realiza continuamente la obra de nuestra redención y, por tanto, se recomienda encarecidamente su celebración diaria, la cual, aun cuando no puedan estar presentes los fieles, es acción de Cristo y de la Iglesia».[10] «De este modo, desempeñando el papel del Buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral, encontrarán el vínculo de la perfección sacerdotal que reduce a unidad su vida y su actividad. Esta caridad pastoral fluye, sobre todo, del Sacrificio Eucarístico, que se manifiesta por ello como centro y raíz de toda la vida del presbítero; de suerte que lo que se efectúa en el altar lo procu-

[9] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 2.

[10] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 13.

re reproducir en sí el alma del sacerdote. Esto, no puede conseguirse si los mismos sacerdotes no penetran más íntimamente cada vez, por la oración, en el misterio de Cristo».[11] «...Ejerzan la obra de salvación por medio del Sacrificio Eucarístico y los sacramentos».[12] «En llevar a cabo la obra de la santificación procuren los párrocos que la celebración del Sacrificio Eucarístico sea el centro y la cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana».[13]

Los laicos: «Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos juntamente con ella; y así, tanto por la oblación como por la sagrada comunión, todos toman parte activa en la acción litúrgica, no confusamente, sino cada uno según su condición».[14] La Iglesia a los religiosos: «los encomienda a Dios y les imparte una bendición espiritual, asociando su oblación al sacrificio eucarístico».[15] «Al celebrar, pues, el Sacrificio Eucarístico, es cuando mejor nos unimos al culto de la Iglesia celestial en una misma comunión».[16]

No se puede, cuerdamente, dudar que el Concilio Vaticano II enseña de manera indubitable que la Misa es Sacrificio.

[11] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 14.

[12] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la formación sacerdotal «Optatam Totius»*, 4.

[13] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 30.

[14] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 11.

[15] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 45.

[16] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 50.

2. Enseñanza del Misal Romano

También, de manera reiterada, se enseña en el Misal Romano que la Misa es un verdadero y propio sacrificio.

Luego de la presentación de los dones, dice el sacerdote en voz baja: «Acepta, Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que este sea hoy nuestro sacrificio...».[17] Luego dirigiéndose al pueblo: «Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso», o bien: «En el momento de ofrecer el sacrificio de toda la Iglesia...», o bien: «Orad, hermanos para que... nos dispongamos a ofrecer el sacrificio...».[18] Y el pueblo responde: «El Señor reciba de tus manos este sacrificio...».[19]

En la Plegaria eucarística I se dice: «te pedimos que aceptes y bendigas este sacrificio: santo y puro que te ofrecemos»,[20] «te ofrecemos... este sacrificio de alabanza...»,[21] «te ofrecemos... el sacrificio puro, inmaculado y santo...».[22] En la Plegaria eucarística III: «para que ofrezca en tu honor un sacrificio sin mancha desde donde sale el sol hasta el ocaso»,[23] «te ofrecemos... el sacrificio vivo y santo».[24] En la Plegaria IV: «Te ofrecemos su Cuerpo y su Sangre, sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo»,[25] «Y ahora, Señor, acuérdate de todos aquellos por quienes te ofrecemos este sacrificio...».[26] En las Plegarias eucarísticas V: «Dirige tu mirada, Padre santo, sobre esta ofrenda; es Jesucristo que se ofrece con su Cuerpo y con su Sangre y, por este sacrificio, nos

[17] MISAL ROMANO, *Liturgia eucarística.*
[18] MISAL ROMANO, *Liturgia eucarística.*
[19] MISAL ROMANO, *Liturgia eucarística.*
[20] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística I.*
[21] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística I.*
[22] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística I.*
[23] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística III.*
[24] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística III.*
[25] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV.*
[26] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV.*

abre el camino hacia ti». En la de Reconciliación I: «...participando del único sacrificio de Cristo» y en la de Reconciliación II: «...el sacrificio de la reconciliación perfecta». En la Plegaria eucarística para las Misas con niños II: «Él se ha puesto en nuestras manos para que te lo ofrezcamos como sacrificio nuestro» y en la III: «En este santo sacrificio que Él mismo entregó a la Iglesia, celebramos su muerte y resurrección».

Son referencias, harto explícitas, acerca de la Misa como sacrificio.

3. El sacrificio vivo

Acabamos de recordar que en la Misa ofrecemos «el sacrificio vivo».[27]

¿Por qué es vivo el Sacrificio de la Misa?

La Misa es un Sacrificio vivo por varias razones muy profundas.

Se trata de un sacrificio vivo por oposición a los sacrificios del Antiguo Testamento que no daban la gracia: ni el holocausto, ni el sacrificio por los pecados, ni el de las hostias pacíficas. Más aún, luego que Cristo instaura la Nueva Ley, pasado el período de *vacatio legis*, esos sacrificios del Antiguo Testamento se volvieron muertos (porque no obligan a nadie, ya que no tienen virtud expiatoria) y mortíferos (porque pecan mortalmente los que los practican, conociendo la vigencia de la Nueva Ley).[28]

Es vivo: porque no se trata de un sacrificio con víctimas muertas como en el Antiguo Testamento.

[27] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística III*.
[28] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, I-II, 103, 4, ad1.

Es vivo: porque la Víctima de la Misa es una Víctima en estado glorioso. Es la misma Víctima viva, resucitada y resucitadora. «Víctima viva e inmortal», la llama San Juan Damasceno.[29]

Es vivo: porque la Víctima permanece viva después de la inmolación, porque es una: «imagen perfecta y viviente del sacrificio de la cruz».[30]

Es vivo; porque se mantiene siempre la misma Oblación: mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados (Heb 10, 14).

Es vivo: porque engendra la vida,[31] ya que es un sacrificio de salvación para todos los hombres y mujeres de todos los tiempos.

Es vivo: porque clama destruyendo al pecado y promoviendo el bien.[32]

Es vivo: porque es el mismo Sacerdote principal quien sacrifica y que es eterno.[33]

Es vivo: porque es el sacrificio de Aquel que es la Vida.[34]

Es vivo: porque es «Santo, Inocente, Inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos» el Sumo Sacerdote de ese sacrificio.[35]

La Misa es ¡un sacrificio vivo! No es de una pieza de museo, aunque muy venerable. No es el sacrificio de una víctima que hay que poner en formol o en un *freezer* o en la morgue para que no se descomponga. No se trata de una víctima que se la perfuma con

[29] Cit. I. GOMÁ, *Jesucristo Redentor* (Barcelona 1933) 200.
[30] G. ROHNER, «Sacrificio de la Misa - Sacrificio de la cruz», *Diálogo* 12 (1995) 116.
[31] Cfr. Jn 10, 10.
[32] Cfr. Heb 2, 17.
[33] Cfr. Heb 7, 24.
[34] Cfr. Jn 14, 6.
[35] Cfr. Heb 7, 26.

desodorante para que no hieda o se le pone naftalina para prevenir la acción de las polillas, sino que es una Víctima que se la sahuma con incienso de olor agradable.

La Misa es ¡el sacrificio vivo! porque el sacerdote está en pie...[36] Y porque su Madre junto a la cruz[37] y junto a cada altar, también está en pie. Siempre, de pie, al pie de la cruz, junto ¡al sacrificio vivo!

¡Por la redención del mundo!

[36] Cfr. Heb 10, 11.
[37] Cfr. Jn 19, 25.

5

Sacrificio de salvación para todo el mundo

Traerán a todos vuestros hermanos de entre todas las naciones (Is 66, 20). En el Evangelio se nos dice: vendrán muchos de oriente y de occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios (Lc 13, 29).

El universalismo cristiano es abierto por el sacrificio de la cruz, en la cual Jesús derrama su sangre *por muchos*, *para el perdón de los pecados* (Mt 26, 28). Allí, en la cruz de Cristo, tienen acceso todos los hombres al Reino de Dios.

La Misa, «representación objetiva y aplicación del sacrificio cruento del Calvario», se ofrece también por todos: *se entregó a sí mismo para redención de todos* (1Tim 2, 6), de ahí que San Juan Crisóstomo diga que el sacerdote que sacrifica «ora por todo el mundo y suplica a Dios sea propicio por los pecados de todos».[1]

Hay dos categorías de hombres que son los sujetos *pro quo* (por quien) se ofrece el sacrificio de la Misa: los vivos y los difuntos.

Entre los vivos, unos son fieles justos, miembros vivos de Cristo y de la Iglesia; otros, pecadores, unidos a la Iglesia por el

[1] San Juan Crisóstomo, *De sacerdotio*, 6, 4.

vínculo de la fe; otros, herejes y cismáticos y públicamente excomulgados; otros finalmente, infieles.

Entre los muertos, unos son santos, en posesión de la felicidad eterna; otros, sujetos a expiación en las llamas del purgatorio.

Por eso en la liturgia se dice:

- «Sacrificio que te ofrecemos, ante todo, por la Iglesia Santa y Católica»;[2]
- «Acuérdate de tu Iglesia extendida por toda la tierra»;[3]
- «que esta Víctima traiga la paz y la salvación al mundo entero»;[4]
- «reúne a todos tus hijos dispersos por el mundo»;[5]
- «Sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo»;[6]
- «acuérdate de todos aquellos por quienes te ofrecemos este sacrificio... de todo el pueblo santo y de aquellos que te buscan con sincero corazón»;[7]
- «acuérdate de cuantos viven en este mundo».[8]

De ahí que el sacrificio de la Misa, no solo puede aplicarse en la integridad de sus frutos a los bautizados vivientes, sino también por los infieles o no bautizados, tanto en general, por todos, cuanto en especial, por cada uno de ellos (siempre que no haya escándalo o se mezcle error o superstición).

Por eso enseña San Pablo:

Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir

[2] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística I.*
[3] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística II.*
[4] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística III.*
[5] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística III.*
[6] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV.*
[7] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV.*
[8] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística para la Misa con niños I.*

una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad (1Tim 2, 1-2). San Pablo dice por todos los hombres, -aún por los reyes que eran infieles-, ya que Cristo murió por todos (2Cor 5, 15). Y habla de preces públicas, no de preces privadas. Por eso Tertuliano podía decir: «Sacrificamos por la salud del emperador».[9]

Dice San Juan Crisóstomo: «El sacerdote es como el padre común del orbe. Conviene, pues, que el sacerdote cuide de todos, como Dios de quien es sacerdote».[10] ¿Qué significa ante todo? Significa en el culto diario.

Y San Agustín: «Que ninguno, dada la estrechez de mira del humano conocimiento, juzgue que estas cosas no se han de hacer por aquellos de quien la Iglesia sufre persecución, puesto que los miembros han de ser reclutados de entre los hombres de toda raza y linaje».[11]

Los infieles no son oferentes (como los bautizados); sin embargo, la Misa puede ofrecerse en su favor. No se ofrece por ellos en calidad de cooferentes -como los bautizados-, sino que se ofrece por ellos para que, si lo quisieren, se conviertan de infieles en fieles.

La Eucaristía, en cuanto sacrificio, tiene efecto también en otros por quienes se ofrece, en los que no preexige la vida sobrenatural en acto, sino sólo en potencia.

El sacrificio de la Misa puede ofrecerse por los infieles de dos maneras:

- Indirectamente: ofreciéndolo por la paz y prosperidad de la Iglesia y por su extensión en todo el mundo, y por tanto, por la

[9] *Ad Scapulam*, 2.
[10] *Homilia in Tim.*, 6
[11] *Epistola ad Paulinum.*

conversión de los mismos infieles, ya que la Iglesia se aumenta y dilata por la conversión de los paganos.

En la anáfora de San Serapión: «Reúne tu santa Iglesia de toda gente y de toda tierra, de toda ciudad y pueblo, y casa, y haz una Iglesia católica, viva».[12] Se ve que ningún hombre es extraño a la Iglesia. Sólo se hace extraño a la Iglesia cuando se le termina el tiempo del vivir en este mundo, si muere rebelándose contra la voluntad de Dios, sin arrepentimiento. Cosa que sólo puede juzgar Dios.

- Directamente: impetrando el bien espiritual y temporal de los infieles que convenga a su salvación.

Queridos hermanos, tener un corazón sacerdotal es tener un corazón semejante al de Cristo: *él quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1Tim 2, 4), por eso mandó a los apóstoles: *Id por todo el mundo*... (Mc 16, 15) ¿Trabajamos sobre nosotros mismos para tener un corazón así?

Un corazón sacerdotal debe ser universal, debe tener *solicitud por todas las Iglesias* (2Cor 11, 28), debe tener preocupación para que el Reino de Dios se extienda por toda la tierra. Debe tener un corazón ancho como el mundo.

Un corazón sacerdotal debe hacer todo lo que está a su alcance para la extensión del Reino de Dios sobre la tierra. ¿Hago todo lo que puedo? ¿Aprovecho la Misa diaria para unirme al Corazón Sacerdotal de Cristo en esta intención? ¿Busco ampliar mi mente y ensanchar mi corazón... *hasta las islas lejanas* (Sir 47, 16), *hasta los confines de la tierra* (Mi 5, 3)?

[12] *Florilegium Patristicum*, 7.

No debe haber barrera, ni lingüística, ni cultural, ni política, ni económica, que nos impida acercar a Cristo a los hombres, porque la Santa Misa es sacrificio de salvación para todo el mundo.

6

Concorpóreos, consanguíneos, convictimados, cooferentes y conaceptados con Cristo

¿Qué es lo principal de la Santa Misa?

Lo absolutamente principal es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad: ¡El Verbo!, unido hipostáticamente a la naturaleza asumida en el seno de la Virgen María, ***Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.*** Él es el actor principal de cada Misa. Él es su creador. Él fue el que la pensó para nosotros. Él, que preparó la mesa en el Cenáculo, es también el que la dispone sobre nuestros altares. Él es el principal oferente actual de cada Misa, no por multiplicación de actos interiores de oblación u ofrecimiento, sino por un acto permanente que perdura en su alma. Él nos mandó solemnemente, ofrecer la Víctima hasta el fin de los tiempos: «***Haced esto en memoria mía***».

La actitud ofertorial del cristiano y del sacerdote debe extenderse a toda la Eucaristía, porque, de suyo, es una actitud que caracteriza toda la vida cristiana y, en rigor, debe extenderse a toda ella. Pero podemos preguntarnos: ¿en qué momento de la Misa percibimos esta realidad de manera patente? En tres momentos:

a. En la preparación y presentación de los dones;

b. En la Plegaria eucarística;

c. En la comunión.

Solo veremos el segundo momento. Respecto a la Plegaria eucarística tenemos dos momentos principales:

1. LA DOBLE CONSAGRACIÓN

En el relato de la institución y de la doble consagración cuando el sacerdote ministerial repite en nombre de Jesucristo, el Verbo encarnado: «***...es mi Cuerpo que será entregado... es el cáliz de mi Sangre que será derramada...***».[1] Y, por razón de las palabras de Cristo y el poder del Espíritu Santo, en ese momento se obra la transustanciación del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre del Señor. Por la doble consagración aparece bajo el sacramento la Sangre por un lado, ***derramada,*** y el Cuerpo por otro, ***entregado,*** lo que indica que se perpetúa el sacrificio de la cruz; y el sacerdote ministerial obra *in Persona Christi.* Allí tenemos la inmolación eucarística y la oblación u ofrenda de la Víctima inmolada y la aceptación de parte del Padre.

Ya están dados los elementos para que podamos volvernos *cristíferos* al ser «concorpóreos, consanguíneos»,[2] convictimados (o coninmolados o consacrificados), cooferentes y conaceptados con Cristo, o sea, una sola cosa con Él.

Somos, por lo tanto:

1. ***Concorpóreos***, siendo una sola cosa con su Cuerpo al unirnos a Él;

[1] *Misal Romano*, 104-105 y passim. Usamos la Edición típica con el texto unificado en lengua española aprobado por la Conferencia Episcopal Española y confirmado por la Sagrada Congregación para el Culto Divino, Coeditores Litúrgicos 2001.

[2] SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis Mistagógicas* 4, 3: «σύσσωμος καὶ σύναιμος αυτου».

2. ***Consanguíneos***, al ser una sola cosa con su Sangre al ser partícipes de la misma. «En la Eucaristía se revela la naturaleza profunda de la Iglesia, comunidad de los convocados a la sinaxis para celebrar el don de Aquel que es oferente y oferta: esos convocados, al participar en los Sagrados Misterios, llegan a ser "consanguíneos"[3] de Cristo, anticipando la experiencia de la divinización en el vínculo, ya inseparable, que une en Cristo divinidad y humanidad».[4]

3. ***Convictimados*** (o ***coinmolados*** o ***consacrificados***), uniéndonos con su Victimación, y uniéndonos a ella, la Víctima divina, como víctimas;

4. ***Cooferentes***, una sola cosa con su Alma por la voluntad libre con que su Sacrificio es ofrecido por Él, y a la vez es ofrecido por nosotros con Él y nuestros sacrificios junto con el de Él;

5. ***Conaceptados*** por Dios Padre, que acepta el Sacrificio ofrecido: absolutamente, el de su Hijo y, relativamente, porque puede ser rechazado, -según nuestras disposiciones-, el nuestro, el de los hijos en su Hijo.

También percibimos esta realidad del Sumo y Eterno Sacerdote en la persona del sacerdote ministerial, que es figura sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor.

Las palabras «***...es <u>mi Cuerpo</u> que será entregado... es el cáliz de <u>mi Sangre</u> que será derramada...***» indican el Cuerpo físico de Cristo y su Sangre que se hacen realmente presentes bajo las apariencias de pan y vino, Cuerpo y Sangre que Él ofrece como Víctima cruenta en el Calvario e incruenta en la Misa. Pero, también, esas palabras implican su Cuerpo místico ya que la Cabe-

[3] Cfr. NICOLÁS CABASILAS, *La vida en Cristo*, IV: PG 150, 584-585; CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Tratado sobre Juan*, 11: PG 74, 561; 12: PG 74, 564; SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 82, 5 sobre Mateo:* PG 58, 743-744.

[4] JUAN PABLO II, *Carta apostólica* «*Orientale lumen*» (2 de mayo de 1995) 10.

za está unida a sus miembros, ***formando una sola Persona mística.*** Por tanto, ofrece como víctimas a todos los bautizados, pero muy especialmente a sus sacerdotes ministeriales.[5]

En ese momento debemos unirnos a Cristo ofreciéndolo como Víctima de expiación por los pecados de todos los hombres, juntando a Él nuestro ofrecimiento como víctimas, y los sacrificios espirituales de todos nuestros hermanos. Enseña Santo Tomás: «*Cristo tuvo la gracia no sólo como hombre particular, sino como cabeza de toda la Iglesia, a la que todos están unidos como los miembros a la cabeza,* ***formando con ellos una sola persona mística***»;[6] y sigue diciendo: *«a Cristo le fue dada la gracia no sólo como a persona singular, sino como cabeza de la Iglesia, es a saber, para que desde él redundase en los miembros. Y por eso las obras de Cristo, en este aspecto, se comportan, tanto para él como para sus miembros, lo mismo que se portan las obras de otro hombre constituido en gracia respecto de sí mismo*;[7] e insiste: «*por ser Él nuestra cabeza, mediante su pasión, sufrida por caridad y obediencia, nos libró, como a miembros suyos, de los pecados, como por el precio de su pasión, cual si un hombre, mediante una obra meritoria realizada con las manos, se redimiese a sí mismo de un pecado que hubiera cometido con los pies. Pues como el cuerpo natural es uno, integrado por la diversidad de miembros, así* ***toda la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo, se considera como una sola persona con su cabeza, que es Cristo***».[8]

Esta realidad inefable de la incorporación del cristiano a su Señor, lleva a San Pablo a crear expresiones nuevas que, incluso, no alcanzan para expresar absolutamente el misterio:

- *conmortui* (2Tim 2, 11) = «*hemos muerto juntamente con Cristo*»;
- *consepulti* (Rom 6, 4) = «*con Él hemos sido sepultados*»;
- *conresuscitati* (Ef 2, 6) = «*con Él hemos resucitado*»;

[5] Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La unión con Cristo, Sacerdote y Víctima* (Barcelona 2001) passim.
[6] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 19, 4.
[7] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 48, 1.
[8] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 49, 1.

- *convivificavit* (Ef 2, 5) = «*hemos sido vivificados en Él*»;
- *complantati* (Rom 6, 5) = «*hemos sido plantados en Él*»;
- *convivemus* (2Tim 2, 11) = «*para que vivamos con Él*»;
- *consedere* (Ef 2, 6) = «*a fin de reinar juntamente con Él eternamente*».

Nos atrevemos a continuar esta tradición, que también parece incluir a San Cirilo de Jerusalén, a San Juan Crisóstomo y a otros santos, para tratar de expresar lo que debería ser nuestra incorporación a Jesucristo en la Santa Misa y en toda nuestra vida, o sea, ser cristíferos (=portadores de Cristo) al ser concorpóreos, consanguíneos, convictimados (o coinmolados o consacrificados), cooferentes y conaceptados con Cristo.

2. La doxología

En la doxología final, se muestra a las claras que Jesucristo es el Sumo y Eterno Sacerdote, y Sacerdote principal de la Misa: «***por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos***».Y el pueblo aclama: «***Amén***»[9].

«***Por Cristo...***»: Cristo es el Único Sacerdote. Es el Sumo Sacerdote. Es el Sacerdote Eterno. Es el Sacerdote Principal. Sólo Él es el camino al Padre. Todo lo debemos hacer *por medio de Cristo, a través de Cristo, por Cristo.* En ningún otro está la salvación (cfr. He 4, 12). De manera parecida a como los fieles cristianos laicos ofrecen al Padre sus sacrificios espirituales *por medio* del sacerdote ministerial, éste ofrece los sacrificios de los fieles, los suyos propios como víctima, y el de Jesucristo, *por medio de Él.*

«***Con Él...***»: al ser Jesucristo Sacerdote Único, Sumo, Eterno y Principal debemos, además, ofrecer los sacrificios de los fieles, del

[9] *Misal Romano*, 113 y passim.

sacerdote ministerial como víctima, y el suyo propio -de Jesucristo- *unidos íntimamente a Él, juntamente con Él, incorporados a Él.* Así como los fieles ofrecen sus sacrificios al Padre *junto* con el sacerdote ministerial, de manera semejante, el sacerdote ministerial ofrece al Padre los sacrificios, aunque con prioridad ontológica el de su Hijo Único, *junto con Él.*

«***En Él...***»: como se trata de un Sacerdote con características únicas e irrepetibles, también debe hacerse el ofrecimiento del sacrificio *dentro de Él, identificados con Él, en Él.* Somos *parte de Cristo,* porque somos el Cristo Total, o sea, Cristo más nosotros. Somos *otro Cristo,* pero aquí *otro* no significa *diferente* del Cristo verdadero, sino que debemos hacernos uno con el único Cristo existente: «*incorporándonos a sí mismo, haciéndonos sus miembros para que en Él también nosotros fuésemos Cristo... Y todos en Él somos de Cristo y somos Cristo, porque en cierto modo el Cristo total es cabeza y cuerpo*».[10] De manera especial, en Cristo debe ofrecerse como víctima el sacerdote ministerial.

«***A ti Dios Padre omnipotente...***»: el Sacrificio se ofrece al Padre y expresa su máxima glorificación.

«***En la unidad del Espíritu Santo...***»: es la gloria de la Trinidad Santísima.

«***Todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos***»: la Trinidad recibe toda la gloria y todo el honor. Es el culto supremo de latría o adoración, que sólo se tributa al Ser Supremo: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

«***Amén***»: el pueblo fiel aclama y confirma todo esto.

* * *

[10] SAN AGUSTÍN, *In Ps.* 26 enarr. 2, 2: ML 36, 200: «Concorporans nos sibi, faciens nos membra sua, ut in illo et nos *Christus essemus*... Et omnes in illo et Christi et *Christus sumus*, quia quodammodo *totus Christus*, caput et corpus est».

Pensamos que, según decía Juan Pablo II: «así se ilumina *un aspecto esencial* de la vida sacerdotal: *el sacerdote es el hombre del sacrificio*. En virtud del sacramento del orden, tiene la misión de ofrecer el sacrificio de Cristo, haciéndolo presente místicamente, en la realidad de su cuerpo y de su sangre. Por tanto, *por su misma existencia sacerdotal* está unido al sacrificio redentor de Cristo. La ordenación sacerdotal lo compromete en el camino de este sacrificio.

El sacerdote sabe que está llamado al sacrificio de manera particular. Sin embargo encontrará la fuerza para soportar generosamente sus pruebas, a menudo difíciles, si sabe verlas a la luz de la pasión de Cristo. ¿San Pablo no decía acaso: me ***"alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia"*** (Col 1, 24)?»[11].

La Madre de los sacerdotes nos ayude a ser fieles a su Hijo.

¡Lo principal es siempre el Verbo hecho carne!

[11] JUAN PABLO II, *Ángelus* (16 de septiembre de 1990).

7

«Amor sacerdos inmolat»

Íbamos de vacaciones junto con los diáconos en el año 1992 por Chile, camino a la Isla de Chiloé, cuando en una Catedral del sur de Chile encontramos grabada en la piedra del altar mayor las palabras: «*Amor sacerdos inmolat*». Los «expertos» latinistas dieron algunas versiones. Todos estuvieron de acuerdo con que era una frase incompleta. Con el correr del tiempo descubrimos que era un verso del Himno de Vísperas para el tiempo Pascual «*Ad regias Agni dapes*» («Vayamos al banquete del Cordero»), cuya estrofa completa es:

«Divina cujus caritas
Sacrum propinat sanguinem,
Almique membra corporis
Amor sacerdos immolat».

Francisco Luis Bernárdez la traduce así:

«La caridad de Dios es quien nos brinda
Y quien nos da a beber su sangre propia,
Y el Amor sacerdote es quien se ofrece
Y quien los miembros de su cuerpo inmola».[1]

[1] FRANCISCO BERNÁRDEZ, *Himnos del Breviario Romano* (Buenos Aires 1952) 90-91.

1. INMOLAT

Enseña Santo Tomás: «Se dice con propiedad que hay sacrificio, cuando se hace algo en las cosas ofrecidas a Dios, como cuando los animales eran muertos o quemados ... y esto lo indica el mismo nombre: ya que el sacrificio es así llamado porque el hombre hace algo sagrado. Se llama empero oblación cuando se ofrece algo a Dios, aunque no se haga nada en el don, como se dice ser ofrecido los denarios o los panes del altar, en los que no se hace nada. Luego todo sacrificio es oblación, pero no inversamente».[2]

El signo sacrificial implica dos cosas:

LA MATERIA SENSIBLE DEL SACRIFICIO

Es necesaria la materia sensible del sacrificio, por eso se enseña en la carta a los Hebreos: Porque todo Sumo Sacerdote está instituido para ofrecer dones y sacrificios: de ahí que necesariamente también él tuviera que ofrecer algo (Heb 8, 3). Hay que ofrecer algo. Ofrecer nada es un absurdo. Nunca la nada puede ser don. La materia sensible del sacrificio es expresión del afecto interior con el que el hombre quiere y debe consagrarse a Dios.

LA ACCIÓN SACRIFICIAL O EL RITO SACRIFICIAL

La acción sacrificial se compone de dos aspectos correlacionados: la oblación y la inmolación.

a- La oblación: es el desprenderse de un objeto mediante la entrega que se hace a otro. Hay «oblación cuando se ofrece algo a Dios aunque no se haga nada en el don».[3] El autor de la carta a los Hebreos lo dice: *todo Sumo Sacerdote está instituido para ofrecer dones y*

[2] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, 85, 3, ad3.
[3] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, 85, 3, ad3.

sacrificios (8, 3). Ofrecer equivale a sacrificar. Y es el elemento esencial del sacrificio. De ahí que: «Procede de la razón natural el que el hombre use de algunas cosas sensibles, ofreciéndoselas a Dios como signo de la debida sujeción y honor, según la semejanza de aquellos que ofrecen algo a sus dueños para reconocer su dominio».[4]

b- La inmolación era, entre los romanos, el acto por el cual se esparcía la harina sagrada, o los granos de trigo tostados con sal, -la *mola salsa*- sobre las cabezas de las víctimas que se querían ofrecer a la divinidad. Inmolar es sinónimo de ofrecer en sacrificio, de sacrificar, y tratándose de víctimas animales, de «matar», «degollar» para el sacrificio.[5] La inmolación expresa una idea genérica de inmutación en orden al sacrificio.

La mactación expresa cualquier occisión (esté o no orientada al sacrificio). En un sentido estricto es el acto de dar muerte a la víctima destinada al sacrificio. La acción de matar, expresado por la palabra mactación, significaba degollar para el sacrificio.

Los nombres de víctima y hostia, que son casi sinónimos, indican la materia destinada al sacrificio.

En el lenguaje corriente son equivalentes los términos: oblación, inmolación, mactación.

«En la cruz Cristo se ofreció como verdadero sacerdote en verdadero sacrificio. Y bien, de todos los elementos sacrificiales que intervinieron en el rito sacrificial de este sacrificio, Cristo no pudo poner más que la oblación, la aceptación voluntaria y ofrecimiento libre de aquellos sufrimientos, oblación interior que se traslucía en una oblación sensible y pragmática en sus mismos

[4] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, 85, 1.

[5] Cfr. M. LEPIN, *L'idee du sacrifice de la Messe*, (1926) 84; cit. en O. DERISI, *La constitución esencial del Sacrificio de la Misa* (Buenos Aires 1930) 20.

padecimientos exteriores, no en cuanto eran infligidos por sus verdugos, sino en cuanto eran por Él libremente aceptados[6]».[7]

Por eso dice San Pablo: *Cristo*, *nuestra Pascua*, *ha sido inmolado* (1Cor 5, 7), incruentamente en la Última Cena y cruentamente en la cima del Calvario, y agrega *Cristo... se entregó por nosotros en oblación y sacrificio de fragante y suave olor* (Ef 5, 2). En la carta a los Hebreos se enseña: (*Cristo*) *se ha manifestado... para la destrucción del pecado mediante el sacrificio de sí mismo* (9, 26); S*omos santificados*, *merced a la oblación del cuerpo de Jesucristo* (10, 10), *habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio* (10, 12).

Los cristianos, y con mayor razón los sacerdotes, también debemos inmolarnos espiritualmente con Cristo: *Os exhorto... a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva* (Ro 12, 1). *Ofrezcamos sin cesar*, *por medio de él*, *a Dios un sacrificio de alabanza*, *es decir*, *el fruto de los labios que celebran su nombre*. *No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente*; *esos son los sacrificios que agradan a Dios* (Heb 13, 15) y San Pedro nos exhorta: *Acercándoos a Él*, *piedra viva*, *desechada por los hombres*, *pero elegida*, *preciosa ante Dios*, *también vosotros*, *cual piedras vivas*, *entrad en la construcción de un edificio espiritual*, *para un sacerdocio santo*, *para ofrecer sacrificios espirituales*, *aceptos a Dios por mediación de Jesucristo* (1Pe 2, 5).

El sacerdote ministerial inmola y ofrece la Víctima del sacrificio eucarístico, junto con los sacrificios espirituales propios y de los fieles; los sacerdotes bautismales, que por las manos del sacerdote y junto al sacerdote ministerial ofrecen la Víctima inmolada y sus propios sacrificios espirituales.

[6] Cfr. Mt 20, 28; Mc 10, 45; Lc 22, 19ss; Jn 10, 17 ss.
[7] O. DERISI, *La constitución esencial del Sacrificio de la Misa* (Buenos Aires 1930) 16-17.

2. SACERDOS

La idea de sacerdote es correlativa a la idea de sacrificio.[8] No hay sacerdote sin sacrificio, ni hay sacrificio sin sacerdote. El acto principal del sacerdote es el sacrificio, es el ofrecer, el oblar, el inmolar. El sacerdote es el mediador entre Dios y los hombres. Aquel que une ambos extremos:

En Cristo esto se da, por la unión hipostática de ambas naturalezas divina y humana y por el sacrificio de la cruz: Jesucristo *tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos*, *para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios*, *en orden a expiar los pecados del pueblo* (Heb 2, 17). *Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía*: *santo*, *inocente*, *incontaminado*, *apartado de los pecadores*, *encumbrado por encima de los cielos*, *que no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día*, *primero por sus pecados propios como aquellos Sumos Sacerdotes*, *luego por los del pueblo*: *y esto lo realizó de una vez para siempre*, *ofreciéndose a sí mismo* (Heb 7, 26-27).

En los sacerdotes bautismales por ofrecer la Víctima divina del altar y a ellos mismos con Ella, por ser los ministros que a sí mismos se administran el santo sacramento del matrimonio. Ellos son verdaderos sacerdotes, a su manera: *para un sacerdocio santo*, *para ofrecer sacrificios espirituales*, *aceptos a Dios por mediación de Jesucristo* (1Pe 2, 5); *vosotros sois linaje elegido*, *sacerdocio real*, *nación santa*, *pueblo adquirido*, *para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz* (1Pe 2, 9). Jesucristo *ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes para su Dios y Padre*, *a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén* (Ap 1, 6).

En los sacerdotes ministeriales, sobre todo, por inmolar y ofrecer, sacramentalmente, en la persona de Cristo la Víctima del Gólgota en nuestros altares, ya que a los Apóstoles y a sus suceso-

[8] Cfr. CONCILIO DE TRENTO, *DS* 1739-1740; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1366.

res se les mandó: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22, 19; 1Cor 11, 24; cfr. 1Cor 11, 25).

3. Amor

No maneja Cristo el sagrado cuchillo y lo hunde en el Cuerpo de la Víctima, la violencia queda para sus verdugos: «¡su arma sacerdotal es el amor, verdadero sacerdote que le inmola!».[9]

La cruz es indisolublemente un sacrificio y un acto de amor. Un sacrificio, un acto cultual exterior, una liturgia que encierra el más puro e intenso acto de amor que jamás haya salido de un corazón humano.

Es un acto sacrificial; libre: nadie me quita la vida sino yo por mi mismo la doy (Jn 10, 18).

Por tener un poder sobrehumano, Cristo fue a la vez Sacerdote y Víctima y cambió la horrible muerte en cruz en sacrificio adorable: *es Víctima de propiciación por nuestros pecados* (1Jn 2, 2); *Ofreció un único sacrificio por los pecados* (Heb 7, 27).

Y es un acto de amor: *Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo*, *los amó hasta el fin* (Jn 13, 1). *Como me amó el Padre*, *también yo os amo* (Jn 19, 3). *Nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por los amigos* (Jn 15, 13). *En esto hemos conocido el Amor*: *En que dio su vida por nosotros* (1Jn 3, 16).

Dos hechos -sacrificio y amor- forman uno solo: *caminad en el amor*, *como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en oblación y sacrificio de fragante y suave olor* (Ef 5, 2).

«No se presenta el agua sola ni el vaso solo, sino el agua en el vaso: el vaso es el sacrificio, el agua es el amor».[10] Sacrificio y

[9] I. GOMÁ, *Jesucristo Redentor* (Barcelona 1933) 193.

amor son inseparables en este mundo. Aunque vale más el amor que el sacrificio.[11]

En el cielo se separarán, ya que el sacrificio no tendrá lugar en el cielo, el amor, sí: *El amor no morirá jamás* (1Cor 13, 8).

A ejemplo del Maestro y Señor debemos ofrecer toda nuestra vida, privada y pública, con sus sacrificios por amor: El estudio, apostolado, oración, servicio, la familia, el trabajo, vacaciones, entretenimientos, cultura, deporte, amistades..., todo. En especial, la caridad fraterna: El amor no hace mal al prójimo: *La caridad no hace mal al prójimo* (Ro 13, 10); el amor es la plenitud de la ley: *La caridad es la ley en su plenitud* (Ro 13, 10); la única deuda sea el amor mutuo: *Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor* (Ro 13, 8).

Porque «¡*Amor sacerdos immolat*!»: donde el ser sacerdote, por naturaleza o por participación -ministerial o bautismal-, es la causa eficiente; donde el amor es la causa final; donde la oblación, la inmolación, es la causa formal; donde la causa material que se ofrece es el cuerpo y el alma, es decir, toda nuestra vida, con sus alegrías y penas. Podemos decir que el Amor-sacerdote inmola su cuerpo y su sangre por caridad.

Nadie como la Virgen entendió que: «*Amor sacerdos inmolat*». Pidamos que Ella nos lo de a gustar.

[10] SANTA CATALINA, *Diálogo*, 3, 36a.
[11] Cfr. 1Cor 13, 3.

8

El sacerdote vuelve a los hombres propicios ante Dios

Por razón del pecado todos los hombres nacemos como *hijos de ira* (Ef 2, 3), como enemigos de Dios y separados de Él, sin la gracia santificante. Por eso todos los hombres y mujeres necesitamos reconciliarnos con Dios. Por tanto, es necesario volvernos propicios a Dios. Propicio es hacernos capaces de recibir un favor, es Dios que se vuelve favorable hacia nosotros, se inclina a hacernos bien, es hacernos capaces de poder volver a recibir su gracia, su favor, su benevolencia.

Hoy día los hombres, en general, han perdido la noción de que es necesario que Dios sea favorable a nosotros. Ello se debe a que se ha perdido la noción de Dios, y por haberse perdido la noción verdadera de Dios, se ha perdido la noción de la gravedad del pecado y, por tanto, de la obligación que tenemos de pagar, en estricta justicia, por razón de nuestros pecados. De ahí que se haya perdido la noción de la propiciación, que es una acción agradable a Dios, con que se le mueve a piedad y misericordia respecto de nosotros. De ahí, también, que muchos no valoran, como corresponde, la realidad de la Santa Misa como sacrificio propiciatorio por nuestros pecados; es decir, que tiene virtud de hacernos propicios ante Dios.

1. El Santuario y la propiciación en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento se trataba de hacer a los hombres propicios ante Dios por medio de determinadas ceremonias cultuales, que tenían lugar en el Santuario terrestre, es decir, el tabernáculo que Moisés hizo por orden de Dios en el desierto y cuya continuación era el templo de Jerusalén; y era así: *Encima del arca, los querubines de gloria cubrían con su sombra el propiciatorio* (Heb 9, 5).

Se componía el Santuario de Salomón de tres cuerpos:[1]

1ra. habitación o vestíbulo llamado en hebreo *Ulam* (de una raíz que significa «estar delante»). Allí estaría el altar de bronce, de los holocaustos, de los sacrificios.[2] Estaba fuera del templo, al exterior. Atravesando el vestíbulo, una doble puerta de ciprés daba paso a la:

2da. sala, cuyo nombre era *Hekal* (que tiene en hebreo y en fenicio el doble sentido de «palacio» y de «templo») o, también, llamado *el Santo* (=*Qodesh*), cuyo interior estaba recubierto de placas de madera de cedro, con esculturas de querubines, guirnaldas de flores y palmeras donde se hallaba:

- el altar del incienso (llamado altar de cedro);[3] la mesa de cedro, recubierta de oro, para poner los panes de la presencia o de la propiciación;[4] los diez candelabros de oro.[5] Del *hekal* por un doble velo -paroketa- se pasaba a la:

3ra habitación, en forma cúbica, de 10 metros de ancho por 10 metros de largo por 10 metros de alto, a un nivel más alto y sin

[1] Cfr. R. DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento* (Barcelona 1964) 410ss.
[2] Cfr. 1Re 8, 64; 9, 25; 2Re 16, 14.
[3] Cfr. 1Re 6, 20-21.
[4] Cfr. 1Re 7, 48.
[5] Cfr. 1Re 7, 48-49.

iluminación alguna, era el *Debir o cella* o *Santísimo* (era el *Sancta Sanctorum* = *Qodesh qodashim*) donde habitaba Dios y en ella había:

- el Arca de la Alianza[6] (una caja de madera de acacia de 1, 25 m de largo, por 0, 75 m de alto y de ancho, cubierta toda ella de oro y provista de anillas por donde se ponían las barras para ser llevada). Sobre el Arca se encontraba una chapa de oro del mismo tamaño, llamada *kapporet*, el «propiciatorio» que tenía en sus extremos dos esculturas de querubines que protegen el propiciatorio con sus alas extendidas.[7] Dentro del Arca, las dos tablas de la Alianza de Moisés en el monte Sinaí,[8] estaba la vara de Aarón que reverdeció y un vaso de oro con muestras del maná.

Los sacerdotes levíticos entraban siempre en «el Santo», pero nunca al Sancta Sanctorum. Allí sólo entraba el Sumo Sacerdote una vez al año, el día del Yon Kippur, el 10 del séptimo mes Tishri, era el día por excelencia en que Dios remitía -borraba- los pecados de los sacerdotes, de los príncipes y del pueblo: *Mas en el segundo una sola vez al año entraba el Sumo Sacerdote, solo y no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del Pueblo* (Heb 9, 7).[9] El Sumo sacerdote ofrecía un toro por sus pecados y por los pecados de todos los sacerdotes aarónicos; penetraba en el *Sancta Sanctorum* e incensaba el propiciatorio, rociándolo con la sangre del toro.[10] Luego inmolaba un macho cabrío por los pecados del pueblo y rociaba con su sangre el propiciatorio,[11] como había hecho con la sangre del toro. Además había otras ceremonias.[12]

[6] Cfr. Ex 25, 10-22; 37, 1-9.
[7] Cfr. 1Re 8, 6.
[8] Cfr. Dt 10, 1-5.
[9] Cfr. Lv 16.
[10] Cfr. Lv 16, 11-14.
[11] Cfr. Lv 16, 15.
[12] Cfr. R. DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento* (Barcelona 1964) 636ss.

El *Sancta Sanctorum* era el lugar sagrado por excelencia, sede de la presencia de Dios, era el trono de la gloria de Yahvé,[13] era la *shekinah* de Dios. Asimismo, era el signo de la elección divina, ya que esa presencia es una gracia. Es una consecuencia de la elección del rey David y de la permanencia de su dinastía en Jerusalén y su protección.

En la actualidad los judíos religiosos van a rezar al Muro de los Lamentos o Muro Occidental (Western Wall), a los restos de Muro que quedan del Templo, porque es el lugar al que pueden acceder más cercano al *Sancta Sanctorum* y ese Muro es el que está más cerca de donde estaba el *Sancta Sanctorum*, de ahí que consideren que le trasmite su carácter sagrado.

2. Propiciatorio

Dice Orígenes: «Una vez al año, el Sumo Sacerdote, dejando afuera al pueblo, entraba en el lugar donde se hallaba el propiciatorio, los querubines, el arca de la alianza y el altar de los aromas; lugar donde sólo al Sumo Sacerdote le estaba permitido entrar».[14]

El sacerdote de la Antigua Alianza entraba una vez al año en el Santuario -Sancta Sanctorum- de Jerusalén, y después de entrar, derramaba sobre el propiciatorio sangre de animales por los pecados del pueblo y los suyos.

El propiciatorio era una especie de cubierta de oro sobre el Arca porque por la sangre derramada sobre él hacía a los hombres *propicios* ante Dios.

A saber, entonces, el sacerdocio del Antiguo Testamento, en la persona del Sumo sacerdote, debía entrar una sola vez al año al propiciatorio (durante todo su ministerio), para hacer la expiación

[13] Cfr. Jr 14, 21.

de sus pecados y los del pueblo; derramaba sangre de animales muertos; el valor de ese sacrificio era limitado: eran *sacrificios incapaces de perfeccionar en su conciencia al adorador* (Heb 9, 9).

3. JESUCRISTO HECHO INSTRUMENTO DE PROPICIACIÓN

Dice Orígenes: «Pero fijémonos en nuestro verdadero Sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo. Él, habiendo tomado la naturaleza humana, estaba con el pueblo todo el año, aquel año, a saber, del cual dice Él mismo: *Me envió a evangelizar a los pobres y a proclamar el año de gracia del Señor* (Lc 4, 18). Y, una vez durante este año, el día de la expiación, entró en el Santuario, es decir, cuando cumplida su misión, penetró en los cielos, entró en la presencia del Padre, para hacerle propicio al género humano y para interceder por todos los que creen en él».[15]

Jesucristo antes de entrar, y por única vez, al Santuario Celestial (*teniendo*, *hermanos*, *en virtud de la sangre de Jesús*, *firme confianza de entrar en el Santuario que Él nos abrió como camino nuevo y vivo a través del velo*, *esto es*, *de su carne*. Heb 10, 19-20), constituido Sacerdote para siempre, había derramado como Víctima su sangre de valor infinito, y así obtuvo la redención eterna, pues el Padre lo puso *como instrumento de propiciación por la fe en su sangre* (Ro 3, 25) con una eficacia definitiva que no tuvo aquel antiguo propiciatorio.[16]

«El Apóstol Juan, conocedor de esta propiciación que nos reconcilia con el Padre dice: *Hijos míos*, *os escribo esto para que no pequéis*. *Si alguno peca*, *abogado tenemos ante el Padre*, *a Jesucristo el justo*. *Él*

[14] ORÍGENES, *Homilía* 9, 5: PG 12, 515.523.
[15] ORÍGENES, *Homilía* 9, 5: PG 12, 515.523.
[16] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 433.

es propiciación por nuestros pecados (1Jn 2, 1)».[17] ¡Él es propiciación por nuestros pecados!

También Pablo alude a esta propiciación cuando afirma de Cristo: *A quien Dios ha propuesto como instrumento de propiciación*, *por su propia sangre y mediante la fe* (Ro 3, 25). Por lo tanto, el día de nuestra propiciación continúa hasta el fin del mundo.

Dice la palabra de Dios, refiriéndose al propiciatorio del Antiguo Testamento: Pondrá el incienso sobre las brasas delante del Señor, para que el humo del incienso cubra el propiciatorio que está sobre el documento de la alianza, y así el no muera. Después tomará sangre del novillo, y rociará con el dedo el lado oriental de la placa o propiciatorio (Lv 16, 13-14). Pero tú que eres cristiano... «tú que has venido a Cristo, verdadero sumo sacerdote, que con su sangre te hizo a Dios propicio y te reconcilió con el Padre, trasciende con tu mirada la sangre de las antiguas víctimas y considera más bien la sangre de Aquel que es la Palabra, escuchando lo que Él mismo te dice: Esta es mi sangre, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados».

4. La Misa, sacrificio propiciatorio

La Misa es un sacrificio propiciatorio, «porque es la misma y única hostia, el mismo que se ofreció entonces a sí mismo en la cruz, es el que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, con la sola diferencia, en la manera de ofrecer».[18]

La Misa es, ante todo, la oblación que Cristo hace de sí mismo, como en otro tiempo en el Calvario. Uno y el mismo es el sacrificio de la cruz y el sacrificio de la Misa. Sólo hay una doble distin-

[17] ORÍGENES, *Homilías*, 9, 5.
[18] CONCILIO DE TRENTO, *DS* 1743.1753; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1367.

ción accidental entre los dos sacrificios, puesto que a diferencia del sacrificio del Calvario, la Misa es un sacrificio incruento, y porque la Víctima se ofrece por el ministerio del sacerdote delegado por Cristo, no por sí mismo como en la cruz.

De ahí que la propiciación de Cristo por su sacrificio único:

- bastó a causa de su valor infinito;
- consistió en la inmolación de Cristo mismo derramando su propia Sangre;
- entró al Santuario de una vez para siempre.

El sacerdote ministerial celebra la Misa, que es el verdadero sacrificio de propiciación, de expiación, por la sangre derramada de Cristo y nos hace propicios a Dios y nos reconcilia con el Padre.

¡El día de nuestra propiciación continúa hasta el fin del mundo!

¡Mientras se celebre la Misa!

¡Él, Cristo, es propiciación por nuestros pecados!

9

Mysterium tremendum et fascinans

Recordaba Juan Pablo II[1] los dos componentes de la santidad de Dios (en hebreo *'qadosh'*, en griego ἅγιος -*hagíos*-), que se encuentran, por ejemplo, en la Santa Misa: el «*fascinosum*» y el «*tremendum*»; lo ***fascinante*** (o sea, lo sumamente atractivo, lo que atrae irresistiblemente) y lo ***tremendo*** o ***terrible*** que suscita la santidad (que aleja, separa e indica la ***inaccesibilidad***).

Como vemos en el milagro de la zarza ardiente: Moisés en el desierto, a los pies del Monte Horeb, vio una «*zarza que ardía sin consumirse*» (Cfr. Ex 3, 2), eso le resulta sumamente atractivo: es el componente del ***'fascinosum'***, y, cuando se acerca a esa zarza, oye la voz: «*no te acerques. Quita las sandalias de tus pies, que el lugar en que estás es tierra santa*» (Ex 3, 5). Estas palabras ponen de relieve *la santidad de Dios*, que desde la zarza ardiente revela a Moisés su Nombre *(«Yo soy el que soy»),* y con este Nombre lo envía a liberar a Israel de la tierra egipcia. Hay en esta manifestación el elemento del «***tremendum***»: la santidad de Dios permanece inaccesible para el hombre («no te acerques»). Podemos decir que en el altar durante la Santa Misa se repite el hecho de la zarza ardiente, ya que obra el Espíritu Santo, y se hace sustancialmente presente el que dijo «*Yo soy el que soy*».

[1] Juan Pablo II, *Catequesis* (11 de diciembre de 1985) 4-5.

También vemos los dos componentes de la santidad de Dios en San Pedro cuando la pesca milagrosa: «*viendo esto Simón Pedro, se postró a los pies de Jesús, diciendo: Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador. Pues así él como todos sus compañeros habían quedado sobrecogidos de espanto ante la pesca que habían hecho, e igualmente Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón*» (Lc 5, 8-10).

Con enorme fuerza aparece esto en San Agustín: «*Et inhorresco et inardesco: inhorresco, in quantum dissimilis ei sum; inardesco, in quantum similis ei sum*» *(Me estremezco y me enardezco: me estremezco, por la desemejanza con él; me enardezco, por la semejanza con él)*[2]. Nuestra desemejanza con Dios es casi infinita, nuestra semejanza es solo en algún aspecto. Ese misterio de Dios es inaccesible, pero al que se puede uno acercar por la fe, la esperanza y la caridad y así Dios se hace cercano, condescendiente con nosotros.

El gran patrólogo Quasten afirma que: «San Cirilo de Jerusalén es el primer teólogo que llama a la Eucaristía sacrificio ***"tremendo"*** (es decir, terrible, digno de ser temido; digno de respeto y reverencia; muy grande y excesivo en su línea) y ***"que hace estremecer de respeto"*** (φρικωδέστατος), preparando así el camino para este sentimiento religioso que se encuentra también en otras fuentes de la liturgia de Antioquía, las *Constituciones apostólicas*,[3] San Juan Crisóstomo, Teodoro de Mopsuestia y Narsés».[4]

Y Gerardo di Nola hace notar que: «la espiritualidad eucarística se afirma aún más con San Juan Crisóstomo, quien verdaderamente amaba la Eucaristía. Él habla de ella en numerosos textos. En particular insiste sobre el tema del **"*tremendum*"**, es decir, de la ***"mesa mística"***, cuya participación exige de parte del sacerdote y de los fieles una conciencia grandísima del ***"terrible"*** contacto

[2] SAN AGUSTÍN, *Confesiones* XI, 9, 11.
[3] Cfr. J. QUASTEN, *Patrologia* I (Madrid 1961) 473.
[4] J. QUASTEN, *Patrologia* II. La edad de oro de la literatura patrística griega (Madrid 1962) 394.

con lo divino...en el Crisóstomo la atención es dirigida a aquellas actitudes interiores que predisponen dignamente a la celebración eucarística y a la exigencias morales que se siguen: alejamiento del pecado, concordia, ayuda a los necesitados».[5]

Enseñaba San Cirilo de Jerusalén: «después de esto el sacerdote clama: "arriba los corazones". Porque verdaderamente en esta hora tremenda (φρικωδεστάτην) conviene levantar el corazón a Dios y no rebajarlo a la tierra y a los negocios terrenos. Es, por tanto, lo mismo que si el sacerdote mandara que todos dejasen en ese momento a un lado las preocupaciones de esta vida y los cuidados de este mundo, y que elevasen el corazón al cielo hacia el Dios misericordioso. Luego respondéis: "lo tenemos (levantado) hacia el Señor", con lo que asentís a la indicación por la confesión que pronunciáis. Que ninguno que esté allí, cuando dice: "lo tenemos hacia el Señor", tenga en su interior su mente llena de las preocupaciones de esta vida. Pues debemos hacer memoria de Dios en todo tiempo. Pero si, por la debilidad humana, se hiciere imposible, al menos en aquel momento hay que esforzarse lo más que se pueda».[6]

«Recordamos también a todos los que ya durmieron: en primer lugar, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, para que, por sus preces y su intercesión, Dios acoja nuestra oración. Después, también por los santos padres y obispos difuntos y, en general, por todos cuya vida transcurrió entre nosotros, creyendo que esto será de gran utilidad para las almas por quienes se ofrece la oración, mientras yace delante la víctima santa y que hace estremecer de respeto (φρικωδεστάτης)».[7]

[5] Cfr. G. DI NOLA, *Monumenta Eucharistica* I. La testimonianza dei padri della Chiesa (Roma 1994) 47-48.

[6] SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis Mistagógicas*, V, 4.

[7] SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis Mistagógicas*, V, 9.

Narsés de Edesa escribía: «el sacerdote ahora ofrece el misterio de la redención de nuestra vida, con reverencia, con temor y gran veneración. El sacerdote tiene reverencia, ***gran temor y se estremece por sus ofensas y por las ofensas de los hijos de la Iglesia***».[8] «Estremecimiento y temor, para sí mismo y para el pueblo, pesa sobre el sacerdote en esta terrible hora».[9]

«En su ***tremendo*** carácter y oficio, un objeto de veneración incluso para los serafines, un hijo de la tierra se levanta ***con gran temor*** como mediador. El ***tremendo*** Rey, místicamente inmolado y sepultado, y los ***terribles*** espectadores están de pie ***con temor*** en honor de su Señor. La jerarquía de espectadores rodean el altar en esta hora, como el Crisóstomo declara haber oído de un testigo que los había visto[10]».[11] «Con este estado de ánimo está de pie el sacerdote para celebrar, reverente, ***con gran temor y estremecimiento***».[12]

«Grande es el Misterio que celebráis, mortales...; he aquí que ***terribles*** Misterios son consagrados por las manos del sacerdote: que cada uno permanezca con temor y veneración mientras ellos son actuados. El sacerdote ya se ha adelantado a orar: oremos con él... Ora al Dios de todo en este hora llena ***de temor y estremecimiento***».[13] «El sacerdote invoca al Espíritu, que desciende sobre la oblación; y él adora con estremecimiento, con miedo y con

[8] Cfr. R.H. CONNOLLY, *The Liturgical Homilies of Narsai* (Texts and Studies 8; Cambridge 1909) 7.

[9] Cfr. CONNOLLY, *The Liturgical Homilies of Narsai*, 7.

[10] «En este momento (cuando se celebra la Santa Misa), los ángeles están asistiendo al sacerdote, y todo el estrado y el presbiterio se llenan de Potestades celestes... Oí a uno contar que un anciano, hombre admirable y acostumbrado a tener revelaciones, le dijo que había sido considerado digno de una visión de este tipo, esto es, que al tiempo del tremendo sacrificio, de pronto había visto y en cuanto es permitido a la naturaleza humana, una multitud de ángeles, vestidos de túnicas brillantes, que rodeaban el altar y estaban en pie con el rostro inclinado, como se ven estar los soldados en presencia del rey. Y yo lo creo», cfr. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Diálogo sobre el Sacerdocio* (Madrid 2002) 152.

[11] Cfr. CONNOLLY, *The Liturgical Homilies of Narsai*, 7.

[12] Cfr. CONNOLLY, *The Liturgical Homilies of Narsai*, 7.

[13] Cfr. CONNOLLY, *The Liturgical Homilies of Narsai*, 10-11.

agudo temor».[14] «El heraldo de la Iglesia grita y levanta su voz: acerquémonos todos con temor al Misterio del Cuerpo y de la Sangre».[15]

En las Constituciones de los apóstoles: «y los diáconos, después de la oración, ocúpense unos en la oblación de la Eucaristía, administrando ***con temor*** el cuerpo del Señor (τῷ τοῦ κυρίου σώματι μετὰ φόβου)».[16] «Mira Tú también ahora por medio de Él a este tu rebaño y redímelo de toda ignorancia y de toda mala acción, y ***haz que te tema con temor y con amor te ame y que tiemble en presencia de tu gloria***».[17] «En pie delante del Señor, ***con temor y temblor*** (μετὰ φόβου καὶ τρόμου) presentémonos a hacer la oblación».[18]

Teodoro de Mopsuestia: «a Dios... a quien se debe ofrecer el sacrificio con ***gran temor***».[19]

-«...no deben privarse de los misterios, sino acercarse a ellos con mayor ***temor*** (τῷ φόβῳ), cayendo en la cuenta de la grandeza de ellos y recibiéndolos con gran esperanza».[20]

-«Necesariamente (pues) también ahora, cuando se realiza esta "liturgia" ***temible***, "es preciso que apreciemos una cierta imagen de la liturgia de estos poderes invisibles a los que representan los diáconos"».[21]

-«Ya que ciertamente son ***temibles*** estas cosas que Cristo Nuestro Señor hizo por nosotros».[22]

[14] Cfr. CONNOLLY, *The Liturgical Homilies of Narsai*, 22.
[15] Cfr. CONNOLLY, *The Liturgical Homilies of Narsai*, 24.
[16] *Constituciones de los apóstoles* 2, 57, 15.
[17] *Constituciones de los apóstoles* 8, 11, 3.
[18] *Constituciones de los apóstoles* 8, 12, 2.
[19] TEODORO DE MOPSUESTIA, *Comentario a Malaquías*, 3, 2ss: PG 66, 621ss.
[20] TEODORO DE MOPSUESTIA, *Comentario a la primera carta a los Corintios*, 11, 34ss: PG 66, 888ss.
[21] TEODORO DE MOPSUESTIA, *Homilía 15*, *primera sobre la Misa*, 21.
[22] TEODORO DE MOPSUESTIA, *Homilía 15*, *primera sobre la Misa*, 24.

-«Por medio de los diáconos, que realizan el ministerio de lo que se obra, esbozamos en nuestra inteligencia *las potencias invisibles en servicio* (Heb 1, 14), que ofician en esta inefable liturgia; ellos son los que aportan y depositan sobre el altar ***temible*** este sacrificio...; y en la visión que se representa en nuestra inteligencia hay una realidad ***temible*** para los espectadores».[23]

-«Una vez, pues, que se ha hecho esto y que ha terminado toda la liturgia, "desde ahora nos apresuramos todos a tomar la oblación". Y del altar ***temible,*** demasiado sublime para la palabra, recibimos un alimento inmortal y santo».[24]

-«Así, conviene que te presentes ***con mucho temor y gran caridad***, teniendo en cuenta la grandeza de lo que se te da; ***Él merece el temor a causa de la grandeza de su dignidad, y el amor por la gracia***».[25]

Y el gran San Juan Crisóstomo,[26] Doctor de la Iglesia, llamado *Doctor Eucharistiae*, llama a la Eucaristía:

-«una mesa tremenda»,[27]
-«una mesa tremenda y divina»,[28]
-«los misterios terribles»,[29]
-«los misterios divinos»,[30] «los misterios inefables»,[31]
-«los misterios que exigen reverencia y temblor».[32]

El vino consagrado es «el cáliz de santo temor»,[33]

[23] TEODORO DE MOPSUESTIA, *Homilía 15*, *primera sobre la Misa*, 24.
[24] TEODORO DE MOPSUESTIA, *Homilía 16*, *segunda sobre la Misa*, 24.
[25] TEODORO DE MOPSUESTIA, *Homilía 16*, *segunda sobre la Misa*, 28.
[26] Cfr. J. QUASTEN, *Patrologia* II, 502-504.
[27] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. de bapt. Christi:* PG 49, 370.
[28] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. in natal. Dom.:* PG 49, 360.
[29] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 25 *in Matth.:* PG 57, 331; *Hom.* 46 *in Ioh:* PG 49, 261; *Hom.* 24 *in I Cor.:* PG 61, 919.
[30] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. in s. Pascha:* PG 52, 769.
[31] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 34 *in I Cor.:* PG 49, 288.
[32] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. in nat. Dom.:* PG 49, 392.
[33] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Cat.* 1 *ad illum.:* PG 49, 223.

-«la sangre tremenda»[34] y «la sangre preciosa»;[35]

-«Puesto que de aquí toman principio los sacramentos, cuando te llegues al tremendo cáliz, llégate como si bebieras del costado mismo de Cristo».[36]

Además, la Eucaristía,

-es un «sacrificio tremendo y terrible»,[37]

-«un sacrificio terrible y santo»,[38]

-«el sacrificio más tremendo».[39]

Señalando el altar, dice:

-«allí yace Cristo inmolado»,[40]

-«Su cuerpo ahora delante de nosotros».[41]

-«Lo que está en el cáliz es aquello que manó del costado... ¿Qué es el pan? El cuerpo de Cristo».[42] «Reflexiona, ¡oh hombre!, qué sacrificio vas a tocar, a qué mesa te vas a acercar. Piensa que, aunque seas tierra y ceniza, recibes la sangre y el cuerpo de Cristo».[43]

Algunas expresiones suyas son todavía más fuertes. No duda en decir:

-«no nos concedió solamente el verle, sino tocarle también, y comerle, e hincar los dientes en su carne y unirnos a Él de la manera más íntima».[44]

-«Lo que no toleró en la cruz (es decir, que le quebrantaran las piernas), lo tolera ahora en el sacrificio por tu amor; y permite que

[34] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 82 *in Matth.:* PG 58, 746.
[35] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De sacerdotio* 3.4.: PG 48, 642; *Hom.* 16 *in Hebr.:* PG 63, 124.
[36] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ioann. Hom.* 85: PG 59, 463.
[37] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 24 in *I Cor.:* PG 61, 203.
[38] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 24 *de prod. Iudae:* PG 49, 390.
[39] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De sacerdotio* 6, 3: PG 48, 681.
[40] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom* 1 y 2 *De prod. Iudae:* PC 49, 381 y 390.
[41] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 50 *in Matth.* n.2: 58, 507.
[42] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 24 *in I Cor.* n.1, 2: PG 61, 200.
[43] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. in nat. Dom.* n.7: PG 49, 361.
[44] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 46 *in Ioh.* n.3: PG 59, 260.

le fraccionen para saciar a todos».[45] (Aplica aquí a la substancia del cuerpo y de la sangre de Cristo lo que, estrictamente hablando, es verdad sólo de los accidentes de pan y vino, para poner lo más claro posible la verdad de la presencia real y la identidad del sacrificio eucarístico con el sacrificio de la cruz[46]). Lo que se ofrece todos los días es un sacrificio real; pero no es que un día sea una víctima y otro día otra, sino que siempre es la misma. Por eso el sacrificio es único.

«En todas partes es uno el Cristo, que está entero aquí, y entero allí, un solo cuerpo. Como, pues, Cristo, que se ofrece en muchas partes de la tierra, es un solo cuerpo y no muchos cuerpos, así también es uno el sacrificio... Y ahora ofrecemos también la misma hostia que entonces fue ofrecida y que jamás se consumirá... No hacemos otro sacrificio, como lo hacía entonces el pontífice, sino que siempre ofrecemos el mismo...».[47]

El sacerdote que sacrifica es el mismo Cristo, y la consagración tiene lugar en el momento en que se pronuncian las palabras de la institución: «creed que también ahora se celebra aquel banquete en el que se sentó Cristo a la mesa. En efecto, en nada se diferencia este banquete de aquél, ya que no es un hombre el que realiza éste; en cambio, aquél el mismo Cristo; sino éste mismo los dos».[48] «Porque también hoy es el mismo (Señor) el que lo realiza y todo lo ofrece».[49] «Nosotros pertenecemos al orden de sus ministros: el que los santifica y transforma es Él (ὁ δὲ ἁγιάζων ἀυτὰ καὶ μετασκευάζων ἀυτός)».[50] «No es el hombre el que hace que las ofrendas lleguen a ser el cuerpo y sangre de Cristo, sino el mismo Cristo, crucificado por nosotros. El sacerdote asiste llenando la figura de Cristo, pronunciando aquellas palabras; pero la

[45] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 24 *in I Cor.* n.2: PG 61, 200.
[46] EP 1180.1195.1222.
[47] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 17 *in Hebr.* 3: BAC 88, 654, trad. J. Solano.
[48] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 50 *in Matth.* n.3: PG 58, 507.
[49] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 27 *in I Cor.* n.4: PG 61, 229.

virtud y la gracia es de Dios. "Este es mi cuerpo," dice. Esta palabra transforma las cosas ofrecidas; como aquella palabra: *creced y multiplicaos y llenad la tierra* (Gn 1, 28), aunque se dijo una sola vez, llena nuestra naturaleza de fuerza para procrear hijos, así esta palabra, habiendo sido dicha una sola vez, desde aquel tiempo hasta hoy y hasta la venida del Señor, obra en cada mesa en las iglesias el sacrificio perfecto».[51]

Hemos tenido ocasión de ver como la Iglesia católica oriental entiende que la Eucaristía es algo ***tremendo***, pero también lo es en la Iglesia romana, por ejemplo, como lo hemos visto en Juan Pablo II, pero también en el Concilio de Trento: *«teniendo presentes el sacrosanto, ecuménico y general Concilio de Trento, congregado legítimamente en el Espíritu Santo, y presidido de los mismos Legados de la Sede Apostólica, los varios y monstruosos errores que por los malignos artificios del demonio se esparcen en diversos lugares acerca del* ***tremendo y santísimo sacramento de la Eucaristía****, por los que parece que en algunas provincias se han apartado muchos de la fe y obediencia de la Iglesia católica; ha tenido por conveniente exponer en este lugar la doctrina respectiva a la comunión en ambas especies, y a la de los párvulos. Con este fin prohíbe a todos los fieles cristianos que ninguno en adelante se atreva a creer, o enseñar, o predicar acerca de ella, de otro modo que del que se explica y define en los presentes decretos... necesariamente confesamos que ninguna otra obra pueden manejar los fieles cristianos tan santa, ni tan divina como este* ***tremendo*** *misterio, en el que todos los días se ofrece a Dios en sacrificio por los sacerdotes en el altar aquella hostia vivificante, por la que fuimos reconciliados con Dios Padre»*.[52]

Y en San Alfonso María de Ligorio: «nunca podrá el sacerdote celebrar la misa con la devoción requerida por tan augusto sacrificio. Cierto que no puede el hombre llevar a cabo acción más sublime ni más santa. "No dudemos confesar, dice el sagrado Con-

[50] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 82 *in Matth.* 5: PG 58, 744.

[51] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* 1, 6. Casi idéntico en *Hom. 2 de prodit. Iudae* n.6: PG 49, 380-9.

cilio de Trento, que a los fieles siervos de Cristo es imposible que puedan ejecutar obra tan santa y divina como este tremendo misterio (*quam hoc tremendum mysterium*)". Ni aún el mismo Dios puede hacer que haya en el mundo acción más grande que la celebración de una misa».[53]

¿Puede ser que el sacerdote se olvide que está haciendo un «***terrible misterio***»? ¿Algo que lo supera por todos lados? ¿Qué es el mismo Dios infinito en toda perfección, Creador, Redentor, Santificador, Providente, que gobierna el mundo el que se hace presente? Lamentablemente muchos no viven la Misa que el sacrificio ***terrible***, porque han perdido el sentido del misterio de Dios.

En esta primera Misa del Padre Tomás Beroch debemos pedir que retorne a nuestros pueblos el sentido del misterio de Dios, para que no nos olvidemos que la Eucaristía es ***tremenda*** y, al mismo tiempo, ***fascinante***, para que así puedan formarse grandes sacerdotes y grandes laicos. Hoy he tenido muy presente al Teniente 1ro. Alonso, fallecido en acto de servicio, ya que su padre está aquí presente.

¡Ojala retorne a nuestras tierras el espíritu de los grandes! El espíritu de los Reyes Católicos, de Colón, del Cardenal Cisneros, del Coronel Moscardó... El espíritu de los que hicieron nuestra Patria, el de San Martín, Belgrano, Güemes, o el del Capitán Estévez. ¡Que retorne el Quijote! Sí, que retorne a su sueño de «enderezar entuertos», asentar el bien en la tierra, de guerrear contra molinos de viento, de defender el honor de las doncellas, que el triunfo está en osar y no en tener éxito, dijo de sí «yo se quién soy» y también «yo valgo por ciento», socorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos... ¡que retorne el Quijote!:

[52] DH 1725 y sesión XXII.
[53] SAN ALFONSO M. DE LIGORIO, *Obras Ascéticas* (Madrid 1954) 400.

«a su locura de enhebrar estrellas,
de estrellar rufianes con su lanza
y de batir monstruos, castillos y rebaños,
por el honor de una dama: Nuestra Señora».

¡Que retorne el Cid Campeador!: «no cierres jamás buen castellano las tumbas de aquellos paladines. Un día, nuestro señor Don Rodrigo, que sabe ganar batallas después de muerto, despertará en la huesa, y limpiando el orín de la Tizona, montará en su brioso corcel; y rasgará los velos de los sepulcros y de las cunas; y jurará por la cruz de su espada purgar a nuestros pueblos de renegados y felones» (Ricardo León). Que retorne el que así se despedía de la Virgen de Burgos hacia su destierro:

«¡Vuestra vertud me vala, gloriosa, en mi exida e me ayude,
El la me acorra de noch e de día!
Si vos assí lo fiziéredes e la ventura me fuere complida,
mando al vuestro altar buenas donas e ricas;
esto e yo en debdo que faga i cantar mill missas».[54]

¡Que retorne Martín Fierro!:

«Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre,
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar»,
(porque en la plenitud del heroísmo brota el canto[55]).

[54] «¡Vuestro socorro me ampare, Gloriosa, en mi destierro.
Y me ayude y me socorra de noche y de día!
Si vos así lo hacéis y la suerte me acompaña,
ofrezco para vuestro altar hermosos y ricos dones;
y esto prometo yo, que en él haré decir mil misas»,
Cantar de Mío Cid. Las mocedades del Cid (Madrid 2008) 36-37.
[55] Cfr. MIGUEL DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote y Sancho* (Madrid 2005) 230.

Esto es lo que hoy se necesita, no buenistas sino ¡santos que le mojen la oreja al Anticristo! ¡Qué nunca merezcamos escuchar los apóstrofes de Laurencia de *Fuente Ovejuna*:

«¿Vosotros sois hombres nobles?
¿Vosotros padres y deudos?
¿Vosotros, que no se os rompen
las entrañas de dolor,
de verme en tantos dolores?
Ovejas sois...
Dadme unas armas a mí,
pues sois piedras, pues sois bronces,
pues sois jaspes, pues sois tigres...
-Tigres no, porque feroces
siguen a quien roba sus hijos...
Liebres cobardes nacisteis;
gallinas... os han de tirar piedras,
hilanderas, maricones,
amujerados, cobardes,
... medio-hombres...».[56]

Quiera la Virgen formar muchos hombres y mujeres según su Corazón y el de su Hijo.

[56] LOPE DE VEGA, o.c., 230/1.

Capítulo 3

Los demás ministerios

...a favor de los hombres para las cosas
que miran a Dios
(Heb 5, 1)

1

Inculturar el Evangelio

La fiesta de la Transfiguración del Señor es ocasión para nuestra familia religiosa, de festejar lo que viene a ser el *fin específico* de nuestros Institutos, la evangelización de la cultura, llamada también «aculturación», «inculturación» del Evangelio. Como expresa Juan Pablo II, «el término "aculturación" o "inculturación" por muy neologismo que sea, expresa de maravilla uno de los elementos del gran misterio de la Encarnación».[1] Este es uno de los grandes compromisos que debe asumir el sacerdote, hoy día.

¿Cuál es la relación entre este misterio de Cristo y la Transfiguración? El misterio de la Transfiguración del Señor es el misterio por el cual nosotros debemos tener la certeza más absoluta y total de que Dios sigue teniendo una sabiduría y una fuerza tal, que es capaz de transformar las culturas, es capaz de transformar la historia del hombre sobre la tierra. Aunque desde el punto de vista humano vemos tantos nubarrones en el horizonte, aunque pareciera que es casi imposible que el hombre levante la cabeza ya que está sumergido en el más craso materialismo, sin embargo... ¡es posible! ¿Por qué? Porque Dios es Dios.

Eso lo tenemos que tener muy en claro. Igualmente, tenemos que estar precavidos con respecto a esta otra verdad: si bien creo que han sido grandes los progresos que nuestra familia religiosa ha

venido realizando en estos últimos años en el campo de la evangelización de la cultura -por ejemplo, ingresando como misioneros en países de culturas muy diversas a la nuestra, como puede resultar la cultura china, la cultura árabe...-, sin embargo, como dice el refrán, ¡No debemos dormirnos en los laureles! Aún es muy poco, aún es insignificante el trabajo que nuestro Instituto ha realizado en el campo de la evangelización de la cultura. Todavía nos queda mucho por hacer. Ya es un gran avance aprender los difíciles idiomas de las culturas que nos toca evangelizar, pero quedan por delante todas las expectativas y proyectos pastorales con respecto a la futura evangelización y los medios a utilizar.

Ahora quisiera destacar algunos aspectos de la inculturación, con textos de Juan Pablo II:

Importancia de esta tarea:

El Papa señala que en los problemas de la cultura humana «se juega el destino de la Iglesia y del mundo en la etapa final de este siglo».[2]

La Cátedra Romana caracteriza con varias notas la cultura actual en su aspecto negativo y que hay que evitar. El Papa señala claramente:

- «una cultura privada de lo trascendente»[3] (o sea, atea);
- una cultura «relativizadora, a veces agnóstica e historicista»;[4]
- una cultura «que subestima y margina el mensaje salvífico de Cristo»[5] (o sea, anticristiana);

[1] JUAN PABLO II, «Discurso a la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión Bíblica», *L'Osservatore Romano* 11 (1979) 403.

[2] JUAN PABLO II, «Discurso de clausura de la reunión plenaria del Sacro Colegio Cardenalicio», *L'Osservatore Romano* 11 (1979) 600.

[3] JUAN PABLO II, «Discurso a la Asamblea plenaria del Consejo Internacional para la Catequesis», *L'Osservatore Romano* 49 (1988) 918.

[4] Cfr. JUAN PABLO II, «Discurso a los participantes del Capítulo General de los Padres Pasionistas», *L'Osservatore Romano* 49 (1988) 927.

- una cultura «utilitarista»;[6]

- «una cultura materialista»;[7] secularista,

- «una cultura de la violencia y de la muerte», ante la cual «el mundo cede cada vez más a su fascinación tenebrosa»;[8]

- una cultura «de la droga»;[9]

- una cultura «masificante, que induce a rehuir las elecciones personales inspiradas en la libertad»;[10]

- una cultura «de lo provisional, que conduce a rechazar los compromisos a largo plazo»;[11]

- una cultura «de la crisis», «falsa cultura de apariencias, resultado de una desenfrenada mentalidad consumista dañina para las necesidades más profundas de los individuos y las comunidades»;[12]

- una cultura «que ofrece la superación de la concepción de la estabilidad de la familia como una conquista y una emancipación social».[13]

- una cultura «de la sospecha».[14]

En fin, se trata de una cultura del placer, del tener, y del poder, la versión actual de la triple concupiscencia de la que habla el

[5] JUAN PABLO II, *Carta en el centenario de la muerte de San Juan Bosco* «*Iuvenum Patris*», *L'Osservatore Romano* 7 (1988) 111.

[6] JUAN PABLO II, «Discurso a la Asamblea Nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos», *L'Osservatore Romano* 7 (1988) 118.

[7] JUAN PABLO II, «Discurso a los jóvenes estudiantes del UNIV 90», *L'Osservatore Romano* 16 (1990) 228.

[8] JUAN PABLO II, «Discurso a los sacerdotes, diáconos y agentes pastorales en Utrecht», *L'Osservatore Romano* 20 (1985) 281.

[9] JUAN PABLO II, «Discurso pronunciado en la ceremonia de bienvenida en Yundum-Banjul, Gambia», *L'Osservatore Romano* 24 (1992), 130.

[10] JUAN PABLO II, «Mensaje para la Jornada mundial de las Comunicaciones sociales», *L'Osservatore Romano* 18 (1985) 264.

[11] JUAN PABLO II, «Mensaje para la Jornada mundial de las Comunicaciones sociales», *L'Osservatore Romano* 18 (1985) 264.

[12] JUAN PABLO II, «Discurso al mundo de la cultura en la Iglesia de san Julián de Sliema, Malta», *L'Osservatore Romano* 24 (1990) 350.

[13] JUAN PABLO II, «Alocución a los Obispos de Sicilia, Italia», *L'Osservatore Romano* 41 (1986) 653.

[14] JUAN PABLO II, «Discurso en la Asamblea Eclesial en Loreto, Italia», *L'Osservatore Romano* 17 (1985) 249.

Apóstol San Juan: todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no es del Padre sino del mundo. Y el mundo pasa, con su concupiscencia, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (1Jn 2, 15-17).

Por eso, «lo que está en juego es la orientación y el sentido mismo de la peregrinación de la familia humana a través de la historia».[15]

Más resumido, en los tiempos que nos toca vivir se vive una «cultura infernal»,[16] por atea e inhumana, o sea, una cultura del Anticristo: *Porque han salido al mundo muchos impostores, que no confiesan que Jesucristo viene en carne. En esto se conoce al seductor y al Anticristo* (2Jn 7).

Frente y opuesto a esta anticultura, está el gran trabajo de inculturar el Evangelio.

«La cultura, exigencia típicamente humana, es uno de los elementos fundamentales que constituyen la identidad de un pueblo. Aquí hunde sus raíces su voluntad de ser como tal. Ella es la expresión completa de su realidad vital y la abarca en su totalidad: valores, estructuras, personas. Por ello, la evangelización de la cultura es la forma más radical, global y profunda de evangelizar un pueblo».[17]

Para ello es preciso recordar que «la verdadera inculturación es desde adentro: consiste, en último término, en una renovación de la vida bajo la influencia de la gracia».[18]

[15] JUAN PABLO II, «Discurso al mundo de la cultura en la Iglesia de san Julián de Sliema, Malta», *L'Osservatore Romano* 24 (1990) 350.

[16] J. RATZINGER, *Informe sobre la fe* (Madrid 1985) 208.

[17] JUAN PABLO II, «Discurso a los intelectuales y universitarios en el Seminario de Medellín», *L'Osservatore Romano* 29 (1986) 450.

[18] JUAN PABLO II, «Alocución a los obispos de Zimbabue», *L'Osservatore Romano* 34 (1988) 610.

Además, la inculturación tiene varias notas que muestran los aspectos positivos por los que hay que trabajar:

- cultura de los derechos del hombre «fundada en el valor trascendente de la persona humana»;[19]
- «cultura de la solidaridad»;[20]
- «cultura del trabajo»;[21]
- «cultura de la paz»;[22]
- «cultura de la concordia»;[23]
- «cultura de ascesis»;[24]
- «cultura del ambiente»;[25]
- «cultura social, en la que las tecnologías estén al servicio del hombre»;[26]
- «cultura fraterna»;[27]
- «cultura del amor».[28]

Sólo la cultura que deriva del misterio del Verbo Encarnado, es auténticamente humana ya que, según Santo Tomás de Aquino, «el hombre es de alguna manera la totalidad del ser».[29]

[19] JUAN PABLO II, «Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede», *L'Osservatore Romano* 20 (1988) 995.

[20] JUAN PABLO II, «Discurso a los representantes del mundo de la cultura y a los constructores de la sociedad, en Santiago de Chile», *L'Osservatore Romano* 15 (1987) 247.

[21] CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción sobre libertad cristiana y liberación «La verdad os hará libres», *L'Osservatore Romano* 15 (1986) 219.

[22] JUAN PABLO II, «Discurso a los fieles de la zona austral de Chile», *L'Osservatore Romano* 16 (1987) 257.

[23] JUAN PABLO II, «Discurso a los fieles de la zona austral de Chile», *L'Osservatore Romano* 16 (1987) 257.

[24] JUAN PABLO II, «Discurso al mundo de la ciencia y del arte en Salzsburgo, Austria», *L'Osservatore Romano* 33 (1988) 588.

[25] JUAN PABLO II, «Discurso al movimiento juvenil de la Confederación Nacional Italiana de Agricultores», *L'Osservatore Romano* 6 (1988) 80.

[26] JUAN PABLO II, «Discurso en el Congreso Pastoral celebrado en Roma», *L'Osservatore Romano* 6 (1988) 81.

[27] JUAN PABLO II, «Discurso a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Cultura», *L'Osservatore Romano* 6 (1988) 83.

[28] JUAN PABLO II, «Discurso a los jóvenes en Turín», *L'Osservatore Romano* 39 (1988) 717.

[29] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De Anima*, III, 13: «Sit homo quodammodo totum ens»:

En fin, hay que oponer la cultura del deber sobre el placer; la cultura del ser sobre el tener; la cultura del servicio sobre el poder, sosteniendo la primacía:

- del hombre sobre las cosas;
- de la ética sobre la técnica;
- de la misericordia sobre la justicia.

Resumiendo aún más, una cultura celestial por mostrar a Dios, por defender al hombre.

Una cultura de Cristo, una cultura cristiana: *Buscad las cosas de arriba donde Cristo está sentado a la diestra de Dios* (Col 3, 1)

Tarea planetaria a la medida de los ideales sacerdotales.

2

Maestro, Ministro y Guía

Consideraremos, a muy grandes rasgos la Carta Circular de la Congregación para el Clero sobre «*El presbítero, maestro de la palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad, ante el tercer milenio cristiano*» del 19 de marzo de 1999. Nadie se sienta eximido de leer esta carta por entero.

Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación (Mc 16, 15).

1. Los presbíteros, maestros de la Palabra «nomine Christi et nomine Ecclesiae»

La Palabra revelada, al ser presentada y actualizada «en» y «por medio» de la Iglesia, es un instrumento mediante el cual Cristo actúa en nosotros con su Espíritu. La Palabra es, al mismo tiempo, juicio y gracia. Al escucharla, el contacto con Dios mismo, interpela los corazones de los hombres y pide una decisión que no se resuelve en un simple conocimiento intelectual, sino que exige la conversión del corazón.

«Los presbíteros, como cooperadores de los Obispos, tienen como primer cometido predicar el Evangelio de Dios a todos;

para... constituir e incrementar el Pueblo de Dios».[1] Precisamente porque la predicación de la Palabra no es la mera transmisión intelectual de un mensaje, sino «poder de Dios para la salvación de todo el que cree» (Ro 1, 16). Realizada de una vez para siempre en Cristo, su anuncio en la Iglesia exige, en quienes anuncian, un fundamento sobrenatural que garantice su autenticidad y su eficacia. La predicación de la Palabra, por parte de los ministros sagrados participa, en cierto sentido, del carácter salvífico de la Palabra misma, y ello no por el simple hecho de que hablen de Cristo, sino porque anuncian a sus oyentes el Evangelio con el poder de interpelar que procede de su participación en la consagración y misión del mismo Verbo de Dios encarnado. En los oídos de los ministros resuenan siempre aquellas palabras del Señor: *Quien a vosotros oye*, *a mí me oye*; *quien a vosotros desprecia*, *a mí me desprecia* (Lc 10, 16), y pueden decir con Pablo: *nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo*, *sino el Espíritu que viene de Dios*, *para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido*; *y enseñamos estas cosas no con palabras aprendidas por sabiduría humana*, *sino con palabras aprendidas del Espíritu*, *expresando las cosas espirituales con palabras espirituales* (1Cor 2, 12-13). La predicación queda así configurada como un ministerio que surge del sacramento del Orden y que se ejercita con la autoridad de Cristo.

Si bien el entero *munus pastorale* debe estar impregnado de sentido de servicio, tal cualidad resulta especialmente necesaria en el ministerio de la predicación, pues cuanto más *siervo* de la Palabra - y no su dueño- es el ministro, tanto más la Palabra puede comunicar su eficacia salvífica.

Este servicio exige la entrega personal del ministro a la Palabra predicada, una entrega que, en último término, mira a Dios mismo, *al Dios*, *a quien sirvo con todo mi espíritu en la predicación del Evange-*

[1] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 4.

lio de su Hijo (Ro 1, 9). El ministro no debe ponerle obstáculos, ni persiguiendo fines ajenos a su misión, ni apoyándose en sabiduría humana o en experiencias subjetivas que podrían oscurecer el mismo Evangelio. ¡La Palabra de Dios no puede ser instrumentalizada! Antes al contrario, el predicador «debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios..., debe ser el primer "creyente" de la Palabra, con la plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son "suyas", sino de Aquel que lo ha enviado».[2]

Para ser eficaz, la predicación de los ministros requiere estar firmemente fundada sobre su espíritu de oración filial: «que sea hombre de oración, antes que orador».[3]

Convertida en convicción personal, se traduce en una predicación persuasiva, coherente y convincente.

2. PARA UN ANUNCIO EFICAZ DE LA PALABRA

La nueva evangelización pide un ardiente ministerio de la Palabra, integral y bien fundado, con un claro contenido teológico, espiritual, litúrgico y moral, atento a satisfacer las concretas necesidades de los hombres. No se trata, evidentemente, de caer en la tentación del intelectualismo que, más que iluminar, podría llegar a oscurecer las conciencias cristianas; sino de desarrollar una verdadera «caridad intelectual» mediante una permanente y paciente catequesis sobre las verdades fundamentales de la fe y la moral católicas y su influjo en la vida espiritual. Entre las obras de misericordia espirituales destaca la instrucción cristiana, pues la salvación tiene lugar en el conocimiento de Cristo, ya que *no hay bajo el*

[2] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 26.

[3] S. AGUSTÍN, *De doctr. christ.*, 4, 15, 32: PL 34, 100: «sit orator, antequam dictor».

cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos (He 4, 12).

La nueva evangelización se llevará a cabo en la medida en que, no sólo la Iglesia en su conjunto y cada una de sus instituciones, sino también cada cristiano, sean puestos en condiciones de vivir la fe y de hacer de la propia existencia un motivo viviente de credibilidad y una creíble apología de la fe.

Evangelizar significa, en efecto, anunciar y propagar, con todos los medios honestos y adecuados disponibles, los contenidos de la verdades reveladas (la fe Trinitaria y Cristológica; el sentido del dogma de la creación; las verdades escatológicas; la doctrina sobre la Iglesia, sobre el hombre; la enseñanza de fe sobre los sacramentos y los demás medios de salvación; etc.). Y significa también, al mismo tiempo, enseñar a traducir esas verdades en vida concreta, en testimonio y compromiso misionero.

Es necesario, pues, que el ejercicio del ministerio de la Palabra y quienes lo realizan, estén a la altura de las circunstancias. Su eficacia, basada antes que nada en la ayuda divina, dependerá de que se lleve a cabo también con la máxima perfección humana posible. Un anuncio doctrinal, teológico y espiritual renovado del mensaje cristiano -anuncio que debe encender y purificar en primer lugar las conciencias de los bautizados- no puede ser improvisado perezosa o irresponsable-mente. Ni puede tampoco decaer entre los presbíteros la responsabilidad de asumir en primera persona esa tarea de anunciar, especialmente en lo que se refiere al ministerio homilético, que no puede ser confiado a quien no haya sido ordenado,[4] ni fácilmente delegado en quien no esté bien preparado.

[4] Cfr. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO; PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS; CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE - CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS - CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS - CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS - CONGREGACIÓN PARA

►

La sensibilidad pastoral de los predicadores debe estar continuamente pendiente en individuar los problemas que preocupan a los hombres y sus posibles soluciones.

La fuente principal de la predicación debe ser, lógicamente, la Sagrada Escritura, profundamente meditada en la oración personal y conocida a través del estudio y la lectura de libros adecuados.[5] La experiencia pastoral pone de manifiesto que la fuerza y la elocuencia del Texto Sagrado mueven profundamente a los oyentes. Así mismo, los escritos de los Padres de la Iglesia y de otros grandes autores de la Tradición enseñan a penetrar y a hacer comprender a otros el sentido de la Palabra revelada,[6] lejos de cualquier forma de «fundamentalismo bíblico» o de mutilación del mensaje divino.

Junto al saber aprovechar con competencia y espíritu apostólico los «nuevos púlpitos» que son los medios de comunicación, el sacerdote debe, sobre todo, cuidar que su mensaje esté a la altura de la Palabra que predica.

La predicación sacerdotal debe ser llevada a cabo, como la de Jesucristo, de modo positivo y estimulante, que arrastre a los hombres hacia la Bondad, la Belleza y la Verdad de Dios. Los cristianos deben hacer *irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en el rostro de Cristo* (2Cor 4, 6), y deben presentar la verdad recibida de modo interesante. ¿Cómo no encontrar en la Iglesia el atractivo de la exigencia, fuerte y serena a la vez, de la existencia

LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA - PONTIFICIO CONSEJO PARA LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS LEGISLATIVOS, *Instrucción Interdicasterial sobre algunas cuestiones a cerca de la colaboración de los fieles laicos al ministerio de los sacerdotes* «*Ecclesiae de Mysterio*», 3.

[5] Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 26.47; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* «*Tota Ecclesia*», 46.

[6] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, DE LOS SEMINARIOS Y DE LOS INSTITUTOS DE ESTUDIO, *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal* 26-27.

cristiana? No hay nada que temer. «Desde que (la Iglesia) ha recibido como don, en el Misterio Pascual, la verdad última sobre la vida del hombre, se ha hecho peregrina por los caminos del mundo para anunciar que Jesucristo es *el Camino*, *la Verdad y la Vida* (Jn 14, 6). Entre los diversos servicios que la Iglesia ha de ofrecer a la humanidad, hay uno del cual es responsable de un modo muy particular: *la diaconía de la verdad*».[7]

El «secreto» humano de una fructuosa predicación de la Palabra consiste, en buena medida, en la «profesionalidad» del predicador, que sabe lo que quiere decir y cómo decirlo, y ha realizado una seria preparación próxima y remota, sin improvisaciones de aficionado. Sería un dañoso irenismo ocultar la fuerza de la plena verdad. Debe, pues, cuidarse con atención el contenido de las palabras, el estilo y la dicción; debe ser bien pensado lo que se quiere acentuar con mayor fuerza y, en la medida de lo posible, sin caer en exagerada ostentación, ha de ser cuidado el tono mismo de la voz. Hay que saber dónde se quiere llegar y conocer bien la realidad existencial y cultural de los oyentes habituales; de este modo, conociendo la propia grey, no se incurre en teorías o generalizaciones abstractas. Conviene usar un estilo amable, positivo, que sabe no herir a las personas aun «hiriendo» las conciencias..., sin tener miedo de llamar a las cosas por su nombre.

[7] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Fides et Ratio»* (14 de septiembre de 1998) 2.

3

Predicar la sana doctrina[1]

Una de las grandes obligaciones del sacerdote católico es ***predicar la sana doctrina.*** A ello nos exhorta reiteradamente el Apóstol San Pablo. Presentaremos tan solo tres textos.

«*Esto has de enseñar; y conjura en presencia de Dios que se eviten las discusiones de palabras, que no sirven para nada, si no es para perdición de los que las oyen. Procura cuidadosamente presentarte ante Dios como hombre probado, como obrero que no tiene por qué avergonzarse, como fiel distribuidor de la Palabra de la verdad. Evita las palabrerías profanas, pues los que a ellas se dan crecerán cada vez más en impiedad, y su palabra irá cundiendo como gangrena. Himeneo y Fileto son de éstos: se han desviado de la verdad al afirmar que la resurrección ya ha sucedido; y pervierten la fe de algunos*» (2Tim 2, 14-18).

«*Ten presente que en los últimos días sobrevendrán momentos difíciles; los hombres serán egoístas, avaros, fanfarrones, soberbios, difamadores, rebeldes a los padres, ingratos, irreligiosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, despiadados, enemigos del bien, traidores, temerarios, infatuados, más amantes de los placeres que de Dios, que tendrán la apariencia de piedad, pero desmentirán su eficacia. Guárdate también de ellos. A éstos pertenecen esos que se introducen en las casas y conquistan a mujerzuelas cargadas de pecados y agitadas por toda clase de pasiones, que siempre están aprendiendo y no son capaces de llegar al pleno conocimiento de la verdad. Del*

[1] Seguimos a F. PRAT, *Teología de San Pablo* (México 1947) t. 1, 375-381.

mismo modo que Jannés y Mambrés se enfrentaron a Moisés, así también estos se oponen a la verdad; son hombres de mente corrompida, descalificados en la fe. Pero no progresarán más, porque su insensatez quedará patente a todos, como sucedió con la de aquéllos» (2Tim 3, 1-9).

«*Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas*» (2Tim 4, 3-4).

El primero concierne al presente y los otros dos al porvenir.[2] Los errores actualmente en circulación tienen precisamente estas características: son doctrinas difundidas entre los fieles, puesto que Timoteo recibe el encargo de imponer silencio a quienes las propagan. Estos son evidentemente judíos de nacionalidad, que se ufanan de ser doctores de la Ley. Estas doctrinas, en sí mismas, más que ser herejías son disquisiciones ociosas propias para suscitar pendencias: disputas de palabras que no conducen a nada, huecas charlatanerías, chismes, como las doctrinas de la *New Age*. Pero el error no puede vivir sino a condición de crecer; se propaga como el cáncer. El Apóstol prevé para el porvenir un desbordamiento de falsas doctrinas que irán de la mano con la corrupción de costumbres: no serán más que las presentes aberraciones elevadas a su más alta potencia. Ya desde ahora se agitan en las sombras. A fuerza de empeorarse, el espíritu de pendencia irá hasta el cisma; no se soportará un instante la verdad; se apostatará de la Fe; se estrechará la gente alrededor de los falsos doctores y de los falsos profetas que prediquen abiertamente doctrinas diabólicas. Ya no se tratará solamente de cuentos y de genealogías, de disputas de palabras y de pleitos relativos a la Ley, de prácticas arbitrarias y estériles: será proscrito el matrimonio, quedarán condenadas como perversas ciertas creaturas, ora bajo la influencia

[2] «*In novissimis diebus*» (2Tim 3, 1); «*erit tempus*» (2Tim 4, 3).

del dualismo, ora por un ascetismo mal entendido. Finalmente, el amor al lucro engendrará mil abusos detestables y los peores excesos se cubrirán con la máscara de la hipocresía.

Reuniendo todos los rasgos en un solo cuadro, sin distinguir presente de porvenir, se puede tener una idea muy exacta de los predicadores, de sus móviles y de sus doctrinas. Los predicadores son judíos o judaizantes: antes que nada pertenecen a la circuncisión,[3] se dicen doctores de la ley;[4] son devotos de fábulas judaicas;[5] se entregan a disputas relativas a la Ley;[6] resisten a la Verdad como los dos célebres impostores -Jannés y Mambrés- resistieron a Moisés.[7]

San Pablo habla de los seductores,[8] de los hipócritas,[9] de los espíritus revoltosos,[10] de los huecos charlatanes,[11] de los hombres de entendimiento pervertido,[12] cuyas orejas no descansaban,[13] incapaces de comprender la verdad,[14] gentes ávidas de lucro y de popularidad,[15] que siembran la división en la Iglesia y en las familias,[16] que organizan pandillas y preparan cismas.

Más que herejías, las doctrinas que ellos propagan son novedades peligrosas por su inutilidad misma, porque alimentan una curiosidad malsana, llenan la mente de quimeras y la habitúan a los falso y a lo irreal. Una palabra muy difícil de traducir ἑτεροδιδασκαλεῖν (*eterodidáscalein*) resume muy bien la enseñanza

[3] Cfr. Tit 1, 10.
[4] Cfr. 1Tim 1, 17.
[5] Cfr. Tit 1, 14.
[6] Cfr. Tit 3, 9.
[7] Cfr. 2Tim 3, 8.
[8] Cfr. Tit 1, 10.
[9] Cfr. 2Tim 3, 5.
[10] Cfr. Tit 1, 10.
[11] Cfr. 1Tim 1, 6.
[12] Cfr. 2Tim 3, 8.
[13] Cfr. 2Tim 4, 3.
[14] Cfr. 2Tim 3, 7.
[15] Cfr. 1Tim 4, 5.10; Tit 1, 11.
[16] Cfr. 1Tim 3, 6.

de esos doctores sin encargo, es «aquel que enseña cosa *distinta*» de lo que ha sido enseñado por Pablo. Porque es verdad que al alejarse de la norma apostólica se queda muy expuesto a caer en el error y que esto es lo que ocurre regularmente (Cfr. 1Tim 1, 3; 6, 3).

En general, no enseñan cosas *contrarias* a la doctrina del Apóstol, pero enseñan cosas que él ha juzgado superfluo o peligroso enseñar y enseñan *de distinta manera* que él los artículos de su Evangelio. Pablo explica la naturaleza de esas novedades al prohibir «*las fábulas y genealogías interminables*». Podría uno estar tentado a pensar en los mitógrafos griegos, en aquellos historiadores de orígenes que andaban a caza de fábulas relativas a los dioses y de las *listas genealógicas*, cosas a que se reducía, en términos generales, la historia primitiva.[17] Pero las palabras de San Pablo no permiten pensar ni en las leyendas de la mitología pagana, ni en las genealogías de los dioses y de los héroes. En efecto, estas fábulas son calificadas de *judaicas* y el pasaje paralelo muestra que son difundidas por gentes *que se dicen doctores de la Ley* (podríamos decir, exegetas bíblicos). Así es que no podemos ver allí más que *desatinos* o *habladurías* semejantes a las habladurías o desatinos de que están llenos los libros talmúdicos. En cuanto a las *genealogías interminables* y, sobre todo, sin provecho, los apócrifos del Antiguo Testamento, escritos poco más o menos en la época de Cristo, nos ofrecen más de un ejemplo.

«***El espíritu amante de novedades se deja ofuscar con el espejismo de cualquier sofisma:*** *¡Oh Timoteo!, guarda el depósito, evitando las palabras profanas y vacías de sentido y las contradicciones de una pseudo-ciencia, de las que se ufanan algunos que se han apartado de la fe*» (1Tim 6, 20).

[17] POLIBIO, *Hist.*, IX, II, I.

De tal modo que este es el camino que se suele seguir: en primer término las disquisiciones ociosas, luego las objeciones necias y las argucias estériles y finalmente, la pérdida de la Fe: tal es el progreso del error.

Pidamos por estos y por todos los sacerdotes, para que sólo se dejen guiar por las normas apostólicas y no por las opiniones mundanas. ¡Que no caigan en discusiones vanas, ni en objeciones tontas, ni en sofismas estériles, que conducen finalmente a la pérdida de la fe! Ya que un pequeño error al principio es grande al final.

Pidamos los proteja la Santísima Virgen María, Arca de la Alianza.

4
Ministros de los sacramentos

Servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios
(1Cor 4, 1)

1. «In persona Christi Capitis»

«La misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el misterio de la comunión de la Santísima Trinidad».[1] Esta dimensión sacramental de la entera misión de la Iglesia brota de su mismo ser, como una realidad al mismo tiempo «humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina».[2] En este contexto de la Iglesia como «sacramento universal de salvación»,[3] en el que Cristo «manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre»,[4] los sacramentos, como momentos privilegiados de la comunicación de la vida divina al hombre, ocupan el centro del

[1] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 738.

[2] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 2.

[3] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 48.

[4] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 45.

ministerio de los sacerdotes. Estos son conscientes de ser instrumentos vivos de Cristo Sacerdote. Su función corresponde a la de unos hombres capacitados por el carácter sacramental para secundar la acción de Dios con eficacia instrumental participada.

La configuración con Cristo mediante la consagración sacramental sitúa al sacerdote en el seno del Pueblo de Dios, haciéndole participar de un modo específico y en conformidad con la estructura orgánica de la comunidad eclesial en el triple *munus Christi*. Actuando *in persona Christi Capitis*, el presbítero apacienta al pueblo de Dios conduciéndolo hacia la santidad.[5] De ahí deriva la «necesidad del testimonio de la fe por parte del presbítero con toda su vida, pero, sobre todo, en el modo de apreciar y de celebrar los mismos sacramentos».[6] Es preciso tener presente la doctrina clásica, reiterada por el Concilio Ecuménico Vaticano II, según la cual «aun siendo verdad que la gracia de Dios puede realizar la obra de la salvación incluso por medio de ministros indignos, a pesar de ello Dios, de ordinario, prefiere mostrar su grandeza a través de aquellos que, habiéndose hecho más dóciles a los impulsos y a la dirección del Espíritu Santo, pueden decir con el apóstol, gracias a su íntima unión con Cristo y a su santidad de vida: *ya no vivo yo*, *sino que Cristo vive en mí* (Ga 2, 20)».[7]

La disposición creyente del ministro deberá ir siempre acompañada de «una excelente calidad de la celebración, bajo el aspecto litúrgico y ceremonial»,[8] no en busca del espectáculo sino atenta a que de verdad el elemento «humano esté ordenado y subordinado

[5] Cfr. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros «Tota Ecclesia»*, 7b-c.

[6] JUAN PABLO II, *Catequesis* (5 de mayo de 1993), *L'Osservatore Romano* 19 (1993) 231.

[7] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros Presbyterorum Ordinis»*, 12.

[8] JUAN PABLO II, *Catequesis* (12 de mayo de 1993), *L'Osservatore Romano* 20 (1993) 243.

a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos».[9]

2. MINISTROS DE LA EUCARISTÍA

«El centro mismo del ministerio sacerdotal». «"Amigos": así llamó Jesús a los Apóstoles. Así también quiere llamarnos a nosotros que, gracias al sacramento del Orden, somos partícipes de su Sacerdocio... ¿Podía Jesús expresarnos su amistad de manera más elocuente que permitiéndonos, como sacerdotes de la Nueva Alianza, obrar en su nombre, *in persona Christi Capitis*? Pues esto es precisamente lo que acontece en todo nuestro servicio sacerdotal, cuando administramos los sacramentos y, especialmente, cuando celebramos la Eucaristía. Repetimos las palabras que Él pronunció sobre el pan y el vino y, por medio de nuestro ministerio, se realiza la misma consagración que Él hizo. ¿Puede haber una manifestación de amistad más plena que esta? Esta amistad constituye el centro mismo de nuestro ministerio sacerdotal».[10]

La nueva evangelización debe significar para los fieles una claridad también nueva sobre la centralidad del sacramento de la Eucaristía, culmen de toda la vida cristiana.[11] De una parte, porque «no se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la Sagrada Eucaristía»,[12] pero también porque «los demás sacramentos, al igual que todos los ministerios eclesiásticos y las obras de apostolado, están unidos con la

[9] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* «*Sacrosanctum Concilium*», 2.

[10] JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes en el Jueves Santo 1997*, *L'Osservatore Romano* 12 (1997) 138.

[11] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbiterorum Ordinis*», 5.

[12] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 6.

Eucaristía y hacia ella se ordenan. Pues en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia».[13]

La Eucaristía se presenta como la fuente y cima de toda la evangelización,[14] verdad esta, de la cual se derivan no pocas consecuencias pastorales.

Es de importancia fundamental formar a los fieles en lo que constituye la esencia del Santo Sacrificio del Altar y fomentar su participación fructuosa en la Eucaristía.[15] Y es necesario también insistir, sin temor y sin cansancio, sobre la obligación de cumplir con el precepto festivo,[16] y sobre la conveniencia de participar con frecuencia, incluso a diario si fuese posible, en la celebración de la Santa Misa y en la Comunión Eucarística... La lozanía de la vida cristiana en cada Iglesia particular y en cada comunidad parroquial depende en gran medida del redescubrimiento del gran don de la Eucaristía, en un espíritu de fe y de adoración. Si en la enseñanza de la doctrina, en la predicación y en la vida, no se logra manifestar la unidad entre vida cotidiana y Eucaristía, la práctica eucarística acaba siendo descuidada.

También por esta razón es fundamental la ejemplaridad del sacerdote celebrante. «Celebrar bien constituye una primera e importante catequesis sobre el Santo Sacrificio».[17] Solamente el pastor que reza sabrá enseñar a rezar, y al mismo tiempo atraerá la gracia de Dios sobre aquellos que dependen de su ministerio pastoral, favoreciendo así las conversiones, los propósitos de vida más fervorosa, las vocaciones sacerdotales y de almas consagra-

[13] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 5.

[14] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 5.

[15] Cfr. JUAN PABLO II, *Catequesis* (12 de mayo de 1993), *L'Osservatore Romano* 20 (1993) 243.

[16] Cfr. JUAN PABLO II, *Carta apóstolica* «*Dies Domini*» (31 de mayo de 1998) 46.

[17] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los Presbíteros* «*Tota Ecclesia*», 49.

das. En definitiva, sólo el sacerdote que experimenta a diario la «*conversatio in coelis*», que convierte en vida de su vida la amistad con Cristo, estará en condiciones de imprimir un verdadero impulso a una evangelización auténtica y renovada.

3. Ministros de la Reconciliación con Dios y con la Iglesia

En un mundo en el que el sentido del pecado ha disminuido en gran medida,[18] es necesario recordar con insistencia que la falta de amor a Dios es precisamente lo que impide percibir la realidad del pecado en toda su malicia. La conversión, entendida no sólo como momentáneo acto interno sino como disposición estable, viene impulsada por el conocimiento auténtico del amor misericordioso de Dios. «Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo ven así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. Viven pues "*in statu conversionis*" (en estado de conversión)».[19]

La nueva evangelización exige, pues, -y esta es una exigencia pastoral absolutamente ineludible- un empeño renovado por acercar a los fieles al sacramento de la Penitencia,[20] «que allana el camino a cada uno, incluso cuando se siente bajo el peso de grandes culpas. En este sacramento cada hombre puede experimentar de manera singular la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado».[21] No hemos de tener ningún temor a promover con ardor la práctica de este sacramento, sabiendo renovar y revitalizar con inteligencia algunas antiguas y saludables tradiciones cristianas. En un primer momento se tratará de incitar a los fieles

[18] Cfr. PÍO XII, «Radiomensaje al Congreso Catequético Nacional de los Estados Unidos», *Discorsi e Radiomessaggi* VIII (1946) 288; JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica* «*Reconciliatio et paenitentia*» (2 de diciembre de 1984) 18.

[19] JUAN PABLO II, *Carta encíclica* «*Dives in Misericordia*» (30 de noviembre de 1980) 13.

[20] Cfr. JUAN PABLO II, *Catequesis* (22 Septiembre 1993), *L'Osservatore Romano* 39 (1993) 519.

[21] JUAN PABLO II, *Carta Encíclica* «*Dives in Misericordia*» (30 de noviembre de 1980) 13.

a una profunda conversión que provoque, con la ayuda del Espíritu Santo, el reconocimiento sincero y contrito de los desórdenes morales presentes en la vida de cada uno; después será necesario enseñarles la importancia de la confesión individual y frecuente, llegando en la medida de lo posible a iniciar una auténtica dirección espiritual personal... «El descubrimiento y la difusión de esta práctica, también en momentos distintos de la administración de la Penitencia, es un beneficio grande para la Iglesia en el tiempo presente...».[22]

La nueva evangelización requiere poder contar con un número adecuado de sacerdotes: una experiencia plurisecular enseña que gran parte de las respuestas afirmativas a la vocación surgen a través de la dirección espiritual; además, requiere el ejemplo de vida de sacerdotes fieles a la propia identidad interior y exteriormente. «Cada sacerdote reservará una atención esmerada a la pastoral vocacional. No dejará de... favorecer, además, iniciativas apropiadas, que, mediante una relación personal, hagan descubrir los talentos y sepa individuar la voluntad de Dios hacia una elección valiente en el seguimiento de Cristo... Es "exigencia ineludible de la caridad pastoral" que cada presbítero -secundando la gracia del Espíritu Santo- se preocupe de suscitar al menos una vocación sacerdotal que pueda continuar su ministerio».[23]

«...Los fieles acuden con gusto a recibir este sacramento (el sacramento de la confesión) allí donde saben que hay sacerdotes disponibles...».[24]

[22] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* «*Tota Ecclesia*», 54; cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica* «*Reconciliatio et Paenitentia*» (2 de diciembre de 1984) 31.

[23] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* «*Tota Ecclesia*», 32.

[24] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* «*Tota Ecclesia*», 52; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 13.

Todo este servicio a la Iglesia será considerablemente más fácil si son los mismos sacerdotes los primeros en confesarse regularmente.[25] En efecto, para un generoso ministerio de la Reconciliación es condición indispensable el recurso personal del presbítero al sacramento, como penitente. «Toda la existencia sacerdotal sufre un inevitable decaimiento si le falta, por negligencia o cualquier otro motivo, el recurso periódico e inspirado en una auténtica fe y devoción al sacramento de la Penitencia. En un sacerdote que no se confesase o se confesase mal, su ser como sacerdote y su ministerio se resentirían muy pronto, y de ello se daría cuenta también la comunidad de la que es pastor».[26]

También los hermanos en el presbiterado deben ser objeto privilegiado de la caridad pastoral del sacerdote. Ayudarles material y espiritualmente, facilitarles delicadamente la confesión y la dirección espiritual, hacerles amable el camino del servicio, estar cerca de ellos en toda necesidad, acompañarles con fraternal solicitud durante cualquier dificultad, en la vejez, en la enfermedad... He aquí un campo verdaderamente precioso para la práctica de las virtudes sacerdotales.

[25] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 18; JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 26.48; *Catequesis* (26 de mayo de 1993), *L'Osservatore Romano* 22 (1993) 275; *Exhortación apostólica «Reconciliatio et Paenitentia»* (2 de diciembre de 1984) 31; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros «Tota Ecclesia»*, 53.

[26] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica «Reconciliatio et paenitentia»* (2 de diciembre de 1984) 31.

5

Pastores celosos de su grey

El buen pastor da su vida por las ovejas (Jn 10, 11).

1. Con Cristo, para encarnar y difundir la misericordia del Padre

«La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia -el atributo más estupendo del Creador y del Redentor- y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora».[1] Esta realidad distingue esencialmente a la Iglesia de todas las demás instituciones que procuran también el bien de los hombres; pues aun cuando estas últimas puedan desempeñar una función de solidaridad y de filantropía, impregnadas incluso de espíritu religioso, aún así no podrían presentarse por sí mismas como dispensadoras efectivas de la misericordia de Dios. De frente a una concepción secularizada de la misericordia, que no logra transformar el interior del hombre, la misericordia de Dios ofrecida en la Iglesia se presenta como perdón y como medicina saludable. Para su eficacia en el hombre se requiere la aceptación de la plena verdad sobre el propio ser, el propio obrar y la propia culpabilidad. De ahí la necesidad del arrepentimiento y la importancia de armonizar el anuncio de la misericordia con la verdad completa. Estas afir-

[1] Juan Pablo II, *Carta encíclica «Dives in Misericordia»* (30 de noviembre de 1980) 13.

maciones tienen una gran importancia para los sacerdotes, que por vocación singular están llamados en la Iglesia y por la Iglesia a develar y simultáneamente a actualizar el misterio del amor del Padre a través de su ministerio, vivido *según la verdad en la caridad* (Ef 4, 15) y con docilidad a los impulsos del Espíritu Santo.

El encuentro con la misericordia de Dios tiene lugar en Cristo, como manifestación del amor paterno de Dios. Cuando revela a los hombres su función mesiánica,[2] Cristo se presenta como misericordia del Padre con todos los necesitados, y de modo especial con los pecadores, que necesitan el perdón y la paz interior. «Con relación a estos especialmente, Cristo se convierte sobre todo en signo legible de Dios que es amor; se hace signo del Padre. En tal signo visible, al igual que los hombres de aquel entonces, también los hombres de nuestros tiempos pueden ver al Padre».[3] Dios que *es amor* (1Jn 4, 16) no puede revelarse sino como misericordia.[4] Por amor, el Padre ha querido implicarse en el drama de la salvación de los hombres a través del sacrificio de su Hijo.

Si ya en la predicación de Cristo la misericordia alcanza rasgos conmovedores, que superan ampliamente -como en el caso de la parábola del hijo pródigo-[5] cualquier realización humana, es sin embargo, sobre todo en el sacrificio de sí mismo en la cruz donde la misericordia se manifiesta de modo especial. Cristo crucificado es la revelación radical de la misericordia del Padre, «es decir, del amor que sale al encuentro de lo que constituye la raíz misma del mal en la historia del hombre: al encuentro del pecado y de la muerte».[6] La tradición espiritual cristiana ha visto en el Corazón Sacratísimo de Jesús, que atrae hacia sí los corazones sacerdotales,

[2] Cfr. Lc 4, 18.

[3] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Dives in Misericordia»* (30 de noviembre de 1980) 3.

[4] Cfr. JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Dives in Misericordia»* (30 de noviembre de 1980) 13.

[5] Cfr. Lc 15, 11-32.

[6] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Dives in Misericordia»* (30 de noviembre de 1980) 8.

una síntesis profunda y misteriosa de la misericordia infinita del Padre.

La dimensión soteriológica del entero *munus pastorale* de los presbíteros está centrada, por tanto, en el memorial de la ofrenda de su vida realizada por Jesús, es decir, en el Sacrificio Eucarístico. «De hecho, existe una íntima unión entre la primacía de la Eucaristía, la caridad pastoral y la unidad de vida del presbítero... Si el presbítero presta a Cristo -Sumo y Eterno Sacerdote- la inteligencia, la voluntad, la voz y las manos para que mediante su propio ministerio pueda ofrecer al Padre el sacrificio sacramental de la redención, él deberá hacer suyas las disposiciones del Maestro y como Él, vivir como don para sus hermanos. Consecuentemente deberá aprender a unirse íntimamente a la ofrenda, poniendo sobre el altar del sacrificio la vida entera como un signo claro del amor gratuito y providente de Dios».[7] En el don permanente del Sacrificio Eucarístico, memorial de la muerte y de la resurrección de Jesús, los sacerdotes ejercen sacramentalmente la capacidad única y singular de llevar a los hombres, como ministros, el testimonio del inagotable amor de Dios: un amor que, en la perspectiva más amplia de la historia de la salvación, se confirmará más potente que el pecado. El Cristo del misterio pascual es la encarnación definitiva de la misericordia, es su signo vivo tanto en el plano histórico-salvífico como en el escatológico.[8] El sacerdocio, decía el Santo Cura de Ars, «es el amor del Corazón de Jesús».[9] Con Él también los sacerdotes son, gracias a su consagración y a su ministerio, un signo vivo y eficaz de este gran amor, de aquel «*amoris officium*» del que hablaba San Agustín.[10]

[7] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros «Tota Ecclesia»*, 48.

[8] Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 8.

[9] Cfr. BERNARD NODET, *Jean-Marie Vianney, curé d'Ars: sa pensée, son coeur* (Le Puy 1960) 100.

[10] S. AGUSTÍN, *In Jo.*, 123, 5: *CCL* 36, 678.

2. «SACERDOS ET HOSTIA»

La tradición de la Iglesia llama «sacramento» a este ministerio ordenado, a través del cual los enviados de Cristo realizan y entregan por don de Dios lo que ellos por sí mismos no pueden realizar ni dar.[11]

Así, pues, los sacerdotes deben considerarse como signos vivientes y portadores de una misericordia que no ofrecen como *propia*, sino como don *de Dios*. Son sobre todo servidores del amor de Dios por los hombres, ministros de la misericordia. La voluntad de servicio se integra en el ejercicio del ministerio sacerdotal como un elemento esencial, que exige también en el sujeto la disposición moral correspondiente. El presbítero hace presente ante los hombres a Jesús, que es el Pastor que *no ha venido a ser servido, sino a servir* (Mt 20, 28). El sacerdote sirve en primer lugar a Cristo, pero siempre de un modo que pasa necesariamente a través del servicio generoso a la Iglesia y a su misión.

La ofrenda, esto es, «la víctima, es inseparable del sacerdote».[12] Si bien solamente Cristo es al mismo tiempo *Sacerdos et Hostia*, el ministro, injertado en el dinamismo misionero de la Iglesia, es sacramentalmente *sacerdos*, pero a la vez está llamado a ser también *hostia*, a tener *los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús* (Flp 2, 5). De esta inquebrantable unidad entre sacerdote y víctima,[13] entre sacerdocio y Eucaristía, depende la eficacia de toda acción evangelizadora.

La llamada a ser *hostia* con Jesús está también en la base de la coherencia del compromiso celibatario con el ministerio sacerdotal en beneficio de la Iglesia. Se trata de la incorporación del sa-

[11] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 875.

[12] JUAN PABLO II, «Carta a los sacerdotes en el Jueves Santo 1997», *L'Osservatore Romano* 12 (1997) 139.

[13] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 83, 1, ad 3.

cerdote al sacrificio en el cual *Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla* (Ef 5, 25-26). El presbítero está llamado a ser «imagen viva de Jesucristo Esposo de la Iglesia»,[14] haciendo de su vida entera una oblación en beneficio de ella. «Por eso el celibato sacerdotal es un don de sí mismo *en* y *con* Cristo *a su* Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia *en* y *con* el Señor».[15]

3. La acción pastoral de los sacerdotes: servir y conducir en el amor y en la fortaleza

«Los presbíteros, ejerciendo, según su parte de autoridad, el oficio de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen, en nombre del Obispo, a la familia de Dios, con una fraternidad alentada unánimemente, y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu».[16] El ejercicio del *munus regendi* del presbítero no puede entenderse sólo en términos sociológicos, como una capacidad meramente organizativa, pues procede también del sacerdocio sacramental: en virtud del sacramento del Orden han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, según la imagen de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote,[17] para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino».[18]

Como ministros que participan de la autoridad de Cristo, los sacerdotes poseen un gran ascendiente entre los fieles. Pero ellos saben que esa presencia de Cristo en su ministro «no debe ser

[14] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 22.

[15] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 29.

[16] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 6.

[17] Cfr. Heb 5, 1-10; 7, 24; 9, 11-28.

[18] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28.

entendida como si este estuviese exento de todas las flaquezas humanas, del afán de poder, del error, e incluso del pecado».[19] La palabra y la guía de los ministros son, pues, susceptibles de una mayor o menor eficacia según sus cualidades, naturales o adquiridas de inteligencia, voluntad, carácter o madurez. Esta convicción, unida al conocimiento de las raíces sacramentales de la función pastoral, les lleva a imitar a Jesús, Buen Pastor, y hace de la caridad pastoral una virtud indispensable para el desarrollo fructuoso del ministerio.

En su relación con cada una de las personas y con la comunidad el sacerdote se esfuerza para tratar a todos «*con eximia humanidad*»,[20] nunca se pone al servicio de una ideología o de una facción humana[21] y trata a los hombres no «según el beneplácito de los hombres, sino conforme a las exigencias de la doctrina y de la vida cristiana».[22]

La consideración del *munus regendi* según su auténtico sentido misionero adquiere un relieve especial, y no puede reducirse al mero cumplimiento de una tarea burocrática-organizativa. Esto exige, por parte de los presbíteros, un ejercicio amoroso de la fortaleza, modelado conforme a la actitud pastoral de Jesucristo. Él, como vemos en los Evangelios, nunca huye de las responsabilidades derivadas de su autoridad mesiánica, sino que la ejerce con caridad y fortaleza. Por esto, su autoridad no es nunca dominio oprimente sino disponibilidad y espíritu de servicio. Este doble aspecto -autoridad y servicio- constituye el cuadro de referencia para encuadrar el *munus regendi* del sacerdote; este deberá esforzar-

[19] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1550.

[20] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 6: «*eximia humanitate*».

[21] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 6.

[22] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 6.

se siempre por realizar de modo coherente su participación en la condición de Cristo como Cabeza y Pastor de su grey.[23]

El sacerdote, que junto con el Obispo y bajo su autoridad es el pastor de la comunidad que le ha sido confiada, animado siempre por la caridad pastoral no debe temer ejercer la propia autoridad en aquellos campos en los que está llamado a ejercerla, pues para este fin ha sido constituido en autoridad. Es necesario recordar que, también cuando es ejercida con la debida fortaleza, la autoridad se realiza intentando «*non tam praesse quam prodesse*» (no tanto mandar cuanto servir).[24] Debe más bien cuidarse de la tentación de eludir esa responsabilidad. En estrecha comunión con el Obispo y con todos los fieles, evitará introducir en su ministerio pastoral tanto formas de autoritarismo extemporáneo como modalidades de gestión democratizante ajenas a la realidad más profunda del ministerio, que conducen como consecuencia a la secularización del sacerdote y a la clericalización de los laicos.[25]

En este sentido, la nueva evangelización exige que el sacerdote haga evidente su genuina presencia. Se debe ver que los ministros de Jesucristo están presentes y disponibles entre los hombres. También es importante por eso su inserción amistosa y fraterna en la comunidad. Y en este contexto se comprende la importancia pastoral de la disciplina referida al traje eclesiástico, del que no debe prescindir el presbítero pues sirve para anunciar públicamen-

[23] Cfr. CONGREGACIÓN DEL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* «*Tota Ecclesia*», 17.

[24] S. AGUSTÍN, *Ep.* 134, 1: *CSEL* 44, 85.

[25] Cfr. CONGREGACIÓN DEL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* «*Tota Ecclesia*», 19; JUAN PABLO II, «Discurso al Simposio sobre la colaboración de los laicos en el ministerio pastoral de los presbíteros», 4; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO - PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS - CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE - CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS - CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS - CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS - CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE LA VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA - PONTIFICIO CONSEJO PARA LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS LEGISLATIVOS, *Instrucción Interdicasterial sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes* «*Ecclesiae de Mysterio*», Premisa.

te su entrega al servicio de Jesucristo, de los hermanos y de todos los hombres.[26]

El sacerdote debe estar atento para no caer en un comportamiento contradictorio en base al cual podría eximirse de ejercitar la autoridad en los sectores de su propia competencia, y luego, en cambio, entrometerse en cuestiones temporales, como el orden socio-político,[27] dejadas por Dios a la libre disposición de los hombres.

Las almas pertenecen sólo a Cristo, porque sólo Él, para la gloria del Padre, las ha rescatado al precio de su sangre preciosa. Y sólo Él es, en el mismo sentido, Señor de los bienes sobrenaturales y Maestro que enseña con autoridad propia y originaria. El sacerdote es sólo un administrador, en Cristo y en el Espíritu Santo, de los dones que la Iglesia le ha confiado, y como tal no tiene el derecho de omitirlos, desviarlos, o modelarlos según el proprio gusto.[28] No ha recibido, por ejemplo, la autoridad de enseñar a los fieles que se le han encomendado sólo algunas verdades de la fe cristiana, dejando de lado otras consideradas por él más difíciles de aceptar o «menos actuales».[29]

Pensando, pues, en la nueva evangelización y en la necesaria guía pastoral de los presbíteros, es importante esforzarse para ayudar a todos a realizar una obra atenta y sincera de discernimiento. Bajo la actitud del «no quererse imponer», etc., podría esconderse un desconocimiento de la sustancia teológica del mi-

[26] Cfr. CONGREGACIÓN DEL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros «Tota Ecclesia»*, 66.

[27] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2442; CIC, can. 227; CONGREGACIÓN DEL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros «Tota Ecclesia»*, 33.

[28] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 22; CIC, can. 846; CONGREGACIÓN DEL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros «Tota Ecclesia»*, 49.64.

[29] Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 26; *Catequesis* (21 de abril de 1993), *L'Osservatore Romano* 17 (1993) 207;

►

nisterio pastoral, o quizás una falta de carácter que rehuye la responsabilidad. Tampoco deben subestimarse los apegos indebidos a personas o a encargos ministeriales, o el deseo de popularidad o las faltas de rectitud de intención. La caridad pastoral nada es sin la humildad. A veces, detrás de una rebeldía aparentemente justificada, o bajo la actitud de reticencia ante un cambio de actividad pastoral propuesto por el obispo, o detrás de un modo excéntrico de predicar o de celebrar la liturgia se puede esconder el amor propio y un deseo, quizá inconsciente, de hacerse notar.

«La nueva evangelización tiene necesidad de nuevos evangelizado-res, y estos son los sacerdotes que se comprometen a vivir su sacerdocio como camino específico hacia la santidad».[30] Para que sea así es de fundamental importancia que cada sacerdote descubra cada día la necesidad absoluta de su santidad personal. «Hay que comenzar purificándose a sí mismo antes de purificar a los demás; hay que instruirse para poder instruir; hay que hacerse luz para iluminar, acercarse a Dios para acercar a los demás a Él, hacerse santos para santificar».[31] Esto se concreta en la búsqueda de una profunda *unidad de vida* que conduce al sacerdote a tratar de ser, de vivir y de servir como *otro Cristo* en todas las circunstancias de la vida.

Los fieles de la parroquia, o quienes participan en las diversas actividades pastorales, ven -¡observan!- y oyen -¡escuchan!- no sólo cuando se predica la Palabra de Dios, sino también cuando se celebran los distintos actos litúrgicos, en particular la Santa Misa; cuando son recibidos en la oficina parroquial, donde esperan ser atendidos con cordialidad y amabilidad;[32] cuando ven al sacerdote

CONGREGACIÓN DEL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* «*Tota Ecclesia*», 45.

[30] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 82.

[31] S. GREGORIO NACIANCENO, *Oraciones*, 2, 71: PG 35, 480.

[32] Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 43.

que come o que descansa, y se edifican por su ejemplo de sobriedad y de templanza; cuando lo van a buscar a su casa, y se alegran por la sencillez y la pobreza sacerdotal en la que vive;[33] cuando lo ven vistiendo con orden su propio hábito, cuando hablan con él, también sobre cosas sin importancia, y se sienten confortados al comprobar su visión sobrenatural, su delicadeza y la finura humana con la que trata también a las personas más humildes, con auténtica nobleza sacerdotal. «La gracia y la caridad del altar se difunden así al ambón, al confesionario, al archivo parroquial, a la escuela, a las actividades juveniles, a las casas y a las calles, a los hospitales, a los medios de transporte y a los de comunicación social, allí donde el sacerdote tiene la posibilidad de cumplir su tarea de pastor: de todos modos es su Misa la que se extiende, es su unión espiritual con Cristo Sacerdote y Hostia que lo lleva a ser -como decía san Ignacio de Antioquía- «trigo de Dios para que sea hallado pan puro de Cristo»,[34] para el bien de los hermanos».[35]

A la Reina y Madre de la Iglesia nos encomendamos nosotros mismos, los Pastores.

[33] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 17; CIC, can. 282; JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal «Pastores Dabo Vobis»* (25 de marzo de 1992) 30; CONGREGACIÓN DEL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros «Tota Ecclesia»*, 67.

[34] Cfr. *Epist. ad Romanos*, IV, 1.

[35] JUAN PABLO II, *Catequesis* (7 de Julio de 1993), *L'Osservatore Romano* 28 (1993) 371.

6

Ecumenismo

«Que todos sean uno» (Jn 17, 21).

Estamos reunidos para rezar a Dios nuestro Señor, teniendo como base el Bautismo común, la fe en la Santísima Trinidad y en Nuestro Señor Jesucristo. Justamente es la fe en la promesa-profecía del Señor: *habrá un solo rebaño y un solo pastor* (Jn 10, 16) lo que alimenta nuestra tarea ecuménica, al igual que la oración del Señor: *que todos sean uno*, *como tú*, *Padre*, *estás en mí y yo en ti* (Jn 17, 21).

Al pecado de la división debemos sentirlo en profundidad, debemos sentir ese desgarramiento. Es realmente algo espantoso, a la conciencia de un cristiano, el que todavía tengamos tantas divisiones. Por eso hay que hacer todo lo posible para perdonarnos, entendernos, respetarnos, en una palabra, para amarnos. Creo que eso está en el camino, en el plan que Dios quiere para nosotros.

Por esto está claro lo que nosotros debemos hacer, con la gracia de Dios:

En primer lugar, la necesidad de la renovación institucional. De las divisiones tenemos la culpa todos. Y en estos mismos momentos también tenemos la culpa nosotros por no hacer la renovación institucional que Cristo quiere. Dice el Concilio Vaticano II en el Decreto «*Unitatis redintegratio*»: «Cristo llama a la Iglesia peregrina en el camino, a esta perenne reforma, de la que la Iglesia misma, como institución humana y terrena, tiene siempre

necesidad... Esta reforma tiene, pues, una enorme importancia ecuménica».[1] Y esto lo podemos ver en orden a las faltas que hay respecto a la unidad, incluso «*ad-intra*», hacia adentro de nuestras Iglesias. A la falta de santidad, que ciertamente es la nota de la verdadera Iglesia. Por eso que en ese sentido todo pecado, pero particularmente el pecado de escándalo, el pecado que cometemos nosotros los pastores, destruye la labor ecuménica. Las faltas de catolicidad, es decir, de no tener ese espíritu de Cristo universal. El nos mandó a todo el mundo: *Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura* (Mc 16, 15).

Es por eso que hay que revisar lo que se debe hacer en orden a una renovación y revitalización institucional. Dando ejemplo de pobreza, atendiendo obras de caridad, de beneficencia, de servicialidad. En orden a la renovación y revitalización litúrgica, sabiendo presentar toda la riqueza litúrgica de la Iglesia de Cristo, que se expresa en tantas lenguas y ritos. También la revitalización doctrinal, no repitiendo como muletillas cosas que no tienen el sentido que Nuestro Señor le quería dar.

En segundo lugar, este acto de ecumenismo nos debe llevar a una exigencia de renovación personal. Decía el Papa: «La unidad sólo puede ser fruto de una conversión a Cristo, el cual es la Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia. Tal conversión debe ser profunda y abarcar al conjunto de los miembros en los múltiples aspectos de su vida, de modo que la unidad se realice verdaderamente».[2] Y podemos decir con el Concilio Vaticano II que «no existe verdadero ecumenismo si no hay conversión interior».[3] Porque en el fondo el problema de nuestras divisiones, problema serio, se debe

[1] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el Ecumenismo* «*Unitatis Redintegratio*», 6.

[2] JUAN PABLO II, «Sínodo particular de los obispos de Holanda», *L'Osservatore Romano* 12 (1980) 65.

[3] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el Ecumenismo* «*Unitatis Redintegratio*», 7.

a la falta de conversión interior al único Señor, al único Maestro, a Jesucristo, nuestro Señor.

Por último, para nosotros tiene principalidad en la tarea ecuménica, lo que se ha dado en llamar el «ecumenismo espiritual», o sea, la primacía de la oración, que es lo que tratamos de hacer modestamente hoy. Porque el trabajo ecuménico es ciertamente obra del Espíritu Santo. Y debemos pedir una y muchas veces, no solamente en la Semana de Oración por la unidad de los cristianos, sino durante todo el año, la gracia de la unidad, sabiendo que volver a la unidad perdida supera las fuerzas humanas.

Esa unidad se dará un día porque es objeto de una promesa-profecía del Señor y porque ha sido objeto de su oración, y nada menos que de su oración sacerdotal antes de subir a la cumbre del Calvario para derramar su sangre por nuestra salvación.

Por eso debemos comprometernos a esta conversión del corazón, a esta santidad de vida, juntamente con las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos. Y esto, dice el Concilio Vaticano II: «ha de considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico y con razón puede llamarse ecumenismo espiritual».[4]

Que el Señor, que sabe sacar de los males grandes bienes... Que el Señor, que es capaz de hacer que las piedras se conviertan en hijos de Abraham. -*Os digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham*... (Mt 3, 9). Que el Señor que sigue teniendo todo el poder que tiene como Dios, como Redentor, como Salvador, nos conceda esta gracia.

[4] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el Ecumenismo* «*Unitatis Redintegratio*», 8.

7

Sacerdocio vs cultura de la muerte[1]

Recuerdo que cuando era pequeño había una colección de libros que trataba distintos temas, se llamaba *Poco y Bueno*. Y me acuerdo uno de los títulos que decía: «¿Para que sirve el sacerdote?». Sucede que hoy en día mucha gente se hace la misma pregunta: «¿para que sirve el sacerdote?». Es por eso que deseo tratar hoy este tema, pero no haciendo hincapié en las cosas sustanciales, que son las que propiamente definen la misión del sacerdote, sino en un aspecto al que debe enfrentarse en nuestros días todo sacerdote que realmente quiera ser un buen sacerdote: la cultura reinante, la llamada «*cultura de la muerte*». Porque siempre serán verdaderas las palabras de Nuestro Señor: «*he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*» (Jn 10, 10). Y el sacerdote debe ser un promotor de la cultura de la vida.

En los últimos años, en toda esta vorágine que nos ha tocado vivir en el mundo y en la Iglesia hemos conocido el poderío de las ideologías, que **en parte** han pasado; los años de las utopías, con la revolución de mayo del '68 en París, que consagró lemas como «la imaginación al poder», «prohibido prohibir» (que era una mezcla, -según Herbert Marcuse, ideólogo de ese movimiento- de

[1] Seguimos el libro de RICARDO CUADRADO TAPIA, *La «Cultura de la Muerte» y sus «Cifras»* (Burgos 2001).

marxismo y freudismo, etc.); también han pasado los años del cinismo del mercado, como muy bien ha sido llamado, que encuentra la solución de todos los problemas en el hecho de que el mercado sea libre (libre oferta y demanda), etc. Y así estamos en la Argentina. En 19 meses llevamos 7 ajustes[2] y van a seguir los ajustes, porque con los ajustes no se soluciona nada. Recuerdo que un ministro dijo: «hay que pasar el invierno...», ya no se cuanto tiempo llevamos en el invierno, y cada vez vamos peor. Ahora nos tocan vivir los años en que reina lo virtual (internet). Pero lo que no ha sido debilitado sino que ha ido creciendo cada vez más es la «*cultura de la muerte*».

1. Algunos aspectos de la cultura de la muerte son:

1. Acoso mediático y social

De muchos modos son acosados los adultos, los jóvenes, los niños, los sacerdotes... hoy en día.

Son acosados, por ejemplo, y sobre todo los jóvenes, cuando se les presenta la sexualidad como un sexo-pasatiempo, como un juego exclusivamente de placer, y no como un compromiso responsable de amor a la persona amada.

Son acosados por el «neopaganismo» y el «agnosticismo» que excluyen a Dios de sus vidas, que le hacen creer que pueden ser felices sin Dios.

Son acosados por las sectas (en España actualmente hay 312 sectas) que los destruyen y le quitan su personalidad, incluso sus raíces nacionales.

Son acosados por la «cultura del consumo», que se les propone como medio para ser libres, normales y democráticos.

[2] Cfr. *Newsweek* en español, 15-7-2001, 12.

Son acosados por la «caja tonta» en la cual pueden ver 12.000 imágenes de violencia, 14.000 referencias al sexo, 3.000 expresiones agresivas y miles de incitaciones al consumo. (*Ecclesia*, 6 de marzo de 1993). De esto no escapan ni siquiera los seminaristas. Hay algunos que cuando van de vacaciones que parece que están delante del sagrario, pero no es el sagrario, es la caja tonta, y así quedan, así comienzan los problemas de vocación...

Son acosados por el consumo abusivo de bebidas alcohólicas, por el ilusorio mundo de la droga, que mueve en el mundo millones de dólares al año.

Son acosados por las marcas de pantalones, camisas, vestidos, etc. De esto no huyen tampoco los sacerdotes: Conozco un sacerdote que es esclavo de las marcas, de las etiquetas, y así dice: «A ver ese jeans, de que marca es, etc...».

Son acosados por sus «fans» y famosos del deporte, cine, la canción, etc..., pegándolos en sus carpetas de clase y en sus dormitorios en bonitos pósters... Así hay seminaristas que escuchan música mala, fea, música que rebaja, en vez de escuchar música que eleve. Como consecuencia también se rebaja el nivel de la vida espiritual. En vez de aprovechar las vacaciones para leer un clásico latino o griego, o un libro de Chesterton, Castellani... pasan el tiempo con el walkman escuchando cualquier cosa.

Frente a todos estos acosos, persecuciones los sacerdotes nos recuerdan las palabras del apóstol *todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones* (2Tim 3, 12).

Y deben ser los sacerdotes quienes nos recuerden y transmitan la cultura de la vida.

2. AGUA CONTAMINADA

Es el agua impotable por llevar sustancias químicas, en cantidades superiores alas permitidas por la ley. El beber agua conta-

minada produce gastrointeritis, intoxicaciones y nefropatías, que, en muchos casos producen la muerte.

«En los próximos diez años, 50 millones de personas morirán por beber agua contaminada, por simple diarrea». (*ABC*, 18-3-2000).

«Según la ONG "Acción contra el hambre", unas 40.000 personas mueren al día por enfermedades relacionadas con el uso del agua en malas condiciones, y el 80% de estas enfermedades tienen su origen en la gestión de agua no potable». (*Ecclesia*, 23-8-2000).

«Según la ONU, los gastos militares en el mundo representan entre 800.000 y 900.000 millones de dólares cada año. Serían suficientes 130.000 millones de dólares para procurar un techo, agua potable y servicios sanitarios básicos a 1.300 millones de personas que viven en situación de pobreza absoluta». (*Carta de Taizé* 1999-2001, *Ecclesia*, 26-1-1999).

«En 1950 la disponibilidad mundial del agua era de 17.000 m^3 por persona. Actualmente es de 7.000. Como siempre, el reparto es lo que falla: 1.000 millones de personas no tienen acceso al agua potable; 1.700 millones ingieren agua no potable». (*Cáritas*, marzo del 2000).

También esto es tarea del sacerdote, como lo hizo el Papa al hacer una fundación del Sahel para evitar la desertificación y llevar agua potable a las poblaciones de África subsahariana.

3. Analfabetismo

Es la privación de cultura elemental. Persona analfabeta es la que no sabe leer ni escribir.

«La ONU denuncia que 880 millones de personas son analfabetas... Si todo sigue igual, en el año 2010, una de cada cinco personas será analfabeta». (*Cáritas*, Mayo del 2000).

«De los 1.300 millones de analfabetos, que hay en el mundo, casi 600 millones son mujeres».

Y a esto hay agregarle que los que saben leer, a veces leen de todo, menos lo que tienen que leer. Como dijo un ministro marxista indiano: «que los católicos les enseñen a leer, nosotros les damos los libros».

4. ANOREXIA

Es una distorsión o descontrol de la persona ante la ingesta de alimentos, que rechaza, y ante los que siente asco. La anorexia produce anemia y desnutrición, que llevan en muchos casos a la muerte de la persona anoréxica.

«Es un cambio social a todos los niveles, que nos afecta a todos y no sólo a los adolescentes que ven la "tele"». (*El mundo*, 14-9-99).

«La dispersión familiar que impone la vida moderna deja en los adolescentes y jóvenes un vacío que ocupa la "cultura de las masas" y uno de sus mensajes es que la delgadez equivale a triunfo social. Una comida en familia reduciría los riesgos de anorexia, según los expertos». (*ABC*, 26-11-1999).

«Cuando comes, te sientes tan culpable que parece que has cometido un crimen sin solución. Tu crees que todo lo que entra en tu cuerpo engorda. A mi me daba miedo comer chicle, beber agua, echarme crema hidratante porque creía que se me metía en la piel, y esa grasa me engordaría. Me daba miedo, y sobre todo asco, tragarme la propia saliva» (De una carta de una chica de 15 años en la que cuenta su experiencia con la anorexia). (*El mundo*, 13-9-1999).

«La anorexia afecta a unas 500.000 personas en España. Las tallas de ropa, cada vez más pequeñas, empujan a la anorexia a miles de adolescentes...» (*ABC*, 9-3-1999). «El 95% son mujeres (con un amplia franja de edad entre los 12 y 15 años)». (*ABC*, 18-3-1999).

«Gema, mujer joven que estuvo atrapada por la anorexia durante dos años nos habla así: "Mi cuerpo era mi logro, mi obra de arte. Yo lo amaba porque era aquello en lo que me había concentrado durante casi dos años, aunque fuera de forma autodestructiva... había oído hablar de la anorexia, pero nunca había entendido que podía llevar a una persona a destruirse a si misma lentamente. Hoy puedo contarlo por experiencia propia". Gema estuvo a punto de morir, durante un año y medio su ración diaria consistía en una taza de caldo aguado. Ahora lleva más de un año de tratamiento y ha comenzado a comer». (*El semanal*, 19-2-2000).

5. Consumo Abusivo de alcohol

Es ingerir bebidas alcohólicas en exceso, que perjudican al cuerpo, la mente y el comportamiento de la persona.

«"En España hay 4, 5 millones que consumen alcohol de una manera abusiva". 400.000 dependen del alcohol». (Oído en *Onda O*, el 5 de agosto de 1998).

«El 80% de los escolares españoles entre 14 y 18 años reconoce que consumen alcohol durante el fin de semana». (*Diario Palentino*, 24-6-1999).

«Los jóvenes españoles -chicos y chicas- empiezan a beber y afumar a una edad más temprana (13, 5 años de medias) que antes». (*El País*, 18-12-1999).

«El alcohol es responsable de la muerte de 30.000 personas al año en España...». (*ABC*, 15-3-1998).

«Al alcohol se le atribuyen el 40% de los accidentes de tráfico; el 30% de los accidentes laborales y el 50% de los homicidios y suicidios».

«Todos los jóvenes coinciden que el alcohol es la droga más consumida por los jóvenes. De tal manera que, algunos hablan ya de una "verdadera cultura de la noche y del alcohol", y no de un fenómeno conyuntural o pasajero». (RAÚL BERZOSA, *¿Qué es eso de las tribus urbanas*?, Bilbao, 2000, nº 19-20).

«El 2 de noviembre del 2000, la cadena BBC hizo público un informe que revela que la mitad de las jóvenes británicas se emborrachan de tal forma, al menos una vez a la semana, que llegan, incluso, a poner en peligro su vida, al conducir bajo los efectos del alcohol. Este 50% de mujeres entre 18 y 30 años de Gran Bretaña son incapaces de, por ejemplo, tomar decisiones responsables sobre sus relaciones sexuales después de ingerir grandes bebidas alcohólicas. Así, el 41% de las encuestadas reconoció haber mantenido relaciones sexuales con hombres, con los cuales jamás se hubieran relacionado de no estar bebidas». (*La razón*, 4-11-2000).

6. DROGAS

«Es toda sustancia que se utiliza voluntariamente para experimentar sensaciones nuevas o modificar el estado psíquico».

«El camino que lleva al "barranco de la drogadicción" empieza a los 12 años con el consumo de tabaco y alcohol; a los 13 años el hachís se convierte en algo habitual; las pastillas (éxtasis, sobre todo) se ingieren a los 14 años; a los 15 y 16 años se da paso hacia la cocaína y, finalmente a los 18 años prueban la heroína». (*Vida Nueva*, pág. 34, 21-11-1998). «...a partir de los 45 años se dispara el uso de los hipnóticos y tranquilizantes». (*Diario de Burgos*, 3-11-2000).

«El 46, 2% de los jóvenes españoles que consumen drogas lo hacen "para divertirse", y el 38, 4 lo hace para "experimentar nuevas sensaciones"». (*ABC*, 24-6-1999).

«Se equivocan quienes aboguen por la legalización de las "drogas blandas"... En países donde se produjo esa legalización para evitar la seducción de lo prohibido, no sólo se mantuvieron los niveles de consumo de "drogas duras", sino que además se produjo un importante aumento en las "drogas blandas"». (GONZALO ROBLES OROZCO, *Director General del Plan Nacional sobre Drogas*. PNSD)

«En España en el año 1999 fueron decomisadas 18 toneladas de cocaína». (*Dicho por radio*, 22-1-2000).

«En España hay unos 600.000 adictos a la cocaína». (*Radio*, 28-9-1999).

«La droga no se vence con la droga. La droga es un mal, y al mal no se le hacen concesiones. La experiencia ha enseñado que la liberación de las drogas no es una solución, sino una rendición». (MONS. LOZANO, *Ecclesia*, 6-7-1998).

«...Entre los jóvenes -entre los 14 y 18 años- la demanda de cannabis y cocaína, no ha hecho sino aumentar. La presión de grupo, la necesidad de crear mundos propios, de huir de realidades que se hacen insoportables, son las causas fundamentales del comienzo en el consumo de estas sustancias» (*Vida Nueva*).

7. HAMBRE-POBREZA

Hambre es sentir ganas de comer y no tener alimentos. Es carecer de los más mínimos alimentos. Persona pobre -niño o mayor- es la que no tiene acceso a los servicios sociales básicos, como son el alimento, el agua potable, la vivienda, la sanidad y la enseñanza.

«Un informe de la FAO advierte que **34 países** están al borde de la hambruna. África es el continente más perjudicado por el hambre, a causa de la sequía, el frío y las guerras, que dejan a millones de personas sin comida». (*La voz de Galicia*, 13-4-2000).

«Las ONGs denuncian que en Etiopía mueren 10 niños al día a causa del hambre». (*La Voz de Galicia* 4-11-2000).

«Se calcula que en toda la región del llamado "Cuerno de África" (Sudán, Eritrea, Etiopía, Somalia, República del Congo, Uganda, Ruanda, Burundi, Angola, Mozambique, Madagascar, Liberia, Sierra Leona...) hay 16 millones de personas amenazadas de muerte por una sequía que dura más de tres años. De ellas 8 millones son etíopes». (Teletexto, 1ª Cadena, 11-4-2000). «De los 8 millones de etíopes amenazados por el hambre, 1.000.000 son niños...». (*Teletexto, 1ª Cadena*, 8-4-2000).

«Cerca de 800 millones de personas pasan hambre en el mundo. Es el escalofriante dato que recoge el informe de la FAO... El número es mayor que el que suman las poblaciones de Estados Unidos y Europa juntas». (*Teletexto, 1ª Cadena*, 14-10-1999).

«Uno de cada 6 niños de los países más ricos vive sumido en la pobreza» (*ABC*, 16-8-2000).

«El hambre ha matado el triple de personas que todas las guerras del siglo XX. Las muertes causadas por la falta de alimentos en los últimos 50 años en el mundo ascienden a un total de más de 400 millones... ». (*ABC*, 10-2-2000).

«Mientras los gobiernos y las empresas privadas gastaron más de 500.000 millones de dólares para prevenir los problemas informáticos del "efecto 2000", "con apenas 6.000 millones anuales se podría hacer una diferencia real en el problema del hambre"». (*ABC*, 10-2-2000).

«Hoy en Angola hay 1.500.000 personas desplazadas; 200 personas fallecen al día por hambre y 9.000 personas sólo tienen una fuente para beber agua». (*El Norte de Castilla*, 23-10-2000).

«La ONG "acción contra el hambre" afirma que el hambre no es una fatalidad, es una cuestión esencialmente política y se utiliza como arma de guerra. La Tierra produce para más de los 6.000 millones, que somos de seres humanos, pero falta la distribución. Porque la comida es un arma, y quien controla el reparto de los alimentos en un país empobrecido, controla también a la población». (*Diario 16*, 12-10-2000).

«No tiene explicación que el 15% de los habitantes del mundo posea el 80% de toda la riqueza, mientras que el 85% se tenga que conformar con el 20% restante». (*Folletos Caritas*, Diciembre 2000).

8. Los «Derechos del niño» violados

De manera especial en este tema el sacerdote debe ser voz de los sin voz, enseñando a defender la vida desde su inicio.

Son «esos valores que tutelan y protegen la dignidad del niño/a y que todos los mayores, los Estados y gobiernos del mundo, deben respetar, acatar y cumplir».

En el mundo hay 2.000 millones de menores de 18 años. Distintos medios de comunicación nos han hecho públicos los «Derechos del Niño», que, hoy por hoy, siguen pisoteados, violados e incumplidos, por lo menos parcialmente, por gobiernos y dirigentes de naciones del mundo.

a. Niños/as con hambre y desnutridos

«La desnutrición mata, cada año, a 7 millones de niños menores a 5 años en el mundo. La anemia -otros de los males que afecta a millones de pequeños- provoca retrasos, tanto en el crecimiento físico como intelectual de la infancia». (*ABC*, 17-12-1997).

«Dos millones de niños mueren cada año por enfermedades para las que hay vacunas». (*El País*, 9-12-1998).

«35.000 niños mueren cada día por causas evitables, según la Unicef». (*El País*, 17 -12-1997).

«UNICEF denuncia la muerte de 30 niños cada minuto por hambre y desatención. Los países más ricos del planeta, lejos de empeñarse en mejorar la situación, han reducido sensiblemente sus aportaciones». (*El Correo*, 19-11-1999).

B. NIÑOS DE LA GUERRA Y NIÑOS SOLDADOS

«En los 8 años de embargo a Irak, la falta de víveres y de medicinas más elementales, ha matado a más de un millón de niños iraquíes. Y aún hoy, el embargo sigue causando la muerte de unos 20.000 niños al mes». (*Ecclesia*, 28-11-1998).

«300.000 niños empuñan cada día las armas en las guerras que hay en 40 países». (*Oído por Radio*, 25-8-1999).

C. NIÑOS/AS TRABAJADORES

«En la India, los niños son condenados a los campos y arrozales casi desde que aprenden a tenerse en pie. En Perú, Ecuador y Bolivia a las minas». (Diario 16, 11-5-1998).

«En el mundo hay 250 millones de niños, entre 5 y 14 años que trabajan. Su situación es de esclavitud. En Asia hay 135 millones, 80 en África y 17 en Iberoamérica y el Caribe». (*Los Domingos de ABC*, 21-11-1999).

D. NIÑOS/AS SIN CERTIFICADOS DE NACIDOS

«Un informe de la Unicef ha detectado la carencia de certificado de nacimiento de 40 millones de niños al año, unos de cada tres nacidos. Los niños no registrados son presa fácil para los

traficantes de sexo infantil, porque saben que estos niños están desamparados». (*ABC*, 9-7-1998).

E. NIÑOS QUE SOBREVIVEN EN LAS CALLES

Este es uno de los grandes dramas de Brasil.

«En los últimos 10 años: 60 millones de niños viven en las calles. Más de 10 millones de menores de edad sufren, cada año, violencia física o psíquica». (*Alfa y Omega*, 16-11-2000. p. 20).

F. NIÑOS/AS MALTRATADOS

«Unos 40 millones de niños menores de 14 años sufren malos tratos y falta de cuidados en todo el mundo. La tasa de malos tratos sexuales a menores, se sitúa entre un 7% y 34% en las niñas; y entre un 3% y 29% en los niños». (*Burgos 7 días*, 9-4-1999).

G. LOS NIÑOS/AS ABANDONADOS

«30 millones de niños abandonados por consecuencia de los conflictos étnicos y de guerras. Dos millones murieron en las guerras, y muchas niñas fueron violadas». (*ABC*, 21-11-1997).

H. NIÑOS Y NIÑAS UTILIZADAS PARA EL TRÁFICO SEXUAL

«En Tailandia y Filipinas, los niños/as son condenados a la prostitución». (*Diario 16*, 11-5-1998).

«Cerca de un millón de niños se prostituye en el Sudeste asiático. En la Unión Soviética y en Estados Unidos se prostituyen unas 300.000 menores, y en Moscú, muchos de ellos lo hacen a cambio de alcohol o cigarrillos». (*El Mundo*, 6 de octubre de 1998).

«La prostitución infantil ha aumentado en los últimos años a causa de la epidemia del SIDA, dado que mucha gente cree que los niños están menos afectados por la misma, pese a que, según

UNICEF, cerca del 50% de los menores prostituidos en el mundo son seropositivos». (*El Mundo*, 6-10-1998).

«Un millón de niños británicos sufre abusos sexuales cada año, casos todos en el entorno familiar». (*ABC*, 30-8-1999).

«En la India, cada día, 3.000 niñas de 7 a 14 años se convierten en prostitutas». (*Oído por Radio*, 24-8-1998).

«Cada año más de 2 millones de niñas entran en el mercado del sexo». (*La Razón*, 24-11-2000).

I. NIÑOS/AS ASESINADOS

«En la última década dos millones de niños han sido asesinados». (*Vida Nueva,* 18.25-12-1999).

«Se practican **50 millones de abortos** al año en el mundo». (*Oído por Radio*, 29-9-2000). Más que todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial.

9. MALOS TRATOS Y VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES

Son las agresiones físicas, psíquicas, las vejaciones, insultos, amenazas, presiones, golpes, muertes por arma, que recibe muchos millones de mujeres y niñas en el mundo, por sus maridos o exmaridos, por sus compañeros o excompañeros, por sus novios o familiares.

«En algunos países, una de cada dos mujeres sufre agresiones físicas, psíquicas y vejaciones, cifra a la que hay que añadir alrededor de 60 millones de mujeres que no aparecen reflejadas en las estadísticas mundiales, ya que no denuncian ese tipo de situaciones denigrantes, por miedo, por dependencia económica, psíquica y afectiva del agresor». (*Vida Nueva*, 10-6-2000).

«Una española es maltratada cada dos minutos, y el agresor es cada vez más joven...». (*Diario de Burgos*, 16-11-1999).

«La violencia contra la mujer se cobra más víctimas que el cáncer y la malaria. El 20% de las mujeres del planeta han sufrido violencia física o sexual». (*ABC*, 6-11-1999).

«El informe de la ONU sobre el "Estado de la Población Mundial-2000" señala que 4.000.000 de mujeres y niñas en el mundo son compradas, al año, con destino al matrimonio, a la prostitución o la esclavitud. Esto sucede cuando llega la sequía y escasean los alimentos en los países pobres, que persuaden a sus padres pobres, para que vendan a sus hijas a cambio de ínfimas sumas de dinero. Una de cada 3 mujeres es maltratada por un hombre de su entorno». (*ABC*, 21-9-2000).

«Cada 4 minutos muere una mujer en el mundo, víctima de una agresión. En 1999 en España, 21.778 denunciaron a sus compañeros por malos tratos». (*Caritas*, Octubre-2000).

«Según la UNICEF la violencia doméstica contra las mujeres no tiene barreras de edad, desarrollo económico, clase social, cultura o etnia. El mayor porcentaje corresponde a un país rico, como Japón (59%), al que sigue Kenia, un país pobre (42%). Continúan en la lista Canadá (29%), Estados Unidos (28%), el Reino Unido (25%). España se sitúa en el 12, 4% de las mujeres maltratadas». (*El Rosario*, septiembre-octubre-2000).

«Más de 240 millones de mujeres europeas -casi un tercio del total- sufren malos tratos en el seno de sus familias; 250.000 mujeres fueron violadas en la guerra de Ruanda y más de 130 millones han sufrido la mutilación de sus genitales». (Teletexto, 1ª Cadena, 23-11-2000).

«La mujer ha recibido y recibe malos tratos en todas las etapas de su vida:

* En la etapa prenatal: los tipos de violencia son: el aborto para seleccionar el feto en función del feto, malos tratos durante el

embarazo. Embarazo forzado y violación en los tiempos de guerra.

* En la primera infancia: infanticidio femenino. Malos tratos emocionales y físicos. Falta de alimentos y atención médica.

* En la infancia: mutilación genital, incesto, abuso sexual. Prostitución infantil. Menor grado de acceso a los alimentos, a la atención médica y a la educación.

* En la adolescencia: violencia en el noviazgo, relaciones sexuales bajo coacción económica. Abuso sexual en el lugar de trabajo. Acoso sexual. Ser obligada a prostituirse.

*En la etapa de la procreación: malos tratos, y a veces homicidio, infligidos por sus compañeros íntimos. Violación en el matrimonio. Malos tratos psicológicos. Abuso sexual en el lugar de trabajo. Acoso sexual, Violación. Malos tratos a mujeres discapacitadas.

* En la ancianidad: malos tratos a viudas y ancianas». (*De la revista «Sesenta y más»*, Octubre-2000, p.51.).

«La prostitución crece en las zonas bélicas por la llegada de las fuerzas de paz. En los Balcanes, en 1992, más de 20.000 mujeres y niñas han sido violadas...». (*ABC*, 24-11-2000). Uno de los grandes destructores de la familia argentina ha sido enviar fuerzas de paz a estos lugares. Muchos de los soldados se han juntado con mujeres de esos países, y han destruido su familia. Esto, normalmente, no suele aparecer en las estadísticas, revistas, etc...

«En la maternidad de un hospital de Lima, Perú, el 90% de las madres entre los 12 y 16 años de edad, han sido violadas por sus padres, padrastros o familiares masculinos cercanos». (*Diario de Burgos*, 25-11-2000).

«40.000 adolescentes españolas recurren a la "píldora del día después". Más de 7000 jóvenes españolas que quedan embarazadas, abortan cada año, según datos del CSIC». (*ABC*, 26-11-2000).

«El dinero obtenido por la prostitución en Francia representa, según la Oficina Central para la Represión de la Trata de Seres Humanos (OCRTEH) unos 10 millones de francos. El mismo Organismo estima que en Europa asciende a 60 millones de francos, y que en el mundo supone 400 millones de francos, es decir, el equivalente a la mitad del dinero vinculado a la droga».

«Porcentaje de mujeres adultas atacadas por su compañero, en relaciones íntimas de cualquier tipo: Papúa Nueva Guinea (todo el país) 67%; Bangladesh (todo el país) 47%; Etiopía (Meskanena Woreda) 45%». Fuente: *Fondo de Población de las Naciones Unidas*.

10. Minas antipersonas

Es una bomba, que explotada, mata y mutila a personas, principalmente civiles.

«Todos los meses 800 personas fallecen por la explotaciones de minas y 1200 quedan mutiladas, y cada 20 minutos una persona cae en una detonación en alguna parte de la tierra. Todavía se siguen descubriendo minas terrestres sembradas durante la Segunda Guerra Mundial, minas que siguen matando o hiriendo personas, 50 años después de haber finalizado el conflicto». (*Vida Nueva*, 23-9-2000).

«En 1995 todavía estaban esparcidos por 64 países un total de 110 millones de minas antipersonas, que provocan la muerte de 26.000 personas al año». (*Caritas*, Octubre-2000).

11. PORNOGRAFÍA Y PROSTITUCIÓN INFANTIL

Es la actitud de estar rodeado/a de revistas o videos «porno», que se exhiben hombres o mujeres desnudos. «La pornografía niega el significado auténtico de la sexualidad humana como don de Dios, que quiere abrir a los hombres y a las mujeres al amor» (Juan Pablo II)

«En Nepal, 17.000 niñas son utilizadas cada año para prostituirse. En Djibuti y Bangladesh, el 90% de las niñas son sometidas a una ablación». (*ABC*, 6-11-1999).

«Un madrileño de 30 años fue detenido acusado de confeccionar una página "web" para distribuir material pornográfico, protagonizado por menores de entre 11 y 15 años». (*ABC*, 29-7-1999).

«Italia desmantela una red de venta de videos, que mostraban abusos y asesinatos de niños por Internet. Las víctimas eran huérfanos de hasta 10 años abandonados en Rusia». (*ABC*, 18-9-2000).

12. SIDA

«Se estima que 24 millones de personas están infectadas con el virus del SIDA en el África subsahariana, donde han muerto ya 12 millones de personas a causa de la enfermedad. En los próximos 10 años -si no se les proporciona fármacos para el tratamiento antirretroviral-, los expertos creen que otros 21 millones habrán muerto». (*Diario 16*, 13-9-1999).

«De los 33 millones de enfermos de SIDA que hay en el mundo, 22, 5 están en el continente africano, que ve como cada día aumentan las estadísticas de nuevos infectados. Otros datos desoladores son que la mitad de las mujeres embarazadas están infectadas, y el 95% de los huérfanos por SIDA se encuentran en África». (*Vida Nueva*, 18-9-1999).

«La epidemia del SIDA ha dejado 13, 2 millones de huérfanos en el continente negro». (*ABC*, 9-7-2000).

«Cada año, más de 600.000 lactantes (bebes) se infectan con el virus del SIDA, principalmente en los países en desarrollo...». (*Diario de Burgos*, 29-10-2000).

«El SIDA se cobra cada año más de 2 millones de vidas de adultos... Casi 250.000 ucranianos se habían infectado en 1999 con el virus, en América Latina y el Caribe hay 1, 7 millones de seropositivos». (*Vida Nueva*, 6-1-2001).

13. TELEADICCIÓN

Es estar «enganchado/a» a la tele de una manera enfermiza y durante muchas horas. Es tener la televisión, con todas sus cadenas, como lo más importante en la vida de una persona, y de la cual no se puede prescindir o suprimir.

«Sabemos, por estadísticas, que nuestros niños pasan, cada año, frente al televisor unas 1400 horas, mientras que las horas de colegio al año no llegan a 1000». (BERNABÉ TIERNO).

«La televisión airea el vicio y la degradación, explota el sexo y la violencia, difunde el nihilismo religioso y el relativismo moral». (ANTONIO MONTERO, *El Mundo*, 17-4-1994).

14. VIOLENCIA

«50 años después de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (10-12-1998) todavía existen en el mundo: 117 países que practican la tortura, 40 aplican la pena de muerte y 30 países viven conflictos armados». (*Teletexto, 1ª Cadena*, 10-12-1998).

«Los cristianos del archipiélago de Molucas en Indonesia, sufren desde enero de 1999 un auténtico genocidio a manos de los integristas islámicos. En todos estos meses, más de 4000 personas

han sido asesinadas y 500.000 se encuentran asentadas en campos de refugiados». (*Vida Nueva*, 11-11-2000).

«La Eutanasia no resuelve los problemas del enfermo, sino que acaba con el enfermo La eutanasia es una violación contra la dignidad humana. La eutanasia rompe la relación de confianza entre el médico y el enfermo. "¿Qué confianza voy a tener yo anciano enfermo hacia mi médico si se que está realizando eutanasias? Es imposible que confíe en él cuando se que está acabando con la vida de otras personas, cuando su DEBER es, precisamente, SALVAR vidas». (Dª ISABEL VILADOMIU, *Alfa y Omega*, 7-12-2000, p. 24).

«La confrontación bélica entre Eritrea y Etiopía ha concluido con 50.000 muertos, 100.000 heridos y más de un millón de desplazados. Los Obispos de Etiopía dicen que se ha firmado un tratado de paz, pero la paz esta todavía lejos». (*Alfa y Omega*, 11-1-2001, p. 22).

15. ADICCIÓN AL TABACO

Es la fuerte dependencia que una persona, hombre o mujer, tiene del cigarrillo o «pitillo». En el tabaco se han encontrado más de 3000 componentes químicos: nicotina, hidrocarburos, etc... La nicotina es la sustancia química que crea dependencia en el fumador y convierte el tabaco en droga.

A veces ocurre, o suele ocurrir en las comunidades, y esto también puede suceder en una comunidad religiosa, que hay algunos que son fumadores y hacen lo mismo que hacen los drogadictos: tender a que otros consuman. Se estima que por cada drogadicto se fomenta la drogadicción en 9 más, ya que algunos incitan a otros a esto para obtener un porcentaje en la venta. Así puede pasar que un fumador le diga a los que no lo son: «¡Dále, fumá! Un cigarrillo no te hace nada, etc... San Pío X fumaba..., etc.». Quieren imitar al santo en eso. Lo que no saben es que San Pío X

fumaba antes de ser papa, pero cuando era papa, incluso teniendo la petaca en el cajón de su escritorio, nunca la usó, nunca fumó.

«El tabaco es la primera causa de muerte prevenible en el mundo. En el mundo, 3 millones de personas mueren cada año por el tabaco. En Europa, 600.000. En España, 46.000 personas y, cada día, el tabaco mata 126 personas» (*Reportaje en Domingo*, 7-2-1999). En el 2000 la cifra había aumentado a 4.000.000 de personas cada año. (cfr. *Diario Palentino*, 13-10-2000). Es decir que «el hábito de fumar causa más muerte en el mundo que el sida, la tuberculosis, la mortalidad maternal, los accidentes de tráfico, los homicidios y los suicidios juntos». (*Diario de Burgos*, 31-5-2000).

Es comprensible que a una persona mayor, que adquirió el vicio desde joven, le cueste trabajo dejarlo. Pero, ¿que un seminarista adquiera el vicio en el seminario? una de dos: está de más el seminario o está de más el seminarista.

«La mortalidad por el tabaquismo equivaldría a tener 800 organizaciones terroristas en activo». (*Diario 16*, 17-12-1998).

JUAN PABLO II

Esto es un desafío planetario, como bien lo indica en tantos textos el Santo Padre. Él, en más de una ocasión, nos advierte sobre esta plaga de la cultura de la muerte en sus distintos aspectos y en distintas formas, que muchas veces entran en nosotros sin darnos cuenta. Así en un texto nos dice: «A vosotros os corresponde probar si algún bacilo de esta "cultura de la muerte" -por ejemplo la droga, el recurso al terror, el erotismo, las múltiples formas de vicio- anida también dentro de vosotros, y está allí,

contaminando y destruyendo ¡desgraciadamente! Vuestra juventud».[3]

«En la aceptación amorosa y generosa de toda vida humana, sobre todo si es débil o enferma, la Iglesia vive hoy un momento fundamental de su misión, tanto más necesaria cuanto más dominante se hace una "cultura de muerte".

En efecto, la Iglesia cree firmemente que la vida humana, aunque débil y enferma, es siempre un don espléndido del Dios de la bondad.

Contra el pesimismo y el egoísmo, que ofuscan el mundo, la Iglesia están en favor de la vida: y en cada vida humana sabe descubrir el esplendor de aquel "Sí", de aquel "Amén" que es Cristo mismo (cfr. 2Co 1, 19; Ap 3, 14)».[4]

«En la búsqueda de las raíces más profundas de la lucha entre la «cultura de la vida» y la "cultura de la muerte", no basta detenerse en la idea perversa de libertad anteriormente señalada. Es necesario llegar al centro del drama vivido por el hombre contemporáneo: el eclipse del sentido de Dios y del hombre, característico del contexto social y cultural dominado por el secularismo, que con sus tentáculos penetrantes no deja de poner a prueba, a veces, a las mismas comunidades cristianas. Quien se deja contagiar por esta atmósfera, entra fácilmente en el torbellino de un terrible círculo vicioso: perdiendo el sentido de Dios, se tiende a perder también el sentido del hombre, de su dignidad y de su vida. A su vez, la violación sistemática de la ley moral, especialmente en el grave campo del respeto de la vida humana y su dignidad, pro-

[3] JUAN PABLO II, «Discurso a los jóvenes que participaron en Roma del jubileo de la redención» (14 de abril de 1984).

[4] JUAN PABLO II, *Exortación apostólica «Christifideles laici»* (30 de diciembre de 1988) 38.

duce una especie de progresiva ofuscación de la capacidad de percibir la presencia vivificante y salvadora de Dios».[5]

«*Vivid como hijos de la luz... Examinad qué es lo que agrada al Señor, y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas* (Ef 5, 8.10-11). En el contexto social actual, marcado por una lucha dramática entre la "cultura de la vida" y la "cultura de la muerte", debe madurar un fuerte sentido crítico, capaz de discernir los verdaderos valores y las auténticas exigencias».[6]

«En este gran esfuerzo por una nueva cultura de la vida estamos sostenidos y animados por la confianza de quien sabe que el Evangelio de la vida, como el Reino de Dios, crece y produce frutos abundantes (cfr. Mc 4, 26-29). Es ciertamente enorme la desproporción que existe entre los medios, numerosos y potentes, con que cuentan quienes trabajan al servicio de la "cultura de la muerte" y los de que disponen los promotores de una «cultura de la vida y del amor. Pero nosotros sabemos que podemos confiar en la ayuda de Dios, para quien nada es imposible (cfr. Mt 19, 26)».[7]

«No permitas que la evasión, el vacío, el desencanto, se apodere de estos amigos y compañeros vuestros. Muchos jóvenes de vuestro ambiente, al no conocer al Señor, andan en la tiniebla de la increencia, la desilusión y el desamor».[8]

«Encontráis muchos, que por desgracia han erigido, como un falso dios, el uso egoísta del sexo, o han intentado colmar su pro-

[5] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Evangelium Vitae»* (25 de marzo de 1995) 21.
[6] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Evangelium Vitae»* (25 de marzo de 1995) 95.
[7] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Evangelium Vitae»* (25 de marzo de 1995) 100.
[8] JUAN PABLO II, «Discurso a una peregrinación de jóvenes de Compostela con motivo de la V jornada mundial de la juventud» (9 de abril de 1990).

pio vacío interior en el alcoholismo y en las drogas, verdaderos tiranos, que aniquilan a quienes se les someten».[9]

«La "cultura de la muerte" ha adquirido ha adquirido una forma social e institucionalizada para justificar los más horrendos crímenes contra la humanidad: el genocidio, las limpiezas étnicas y el masivo quitar la vida a los seres humanos aún antes de su nacimiento, o también, antes que lleguen a la meta natural de la muerte. El aborto y la eutanasia -asesinato real de un verdadero ser humano- son reinvindicados como derechos y soluciones a problemas individuales o problemas de la sociedad».[10]

«Detrás de algunos fenómenos juveniles modernos -como el tráfico y el consumo de drogas, el mercado del sexo y de la pornografía, la violencia, la delincuencia de menores, los fantasmas racistas y el suicidio- se esconde un vacío profundo y alienante y una crisis de valores, que desemboca inevitablemente en un grave extravío moral».[11]

Pidámosle a la Santísima Virgen, a quien llamamos *vida, dulzura y esperanza nuestra*, que así como Ella es vida, así como su Hijo Jesús se presentó como la Vida, sepamos siempre ser nosotros testigos y predicadores de la vida, apóstoles que están contra la cultura de la muerte, y que no nos dejemos atrapar en ninguna forma de vicio, siendo siempre hombres auténticamente libres.

[9] JUAN PABLO II, «Discurso a una peregrinación de jóvenes de Compostela con motivo de la V jornada mundial de la juventud» (9 de abril de 1990).

[10] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Dominum et vivificantem»* (18 de mayo de 1986) 57.

[11] JUAN PABLO II, «Encuentro con los jóvenes de Lituania» (6 de septiembre de 1993).

8

Revolución vs sacerdocio católico

«*¡No queráis vivir conforme a este mundo!*» (Rom 12, 2).

Nos encontramos celebrando esta solemnísima Misa, la primera Misa de 49 sacerdotes recientemente ordenados.[1] No tenemos luz eléctrica, pero tenemos el motorcito, el generador que usamos para los campamentos que nos defiende cuando hay un corte de luz. Una vez nos pasó que tuvimos las ordenaciones en la Catedral y al venir nos enteramos que había caído granizo durante 40 minutos; no teníamos luz, ni teníamos en aquel entonces el motorcito, así que fue una escena curiosa, porque el comedor era chico y en cada mesa había dos o tres velitas, parecíamos todos aristócratas. Así lo que parecía que iba a arruinarnos la fiesta hizo por el contrario que fuese inolvidable, como también Dios querrá que esta Misa sea para todos inolvidable.

Quiero dirigirme especialmente a los neosacerdotes y con una enseñanza del apóstol San Pablo: «***¡No queráis vivir conforme a este mundo!***» (Rom 12, 2).

[1] Homilía pronunciada el 11 de agosto de 2001 en la Finca «Virgen de Luján» (San Rafael) con ocasión de la primera Misa de los 49 neosacerdotes del Instituto del Verbo Encarnado ordenados el 9 de agosto de 2001 en la Catedral de La Plata.

Todo cristiano está en este mundo pero no debe «ser del mundo».[2] Esta, a pesar de ser una enseñanza que el Evangelio pregona con claridad meridiana, muchas veces es olvidada sea por los fieles cristianos en general que por los sacerdotes y religiosos. Por eso hoy en día *crecen* las dificultades para el sacerdote, porque crece una imagen distorsionada del sacerdocio católico en muchos ambientes.

Esto no es algo que ha comenzado hace poco, sino que viene ocurriendo desde hace siglos. Se han agravado las dificultades por el diabólico poder de lo que se ha dado en llamar la «revolución mundial».

Enseñaba León XIII, para tener un punto de referencia, que: «hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba la sabiduría cristiana y su poder divino había penetrado en las leyes, en las instituciones, en la moral de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad. La religión fundada por Jesucristo se veía colocada firmemente en el grado de honor que le corresponde y florecía en todas partes gracias a la adhesión benévola de los gobernantes y a la tutela legítima de los magistrados».[3]

Luego, lamentablemente por ese proceso de la apostasía moderna, los hombres y los pueblos fueron alejándose paulatinamente, salvo excepciones, del vigoroso tronco cristiano.

I

En *primer lugar*, con el Renacimiento y, sobre todo, con la reforma protestante, la sociedad que era teocéntrica, sobrenatural y sacerdotal, se hizo antropocéntrica (del griego, ἄνθρωπος [anth-

[2] Cfr. Jn 15, 19.

[3] LEÓN XIII, *Carta encíclica «Inmortale Dei»* (1 de noviembre de 1885); cit. por J. MEINVIELLE, *El comunismo en la revolución anticristiana* (Buenos Aires 1961) 18.

ropos] y centro= centrado en el hombre), naturalista o pagana y no-sacerdotal.

Ya no se busca en primer lugar la gloria de Dios, si no que se busca al hombre por el hombre. Eso sucede con los sacerdotes que se mundanizan y que se mundanizaron en ese entonces: el hombre sin Dios desaparece, como enseña el Concilio Vaticano II en la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*: «...si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. *La criatura sin el Creador desaparece*. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Mas aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida».[4]

Entonces, cuando se comienza a andar por ese camino decadente, sólo vale lo racional, es decir, lo que dice la razón humana; de tal manera que se niega lo sobrenatural, se niega el misterio, se niega el milagro, se niega la profecía, se termina por negar la fe. Es lo que llamamos racionalismo. Como enseñaba León XIII, «su fin último es arrasar hasta los cimientos a la Religión cristiana, y establecer en la sociedad la autoridad del hombre, postergando la de Dios».[5]

En ese estado, el hombre ya ni se da cuenta de que necesita de Dios, ni de su gracia. Y también hoy en día -porque estas cosas permanecen durante el tiempo-, en muchos sectores -lamentablemente también en sectores de clero- se olvidan de la necesidad absoluta de la gracia de Dios que tenemos los hombres,

[4] CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, 36.
[5] LEÓN XIII, *Carta encíclica «Inmortale Dei»* (1 de noviembre de 1885) 28.

como dijo nuestro Señor Jesucristo: «*sin mí nada podéis hacer*» (Jn 15, 5).

Cuando eso ocurre en un alma sacerdotal, cae el sacerdocio; como cayó de hecho, siendo negado el sacerdocio, en la reforma protestante. Y por tanto cae la actitud sacerdotal, propia del sacerdote y que el sacerdote tiene que transmitir a los demás miembros del Pueblo de Dios que son sacerdotes por el bautismo. Actitud sacerdotal que busca de unir todo -respetando la esfera propia de cada cosa- a Dios.

Así, el sacerdote comienza a secularizarse, a desacralizarse, a mundanizarse, y eso va ocurriendo en su pensar, en el hablar, en el obrar e incluso en su vestir, de tal manera que llega un momento en que uno no sabe con quién está hablando.

El sacerdocio es tentado también por esa actitud del «libre examen», y opina de todo al margen del Magisterio de la Iglesia. Como decía Louis Bouyer: «desde que el Papa se sacó la tiara, hay muchos que creen que le cayó sobre su cabeza». Y entonces uno escucha las doctrinas más extrañas e incluso a veces, doctrinas contrarias al Evangelio y al Magisterio de la Iglesia.

Finalmente esa misma actitud de falta de fe, de falta de orientación de todo lo creado a Dios, se expande al poder temporal desencadenado la opresión religiosa (en estos momentos en el mundo, según estadísticas, más del 45% de los cristianos sufren distintas formas de recorte, de carencia de libertad religiosa).

II

En *segundo lugar*, debemos considerar las profundas heridas que causó en la humanidad la Revolución Francesa, en donde la libertad se desligó de la verdad y se oprimió la verdad religiosa. Si el sacerdote cae en esta tentación, claudica y se vuelve «un perro mudo», que no ladra ante el peligro... Vemos entonces que los pueblos se convierten en ovejas sin pastor, porque no hay quien

cuide de ellos, no hay quien tenga la valentía de decir las cosas como son, no hay quien defienda a las ovejas. Vemos las consecuencias de esto en la expansión de la enseñanza laica; del naturalismo civil; del divorcio vincular; del aborto; de la eutanasia; de la manipulación genética; de la unión entre personas del mismo sexo ('gaymonio' o 'putimonio') y de la pretensión de que tales personas puedan adoptar niños, etc.

Al desaparecer Dios del horizonte del hombre, de los pueblos, al nublarse lo que corresponde propiamente al poder que debe regir una sociedad ordenada, lo económico invade todo y no respeta la dignidad de las personas y de los pueblos. El imperio del capitalismo salvaje extiende sus tentáculos a todo lo codiciable. Con frialdad de cirujano, sin que le tiemble la mano, ajuste tras ajuste, va introduciendo el bisturí hasta la médula, destruyendo órganos vitales como la sociedad; la familia; la dignidad del trabajador; la soberanía, progreso, cultura, instituciones y religión de las naciones... Es insaciable en su sed de dinero y, con la usura de la deuda externa, mata a los pueblos en vías de desarrollo.

El sacerdote claudica y se hace cómplice del liberalismo o capitalismo salvaje cuando no hace suya la divisa del Papa: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas tanto económicos como políticos, los dilatados campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo Él lo sabe! Tantas veces hoy el hombre no sabe qué lleva dentro, en lo profundo de su alma, de su corazón. Tan a menudo se muestra incierto ante el sentido de su vida sobre esta tierra. Está invadido por la duda que se convierte en desesperación. Permitid, por tanto -os ruego, os imploro con humildad y con confianza- permitid a Cristo que hable al hombre. Sólo Él tiene palabras de vida, ¡sí! de vida eter-

na».[6] «Abrir de par en par las puertas a Cristo, acogerlo en el ámbito de la propia humanidad no es en absoluto una amenaza para el hombre, sino que es, más bien, el único camino a recorrer si se quiere reconocer al hombre en su entera verdad y exaltarlo en sus valores».[7]

Por su parte en el orden de la ideas se cae -como vemos actualmente- en el subjetivismo y en el relativismo: «todo es igual -como dice el tango 'Cambalache'- nada es mejor, lo mismo cura que... Como se ve en la televisión, en los «*talk show*», donde un Don Nadie habla con autoridad de pontífice, a pesar que no haya estudiado ni sepa nada: tiene una determinada posición y dice «A» y habla el otro que está en la misma situación y dice «B», un tercero dice «C», otro sostiene «D», y finalmente un quinto afirma «E», para que el que dirige concluya: «Todos tienen razón».

III

En *tercer lugar* con el marxismo se entra de lleno en el materialismo total.

La influencia sobre el sacerdocio católico, gracias a la influencia de la «teología de la liberación» apartada del Evangelio de Jesucristo, fue catastrófica. Así hubieron sacerdotes guerrilleros como Camilo Torres; o más políticos que sacerdotes, como Ernesto Cardenal y los nicaragüenses que tomaron el poder; como el exsacerdote Arístides y como en los cientos de grupos que aparecieron en la década del 70 por toda Iberoamérica. ¡Acabo de leer en los diarios que ya hablan del "Cristo piquetero"!

En esta etapa materialista, los sacerdotes, como todos los cristianos, estamos asediados por las tentaciones del *consumismo* -que

[6] JUAN PABLO II, «Homilía al inicio del ministerio de Supremo Pastor de la Iglesia» (22 octubre 1978): AAS 70 (1978) 947.

[7] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica «Christifideles laici»* (30 de diciembre de 1988) 34.

nos quiere hacer creer que la felicidad consiste en «tener más» y no en «ser más»-, con las tentaciones del *hedonismo* -que nos quiere convencer que hay que hacer lo que a cada uno le gusta-, y con la tentación del *permisivismo* -que afirma que se puede hacer lo que se quiera, negando toda la ley divina, humana y natural-. Formas nuevas de la triple concupiscencia de la que nos habla el Apóstol San Juan: «*la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas*» (1 Jn 2, 16).

Hoy en día hay un fenómeno que invade la vida sacerdotal, vida que tiene que ser entregada totalmente a Dios, como exigencia propia de su vocación. Este fenómeno es la televisión -que en algún sacerdote pareciera que ha reemplazado al Sagrario-. Y así, algunos, pasan muchas horas viendo televisión o videos, aún hasta la madrugada, con las gravísimas consecuencias que esto trae a la vida espiritual, a la vida de oración y contemplación, a la ascesis, al duro trabajo de preparar buenos sermones y de defender con escritos la fe conculcada. De la televisión dice Alexander Solzhenitsyn, gran escritor ruso, con su habitual agudeza: «nuestra vida cotidiana gris es iluminada por el centelleo azul de las pantallas de televisión, promesa de vida y de cultura, único lazo real entre las personas en un país que cae hecho pedazos. ¿Pero qué nos ofrece que sirva para reconfortarnos y saciar nuestro apetito? Vulgaridad, vulgaridad y aun más vulgaridad. Publicidad seductora que muestra la "vida bella"... ¡y para el 98% de la población es tan real como la vida en Marte! Una sucesión de imágenes confusas y agitadas. "Series" importadas de baja calidad. Sucedáneos del espíritu. Estupideces en las que se asfixia la cultura. El culto de la ganancia y la prostitución. ¡Esos banquetes insensatos donde los afortunados de la capital se muestran ante el país hundido en la miseria, la jactancia de los millonarios! O esas payasadas chillonas de las

auto-felicitaciones televisadas... Ya se sabe: cuando la carne está podrida, de nada sirve sazonarla. Es para vomitar...».[8]

Otra tentación que asedia en estos días la vida del sacerdote, es una suerte particular de activismo, dado justamente por la vida moderna. Así cae fácilmente en «hacer que hace», en multiplicar cosas y parecer que hace, pero no hace su trabajo sacerdotal; y se cambia el asiento del confesionario o la silla del despacho parroquial, por la butaca del auto, yendo de aquí para allá, sin ton ni son, pudiéndolo impedir con un poco de virtud como enseña la *Imitación de Cristo*: «reprimid los pasos vanos».[9] No somos capellanes de Vialidad Nacional, sino curas de Parroquia donde tenemos nuestra sede y que debemos atender.

Una nueva forma de grandes y graves tentaciones para el sacerdote es la computadora, sobre todo el navegar en la web. No digo que sea mala la computadora, es un instrumento muy bueno y muy valioso, pero es un instrumento, no un fin en sí mismo. Uno puede ver a un sacerdote sentado delante de la computadora muchas horas al día y pensar: «¡Cuánto produce intelectualmente! ¡Cómo escribe!...»; ¡pero no!, todo termina en la sucia maraña del mar de los sargazos. En muchos es miserable pérdida de tiempo y de un tiempo que podría y debería dedicarse a la oración, al estudio serio, a la lectura, y al verdadero apostolado: a las almas.

Pero, con todo, el problema más grave que acecha hoy en día al sacerdote es la presión de la cultura moderna, que en lo que tiene de inmanentista: es sofista,[10] es gnóstica, es relativista. De allí la importancia insustituible, capital, que tiene para la perseverancia del sacerdote el ser fiel al Papa y a los Obispos unidos a él, que son los que por carisma y oficio nos marcan el camino de la recta

[8] A. SOLZHENITSYN, *Rusia bajo los escombros* (Buenos Aires 1999) 101-102.
[9] T. DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, L. III, cap. 54.
[10] Cfr. C. FABRO, *La aventura de la Teología progresista* (Pamplona 1976) 72.

doctrina, como podemos ver en la clarividente declaración *Dominus Iesus*.

IV

En definitiva, considerando todas las etapas de la revolución mundial, el sacerdote católico no debe olvidar aquella página magnífica del Concilio Vaticano II, de la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, donde con tanta sabiduría los Padres Conciliares señalaron los peligros y las grandezas de nuestra época: «la Sagrada Escritura con la que está de acuerdo la experiencia de los siglos, enseña a la familia humana que el progreso altamente beneficioso para el hombre también encierra, sin embargo, gran tentación, pues los individuos y las colectividades, subvertida la jerarquía de los valores y mezclado el bien con el mal, no miran más que a lo suyo, olvidando lo ajeno. Lo que hace que el mundo no sea ya ámbito de una auténtica fraternidad, mientras el poder acrecido de la humanidad está amenazando con destruir al propio género humano.

A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final. Enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente para acatar el bien, y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo.

Por ello, la Iglesia de Cristo, confiando en el designio del Creador, a la vez que reconoce que el progreso puede servir a la verdadera felicidad humana, no puede dejar de hacer oír la voz del Apóstol cuando dice: *"no queráis vivir conforme a este mundo"* (Rom 12, 2); es decir, conforme a aquel espíritu de vanidad y de malicia que transforma en instrumento de pecado la actividad humana, ordenada al servicio de Dios y de los hombres.

A la hora de saber cómo es posible superar tan deplorable miseria, la norma cristiana es que hay que purificar por la cruz y la

resurrección de Cristo y encauzar por caminos de perfección todas las actividades humanas, las cuales, a causa de la soberbia y el egoísmo, corren diario peligro. El hombre, redimido por Cristo y hecho, en el Espíritu Santo, nueva criatura, puede y debe amar las cosas creadas por Dios, pues de Dios las recibe, y las mira y respeta como objetos salidos de las manos de Dios. Dándole gracias por ellas al Bienhechor y usando y gozando de las criaturas en pobreza y con libertad de espíritu, entra de veras en posesión del mundo como quien nada tiene y es dueño de todo*: "todo es vuestro; vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios"* (1Cor 3, 22-23)».[11]

¿Qué es -queridos hermanos y hermanas- lo que finalmente se quiere lograr del sacerdote, en cualquiera de estas etapas que hemos señalado y en cualquier dosis en que se presente? Se pretende que el sacerdote se arrodille ante el mundo. Que no influya sobre el mundo, sobre los hombres, las familias y las sociedades con el Evangelio. Se pretende que el sacerdote se convenza de que no puede convertir al mundo y que llegue a ni siquiera querer cambiarlo, para lograr de este modo que el sacerdote sea uno más del mundo. Pero aquí es donde debemos tener presente lo que nos han enseñado los Santos Apóstoles: «*si uno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*» (1 Jn 2, 15-17), y también: «*adúlteros, ¿no sabéis que el amor al mundo es enemigo de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo se constituye enemigo de Dios*» (St 4, 4).

V

En este sentido, el sacerdote es el hombre que se encuentra entre la espada y la pared: o sirve a Jesucristo o sirve al mundo, a

[11] CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, 37.

la TV, al dinero, al auto, al placer. Son estas fidelidades irreconciliables. Como lo dijo la Sabiduría Encarnada, Nuestro Señor Jesucristo: «*nadie puede servir a dos señores, pues o bien, aborreciendo al uno, amará al otro, o bien, adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas*» (Mt 6, 24).

Por todo esto, actualmente es mucho más difícil ser sacerdote que antes, ya que hay que remontar una batalla de siglos. Pero también es mucho más fascinante porque se nos exige mucho más. ¡Hay que nadar contra corriente!

Además, aún en las situaciones límites, nunca nos falta ni el amor del Padre, ni Jesucristo, ni el Espíritu Santo, ni la Santísima Virgen. Haciendo lo que tenemos que hacer ¡nunca nos faltará la ayuda de la gracia! Y esta es una verdad de fe.

¡Jesucristo (y la Virgen) son lo mismo «ayer, hoy y siempre»!.[12]

¡Nunca prevalecerá el mal sobre la Iglesia fundada sobre la roca!

No quiero finalizar sin cumplir con el deber de agradecer a Mons. Erba, el hombre elegido por Dios para dar solución a nuestros problemas, por haber querido ordenar -no sin grandes sacrificios- a estos jóvenes sacerdotes; a todos los sacerdotes y religiosos y religiosas que nos acompañan; y a todas las familias, amigos y amigas que tanto han rezado e incluso, sufrido. ¡Dios no se deja ganar en generosidad! «¡La cruz fecunda todo cuánto toca!» (Sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida).

Termino con unas palabras del salmista: «*cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar, la boca se nos llenaba de risas, nuestros labios de canciones*» (Sl 125).

[12] Cfr. Heb 13, 8.

9

«Con toda la seriedad que hay en la cara de un Dios crucificado»[1]

Uno de los grandes pilares del diálogo interreligioso es *la voluntad salvífica universal del Padre*, o sea, el deseo verdadero y sincero de Dios de dar a todos los hombres y mujeres sin excepción, la eterna bienaventuranza del cielo, si no hay de parte de ellos algún obstáculo que lo impida.

Dios desea la salvación de todos los hombres con voluntad sincera y seria, «con toda la seriedad que hay en la cara de un Dios crucificado».

Dios quiere con voluntad *antecedente* (o sea, antes de tener en cuenta las indisposiciones voluntarias y libres que le opondrán algunos) la salvación de todos los hombres y mujeres, aunque no todos se salvarán efectivamente, por culpa propia y bajo su exclusiva y libre responsabilidad, por los obstáculos que ponen, impidiendo su salvación. Lo primero, lo quiere con voluntad relativa y condicionable; lo segundo, se cumplirá inexorablemente: es la voluntad *consecuente*. Dios quiere que el hombre *coopere libremente* a su salvación: «Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti».[2]

[1] P. Gar-Mar, *Sugerencias*, (Madrid 1952) 251.
[2] San Agustín, *Serm.* 169, 11, 13; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1847.

1. Errores

A lo largo de la historia de la Iglesia se han dado los más diversos errores acerca de esta doctrina.

Se oponen a la voluntad salvífica universal los llamados predestinacianos, según los cuales Dios predestina positivamente a algunos hombres al infierno antes de prever sus deméritos y no quiere, por consiguiente, que todos los hombres se salven. Esta doctrina fue enseñada por el presbítero Lucido (s. V), por los semipelagianos (s. VI), por Gotescalco y Juan Escoto (s. IX), Wicleff y Huss (s. XIV-XV), Calvino (s. XVI) y Jansenio (s. XVII). La Iglesia ha rechazado como falsa y herética esta doctrina.

2. Doctrina de la Iglesia con respecto a la Voluntad Salvífica de Dios.

Sagrada Escritura

Sin embargo esta doctrina está clarísimamente enseñada en la Sagrada Escritura. Leemos solamente algunos textos.

- *¿Por qué queréis morir, casa de Israel? Porque Yo no quiero la muerte del que muere, dice Yahvé el Señor. ¡Convertíos y viviréis!* (Ez 18, 31-32);

- *...yo no me gozo en la muerte del impío, sino en que se retraiga de su camino y viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos. ¿Por qué os empeñáis en morir, casa de Israel?* (Ez 33, 11);

- *Pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él* (Jn 3, 17);

- *Cristo murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó* (2Cor 5, 15);

- *Cierto es, y digno de ser por todos recibido, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero* (1Tim 1, 15);

- *Dios nuestro salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad* (1Tim 2, 3-4);

- *Él* (Cristo) *es la propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros*, *sino por los de todo el mundo* (1Jn 2, 2).

SANTOS PADRES

Los Santos Padres han enseñado de manera unánime esta doctrina. Un autor, Passaglia,[3] enumera hasta doscientos testimonios en los que los Santos Padres enseñan explícitamente esta doctrina.

EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Concilio Arelatense (año 475): Aquí se publica la fórmula de sometimiento del presbítero Lucido: «...condeno juntamente con vosotros aquella sentencia que dice... que por voluntad de Dios perecen los que perecen; que dice que unos están destinados a la muerte y otros predestinados a la vida... todas estas cosas condeno como impías y repletas de sacrilegios».[4] Se condena lo que sería una predestinación al mal.

Concilio Arausicano II (año 529) (*contra los semipelagianos*): «Que algunos hayan sido predestinados al mal por el divino poder, no sólo no lo creemos, sino que, si hubiere algunos que quieran creer tanta maldad, con toda repulsión los anatematizamos».[5]

Concilio Carisíaco (año 853): (*contra Gotescalco*): «*Dios omnipotente quiere que todos los hombres sin excepción sean salvos* (1Tim 2, 4) aunque no todos se salven. Ahora bien, que algunos se salven, es don del que salva; pero que algunos se pierdan, es merecimiento de los que se pierden».[6] Esta es la recta doctrina.

Refiriéndose a la salvación, dice:

[3] Cfr. *De partitione divinae voluntatis* (Roma 1851).
[4] *DS* 335.
[5] *DS* 397.
[6] *DS* 623.

«Como no hay, hubo o habrá hombre alguno cuya naturaleza no fuera asumida en Él, así no hay, hubo o habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo Jesús, Señor nuestro, aunque no todos sean redimidos por el misterio de su pasión... que no todos sean redimidos por el misterio de su pasión, no mira a la magnitud y copiosidad del precio, sino a la parte de los infieles y de los que no creen con aquella *fe que obra por la caridad* (Ga 5, 6); porque la bebida de la humana salud, que está compuesta de nuestra flaqueza y de la virtud divina, tiene, ciertamente, en sí misma, virtud para aprovechar a todos; pero si no se bebe, no cura».[7]

Concilio III de Valence (año 855): «Y no creemos que sea condenado nadie por juicio previo, sino por merecimiento de su propia iniquidad. Ni que los mismos malos se perdieron porque no pudieron ser buenos, sino porque no quisieron ser buenos y por su culpa permanecieron en la masa de la condenación por la culpa original o también por la actual».[8]

Concilio Tridentino, decreto sobre la justificación, contra los protestantes (año 1547): «Si alguno dijere que la gracia de la justificación no afecta sino a los predestinados a la vida, y que todos los demás llamados son ciertamente llamados, pero no reciben la gracia por cuanto que están predestinados al mal por el divino poder, *sea anatema*».[9]

Inocencio X (1653) (*contra Cornelio Jansenio*): «Es semipelagiano decir que Cristo murió o que derramó su sangre por todos los hombres absolutamente»[10] (proposición de Jansenio, declarada y condenada como falsa, temeraria, escandalosa y, entendida en el sentido de que Cristo sólo murió por la salvación de los predesti-

[7] *DS* 624.
[8] *DS* 626.
[9] *DS* 1567.
[10] *DS* 2005.

nados, es impía, blasfema, injuriosa, que anula la piedad divina, y *herética*).

Es interesante considerar cómo se reflejó en el arte la herejía de Jansenio: los jansenistas no hacían las imágenes de nuestro Señor con los brazos extendidos horizontalmente sobre la cruz, sino extendidos en dirección vertical, ascendente, hacia arriba; para expresar que había muerto por unos pocos, no por todos, según ellos.

Alejandro VIII (contra los errores jansenistas): «Cristo se dio a sí mismo como oblación a Dios por nosotros; no por solos los elegidos, sino por todos y solo los fieles».[11]

La doctrina de Jansenio sigue latente en algunos ambientes: en la moral, a veces en la liturgia, se ve a veces en la pastoral, por ejemplo, cuando de manera irracional se exigen exageradas condiciones para que los feligreses puedan acceder a los sacramentos.

Y, sin embargo, es de fe que *Cristo murió por todos* (2Cor 5, 14).

De acuerdo con la voluntad salvífica universal de Dios, Cristo derramó su sangre para redimir a todos los hombres y mujeres, sin excepción, con voluntad seria y sincera, con toda la seriedad que hay en la cara de un Dios crucificado.

Por eso Dios prepara y ofrece a todos los hombres y mujeres *sin excepción*, los auxilios necesarios y suficientes para salvarse.

EL CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II

En la Constitución *Lumen Gentium* trata explícitamente de los infieles, es decir, de los no cristianos, enseñando que: «los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la

gracia en cumplir con las obras de su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna».[12] Esto es doctrina de la Iglesia de siempre, no de ahora; el Concilio cita una carta de la Congregación para la doctrina de la fe del 8 de agosto de 1949. Continúa el Concilio: «La divina Providencia no niega los auxilios necesarios para la salvación a los que sin culpa por su parte no llegaron todavía a un claro conocimiento de Dios, y, sin embargo, se esfuerzan, ayudados por la gracia divina, en conseguir una vida recta».[13]

SANTO TOMÁS

Trata de la posibilidad de la salvación extra-sacramental por el *votum baptismi* y con ello la posibilidad de salvarse sin pertenecer actualmente a la Iglesia, por razón del *votum Ecclesiae*.[14] Hace siete siglos decía: «Del hecho de que todos los hombres tengan que creer explícitamente algunas cosas para salvarse, no se sigue inconveniente alguno si alguien ha vivido en las selvas o entre brutos animales. Porque pertenece a la Divina Providencia el proveer a cada uno de las cosas necesarias para la salvación, con tal de que no lo impida por su parte. Así, pues, si alguno de tal manera educado, llevado de la razón natural, se conduce de tal modo que practica el bien y huye del mal, hay que tener como cosa certísima, *certissime tenendum est*, que Dios le revelará, por una interna inspiración, las cosas que hay que creer necesariamente, o le enviará

[11] Proposición jansenista condenada: *DS* 2304.

[12] CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, «Carta al Arzobispo de Boston (8 de agosto de 1949)»; cit. *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 16; *DS* 3866-3872.

[13] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 16.

[14] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 68, 2; LUDWIG OTT, *Manual de Teología Dogmática* (Barcelona 1969) 129.

algún predicador de la fe, como envió a San Pedro a Cornelio (He 10)».[15]

2. DIOS QUIERE LA SALVACIÓN DE TODOS LOS HOMBRES, AÚN DE LOS QUE NO LO CONOCEN

Pensemos en el 66% de la humanidad que no conoce a Cristo, que no es cristiana: judíos, mahometanos, budistas, taoístas, shintoístas, lamaístas, animistas, religiones populares... Incluso los que no llegan a un claro conocimiento de Dios. ¡Cuántos de ellos se salvan por obra de la divina Providencia, por obra del Espíritu Santo, que también obra en ellos! ¡Dios quiere que todos los hombres se salven!

También hay que tener en cuenta otra realidad que no hay que divorciar del hecho que Dios quiere la salvación de todos los hombres. Está muy bien enunciado en el decreto *Ad Gentes* del Vaticano II: «Aunque Dios, por los caminos que Él sabe, puede traer a la fe, sin la cual es imposible complacerle, a los hombres que sin culpa propia desconocen el Evangelio, incumbe, sin embargo, a la Iglesia la necesidad, a la vez que el derecho sagrado, de evangelizar, y, en consecuencia, la actividad misionera conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y su necesidad».[16]

Nunca debemos olvidarnos que la necesidad de pertenecer a la Iglesia no es únicamente necesidad de precepto, sino también de medio, aunque como hemos visto, ese medio no es absoluto sino hipotético. En circunstancias puede ser substituída por el deseo de la misma (votum), que ni siquiera es necesario que sea explícito.

[15] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate*, 14, 11, ad1.

[16] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia «Ad Gentes»*, 7.

3. El «cristiano anónimo», doctrina no católica

Hay que tener cuidado porque en estos últimos tiempos ha circulado en ambientes católicos -y algunos le han dado carta de ciudadanía- una teoría llamada del «cristianismo anónimo» o «cristiano anónimo»[17] que tuvo como autor y sistematizador principal a Karl Rahner. Propone en esta doctrina no sólo la salvación de los infieles -lo cual es doctrina católica-, sino que se afirma que todo hombre, por el hecho de ser hombre, ya es cristiano. Se afirma que no solamente es cristiano, sino que es cristiano aún sin poner de su parte ningún acto sobrenatural, lo cual es inadmisible. Y de tal manera es cristiano, que se lo considera como miembro en acto de la Iglesia, no en potencia, como es lo que hasta aquí han sostenido los teólogos católicos siempre. Los hombres forman parte en acto de la Iglesia por razón de la fe y del bautismo, o en potencia, porque pueden llegar a ser miembros de la Iglesia en acto; y algunos de ellos de hecho lo son, porque han recibido ya la gracia de Dios, que sólo Dios conoce. Esta doctrina del «cristiano anónimo» tiene el gran inconveniente de que ha desplazado la jerarquía de verdades y de tal manera, que se enseña como una cosa primaria la salvación de los infieles, y deja en la sombra, en un lugar secundario, la necesidad de la incorporación visible a la Iglesia dándole un lugar secundario o de supererogación, desalentando, de hecho, la predicación misionera, propiciando en el fondo una humanidad sin influencia de la Iglesia visible.

Por eso es muy importante, de manera particular para las almas consagradas, mantener lo que decía Don Orione acerca de lo que tiene que ser la primer pureza, la pureza de la fe: «Especialmente

[17] Cfr. KARL RAHNER, «La incorporación a la Iglesia según la encíclica de Pío XII "*Mystici Corporis*"», *Escritos de teología*, II (Madrid 1961) 9; J. MEINVIELLE, *De la Cábala al Progresismo* (Buenos Aires 1994) 292ss; KARL RAHNER, «Fundamentos de la protología y de la antropología teológica», *Mysterium Salutis* (Madrid ²1977) 270; J.M. CORBELLE, *El misterio íntimo de Dios* (San Rafael 1996) 168.

en estos tiempos, usemos toda clase de cautelas -y aquí hablo *particularmente* a los sacerdotes jóvenes y a los clérigos- para conservar la Fe y conservarla pura e incontaminada: la pureza de la Fe es cosa tan preciosa, que *se ha de anteponer* a todo lo demás».[18] Porque todo lo nuestro se mueve en el ámbito de la fe, todo: el vivir la castidad, la pobreza, la obediencia. En el ámbito de la fe: recordar el poder de la oración. En el ámbito de la fe: la frecuencia de los sacramentos, ¿por qué?, porque lo dice la fe. La esperanza de la vida eterna, ¿por qué?, porque lo dice la fe. Que hay que predicar el Evangelio a todo el mundo, ¿por qué?, porque lo dice la fe. Entonces hay que guardar como el tesoro más precioso la pureza de la fe.

4. Hombres y mujeres del diálogo

Algunos enseñan que recién en el Vaticano II se habló de la posibilidad de la salvación de los infieles, lo cual es totalmente falso. Ya Santo Tomás, como hemos tenido oportunidad de ver, enseñaba hace siete siglos con toda claridad que aquellas personas que están de buena fe dentro de otras religiones, que viven según la ley natural, que sin culpa no conocen a Cristo, cuyo número sólo Dios conoce, se salvan. Recuerdo que me dijo el padre Victorino Ortego: «Mintió Fidel Castro cuando recibió al Papa en el aeropuerto de La Habana, y en su discurso dijo que los sacerdotes jesuitas que lo habían educado le habían enseñado que solamente los católicos se salvaban. ¡Nunca, y menos los jesuitas, pudieron decir una cosa así!». La doctrina de siempre de la Iglesia es que fuera de la Iglesia no hay salvación, pero esto no quiere decir que solamente se salven los que están visiblemente en la Iglesia ya que hay muchos que están en la Iglesia aunque no lo sepan porque pertenecen al alma de la Iglesia que es el Espíritu Santo, que tam-

[18] *Cartas selectas del Siervo de Dios Don Orione* (Mar del Plata 1952) 160.

bién trabaja, de manera sólo conocida por Dios en los infieles, y por eso ellos también se salvan[19] (con las condiciones detalladas más arriba).

Debemos ser -tanto los sacerdotes como las religiosas y los laicos- hombres y mujeres del diálogo y del anuncio, como dice el documento de la Santa Sede: «El diálogo interreligioso y el anuncio... son elementos auténticos de la misión evangelizadora de la Iglesia. Son legítimos y necesarios. Están íntimamente ligados, pero no son intercambiables: el verdadero diálogo interreligioso supone por parte del cristiano el deseo de hacer conocer, reconocer y amar mejor a Jesucristo; su anuncio ha de llevarse a cabo con el espíritu evangélico del diálogo».[20]

¿Cuál es la mejor escuela en la Iglesia para aprender el diálogo? En la Iglesia no hay mejor escuela para aprender el diálogo que la santa Misa. Allí, en la Misa, Jesucristo hace diálogo con nosotros con toda discreción, con tacto, con respeto, según las capacidades de cada uno, en profundidad y con autenticidad; sin coacciones, sin prepotencia; con capacidad de escucha infinita; sin cansarse de empezar el diálogo con nosotros, una y otra vez; proponiendo y no imponiendo; como Señor que es, perdonando, sin resentimientos egoístas ni amarguras; dando confianza a manos llenas y animando para que nosotros seamos mejores y vayamos de bien en mejor. En la santa Misa Él nos enseña lo que es el verdadero diálogo: tener en sí la verdad, no entrar en ninguna crisis de identidad, no renunciar a lo que pertenece al tesoro de la fe católica, pero a la vez saber acercarse, para que muchos hombres y mujeres se aprovechen del tesoro celestial de la fe católica. En la santa Misa el cristiano aprende a hacer lo que los griegos llamaban «*syn-*

[19] Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, III, 8, 3.

[20] PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO - CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Documento* «*Diálogo y Anuncio*», 77.

katábasis»,[21] que quiere decir «condescender», propiamente «adaptarse», «amoldarse» al otro, como hizo el Padre celestial al enviar a su Hijo en carne humana, amoldándose a las lenguas de los hombres y a los conceptos que tenemos los hombres, en la Encarnación y en la Sagrada Escritura, como lo recuerda también el Concilio Vaticano II en la *Dei Verbum*.[22] Por eso debemos aprender en esa escuela de diálogo, que es la Misa, a hacer *synkatábasis*: en su *synkatábasis* de la Palabra, en su *synkatábasis* del pan y del vino, en su *synkatábasis* del sacrificio incruento, en su *synkatábasis* de la entrega de su Madre como Madre nuestra.

Por eso es que nuestra mente debe estar abierta a todos los hombres y mujeres del mundo. Vayamos al diálogo interreligioso, pero con seriedad, «con toda la seriedad que hay en la cara de un Dios crucificado».

[21] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución Dogmática sobre la divina revelación* «*Dei Verbum*», 13; en nota cita a SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Gen.*, 3, 8 hom. 17, 1: *PG* 53, 134. «Adaptación» en griego se dice συνκατᾶβασις.

[22] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución Dogmática sobre la divina revelación* «*Dei Verbum*», 13.

10

¡Todos...!: Paschali mysterio consociati

Otro elemento esencial de la fe católica que motiva y enardece a los sacerdotes para trabajar con entusiasmo en el diálogo interreligioso es el hecho de que la Iglesia es «sacramento universal de salvación»,[1] y es el hecho de que todos los hombres tienen la posibilidad, ofrecida por el Espíritu Santo, «de que, en la forma sólo de Dios conocida, se asocien al misterio pascual».[2] No debemos olvidarnos que el diálogo interreligioso es parte de la misión evangelizadora de la Iglesia y entra en las perspectivas del jubileo del año 2000.[3]

La Iglesia lleva a cabo su misión como sacramento universal de salvación en la *martyria*, *leiturgia* y *diakonia*. «En la *leiturgia*, la celebración del misterio pascual, la Iglesia cumple su misión de servicio sacerdotal en representación de toda la humanidad. En un modo que, según la voluntad de Dios, es eficaz para todos los hombres, hace presente la representación de Cristo que *se hizo pecado* por nosotros (2Cor 5, 21) y en nuestro lugar *colgó del madero*

[1] Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 45.9; *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia* «*Ad Gentes*», 1.5.

[2] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et Spes*», 22.

[3] Cfr. «*Lineamenta*» de la *X Asamblea del Sínodo de los Obispos*, 76; *Carta encíclica* «*Redemptoris Missio*» (7 de diciembre de 1990) 55; *Carta Apostólica* «*Tertio Millennio Adveniente*» (10 de noviembre de 1994) 53.

(Ga 3, 13) para liberarnos del pecado[4]».[5] En este sentido, la Misa es el gran foro del diálogo interreligioso (y, con mayor razón, del diálogo ecuménico). Así como es la gran cátedra donde se aprende a ser auténtico pastor.

Ello es así porque dos son los sujetos (o cuasi sujetos) del sacrificio de la Misa:

1. El *cui*, es decir, *a quién* se ofrece el sacrificio: Dios;

2. El sujeto *pro quo*, o sea, *por quién* se ofrece el sacrificio. Este sujeto consta de dos categorías de hombres y mujeres por los que se ofrece la Misa: ¡Los vivos y los difuntos! Es de derecho divino que la Misa se ofrece por todos los hombres y mujeres que viven en la tierra, aunque se aprovechan de la Misa de distinta manera, y por todas las almas del purgatorio.

Es decir, que cada Misa se ofrece, sin duda alguna, por todos los hombres y mujeres vivientes bautizados; por los herejes, cismáticos y excomulgados (evitando siempre el posible escándalo); por los infieles o no bautizados. De tal manera que en el sacrificio de la Misa es como que se arraciman los círculos concéntricos del diálogo del que hablaba Pablo VI: «Hay un primer círculo, inmenso, cuyos límites no alcanzamos a ver, se confunden con el horizonte; son los límites que circunscriben la humanidad en cuanto tal, el mundo... vemos dibujarse otro círculo... que es, antes que nada, el de los hombres que adoran al Dios único y verdadero... los hijos del pueblo hebreo... los musulmanes... los seguidores de las grandes religiones afroasiáticas... el círculo más cercano, el de los que llevan el nombre de Cristo. En este campo el diálogo que ha alcanzado la calificación de ecuménico ya está abierto... (finalmente) nuestro diálogo se ofrece a los hijos de la casa de Dios, la

[4] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 10.

[5] COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El cristianismo y las religiones*, 77.

Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la que esta, la romana, es *mater et caput*».[6] Toda Misa es una grandiosa sinfonía en la que, a su manera, participa cada miembro de la humanidad. El Sacerdote principal de la Misa lleva los rostros de todos los hombres en su corazón. ¡Los deberíamos llevar los sacerdotes ministeriales y todos los que en cada Misa ejercen su sacerdocio bautismal!

Queremos referirnos en especial a cómo la Misa se aplica y puede aprovechar a los no bautizados.[7] Alguno poco avisado creerá que nos encontramos frente a una novedad doctrinal, sin embargo, nada más alejado a la realidad. Ya San Pablo se refiere a este tema.

En efecto, el Apóstol exhorta: Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad (1Tim 2, 1-2). El Apóstol quiere que se rece por todos los hombres, aún por los reyes y hombres eminentes, muchos de los cuales en aquel tiempo eran infieles. Y se trata de preces públicas.

San Juan Crisóstomo enseña que el sacerdote que sacrifica «Ora por todo el mundo y suplica a Dios sea propicio por los pecados de todos».[8] Y en otro lugar «El sacerdote es como el padre común de todo el orbe. Conviene, pues, que el sacerdote cuide de todos, como Dios de quien es sacerdote». Por eso dice San Pablo: *Ante todo recomiendo que se hagan plegarias*, *oraciones*... (1Tim 2, 1-2). Lo que explica San Juan Crisóstomo: «¿Qué significa ante todo?, esto es, en el culto diario».[9]

[6] *Carta encíclica* «*Ecclesiam suam*» (6 de agosto de 1964) 24.29.30.31.
[7] Cfr. GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía* (Madrid 1951) 388ss.
[8] *De sacerdotio*, VI, 4.
[9] *Ep. Ad Vitalem Carthagin.*

Tertuliano dice: «Sacrificamos por la salud del Emperador».[10]

Y San Agustín explicando las palabras del Apóstol ya citadas dice que este intentaba: «Que ninguno, dada la estrechez de miras del humano conocimiento, juzgase que esas cosas no se han de hacer por aquellos de quienes la Iglesia sufre persecución, puesto que los miembros de Cristo habrían de ser reclutados de entre hombres de toda raza y linaje».[11] Así por las oraciones de los primeros cristianos, Saulo perseguidor se convierte en Pablo predicador.[12]

En la liturgia se dice en la fórmula de la consagración del *sanguis*: «...sangre... que será derramada... por todos los hombres...»;[13] que el Señor acepte la ofrenda de sus siervos «y de toda su familia santa»;[14] que se acuerde de «su Iglesia extendida por toda la tierra»;[15] que la Víctima de reconciliación «traiga la paz y la salvación al mundo entero»;[16] y que reúna en torno a sí «a todos sus hijos dispersos por el mundo»;[17] se ofrece el sacrificio que es agradable a Dios «y salvación para todo el mundo»;[18] y se lo ofrece por todo su pueblo santo «y de aquellos que te buscan con sincero corazón».[19]

El sacrificio de la Misa por ser representación objetiva del sacrificio de la cruz, se ofrece por todos, porque en la cruz por todos se ofreció Jesucristo, como enseña San Pablo: *Se entregó a sí mismo para redención de todos* (1Tim 2, 6).

[10] *Ad Scapulan*, 2.
[11] *Ep. Ad Paulinum*.
[12] Cfr. He 7, 60; Ga 1, 23.
[13] Cfr. MISAL ROMANO, *Plegarias eucarísticas*, *fórmula de la consagración*.
[14] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística I*.
[15] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística II*.
[16] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística III*.
[17] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística III*.
[18] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV*.
[19] MISAL ROMANO, *Plegaria eucarística IV*.

Y si alguno usase mal la sentencia de San Agustín: «¿Quién ofrecerá el cuerpo de Cristo sino por aquellos que son miembros de Cristo?,[20] hay que responder con Santo Tomás: «Hay que entender que se ofrece por los miembros de Cristo cuando se ofrece por algunos para que sean miembros (de Cristo)».[21]

No es algo de ahora. En el lejano 1865 respondía afirmativamente el Santo Oficio a la pregunta: «Si es lícito a los sacerdotes aplicar la Misa por la intención de los turcos o de otros infieles y recibir de ellos limosnas por la aplicación de la Misa...».[22]

¡Todos...! ¿Acaso, en cada Misa, no ves con los ojos de la fe sus rostros blancos, negros, cobrizos, amarillos, pardos... de las más de 40 razas que pueblan la tierra? ¿No escuchas sus distintas lenguas: indoeuropeas, caucásicas, uralo-altaicas, camito-semíticas, chino-tibetanas... como una suerte de música que llega de todas partes del mundo a cada Misa? ¿No percibís como gritan las distintas culturas del hombre por redención?

En cada Misa tenés que percibir, en el Corazón eucarístico de Jesucristo, a aquellos que están esperando tu ministerio sacerdotal: los que escucharán tus predicaciones, los que recibirán las aguas del bautismo, los que se aprovecharán de tus Misas, los enfermos que sanarás en el alma y en el cuerpo, los que confesarás, aquellos a quienes llegarás en la misión, a quienes enseñarás catecismo, consolarás en su dolor, alegrarás en su tristeza, corregirás, serás solidario, ayudarás, tratarás de promoverlo social y culturalmente... ¡Todos...!

Por eso sostengo que la Misa es una escuela calificada para prepararse seriamente para el diálogo interreligioso, porque nos

[20] *Ad Renatum*; cit. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, 3, 79, 7, ad2.

[21] *In IV Sent*, 12, 2, ad4.

[22] CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Collectanea*, n. 1274.

enseña el valor de cada hombre y mujer, lo que sufrió Cristo por cada uno de ellos y nos recuerda la común vocación de todos los hombres y mujeres a la vida eterna.

La Misa es el corazón del mundo, es el ágora de la humanidad redimida. En cada Misa sigue destilando la sangre de Cristo, gota a gota, por cada uno de los seres humanos. ¡Todos se apiñan en el ara del altar, porque todos estuvimos apiñados en el ara de la cruz!

¡Qué gracia tan grande! Llamados a ser instrumentos para que los hombres se asocien al misterio pascual de Jesucristo: ¡*Paschali mysterio consociati*!

María, Madre de todos los hombres, varones y mujeres, nos recuerde siempre que todos los hombres somos hermanos y que por cualquiera de ellos debemos estar dispuestos a hacer cosas heroicas, porque debemos amarlos como Él los amó.

11

«Me gastaré y me desgastaré» (2Cor 12, 15)

El sacerdote tiene dos oficios principales: El primero es la gloria de Dios; el segundo es el bien de los hombres y mujeres y del bien más grande que es la salvación de sus almas, como dice San Pedro: *para que logréis la meta de vuestra fe*, *la salvación de las almas* (1Pe 1, 9), conquistando los corazones de los hombres y de las mujeres para Dios.

San Pablo describe en enérgicos trazos el programa de todo auténtico sacerdote: *Mirad*, *es la tercera vez que estoy a punto de ir a vosotros*, *y no os seré gravoso*, *pues no busco vuestras cosas*, *sino a vosotros*. *Efectivamente*, *no corresponde a los hijos atesorar para los padres*, *sino a los padres atesorar para los hijos*. *Por mi parte*, *muy gustosamente me gastaré y me desgastaré totalmente por vuestras almas*. *Amándoos más ¿seré yo menos amado*? (2Cor 12, 14-15). Nos referiremos tan sólo al segundo objetivo principal.

1. «No busco vuestras cosas, sino a vosotros»

Buen pastor es aquel que *da la vida por las ovejas* (Jn 10, 11.15), no el que se aprovecha de la lana, de la leche y de la carne de las ovejas. Buen pastor es aquel que defiende a las ovejas. El que es mal pastor *el asalariado*, *que no es pastor*, *a quien no pertenecen las ovejas*, *ve venir al lobo*, *abandona las ovejas y huye*, *y el lobo hace presa en ellas y las dispersa*, *porque es asalariado y no le importan nada las ovejas* (Jn 10, 12-

13). Y en esto, como en otras cosas, el pueblo fiel tiene un olfato infalible dado por el instinto de la gracia, por el Maestro interior, el Espíritu Santo.

El buen pastor es seguido por sus ovejas: *las ovejas le siguen, porque conocen su voz* (Jn 10, 4). Y esto ocurre en todas partes, incluso en los lugares más difíciles, hablando humanamente. Por eso, para el que es buen pastor, ningún destino es un castigo. A San José de Cupertino los superiores lo destinaron a un pequeño pueblo perdido en las montañas y un compañero le hizo notar que era un mal destino, el santo le preguntó: «¿Allí está Dios?», «Sí» le contestó el compañero, «pues entonces para mí es un muy buen destino» respondió el santo. En todo lugar está Dios y en todo lugar se puede hacer bien a los seres humanos. Por eso para el buen pastor ningún lugar puede ser malo. Como dijo el Obispo Ignacio Kung Pin-Mei, que estuvo preso casi 33 años en China, al salir de prisión: «Con Dios el tiempo no se desperdicia».

El mal pastor, que se sirve de las ovejas, no suele ser seguido por el conjunto de las mismas, sólo tal vez por un pequeño grupo, y él es el principal culpable de sus fracasos pastorales, algunos incluso clamorosos.

2. «ME GASTARÉ Y ME DESGASTARÉ POR LAS ALMAS»

Gastarse, en el Apóstol, es la disposición de querer consumirse por el bien de los demás; y desgastarse es el querer perseverar en el consumirse poco a poco por los demás hasta el fin. Es gastar su tiempo, sus bienes, sus fuerzas, en una palabra, su vida.

Comenta Santo Tomás: «En la semejanza propuso dos cosas. Una es que los hijos no deben atesorar para sus padres -esto ya es evidente-; otra, los padres deben atesorar para sus hijos, y hacerles donación (de lo suyo). Y en referencia a esto dice: porque yo soy vuestro padre, por eso estoy dispuesto a donarme a vosotros. Y esto es lo que dice: yo muy gustosamente gastaré bienes por voso-

tros, no solamente bienes espirituales, predicando y dando ejemplos sino, además, bienes temporales, lo cual también hacía: cuando les predicaba, incluso les servía con cosas recibidas de otras iglesias.

Estas tres cosas debe suministrar el pastor, quienquiera que sea, a sus súbditos. De ahí que el Señor haya dicho tres veces a Pedro: *Apacienta mis ovejas* (Jn 21, 15.17), esto es, apacienta con tu palabra, apacienta con tu ejemplo, apacienta con tu ayuda temporal.

Y no solamente esto gastaré por vosotros, sino que también estoy dispuesto a morir por la salvación de vuestras almas. Por eso dice: *y me desgastaré por vuestras almas*: *Nadie tiene amor más grande*, *que el que da la vida por sus amigos* (Jn 15, 13); *Si Cristo dio su vida por nosotros*, *también nosotros debemos dar la vida por los hermanos* (1Jn 3, 16); *El buen Pastor da su vida por las ovejas* (Jn 10, 11).

Seguidamente increpa la ingratitud de estos al decir: *Amándoos más*, *¿seré yo menos amado*?, como si dijera: con agrado me gastaré por vosotros, por más que seáis ingratos, aun cuando amándoos más, menos sea yo amado.

Y esta comparación puede ser expuesta de dos maneras. De una manera sería así: aunque yo os ame más que los falsos (apóstoles), sin embargo menos soy amado por vosotros que lo que son amados los falsos (apóstoles), a quienes amáis más que a mí. Y quede claro que yo os amo más que ellos, porque yo busco vuestra salvación; ellos, por el contrario, buscan solamente vuestros bienes.

De otra manera se podría entender así: aunque os amé más, a saber, a vosotros que a las otras iglesias, sin embargo menos soy amado por vosotros que por las otras iglesias. *Testigo me es Dios de cuánto os quiero a todos vosotros en el afecto entrañable de Cristo Jesús* (Flp 1, 8). Y que más amó a los Corintios que a las otras iglesias es algo

evidente, porque por ellos más trabajó. Pues aquello en lo cual más trabajamos, nos habituamos a amarlo más».[1]

El sacerdote debe tener clara conciencia de que es pontífice, hacedor de puentes, y puente de doble dirección: de Dios a los hombres, y de los hombres a Dios; y que sólo sirve para ser pisado por los hombres.

No debe ahorrar esfuerzo alguno para llevar el Evangelio de Jesucristo a todos los hombres que pueda. No debe reclamar otra cosa. Por eso, sobre todo ahora en estos tiempos, tiene que estar dispuesto a una pastoral incisiva, entusiasta; no de espera, sino de propuesta.

Es todo un mundo que hay que rehacer en Cristo. Hay dos terceras partes del mundo que todavía no han oído hablar de Cristo. En rigor, los ámbitos de la misión «en virtud del mandato universal de Cristo no conoce confines»,[2] pero se pueden apreciar varios ámbitos.

Hay áreas geográficas que lo conocen muy poco, por eso, hacia el continente asiático: «debería orientarse principalmente la misión *ad gentes*».[3]

Hay fenómenos sociales nuevos, como la urbanización, las megápolis -que «deberían ser lugares privilegiados»[4] de misión-, los jóvenes «que en numerosos países representan ya más de la mitad de la población».[5]

Hay áreas culturales o areópagos modernos como ser el mundo de las comunicaciones; el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos, sobre todo los de las minorías; la

[1] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *II ad Cor*, 12, 14-15.
[2] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Redemptoris Missio»* (7 de diciembre de 1990) 37.
[3] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Redemptoris Missio»* (7 de diciembre de 1990) 37.
[4] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Redemptoris Missio»* (7 de diciembre de 1990) 37.
[5] JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Redemptoris Missio»* (7 de diciembre de 1990) 37.

promoción de la mujer y del niño; la salvaguardia de la creación. El vastísimo areópago de la cultura, de la investigación científica, de las relaciones internacionales...

La Exhortación postsinodal «*Ecclesia in América*» también nos recuerda la urgencia de evangelizar la cultura, los centros educativos, los medios de comunicación social, teniendo en cuenta «el grave obstáculo para el esfuerzo evangelizador»[6] que representan las sectas. En estos días el Cardenal Darío Castrillón Hoyos, prefecto de la Congregación para el Clero, afirmó que: «Hoy el mundo de las religiones se ha convertido en un supermercado donde el interés comercial priva por encima de todo... Estamos ante el mayor auge del esoterismo y de las ciencias ocultas que ha conocido la cultura occidental. En Europa y en Estados Unidos el número de astrólogos registrados es tres veces más numeroso que el de todos los físicos y químicos juntos. En Francia hay más de 50.000 consultorios de pitonisas... La proliferación de sectas es un fenómeno notable en todo el mundo que no sólo afecta a América. Y sólo estamos viendo la punta del iceberg que va a venir».[7]

3. «ME GASTARÉ Y ME DESGASTARÉ»: ¿DE QUÉ MANERA CONCRETA?

Este programa implica disponibilidad para, aún con muchos sacrificios, administrar los sacramentos. Pienso en especial en la confesión, en la unción de los enfermos... aún en medio de las persecuciones más crueles, de las desolaciones más profundas, de las noches oscuras más terribles y de las tentaciones más espantosas. ¡Allí se ve el temple sacerdotal! ¡No arruga ante ninguna dificultad, ni se arredra ante ningún obstáculo! Y debe llegar a la noche rendido de su trabajo sacerdotal de todo el día, agotado por

[6] Cfr. 70-73.
[7] ZENIT, «26 de agosto de 1999» ZS99082606 (www.zenit.org).

los empeños pastorales y ansioso por el necesario descanso reparador.

En darse suficiente tiempo para la digna celebración de la Misa, para la dirección espiritual, para preparar con seriedad los sermones, en especial, los dominicales. Señalan los obispos argentinos que: «Las respuestas a la consulta al Pueblo de Dios reflejan, con alto índice, la existencia de homilías superficiales y poco preparadas, como también alejadas de la vida real».[8] La realización actualizada de las misiones populares,[9] la predicación inteligente de ejercicios espirituales, retiros, conferencias, Cursos de Cultura Católica, catequesis, clases... La realización de oratorios al estilo de San Juan Bosco, del Beato Luis Orione quien enseñaba recordando al primero: «¿Queréis salvar a un pueblo, a una ciudad? Abrid un buen Oratorio».[10] Hacer campamentos, para niños y jóvenes, que sean escuela de vida, etc.

El sacerdote no debe renunciar a priori a ninguna de las formas de predicar la Palabra. Una de las formas más importantes es escribir, porque el escrito perdura y llega a mayor número de personas; editar libros, propagar la prensa católica.

Asimismo hay que pensar los nuevos problemas y buscar con creatividad las soluciones eficaces, con gran confianza en el poder de Dios que sigue obrando en el mundo incansablemente. No hay que tener miedo a las pastorales inéditas, siempre que sean según Dios.

Finalmente, como dice San Pablo: *Yo planté*, *Apolo regó*; *mas fue Dios quien dio el crecimiento* (1Cor 3, 6-7).

[8] CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Líneas pastorales para la Nueva Evangelización*, 51 (Buenos Aires 1990) 57.

[9] Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Líneas pastorales para la Nueva Evangelización*, 47 (Buenos Aires 1990) 52.

[10] *Cartas selectas del siervo de Dios Don Orione* (Mar del Plata 1952) 139.

Estoy convencido que la felicidad sacerdotal -y la felicidad del seminarista- está en ese «gastarse y desgastarse». Esa es la mística del trabajo sacerdotal. Y, ¿cuál es la medida del «gastarse y desgastarse»? Estimo que es la regla que señala San Ignacio para la penitencia: «cuanto más y más, mayor y mejor, sólo que no se corrompa el subiecto, ni se siga enfermedad notable».[11] Debemos prepararnos, incluso, para trabajar también en el cielo, como dijo Santa Teresita: «Mi cielo será seguir haciendo el bien en la tierra».[12]

María nos enseñe siempre a gastarnos y ha desgastarnos por la salvación de los hermanos y hermanas, y que lleguemos a entender que, pastoralmente, no hay nada más eficaz que la muerte total al propio yo.

[11] *Ejercicios Espirituales*, [83].
[12] SANTA TERESITA, *Novissima Verba*.

12

Misionero sin fronteras[1]

Hoy nos hacemos varias preguntas: ¿por qué el Señor, por qué Dios eligió a Hugo para ser sacerdote?; ¿por qué de entre tantos jóvenes de aquí, de Santa Rosa de Conlara, de entre tantas familias, ha puesto sus ojos sobre Hugo; lo amó, lo eligió y lo destinó para ser sacerdote?

Algunos dicen que no se sabe por qué, pero yo creo que la respuesta es muy fácil: Dios es Dios y es infinitamente libre y elige a quien quiere y elige cuando quiere y elige como quiere y elige para destinarlo a lo que Él quiere. Por eso Dios, que es libérrimo, no tiene que rendir cuentas a nadie. Nadie es su consejero. Dios es infinitamente sabio y conoce absolutamente todo: conoce el número de gotas que tiene la lluvia y el número de granos de arena que tiene el mar, y por eso Él elige a quien quiere: porque Él es Dios. Es por eso que eligió a este joven -yo lo conocí casi de niño; siempre me llamó la atención cómo cantaba: tenía una voz muy linda, canora, muy afiatada y con mucho sentido. Dios buscó un joven así, rodeado de padres y madres tan buenos, de una familia tan hermosa, de tan buenos hermanos. Y dejar padre y madre, hermanos, por seguir el llamado (porque una vez de una manera imperceptible, de una manera misteriosa, pero real, en lo más profundo de su alma y de su corazón sintió esa llamada casi im-

[1] Homilía del P. Carlos Miguel Buela para 1a primera Misa del P. Hugo Alaniz del día 23-12-96 en Santa Rosa de Conlara (San Luis).

perceptible, pero más poderosa que los portaaviones) del Señor Jesús que le decía: «Yo te quiero sacerdote, yo quiero que por amor a mí renuncies a padre, madre, hermanos, hijos, bienes, a formar una familia. Yo quiero que vos repitas las palabras que un día dije, pensando en vos también, en el cenáculo de Jerusalén: "Este es mi cuerpo..., esta es mi sangre". Y pensando en vos también agregué aquellas palabras: "Haced esto en conmemoración mía"». Y es así de simple, no hay que buscar otras motivaciones -que las puede haber, porque de hecho las hay-: Dios se mueve a través de todas las mediaciones que nosotros podamos imaginar, pero en última instancia, es Él el que toca, el que llama, el que inspira.

Ciertamente que es un llamado que está rodeado de toda una serie de situaciones providenciales que Dios, en su infinita sabiduría, en su infinita bondad, fue cediendo para que un día Hugo pudiese celebrar la Santa Misa. Pienso, por ejemplo, en el Padre Alfredo Sáenz, él fue quien tuvo la idea, junto con otros, de hacer un seminario: el seminario de Paraná, en donde se educó el Padre «Nolo», párroco de Huguito. Una vez veníamos de La Toma, de mañana muy temprano, íbamos para el lado de Cura Brochero, por la ruta: «Y bueno, ¿qué nos falta ahora? ¡Nos falta ahora encontrar al "Nolo" haciendo dedo en la banquina!». Y dicho esto, al minuto: «Hay un cura ahí en la banquina», ¡y era el Padre «Nolo», que estaba haciendo dedo para acá! He mencionado al Padre «Nolo» en la Providencia de Dios; en este momento pienso, y puedo nombrar ahora al Padre Carlos Alberto Lojoya, quien quiso venir en su momento aquí a San Luis, dejando en Buenos Aires perspectivas tal vez más importantes desde el punto de vista humano, y sin embargo, gracias a él, ¡cuántos sacerdotes dio esta diócesis de San Luis a la Iglesia! Y todo esto, es Providencia infinita de Dios, quien dispuso todo para que luego Huguito pudiese formarse como Dios quiere, y llegar así a ser sacerdote del Señor.

Pero también hay otra pregunta: ¿por qué Dios eligió a Hugo para ser misionero? Podría haberlo elegido para estar en algún

pueblo acá cerca, o en San Luis, o en el sur de la Provincia. Pero no: es así cómo Él, Dios, lo vio. Dios, así como lo tocó y lo llamó para ser sacerdote, también le dio la gracia de decirle «quiero que seas misionero».

¿Qué significa misionero? Quiere decir estar dispuesto a ir a cualquier parte de la tierra a donde sea necesaria la predicación del Evangelio y la celebración de la Eucaristía, a donde sea necesario poner en práctica el mandato del Señor: *Id por todo del mundo y predicad el Evangelio. Id por todo el mundo*, no solamente Santa Rosa de Conlara, no; no solamente la provincia de San Luis, no; no solamente la República Argentina, ni siquiera Latinoamérica. Lo dijo Jesucristo, y dijo: *Id por todo el mundo*. Y esto ciertamente implica, de parte de él, un sacrificio muy grande porque está alejado de sus seres queridos. Muchas veces se ha de acordar de ellos: todos los días y varias veces en el día, sobretodo en los momentos de dificultades y de peligro, y muchas veces se le anudará la garganta y tendrá que masticar lágrimas recordando con melancolía su tierra, sus familiares, sus amigos, nuestros cantos, nuestras sierras... Pero él tiene que ser fiel al llamado del Señor. El llamado del Señor es tal que pasa por sobre la carne y la sangre porque es algo de otro orden, es algo de orden sobrenatural, es algo en lo cual lo que está en juego es la gloria de Dios y la salvación de las almas, es por eso que también sus seres queridos participan de este sacrificio suyo, y deben así saber ofrecérselo al Señor para que el ministerio de él sea nuestro ejemplo.

Una tercera y última pregunta, pues hoy también tenemos que referirnos a este hecho: primero, Dios lo eligió para que sea sacerdote; segundo, Dios lo eligió para que sea misionero. Pero, tercero: misionero en un país árabe, misionero probablemente en Jordania, más concretamente en Mádaba. ¿Por qué dejar nuestra lengua tan hermosa, el español, para aprender una lengua más difícil como el árabe?; ¿por qué ir a ese lugar donde los cristianos están abandonándolo, y aún los mismos nacidos ahí, como por ejemplo, los palestinos, están emigrando?; ¿por qué ir a un lugar

que es el polvorín del mundo, que cada dos por tres hay guerras, luchas y atentados?; ¿por qué Dios ha escogido un lugar donde está la posibilidad real del martirio?; ¿por qué? Porque Dios hace lo que quiere, Dios es el que elige, y elige y destina adonde Él quiere y cuando Él quiere y como Él quiere, porque es Dios. Y porque justamente él, un joven como el Padre Hugo, que es fuerte, robusto, estará allá haciendo lo que otros, tal vez, no podamos hacer. Estará allá, en el país de Jesús, en ese país hermosísimo, Tierra Santa -hoy día bañada en sangre-, pero donde nació el Salvador del mundo, donde predicó, donde hizo milagros, donde murió y resucitó, desde donde subió a los cielos, donde bajó el Espíritu Santo, donde eligió a los primeros, a los Apóstoles, a los Doce que fueron por el mundo predicando el Evangelio y donde todos dieron el supremo testimonio de derramar su sangre por Cristo, todos menos uno, Juan.

Y es necesario que haya jóvenes sacerdotes dispuestos a ser custodios de los lugares santos. Es necesario que haya jóvenes sacerdotes que tengan esa disposición, que es una disposición martirial. Él, probablemente, no va a conocer como acá, iglesias llenas de feligreses. Él, muy probablemente, no pueda conocer las misiones populares con todos sus frutos; va a estar en una posición de desventaja, pues la población cristiana es minoritaria y vive en una época de persecución debido a que los cristianos son considerados como de segunda clase; más aún, en una situación altamente conflictiva por razón del fundamentalismo musulmán. Pero: ¿quién, si no, cuidaría los lugares santos?; ¿quién, si no, mantendría la presencia mínima en esos lugares para que nuestros hermanos los católicos de todo el mundo puedan seguir peregrinando a la patria de Jesús? Por eso es que es necesario ese sacrificio del Padre Hugo.

Y ahora ciertamente que él se va, dejará su casa, sus familiares, sus amigos, para ir a un lugar donde es otra la cultura, otra la lengua, otra las costumbres, otras las maneras de vivir. Pero él volverá. Volverá en primer lugar en el corazón de todos los de Santa

Rosa de Conlara, ya que él es un hijo privilegiado de este pueblo, es un hijo de este pueblo que retorna en con el recuerdo de su alegría, se hace el misionero de Cristo para anunciar la buena noticia de la Salvación a todos aquellos que todavía no la conocen; y por eso volverá con el recuerdo de cada uno y de un modo misterioso, pero real, con Jesucristo: ha de volver en todos, en los niños que nazcan en este pueblo, en cada bendición de la comida. Volverá sobre todo en cada Misa, porque allí, en cada Misa, en el corazón palpitante, en el corazón lleno de calor de Cristo Eucaristía, en el corazón de Jesús, sus familiares y sus amigos se van a encontrar con él, así como él cada día cuando transubstancia el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor ha de encontrar a sus familiares en el Corazón Eucarístico de Cristo. Ahora tenemos el «internet» y por eso estamos muy unidos, pero mucho antes de eso había un «internet» muy superior, que es el Corazón Eucarístico de Jesús.

Además de todo esto, quién podrá saber si este joven, Hugo, no hará famoso en toda la Cristiandad a este pueblo de Santa Rosa de Conlara. En este último viaje tuve la oportunidad de conocer algunos pueblos pequeños de los cuales surgieron grandes santos -algunos de ellos mártires-, que hoy en día son la gloria y corona de esos pueblos. Y si Dios le da larga vida, más adelante ocurrirá que vivirá en una casa, en una comunidad sacerdotal, con todos sus compañeros ya ancianos, todos tembleques y caminando despacito y con bastones, y no sé qué más, porque yo ya no estaré y algunos de ustedes tampoco; pero sí sé que los irán a saludar y entonces ellos les van a responder, les van a decir como me decían a mí cuando visité una casa de misioneros montfortianos en St-Laurent-sur-Sèvre (Francia): se presentaba cada uno y no daba su nombre, sino que decía así: «Misionero, treinta y cinco años en Vietnam», y una sonrisa en el rostro; otro viejito, al lado decía: «Misionero, cuarenta y tres años en las Islas Molucas». Ellos se presentaban así con el nombre definido: «Misionero», y el tiem-

po que habían estado en el país de misión, en la misión ad gentes. ¡Eran misioneros!

A pensar entonces cada uno en poner su cuota de responsabilidad para que siga siendo fuerte y creciente en ese anhelo del Señor de ir por todo el mundo para predicar el Evangelio. La Virgen nunca le faltará, el Señor siempre estará a su lado y Dios en su providencia misteriosa hará que todo en su vida suceda para su gloria.

13

Agonía y éxtasis

Un seminarista me preguntó qué sentía yo ante la partida de tantos nuevos sacerdotes. Pregunta de difícil respuesta, pero que trataré de responder. Digo lo que se puede y en la medida que puedo. Me pareció que se podía responder, de alguna manera, resumiendo la experiencia de la despedida en dos sentimientos tal vez contrapuestos: ¡Agonía y éxtasis!, referidos al pasado, al presente y al futuro.

1. Pasado

Agonía

Uno recuerda cuando el joven candidato llegó al Seminario, lo joven que era, los proyectos que tenía, los sueños e ilusiones. Su historia anterior, su familia, sus estudios. Los siete años pasados juntos. Los trabajos y oficios que realizó en orden al bien común. Las tareas apostólicas. Los servicios de caridad con el prójimo. Los deportes. No es un día. Son muchos días. Por eso la despedida produce tristeza.

Las alegrías y dolores compartidos. Las lágrimas derramadas. Las pruebas pasadas: arideces, sequedades, noches oscuras, tribulaciones... Las clases dadas. Las «*disputatio*». Los «*convivium*». Los «*melodium*». Los Ejercicios Espirituales de mes, de cinco días; los retiros mensuales; las predicaciones. Las jornadas de estudio. Las eutrapelias. Los campamentos y viajes: El Nihuil, Bariloche, Perú,

Brasil, las Reducciones, el viaje de Primeras Misas. Las procesiones de Domingo de Ramos, de Corpus, de Nuestra Señora de los Dolores... Las fiestas: las Ordenaciones, la Octava de Pascua, las fiestas de los Apóstoles, los Domingos, las fiestas de los Santos Patronos. Las alegrías por el aumento de las vocaciones, las misiones y las fundaciones. Los Rosarios, Via Crucis, Angelus. Las Adoraciones al Santísimo Sacramento con la Bendición. El rezo de la Liturgia de las Horas. Es muy intenso lo vivido juntos, por eso es muy dolorosa la separación.

También uno recuerda las veces que lo escuchó en confesión, en dirección espiritual, en confidencias, en charlas. Las veces que nos perdonamos mutuamente. La Misa diaria y las grandes celebraciones eucarísticas. Las «buenas noches». De manera particular, el recuerdo de las comuniones dadas día a día, porque en ese ministerio el sacerdote pasa más desapercibido y porque se da una relación especial con aquel a quien uno da de comer y comida sobrenatural. Ninguna de estas cosas son superficiales. Tocan a lo más íntimo de la conciencia humana. Son cosas muy personales, personalísimas. Irrepetibles y de seres irrepetibles. Únicos, por tanto, irremplazables.

ÉXTASIS

Pero, al mismo tiempo, gran alegría por las maravillas de lo que obró la gracia en esas almas buenas. La gracia de la decisión vocacional, que es una de las obras maestras de Dios. El posterior crecimiento interior, en virtudes, en madurez, en ciencia, en carácter, en alma sacerdotal. Entraron casi niños y ahora se van siendo hombres nobles. Eso produce gran alegría.

El sabernos embarcados en una aventura común, teniendo ideales comunes, como la gloria de Dios, la predicación del Evangelio, la salvación de las almas, la extensión del Reino de Dios en la tierra, la Misa, la Virgen, los amigos que nos edifican con su ejemplo.

Por sobre todo nos une la esperanza de un destino común: El Cielo, y la santidad que queremos vivir, a pesar de nuestras debilidades, para alcanzarlo. Hemos compartido muchas Eucaristías, y compartiremos, espiritualmente, muchas Eucaristías más. En cada una de las que celebremos, día a día, estarán cada uno de los que se van, ofreciendo la Víctima junto con nosotros. Y la Eucaristía es prenda de la gloria futura. Y esto nos envuelve en una gran, inmensa, contagiosa, alegría sobrenatural.

2. Presente

Agonía

De hecho, se van. No los veremos, habitualmente, más. De tanto en tanto los veremos, tal vez. Nos queda en el alma un hueco que no se llenará, porque nada puede llenarlo. En este sentido, toda despedida es muy parecida a la muerte. Para mí, toda despedida tiene algo de parecido al 8 de febrero de 1986. Luego, sólo quedan los recuerdos y las fotos, y, a veces, sus cálices de Primeras Misas y sus casullas, que al revestirlas parece que nos abrazaran.

¡Cuánto nos amamos! Y ahora no compartiremos, todos los días, la misma vida. Y alguno nos olvidará. Como decía La Rochefoucauld: «La distancia es al amor como el viento al fuego..., apaga un amor pequeño». Y da tristeza pensar que nos olvidarán.

Éxtasis

Pero, gran alegría, porque las ovejas no son mías, son de Cristo. Él las cuida mejor que uno. Él es el Buen Pastor, que da la vida por las ovejas. Él las cuida una por una. Las conoce por su nombre. Las guía amorosamente. Las hermoseó con su Sangre. Están de por medio sus profecías y sus promesas: *Yo estaré siempre con*

vosotros hasta la consumación del mundo (Mt 28, 20). Es el que dijo: *El cielo y la tierra pasarán*, *pero mis palabras no pasarán* (Mt 24, 35).

Gran alegría, porque «la distancia es al amor como el viento al fuego, aviva y enciende, aún más, un amor grande...». Y ellos comienzan a ser Padres y darán vida y vida a manos llenas. E irán aprendiendo, más y más, a amar con el Corazón de Cristo. Y serán testigos de que: *El amor no morirá jamás* (1Cor 13, 8). Y serán, con la gracia de Dios, muy fecundos, con fecundidad sobrenatural.

3. Futuro

Agonía

Algunos claudicarán, tal vez. No perseverarán. Los problemas, grandes y graves, a los que deberán enfrentarse, aunque no lo quieran, podrán hacer claudicar a alguno. Esto está en el programa. La formación más buena y exigente no debe ¡ni puede!, quitar la libertad a nadie. Y nosotros formamos hombres libres y para la libertad. Que alguno use mal de su libertad es una posibilidad muy real. Y eso produce tristeza.

Tendrán que sufrir mucho. Cosa de lo cual pareciera que ellos mucha cuenta no se dan. Pero está revelado y dicho por Jesús sobre San Pablo: *Yo le mostraré cuánto habrá de padecer por mi nombre* (He 9, 16). Y ellos fueron hechos, por la ordenación sacerdotal, sucesores de los Apóstoles en «el poder de consagrar, ofrecer y administrar el Cuerpo y la Sangre del Señor, así como el de perdonar o retener los pecados...».[1] Por eso nos corresponde la suerte de todo Apóstol: *Porque*, *a lo que pienso*, *Dios a nosotros los Apóstoles nos ha asignado el último lugar*, *como a condenados a muerte... hemos venido*

[1] *DS* 1764.

a ser hasta ahora como desecho del mundo, *como estropajo de todos* (1Cor 4, 9.13). Ciertamente que no es agradable despedir a quienes serán tratados como a condenados a muerte.

Van a la misión, pero somos profetas inermes. Somos enviados, pero dice Jesús: *Yo os envío como corderos en medio de lobos* (Lc 10, 3). Me parece que ese fue uno de los dolores que pasó Jesús cuando envió a los Apóstoles y discípulos. El enviar ovejas en medio de lobos[2] no es algo agradable para nadie. Algunos van a países exóticos, hablarán lenguas difíciles y extrañas, ni el alfabeto se tiene en común, tendrán que vivir en culturas muy distintas a las nuestras.

ÉXTASIS

Pero, la mayoría, con la gracia de Dios, perseverará hasta el fin, aunque vengan degollando. Algunos llegarán a sufrir glorioso martirio por Cristo y la fe católica. Otros serán grandes doctores que iluminarán a la Cristiandad: *los que enseñan a muchos la justicia*, *brillarán como las estrellas*, *por toda la eternidad* (Dn 12, 3). La inmensa mayoría, por no decir todos, valientes predicadores y testigos impertérritos de la Verdad de Cristo, de la Voluntad de Cristo y de la Santidad de Cristo verán a Satanás caer del cielo como un rayo.[3]

Alegría inmensa porque Dios: *Por una momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable* (2Cor 4, 17). Porque tenemos la certeza más absoluta: Que *los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros* (Ro 8, 18), que la esperanza no quedará confundida, pues *el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo*, *que nos ha sido dado* (Ro 5, 5).

[2] Cfr. Mt 10, 16.
[3] Cfr. Lc 10, 18.

Exultando de gozo ya que, por la ciencia de la cruz, han de experimentar la alegría de la cruz hasta poder decir: «He llegado a no poder sufrir, pues me es dulce todo sufrimiento», como decía Santa Teresita.[4] Sabiendo que Él siempre nos protegerá: *Soy yo. No temáis* (Jn 6, 20), *Sé a quién me he confiado* (2Tim 1, 12).

El mismo seminarista me preguntó, días después, que sentían los que se iban. Le dije que habría que preguntárselo a ellos.

¿Hay reciprocidad de sentimientos entre el hijo que se va y el padre que se queda? Creo que no. Y es natural. Como dice Santo Tomás: «los hijos son como un miembro del padre; por lo cual ama a su hijo como a sí mismo».[5] Me parece que nos sucede a los padres espirituales algo análogo, a lo que sucede con los padres carnales.

Ellos se van con la ilusión de lo nuevo. Nosotros nos quedamos con la responsabilidad de la formación y la responsabilidad de haberlos hecho partir. Y a seguir con la misma tarea.

No tienen la experiencia de los años y de las pruebas. Inexorablemente tendrán que pagar derecho de piso, aunque uno no lo quiera. En ellos se da cierta inconciencia juvenil, arropada por el romanticismo de la aventura y de vivir según grandes ideales. Cosa que los mayores no tenemos tanto. También puede darse un cierto sufrimiento, pero me parece que no hay paridad. Es la ley de la vida. Lo entenderán más adelante. Tal vez. (Ahora ni siquiera tienen conciencia de que jamás volverán a estar todos juntos).

Creo que esta fue también la experiencia de Jesús. Previendo su despedida, agonizaba en Getsemaní mientras los discípulos dormían. Lo dejaron sólo cuando lo alzaron en la cruz. Ya lo había profetizado: *Ahora mi alma se siente turbada. ¿Y qué diré? Padre*,

[4] *Historia de un alma*, XII, 21.

líbrame de esta hora. Mas para esto he venido yo a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Llegó entonces una voz del cielo: «*Le glorifiqué y de nuevo le glorificaré*» (Jn 12, 27-28).

También fue la experiencia de María, agonía y éxtasis, al pie de la cruz y al pie del sepulcro vacío. Nos dé Ella de su fortaleza.

¡Bendito sea Jesucristo que nos enseñó a «morir en Pascua»!

[5] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In III Sent,* 29, 7: «Quia filii sunt sicut membrum patris; unde aliquis diligit filium sicut seipsum»

14

A un sacerdote Arequipeño

Con ocasión de la primera Misa del neo sacerdote arequipeño, Padre Pierre Martínez, quiero hacer una relectura aplicándola a él (y aplicable a todo sacerdote arequipeño), de las frases que un día admiré, junto a él, en el mítico Yanahuara.

1. «Vaga junto al fogón de la ramada,
   el alma popular que fue señera,
   que si supo llorar junto a la amada,
   supo también morir en la trinchera»
   (Alberto Ballón, 1885-1964).

Desde el día en que el Señor Obispo, imponiéndote las manos, te ordenara, tu misión es peregrinar, sin derecho al descanso, para llevar el fuego -que es luz y calor- del Espíritu Santo y los cantos del que canta y camina. Y si muchas veces has llorado a los pies de la Virgen de Chapi, que supo llorar de pie al pie de la cruz, tú también sabrás morir de pie, en el combate, con la sotana puesta.

2. «AREQUIPA, LA TIERRA ANIDADA
A LOS PIES DE UN VOLCÁN:
VIVES LIBRE Y FELIZ
CUANDO VIVES PREFIRIENDO
SER LIBRE A TU PAN»
(ALBERTO GUILLÉN, 1895-1935).

Tu tierra, tu familia, tus amigos, tu vocación cristiana, religiosa y sacerdotal, hizo nido al pie del hierático Misti.[1] Debes ser siempre libre y llevar la verdadera libertad a tus hermanos, los hombres y mujeres que encontrarás en tu peregrinar sacerdotal. Prefiriendo siempre la verdadera libertad, a cualquier otra cosa, siempre inferior, de orden material.

3. «MÍSTICO YANAHUARA,
CON HUERTOS DE JUDEA AMADOS,
DE RUINOSOS Y RÚSTICOS TAPIALES
POR SOBRE LOS QUE SE ASOMAN
LOS ÁRBOLES FRUTALES
AROMANDO TUS CALLES DULCES,
CON PAZ DE ALDEA»
(PERCI GUIBSON).

Tu misión es ser *el buen olor de Cristo* (2Cor 2, 15)... *olor que de la vida lleva a la vida* (2Cor 2, 16), porque sos «otro Cristo» y debes realizar en el mundo la obra de Cristo, plantando las flores de las virtudes en los mil huertos de las almas, con la rusticidad de las verdades de a puño, con el perfume agridulce de la justicia y de la misericordia de Dios, para que a todos llegue en plenitud y en verdad la paz del que dijo: *os dejo la paz, os doy mi paz* (Jn 14, 27).

[1] Volcán peruano.

4. «SOY AREQUIPEÑO Y TE AMO COMO A UNA MADRE:
TU GRANDEZA HACE MIS ANSIAS ARDER,
Y AY DEL QUE INTENTE ULTRAJARTE,
QUE EN LEÓN ME TORNARÉ.
AREQUIPA ES RECIA TIERRA,
LO AFIRMO Y LO AFIRMO BIEN»
(FRANCISCO MOSTAJO).

Tal vez, por ser misionero, vayas a estar, algún día, lejos de tu amada Arequipa, vaya a saber por qué caminos de la rosa de los vientos, pero siempre dentro tuyo su grandeza deberán tus ansias arder y arder como un fanal. Como dice un poeta debés:

«...hacer que tu vida sea,
sin mancha de error ni mal,
como un perfecto fanal
en el que no se adivina
en dónde el aire termina
y en dónde empieza el cristal».[2]

Sos servidor del *León de la tribu de Judá* (Ap 5, 5), león, por tanto, debés ser para defender a tu madre, la Iglesia, que por algo has nacido en una tierra recia.

5. «QUE EL PUEBLO QUE DEFIENDE SU DERECHO
LLEVA UN MURO INVENCIBLE EN EL PECHO»
(BENITO BONIFAZ, 1829-1858).

Como sacerdote de Jesucristo debés ser el primer defensor de los derechos de Dios y de los derechos de los hombres. Es tu deber por haber sido constituido como cabeza y pastor de la grey a ti confiada. Por eso debés poner el pecho, sin hurtarlo a las dificultades del ministerio, que el nuestro es un ministerio de lágrimas

[2] J. M. PEMÁN, *El Divino Impaciente*, Prólogo (Madrid 1998) 20.

más que de goces. Sos esclavo de María, tenés la obligación de imitar a la que dice: *Sí, muro soy, y torres son mis pechos* (Ct 8, 10).

6. «AÑOS SE HA BATIDO AREQUIPA BRAVAMENTE PARA CONQUISTAR INSTITUCIONES LIBRES PARA LA PATRIA, NO SE NACE EN VANO AL PIE DE UN VOLCÁN» (BELISARIO CALLE).

Querido Sacerdote: Ya sabés lo que es batirse. Tendrás que seguir batiéndote siempre. Como nos enseña Job: *Milicia es la vida del hombre en la tierra* (7, 1). Y luchar es una gracia. Y doble gracia si uno es sacerdote. Desgraciado y estéril es aquel que no lucha. Señal que no tiene cuidado de las ovejas.

Y no basta batirse, sino que es necesario batirse bravamente. Para conquistar la libertad: *donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad* (2Cor 3, 17). No en vano has nacido al pie de un volcán.

7. «CIUDAD CON FISIOLOGÍA DE SEMILLA, PUES DONDE CAE UN DESACIERTO, BROTA ENSEGUIDA UNA REVOLUCIÓN» (ALBERTO HIDALGO).

A sembrar te han llamado. Debés predicar la Palabra de Dios a tiempo y a destiempo, con ocasión o sin ella.[3] Hay que ir incendiando el mundo con el amor de Dios. No hay revolución más profunda que la que produce el Evangelio cuando se predica y se vive en su prístina pureza. Predicar es revolucionar a los hombres y al mundo, con una diferencia sustancial de como lo hacen los paganos: No es para quitar la vida a los demás, sino que es para

[3] Cfr. 2Tim 4, 2.

entregar la nuestra propia, como el grano de trigo que muere para vivir.[4]

8. «AQUÍ SE HICIERON CAÑONES DEL METAL DE LAS CAMPANAS, PARA ENCAUSAR LOS DESBORDES DE LAVAS REPUBLICANAS» (CESAR ATAHUALPA RODRÍGUEZ).

Como sacerdote deberás, muchas veces, hacer de tripas corazón por razón de la caridad con el prójimo, que es nuestra suprema ley. Tus mayores, de campanas tuvieron que hacer cañones. Más aun en lo que es nuestra herencia sacerdotal. Es el mandato supremo de Cristo. Es el signo distintivo de sus discípulos. De donde penden la Ley y los Profetas. Es la reina de las virtudes. Se identifica con la santidad. Es aquello sobre lo que seremos juzgados en nuestro último día: «Al atardecer de la vida serás juzgado en el amor»[5] como enseña San Juan de la Cruz.

Una sóla cosa no debés cambiar por nada: Tu Misa diaria. Allí transustanciarás el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre del Señor. Allí perpetuarás el único sacrificio de la cruz. Allí obrarás *in Persona Christi*. Allí aprenderás, día a día, a encenderte, más y más, en el fuego del amor de Dios y del prójimo.

[4] Cfr. Jn 12, 24.
[5] SAN JUAN DE LA CRUZ, *Aviso*, 1, 60.

9. «LA CALLEJA QUE NADIE TRANSITA,
LA FAROLA QUE NUNCA SE ENCIENDE,
EL TORTUOSO ARRABAL DONDE HABITA
BUENA GENTE QUE TIEMBLA Y SE ESTRUJA
CUANDO ESCUCHA LA HISTORIA DE UN DUENDE»
(JOSE LUIS BUSTAMANTE Y RIVERO).

Nunca dejes de lado, como la buena gente, el santo temor de Dios que es la raíz de la sabiduría.[6]

Para caminar las calles que nadie transita. Para encender todo farol apagado. Para que en tu andar sacerdotal ningún arrabal te sea tortuoso. Te doy un secreto: ¡La Virgen María! ¡Tu Madre del Cielo! ¡A la que muchas veces llamaste Mamita! ¡Quién escuchó cientos de tus confidencias! ¡La que derramó miles de gracias sobre tu alma y en tu corazón! Ella nunca se olvidará que un día te hiciste su esclavo en materna esclavitud de amor.

Y ahora, ¡Adelante, siempre adelante! ¡Ave María y adelante! Que tengas duende, como se dice en Andalucía al tener un encanto misterioso e inefable, como debe tener todo hombre de Dios.

Y a dar mucho fruto para gloria de Dios sólo, y para honra y prez de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Romana, siendo fiel a Pedro que se perpetúa en la blanca figura del Papa.

¡Viva Arequipa! ¡Viva Jesús Eucaristía!

¡Viva la Virgen María! ¡Viva el Papa!

¡Viva el sacerdocio católico!

[6] Cfr. Sir 1, 14.

Conclusión

1

¡Gracias a Dios!

Sermón pronunciado en el marco imponente del
Teatro Griego de San Rafael,
el 8 de diciembre de 1990, por Mons. León Kruk,
en la Misa de Ordenación sacerdotal de 25 sacerdotes,
los primeros que hicieron sus estudios completos
en el Seminario Diocesano,
María Madre de Dios,
fundado por Mons. León Kruk, el 25 de marzo de 1984.

«¡Alégrate, María, llena de gracia, el Señor está contigo!». Para Dios no hay nada imposible...

Hermanos: hoy, en San Rafael, podemos repetir estas frases, en la Fiesta litúrgica que celebramos, Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María. ¡Alégrate San Rafael...!, en este día de las ordenaciones. ¡Para Dios no hay nada imposible!

Evidentemente no hay palabras ni gestos que puedan expresar toda la gratitud, toda la emoción y toda la alegría que vivimos en estos momentos.

¡Gracias, gracias, mil veces gracias, infinitas gracias a Dios!

Todos los dones de Dios son una gracia, pero este regalo de veinticinco sacerdotes en este año, y de trece diáconos, para esta diócesis de San Rafael, supera toda ponderación. Es una gracia de privilegio.

Te Deum laudamus!
Magnificat anima mea Dominum!

Señor, aquí nos tienes. Queremos ser tuyos, totalmente tuyos, eternamente tuyos. Queremos cantarte nuestra gratitud por toda la eternidad, asociando nuestras voces a las alabanzas y adoración de los ángeles. Solos no podemos alabarte y agradecerte como mereces.

Es un momento de emoción, por esta numerosa y selecta concurrencia de hermanos. Muchos de ustedes han venido desde muy lejos. Pero tan cercanos espiritualmente, ¡siempre bienvenidos, hermanos! Muchos de ustedes nos han confiado el fruto del amor de sus hogares: hijos, hermanos, familiares, amigos. Todos nos han ayudado con sus oraciones y sacrificios, con sus trabajos y preocupaciones, con sus anhelos y esperanzas. Han tomado el Seminario como una obra muy suya, muy propia. ¡Gracias, hermanos laicos de San Rafael y de otras partes! Hoy tenemos la dicha de rendirles cuenta de lo que hemos hecho, con la ayuda de Dios y de nuestra Madre, la Virgen María, y presentarles como sacerdotes a estos jóvenes que hace siete años dieron comienzo al Seminario de San Rafael.

Este, Señor, es el fruto primero, lozano, fragante, madurado en la oración, en el estudio y en el sacrificio; porque no han faltado contradicciones, golpes, cual granizada al parecer tan propia de esta zona, que en el día de nuestra Madre, y por mediación de Ella te presentamos y consagramos. ¡Son nuestras primicias, Señor!

Como Obispo, padre y pastor, te pido, Señor, que a estos nuevos sacerdotes los guardes siempre junto a Ti, y que conserven su juventud eternamente.

A modo de pensamientos que pudieran apuntalar una más amplia y rica comprensión del sacerdocio, señalo algunos en esta oportunidad.

El sacerdote, como Cristo, es un signo de contradicción en el mundo:

- Un hombre de los hombres para Dios, y un hombre de Dios para los hombres. Un hombre de Dios entre tantos hombres sin Dios;

- un hombre espiritual para tanta materia y tanto materialismo;

- un hombre pobre entre tantos pobres hombres. Un hombre rico en pobreza, en medio de tantos pobres espirituales, porque las riquezas materiales los ahogan y sofocan;

- un hombre que no posee nada, porque posee al que es todo y es poseído por el que se anonadó, se hizo nada;

- un hombre que por no poder, no saber vivir solo, deja su familia;

- un hombre que arriesga todo: sus bienes y su vida, y se lanza al mar sobre las olas como Pedro, porque le basta la voz y la presencia del Maestro;

- un hombre destinado a poblar el cielo infinito y eterno, frente a hombres empeñados en despoblar la tierra con su egoísmo, que en vez de aumentar el pan en la mesa suprime bocas...

- El sacerdote es un hombre, lumbrera siempre encendida, como faro esperanzador en medio de tanta tiniebla y borrasca.

- El sacerdote es un abanderado de la obediencia, en un mundo soberbio que se cree autosuficiente.

- El sacerdote es un campeón del sacrificio en un mundo cómodo y hedonista.

- El sacerdote es un luchador y atleta entre tantos fracasados ya antes de iniciar la pelea o la competencia.

- Es un gigante en medio de tanta *chatura* y raquitismo rastrero.

- Es un hombre de altura porque sabe que de rodillas ante Dios, se sobresale en estatura espiritual entre los gigantes de este mundo, pigmeos en la virtud que en su arrogancia atropellan los árboles porque no son capaces de comprender que los mismos surgieron de una humilde semilla depositada en la oscuridad de la tierra.

- El sacerdote, en fin, es un hombre que ríe y que canta, si es necesario, solo, en un mundo que llora a coro su alocada desventura.

- Un hombre que pregona la paz en el estruendo de la guerra, un hombre hoguera de amor en un mundo que se va congelando por el egoísmo como un témpano.

Hermanos: por estas cosas el sacerdote es un incomprendido por muchos, aunque deba comprender a todos; debe servir de apoyo a todos, aunque a veces no tenga en quien apoyarse, humanamente... Pero precisamente en esto radica la grandeza y la alegría del sacerdote.

Hoy encendemos 25 nuevas antorchas que han de desparramar por el mundo la luz de Cristo. Hoy instalamos en el mundo 25 nuevas emisoras que proclamarán el mensaje del Evangelio, que anunciarán a los hombres la buena noticia... Desde hoy Cristo vendrá a la tierra por 25 nuevas llamadas sobre el pan y el vino, desde hoy 50 brazos nuevos, jóvenes, robustos, elevarán a Cristo entre el cielo y la tierra...

También hoy surgen en el horizonte de la Iglesia de San Rafael 14 nuevas estrellas esperanzadoras: son los diáconos que el año próximo serán ungidos sacerdotes. Hoy se ordenan 13, y dentro de dos semanas uno más...

Al invitarlos, hermanos, a que oremos con insistencia al Señor por las vocaciones, porque la Iglesia no termina en el límite de esta diócesis, y hacen falta en todas partes numerosos y santos sacerdotes, no dejemos un solo día de dar gracias a Dios, por esta bendición tan especial que hoy manifiesta y hace presente con estas Ordenaciones. ¡Gracias, Señor, gracias! Amén, amén.

2

«Haerent Animo» de S.S. San Pio X

A la memoria de Mons. José Manuel Lorenzo,
Obispo de San Miguel (Argentina),
quien siendo profesor nuestro nos enseñó a amar
a Santo Tomás de Aquino
y el hermoso y autobiográfico escrito sacerdotal de San Pío X.

1. Grabadas en el ánimo profundamente y llenas de espanto se mantienen aquellas palabras que a los Hebreos dirigía el Apóstol de las gentes cuando, al instruirles sobre la obediencia debida a los superiores, hablaba en estos gravísimos términos: *Ellos en verdad velan por vosotros*, *como quienes han de dar cuenta de vuestras almas* (Heb 13, 17). Y si esta advertencia se refiere a cuantos en la Iglesia tienen autoridad, toca sobre todo a Nos que, a pesar de Nuestra insuficiencia, ejercemos en ella -por divina ordenación- la suprema autoridad. Por ello, con Nuestra incesante solicitud, día y noche nunca cesamos de pensar y de procurar todo cuanto atañe a la defensa y al aumento de la grey del Señor.

Y, entre todos, Nos preocupa sobremanera este asunto: el que los ministros sean plenamente cual deben ser por su cargo. Pues bien persuadidos estamos de que así es, sobre todo, como puede esperarse el buen estado y el progreso de la Religión. Por ello, desde que fuimos investidos del Pontificado, aunque, considerado

el clero en general, bien claros se veían sus muchos méritos, creímos, sin embargo, que debíamos exhortar con todo empeño a Nuestros venerables Hermanos, los Obispos de todo el orbe católico, para que de nada se ocuparan con mayor constancia y actividad como de formar a Cristo en todos los que por su ministerio están destinados a formar al mismo Cristo en los demás. Y bien hemos comprobado Nos cuál ha sido el celo de los Prelados en cumplir Nuestro encargo. Bien hemos comprobado con qué vigilancia y con cuánta solicitud se han aplicado asiduamente a formar a su clero en la virtud: por ello queremos, más que alabarles, darles las gracias públicamente.

2. Ahora bien: si, a consecuencia de este cuidado de los Obispos, vemos con regocijo cómo se ha reanimado el fuego divino en un gran número de sacerdotes, de suerte que recobrarán o aumentarán la gracia de Dios que recibieron por la imposición de las manos de los presbíteros; aún Nos hemos de lamentar de que otros, en algunos países, no se muestran tales que el pueblo cristiano, al poner con razón sus ojos en ellos como en un espejo, pueda ver lo que ha de imitar. A estos, pues, queremos manifestar Nuestro corazón en esta Carta: corazón en verdad paterno, que late con amor lleno de angustia a la vista de su hijo gravemente enfermo. Inspirados en este amor, queremos añadir Nuestras exhortaciones a las del Episcopado; y, aunque, sobre todo, tienen por objeto el reducir a los extraviados y a los tibios, queremos que también a los demás sirvan de estímulo. Queremos señalarles el camino seguro que cada cual ha de esforzarse por seguir cada día con mayor empeño, para ser verdaderamente, según la clara expresión del Apóstol, *el hombre de Dios* (1Tim 6, 11) y para corresponder a todo lo que tan justamente espera la Iglesia.

Nada os diremos que no os sea conocido, ni nuevo para nadie, sino lo que importa bien que todos recuerden: Dios Nos hace sentir que Nuestra palabra producirá abundante fruto. Ved, pues, lo que os pedimos: *Renovaos... en el espíritu de vuestra vocación y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios en justicia y en verdad* (Ef

4, 23-24); para Nos, este será vuestro presente más hermoso y más agradable en el quincuagésimo aniversario de Nuestro sacerdocio. Cuando examinemos Nos ante Dios *con un corazón contrito y espíritu de humildad* (Dn 3, 39), estos años pasados en el sacerdocio, Nos parecerá poder expiar en alguna manera todo cuanto de humano haya de llorarse, recomendándoos y *exhortándoos a caminar dignamente para en todo agradar a Dios* (Col 1, 10). Mas con esta exhortación no sólo miramos por vuestro bien particular, sino también por el bien general de los católicos todos, pues no puede separarse el uno del otro. Porque no es tal la condición del sacerdote que pueda ser bueno o malo sólo para sí, ya que su vida y costumbres tan poderosamente influyen en el pueblo. Allí donde haya un buen sacerdote, ¡qué bien tan grande y precioso tienen!

1. SACERDOTE, SANTO

3. Comenzaremos, por lo tanto, queridos hijos, Nuestra exhortación excitándoos a la santidad de vida que la excelencia de vuestra dignidad requiere. Todo el que ejerce el sacerdocio no lo ejerce sólo para sí, sino también para los demás: *Porque todo Pontífice tomado de entre los hombres está constituido para bien de los hombres en las cosas que miran a Dios* (Heb 5, 1). El mismo pensamiento expresó Jesucristo cuando, para mostrar la finalidad de la acción de los sacerdotes, los comparó con la sal y con la luz. El sacerdote es, por lo tanto, luz del mundo y sal de la tierra. Nadie ignora que esto se realiza, sobre todo, cuando se comunica la verdad cristiana; pero ¿puede ignorarse ya que este ministerio casi nada vale, si el sacerdote no apoya con su ejemplo lo que enseña con su palabra? Quienes le escuchan podrían decir entonces, con injuria, es verdad, pero no sin razón: *Hacen profesión de conocer a Dios, pero le niegan con sus obras* (Tit 1, 16); y así rechazarían la doctrina del sacerdote y no gozarían de su luz. Por eso el mismo Jesucristo, constituido como modelo de los sacerdotes, enseñó primero con el ejemplo y después con las palabras: *Empezó Jesús a hacer y a enseñar* (He 1, 1). Además, si el sacerdote descuida su santificación, de ningún modo

podrá ser la sal de la tierra, porque lo corrompido y contaminado en manera alguna puede servir para dar la salud, y allí, donde falta la santidad, inevitable es que entre la corrupción. Por ello Jesucristo, al continuar aquella comparación, a tales sacerdotes les llama sal insípida que *para nada sirve ya sino para ser tirada*, *y por ello ser pisada por los hombres* (Mt 5, 13).

4. Verdades estas, que con mayor claridad aparecen, si se considera que nosotros, los sacerdotes, no ejercemos la función sacerdotal en nombre propio, sino en el de Cristo Jesús. Así, dice el Apóstol, *nos considere todo hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios* (1Cor 4, 1); *somos embajadores de Cristo* (2Cor 5, 20). Por esta razón, Jesucristo mismo nos miró como amigos y no como siervos. *Ya no os llamaré siervos...*, *os he llamado amigos*: *porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he hecho conocer a vosotros... Os he escogido y destinado para que vayáis al mundo y hagáis fruto* (Jn 15, 15-16). Tenemos, pues, que representar a la persona de Cristo; pero la embajada, por Él mismo dada, ha de cumplirse de tal modo que alcancemos lo que él se propuso. Y como querer o no querer la misma cosa es la sólida amistad, estamos obligados, como amigos, a sentir en nosotros lo que vemos en Jesucristo, que es *santo*, *inocente*, *inmaculado* (Heb 7, 26): como embajadores suyos, hemos de ganar -para sus doctrinas y leyes- la confianza de los hombres, comenzando antes por observarlas nosotros mismos; como participantes de su poder, tenemos que liberar las almas de los demás de los lazos del pecado, pero hemos de procurar con todo cuidado no enredarnos nosotros mismos en ellos. Pero sobre todo, como ministros suyos, al ofrecer el sacrificio por excelencia, que cada día se renueva -en virtud de una fuerza perenne- por la salud del mundo, nos hemos de poner en aquella misma disposición de alma con que El se ofreció a Dios cual hostia inmaculada en el ara de la cruz. Si antiguamente, cuando no había sino símbolos y figuras, se requería santidad tan grande en los sacerdotes, ¿qué no habrá de exigirse a nosotros, cuando Cristo mismo es la víctima? «¿A quién no debe aventajar en pureza el que goza de semejante

sacrificio? ¿A qué rayo de sol en esplendor la manos que parte esta carne, la boca que se llena del fuego espiritual, la lengua que se enrojece con la sangre que hace temblar?».[1] Con gran razón insistía así San Carlos Borromeo, en sus discursos al clero: «Si nos acordáramos, queridísimos hermanos, de cuán grandes y cuán dignas cosas ha puesto Dios en nuestras manos, ¡qué fuerza tendría esta consideración para excitarnos a vivir una vida digna de sacerdotes! ¿Qué no ha puesto el Señor en mi mano, cuando ha puesto a su propio Hijo, unigénito, coeterno y consubstancial a sí mismo? En mi mano ha puesto todos sus tesoros, los sacramentos, la gracia; ha puesto las almas, para él lo más precioso, que ha amado más que a sí mismo, pues las ha comprado a precio de su misma sangre; en mi mano ha puesto el mismo cielo, que yo pueda abrir y cerrar a los demás... ¿Cómo podría, pues, yo ser tan ingrato a tan gran dignación y amor, que llegue a pecar contra Él, a ofender su honor, a contaminar este cuerpo que es suyo, a profanar esta dignidad, esta vida consagrada a su servicio?».

5. A esta santidad de vida, de la que aún queremos hablar más todavía, atiende la Iglesia por medio de esfuerzos tan grandes como continuos. Para ello instituyó los Seminarios: en estos, los jóvenes que se educan para el sacerdocio han de ser imbuídos en ciencias y letras, han de ser al mismo tiempo, pero de un modo especial, formados desde sus más tiernos años en todo cuanto a la piedad concierne. Después, como solícita madre, la Iglesia los conduce gradualmente al sacerdocio, con largos intervalos en los que no perdona medio alguno para exhortarles a que adquieran la santidad. Place bien recordar aquí todo esto.

6. Cuando ya la Iglesia nos alistó en la sagrada milicia, quiso confesáramos con verdad que *el Señor es parte de mi herencia y de mi suerte*: *Vos sois*, *Dios mío*, *quien me devolveréis esta herencia* (Sl 15, 5) Por

[1] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Mat. hom.*, 82, 5.

estas palabras -dice San Jerónimo- el clérigo queda bien avisado de que «él, que es parte del Señor o tiene al Señor por parte suya, se muestre tal, que también posea al Señor y sea poseído por Él».[2] ¡Qué lenguaje tan grave emplea la Iglesia con aquellos que van a ser promovidos al subdiaconado!: «Una y muchas veces habréis de considerar la carga que voluntariamente tomáis sobre vuestros hombros... Porque, si recibís este orden, no os será permitido volver atrás en vuestra decisión, sino que tendréis que servir siempre a Dios y guardar, con su ayuda, la castidad». Y, por fin: «Si hasta el presente habéis estado retraídos de la Iglesia, desde ahora debéis ser asiduos en frecuentarla; si hasta hoy soñolientos, desde ahora vigilantes...; si hasta aquí deshonestos, en lo sucesivo castos... ¡Ved qué ministerio se os confiere!» Por los que van a pasar al diaconado, la Iglesia ruega así a Dios, por la voz del Obispo: «Que en ellos abunde el modelo de toda virtud, una autoridad modesta, un pudor constante, la pureza de la inocencia y la observancia de la disciplina espiritual... Que en sus costumbres brillen tus preceptos, a fin de que, con el ejemplo de su castidad el pueblo fiel tenga como propio un modelo que imitar». Más conmovedora aún es la advertencia dirigida a los que han de ser elevados al sacerdocio: «Preciso es subir con gran temor a grado tan alto y procurar que la sabiduría celestial, la probidad de las costumbres y la perpetua observancia de la justicia recomienden a los escogidos para tal cargo... Que el perfume de vuestra vida sea la alegría de la Iglesia de Dios, de manera que por la predicación y el ejemplo construyáis la casa, es decir, la familia de Dios». Pero, sobre todo, nos ha de mover aquel gravísimo mandato que añade: «Imitad lo que tenéis entre manos», el cual ciertamente concuerda con aquel precepto de San Pablo: *Hagamos a todo hombre perfecto en Jesucristo* (Col 1, 28).

[2] *Ep. 52*, *ad Nepot.*, 5.

7. Siendo, por lo tanto, este el pensamiento de la Iglesia, en cuanto a la vida sacerdotal, a nadie podrá parecer extraño que los Santos Padres y Doctores estén todos tan unánimes en este asunto que hasta puedan parecer quizá demasiado prolijos; y, sin embargo, si los juzgamos con prudencia, concluiremos que nada han enseñado que no sea plenamente recto y verdadero. A esto se reducen sus palabras: Entre el sacerdote y cualquier hombre probo debe haber tanta diferencia como entre el cielo y la tierra, por cuya razón se ha de procurar que la virtud del sacerdote no sólo esté exenta de las más graves culpas, sino también aun de las más leves. El Concilio de Trento siguió en esto el juicio de hombres tan venerables, cuando advirtió a los clérigos que huyesen «hasta de las faltas leves, que en ellos serían muy grandes»;[3] muy grandes, en efecto, no en sí, sino con relación al que las comete, y a quien, con mayor razón que a las paredes de nuestros templos, ha de aplicarse esta frase de la Escritura: *La santidad es propia de tu casa* (Sl 92, 5).

8. Ahora bien: preciso es determinar en qué haya de consistir esta santidad, de la cual no es lícito que carezca el sacerdote; porque el que lo ignore o lo entienda mal, está ciertamente expuesto a un peligro muy grave. Piensan algunos, y hasta lo pregonan, que el sacerdote ha de colocar todo su empeño en emplearse sin reserva en el bien de los demás; por ello, dejando casi todo el cuidado de aquellas virtudes -que ellos llaman *pasivas*- por las cuales el hombre se perfecciona a sí mismo, dicen que toda actividad y todo el esfuerzo han de concentrarse en la adquisición y en el ejercicio de las virtudes *activas*. Maravilla cuánto engaño y cuánto mal contiene esta doctrina. De ella escribió muy sabiamente Nuestro Predecesor, de feliz memoria: «Sólo aquel que no se acuerde de las palabras del Apóstol: *Los que Él previó*, *también predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo* (Ro 8, 29), sólo aquel -digo- podrá pensar que

[3] *Sess. 22 de reform.* 1.

las virtudes cristianas son acomodadas las unas a un tiempo y las otras a otro. Cristo es el Maestro y el ejemplo de toda santidad, a cuya norma se ajusten todos cuantos deseen ocupar un lugar entre los bienaventurados. Ahora bien: a medida que pasan los siglos, Cristo no cambia, sino que es el mismo *ayer y hoy, y será el mismo por todos los siglos* (Heb 13, 8). Por lo tanto, a todos los hombres de todos los tiempos se dirige aquello: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 20): y en todo momento se nos muestra Cristo *hecho obediente hasta la muerte* (Flp 2, 8). También aquellas palabras del Apóstol: *Los que son de Cristo han crucificado su carne con los vicios y las concupiscencias* (Ga 5, 24) valen igualmente para todos los tiempos».[4] Verdad es que estas enseñanzas se aplican por igual a todos los fieles, pero dicen mejor con los sacerdotes; y, como dicho a ellos antes que a los demás, han de tomar lo que Nuestro Predecesor añadía con su apostólico celo: Quisiera Dios que estas virtudes fuesen practicadas ahora por mayor número de gente, como lo fueron por tantos santos personajes de tiempos pasados, que en humildad de corazón, obediencia y abstinencia fueron *poderosos en obras y palabras* (Lc 24, 19), con provecho muy grande para la religión y la sociedad. Ni está fuera de lugar el recordar cómo el sapientísimo Pontífice con toda razón hace una muy singular mención de aquella abstinencia que, en lenguaje evangélico, llamamos «abnegación de sí mismo». En efecto, queridos hijos, en ella principalmente están contenidas la fuerza, la eficacia y todo el fruto del ministerio sacerdotal; así como de su negligencia procede todo cuanto en las costumbres del sacerdote puede ofender los ojos y las conciencias de los fieles. Porque, si alguno obra por un vergonzoso afán de lucro, si se enreda en negocios temporales, si ambiciona los primeros puestos y desprecia los demás, si se hace esclavo de la carne y de la sangre, si busca el agradar a los hombres, si confía en las palabras persuasivas de la sabiduría humana, todo ello proviene de que desdeña el mandato de Cristo y

[4] *Ep. Testem benevolentiae ad archiep. Baltimor.* (21 ian. 1899).

desprecia la condición por Él puesta: *Si alguno quiere venir en pos de mí*, *niéguese a sí mismo* (Mt 16, 24).

9. Mientras Nos inculcamos tanto todo esto, no dejamos de advertir al sacerdote que no ha de vivir santamente para sí solo, pues él es el obrero que Cristo *salió a contratar para su viña* (Mt 20, 1). Le corresponde, pues, arrancar las perniciosas hierbas, sembrar las útiles, regarlas y velar para que el enemigo no siembre luego la cizaña. Guárdese bien, por lo tanto, el sacerdote, no sea que, al dejarse llevar por un afán inconsiderado de su perfección interior, descuide alguna de las obligaciones de su ministerio que al bien de los fieles se refieren. Tales son: predicar la palabra divina, oír confesiones cual conviene, asistir a los enfermos, sobre todo a los moribundos, enseñar la fe a los que no la conocen, consolar a los afligidos, hacer que vuelvan al camino los que yerran, imitar siempre y en todo a Cristo, *que pasó haciendo el bien y curando a todos los tiranizados por el diablo* (Heb 10, 38). Pero, en medio de toda esta actividad, que en su alma esté siempre profundamente grabada la advertencia insigne de San Pablo: *Ni el que planta es algo*, *ni el que riega*; *sino el que obra el crecimiento*, *Dios* (1Cor 3, 7). Bien está que entre lágrimas vaya echando las semillas, bien que luego las cuide con todo esmero; pero que germinen y den el fruto deseado, sólo pertenece a Dios y a su auxilio todopoderoso. Y es que, sobre todo, siempre se ha de tener muy presente que los hombres no son sino instrumentos que usa Dios para la salvación de las almas; por ello, siempre han de estar muy bien preparados para que Dios pueda servirse de ellos. Pero ¿de qué modo? ¿Creemos, por ventura, que Dios se moverá a valerse de nuestra actividad, en el extender su gloria, por alguna excelencia nuestra ingénita o lograda por el trabajo? En manera alguna; porque escrito está: *Dios se escogió lo necio del mundo para confundir al sabio*; *y lo débil del mundo*, *para confundir lo fuerte*; *y lo vil del mundo*, *lo tenido en nada y lo que no es se lo escogió Dios para anular lo que es* (1Cor 1, 27-28).

En realidad, tan sólo hay una cosa que une al hombre con Dios, haciéndole agradable a sus ojos e instrumento no indigno de

su misericordia: la santidad de vida y de costumbres. Si esta santidad, que no es otra que la eminente ciencia de Jesucristo, faltare al sacerdote, le falta todo. Pues, separados de esta santidad, el caudal mismo de la ciencia más escogida -que Nos mismo procuramos promover en el clero-, la actividad y el acierto en el obrar, aunque puedan ser de alguna utilidad, ya a la Iglesia, ya a cada uno de los cristianos, no rara vez les son lamentable causa de perjuicios. Pero cuánto pueda, por ínfimo que sea, emprender y lograr con gran beneficio para el pueblo de Dios quien esté adornado de santidad y por la santidad se distinga, lo prueban numerosos testimonios de todos los tiempos, y admirablemente el no lejano de Juan B. Vianney, ejemplar cura de almas, a quien Nos tuvimos gran placer en decretar el honor debido a los Beatos. Únicamente la santidad nos hace tales como nos quiere nuestra divina vocación, esto es, hombres que estén crucificados para el mundo y para quienes el mundo mismo esté crucificado, hombres que caminen en una nueva vida y que, como enseña San Pablo, *en medio de trabajos*, *de vigilias*, *de ayunos*, *por la castidad*, *por la ciencia*, *por la longanimidad*, *por la suavidad*, *por el Espíritu Santo*, *por la caridad no fingida*, *por la palabra de verdad* (2Cor 6, 5 ss), se muestren ministros de Dios, que se dirijan exclusivamente hacia las cosas celestiales y que pongan todo su esfuerzo en llevar también a los demás hacia ellas.

2. MEDIOS DE SANTIFICACIÓN

10. Mas, como nadie ignora, la santidad de la vida en tanto es fruto de nuestra voluntad, en cuanto es fortificada por Dios mediante el auxilio de la gracia; y Dios mismo nos ha provisto colmadamente para que no careciésemos jamás, si no queremos, del don de la gracia, lo cual logramos principalmente por el espíritu de oración. En efecto, entre la santidad y la oración existe dicha relación tan necesariamente que de ningún modo puede existir la una

sin la otra. Por esto, muy conforme a la verdad es la frase del Crisóstomo: «Yo creo ser evidente para todos que es sencillamente imposible el vivir en la virtud sin la defensa de la oración»;[5] y San Agustín, agudamente, formula esta conclusión: «Verdaderamente sabe vivir bien quien sabe orar bien».[6] Jesucristo mismo nos persuade con más fuerza estas enseñanzas por la exhortación constante de su palabra, y más todavía con su ejemplo: sabido es cómo para orar, se retiraba a los desiertos, o se acogía a la soledad de las montañas; gastaba noches enteras con gran empeño en esta ocupación; iba frecuentemente al templo, y hasta rodeado de las muchedumbres oraba en público con los ojos alzados al cielo; en fin, clavado en la cruz, aún entre los mismos dolores de la muerte, llorando y con gran clamor suplicó a su Padre. Tengamos, por lo tanto, como cierto y probado que el sacerdote, a fin de poder cumplir dignamente con su puesto y su deber, necesita darse de lleno a la oración. No es raro tener que deplorar que lo haga más por costumbre que por devoción interior; que a su tiempo rece el oficio con descuido o que recite a veces algunas oraciones, pero después ya no se acuerde de consagrar parte alguna del día para hablar con Dios, elevando su corazón al cielo. Y sin embargo, el sacerdote, mucho más que cualquier otro, debe obedecer al precepto de Cristo: *Preciso es orar siempre* (Lc 18, 1); precepto que seguía San Pablo, cuando insistía con tanto empeño: *Perseverad en la oración*, *pasando en ella las vigilias con acción de gracias* (Col 4, 2); *Orad sin cesar* (1Te 5, 17). Y ¡cuántas ocasiones se presentan durante el día para elevarse hacia Dios a un alma poseída por el deseo de la propia santificación y de la salvación de las otras almas! Angustias íntimas, fuerza y pertinacia de las tentaciones, falta de virtudes, desaliento y esterilidad en los trabajos, innumerables ofensas o negligencia y, finalmente, el temor a los juicios divinos: todas estas cosas nos incitan poderosamente a llorar ante el Señor para enri-

[5] *De praecatione orat.*, 1.
[6] *Hom.* 4, ex 50.

quecernos fácilmente, a sus ojos, de méritos y, además, conseguir su protección. Y hemos de llorar no tan sólo por nosotros. Entre el gran diluvio de pecados que, sin cesar se extiende por todas partes, a nosotros nos corresponde, sobre todo, el implorar y suplicar la divina clemencia, así como el insistir ante Cristo, dador muy benigno de toda gracia, en el admirable Sacramento: *Perdona, Señor, perdona a tu pueblo.*

11. Punto capital, en esto, es el designar cada día un tiempo determinado para la meditación de las cosas eternas. No hay sacerdote que, sin nota de grave negligencia y detrimento de su alma, pueda descuidar esto.

Escribiendo el santísimo abad Bernardo a Eugenio III, discípulo suyo en otro tiempo y a la sazón Romano Pontífice, con no menor libertad que energía le avisaba que ningún día dejara de entregarse a la meditación de las cosas divinas, sin que le sirvieran de excusa alguna las ocupaciones tan numerosas y graves como lleva consigo el supremo apostolado. Y con toda razón se empeñaba en lograrlo de él, enumerándole así con gran sabiduría las utilidades de tal ejercicio: «La meditación purifica su propia fuente, esto es, la mente de donde procede. Regula luego las afecciones, dirige los actos, corrige los excesos, arregla las costumbres, cohonesta y ordena la vida; confiere, en fin, tanto la ciencia de las cosas divinas como de las humanas. Es la que aclara lo confuso, corrige los extravíos, concentra lo esparcido, escudriña lo oculto, investiga lo verdadero, examina lo verosímil y explora lo fingido y aparente. Ella prepara lo que debe hacerse y repasa lo hecho, de suerte que nada subsista en el ánimo que no esté corregido o que tenga necesidad de corrección. En lo próspero, ella presiente lo adverso; y, en lo adverso, hace como que no siente: propio es lo uno de la fortaleza, lo otro de la prudencia».[7] El conjunto de estas

[7] *De considerat.*, 1, 7.

grandes ventajas, que la meditación lleva consigo, nos enseña y a la vez nos advierte cómo en todos los sentidos no sólo es provechosa, sino muy necesaria.

12. Aunque las diferentes funciones sacerdotales sean augustas y llenas de veneración, ocurre, sin embargo, que quienes las cumplen por costumbre, no las consideran con la religiosidad que se merecen. De aquí, disminuyendo el fervor poco a poco, fácilmente se pasa a la negligencia y hasta al disgusto de las cosas más santas. Añádase a esto que al sacerdote le es necesario el vivir diariamente como *en medio de una generación depravada* (Flp 2, 15), de modo que muchas veces, aun en el ejercicio mismo de la caridad pastoral, habrá de temer no se encubran allí las acechanzas de la serpiente infernal. ¿Qué decir de la facilidad con que hasta los corazones piadosos se manchan con el polvo del mundo? Bien, pues, se ve cuál y cuán grande es la necesidad de volverse todos los días hacia la contemplación de las cosas del cielo, para que, recobradas de tiempo en tiempo las fuerzas, la mente y la voluntad queden robustecidas contra las tentaciones. Conviene, además, que el sacerdote adquiera cierta facilidad y hábito para elevarse y tender hacia las cosas celestiales, a fin de gustar las cosas de Dios, enseñarlas y aconsejarlas con ahínco; y ordenar su vida sobre las cosas humanas de tal suerte que todo cuanto haga según su ministerio, lo haga según Dios, inspirado y guiado por la fe. Ahora bien; que esta disposición de ánimo, esta unión como espontánea del alma con Dios, se produce y se conserva principalmente gracias a la meditación cotidiana, cosa es tan clara a quien piense un poco siquiera, que ya no es necesario el detenernos más en su explicación. Confirmación de todo esto, bien triste por cierto, podemos hallar en la vida de aquellos sacerdotes que o hacen poco caso de la meditación de las cosas eternas, o la miran con fastidio. Y así son de ver aquellos hombres, en quienes ha languidecido bien tan importante como el sentir de Cristo, entregados por completo a las cosas de la tierra, pretendiendo cosas vanas, hablando fútiles palabras y tratando las cosas santas negligente, fría y aún indigna-

mente quizá. En un principio, esos sacerdotes, fortalecidos por la gracia de su reciente unción sacerdotal, preparaban con diligencia su ánimo para rezar el oficio divino, para no hacer como los que tientan a Dios: buscaban el tiempo más oportuno y los sitios más retirados del estrépito de las gentes; procuraban investigar los sentidos de la palabra de Dios; cantaban alabanzas, gemían, se alegraban y derramaban su espíritu con el Salmista. Y ahora, con relación a entonces, ¡cuán cambiados!... Apenas si ya nada en ellos queda, de aquella animosa piedad con que anhelaban los divinos misterios. ¡Cuán amados les eran en otros tiempos aquellos tabernáculos! Ansiaba el alma por sentarse a la mesa del Señor y poder llevar continuamente a otras muchas hacia ella. Antes del sacrificio, ¡qué pureza, qué oraciones las de aquella alma fervorosa! En la celebración de la misa, ¡cuánta reverencia entonces, exactamente cumplidas las augustas ceremonias en toda su hermosura! ¡Qué gracias dadas de lo íntimo del corazón! Así, felizmente, en el pueblo se esparcía el buen olor de Cristo... *Acordaos*, os rogamos hijos amadísimos, *acordaos... de los pasados días* (Heb 10, 32) cuando, en efecto, el alma ardía inflamada por el entusiasmo de la santa meditación.

13. Entre aquellos mismos a quienes es gravoso *recogerse en su corazón* (Jr 12, 11) o que lo descuidan, no faltan ciertamente quienes no disimulan la consiguiente pobreza de su alma, y se excusan poniendo por causa que se entregaron totalmente a la actividad del ministerio sacerdotal, a la múltiple utilidad de los demás. Mas se engañan miserablemente. Porque, no acostumbrados ya a tratar con Dios, cuando de Él hablan a los hombres o cuando les dan consejos para la vida cristiana, carecen totalmente del espíritu de Dios, de suerte que en ellos la palabra evangélica parece casi muerta. Su voz, aunque brille con una prudencia que se alaba, ya no es el eco de la voz del buen Pastor, única que las ovejas oyen para su bien, sino que resuena y se pierde sin fruto, algunas veces infecunda por el mal ejemplo, no sin deshonra para la religión y escándalo para los buenos. Lo mismo sucede en los demás minis-

terios de su agitada vida; pues, o no se sigue ventaja alguna de sólida utilidad, o es de corta duración, porque le falta la lluvia del cielo que se atrae en abundancia tan sólo por la *oración del que se humilla* (Sir 35, 17). Y no podemos menos de lamentarnos vehementemente de aquellos que, arrastrados por perniciosas novedades, ni se avergüenzan siquiera de pensar en contra de lo que llevamos dicho, juzgando ellos que es como perdido el trabajo que se emplea en meditar y en orar. ¡Funesta ceguera! ¡Ojalá que los tales, considerando bien consigo mismo, lleguen por fin a conocer en qué paran esa negligencia y desprecio tal de la oración! De aquí procedió la soberbia y la contumacia; y estas dieron frutos harto amargos, que el ánimo de Padre rehuye recordar y desea totalmente arrancar. Dios atienda a este deseo, y mirando con ojos benignos a los extraviados, derrame sobre ellos tan abundantemente el espíritu de gracia y de oración, que llorando su error vuelvan de grado, con alegría de todos, a los caminos en mal hora abandonados, y continúen en ellos con más cautela. ¡Y séanos Dios testigo, como en otro tiempo lo fue con el Apóstol,[8] de cómo los amamos a todos ellos en las entrañas de Jesucristo!

14. Que en ellos, como en todos vosotros, hijos amadísimos, se grabe muy bien Nuestra exhortación, porque es también de Cristo Señor Nuestro: *Atended*, *vigilad y orad* (Mc 13, 33). Ante todo, que cada cual aplique su industria al empeño de meditar piadosamente; procure esto mismo con diligencia y ánimo confiado, suplicando: ¡*Señor*, *enséñanos a orar*! (Lc 11, 1). Ni tiene poco peso para inducirnos a meditar esta especial razón: a saber, cuán gran influencia en el consejo y virtud procede de aquí, cosa muy útil para la recta cura de almas, obra la más difícil de todas. Y muy a propósito viene, siendo digna de ser recordada, la alocución pastoral de San Carlos: «Entended, hermanos, que nada es tan necesario a todos los varones eclesiásticos como la oración men-

[8] Cfr. Flp 1, 8.

tal, que preceda, acompañe y siga a todas nuestras acciones; *Cantaré*, dice el Profeta, *y entenderé* (Sl 100, 2) Si administras los sacramentos, oh hermano, medita qué haces; si celebras la misa, piensa qué ofreces; si cantas, mira con quién y qué cosas hablas; si diriges las almas, piensa en la sangre con que están lavadas».[9] Por lo cual, con justa razón, nos manda la Iglesia repetir frecuentemente aquellas palabras de David: *Bienaventurado el varón que medita en la ley del Señor*, *su voluntad permanece de día y de noche*; *todas las cosas que haga le resultarán bien*. Además, sirva a todos de noble estímulo esto último: si el sacerdote se llama otro Cristo, y lo es, por la comunicación de la potestad, ¿no deberá hacerse tal y ser considerado como tal también por la imitación de sus obras?... «Sea, pues, nuestro gran empeño meditar la vida de Jesucristo».[10]

15. En gran manera importa que el sacerdote añada de continuo la lectura de libros piadosos y, ante todo, de los libros inspirados de las cosas divinas. Y así Pablo mandaba a Timoteo: *Dedícate a la lectura* (4, 13). Por esto Jerónimo indicaba a Nepociano, cuando le hablaba de la vida sacerdotal: «Nunca caiga de tus manos la lectura sagrada, dando para ello la siguiente razón: Aprende lo que debes enseñar: adquiere aquella palabra fiel, que es según la doctrina, para que puedas exhortar con doctrina sana y refutar a los que te contradigan». ¡Qué provecho, en efecto, no consiguen los sacerdotes que tal hacen con asiduidad constante! ¡Cuán dulcemente predican a Cristo, cómo inclinan hacia la perfección, cómo elevan a deseos celestiales los corazones y las almas de sus oyentes, en vez de debilitarlos y lisonjearlos! Con gran provecho vuestro, queridos hijos, tiene fuerza el precepto de San Jerónimo: «Que la lectura sagrada esté siempre en tus manos».[11] ¿Quién ignora la gran fuerza que tiene sobre el corazón de un amigo la voz del amigo que le advierte sinceramente, le ayuda con su consejo, le

[9] *Ex orationib*, *ad clerum*.
[10] *De imit. Christi*, 1, 1.
[11] *Ep. 40 ad Paulinum*, 2, 6.

reprende, le anima y le aparta del error? *El amigo fiel es seguro refugio. El que lo ha encontrado, ha encontrado un tesoro* (Sir 6, 14). En el número, pues, de amigos verdaderamente fieles hemos de contar los libros piadosos. Ellos con gravedad nos avisan de nuestros deberes y de las prescripciones de la legítima disciplina; despiertan en nuestros corazones las voces celestiales adormecidas; reprenden el abandono de nuestros buenos propósitos; perturban nuestra engañosa tranquilidad; censuran nuestras afecciones menos rectas, disimuladas; nos descubren los peligros a que frecuentemente se exponen los incautos. Y todos estos oficios nos los prestan con benevolencia tan discreta que se nos muestran, no ya sólo como amigos, sino como los mejores amigos. Los tenemos, cuando nos place, como juntos a nuestro lado, a toda hora dispuestos a socorrernos en nuestras más íntimas necesidades; su voz jamás es amarga, sus advertencias jamás interesadas, su palabra jamás tímida ni falaz. Numerosos e insignes ejemplos demuestran la eficacia tan provechosa de los buenos libros; pero entre todos sobresale indudablemente el ejemplo de San Agustín, cuyos insignes méritos con la Iglesia de allí tomaron su origen: «Toma y lee; toma y lee... Yo tomé rápido (las Epístolas de San Pablo), las abrí y leí en silencio... Como por una luz de paz, infundida en mi corazón, se disiparon las tinieblas de mis dudas».[12] Desgraciadamente, por lo contrario, en nuestros días ocurre con frecuencia que los miembros del clero se van poco a poco cubriendo con las tinieblas de la duda y llegan a seguir las tortuosas sendas del mundo, principalmente por preferir a los libros piadosos y divinos todo género de libros bien diversos y hasta la turba de los periódicos saturados de sutil y ponzoñoso error. Guardaos, queridos hijos; no os fiéis de vuestra edad adulta y provecta; no os dejéis engañar por la falaz esperanza de que así atenderéis mejor al bien común. No se franqueen los límites que las leyes de la Iglesia señalan o que la prudencia de cada uno y el amor de sí mismo determinan; porque,

[12] *Conf.* 8, 12.

luego de empapada el alma de este veneno, muy difícil será evitar las consecuencias de la ruina causada.

16. El provecho que el sacerdote obtendrá, así de las lecturas sanas como de la meditación de las cosas celestiales, será más abundante si acudiere a algún recurso por el que pueda reconocer, si se aplica con cuidado en llevar a la práctica de la vida cuanto ha leído y meditado. Muy a propósito viene el excelente medio recomendado singularmente al sacerdote por San Juan Crisóstomo: «Todas las noches, antes de entregarte al sueño, llama a juicio a tu conciencia y pídele cuenta muy severa de los malos proyectos formados durante el día..., investígalos y desgárralos, castígalos también».[13] Y cuán conveniente y provechoso sea para la virtud cristiana este ejercicio, pruébanlo los maestros de la vida espiritual con admirables avisos y exhortaciones. Citemos a propósito aquellas palabras de San Bernardo: «Como investigador diligente de la pureza de tu alma, investiga tu vida con el examen de cada día, averigua con cuidado qué has ganado y qué has perdido... Aplícate a conocerte a ti mismo... Pon todas tus faltas delante de tus ojos. Ponte frente a ti mismo, como delante de otro; y luego llora de ti mismo».[14]

17. Vergüenza grande sería que aun en esto se cumpliesen aquellas palabras del Salvador: *Los hijos de este siglo son mucho más avisados que los hijos de la luz* (Lc 16, 8).

Bien es de ver el sumo cuidado con que ellos administran sus asuntos, y con cuánta frecuencia repasan sus ingresos y sus gastos, con qué diligencia y con qué rigor hacen sus cuentas, cómo se lamentan de sus pérdidas y qué gran empeño ponen en resarcirlas. Mas nosotros, en quienes existe tal vez un vivo afán por adquirir honores, aumentar nuestro patrimonio, conquistar renombre y

[13] *Exposit. in Ps.*, 4, 8.
[14] *Meditationes piisimae*, 5: *De quotid. sui ipsius exam.*

gloria por medio de la ciencia, con gran descuido y suma negligencia olvidamos el negocio más importante y el más difícil, esto es, el de nuestra propia santifi-cación.

Apenas si de tarde en tarde nos recogemos alguna vez dentro de nosotros mismos para examinar nuestra alma, la cual por ese motivo se halla como una enmarañada selva, o como la viña de aquel perezoso de la que está escrito: *Pasado he por las tierras del perezoso y por la viña del necio, y he visto cómo se hallaban invadidas por las ortigas y cómo las espinas habían recubierto toda la superficie, mientras su cerca de piedra se hallaba destruida* (Pr 24, 30-31). Y el peligro es tanto mayor cuanto que los malos ejemplos, no poco perjudiciales aun a la virtud del mismo sacerdote, se multiplican en torno suyo, de tal suerte que cada día es preciso vivir con más cautela y resistir con mayor esfuerzo. La experiencia demuestra cómo el que hace frecuente y severo examen propio de sus pensamientos, palabras y actos, tiene más fuerza para odiar y huir del mal, y también más ardor y celo para el bien. Asimismo la experiencia pone de manifiesto a cuantos inconvenientes y peligros se halla expuesto ordinariamente el que rehuye presentarse ante este tribunal en el que la justicia se asienta para juzgar, mientras la conciencia se presenta como reo al mismo tiempo que como acusador. En vano trataréis de buscar en él aquella circunspección, tan conveniente en todo cristiano, de evitar aún los pecados más leves; aquel pudor del alma, propio singularmente de todo sacerdote, que se asusta hasta de la más pequeña ofensa de Dios. Más aún: semejante incuria y tal negligencia de sí mismo, llegan a veces a tal grado que hasta descuida el mismo sacramento de la Penitencia, medio el más oportuno suministrado por la infinita misericordia del Señor a la debilidad humana. No se puede negar, antes bien hay que deplorarlo con amargura, que no rara vez sucede que quien aparta a los otros del pecado con la inflamada elocuencia de la divina palabra, haga caso omiso de ello y se endurezca en los pecados; que quien exhorta y apremia a los demás para que con el debido cuidado se apresuren a lavar las manchas de sus almas, haga eso mismo con

el mayor descuido, dejando pasar meses enteros; que quien sabe infundir el aceite y el vino saludable en las heridas del prójimo, yace más herido aún que los demás cerca del camino, sin reclamar solícito el auxilio de una fraternal mano que tal vez está cercana. ¡Cuántas cosas -oh dolor- han resultado y resultan hoy todavía de proceder tan indigno en la presencia del Señor y de su Iglesia, tan perjudicial al pueblo cristiano como deshonroso al propio estado sacerdotal!

18. Y cuando Nos, por deber de conciencia, pensamos en estas cosas, Nuestra alma se llena de amargura, Nuestra voz clama entre sollozos. ¡Ay del sacerdote, que no sabe ocupar bien su puesto y que, desleal, profana el santo nombre de Dios, ante quien debe ser santo! La corrupción de los mejores es la peor. «Grande es la dignidad de los sacerdotes, pero grande es su caída, si pecan; alegrémonos por su elevación, mas temamos por su caída; no es tan alegre el haber estado en alto, como triste el haber caído desde allí».[15] Muy desgraciado, por lo tanto, el sacerdote que, olvidado de sí mismo, no se preocupa de la oración, rehuye el alimento de las lecturas piadosas, y jamás vuelve dentro de sí para escuchar la voz de la conciencia que le acusa. Ni las llagas de su alma cada vez más irritadas, ni los gemidos de la Iglesia, su madre, conmoverán al desdichado, hasta que le hieran estas tremendas amenazas: *Ciega el corazón de este pueblo*, *tápale los oídos*, *ciérrale los ojos*, *no sea que vea con sus ojos*, *oiga con sus oídos y comprenda con su corazón*, *y así se convierta y yo le cure* (Is 6, 10). Que el Señor, rico en misericordia, aleje de cada uno de vosotros, hijos queridos, tan triste vaticinio; Él, que ve el fondo de nuestro corazón, sabe que está libre de todo rencor hacia quienquiera que sea, y más bien compadecido de todos con el amor de Pastor y de Padre. *¿Cuál es*, *por lo tanto*, *nuestra esperanza*, *nuestra alegría y nuestra corona*? *¿No sois acaso vosotros mismos delante de Jesucristo Señor Nuestro*? (1Te 2, 19).

[15] SAN JERÓNIMO, *in Ezech.*, 13, 44; 5, 30.

19. Mas vosotros mismos, cuantos dondequiera estéis, bien conocéis en qué desdichados tiempos se encuentra la Iglesia, por secretos designios de Dios. Considerad también y meditad cuán sagrado es el deber que os incumbe, de tal suerte que, pues habéis sido dotados por ella de dignidad tan alta, os esforcéis también por estar a su lado y por asistirla en sus tribulaciones. Por todo ello nunca como ahora se precisa, en el clero, una virtud nada vulgar, absolutamente ejemplar, vigilante, activa, potentísima finalmente para hacer y padecer por Cristo grandes cosas. Nada hay que con tanto ardor supliquemos para todos y cada uno de vosotros. Florezca, pues, en vosotros, con su inmaculada lozanía la castidad, el mejor ornato de nuestro orden, pues por su brillo el sacerdote se hace como semejante a los ángeles a la vez que aparece más venerable ante el pueblo cristiano y más fecundo en frutos de santidad. Crezca siempre el respeto a la obediencia solemnemente prometida a los que el Espíritu Santo constituyó como pastores de la Iglesia; y, sobre todo, únanse espíritus y corazones con lazos cada día más estrechos de fidelidad, en obsequio tan justamente debido a esta Sede Apostólica. Triunfe en todos aquella caridad que no busca lo propio, a fin de que, ahogados los estímulos de la envidiosa contienda y la ambición insaciable que atormentan al corazón humano, todos vuestros esfuerzos, con una fraternal emulación, tiendan al aumento de la gloria divina. Grande es la multitud, harto infeliz, de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos que espera los frutos de vuestra caridad; os esperan, más que a nadie, compactas turbas de jóvenes, risueña esperanza de la sociedad y de la religión, que por doquier hállanse rodeados de halagos y de vicios. Consagraos con entusiasmo, no sólo a enseñar el catecismo, según de nuevo y con mayor empeño recomendamos; sino también a servir a todos por cuantos medios os inspiren vuestro consejo y vuestra prudencia. Y al socorrer, proteger, curar y apaciguar, no pretendáis ni anheléis, como sedientos, sino ganar las almas para Jesucristo o mantenérselas unidas a Él. ¡Mirad con cuánta diligencia, fatiga y denuedo trabajan, incansables, los enemigos en su afán de arruinar las almas! Por este es-

plendor de la caridad es por lo que principalmente se alegra la Iglesia católica y se gloría en su clero, que evangeliza la paz cristiana, que lleva la salud y la civilización hasta los pueblos bárbaros, por los cuales, aún a costa de los mayores sacrificios consagrados a veces con la sangre derramada, el reino de Cristo se extiende más cada día y la santa fe brilla más augusta con nuevos triunfos. Y si con el odio, la afrenta y la calumnia, queridos hijos, se correspondiera, como sucede con frecuencia, a los oficios de vuestra difusiva caridad, no por ello queráis sucumbir a la tristeza, *no desmayéis en hacer el bien* (1Te 3, 13). Ante vuestros ojos se hagan presentes los escuadrones, tan insignes en número como en mérito, de todos cuantos, a imitación de los apóstoles, entre los más crueles oprobios por el nombre de Jesucristo, iban contentos, y, maldecidos, bendecían. Somos nosotros, hijos y hermanos de los Santos, cuyos nombres brillan en el libro de la vida, y cuyos méritos celebra la Iglesia. ¡*No hagamos tal agravio a nuestra gloria*! (1Mac 9, 10).

3. MEDIOS DE PERSEVERANCIA

20. Si en el orden clerical se restaurare y se aumentare la vida de la gracia sacerdotal, nuestros restantes proyectos de reforma en toda su amplitud tendrán, Dios mediante, mucha mayor eficacia. Y por ello Nos parece muy conveniente el añadir a todo cuanto hemos dicho algunos medios propios para conservar y mantener esta gracia. Primero es el tan conocido y recomendado por todos, pero no usado igualmente por todos, el piadoso retiro del alma para hacer los llamados Ejercicios Espirituales cada año, si es posible, ya en privado cada uno, ya con otros, donde el fruto suele ser más abundante, salvas siempre las prescripciones de los Obispos. Nos ya hemos ponderado bastante las ventajas de esta institución, al mandar sobre ello algunas cosas en lo que toca a la dis-

ciplina del clero romano.[16] Ni menos útil será para las almas que dicho retiro se tenga cada mes, siquiera durante algunas horas, ya en privado, ya en común. Con gran satisfacción vemos cómo en varios sitios ya se ha establecido esta costumbre, no sólo bajo el auxilio de los Obispos, sino a veces bajo su personal presidencia en reuniones para tal efecto. Otra cosa hemos de recomendar con sumo empeño, esto es, una cierta unión más estrecha de los sacerdotes, cual conviene entre hermanos, establecida y gobernada por la autoridad episcopal. Muy recomendable es, en efecto, que se reúnan en sociedades, así para asegurarse ciertos socorros mutuos contra las desgracias como para defender la integridad de su honor y de sus cargos contra los ataques enemigos, o para cualquier otra finalidad de este género. Pero también importa el asociarse para perfeccionar los conocimientos en las ciencias sagradas y, sobre todo, para conservar con el más diligente cuidado la vocación eclesiástica, o para promover los intereses de las almas, comunicando todos entre sí sus consejos y sus iniciativas. La historia de la Iglesia pone muy de relieve cuan felices resultados debe a este género de asociación en los tiempos en que, de ordinario, los sacerdotes vivían en comunidad. ¿Por qué, pues, no podría restablecerse algo así en nuestros tiempos, claro es que según lo consintieran los sitios y los empleos? ¿Y no se podría esperar lógicamente, con gozo de la Iglesia, los mismos frutos de aquellos otros tiempos?

De hecho, no faltan comunidades de este género, provistas de la autorización de los Obispos, tanto más útiles cuanto antes se ingrese en ellas, ya al principio mismo del sacerdocio. Nos mismo, en Nuestro ministerio episcopal, promovimos una institución que por experiencia hallamos muy ventajosa, y aún ahora continuamos dispensándole, como a otras semejantes, Nuestra especial benevolencia.

[16] *Ep. Experiendo ad Card. in Urbe Vicarium* (27 dec. 1904).

Auxilios tales de la gracia sacerdotal, y otros que la cuidadosa prudencia de los Obispos inspirase, según las circunstancias, estimadlos y empleadlos vosotros, queridos hijos, a fin de que cada día *más y más dignamente andéis por el camino de la vocación a que habéis sido llamados* (Ef 4, 1), honrando así vuestro ministerio a la par que cumplís en vosotros la voluntad de Dios, que es vuestra santificación.

* * *

21. A eso miran Nuestros principales pensamientos y cuidados: y, por ello, elevados al Cielo los ojos, con frecuencia renovamos sobre todo el clero la súplica misma de Jesucristo: *Padre santo, santifícalos* (Jn 17, 11.17). Y, en este acto de súplica, Nos alegramos de que un gran número de fieles de toda condición, en extremo preocupados por vuestro bien y el de la Iglesia, ruega juntamente con Nos; más aún, por dicha Nuestra hay no pocas almas muy ilustres en virtud, no sólo en los sagrados claustros, sino también, aún en medio de la vida del siglo, que se ofrecen como víctimas consagradas a Dios con ese mismo objeto y con un incesante entusiasmo. Quiera Dios aceptar en olor de suavidad sus puras y eximias oraciones, y que no desdeñe tampoco Nuestras muy humildes súplicas. Ampárenos, según le suplicamos, clemente y próvido, el mismo Señor, que colme a todo el clero con los tesoros de gracia, caridad y con toda virtud de que es fuente el Sacratísimo Corazón de su amado Hijo. Queremos, para terminar, queridos hijos, manifestaros toda Nuestra gratitud por los deseos y felicitaciones que Nos habéis ofrecido con amor y piedad, en ocasión del quincuagésimo aniversario de Nuestro sacerdocio, y para que Nuestras súplicas por vosotros más cumplidamente se vean realizadas, queremos sean confiadas a la augusta Virgen Madre, Reina de los Apóstoles. Ya que ella, con su ejemplo, enseñó a aquellas primicias del orden sacerdotal cómo habían de perseverar en la oración hasta ser revestidos por la virtud de lo alto, y esta misma virtud se la obtuvo mucho más cumplida con sus ruegos, aumentó y fortificó con sus consejos, con próspera fertilidad para sus traba-

jos. Deseamos, entre tanto, amados hijos, que la paz de Cristo rebose abundante en vuestros corazones con el gozo del Espíritu Santo, teniendo por prenda la Bendición Apostólica que a todos vosotros os concedemos con el amor más entrañable.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 4 de agosto de 1908, al principio del sexto año de Nuestro Pontificado.

ÍNDICE DE MATERIAS

A

Aarón, 24, 146, 148, 161, 162, 173, 244, 245, 339, 486, 576, 597, 699

abnegación, 515, 668, 854

activismo, 383, 530, 859

adoración eucarística, 556

agonía, 827, 833

alegría, 51, 222, 506, 550, 614, 623, 827, 828, 829, 831, 846, 864; de la cruz, 399, 402, 403, 405, 832

Alianza, 472, 483, 587; Antigua Alianza, 35, 36, 38, 173, 206, 214, 379, 483, 503, 649, 660, 672, 700; Nueva Alianza, 28, 37, 38, 43, 104, 106, 148, 157, 162, 170, 173, 174, 205, 206, 208, 209, 211, 213, 216, 217, 223, 243, 251, 252, 472, 486, 487, 500, 529, 573, 578, 621, 651, 739

amor, 147, 184, 219, 319, 322, 351, 448, 465, 510, 568, 573, 581, 689, 695, 747, 830, 831, 846; de Cristo, 35, 351, 614, 638, 694, 815; del sacerdote, 351, 352, 415, 536, 561, 570, 581, 620, 635, 822; en la cruz, 402, 694

ángeles, 147, 214, 338, 358, 367, 495, 567, 630, 844, 865

apostasía moderna, 784, 785, 786, 788

apostolado, 82, 117, 121, 136, 158, 401, 405, 530, 555, 695, 739, 857; tribulaciones, 387, 388, 389, 390

Apóstoles, 28, 43, 104, 110, 111, 154, 167, 169, 170, 243, 246, 351, 352, 376, 400, 403, 432, 433, 471, 494, 510, 515, 559, 607, 608, 609, 610, 693, 739, 824, 830, 831, 868

ateísmo, 325, 359, 363, 364, 366, 368, 600, 625; destructor del hombre, 368

autoridad, 106, 434, 437, 554, 848, 852; civil, 147, 677, 809; del Obispo, 115, 136, 156, 564; del sacerdote, 75, 562, 749, 750, 751

aventura misionera, 402, 437, 456, 473, 488, 828

B

bautismo. *Ver* sacramentos

bienaventuranzas sacerdotales, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 262

bondad, 457, 587, 588, 619, 620, 621; interior, 223, 457, 619

breviario. *Ver* liturgia

C

Calvario. *Ver* Gólgota

carácter, 29, 73, 78, 79, 80, 81, 120, 551, 552, 738; bautismal, 73, 74, 78, 82, 183, 200; de la confirmación, 73, 82; en los diáconos, 156, 158; exige santidad moral, 80; funciones, 163; sacerdotal, 74, 76, 77, 78, 81, 82, 121, 163, 193, 195, 197, 284

caridad, 74, 80, 121, 122, 131, 154, 158, 320, 321, 332, 405, 414, 415, 428, 436, 437, 492, 514, 515, 528, 550, 558, 564, 591, 614, 660, 668, 689, 695, 746, 750, 754, 756, 798, 827, 839, 856, 865, 868; centro de la Nueva Ley, 211, 214, 219; entre los presbíteros, 123, 565, 743; fraterna, 125, 438, 568, 695; fuente de vocaciones, 402; pastoral, 77, 119, 551, 552, 555, 669, 747, 750, 751, 753, 858, vínculo de unidad, 122, 124, 137

carisma, 79, 121, 384, 394, 444, 567

castidad, 325, 492, 558, 803, 852, 856, 865

catecismo. *Ver* catequesis

catequesis, 509, 727, 740, 818, 865

celibato, 251, 325, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 748; dificultades, 515

celo apostólico, 335, 520, 522, 529, 530, 745, 854; falta de, 523

Colegio Episcopal, 105, 107, 108, 110, 111, 112, 114, 165, 166, 375, 563, 566

coloquio, 589; obispo con los sacerdotes, 138

comunión, 77, 156, 472, 549, 568, 570, 670; eclesial, 112, 134, 143, 167, 474, 515, 558, 563, 564, 751; sacramental, 45, 612, 629, 740

concelebración, 175, 195, 564

Concilio de Trento, 43, 74, 154, 412, 413, 439, 609, 616, 853

Concilio Vaticano II, 75, 106, 108, 115, 122, 133, 134, 153, 197, 363, 366, 438, 452, 489, 497, 514, 516, 539, 569, 611, 667, 670, 755, 756, 757, 800, 805

confesión, 190, 473, 495, 528, 742, 828; del sacerdote, 42, 743, 863

confesores, 347; de la fe, 114, 410

confianza, 431, 804; en Dios, 147, 329, 480, 492, 517, 574, 818

confirmación. *Ver* sacramentos

consagración: episcopal, 105, 110, 134; especial, 341, 342, 428, 436, 509, 510; eucarística, 43, 45, 113, 175, 177, 189, 198, 487, 584, 586, 629, 637, 651, 810; sacerdotal, 48, 105, 112, 149, 510, 550, 553, 738

consejos, 347, 481, 867; evangélicos, 215, 220, 513; negación de su origen bíblico, 93, 94, 95, 96, 97

crisis, 444, 465, 721; del sacerdocio, 279; vocacional, 200

cristiano, 73, 209, 273, 324, 352, 475, 490, 549, 632, 659, 692, 702, 802, 804, 863

Cristo. *Ver* Jesucristo

cristología, 378, 381

cruz, 46, 57, 321, 401, 465, 499, 539; altar de Cristo, 32, 34, 48, 50, 616, 812; camino del sacerdote, 58, 490, 535, 832, 856; fuente de vocaciones, 398, 425, 431; novios de la, 541, 543

cuerpo místico. *Ver* Iglesia

culto, 34, 50, 74, 79, 81, 142, 198, 247, 569, 591, 613, 629, 668, 677, 749; falsario, 190

cultura, 220, 363, 379, 382, 383, 594, 719, 723, 816, 817; actual, 281, 401, 475, 584, 720; de la muerte, 760, 762, 764, 765, 766, 767, 769, 771, 772, 773, 774, 775, 776, 777, 778, 779

D

demonio, 280, 355, 465, 579, 595, 831

desacralización, 456

desconfianza, 435, 525

desmitificación, 379

devoción, 189, 415, 437, 515, 556, 661, 743

diáconos, 107, 109, 116, 153, 154, 155, 156, 843, 846, 852; institución divino-apostólica, 153; no son sacerdotes ministeriales, 156; oficios, 157

diálogo, 127, 138, 551

diálogo interreligioso, 795, 803, 804, 805, 807, 808, 811; errores, 796, 802

Dios Padre, 38, 44, 156, 198, 336, 454, 457, 460, 464, 552, 749, 808

dirección espiritual, 742, 743, 818, 828

discernimiento, 347, 431, 432, 443, 752

disciplina, 401, 405, 435, 751, 861

E

eclesiásticos, 421, 860

ecumenismo, 755, 757, 808; y renovación institucional, 756; y renovación personal, 756

eficacia: de la Palabra de Dios, 726; de las palabras sacramentales, 78, 178; del sacrificio de Cristo, 35, 44, 701

ejercicios espirituales, 419, 435, 818, 827, 866

Encarnación, 47, 54, 147, 148, 210, 274, 354, 377, 379, 384, 471, 473, 478, 489, 719, 805

enfermedad, 114, 137, 352, 399, 495, 523, 743

epíclesis, 454, 629, 651, 652, 657, 658

escándalo, 114, 676, 756, 808, 859

escatología, 379

esperanza, 219, 332, 349, 359, 415, 428, 465, 483, 486, 506, 803, 829; en la Nueva Ley, 219

Espíritu Santo, 73, 75, 454, 551, 568, 651, 659, 661, 803, 814, 831; en el alma, 419, 444; presente en el alma, 38; presente en el sacerdote, 77, 218, 473

espiritualidad, 435, 557

eternidad, 436, 507, 529, 803, 831; y tiempo, 383

Eucaristía, 193, 276, 436, 473, 486, 490, 496, 500, 501, 530, 556, 578, 584, 629, 637, 643, 644, 653, 739; forma, 194, 197; institución, 503, 608; materia, 629; misterio, 706, 708, 710, 713; sacramento, 77, 503, 552, 555, 594; sacrificio, 111, 197, 503, 555, 594, 615, 660, 669, 671, 711, 740

evangelio, 132, 188, 197, 213, 323, 336, 400, 538, 568, 593, 607, 669, 722, 726, 749, 800, 803, 826, 838

exégesis bíblica, 378, 379

existencialismo, 379, 600, 625

éxtasis, 321, 354, 410, 588, 827, 833

F

familia, 326, 357, 510, 721, 821, 844, 845; y vocaciones, 443

fariseísmo, 209, 215, 221

fe, 79, 184, 188, 189, 472, 479, 514, 619, 738, 755, 802; crisis, 200, 279, 281, 377, 378, 802; en la Nueva Alianza, 219; y el Sacrificio Redentor, 56; y razón, 382

fidelidad, 441, 496, 516, 564, 865; de Dios, 458

fieles. *Ver* laicos

fiesta, 49, 501, 506, 538, 577, 587, 613, 614, 630, 719

filosofía, 356, 358, 360, 632, 666

flaqueza: del sacerdote, 42, 276, 520, 749

formación: cultural, 356; intelectual, 356, 401; y vocaciones, 445

formación permanente, 129, 553

formación sacerdotal, 138, 355, 363, 369, 434, 438, 445, 530, 830, 849

formalismo, 209, 221, 357, 428, 488

fragilidad: del sacerdote, 279

fraternidad, 113, 321; en el orden, 112, 113, 122, 562

G

generosidad, 442, 443, 447, 479, 483

glorificación, 50, 53

gnosis, 374, 375, 377, 378, 379, 380, 381, 384, 435

gnosticismo. *Ver* gnosis

Gólgota, 49, 50, 275, 277, 398, 399, 405, 471, 692, 693, 757

gracia, 75, 163, 183, 187, 196, 211, 219, 320, 343, 375, 407, 410, 428, 473, 495, 504, 551, 559, 587, 621, 754, 856, 867

H

herejía, 360, 585, 592, 799

hombre: su misterio, 370, 489

humildad, 120, 131, 140, 415, 480, 571, 753, 854; ante las injurias, 129

I

idoneidad, 342, 369, 418, 423, 431, 432

Iglesia, 47, 109, 111, 114, 157, 251, 333, 446, 465, 559, 569, 725, 745, 801, 837; realizada por la Eucaristía, 46, 55, 653; y la Sagrada Escritura, 493; y mundo, 382

impetración, 18

imposición de manos, 43, 78, 105, 107, 166, 167, 193, 352, 553, 566, 849

in persona Christi. *Ver* sacerdote(s)

in persona Ecclesiae. *Ver* sacerdote(s)

incardinación, 108

inculturación, 14, 283, 719, 720, 722

indignidad: del ministro, 78, 738

infierno, 396, 484, 796

inmanencia, 354, 359, 364, 371, 587

institutos religiosos, 124, 444, 719

J

jerarquía, 155, 562

Jesucristo, 35, 459, 463, 476, 482, 755; características, 467, 468, 469; esencialmente Sacerdote, 48; Mediador, 31, 38; Sacerdote principal, 41, 45, 196, 280, 452, 616, 630, 673, 809; Sacerdote y Víctima, 35, 36, 49; Sumo y Eterno Sacerdote, 21, 24, 36, 38, 103, 146, 149, 150, 161, 163, 174, 177, 243, 341, 452, 472, 474, 487, 553, 554, 598, 630, 701, 747, 749

Juan Pablo II, 133, 139, 175, 179, 276, 345, 349, 353, 360, 375, 382, 434, 438, 441, 446, 457, 491, 527, 555, 556, 586, 719, 720, 740

juicio, 128, 223, 798, 862; final, 37, 598

juramento, 188, 215, 245, 477, 484, 587

L

laicos, 43, 45, 74, 82, 158, 183, 198, 251, 285, 345, 436, 437, 452, 559, 570, 631, 654, 670, 751, 804, 844

Ley, 580; Antigua Ley, 208, 209, 214, 478, 485; Nueva Ley, 35, 38, 55, 161, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 243, 245, 246, 247, 248, 249, 251, 672; y sacerdocio, 249

liberación: del pecado, 379, 504; falsa, 379, 476

libertad, 33, 359, 396, 476, 506, 591, 600, 601, 624, 721, 830, 836; de la Nueva Ley, 219, 505

libros, 729, 818, 861, 862

limosna, 522, 811

liturgia, 630, 652, 655, 659, 738, 807; Cristo la realiza, 41; de las Horas, 184, 186, 197, 319, 491, 578, 856, 859

Lutero, 74, 282, 599

M

mandamientos, 408

María, 353, 482, 492, 494, 589, 593, 625, 655, 812, 833, 868; Madre, 341, 557, 660, 839; modelo de virtud, 558; representando la Iglesia, 55; sus esclavos, 277, 601, 837; y las vocaciones, 348, 406, 515

marxismo, 282, 284, 355, 476, 600, 624

mediación, 146, 147, 245, 555

medios de comunicación social, 363, 476, 594, 729, 817; atacan el sacerdocio, 323

Melquisedec. *Ver* orden de Melquisedec

metafísica, 281, 355, 357, 358, 359, 370, 435, 587, 593, 594

ministerio, 169, 576, 837, 855; causa instrumental, 171, 584, 738; de la misericordia, 748; de la Nueva Alianza, 205, 216, 217, 250, 739, 748; de la Palabra, 726, 728; de la Sangre, 202, 487, 655

Misa, 41, 51, 458, 486, 506, 609, 615, 652, 669, 753, 818, 859; importancia, 179, 332, 507, 529, 556, 596, 654, 839; primera, 451, 452, 538, 597, 835; siempre de la Iglesia, 111, 189, 453; Verdadero Sacrificio, 44, 56, 176, 617, 621, 675; y diálogo interreligioso, 804, 808, 809

misericordia: de Dios, 277, 406, 413, 459, 465, 622, 745, 836; del sacerdote, 277, 457, 460, 623, 624

misión, 59, 109, 111, 112, 113, 117, 118, 183, 243, 380, 402, 405, 434, 443, 473, 474, 521, 525, 537, 562, 571, 632, 737, 804, 811, 816, 831, 836; canónica, 116

misión *ad gentes*, 539, 816, 826

moral, 481, 727, 799

mortificación, 277

muerte, 32, 114, 397, 399, 411, 504, 617, 678, 796, 829; del hijo, 338; del sacerdote, 524, 835

mujeres: promoción, 817; trato con, 285, 437

mundo, 32, 85, 138, 186, 366, 807; este mundo, 58, 130, 134, 143, 212, 275, 279, 280, 282, 284, 330, 332, 380, 383, 384, 385, 397, 405, 432, 446, 460, 472, 474, 490, 504, 535, 595, 599, 600, 624, 722, 726, 741, 845, 846, 856, 858, 862; redimido, 34, 36, 44, 55, 101, 133, 138, 203, 402, 592, 675, 678, 796, 805

N

negligencia, 339, 521, 743, 854, 857, 858, 860, 863

nihilismo, 584

O

obediencia, 58, 139, 375, 451, 563, 803, 845, 848, 854, 865; de Cristo al Padre, 54; del presbítero al Obispo, 118, 564

Obispos, 76, 128, 371, 424, 539, 562, 563, 725, 848, 849, 866, 867; elección, 141; formación, 140; funciones, 134; hermanos y padres de los presbíteros, 115; importancia, 142; Sínodo de, 133; sucesores de los Apóstoles, 42, 75, 105, 108, 110, 113, 135, 473, 559, 609, 807

oblación, 45, 616, 670, 690, 749; de Cristo, 32, 33, 34, 36, 39, 50, 55, 455, 630, 673, 694, 702

ofensas, 184, 857; hay que evitarlas, 126

oficio, 75, 107, 137, 141, 158, 169, 186, 196, 286, 431, 448, 520, 529, 536, 576, 668, 813

oficio divino. *Ver* liturgia

Oficio divino. *Ver* liturgia

ofrenda, 39, 54, 55, 142, 147, 164, 198, 454, 629, 651, 658, 671, 747

oración, 183, 185, 186, 187, 198, 274, 335, 338, 414, 447, 515, 695, 803, 844, 856, 860; del sacerdote, 127, 319, 527, 578, 670, 727, 856, 857, 860; sentido íntimo, 236, 239, 240; y ecumenismo, 757

orden: natural, 374, 475, 480; sobrenatural, 57, 374, 408, 475, 480, 823; temporal, 752

orden de Melquisedec, 26, 28, 39, 104, 145, 151, 161, 162, 173, 244, 245, 486; características, 161

ordenación sacerdotal, 26, 43, 76, 113, 193, 327, 341, 452, 516, 551, 559, 566, 830

ovejas, 286, 745, 813, 838; perdida, 222, 571; ser como ellas, 327, 329; sólo de Cristo, 29, 250, 420, 829

P

paciencia, 338, 415, 422, 625

paganismo, 182, 376, 407, 678

Palabra de Dios, 43, 153, 163, 187, 276, 331, 379, 473, 491, 492, 493, 494, 560, 573, 579, 580, 583, 608, 621, 654, 668, 727, 753, 838; es espada, 332

Papa, 142, 143, 246, 250, 282, 720, 840

párroco, 121, 158, 319, 410, 524, 538, 570

parroquia, 319, 443

pastor: buenos y malos, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233; malos, 287, 288, 289, 290, 291, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 301, 302, 303, 305, 306, 307, 308

pastoral, 141, 220, 421, 437, 565, 586, 749, 753, 799, 816; vocacional, 395, 423, 428, 432, 442, 447, 490, 742

paternidad, 428; divina, 336, 746; espiritual, 335, 336, 832, 849, 864

paz, 126, 364, 484, 507, 676, 678, 723, 836, 846; del alma, 130, 131, 132, 746

pecado, 536, 578, 851; del sacerdote, 42, 150, 273, 521, 851; gravedad, 275, 697, 741; mortal, 612; original, 798; vencido por el sacrificio de Cristo, 37, 673, 747

penitencia, 42, 138, 286, 435, 741, 819

Pentecostés, 211, 250, 494, 654

perfección, 215, 244, 861

persecución, 125, 326, 327, 497, 536, 581, 677, 810, 824; es gracia, 58, 397

perseverancia, 407, 436, 581, 831; en la vocación, 369, 866; en lavocación, 414; final, 398, 411; sólo gracia, 410

pobres, 278, 319, 320, 352, 436, 538, 584

pobreza, 404, 405, 539, 567, 571, 754, 756, 803, 845; es gracia, 58, 397

política, 446

predestinación, 411, 415, 797, 798

predicación, 166, 332, 335, 458, 494, 512, 528, 590, 621, 726, 727, 729, 802, 818, 823, 838, 861

predicadores, 410, 727; falsos, 733

prelados. *Ver* Obispos

Presbiterado, 743

Presbiterio, 115, 116, 117, 120, 132, 560, 562, 566; características, 120; unidad, 122

presbíteros, 42, 46, 75, 76, 77, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 111, 113, 115, 123, 142, 167, 168, 243, 513, 514, 515, 517, 549, 559, 560, 561, 563, 668, 669, 725, 728, 747, 749, 750, 752, 849; clero diocesano y religioso, 124; hermanos de los Obispos, 113; hermanos entre ellos, 114

profetas: falsos, 203; inermes, 323, 494, 831

progresismo, 81, 355, 364, 384, 476, 479, 487, 599, 600

propiciación, 18, 177, 201, 663, 694, 697, 698, 701, 703, 797, 809; en la Misa, 703

protestantismo, 50, 284, 355, 377, 381, 586, 599, 660

Providencia, 411, 434, 445, 458, 800, 801, 822, 826

prudencia, 286, 330, 859, 862, 865

pueblo judío, 246, 436, 608, 700

purgatorio, 676, 808

Q

quietismo, 383, 530, 855

R

recta intención, 342, 418

reforma, 755, 866

religión, 50, 220, 247, 374, 848; carnalizada, 220, 423

religiosos, 109, 117, 125, 421, 444, 670; ataques a, 89, 90, 91

representación, 176, 179, 182, 553, 630, 675, 810

responsabilidad, 795; del obispo, 142; del sacerdote, 550, 728, 730, 751, 753

revelación, 38, 376, 491

Romano Pontífice, 563, 600, 857; fundamento de unidad, 121

S

sacerdocio, 490, 501, 561; ataques, 89; bautismal, 610, 631, 692, 693, 809; como misterio, 85, 86, 88; común de los fieles, 45, 554, 667; de Cristo. *Ver* Jesucristo; en el A.T., 145, 173, 664; ministerial, 80, 145, 163, 472, 554, 667, 692, 809; tentaciónes, 786, 788, 790

sacerdote(s), 457, 471, 571, 639, 640, 641, 642, 643, 804, 843, 852; como víctima, 546; elegido, 24, 147, 418, 448, 537, 693, 821, 822; ministerial, 42, 472, 485; obran en nombre de la Iglesia, 107, 198; obran in persona Christi, 28, 77, 174, 176, 178, 179, 190, 193, 195, 196, 197, 198, 199, 218, 251, 453, 552, 586, 594, 631, 738, 739; obran in Persona Christi, 42; obran in persona Ecclesiae, 181, 185, 189, 190, 193, 198; Principal. *Ver* Jesucristo; puente, 23, 145, 570, 816

sacramentales, 158

sacramentos, 552, 803; bautismo, 73, 158, 182, 188, 195, 200, 209, 383, 453, 475, 495, 549, 755, 802; confirmación, 79, 165, 621; Eucaristía. *Ver* Eucaristía; matrimonio, 496, 693; orden sagrado, 155, 550; penitencia, 495; unción, 178, 496; y el Sacrificio Redentor, 56

sacrificio de Cristo, 147, 453, 455, 502, 506, 575, 609, 630, 654, 691, 851; características, 32; especie, 251, 453, 629; único, 34, 663, 665

sacrificios, 453, 454, 455, 631, 649, 692, 695, 824, 844, 845

Sagrada Escritura, 412, 417, 435, 478, 490, 491, 597, 796

salvación, 799, 800, 813; de las almas, 522

santidad, 120, 150, 492, 526, 556, 753, 839, 850, 855

Santo Rosario, 558, 578

Santo Tomás, 43, 56, 80, 104, 113, 122, 141, 149, 175, 183, 187, 199, 211, 217, 245, 331, 343, 354, 356, 358, 411, 415, 435, 464, 477, 505, 526, 576, 592, 690, 723, 800, 803, 811, 832

sectas, 182, 381, 817

secularización, 371, 474, 751

seminarios, 376, 424, 433, 439, 445, 446, 530, 632, 827, 852

seminaristas, 434, 531; formación, 363, 369

sencillez, 330, 481

sensibilidad, 282, 481

servicio, 156, 157, 166, 170, 197, 250, 511, 512, 514, 562, 564, 570, 669, 726, 743, 752, 807

Sumo Pontífice. *Ver* Romano Pontífice

T

temor, 83, 214, 521; de Dios, 528, 839, 857

templanza, 331, 753

tentaciones, 376, 399, 409, 817, 857, 858

teología, 360, 370, 376, 472, 632, 666; crisis, 359; de la historia, 623

teólogos, 318; crisis, 359; del disenso, 280

Testamento: Antiguo Testamento. *Ver* Alianza

testimonio, 397, 406, 424, 445, 493, 516, 555, 564, 567, 568, 668, 737, 747, 824

tibieza, 849, 858

tomismo, 356, 357, 358

trabajo: del sacerdote, 55, 120, 286, 465, 528, 818, 819

tribulaciones, 601, 827; apostólicas, 387, 388, 389, 390

tributarios, 598, 601

Trinidad, 79, 83, 219, 380, 452, 456, 472, 473, 549, 569, 631, 649, 737, 755

U

unción, 73; de los enfermos. *Ver* sacramentos; del Espíritu, 75, 104, 149, 243, 344

unidad, 756; realizada por la Eucaristía, 46

unión: eclesial, 115, 122, 568, 866

unión hipostática, 147, 149, 693

V

vejez, 743

Verbo Encarnado. *Ver* Encarnación

verdad, 355, 366, 477, 491, 594, 596, 600, 745; del sacerdocio, 487

Verdad, 831

victima: voto de, 65, 66

virgen: de Isaías, 484

Virgen: María. *Ver* María

virginidad, 420, 436, 514, 567; de María, 251; del Nuevo y Eterno Sacerdote, 251

virtud, 131, 275, 480, 521, 853

virtudes teologales, 219, 428

vocación, 29, 57, 74, 77, 161, 342, 345, 346, 398, 405, 417, 418, 419, 420, 422, 423, 428, 431, 432, 433, 434, 436, 442, 447, 448, 464, 473, 490, 510, 574, 742, 746, 836, 849, 855, 867; amor de Dios, 448; modos, 343; y cruz, 394, 396, 536

vocaciones, 342, 347, 393, 405, 417, 424, 441, 510, 740, 847; obstáculos, 200, 220, 346, 376, 395, 398, 421, 423, 424, 427, 438, 446; sólo de Cristo, 420

votos, 484; negación de su origen bíblico, 97, 98, 99

IVE Press